LOS MISTERIOS DEL CONFESONARIO.

LOS MISTERIOS DEL CONFESONARIO.

LOS MISTERIOS

DEL

CONFESONARIO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR MARTIN PALMA.

SECUNDA EDICION.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA MEXICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ENTREGA 1.ª

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO
—
1878.

LOS MISTERIOS

DEL

CONFESONARIO

NOVELA DE COSTUMBRES

POR MARTIN PALMA.

SEGUNDA EDICION.

ENTREGA 1.ª

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO
—
1879.

INTRODUCCION.

Hemos llegado a una época en que el espíritu humano necesita de un campo mas vasto, de una idea mas pura, de una aspiracion mas elevada, de una relijion mas elemental y por consiguiente exenta de todo materialismo.

La incredulidad que nos invade, el indiferentismo que corroe a la especie, no nacen tanto de las malas costumbres, cuanto de las fórmulas que han adoptado los diferentes cultos y que no puede ya aceptar el hombre, porque no se armonizan aquellas con el estado de cultura en que se encuentra éste.

Sin embargo, la lucha existe todavía entre el elemento antiguo y el elemento moderno;

Entre las prácticas relijiosas y el pensamiento libre;

Entre la fe y entre la razon;

Entre la creencia ciega y el análisis;

Entre la sumision absoluta y la independencia investigadora;

Entre el rito lleno de esterioridades, chocantes unas, ridículas otras, vanas casi todas, y el culto que nace del corazon, que tiene por base el juicio, por locomotora a la libertad, por aspiracion la felicidad humana, y por término asi como por complemento el amor a Dios, como Creador de todo cuanto existe, y nó como partidario de éste o aquel sistema, de éste o del otro réjimen, de ésta o de aquella creencia, y ménos aun como esterminador y vengativo juez.

Cuando los cultos actuales se depuren; cuando sus prácticas materialistas desaparezcan; cuando no choquen éstas ni con la razon ni con la justicia, la incredulidad dejará el puesto que hoi ocupa, y el sentimiento relijioso, ese sentimiento rejenerador y benéfico, tomará su vuelo, se esparcirá como el éter, colmará los vacíos de la intelijencia llenándolos con su esplendorosa luz.

Hoi mismo vemos que este fenómeno se realiza. Ya los principios eternos de la moral universal van tomando el predominio sobre esas fantasmagorias de otra época. Hoi la caridad con el prójimo se prefiere a la penitencia; la dádiva a la maceracion de la carne; el pan que alimenta y que da fuerza, al ayuno que debilita, al cilicio que estermina, a la disciplina que ensangrienta; el trabajo que moraliza, al ascetismo que estasía; la industria que proporciona comodidades, al ocio monacal que aconseja la pobreza y que solo pro-

curaria a la humanidad privaciones y miserias; la produccion constante que pone en juego los elementos de la naturaleza, haciendo del hombre casi un semi-Dios, a la contemplacion permanente que, fijándolo en un punto dado, enerva el resto de sus facultades; la locomocion del vapor a la inactividad del claustro, de la celda, de la ermita; la fuerza prodijiosa de la electricidad, que lleva la palabra de un confin a otro del mundo para mostrársela a los pueblos, a la lobreguez del confesonario, que se rodea de tinieblas para revelar la verdad; que apaga las luces del templo para enseñar la doctrina, y que en el sijilo de dos almas pretende encontrar el camino de la virtud!...

Hoi mismo vemos que el imperio de Satanas desaparece, y que las torturas del infierno, el plomo derretido, el rechinamiento de dientes, el silbido de las culebras, han cesado ya para los hombres, y en su lugar reaparece la majestad de Dios llena de benignidad, de tolerancia, de dulzura, y los principios eternos de la moral y de la creacion en concordancia con las delicias fraternales de la universal armonía.

Pocos años se necesita haber vivido para que uno no haga reminiscencia del predominio casi absoluto con que se revestia al diablo y de la atrocidad de los tormentos que nos preparaba en su tenebroso reino... ¡Quién no temblaba, a quién no se le erizaban los cabellos con aquellas descripciones espantosas, con aquel

acecho incesante y temible del grande y funesto enemigo del jénero humano!...

El poder de Lucifer era igual, era superior al de Dios...

Los tormentos del infierno eran cien mil veces mas terribles que seductoras las delicias del paraiso!...

El predominio de Satanas entre los hombres sobrepujaba al poder del Hacedor Supremo hasta el punto de hacer milagros como EL, y de burlarse no pocas veces de EL!...

Y ahora, ¿qué queda de ese grande y cruel monarca y de ese grande y tenebroso imperio que podia rivalizar en poblacion, en súbditos, en iniciativa, en actividad, en conquistas, en fuerza y en gloria con el cielo?—Bien poco, casi nada...

Todo el omnipotente prestijio del renombrado emperador y del renombrado imperio se ha evaporado como el humo... El céfiro suave de la razon lo ha disipado casi por completo, pues solo quedan en la atmósfera del mundo algunos aislados y densos nubarrones en que se han embarcado los sacerdotes de todos los cultos, pero a los cuales impulsa con violencia el soplo luminoso del pensamiento libre.

Otro fenómeno ha tenido lugar con la decadencia del diablo, y es la decadencia sacerdotal... ¿Qué connivencia tenian estos santos varones con el jefe de las tinieblas? No lo sabemos; pero lo cierto del caso es

que mientras aquel pierde en prestijio, el de éstos tambien disminuye proporcionalmente; y tan marcada es esta decadencia recíproca, que se puede hacer notar siglo a siglo, año a año, mes a mes, dia a dia, momento a momento, pues aparece tanjible e invariable para cada jeneracion y hasta para cada individuo...

Pero en cambio de tan grave mal, en cambio de tan grande pérdida, en cambio de Satanas, en cambio del infierno, en cambio de la antigua preponderancia sacerdotal, ¿qué le queda a la especie? ¿Con qué reemplazará la desaparicion de esas terribles divinidades que hacian temblar al hombre y que eran el arma favorita de los clérigos, el palenque en que combatian, el baluarte que los defendia, el maná inagotable y variado que los alimentaba?

Pues bien: nos queda en lugar de la fábula que espanta, la realidad que ilustra.

En lugar de los misterios incomprensibles de la teolojía, los misterios visibles de la creacion.

En lugar de un Dios vengativo y cruel, un Dios de inalterable bondad, que nunca hará mal a sus criaturas.

En lugar de las supersticiones que estravian la razon y apocan el espíritu, la conciencia que nos enseña el deber, libre ya de las preocupaciones que ofuscaban su luz.

En lugar del miedo, el amor; y en vez de cultos basados en prácticas inútiles y perniciosas, la relijion

natural, tan sencilla como hermosa, tan comprensible como benéfica, tan pura como sublime, y que no necesita de esterioridades, de pompas, de lentejuelas, de cirios encendidos, para conducirnos al bien, para hacernos adorar a Dios y amar al prójimo.

Empero, a pesar de esta transformacion progresiva que esperimenta la humanidad; a pesar del terreno que ha ganado, todavía las tinieblas no desaparecen de todas las intelijencias, y la falanje sacerdotal brega aun, y brega con fuerza, para mantener el ya decaido prestijio del diablo, para alimentar a las casi estinguidas hogueras del infierno: así es que todo hombre que piense, que todo aquel que ama el progreso y que desea, no solo el adelanto, sino la felicidad de sus semejantes, está en el deber de ponerse de pié para que no se opere esa reaccion funesta que pretende envolvernos en el oscurantismo del pasado; y si bien es cierto que, por mucho que trabajen los sacerdotes de cada uno y de todos los cultos, no estinguirán la civilizacion que avanza, sin embargo, pueden detenerla en su carrera y por consiguiente retardarla, siendo esto lo que estamos todos en la obligacion de combatir y el punto tambien a que se dirije nuestro modesto libro: "Los Misterios del Confesonario," que aparecerá en breve.

No damos grande importancia a nuestras pobres pájinas, sino en cuanto han sido inspiradas por un

buen deseo; y si bien ellas no alcanzarán a estinguir los abusos, han sido escritas con el propósito de minar las preocupaciones, combatiendo absurdas prácticas que a la vez que desvirtuan y denigran la relijion, son causa de la incredulidad o del indiferentismo que desgraciadamente gana de dia en dia al hombre, y cuyos funestos efectos los vemos en ese egoismo creciente y en la relajacion no ménos progresiva de las costumbres; porque el hombre sin relijion es lo mismo que una nâve sin brújula, encaminándolo principalmente a tan lamentable estado el fárrago de ridiculeces que constituye la base de la gran mayoría de los cultos, ridiculeces que, provocando la risa o el desprecio, consiguen solo arrebatarnos las creencias, como lo hemos visto palpablemente con la proclamacion del nuevo dogma, que, léjos de afianzar la fe, ha dividido a la iglesia católica, aumentando el número de los indiferentes o de los burlones, a quienes se les ha dado un nuevo pábulo y un incentivo nuevo para su constante hilaridad.

Los "Misterios del Confesonario," lo repetimos, no han sido, pues, escritos con el deliberado propósito de atacar los principios relijiosos, sino de afianzarlos, depurándolos: hé aquí nuestro único deseo y la recomendacion única con que damos este libro a la publicidad; la aceptacion o la crítica de él depende de la lectura de sus pájinas; el autor no puede ni debe decir mas.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA

LOS
MISTERIOS DEL CONFESONARIO.

LA BEATA.

I

La capital de Chile, Santiago, es, segun el testimonio de muchos, una de las mas hermosas y opulentas ciudades de Sud América; pero tambien es, en el concepto de los mismos, una de las mas quijotescas y fanáticas.

Las preocupaciones de la vieja monarquía española, sus ideas de nobleza, sus costumbres, sus indolentes hábitos, su pereza proverbial, su relijion, más pagana que espiritual, más de forma que de fondo, más de esterioridades insignificantes que de enseñanza moral, todo, todo, en una palabra, se encuentra aquí como daguerreotipado y conserva todavia casi el mismo aspecto de la antigua metrópoli, salvo aquellos cambios que, en fuerza de la civilizacion que avanza, han venido lentamente operándose, sin borrar por esto el sello de la primitiva imájen.

Santiago, pues, con sus doscientos mil habitantes, con sus innumerables palacios (porque cada familia opulenta tiene el suyo), con sus numerosos y elevados campanarios, con sus templos soberbios, donde reina el lujo pagano en consorcio con el gusto moderno; con los vistosos y variados equipajes de una aristocracia sin títulos verdaderos de nobleza, pero rica y comparativamente poderosa; con su clero cada dia mas arrogante y por consiguiente decisivo y dogmático; Santiago, empero, a pesar de su opulencia real o ficticia, no es otra cosa que un estenso villorrio, donde reina la chismografia política, relijiosa y social; donde imperan las preocupaciones de todo jénero, pues se ve en él que triunfa siempre el individuo en lugar del principio, las inmunidades de las clases privilejiadas en vez de los derechos del pueblo, la fantasmagoría relijiosa en lugar de la santidad del dogma, el nombre de la familia en vez del mérito de la persona, asi como las influencias bastardas en lugar de las influencias verdaderas.

Tiene ademas Santiago contrastes sorprendentes, antítesis de todo jénero, polos opuestos que se chocan entre sí pero que sin embargo marchan en armonía; contradicciones inverosímiles, pero que subsisten, pues aquí vemos el reino de las ideas aristocráticas en todo su apojeo a la vez que la república en toda su majestad; vemos una especie de oligarquía que resume todos los poderes, y un pueblo que pretende y quiere tenerlos; vemos gobiernos que despotizan asediando a sus empleados por hambre para obtener el triunfo en

las urnas electorales, y ciudadanos que luchan a brazo partido y a cara descubierta contra esos gobiernos; vemos la opresion elevada casi al rango de sistema político, y los principios de libertad y de democracia encarnados en el corazon y acatados por la intelijencia de una inmensa mayoría; vemos, hasta cierto punto, la teocracia entronizada y la independencia en las ideas relijiosas proclamada en alta voz; vemos la sumision ciega a la curia romana y los deseos de emancipacion que inicia el gobierno y que encuentran simpática acojida en el pais entero; vemos al fanatismo enseñorearse ufano y a la incredulidad aparecer no ménos altiva y satisfecha; vemos codearse y hacer buenas migas, como se dice vulgarmente, a los cantorberianos con los libre-pensadores; vemos hasta la belleza en las formas y la elegancia en los modales al lado del desgreño de todo jénero y en todo sentido; vemos al palacio con dorados y estuques y la pajiza choza llena de humo y tizones; vemos los vestidos de seda con su brillo atrayente, y los ricos encajes con su no ménos seductora blancura, casi en consorcio con los sucios harapos; vemos señoritas, cubiertas de piés a cabeza con el negro manto de la beata, ostentar un rato mas tarde el monumental moño postizo y el inflado miriñaque de la coqueta elegante; vemos, en fin, (pues hemos de dar término a tantos *vemos)* al poderoso repleto de goces y al pobre lleno de necesidades y muriéndose de hambre; a aquél elegante y confortablemente vestido, y a éste casi desnudo y hasta sin zapatos... ¡Raros contrastes, que nos chocan a noso-

tros mismos a pesar de lo familiarizados que estamos con ellos, y que no pueden ménos de notar, y de notar con desventaja nuestra, los que llegan a este pais; porque en las sociedades europeas, a pesar de que existen grandes diferencias, no se presentan tan marcadas, tan acentuadas como entre nosotros, razon que influye mucho sobre las opiniones no pocas veces contradictorias, no pocas veces malévolas, que se han formado sobre nuestro pais y que nosotros hemos lamentado y criticado en no ménos ocasiones cuando nos hemos visto ser el blanco de un sarcasmo inmerecido, de un juicio temerario o de una alabanza impropia, aunque, sea dicho con verdad, bien pocas veces ha sucedido lo último!

II.

Pues bien, de tantos y tan grandes contrastes como presenta nuestra sociedad, séanos permitido tomar algunos de los tipos mas característicos del pequeño mundo en que vivimos, algunas de las faces mas salientes de los círculos que nos rodean; y como creemos que ocupa el primer puesto ese raro personaje que se denomina la *beata*, le damos con gusto el lugar preferente, colocándola en el primer capítulo de nuestro modesto libro.

La beata entre nosotros es una entidad mui conocida y sin embargo hasta cierto punto indescifrable; es un personaje de quien todos hablan y del que no ménos se ocupan,—porque está en todos los círculos y comprende todas las categorías sociales,—pero al que nadie analiza, al que nadie califica perfectamente, por

la inmensa variedad de tintes que lo forman y que hacen de cada beata un ser por separado, aun cuando pertenezcan a una sola familia, a un solo jénero, a una sola y única especie; pero podemos afirmar que jeneralmente en Chile la beata por excelencia, la verdadera beata, se encuentra en nuestra aristocracia, es decir, entre aquella clase de jentes que no necesitan del trabajo para vivir, pudiendo disponer del tiempo a su antojo, sin que por esto pretendamos que sea imposible hallarla en las otras esferas de la sociedad.

La beata, es, pues, sin duda alguna la principal figura, el primer papel, el mas saliente relieve de ese gran cuadro, de ese inmenso panorama en que se presentan los hábitos, las costumbres, la actividad, la vida, en una palabra, de la hermosa capital de nuestra floreciente república, razon por la que, como creemos haberlo dicho, hemos dado principio con ella a la presente historia. En consecuencia, tomaremos a la señora doña Pacífica Jerez de Dominguez, que se nos ha presentado gustosa para servirnos de modelo, y cuyo retrato vamos a diseñar con nuestro mal dirijido pincel.

Empero, estamos obligados a confesar a nuestros lectores que no tenemos la pretension de querer hacer con algunos cuantos rasgos de pluma el propio perfil, el perfil característico de la beata, porque seria imposible representar en un solo cuadro tipos tan distintos unos de otros; pues la beata tiene mas colores que el arco iris, o diremos mejor, en esa especie se encuentran jéneros diversos, existiendo tal variedad de sujetos, que seria realmente imposible pin-

tarlos uno a uno, y aun asi nunca nos lisonjearíamos de tocar con nuestra inesperta paleta tintes tan ténues y a la vez tan característicos, porque las beatas se diferencian unas de otras y sin embargo se asimilan, tienen entre sí algunos puntos de contacto que las unen y algunos accidentes que las separan: hai entre ellas homojeneidad, pero no hai similitud.

La beata santiaguina, quizás como todas las beatas de nuestra república, se divide en beata ascética, y en esta categoría hai un millon de diferencias lo mismo que en todas las demas, pero que sin embargo trataremos, cuanto nos es posible, de clasificar.

Se divide tambien en beata cosmopolita, que es aquella en quien han penetrado en parte las ideas de la época; que soporta a los libres pensadores aborreciéndolos, pero que no por esto ni por nada renunciaria a la exajeracion de sus opiniones relijiosas.

Beata propagandista es aquella cuyo empeño constante consiste en tratar de convertir a cuantos no son de su creencia.

Beata casamentera, y de este jénero hai muchísimas, es esa que se desvive por hacer matrimonios a troche y moche, por mas que difieran las personas en edad, en carácter, en condiciones, pues en casándolas cree que han hecho para con Dios y para con la sociedad la mas grande y meritoria obra; ¡y cuidado que el ejemplo es contajioso, porque hemos llegado a ver a hombres, a altos funcionarios del Estado seguir la misma senda, llevando de la mano y hasta las gradas del altar a muchísimas parejitas!

Beata teóloga es aquella que ha leido algo, y que a mas de considerarse llena de amor divino, cree tambien poseer la ciencia humana, y discute y apura el *ergo*, y entra en argumentaciones relijiosas, proclama en alta voz el nuevo dogma de la infalibilidad, sosteniendo con calor el poder temporal del Papa.

Beata filantrópica, este es un tipo reciente que ha venido con las hermanas del Buen Pastor, con las de los Sagrados Corazones y otras santas vírjenes por el estilo, y que forma parte de todas las congregaciones; que se hace socia honorable de la *institucion de las arrepentidas*; que persigue a las pobres *descarriadas* hasta que se les da caza y las lleva por fuerza o por engaño al redil, haciéndose con ello un triunfo, una gloria, una corona, ¡por mas que jiman aquellas infelices a quienes les han arrebatado sus hijos, de quienes las han separado para que la madre se rejenere y moralice!...

Todavía existen muchas otras categorías de beatas, muchos otros tipos que seria largo, mui largo diseñar y enumerar, y que silenciaremos temiendo cansar al lector con digresiones que pueden fatigarlo; asi es que nos limitaremos a hacer el retrato de la señora doña Pacífica Jerez de Dominguez que representa uno de los cuadros que tan lijera e imperfectamente hemos bosquejado.

Esta matrona de la sociedad santiaguina, era en la época en que escribimos esta historia (1861), una mujer de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad. Doña Pacífica gruesa de cuerpo y de una talla bastante ele-

vada, conservaba restos de la belleza de su juventud. Todavía sus hermosos ojos tenian brillo, y su mirar era altivo y arrogante en ciertas ocasiones, asi como suave y sumiso en muchas otras, segun las personas con quienes se encontraba, pues si esos ojos se dirijian a individuos altamente colocados, notábase en ellos una complaciente mansedumbre que no carecia de encanto; miéntras que si se fijaban en personas de una posicion baja o incierta, veíase de manifiesto la altanería y no pocas veces el desprecio; ¡pero cuando se encontraba con algun sacerdote, cuando se hallaba en soliloquio con esos santos varones de la clerecía, habria sido imposible ver mirada mas dulce, mas acariciadora, mas tierna, mas sumisa! hubiera podido decirse que los ojos de doña Pacífica Jerez guardaban para los hombres de sotana todo cuanto amor, toda cuanta abnegacion podia exhalar un pecho lleno de uncion, asi como embriagado en el espiritualismo de una ardiente fé y de una caridad sublime!

III.

Doña Pacífica pertenecia a ese jénero de beatas que han recibido algun cultivo, que han tenido algun trato social y que se empeñan sobremanera en hacer ver a cada momento sus títulos de nobleza y su catolicismo a toda prueba, criticando acremente a todo aquel que, en su concepto, no pertenece a la primera aristocracia y no es esencialmente ortodojo, pero dulcificando mucho su tono cuando se presenta alguno de esos fa-

vorecidos de la fortuna, cualquiera que sea su creencia, porque en su trato de mundo habia llegado a comprender que el poder principal, que la palanca mas poderosa consiste y está en el dinero; sin embargo, no haremos el agravio a doña Pacífica de decir que hubiera cambiado sus opiniones por un puñado de oro, si bien éste tenia un predominio inmenso sobre su corazon y era la mira principal de sus actos, pero armonizándolos con sus creencias.

Doña Pacífica, esencialmente amiga y defensora de los jesuitas, pertenecia de lleno a su escuela, a esa escuela de especulacion relijiosa, a esa escuela que amalgama las doctrinas del Evanjelio con los negocios de bolsa y que ha sabido hacer un comercio, y un comercio lucrativo, de la enseñanza desinteresada a la vez que humilde y sublime de Jesus; de manera que la santa señora, como la denominaban los clérigos, tenia su conciencia tranquila y marchaba por la via de sus gustos y de sus inclinaciones, sin creer que cometiera jamas el menor desliz.

Pero el santo furor de doña Pacífica rayaba en hidrofobia cuando tropezaba con algun hereje o protestante pobre, con alguno de esos libres pensadores sin cuarto en el bolsillo, porque entónces tronaba con toda la furia del catolicismo, y ni el infierno era bastante grande para contenerlo, ni las penas bastante fuertes para la gravedad del delito.

Doña Pacífica Jerez, si hubiese existido en tiempo de la inquisicion, hubiese indudablemente sido la partidaria o mas bien la apolojista decidida de Torque-

mada, porque no podia existir para ella mayor delito que tener una creencia distinta a la suya; pero en cambio de esta exajeracion relijiosa, nadie podia tildar en lo mas mínimo la regularidad de sus costumbres, y tenia a orgullo el que su corazon no hubiese palpitado jamas, lo que la hacia estraordinariamente severa con aquellas cuya sensibilidad o cuya flaqueza les hubiera hecho deslizarse un poco del recto camino; asi es que miraba su virtud como la mas pura, la mas acrisolada que existir pudiera, y una sonrisa de desden dibujábase en sus delgados lábios cuando hablaba de alguna señora de quien justa o injustamente se hubiera ocupado la sociedad; pero a esto solamente se limitaba su crítica si el rango o la fortuna de esa señora eran superiores a la suya, aun cuando en realidad no creia que hubiese alguna familia de mas alta alcurnia que la de ella.

Doña Pacífica Jerez sabia ademas la jenealojía de todos los individuos, conocia las cualidades y defectos de casi la jeneralidad de las personas que figuraban en Santiago, y aun iban mas allá sus investigaciones a este respecto, pues se informaba hasta de aquellos que por un accidente o por otro venian a la superficie; asi es que no habia mas que preguntarla sobre la vida o el oríjen de las personas, con la seguridad de encontrar un retrato fiel del sujeto sometido al análisis, ya sea en lo concerniente a sus ascendientes, al destino que ocupaba, a la fortuna de que fuese poseedor, a los vicios o virtudes que lo adornaban, al carácter que lo distinguia, a sus hábitos,

y en una palabra, hasta su edad y sus relaciones.

Descritos lijeramente los principales rasgos de doña Pacífica Jerez, o sea de la beata que se encuentra con mas frecuencia en la sociedad santiaguina, pasaremos a ocuparnos de las otras particularidades de este personaje, que gozaba de una alta consideracion en los aristocráticos círculos de la capital, y que en nuestra historia desempeñará uno de los principales roles.

IV.

Como es la fortuna de los individuos lo primero que investiga la sociedad, principiaremos a ocuparnos de los haberes de la señora doña Pacífica, que aparecia en el mundo como una mujer acaudalada, pero que en realidad solo poseia una pequeña casa en la calle de la Catedral y una buena capellanía que un viejo canónigo tio de ella, a pesar de lo que decian las malas lenguas, le habia dejado ántes de abandonar este valle de lágrimas en que no habia tenido otro trabajo que sentarse en el confesonario durante una hora y replantigarse en el coro todo el tiempo que lo exije el ritual.

Con esta pequeña fortuna hacia doña Pacífica el verdadero milagro de aparecer rica y no pocas veces caritativa y jenerosa mediante una escesiva economía interior y otros manejos de que se valia hábilmente, tales como asociar a algunos amigos en una buena obra que ella se habia propuesto llevar a cabo, apareciendo como iniciadora y contribuyente, pero sacando

de los demas los recursos suficientes para efectuarla y para que le dejara a la vez algun provecho, ya fuese moral ya pecuniario, o las dos cosas si posible era.

Esta posicion, que la colocaba ventajosamente bajo todos aspectos, poniéndola en contacto con la alta sociedad de Santiago, a la que ella se decia pertenecer o pertenecia en realidad, era para doña Pacífica esencialmente honrosa y lucrativa; honrosa porque todo el mundo la consideraba como la señora mas benéfica, y lucrativa en cuanto solian quedar en su favor algunos provechos, a mas de la influencia o del predominio que ejercia con los menesterosos, a cuyos ojos aparecia como una verdadera Providencia; sin embargo, a pesar de este rol por sí mismo tan simpático, no arrancaba doña Pacífica las afecciones de los pobres a quienes dispensaba sus favores, porque siempre en sus dádivas o en sus limosnas habia algo de altanero, traslucíase, a despecho de sus melosas palabras, la sequedad de una alma egoista y dura que no obra por caridad sino por cálculo; y como el hombre en jeneral, por mas ignorante que sea, tiene en su naturaleza una especie de instinto o de adivinacion que le revela hasta cierto punto el carácter de las personas con quienes se pone en contacto, descubriendo, a pesar de las apariencias, el fondo verdadero de las cosas, sucedia, pues, que los beneficiados de doña Pacífica, sin rehusar sus dones, no sentian por ella ese cariño que proviene de la gratitud y que es el resultado, nó del mayor o menor valor de la dádiva, nó de la magnitud o pequeñez del servicio, sino de la intencion,

del espíritu, de la voluntad del que lo hace, espíritu y voluntad que se trasmite o es una especie de fluido que pasa de una alma hácia otra alma y que no se revela esteriormente sino que se siente, esperimentándolo aun cuando se quiera ocultar el favor, porque el hombre no ve tanto el obsequio cuanto la causa o el móvil que lo determina, siendo así como se esplica el raro fenómeno de que muchas veces sentimos mas afeccion y nos encontramos mas atraidos hácia el que nos da un vaso de agua que hácia aquel que nos estiende un talego, pues es solo el afecto el que puede arrancar el afecto.

Ejercia tambien doña Pacífica Jerez de Dominguez con los pobres a quienes socorria un verdadero espionaje, informándose de sus debilidades, de sus flaquezas y de sus miserias con el pretesto de aliviarlas, y de esta manera hacíase dueña de todos los secretos de aquellos infelices, secretos que iba en seguida a revelar a su director espiritual, el que la empujaba en este sendero con el caritativo fin de correjir el vicio, encomiando a cada instante tan ejemplar y evanjélico celo, asegurándole que solo así podria al fin atraerse a esas almas al camino del cielo, sacándolas del fango en que vivian sumerjidas.

Este espionaje indigno, y mas indigno todavía por ser encubierto con el manto de la caridad, producia sus efectos: doña Pacífica era el ausiliar mas poderoso, era el brazo derecho de la casa de las *arrepentidas*, porque con mucha frecuencia conducia allí algunas de esas infelices, valiéndose de la fuerza, de la seduccion

o del engaño, pues todos los medios eran buenos con tal de conseguir su fin, no importándole nada desgarrar el alma de esas desgraciadas, a quienes arrancaba, como ya lo hemos dicho, no pocas ocasiones de los brazos de sushijos, repartiendo en seguida estas tiernas criaturas entre las amigas predilectas o poniéndolas en manos de su confesor para que les diera colocacion o las tribuyera entre sus penitentes favoritas en calidad de domésticos: costumbre que se ha hecho tan familiar y tan jeneralmente aceptada y encomiada, que ya existen en Santiago muchos de estos depósitos de seres humanos a la disposicion de las personas opulentas, que van allí en busca de un sirviente, ni mas ni ménos como se va al mercado en busca de los comestibles necesarios para el alimento. Y esta práctica, séanos permitido decirlo, es encomiada de todo el mundo y considerada como un acto de moralidad, como una accion meritoria de parte de quien se hace cargo de la criatura como de parte de quien la da; pero esta última tiene el grado preferente en la categoria de acciones virtuosas que ha establecido el gremio clerical, y a la que era mas acreedora que nadie doña Pacífica.

Demos ahora de mano a estas reflexiones que nos obligan a hacer nuestras costumbres, para entrar de lleno en la historia que nos proponemos narrar.

Solo hemos bosquejado hasta ahora una parte correspondiente al carácter de esta célebre matrona santiaguina, sin entrar en las otras particularidades de su vida que es necesario que conozcan nuestros lectores y que nosotros vamos mui voluntariamente a revelar.

V.

Hemos dicho que doña Pacífico Jerez de Dominguez no era rica, pero tenia apariencias y era considerada como tal por todo el mundo, salvo aquellas personas íntimas, tales como su hijo y su confesor, que conocian mas o ménos su estado financiero, pues en este punto, la beata era tan reservada, que solo dejaba ver aquello que no podia ocultar, y esto únicamente cuando le era conveniente, es decir, cuando su aparente franqueza le procuraba algun provecho positivo; porque sabia por esperiencia que las consideraciones humanas se tributan mas bien al dinero que al mérito, y que aquellos mismos que hacen voto de pobreza y que predican el desprendimiento, tienen siempre mas miramientos por las personas de una fortuna reconocida que por las de una virtud acrisolada.

Dado este otro detalle acerca de nuestro personaje en cuestion, nos ocuparemos del interior de esta señora, de sus relaciones mas íntimas y de sus hábitos o el jénero de vida que llevaba.

Componíase toda la familia de la señora doña Pacífica Jerez de Dominguez de un hijo único don Rafael Arcánjel Dominguez, jóven de veintiuno a veintidos años de edad, que seguia la carrera de clérigo en el célebre seminario de Santiago, donde, mediante la poderosa influencia del confesor de su señora madre, habia obtenido una beca y recomendaciones especiales para los directores de dicho establecimiento,

en obsequio de las cuales el jóven Rafael Arcánjel consiguiera no ser tratado con la dureza y con la humillacion que se acostumbra usar con aquellos infelices a quienes la pobreza de sus padres obliga a mendigar la poca y clerical instruccion que consiguen los alumnos en aquella casa, propia solamente para formar tartufos y nó hombres de conocimientos variados y de carácter emprendedor y libre, que engrandezcan su patria engrandeciéndose ellos mismos; pues basta decir que los principales ramos de enseñanza del famoso seminario son el latin y la teolojía, estudios inútiles, o mas bien dicho, perniciosos porque son por sí solos capaces de matar en jérmen la intelijencia mas despejada, haciéndola improductiva y nula, cuando hubiera debido ser fecunda y provechosa si la hubieran llevado por otro camino y nó por la aridez de una lengua muerta que de nada sirve, y de una ciencia no ménos estéril, pues no tiene aplicacion alguna ni contribuye en nada al humano progreso, sino que por el contrario estravia el juicio, perdiendo la razon y el entendimiento del jóven en un laberinto de ideas y opiniones tan absurdas como opuestas las unas a las otras, y de las cuales es imposible alcanzar el menor provecho, a no ser el de crear fátuos henchidos de una oscura a la vez que falsa ciencia basada en palabras no menos vanas y contradictorias.

Pero dejemos a un lado el latin y la teolojía con todas sus anejas estravagancias, para dar a conocer al lector las costumbres o las ocupaciones diarias de la beata santiaguina en lo mas característica de esa exis-

tencia activa y nula que es la favorita de la mayor parte de las señoras de nuestra hermosa capital, particularmente de aquellas a quienes la edad va despojando de sus atractivos.

Doña Pacífica de Dominguez tenia, a mas de su hijo único don Rafael Arcánjel de Dominguez que, como ya sabemos, se educaba en el seminario, motivo por el cual lo veia de tarde en tarde y por cortos intervalos, tenia, decimos, dos solas sirvientes, la una entrada en años, pues rayaba en mas de cincuenta primaveras, y la otra que bordeaba apénas en los quince abriles, y así como eran distintas en edad lo eran tambien en fisonomía y en carácter; porque la primera, que tenia por nombre Mónica, era rechoncha, adusta y regañona, en tanto que la segunda, llamada Elena, era esbelta, de una cara suave y simpática y de un jenio dulce, humilde y un tanto melancólico, asemejándose a aquellas personas a quienes devora algun pesar oculto, pero que sin embargo lo sobrellevan con resignacion, si bien las mina interiormente consumiéndolas, sin quejarse por esto ni proferir una sola palabra amarga que revele el dolor secreto que las mata.

La niña Elena hacia solo seis meses que estaba al servicio de doña Pacífica de Dominguez y era una de esas infelices a quien habia arrancado del hogar materno bajo el pretesto de preservarla de la corrupcion y de las acechanzas del mundo, como lo veremos en breve.

BIBLIOTECA NACIONAL

INVESTIGACION PIADOSA.

I.

La beata santiaguina, en una de sus correrias evanjélicas, correrias a las que se entregaba con frecuencia como a su ocupacion favorita, habia descubierto una familia sumamente indijente, que constaba de un hombre enfermo, de una mujer escuálida por las privaciones y abatida por los pesares, y de tres niños, de los que el mayor era la muchachita Elena, que hacia todos los menesteres de la casa y cuidaba con cariñoso esmero del enfermo que con dificultad se levantaba del lecho de dolor en que yacia.

En la choza sucia y miserable que cobijaba a aquellos desgraciados, notábase un crucifijo de marfil que, aunque de poco valor, hacia contraste con la indijencia que reinaba en aquel recinto. Veíase tambien en el suelo y al lado de una especie de lecho de esteras viejas y de alfombras descoloridas, que sin duda alguna pertenecian al enfermo, un brevario que denotaba un largo y constante uso. Lo demas de aquella pobre habitacion consistia en algunos utensilios de barro que servian para preparar el escaso alimento, en dos

sillas de paja y en una mesa que se sostenia únicamente por estar afirmada a la muralla.

La primera vez que doña Pacifica penetró en aquella verdadera pocilga humana, no pudo ménos de quedar sorprendida de tanta indijencia, indijencia que no habia encontrado en ninguna parte y que parecia no tener igual aun entre las mas infelices criaturas de la especie a quienes nuestro estado social actual condena a todas las privaciones, a todos los sufrimientos físicos y morales.

El alma de doña Pacífica, admirada pero nó conmovida con aquel espectáculo, esperimentó una especie de regocijo, nó por caridad, sino por curiosidad, proponiéndose llegar a conocer las causas que habian podido motivar tan espantosa miseria, sobre todo en personas que parecian por sus modales haber pertenecido a una clase, si no elevada, al ménos acomodada de la sociedad, pues hasta el lenguaje mismo revelaba que aquellas jentes no habian nacido en la situacion en que se encontraban.

Por otra parte, el crucifijo de marfil y el breviario eran objetos que revelaban una instruccion mas adelantada que la que regularmente tiene nuestro pueblo. lo cual contribuia no poco a escitar en sumo grado la curiosidad de la beata.

II.

En el primer dia doña Pacífica mostróse únicamente suave, persuasiva y cariñosa, manifestándoles su

compasion y diciéndoles que tuvieran confianza en Dios, que nunca abandonaba a sus criaturas, y con especialidad a aquellas que conservaban su fe y a quienes las desgracias no las habian exasperado hasta el punto de hacerlas renunciar de sus creencias, agregando, despues de estas espresiones de consuelo dichas con la mayor uncion, que ella volveria al dia siguiente y que estaba segura de traerles algun alivio a sus sufrimientos, pues tanto ella como otras almas caritativas no eran indifcrentes a los males del prójimo.

Al tiempo de despedirse, doña Pacífica puso en manos de la mujer, aparentando el mas compasivo misterio, una moneda de dos pesos, y agregó: "espero en Dios que mañana será mas," dicho lo cual partió sin oir las espresiones de reconocimiento de aquella mujer, que no hallaba voces como demostrar su gratitud por un beneficio tan inesperado.

Al dia siguiente doña Pacífica fué puntual. Un coche tirado por dos hermosos caballos se paró a la puerta del rancho, llamando la atencion del pobre barrio denominado Guangualí, que se encuentra situado a la orilla sur del Mapocho y que es casi en su totalidad habitado por peones o trabajadores de las curtiembres vecinas y por badaneros que han ocupado el puesto de las almidonerías que allí existian ántes.

Doña Pacífica Jerez y su antigua y vieja criada Mónica bajaron del carruaje trayendo consigo algunos paquetes, qué depositaron en el umbral de la puerta, miéntras el cochero sacaba los bultos mayores.

La señora y la sirviente penetraron en la habitacion,

despues de haber la primera aspirado un frasco que llevaba en el bolsillo de su vestido y que sin duda contenia algun preservativo contra enfermedades o epidemias, o por lo ménos contra los miasmas deletéreos de aquellos lugares, que se han hecho hasta hoi proverbiales por sus malos olores.

La mujer propietaria del rancho se avanzó tímidamente para recibir a la caritativa matrona, que con una mirada insinuante le señaló cuanto traia para alivio de su indijencia, de la del marido y de la de los hijos.

Fácil es concebir la gratitud de aquella infeliz que, falta de palabras o ahogada por el reconocimiento, se arrodilló ante doña Pacífica, la que se apresuró a levantarla, diciéndole con voz melosa: "usted no me debe nada a mí sino a Dios y a ciertas personas caritativas de quien Él se vale para repartir sus dones y sus misericordias."

El marido, a quien llamaremos así por el momento, permanecia en su lecho como abismado y con la vista fija en la beata. Cualquiera que hubiera notado aquella mirada, habria encontrado en ella la desconfianza y el temor, y no la gratitud que revelaba la mujer y de la cual parecia tambien que participaban los hijos, particularmente la niña Elena, que por su edad estaba ya en estado de comprender las miserias que aquejaban a sus padres y lo que valia un favor en semejantes circunstancias.

El obsequio, o mas bien dicho, la limosna de que era portadora doña Pacífica de Dominguez, no dejaba de ser valiosa, y lo era tanto mas cuanto mas tristes

eran las circunstancias de aquella indijente familia, pues la beata les traia cierto confortable y la seguridad de que no perecerian por falta de alimento, porque a mas de las camas y de los pocos muebles que necesita una morada de pobres, les habia socorrido con dinero, diciéndoles que en lo sucesivo contasen con un diario de seis reales, o sea setenta y cinco centavos, que ella les llevaria en persona, o se los mandaria con su sirviente de confianza; y doña Pacífica designó a Mónica, que la acompañaba.

El enfermo al oir esto se cubria con las dos manos el rostro... lloraba!... lloraba sin duda de contento, no porque talvez con este inesperado socorro se aliviarian sus padecimientos físicos, sino porque ya sus hijos no tendrian ni frio ni hambre...

III.

Doña Pacífica, acompañada de su sirviente y del cochero, bajaron del carruaje los objetos que llevaban, los que consistian en colchones, ropa de cama, algunos vestidos para la mujer y para los niños, como tambien dos mudas completas para el hombre, que, aunque nu tanto usadas, estaban todavía en perfecto estado, conociéndose por su calidad que aquellos trajes habian pertenecido a jente rica.

—Este es un socorro del cielo, señora, esclamó nuevamente la mujer, sollozando y sin querer abandonar la postura humilde que habia tomado al principio.

—Así es, hija mia, pero es preciso merecerlo, contestó doña Pacífica alzando sus ojos al cielo.

—¡Merecerlo!... Y la mujer tembló de piés a cabeza...

—Justamente, justamente: Dios premia así como castiga...

—¡Castiga!... Sí, sí, Él me castiga... yo no merezco otra cosa;—y la pobre mujer, como fuera de sí, esclamó: "Perdon... perdon"...

—Dios es todo misericordia, repitió la beata, clavando sus ojos escrutadores en la infeliz.

—Misericordia! Misericordia! ¿La habrá para mí?... Soi mui desgraciada... Más, mucho más de lo que parezco...

Doña Pacífica volvió a mirar a aquella criatura escuálida por las privaciones y por las miserias y que sin embargo parecia no considerar como su mayor desgracia el estado tan infeliz en que se encontraba; así es que la beata dijo para sí misma: aquí debe haber un secreto, talvez un terrible misterio que será necesario descubrir y que descubriré, porque esta desesperacion, esta desconfianza en Dios, no es el resultado del dolor físico, sino del remordimiento que produce el crímen; de manera que aquí hai algo más que indijencia..."

En el mismo instante que doña Pacífica hacia estas reflexiones interiormente, el enfermo era presa de una exaltacion visible, que se revelaba en su fisonomía angustiada y llena de espanto, llegando a tal grado su conmocion, que solo pudo articular esta única palabra: "Juana!..."

Pero en el sonido de aquella voz, que por todo discurso, por toda manifestacion, espresaba un nombre propio, el nombre de una mujer, en ese sonido, repetimos, habia un dolor tan intenso, que la persona a quien iba dirijida la palabra esperimentó un sacudimiento nervioso tan violento, que casi le hizo perder el sentido, pudiendo solo esclamar como en una especie de delirio:

—Yo nada he dicho... Nada he revelado, amigo mio...

—Solo hemos hablado de la justicia de Dios que así como premia la virtud castiga el crímen, repuso doña Pacífica con tono compunjido, pero paseando alternativamente su investigadora mirada sobre la mujer y sobre el hombre y hasta sobre los tres niños, en cuyos inocentes rostros aparecia cierto temor, mezclado de la alegría que les causaba la vista de los comestibles que habia traido doña Pacífica y a los cuales no se habian atrevido a tocar aun.

—Señora, dijo el hombre incorporándose y como en un arrebato de fiebre: yo no pido nada, no he reclamado nada, no necesito nada... lo único que pido es que me dejen solo... que no me quiten siquiera esta única satisfaccion: la vista de mis hijos...

—Anselmo! Anselmo! tú deliras, esclamó la mujer tristemente; y en seguida añadió: ¿así es como pagas un beneficio?... La señora ha venido solo...

—A hacerles el bien, interrumpió doña Pacífica, y no a separar a usted de su familia.

El enfermo miró a la beata con desconfianza y agregó cual si hablara consigo mismo:

—Si fuera cierto!... Al ménos moriria tranquilo...

—¿Por qué habla usted de morir, amigo mio? ¿y por qué duda usted de mis intenciones manifiestas? ¿Qué otro interes puede haber en mí que el de socorrer la desgracia? Y ya que Dios me proporciona tan bella ocasion, pues ustedes parecen mui infelices, ¿por qué quiere usted privarme de aquello en que yo encuentro mi mayor, mi único placer? dijo la beata en tono compunjido.

—No, señora, esa no ha sido la intencion de Anselmo, repuso con angustia la mujer.

—Pero ha manifestado la duda, contestó doña Pacífica.

—Es que hai en este mundo tan pocas personas verdaderamente caritativas... espuso el enfermo; agregando despues de una pausa: y tantas que se complacen en hacer el mal!...

—Es verdad, es verdad; ¡pero yo!... y doña Pacífica se llevó el pañuelo a los ojos.

—No hablo de usted, señora, pues no tengo el honor de conocerla..

—Por la misma razon, ¿qué interes puede haber en mí en perjudicarlos, sino que por el contrario...

—Ya lo vemos, ya lo vemos, señora; es que Anselmo delira .. esclamó la mujer asustada.

—Haré venir mi médico, contestó doña Pacífica, manifestando la compasion mas tierna.

—No, no, no lo acepto ni lo necesito, respondió el enfermo instantáneamente y en un tono que revelaba un partido tomado y una voluntad decidida.

—Pero ¿por qué?

—Por qué!... porque no quiero que me vea... porque me gusta estar solo... porque estoi bueno.

Estas reticencias, esta especie de contradiccion y de temor, escitaban cada vez mas la curiosidad de doña Pacífica, confirmándola en las sospechas que habia concebido, a tal grado que estaba decidida a no abandonar por nada aquella empresa, es decir, a investigar a toda costa aquel misterio.

Ese dia, sin embargo, no quiso ir mas allá en sus pesquisas para demostrarles que solo obraba en ella un principio de caridad; asi es que se retiró, asegurándoles su decidida proteccion y que volveria con frecuencia, pues sus desgracias, y particularmente la de los niños, habian conmovido todas las fibras de su corazon.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

Haria un mes que doña Pacífica visitaba diariamente el rancho de Anselmo y su infeliz familia, infundiéndoles gradualmente mayor confianza a medida que los beneficios se repetian y que la beata se mostraba mas cariñosa y mas humana.

Todo habia cambiado en aquel pobre albergue. Los niños limpios, decentemente vestidos y bien alimentados, se habian, por decirlo así, transformado, pues sus caras, poco tiempo há pálidas y macilentas, tenian ahora ese tinte sonrosado que denota la salud y esa alegría natural de la infancia que reina siempre en los niños cuando están sus necesidades físicas satisfechas.

Casi la misma transformacion, aunque mas lenta, tanto por la edad, como por la intensidad de los males, se habia tambien operado en la mujer y en el hombre. Anselmo y Juana parecian mas satisfechos, y sus semblantes, si bien no denotaban la fuerza propia a personas jóvenes como ellos lo eran todavía, manifestaban ya ese estado apacible del convaleciente que se encuentra en via de sanidad y que parece

aspirar la savia rejeneradora de una existencia nueva que va rebusteciéndose poco a poco.

Inter tanto doña Pacífica no habia perdido el tiempo; y aun cuando siempre aquellas jentes estaban envueltas en el mismo misterio, sin revelar nada sobre su existencia, sino lo que únicamente estaba a la vista, la beata seguia sus investigaciones interrogando a los vecinos, de los que habia conseguido saber que hacia dos años, mas o ménos, que aquella familia habia arrendado el rancho en que vivia y que el hombre no tenia profesion conocida, pero que al principio no eran tan pobres como en la actualidad, pues trajeron consigo algunos muebles que fueron vendiendo a medida sin duda que sus necesidades eran mas apremiantes.

Le habian dicho tambien que Anselmo usaba de varios disfraces para salir a la calle, y que los domingos se encerraba en su casa sin ir nunca a misa, pues no habia persona que lo hubiera visto una sola vez en la iglesia, lo cual les hacia creer que era brujo, en cuyo concepto era tenido por el vecindario; pero que sin embargo hasta la fecha no habia hecho el menor mal a nadie, sino que por el contrario los habia socorrido mejorándoles en sus enfermedades, pues jeneralmente los remedios que daba surtian buen efecto, y que, a pesar de ser tan pobre, no recibia la menor paga.

Estas revelaciones, por mui insignificantes que fueran, contribuian poderosamente a despertar la curiosidad de la beata, bastante escitada ya por los modales

y el lenguaje un tanto aristocrático de Anselmo, como por la distincion de su hijita mujer, Elena, que, a pesar de su pobreza, era poseedora de conocimientos que por lo regular no están al alcance del pueblo; pues interrogada por ella habia notado que la tierna y simpática niña sabia su idioma, escribia correctamente, tenia nociones bastante adelantadas de aritmética, de jeografía, de historia y aun de dibujo, sirviendo de preceptora a sus pequeños hermanitos, a quienes enseñaba los primeros rudimentos de lectura y de caligrafía a la vez.

Doña Pacífica habia provocado en muchas ocasiones la confianza de aquellas jentes, haciéndoles ella misma ciertas revelaciones para dar lugar que a su turno se manifestasen igualmente francas; pero a pesar de sus ardides, no habia conseguido descubrir nada, surtiendo un efecto contrario al que ella esperaba, especialmente cuando hablaba con Anselmo, que sabia eludir sus preguntas, guardando, sin dejar de responder, la mayor reserva, i solo confesando aquello que no podia bajo ningun aspecto comprometerlo.

Pero esto, léjos de hacer desmayar a la beata, porque la curiosidad y la chismografia son los elementos de que vive esta especie de bichos humanos, se contraia cada vez más en llevar a cabo el descubrimiento; estando de tal modo empeñado su amor propio que por nada habria dado un paso atras.

La matrona santiaguina no desperdiciaba la menor oportunidad, echando mano de toda su astucia para llegar a su objeto, aguardando con impaciencia la oca-

sion en que pudiera encontrarse a solas con la mujer, que le parecia la mas sencilla y por consiguiente la mas incauta.

Anselmo que, como ya hemos dicho, principiaba a encontrarse mejor, se decidió a salir de cuando en cuando para ganar por sí mismo el sustento de su familia, no queriendo indudablemente estar por completo a cargo de la caritativa señora.

II.

Uno de esos dias, doña Pacífica se encontró a solas con Juana, habiendo desde antemano espiado esta ocasion, que esperaba con ánsia para poner en juego su persuasiva palabra, a la vez que los sentimientos de gratitud a que se habia hecho acreedora por sus favores, y la dijo:

—No puede usted figurarse, hija mia, el interes que tengo por usted.

—Ya nos lo ha manifestado bastante, contestó la infeliz, para que podamos dudar de él.

—Pero mi interes no se limita únicamente a aliviar las penas corporales, sino que principalmente quisiera curar las del alma, pues recuerdo que una ocasion usted me manifestó que no era lo primero lo que mas la aquejaba...

—Es verdad, señora, respondió tímidamente Juana, mudando completamente de color.

—Por su turbacion, mas que por sus palabras, veo

el mal interior que le aqueja y desearia saber para aliviarlo, si estuviese en mi mano...

—Imposible!... hai cosas que no tienen remedio...

—Muchas veces nos ilusionamos nosotros mismos y nos forjamos dificultades imajinarias, tropiezos en nuestra opinion invencibles, porque en realidad son de mui poca monta.

—Señora! La miseria seria para mí llevadera...

—Entónces, ¿hai una desgracia mayor que te atormenta?

—Mayor! incomparablemente mayor!...

—¿Y por qué no me la has revelado? ¿No tienes confianza en mí? ¿Me temes en lugar de esperar algun alivio?

—No es temor; pero tampoco hai remedio...

—Remedio hai para todo en este mundo, hija mia; y para la misericordia de Dios no hai falta, no hai delito, no hai crímen que no perdone...

—Pero hai jentes malditas, hai jentes de que Dios se ha retirado... y nosotros somos de esas...

Y la infeliz mujer, deshecha en lágrimas, se arrodilló ante doña Pacífica, como si esperase de ella la induljencia.

—Nosotros somos réprobos para siempre, añadió, y sin embargo, nuestro delito ha sido involuntario... miento, señora: ha sido simplemente fatal... nos amamos!...

—Por lo que veo, por lo que me dejas entender, no son ustedes casados; pero esto es reparable, mui reparable... y en verdad que no encuentro en ello mo-

tivo para tanto arrepentimiento... Talvez todo se componga, y tu revelacion redundará en bien tuyo, en el de tu amante y en el de tus hijos.

—Imposible!...

—¿Por qué? El matrimonio, dado caso que ustedes vivan mal, como parece, haciéndolos salir del pecado, lejitimará la union, lejitimando a la vez la familia; ¿qué mas quieres? Yo lo allano todo. Yo me comprometo a salvar las dificultades y a correr con todos los gastos, y mi proteccion tambien será mayor, porque tendré el placer de haber salvado dos almas, y quizas tres mas... tus tres hijos, que en el estado en que se encuentran, serán mañana el ludibrio de la sociedad, sin que puedan nunca aspirar a algo; y ya tu hijita mayor, Elena, está en estado... de no ver malos ejemplos y en poco tiempo de contraer quizas un ventajoso enlace... miéntras que así...

—Así nadie la aceptaria, a pesar de su buen corazon... porque la pobrecita es buena, mui buena...

—Razon de más, hija mia, para destruir lo mas pronto, inmediatamente, el mal; y vivir en seguida con Dios manda. ¿Pero qué es... cuál puede ser el impedimento? Dime, hija mia, ¿son ciertas mis sospechas? ¿Es verdad que no eres casada?

—Verdad, señora.

—Pero ya te he dicho que yo me comprometo a vencer todas las dificultades; y tú misma no podrás menos de conocer las ventajas. ¿Se opone a ello acaso Anselmo? Y aun cuando se opusiera, no faltarian medios de obligarlo. Confia en mí; yo gozo de algun pres-

tijio y sabré emplearlo para el bien de ustedes.

III.

Conocíase que Juana pasaba por un verdadero martirio... Gotas de sudor se desprendian de su pálida frente, manifestando claramente la congoja de su alma.

—Valor, hija mia, valor, continuó la beata, mirándola con ternura; léjos de ser un mal, es un bien el revelar la falta en que estámos, pues asi nos viene el alivio y el consuelo que trae consigo el perdon; por este motivo el santo sacramento de la penitencia es tan dulce como sagrado... ¿Te has confesado alguna vez, hija mia?

—Sí, señora, contestó Juana temblando.

—¿Y no has esperimentado lo que yo te digo?

—Al principio sí; pero despues!... Despues me perdí!...

—¡Cómo! Eso no puede suceder... La confesion, depurando nuestro espíritu, es el vivificante rocío que nos mantiene y que nos eleva hácia Dios.

—No lo niego; pero...

—¿Has ocultado, por ventura, algun pecado? porque en este caso en lugar de ser la confesion un antídoto, se convierte en un tósigo, y en vez de aliviarnos nos mata.

—En la época en que me confesaba, yo no oculté nada, y mi sencillez misma trajo sin duda mi pérdida...

—Infeliz!... tus palabras son una acusacion tremenda, que es castigada con severidad.

—Por Dios, señora!... Yo no he acusado ni acuso a nadie... La fatalidad... el destino... el amor!...

Y la pobre mujer ocultó su rostro, por el cual corrian abundantes lágrimas.

—Confianza, confianza, hija mia! estás en el camino de salvacion! contestó la beata abrazándola.

—Yo no he sido criminal ni él tampoco.

—Prosigue; yo jamas condeno...

—¡Y por qué condenar! repuso Juana con exaltacion; ¿por qué condenar cuando los dos hemos luchado y cuando solo hemos sucumbido casi sin pensarlo, casi sin quererlo?...

—Entónces no hai motivo para tanto dolor, para tanto arrepentimiento.

—Pero pesa sobre nosotros y sobre nuestros hijos un anatema...

Y la infeliz, al decir esta palabra, perdió completamente el sentido, viéndose doña Pacífica obligada a sostenerla.

IV.

En ese momento entraba Anselmo que, contemplando rápidamente aquel cuadro, se detuvo como asustado, apresurándose sin embargo a ir en apoyo de su mujer y lanzando una mirada amenazadora a la beata, que dijo en el acto:

—¿Ha tomado esta pobre en el dia alguna tasa de caldo? quizá su desmayo proviene de falta de alimento.

--Anselmo la contempló un instante y en seguida contestó:

—El desfallecimiento de mi mujer no nace de debilidad, sino que nace de temor... lo conozco en las palpitaciones de su corazon...

—Talvez se engaña usted.

—Estos síntomas no engañan a nadie; ¿qué le ha preguntado usted? ¿qué le ha dicho a usted?

Y la voz y el semblante de Anselmo eran terribles al hacer estas interrogaciones.

Doña Pacífica tuvo miedo y contestó de un modo dulce y humilde:

—Yo no le he preguntado nada, no le he dicho nada.

—Sin embargo... las apariencias...

—Las apariencias engañan las mas veces. Tavcz la debilidad...

—Otras ocasiones ha carecido del alimento indispensable y nunca la he visto desfallecer hasta este punto...Es prciso que haya pasado algo de estraordinario...

Y aquel hombre sospechoso, a la vez que solícito, arrastró a su mujer hasta el lecho, dirijiendo una mirada dura a la beata, que casi no atinaba a disculparse temiendo no aumentar el furor comprimido de Anselmo, que mui bien podia estallar con la menor observacion que le hiciera; asi es que por prudencia trató de abandonar el campo sin dar a conocer el temor que sentia.

Anselmo, siempre silencioso y con esa calma pre-

cursora de la tempestad, colocó a la mujer en la cama, le hizo aspirar algunas sales, y Juana volvió en sí, mirando a su alrededor con espanto.

Doña Pacífica no estaba ya en el rancho, y la pobre mujer solo tenia delante a Anselmo, que la contemplaba en silencio.

La fisonomía de aquel hombre revelaba sentimientos confusos, talvez contradictorios... Parecia que dominaban al mismo tiempo en su alma la timidez y el furor, el desaliento y la enerjía, la compasion y la veganza, la resi gnacion y la ira...

—¿Qué le has dicho a esa señora? dijo Anselmo con dolorido acento.

—Nada, amigo mio.

—Nada!... Háblame con franqueza... no me engañes, Juana... Tú sabes cuánto he sufrido... cuánto hemos sufrido... Tú sabes lo que soi... lo que somos... y que una palabra imprudente...

—Ah! qué abismo de males! El remordimiento me consume... esta no es vida... dijo Juana, sin contestar a Anselmo y como si respondiera a lo que pasaba por ella interiormente.

—Tienes razon, contestó el hombre con abatimiento, y llevando la mano a su frente, esclamó: esta no es vida!... Pero nuestros hijos!... si fuéramos los dos solos!...

—Nuestros hijos! Mis hijos!... ¿Pesará tambien sobre esas inocentes criaturas la maldicion que pesa sobre sus padres? Infelices!... ellos son mas dignos de compasion, pues nosotros... nosotros merecemos nuestro castigo...

—Cállate, Juana, cállate. No aumentes mas mi desesperacion...

Y el pobre hombre rompió en sollozos...

V.

La desgraciada mujer echó sus descarnados brazos al rededor del cuello de aquel infeliz, confundió sus lágrimas con las de él, y le dijo con voz dulce pero llena de profunda tristeza:

—Anselmo, aún nos amamos!...

—Sí, nos amamos; pero tú sabes que este amor ha causado nuestra desgracia...

—¿Es mia la culpa?

—No; es esclusivamente mia... Yo te he hecho desgraciada...

—No eres el solo culpable, desde que yo por mi propia voluntad acepté esa desgracia, aceptando tu amor...

—Pero yo te induje... ¡Ah! En qué precipicio nos ponen y luego se admiran de nuestra caida!... Malditas preocupaciones!... ¡Querer que el hombre contrarie las leyes de la naturaleza!... Pero es que santifican la hipocresía!...

Y Anselmo prorumpió en una estrepitosa carcajada, carcajada nerviosa, carcajada de loco, carcajada que parecia emanar de dos sentimientos: del desprecio y del despecho...

—La hipocresía, continuó, hé aquí la careta indigna con que todos se cubren: hé aquí el lodazal en que todos ellos viven... ¡Y sin embargo, son considerados

y se pavonean orgullosos!... ¡Miéntras que yo, por no haber querido contrariar los eternos preceptos de Dios, por haber respetado los vínculos de la naturaleza, me encuentro anonadado, perseguido, condenado, anatematizado para siempre!... ¡Para siempre!... porque en realidad no soi mas que un paria; porque no hai un ser que no me rechace; porque hasta mi mujer misma me maldice y mis hijos mas tarde renegarán de mí... ¡y todavía esto no es todo!...

—Anselmo, Anselmo, no desconfies: quizas nuestros sufrimientos llegan a su término... La proteccion de esa caritativa señora nos lo anuncia... Con todo, te lo confieso, yo casi no puedo vivir asi; pero sin embargo, estoi resuelta...

—¿Y qué harias, infeliz?

—Aspiro únicamente a la muerte.

—¿Cómo me decias, poco tiempo há, que me amabas?

—Y no lo niego... y volveré a repetir cien veces la misma palabra, porque es la espresion verdadera de mi alma; pero tú sabes...

—Que yo estoi maldito!...

—Lo sé, mi adorado Anselmo, y a pesar de esto soi tuya... soi la madre de tus hijos... y esa maldicion cae sobre ámbos... cae sobre todos...

—¿Pero tú te exasperas?

—Por qué no confesártelo!... Tengo miedo...

—Lo comprendo.

—Cada uno tiene sus creencias; y yo...

—Participas de las de los demas.

—Para qué negarlo; pero esto no quita que te sea fiel... fiel hasta la muerte...

—No es de la fidelidad de lo que hablamos, sino que yo soi para tí el mayor de los males.

Juana no contestó palabra sino que suspiró, guardando silencio.

—No lo niegas? Pues bien, espera...

—¿Qué cosa?

—Que todavía no has apurado la copa...

—¿Quieres más aún? ¿No conoces toda mi existencia? ¿No sabes a lo que me he espuesto y lo que he abandonado por seguirte?

—Lo sé todo.

—¿Por qué, pues, me culpas?

—Yo no te culpo, sino que por el contrario te compadezco; con todo, pienso en que la suerte que nos persigue es la misma y en que el mismo infortunio pesa sobre los dos.

—No lo ignoro.

—¿Y bien? Si no lo ignoras, ¿por qué dices cosas que no debieras nunca revelar?

—Creo no haber dicho nada de importancia.

—Y sin embargo, te has turbado cuando yo he aparecido, asi como creo haber notado en nuestra protectora una turbacion idéntica.

—Te habrás equivocado.

—Dios lo quiera, pero las apariencias me lo revelaban.

—Las apariencias nos engañan muchas veces.

—Está bien; pero desearia que esa mujer, doña Pacífica, no se introdujera entre nosotros.

—¡Cómo! ¿Despues de habernos hecho tantos beneficios?

—A pesar de los beneficios.

—¿Pero con qué pretesto? A mas de aparecer ingratos, habria en ese acto una descortesía incalificable.

—Pero yo no sé por qué temo a esa señora.

—Temes infundadamente; se ha mostrado tan caritativa con nosotros...

—Tengo presentimientos...

—¿Qué clase de presentimientos?

—Que ella va a perdernos.

—¡A perdernos! ¿Qué tenemos nosotros que perder? ¿Puede haber miseria mayor que la nuestra?

—Sí...

—¿No estamos en el último grado de la escala social? ¿Cómo descender todavía más?

—No tan solo hace sufrir la miseria...

—Lo sé; hemos tenido que esperimentar dolores de otro jénero, particularmente tú; pero ya éstos han terminado... Ya no te perseguirán más.. ya no te harán sufrir mas de lo que te han hecho a tí... más de lo que nos han hecho a ámbos...

—¡Quién sabe!... todavía les quedan medios a mis perseguidores... todavía hai en mi corazon partes vulnerables...

—Yo creia que habíamos apurado por completo el cáliz.

—Tras una desgracia vienen otras, y la amargura no tiene límites... hasta que no se rompen todas las fibras... hasta que no dé con nosotros en tierra...

—¿Entónces no hai mas remedio... no hai mas consuelo que la muerte?...

—Quizás es el único... Quizás es el solo partido que me queda para no hacerte sufrir a tí, para no hacer sufrir a nuestros hijos.

—Nó, Anselmo; no tengas esas ideas, contestó la desgraciada mujer; piensa, añadió, que ese seria el peor de los males.

—Quizás te equivocas: talvez seria el mas grande de los bienes...

Y nuestros hijos y yo? ¿Qué seria de todos?

—Serian mas felices... Me parece que soi yo el único que trae la desgracia, y lo soi en efecto...

—Suframos nuestros males; pero no pienses así, no pienses en abandonarnos.

Y la infeliz mujer acarició a aquel infeliz hombre...

¡Poder inmenso del cariño!... ¡Cuántas veces no endulza el mayor infortunio! ¡Cuántas veces no hace olvidar los males que nos aquejan, cubriendo de flores el precipicio en que estamos prontos a caer! Esto mismo le sucedia a Anselmo, que dijo a Juana:

—Me queda la mas grande de las felicidades: tu afecto y el de mis hijos.

La mujer dió un suspiro, y añadió, hablando consigo misma y en un tono bajo para no ser comprendida: "¡Cuán caro nos cuesta esa dicha!..."

La calma volvió sin duda al espíritu de Anselmo, que dijo a Juana tomándole una mano:

—He sido quizás injusto en mis sospechas... Nuestra protectora no puede tener ningun interes en perdernos: ella no nos conocia ántes ni nos conoce ahora.

—Así me parece.

—Bien, recíbela como siempre; pero ten cuidado, mucho cuidado en que ni siquiera trasluzca nuestro secreto, nuestra fatal situacion...

Y Anselmo miró a Juana como asustado el mismo de lo que habia dicho y para cerciorarse del grado de confianza que debia esperar de la discrecion de su mujer.

Esta lo miró cariñosa pero tristemente, y no respondió una palabra.

VI.

Al dia siguiente volvió a presentarse doña Pacífica, mas amable, mas obsequiosa que nunca, y no hizo la menor alusion a la conversacion del dia anterior, limitándose a acariciar a los niños, y en particular a la ya jovencita Elena, a quien alabó sobremanera.

Las visitas de la beata continuaron por algun tiempo, no perdiendo la ocasion de hacer sus exhortaciones a Juana sobre la mala vida y lo agradable y tranquilo que era estar en gracia de Dios, sazonando dichas amonestaciones, ya con los castigos del infierno, ya con las alegrías del cielo, empleando alternativamente los temores y las esperanzas para atraerla al punto que deseaba.

Estas conferencias tenian lugar en ausencia de Anselmo; pero cualquiera, esceptuándolo a él, no habria encontrado en ellas nada de malo, sino que por el contrario habria dicho que eran lecciones de la mas pura moral, y por consiguiente propias para ser proclamadas en alta voz, sin que le fuera posible conocer cuánto habia de ensidioso y de hipócrita en aquellas palabras tan acordes con la razon y con el Evanjelio.

Escusado será decir, pues, que doña Pacífica Jerez ganaba por momentos mayor confianza en el ánimo de Juana, y que esta confianza, unida a la gratitud natural que inspiran los beneficios recibidos, así como al respeto y consideracion que se tiene por quien los acuerda, despertó en esa infeliz un afecto y una estimacion que nunca habia sentido por personas de su mismo sexo: el corazon de Juana era sencillo y tierno y por consiguiente susceptible de afeccionarse de todo aquello que se le presentaba en armonía con sus nobles aunque poco cultivados instintos.

La beata conocia los progresos que hacia en el ánimo de su protejida y aun en el de Anselmo, que tambien aparecia ménos desconfiado, sin dejar por esto de guardar una completa reserva.

Al fin, se presentó una ocasion que creyó favorable, y doña Pacífica la aprovechó.

Anselmo estaba fuera, y la beata puso en juego toda su argucia.

—¡Ai! hija mia; no sabes cuánto me interesa tu suerte, le dijo.

—Bastante me lo ha manifestado, señora, contestó Juana con acento agradecido.

—Pero no es tu miseria corporal lo que mas me aflije, sino tu miseria espiritual. Los males corporales son pasajeros, pero no así los del alma; aquellos pueden fácilmente aliviarse, miéntras que los últimos... Sin embargo, Dios es todo misericordia.

—Lo siento así, señora.

—Sé que tú eres buena, dócil y bien intencionada. Esto lo he conocido desde que te vi por la primera vez, y no dudo que estarás dispuesta a seguir el buen camino.

—Tengo la voluntad, pero...

—Toda dificultad se vence cuando se quiere, y sobre todo, hija mia, no debemos esponer la vida eterna...

—¡Señora!... si usted supiera!...

—Mui fácil me ha sido conocer que no andabas por la via recta, y tú misma me los ha dejado entender.

—Así es.

—No desconfies... Atiende a los llamamientos de Dios ántes que a toda consideracion humana.

—Es que no sé realmente cómo debo obrar.

—Obra segun tu conciencia, esa es la mejor guia: si ella te dice que vas mal, corta desde luego ese mal, porque si persistes en él tienes segura tu condenacion; miéntras que si escuchas las advertencias del Señor, te salvarás: no debemos anteponer el bien transitorio al bien eterno...

—No lo niego.

—Entónces!... ¿no te inspiro yo bastante confianza?

Dímelo francamente; y sin abandonarte por esto, me retiro...

—Nó, no me abandone usted... Tal vez es usted la única persona que pueda sacarme del estado en que me encuentro, o al ménos que pueda darme consejos para salir de él.

—Habla, hija mia, habla, y cuenta en todo y para todo conmigo.

—Es que tengo temores...

—¿Temores de quién? ¿A quién? ¿Por qué?

—Me parece que en mí hai dos voces, dos móviles, dos fuerzas opuestas que me arrastran en sentido contrario, y que cediendo a una creo obrar tan mal como cediendo a otra; de manera que mi conciencia reprueba por un lado y acepta por otro, sin que pueda ella servirme de guia para dirijir mis acciones; así es que no sé verdaderamente si debo callar o si debo hablar.

—Comprendo esa lucha, porque hai en nosotros dos principios constitutivos: el uno que nos induce al bien y el otro al mal, o vice-versa.

—¡Qué desesperacion! esclamó Juana, llevando la mano a su corazon como si sintiera en él un agudo dolor.

—Valor, hija mia, valor y confianza en Dios. Él te aguarda con los brazos abiertos, como a todo pecador que se arrepiente.

—¡Y qué será de Anselmo!...

—Piensa en tí; piensa solo en tu salvacion... El demonio, que no quiere salvarte, es el que te pone esas dificultades, es el que lucha porque no te desprendas

de sus redes... no quiere largar la presa que ya creia para siempre segura; pero Dios no lo permitirá... Yo estoi aquí para defenderte de las asechanzas del Maldito...

Y la entonacion de voz de doña Pacífica era espantosa... Diríase que en realidad estaba en ese momento en lucha abierta y sostenida con el mismo diablo en persona.

VII.

La congoja de la pobre mujer crecia a medida que la beata se exaltaba y ponia a su vista el lúgubre cuadro del infierno pintado con los vivos colores del mas exaltado fanatismo.

—Dios tambien se enoja, prosiguió doña Pacífica, cuando la criatura se empecina en el pecado, y se retira abandonándola para siempre... y yo, imitando su ejemplo, te dejaré como Él...

—Señora, señora, no me abandone usted; estoi dispuesta a revelárselo y a echarme en seguida a los piés de un confesor para implorar su absolucion, si una mujer tan pecadora como yo puede merecerla...

—Haces bien, mui bien, hija mia; Dios no desecha a nadie y yo respondo de tu salvacion.

Y doña Pacífica abrazó tiernamente a Juana.

—Señora, repuso la infeliz mujer, fuera de sí y queriendo desprenderse de la beata; yo no soi digna de que usted me abrace... soi mui criminal...

—Jesus no ha venido en busca de los justos, sino de los pecadores.

—Entonces ¿no me rechaza?

—Jamas... ¿acaso el Señor rechazó a los arrepentidos? Y tú lo estás, hija mia; ¿no es verdad?

—Lo he estado antes y más que nunca lo estoi ahora.

—Así lo veo... así lo dices; pero es la prueba la única que pueda convencerme, la única que me dé la seguridad absoluta, y la única que remedie el mal.

—¿Y cuál es esa prueba?

—No debia tener necesidad de decirlo, porque tú misma debias saberlo: esa prueba es la confesion franca del pecado.

—Pero esa confesion ..

—Basta de vacilaciones; ¿quieres o no arrepentirte? ¿Quieres o nó revelarme la causa de tu mal, el motivo de tu pecado?... Si no lo quieres, permanece en el fango en que vives y yo me retiro para siempre: esta es mi última amonestacion y mi última palabra.

—Señora!...

—Ya he sido demasiado induljente... basta...

Y doña Pacífica hizo ademan de retirarse.

Juana la detuvo postrándose, y añadió:

—Por piedad!...

—La he tenido bastante y la tengo quizas demasiado...

—Si usted supiera!... Si usted supiera, veria que tengo motivos y motivos poderosísimos para ser como soi...

—Nunca hai escusas para vivir en el pecado...

Y doña Pacífica volvió a hacer la tentativa de irse.

—Un momento, un momento, señora, y haré cuanto usted quiera, cuanto usted me ordene...

—Vamos, me pareces mas dócil.

Y la beata se acercó cariñosa donde Juana, añadiendo:

—Di la verdad y no temas nada, sino que léjos de temer tendrás la recompensa que Dios y los hombres te preparan, porque Dios y los hombres son justos.

—Estoi vencida... suceda lo que suceda... primero es mi salvacion...

—Así es; ese pensamiento es del Altísimo y debes aceptarlo y someterte a él...

—Digamos entónces la verdad.

Y Juana se acercó al oido de doña Pacífica y pronunció unas cuantas palabras...

La beata retrocedió como asustada cuando fué poseedora del secreto de Juana; pero luego volvió a acercarse a ella con semblante cariñoso...

VIII.

¿Cuál era esa revelacion que habia conmovido el corazon de una mujer acostumbrada al tráfico clerical y al confesonario, donde se hacen tantas y de tan distintos y variados jéneros?

No lo diremos por el momento; pero lo cierto del caso es que aquella revelacion habia causado dos efectos: la pérdida casi completa de la razon de Juana y el espanto involuntario de doña Pacífica al oirle.

El misterio habia, pues, desaparecido, y la beata

montó en coche, dejando a la infeliz mujer presa de los remordimientos que le orijinaba la confesion que habia hecho, y presa tambien de los temores que traia consigo la situacion en que se hallaba y en que la ponia esa revelacion.

Anselmo llegó mucho tiempo despues de la conferencia que hemos descrito; y a pesar de que el acontecimiento habia tenido lugar algunas horas ántes, no pudo ménos de notar en Juana cierta perturbacion en sus ideas; pero como estaba acostumbrado a estos cambios, como conocia el espíritu vivo i temeroso de su mujer, no le llamó la atencion el estado en que se encontraba, e informándose con cariño de la familia y los acontecimientos de la casa, pasó a acostarse sin sospecha y sin desconfianza.

Juana permaneció aquella noche en el mismo lugar, a pesar de las insinuaciones de Anselmo para que se acostara; pero silenciosa e inmóvil como la estatua de un sepulcro, no dejó por un instante ni su actitud ni su asiento.

En esa misma condicion se hallaba la infeliz mujer cuando se presentaron mui de madrugada dos coches cerrados a la puerta del rancho.

En uno de esos coches iban dos clérigos y un oficial de policía; en el otro doña Pacífica, una monja del Buen Pastor y la vieja criada llamada Mónica.

Doña Pacífica golpeó la puerta, llamando a la vez de viva voz.

La puerta se abrió, y los seis personajes agrupados

se presentaron de un golpe a la vista de Juana, que los miró con espanto.

—Nada temas, hija mia, dijo doña Pacífica, entrando la primera en la habitacion; desde ahora principiará para vos una nueva vida.

—¡Por Dios! ¿Qué me va a suceder? esclamó Juana con angustia.

Inter tanto la monja del Buen Pastor, los clérigos y el militar habian tambien penetrado en el rancho.

Anselmo al ver a los sacerdotes perdió casi el conocimiento y un sudor frio inundó su cuerpo, sin tener aliento para proferir una palabra.

La mirada dura y fija de ambos clérigos parecia llegar hasta el corazon de aquel infeliz, porque hubo un momento en que llevó ámbas manos hácia esta parte del cuerpo, del mismo modo que si se hubiese sentido gravemente herido.

—¿Nos conoce usted? preguntó a Anselmo el mas viejo de los dos sacerdotes.

—Sí, señores, contestó tímidamente Anselmo.

—Esperamos, pues, que usted no haga la menor resistencia y se venga buenamente con nosotros. Por otra parte, toda resistencia seria inútil. Y el clérigo miró al oficial de policía como diciendo: "la fuerza está de nuestra parte."

Anselmo inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Vístase usted.

Anselmo se incorporó y principió a vestirse con esa lentitud del que está completamente desfallecido.

Quiso en seguida pararse, pero no pudo; sus piernas se doblaron y cayó sobre el lecho.

Los dos clérigos se apresuraron a levantarlo y lo sostuvieron.

Miéntras tanto, doña Pacífica y la monja del Buen Pastor decian a Juana.

—Vamos.

—¿Dónde?

—A una santa casa, en la que usted vivirá tranquila y exenta del pecado.

—¿Y mis hijos y mi...?

—En cuanto a los primeros, viva usted confiada en que estarán mucho mejor que aquí y rodeados de buenos y edificantes ejemplos; en cuanto a lo segundo, añadió doña Pacífica con severidad, no debe usted pensar más en ello...

—¡Infeliz!

—Algo cuesta resolverse a salir del pecado; pero por doloroso que sea, al fin se siente el alivio que solo puede procurarnos el amor de Dios... Vamos, hija mia.

IX.

Juana, acongojada y sin saber lo que debia hacer, miró a sus hijos y miró a Anselmo como interrogándolos.

Anselmo no respondió a aquella mirada... Estaba, por decirlo así, anonadado: era como uno de esos hombres a quienes conducen al patíbulo y que ha pasado por la dura prueba de los tres dias de capilla que pre-

ceden al último suplicio, tres dias que sin duda alguna son el mayor tormento que se puede aplicar a un criminal, porque esos tres dias obran jeneralmente sobre el cuerpo y sobre el espíritu del hombre a tal punto, que el primero ha perdido ántes de llegar al término fatal todas sus fuerzas, y el segundo muchas veces hasta la conciencia de su situacion; de manera que por lo regular se arrastra casi un cadáver al patíbulo.

Anselmo se hallaba en esa situacion...

¿Por qué?

Mas tarde revelaremos el secreto.

Entre tanto los dos clérigos, sosteniéndolo para que no cayese en tierra, lo conducian llevándoselo, o diremos mejor, arrastrándolo hasta el coche.

Juana, no ménos conmovida que él, pero fuertemente impresionada con aquel espectáculo, se desprendió de doña Pacífica y de la monja, yendo precipitadamente a echarse en brazos de Anselmo, que la dijo con voz desfallecida:

—Me has perdido y te has perdido...

—Yo he tenido la intencion de salvarte y de salvarme.

—Sin embargo, ya lo ves... ya te lo habia prevenido...

—Pero no te arrancarán de aquí; y la pobre mujer lo detuvo en su marcha, a despecho de los clérigos, que forcejeaban por llevárselo.

—Señora, dijo el militar interviniendo; tengo órdenes espresas para conducir a este individuo donde los señores quieran, y designó a los dos sacerdotes.

—¡Pero señor!

—No meta usted bulla ni haga con ello un escándalo, porque eso no impediria que su marido sea llevado, y usted talvez se perjudicaria más.

—¡Su marido! Es justamente el escándalo el que queremos evitar, interrumpió doña Pacífica.

—Diga usted a esta mujer que se sosiegue y que obedezca las órdenes de esta señora y de la monja, espuso el mas viejo de los dos clérigos, dirijiéndose a Anselmo.

—Retírate, Juana, y haz lo que estos señores ordenan, contestó el marido.

—¿Pero qué es lo que va a suceder?

—Lo que va a suceder, repitió el mismo sacerdote, es lo que ustedes debian haber previsto mucho tiempo ántes: evitar los malos ejemplos y traer dos almas al buen camino.

—Retírate, Juana, dijo Anselmo, haciendo él mismo esfuerzo por desprenderse de su mujer.

—¡Ai! yo no puedo dejarte... que nos conduzcan a los dos.

—Otro era, hija mia, tu lenguaje de ayer, observó doña Pacífica, tomando por la mano a la desconsolada mujer.

—Es verdad; pero yo sola, yo sola queria padecer y espiar mi delito.

X.

Los niños, sin darse completa cuenta de lo que pasaba, lloraban, sin embargo; y Elena se abrazó de

las rodillas de su madre como para impedir que anduviese.

—Ya esto es demasiado, dijo doña Pacífica, y yo pierdo mucho tiempo, pues a las siete tengo que oir mi misa, devocion a la que no faltaria por todos los tesoros del mundo, pero que en fuerza de tan grande obra de caridad quizas voi a perder, pues ya son las seis y media.

Y doña Pacífica miró el reloj.

—Tiene usted razon, señora, dijo la monja, que hasta ese momento habia permanecido como fria espectadora, y agregó: estos casos son mui frecuentes y nosotras estamos mui acostumbradas a ellos... lo mejor es marcharnos lo mas brevemente.

—Vamos, hija mia, repuso doña Pacífica con dulzura; nada te puede suceder a tí ni a tus hijos, porque me obligo a ponerlos en buenas manos, y ademas, para tranquilizarte, te diré que yo misma me haré cargo de Elena.

—¡Me tengo que separar de mis hijos!... esclamó Juana con desesperacion.

—Justamente, para el bien de ellos y para el tuyo.

—Nunca... y la infeliz mujer dió un paso hácia atras.

Los niños, comprendiendo al fin de lo que se trataba, se aferraron de los vestidos de su madre.

Aquel cuadro era conmovedor; y sin embargo, las fisonomías de aquellos espectadores, que tambien tomaban parte en la escena, mostraban indiferencia por no decir alegría, pues en los delgados lábios de la mon-

ja dibujábase una sonrisa, sonrisa cruel, sonrisa de beata y de vieja soltera!...

—Terminemos, dijo secamente la monja.

—En marcha, señor, añadió uno de los clérigos dirijiéndose a Anselmo.

Esa palabra respetuosa de *señor* dirijida a aquel pobre, ¿qué significaba? ¿Era un sarcasmo, o en realidad el individuo a quien hablaban pertenecia a una clase distinta de la que aparentaba actualmente? Así era en efecto, y todos los que estaban allí lo sabian, pero ninguno decia el rango a que pertenecia.

Anselmo obedecia maquinalmente... Miró a su mujer y a sus hijos y señaló el cielo, como diciéndoles: "allá solo nos volveremos a encontrar..."

¡Y este hombre, que vivia, segun las apariencias, en el pecado, manifestaba, sin embargo, creer y esperar en Dios!...

Doña Pacífica dijo entónces a Juana:

—Siga a usted a sor Ana Rosa, que la llevará a un santo asilo donde usted vivirá tranquila y satisfecha consigo misma.

—¡Pero mis hijos!...

—Ya le he dicho que yo respondo de ellos.

No nos resolvemos a pintar aquella escena de desesperacion y de dolor. No hai en la vida mayor tormento, no hai inhumanidad mas grande y pena mas cruel, que la de separar violenta e inesperadamente a una madre de sus hijos.

Juana no resistió este trance y se desmayó...

La monja del Buen Pastor hizo señas a doña Pacífica, manifestándole que no debia perderse aquella

oportunidad tan favorable para llevarla sin ruido; y las tres mujeres pusieron manos a la obra y colocaron a Juana en el coche, sentándose a su lado sor Ana Rosa, que dió la órden de partir.

Doña Pacífica permaneció con los niños, que lloraban sin consuelo, y mandó a su criada Mónica a traer un coche de alquiler.

La beata acarició a Elena, tratando de consolarla, y dió algunos dulces a los niños, que los aceptaron sin comerlos.

Elena sollozaba sin poderse contener, y parecian no causarle impresion alguna favorable las almibaradas palabras de la beata, a quien, a pesar de sus halagos, miraba con desconfianza y con temor.

El coche llegó en ménos de un cuarto de hora, y doña Pacífica, en compañía de Mónica, colocaron los niños en él, llevándoselos directamente a su casa; pero aquella misma noche cada una de esas criaturas reconocia un amo distinto, colocacion que la beata obtuvo entre sus camaradas, reservándose para ella a la jovencita Elena.

Estos acontecimientos, que hemos descrito anticipadamente solo con el fin de hacer conocer la situacion de Elena en casa de doña Pacífica, así como la tristeza invencible que parecia ser el fondo de su carácter, tendrán su colocacion mas tarde, suspendiendo por ahora la narracion seguida de ellos, para entrar, como lo habíamos prometido al principio, en el interior de doña Pacífica, que apénas conocemos, así como para hacer ver las ocupaciones diarias, que contribuirán sin duda a revelar al lector el carácter de este personaje,

su jénero de vida y sus medios de accion, pues por el papel que representa en Chile la beata, es preciso conocerla a fondo.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

Hemos dicho, pues, que hacia unos seis meses que la jóven Elena estaba en casa de doña Pacífica y que era dominada por una especie de melancolía que no habia podido vencer y que su misma señora habia querido estirpar, valiéndose para ello de distintos medios, ya fuese tratándola cariñosa o ya duramente; pero aquella muchacha se mostraba tan indiferente a lo uno como a lo otro, sin dejar por esto de hacer con puntualidad todos los menesteres de la casa y de obedecer a doña Pacífica en cuanto ésta le ordenaba, sin murmurar jamas, sino que léjos de eso empleaba una regularidad irreprochable, a tal grado que habria podido creerse que todo su empeño era complacer a su señora.

Esta exactitud y esta regularidad, que podemos denominar casi automática, no la libraba de algunas reconvenciones, tanto de doña Pacífica cuanto de Mónica, que se creia con el mismo derecho de su ama para reprenderla; pero Elena no se exaltaba por ello, sino que continuaba siempre del mismo modo, es decir, haciendo los deberes que le habian prescrito, sin inmutarse al parecer.

II.

La primera dilijencia de doña Pacífica cuando Elena estuvo en su poder, fué llevarla a donde el confesor despues de haberla preparado a su manera, o lo

que es lo mismo, despues de haberle hecho sus advertencias y de haberla, como ella decia, arreglado convenientemente para recibir con todo provecho el santo sacramento de la penitencia.

Elena, obedeciendo siempre al mandato de su señora, se habia prosternado humildemente y con la sinceridad de un corazon jóven y sencillo a los piés del sacerdote; pero en no pocas ocasiones no habia sabido qué responder a las preguntas que le hacia, y en no pocas otras habia agachado su vista y ruborizádose interiormente, aun cuando no se habian despertado en ella los sentidos ni poseia aun la menor malicia.

Pero en los pocos lances de su vida, y particularmente en el último que acabamos de describir, esta pobre e inocente criatura habia adquirido cierta esperiencia que la obligaba, sin pensarlo ella misma, a reflexionar y a concentrarse en su interior. Y como si hubiera previsto que existiera alguna connivencia entre doña Pacífica y el director espiritual a quien la habia encargado, guardaba siempre una prudente reserva, pues en vano la beata le hacia preguntas insidiosas, porque las evadia con maña, y en vano el confesor trataba de encontrar faltas en aquella alma pura, porque la pureza misma las rechazaba. De manera que tanto doña Pacífica como el director se complacian recíprocamente de su obra, sin que por esto Elena fuese en lo mas mínimo hipócrita, sino que, por el contrario, su honestidad sencilla le servia de salvaguardia tanto con el uno como con la otra.

Esta especie de maniobra de la inocente niña no podia durar mucho tiempo, porque el confesor, lleva-

do de su celo (pues no queremos suponerlo mal intencionado), iba siempre a la carga, es decir, que queria descubrir en ella los síntomas del mal, despertando en su mente pensamientos que no habian jamas pasado por su imajinacion y sensaciones que tampoco habia esperimentado su cuerpo. Sin embargo, ella sentia que el confesonario le despejaba la intelijencia, al mismo tiempo que despertaba sus sentidos, pero sin darse por completo razon de tan estraordinario fenómeno que chocaba con su naturaleza virjinal de espíritu y de cuerpo.

—Mi confesor, solia decir en algunas ocasiones a doña Pacífica, me hace muchas preguntas que yo no entiendo y sobre cosas que jamas he esperimentado, diciéndome a cada paso: —¿Entiende usted? ¿Me ha comprendido usted? ¿Piensa y cree usted todo cuanto yo le digo?

Y Elena esperimentaba cierta repugnancia por el hecho de oir aquellas interrogaciones, no malévolas, pero sí imprudentes, porque van ellas a romper las primeras ese velo de castidad que debiera conservarse en la mujer como el mas precioso don y el mas grato de los hechizos; esa túnica de santo pudor que jamas debiera tocarse y que nunca debiéramos romper. ¡Y sin embargo, son por lo regular los confesores, llevados de un mal entendido celo (pues no queremos ocuparnos de ciertos otros), los que deshojan esa flor de pureza, marchitándola con su aliento, aun sin tocarlas las mas veces!

III.

Elena se ruborizaba, sin comprender todo el signi-

ficado de las pesquisas de conciencia que se hacen en el recinto misterioso del confesonario y a que se creen autorizados todos los que se dedican a la carrera del sacerdocio católico. Y no solo se creen autorizados, sino que piensan que es un deber, una obligacion imprescindible de su ministerio, el investigar hasta lo mas recóndito, para conocer, segun dicen, la intensidad del mal o el jérmen de ese mismo mal y poderlo curar en caso que no se haya aun desarrollado, ¡sin comprender que muchas veces lo provocan, siendo ellos los que esparcen la fatal simiente!

¡Qué de ocasiones la madre, con toda su prudencia, con todo su amor, con toda su delicadeza de mujer, no tiembla y no se vale de mil rodeos para investigar los pensamientos ocultos de su tierna hija! ¡Qué de desvelos, qué de atenciones, qué de observaciones constantes no necesita! ¡Qué de prevision reflexiva, qué de vijilancia no le cuesta para descubrir, sin romper la inocencia, las nuevas emociones de aquel corazon que penetra por vez primera en los umbrales de una nueva y misteriosa existencia! ¡Y sin embargo, el hombre, es decir, el confesor, sin ese tacto delicado de la mujer, sin ese amor tierno, sin ese interes vivo de la madre, entra de zopeton e investiga con frialdad todos los vedados misterios de aquella alma jóven, sencilla y cuya delicadeza es mas impresionable que una de esas flores a quienes llaman *sensitivas!*

¿Sabe acaso este hombre, a primera vista, la naturaleza, la educacion, las ideas, el carácter de la jóven que se postra a sus piés?

Puede el confesor darse cuenta, por mas esperimen-

tado que se le suponga, de las mil delicadezas que distinguen a todas y a cada una de sus jóvenes penitentes? ¿Y está seguro acaso de sus investigaciones y que ellas, léjos de preservar la inocencia, no despierten la imajinacion?

Las doctrinas que los sacerdotes aprenden, el método, la moral relijiosa, las fórmulas que se les enseña en los seminarios para dirijir las conciencias, ¿son por ventura suficientes para darles la esperiencia, la calma, la finura, el tino que necesitan para dirijir los diferentes temperamentos, las distintas ideas, las situaciones diversas de las innumerables jóvenes que se les arrodillan diariamente? Si los hombres tuvieran la sagacidad suave, la penetracion tierna de la mujer, quizás podrian ser útiles; ¡pero qué diferencia!...

Hai revelaciones, hai escándalos en el confesonario que no sabriamos de qué manera calificar; y con todo, esas revelaciones y esos escándalos, cobijados con el manto sagrado de la relijion, se cometen muchas ocasiones de buena fé tanto de una como de otra parte, tanto de la confesada como del confesor... Un sacerdote católico puede, con la mejor intencion y creyendo que obra bien, que obra en beneficio del alma que le pide auxilios para permanecer en la virtud y no delinquir jamas, puede, decimos, llevado de su celo, cometer una imprudencia, abrir los ojos, como nos espresamos vulgarmente, a una jóven inocente; y esta, creyendo del mismo modo que cumple con un deber sagrado, hacer revelaciones que ella quizas trata de ocultar y que hubiera olvidado si el confesor no provocara incesantemente estos recuerdos con el fin de

estirparlos, renaciendo por el hecho de traerlos a la memoria con indiscretas preguntas que son siempre mas perniciosas que benéficas.

¡Ai! no se necesita otro principio que el de la sana razon, basado en la cuotidiana esperiencia, para reconocer el mal; y sin necesidad de clasificar intenciones, sin necesidad de decir que el sacerdote no cumple con su obligacion ni la penitente con su creencia, no podemos ménos de notar que en esa institucion se encuentra un vicio radical que obra en contra del mejoramiento de las costumbres, a quienes cree favorecer de una manera propicia a la humanidad.

Nos hemos limitado a hablar del confesor bueno, del confesor piadoso; y si aun éste presenta escollos, si aun con éste hai peligros, ¿qué diremos de los que no son ni buenos ni piadosos y que tienen en sus manos ese grande y poderoso elemento de dominacion sobre las conciencias? ¿A dónde no pueden llegar? ¿Qué no pueden hacer? ¡Ejemplos recientes y terribles se han presentado últimamente entre nosotros! ¡Cuántos no pasarán ignorados y quedarán ocultos!

Pero dejando a un lado las abstracciones de la filosofía y de la moral, vamos a entrar nuevamente en el romance, sin que por esto prescindamos de ocuparnos despues de temas o de principios cuya solucion importa considerablemente al humano progreso, ya sea respecto al desarrollo de la intelijencia o ya al mejoramiento de las costumbres, o si se quiere de los hábitos que forman el carácter o la manera de ser de los individuos y de los pueblos.

I.

Doña Pacífica Jerez estaba contenta de Elena, si puede darse contentamiento en una beata; pero la muchacha, con su injenuidad y con sus revelaciones sencillas, solia entretenerla, y la divertia tanto mas, cuanto le sonsacaba las preguntas que le hacia el confesor y las respuestas que ella daba, calculando de esta manera el grado de moralidad del uno y las probabilidades de pérdida de la otra, sin que por esto la deseara; pues al contrario habria precavido el mal, porque no entraba en sus principios; y aun cuando, por ciertas condescendencias, hubiera cesgado algo, siempre habria tratado de salvar aquella inocencia que se revelaba con esa injenuidad que inspira, hasta para el mas duro corazon, el interes que provoca la lástima.

Pero si doña Pacífica se divertia, Elena sufria interiormente de un mal que no conocia, que ni le era posible decir, y que sin embargo esperimentaba; porque cada dia que estaba obligada a ir al confesonario, en conformidad a las opiniones y a los espresos mandatos de su señora, ese dia era para ella un dia de tormento y de angustia. De tormento, en cuanto no estaba acos-

tumbrada a aquella práctica; y de angustia, porque no sabia lo que iba a resultarle; pues si bien por una parte se le abria alguna confianza, por otra esperimentaba temores, y a pesar de las máximas que le habian imbuido y que formaban su creencia, tenia instintivamente cierta desconfianza que no era dueña de vencer.

Pero sin profundizar mas en el interior de Elena, al ménos por el momento, nos ocuparemos de las costumbres de doña Pacífica, cuyo carácter, aunque ya conocido en parte por el lector, tenia otras singularidades que no podemos ménos de revelar.

Doña Pacífica Jerez era una de esas mujeres de costumbres ríjidas e irreprochables ante la sociedad, porque se levantaba mui temprano y hacia las pequeñas ocupaciones de la casa o se las encomendaba a Mónica, que se encargaba de llenarlas, y por esto mismo no estaba obligada sino a dar ciertas órdenes que ya eran familiares, pues se repetian todos los dias. Doña Pacífica quedaba, pues, completamente exenta de las ocupaciones puramente mecánicas, entregándose de lleno a la iglesia y a las otras prácticas piadosas.

La señora doña Pacífica Jerez era una de esas beatas que oyen la primera misa, que se confiesan y comulgan en seguida, que van despues a visitar los altares, que tienen algun santo de devocion a quien visten, y que se lanzan a cuchichear, primero con el confesor y en seguida con todas las otras de su gremio.

Y bien, ¡cuántos misterios no se revelan en medio de esas tan *santas confidencias!* ¡Cuántos secretos no se divulgan las unas a las otras con esa *piedad evanjélica* que tiene por símbolo la *caridad* y que dicen

con su *amor sagrado:*—¡Pobrecita!... ¡Es mui digna de lástima... Ha caido!... ¡Está perdida ante Dios y ante los hombres, pero compadezcámosla!

Mas si esto llenaba una parte de la existencia de doña Pacífica, tenia empero ocupaciones distintas que se armonizaban perfectamente con lo que acabamos de decir.

Doña Pacífica, tan luego como habia cumplido esas obligaciones primeras, investigaba cuanto sucedia en el pequeño mundo de la sociedad santiaguina, para ocuparse despues, en consorcio con su confesor y otros clérigos amigos, de todos los lances del dia, sin olvidar el menor acontecimiento que llegase a sus oidos, el que era referido regularmente con una puntualidad y una prolijidad de detalles que hacia honor a su inventiva de narracion y a su memoria. Particularidad mui apreciable y útil al círculo clerical, cuya ocupacion casi esclusiva consiste en saber la vida de los demas: tendencia a que son arrastrados los sacerdotes católicos por la institucion misma del confesonario, que los hace dueños de la conciencia de los hombres, de todos sus actos y hasta de sus mas íntimos pensamientos.

Escusado es decir que doña Pacífica tenia un altar en la iglesia de la Compañía, que limpiaba y adornaba diariamente, y que cuidada del cuarto, de la ropa blanca y de las albas y sobrepellices de don Juan Ugarteche, su director espiritual, y a quien no debia faltar jamas de cuanto sirviese para hacer suave la vida de aquel ilustre varon que era tenido por todas las beatas de Santiago en el concepto mas elevado de la mas pura santidad.

II.

Doña Pacífica oia siempre la misa de don Juan Ugarteche, recibia de sus manos la comunion y en seguida pasaba a su casa a hacerle el chocolate, que siempre iba acompañado de mil golosinas que se habia procurado en las monjas o que le habian mandado sus numerosas confesadas, las que tenian un especial cuidado en que no le faltaran las tostadas, las coronillas, la esquisita aloja de quinua o de algarrobo, la sustancia y la prodijiosa variedad de dulces que preparan tan bien las beatas santiaguinas y que les ha valido un justo renombre.

Por la noche, despues de la distribucion, a la que iba siempre acompañada de Elena desde que estaba en su poder, volvia a casa del confesor, ya fuese para prepararle el mate en el invierno o los helados en verano, y allí se quedaba en amigable conversacion hasta las diez u once de la noche, hora en que se retiraba, despues de haberse informado repetidas veces y de haber visto por sí misma si no le faltaba nada, pues tenia hasta el cuidado de abrirle la cama, de colocarle un vaso de agua destilada en el velador y ponerle un grueso pellon en los piés.

Las pocas horas del dia que pasaba doña Pacífica en su casa, porque la iglesia y las ocupaciones que hemos dicho absorbian la mayor parte de su tiempo y algunas veces todo él, particularmente los dias de funcion; esas pocas horas, repetimos, eran tambien, por decirlo así, dedicadas al culto, pues las empleaba en

componer las galas de los santos, en confeccionar flores de mano para las coronas o los adornos, y recorrer la ropa blanca de don Juan Ugarteche, que era lavada en la casa con el mayor esmero, asi como la ropa del altar, amitos, estolas, sobrepellices, etc., de lo que por lo regular estaba encomendada Elena, para quien la vida, si no feliz, porque no podia olvidar a sus padres, pasábase al ménos tranquila, salvo las misteriosas investigaciones del confesor, algunos regaños de Mónica y algunas raspas de doña Pacífica, que no podia soportar con calma la melancolía de Elena, a quien solia decir que era ingrata para con Dios y para con ella, desde que no apreciaba como debia aquella existencia dulce y virtuosa que le procuraba y que le conduciria infaliblemente al cielo, miéntras que otras tendrian que sufrir...

Esta alusion, que Elena comprendia, léjos de consolarla la entristecia mas, y si le hubiera sido posible cambiar su situacion actual por el estado miserable de otra época, lo habria hecho en el acto; pero ¡cómo huir! y sobre todo dónde encontrar a sus padres, ignorando el lugar de su residencia y sabiendo que los habian separado... Asi es que la infeliz criatura, dichosa en apariencia, desgraciada en el fondo, sufria en silencio.

III.

Como se ve, habia en la existencia de doña Pacífica una regularidad que podia decirse mecánica. Todos los dias sucedian los mismos acontecimientos, las mismas ocupaciones casi a las mismas horas, salvo aque-

llas en que un jubileo, un novenario o alguna misa cantada alteraba el cuotidiano réjimen, y estas eran grandes novedades que servian de distraccion a aquella monótona manera de ser, que solo puede tener algun encanto para esas almas secas que viven sin afecto y que son incapaces de comprender goces de otro jénero, motivo sin duda por el cual se consagran a la vida monástica.

Pero doña Pacífica, si bien era la beata por escelencia, tenia un hijo, como ya sabemos, don Rafael Arcánjel de Dominguez, por quien sentia todo el cariño que era capaz de esperimentar y a quien deseaba colocar ventajosamente, pues ya habia perdido la esperanza de que llegase a ser clérigo, porque el jóven seminarista le habia revelado que no tenia vocacion.

Hacia tiempo, pues, que doña Pacífica tomaba informes sobre las niñas que tuviesen fortuna, habiendo tenido ya algunas conversaciones a este respecto con su director don Juan Ugarteche, que, en su deseo de complacer a su amiga y penitente, habia pasado en revista a todas sus confesadas de la edad que podian convenir a don Rafael Arcánjel y que contaban con algun patrimonio, sin olvidar, en esas confidencias íntimas, de decir a doña Pacífica las cualidades y defectos que adornaban o de que adolecian sus penitentes, calculando, como se debe presumir, que la primera virtud de que se hacia mérito entre aquellos piadosos amigos, era la del dinero, no dignándose ni aun nombrar aquellas jóvenes que carecian de fortuna, por mas que tuvieran mil otras ventajas por su moralidad o por su talento, sin que por esto dejaran ambos de apreciar

esas cualidades; pero eran clasificadas en un lugar secundario, porque solo acompañadas de una pingüe dote podian ser de provecho, requisito sin el cual eran completamente inútiles.

Nadie ignora que el espíritu del siglo ha penetrado hasta en el santuario y que el sacerdote moderno es tan especulador como el comerciante; así es que no debemos admirarnos de los cálculos y de las miras de don Juan Ugarteche, que deseaba servir a su amiga, y de doña Pacífica, que trabajaba por la posicion y prosperidad de su hijo.

Por otra parte, doña Pacífica, que conocia sus exiguos recursos, sabia por esperiencia que por mas esfuerzos y sacrificios que hiciese, nunca podria colocar en un pié conveniente al rango que ocupaba en la sociedad su hijo Rafael Arcánjel, porque sus medios de accion eran mui deficientes y en la actualidad hai muchas mas y mayores exijencias que en otra época.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

UN BUEN PARTIDO EN PERSPECTIVA.

I.

Un dia la vieja sirviente Mónica, que, sin que se los revelasen del todo, conocia los secretos pensamientos de su ama por el hecho de haber sido la compañera de toda su vida y de estar de consiguiente al cabo de los interiores de la casa, entró mui azorada y radiante de contento al salon en que doña Pacífica vestia sus imájenes, diciéndole:

—Señora! señora! ha llegado doña Ana de Balcarce con su hija, que viene tan grande y tan bonita queda mil gustos. Yo las he visto apearse del carruaje y he quedado admirada... no la habia conocido... Ya se ve... hace tanto tiempo que no la veia... y doña Ana tambien viene mui conservada... Dicen que es tan bueno el campo, y ellas han estado tatos años... ¡tantos años que ya no me acuerdo!

—¡La Ana de Balcarce! ¿Estás segura?

—Segurísima... a pesar del tiempo la he reconocido en el acto... y con su hija, porque no puede ser otra que la niñita Julia.

—Tienes razon... ellas deben ser, pues hace mas de un mes que he notado obreros que reparan la casa.

—¿No es usted amiga con ella?

—Poco; en tiempo de su marido nos visitábamos rara vez, porque los ingleses...

—No se puede tratar con ellos... herejes al cabo...

—Has dado en el motivo; pero la Ana de Balcarce, si bien tibia católica, cumplia sin embargo sus prácticas relijiosas.

—¡Qué no son capaces de echar a perder esos malvados! Yo, cuando encuentro alguno, le hago la cruz, ni mas ni ménos que si fuese el diablo.

Doña Pacífica se rió de la ocurrencia de Mónica, y en seguida agregó:

—Ahora quizá estará mui distinta. Hace como diez años que se retiró al campo a causa de la muerte de su marido, a quien queria mucho a pesar de ser protestante...

—¡Cómo se puede querer a un réprobo, a un condenado, porque es seguro que toditos se van al infierno!...

—Ese es un dogma de fe: *fuera de la Iglesia no hai salvacion.*

—¿Y cómo es entónces que tienen valor para vivir con... con esos diablos?...

—Calla, Mónica; la flaqueza humana... y sobre todo el gringo se hizo católico y lo bautizaron... yo me acuerdo mui bien...

—Y yo tambien recuerdo que a pesar de su bautismo nunca iba a misa y ménos se acercaba a la santa mesa...

—Esa es la verdad; pero la iglesia en estos tiempos de herejía se ve obligada a tolerar...

—¡Qué lástima, señora! ¿Por qué se soporta ahora tanto el pecado? ¿No valdria más estinguir la mala semilla?

—Así lo dice el Evanjelio; así lo ha practicado en otra época feliz la Iglesia; pero los tiempos cambian y tenemos que conformarnos...

—¿Y no se podria estirpar a los herejes y a los protestantes?

—Son muchos; sin embargo, nuestro santo clero hace cuanto puede al ménos para que no se propague entre nosotros.

—Ya lo veo, señora, y don Juan de Ugarteche les da duro, durísimo, sin misericordia...

—Santo varon! qué de fe, qué de uncion, qué de celo no manifiesta en sus pláticas!...

—El espíritu de Dios vive en él y está en todo él.

—El Señor nos lo conserve...

—Sí, Mónica, para el bien de nuestras almas y estirpacion de las herejías... Pero me decias que doña Ana de Balcarce estaba mui conservada.

—Parece una niña.

—Y sin embargo, es de mi edad.

—¡De su edad! Pues solo representa unos treinta años.

—¿Y la niña, la pequeña Julia?

—Se le puede calcular quince.

—Tiene dieziocho bien contados, porque mi hijo, Rafael Arcánjel, es mayor que ella cuando mas unos cuatro años.

—¿Y dicen que la señora es mui rica?

—Así debe ser; el viejo Ingrand, marido de ella,

murió podrido en plata; y el caudal debe haberse aumentado considerablemente en tanto tiempo como han pasado en el campo.

—¡Qué lástima que Dios les dé tanta plata a los herejes!

Doña Pacífica volvió a sonreirse y contestó:

—Pero doña Ana de Balcarce no lo es.

—Tanto mejor, señora; ¿y cuándo irá su merced a hacerle una visita a esa señora?

—Luego.

—Parece que recibirá mucha jente, porque la casa la han dejado como un chiche.

—Es natural que quiera aparecer en la capital, sobre todo teniendo una hija que establecer.

Y doña Pacífica se quedó pensativa.

Mónica la miró un momento y agregó en seguida:

—¡Qué buen partido va a ser la señorita Julia!

—En cuanto a la fortuna sí.

—¿Que no son de buena familia?

—Regular, regular por parte de la madre; que en cuanto al padre, no era mas que un hombre rico.

—Yo sé que nada hai comparable a los Jerez y a los Dominguez; pero...

—Pero la nobleza no se compra... es un don de Dios, que hace a pocas personas.

—Sin embargo, el dinero!... a su merced misma le he oido decir en muchas ocasiones que en esta época era... el todo...

—Sé que en Santiago hai muchos advenedizos que rolan en la mejor sociedad por el hecho solo de haber ganado plata en las minas; sin embargo, les

cuesta bastante enlazarse con las viejas familias...

—Así será, puesto que su merced lo dice, señora; pero yo creia haberle oido...

—Basta de charla; y puesto que ha llegado mi vecina la Ana Balcarce, vé en el acto a darle de mi parte un recado de bienvenida, agregando que mui luego tendré el gusto de ir personalmente a hacerle una visita.

—Voi en el acto.

—Espera.

—A sus órdenes, señora.

—Observarás todo, y me vendrás a decir cuanto veas, sin olvidar el modo como recibe mi recado; fíjate en esto principalmente.

—Pierda su merced cuidado.

Y la vieja Mónica se retiró a cambiarse de traje.

Cuando estuvo de vuelta, doña Pacífica le repitió las mismas advertencias, particularmente la última.

Mónica partió.

II.

Doña Pacífica dejó la aguja y colocó a un lado los santos que estaba adornando, poniéndose a reflexionar.

Despues de un momento, que habia bastado para que su fisonomía tuviera una espresion alegre y satisfecha, dijo como si hablase consigo misma:

—Bien pensado... don Juan Ugarteche me ayudará... Habremos hecho una buena obra: él, conquistar dos almas al Señor, y mi hijo, ya que no tiene vocacion, se colocará ventajosamente... y yo... ah!

en cuanto a mí... ya veremos... mi influencia será mayor... infinitamente mayor... yo los he servido y continuaré sirviéndolos; pero tambien es necesario que me protejan... estoi segura de ellos...

Estas palabras entrecortadas que revelaban la hilacion de una idea y un plan combinado, eran dichas a media voz y como respondiendo a interrogaciones interiores que se sucedian las unas a las otras a medida que el pensamiento marchaba completándose.

¿Cuáles eran los propósitos de la beata? Mas tarde los conoceremos por completo, si bien es verdad que lo que hemos dicho los revelan.

Doña Pacífica esperó con impaciencia, impaciencia inusitada en ella, el regreso de Mónica, que se demoró algun tiempo, con marcado disgusto de la señora, que, despues de reflexionar profundamente, como lo hemos demostrado, aguardaba la vuelta de su sirviente.

Al fin apareció Mónica.

Doña Pacífica la miró detenidamente.

La vieja criada parecia satisfecha, y la beata le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada de particular.

—¿Y por qué pareces tan contenta?

—Por que... no lo sabré decir; pero creo que traigo a su merced buenas nuevas.

—Vamos, esplícate.

—La señora me recibió mui bien.

—Eso es natural entre personas de buena sociedad.

—Se manifestó agradecida de la atencion de su merced.

—Tambien lo creo.

—Me preguntó repetidas veces por la salud de su merced y por la del señorito don Rafael Arcánjel.

—¿Se acordó de él?

—Sí, dijo que lo habia visto niño y que ya lo suponia hombre.

—¿Qué mas te dijo?

—Me hizo sentarme y me dió unos cuantos dulces que aquí los traigo.

Y Mónica desenvolvió un pañuelo blanco que contenia una no pequeña cantidad de confites de esos que denominan de masa real.

—Todo está bueno; ¿pero qué te manifestó, qué te dijo?

—Me manifestó el mayor cariño, y me dijo que correspondia las memorias de su merced y que tendria el mayor gusto en recibirla.

—Cosas de buena educacion.

—Sin embargo, parecia contenta.

—Debe estarlo; volver a la capital, despues de tanto tiempo, ha de serle precisamente agradable, sobre todo cuando Santiago se hermosea mas y mas.

—¡Y venir del campo! ¡Qué diferencia!...

—Has hecho una justa observacion; ¿pero viste tambien a la niña?

—Ciertamente.

—¿Y qué te pareció de cerca?

—Incomparablemente mejor.

—¡Es posible!

—Tan cierto como que estoi aquí presente.

—¿Es tan bonita como me habias dicho?

—Es mas agradable que bonita, porque tuvo la bondad de pasarme una silla para que me sentara.

—¿Parece que te has enamorado de ella?

—Solo he tenido en vista a su merced.

—No te comprendo.

—Quiero decir que solo he tomado en cuenta lo que le agradaria a su merced.

—¿Con que la niña es buena mocita?

—Cumplida.

—Veo que te han hechizado, porque tú eres jeneralmente mui regodeona.

—Así es.

—¿Y la señora, qué tal te ha parecido?

—Tambien mui buena, y de una afabilidad admirable.

—¿Entónces la hija se asemeja a la madre?

—Tal me lo parece.

—¿Y te parece tambien que recibió con gusto mi recado?

—Ya se lo he dicho a su merced.

—Entónces será preciso que vaya a hacerle pronto una visita.

—Su merced sabrá; pero creo que está obligada a ello.

—¿Y la casa estaba mui bien acomodada?

—Acomodada nó, señora; pero habia ricos muebles por todas partes y muchos trabajadores.

—¿No están todavía instaladas?

—Creo que sí, al ménos en lo principal, pues el salon estaba completamente arreglado, y tambien me pareció que lo estaban los dormitorios.

—Segun esto tendrán un espléndido tren de casa, pues me aseguras que existian aun muchos muebles sin colocacion.

—Esa es la verdad.

—Querrán darse tono.

—No lo sé, pero por su amabilidad me han parecido sencillas y naturales.

—Jente del campo al cabo!...

—¡Jentes del campo! pero parecen mui señoritas.

—¿Quién te dice que no lo sean? Con todo, estas que llegan de provincia quieren darse por lo regular gran tono, quieren deslumbrar y despliegan un lujo a troche y moche.

—No sé si me equivoco, pero me parece, en lo poco que he visto, la mayor elegancia y un gusto esquisito.

—¡Qué sabes tú de elegancia y gusto esquisito!

—Hace muchos años que he permanecido en casa de su merced para no saber apreciar, y por otra parte, la sociedad que su merced frecuenta me lo ha hecho conocer; asi es que si lo ignorara seria un insulto hecho a su merced misma.

—Me doi por vencida.

—¡Y cómo nó! cuando lo contrario seria tambien un insulto hecho a mis antiguos amos, donde he podido adquirir el pequeño conocimiento que poseo para saber juzgar de las cosas. ¿No es su merced acaso de las primeras familias? ¿Y no es su merced la que me ha enseñado?

—Tienes razon, Mónica, y vuelvo a decirte que me doi por vencida. Ahora vete a reposar y cuenta como tuyo este dia, pues he determinado comer fuera.

—Yo no tenia otra cosa armada que el charquican, y puesto que su merced se va, nos contentaremos con esto, guardando para mañana lo que habia reservado para su merced.

—Me gustas por lo económica; haz lo que te parezca.

—¿Y si no fuera así, señora, cómo viviriamos?

—Es mui preciso.

—De otro modo no podria su merced aparecer como aparece.

—Puede ser, Mónica, que llegue el tiempo en que no tengamos necesidad de tan estricta economía.

—Dios lo quiera, porque no deja de ser desagradable, sobre todo cuando se está obligado a guardar las apariencias, como lo hace su merced. Afortunadamente hasta aquí hemos representado bien el papel, pues todo el mundo cree a su merced rica.

—¡Mediante qué sacrificios!

—No los ignoro; pero solo las dos los hemos esperimentado, porque desde la llegada de Elena la cosa ha estado mas abundante, por...

—La ayuda que nos hace, y sin embargo, yo soi la que me llevo la peor parte en estas obras de caridad, pues tengo el trabajo, y la remuneracion es mui escasa, como tú lo sabes.

—Dice su merced la verdad, pero sin eso... la renta habria sido insuficiente.

—Tú eres la única conocedora de mis secretos; y te diré con franqueza, aun cuando los conozcas, no me gusta que me los digas.

—Su merced sabe que no es por ofenderla, sino justamente por decir la verdad.

—Te lo concedo, pero déjame ahora... Necesito reconcentrarme en mí misma... Necesito hacer oracion.

—Ruegue su merced a Dios por mí.

—Por tí y por todos los pecadores como yo, contestó la beata con tono compunjido y levantando los ojos al cielo.

Mónica se fué a desempeñar sus quehaceres domésticos, y doña Pacífica se retiró a su dormitorio meditabunda y sin hacer caso de los santos que estaba vistiendo.

III.

Una vez que se encontró sin testigos volvió a reflexionar quizás sobre lo mismo que hemos dicho ántes, pues cerró los ojos y se quedó inmóvil sentada en su butaca, ni mas ni ménos que si estuviera completamente dormida.

Hacia como media hora que habia permanecido en esta especie de éstasis, cuando se paró colocándose en su mesa de escribir.

Un observador interesado habria conocido el desasosiego interior de doña Pacífica, pues habia tomado varias veces la pluma acercándose a su escritorio y otras tantas la habia dejado en el tintero, despues de haber trazado unos cuantos renglones que borraba casi al momento de haberlos escrito, lo cual demostraba que no estaba complacida de ellos, hasta que últimamente tiró la pluma y dijo: es mejor que me vea con él personalmente.

Hecha esta reflexion, doña Pacífica llamó a Elena

y le preguntó si las coronillas que le habia mandado hacer el dia anterior estaban ya listas.

—Sí, señorita, contestó la muchacha tímidamente.

—Pues bien, acomódalas en una gran bandeja y prepárate para que las vamos a dejar esta noche donde mi confesor, que tan bien se comporta contigo y a quien pareces no querer.

—Yo no he pronunciado una sola palabra a este respecto.

—Yo sé que nada has dicho, pero se te conoce en el semblante. Si tú fueras mas agradecida y mas buena, apreciarias los consejos que da y no lo mirarias como lo miras.

—Yo lo miro con todo respeto.

—Lo que no te impide estar descontenta.

—Es que.....

—Gazmoñerias de chiquilla; ¿qué interes puede él tener en tí?

—Yo no supongo ni creo que pueda tener el menor interes en mí, pero...

—Qué peros ni berenjenas! es necesario que seas mas sumisa y mas obediente a los sanos consejos de tu santo director, que es tambien el mio, lo cual debias agradecerme como otro beneficio, puesto que yo te lo he dado y que en virtud de mi recomendacion te ha aceptado, sin mas propósito ni mas fin que el que no te descarries, y salvarte en seguida, tanto de las asechanzas de este mundo como de las de nuestro mortal enemigo, el diablo, que no se cansa de perseguirnos para que lo acompañemos en su mansion de tinieblas.

Elena guardó silencio.

—Vé a hacer lo que te mando y vístete decentemente, es decir, ponte tu traje de iglesia, que es el mas propio para ir allá.

Elena salió sin replicar.

—Esta muchacha es mui taimada, pero en resumidas cuentas es buena, prolija y obediente, pues hace cuanto le mando y a la perfeccion. Yo dudo que se encuentre otra que en tan poco tiempo hubiese aprendido lo que ésta; ¡qué lástima que sea!... y doña Pacífica cortó la frase, quedándose pensativa.

IV.

Despues prosiguió, hablando siempre consigo misma:

—Su madre me ha preguntado muchas veces por ella... ¡Pobre mujer! Parece que quiere mucho a sus hijos... Sin embargo, para el bien de su alma conviene que vivan separados... y sobre todo para evitar ese grande escándalo... ¡qué horror!... afortunadamente él está bien guardado.

Y diciendo esto, la beata se levantó otra vez y se puso a escribir; pero dejando la pluma, despues de haber trazado algunos renglones, reflexionó nuevamente y dijo en voz tan baja que solo era perceptible para ella:—"Es mejor que no dé todavía este paso... seria quizá aventurado... vale mas que hable con don Juan Ugarteche... esperaré hasta la noche y entónces le haré la proposicion y veré sus disposiciones.. Tambien es preciso que haga mi primera visita a

Ana Balcarce... y sondearé el terreno... Con tal que mi confesor... no dudo del éxito..." Y vagó por los descoloridos labios de la beata una sonrisa de marcada satisfaccion, como la de una persona a quien se le ha ocurrido una feliz idea o que viene de resolver un problema que la hubiera preocupado por mucho tiempo y que al fin da en la dificultad.

Elena, vestida como se lo habia recomendado su ama y trayendo consigo un gran azafate de coronillas, cuya vista provocaba el apetito, se presentó ante doña Pacífica, que le dijo: "aguardaremos hasta las oraciones; hoi no es dia de distribucion, y encontraremos en su casa a don Juan."

Elena al oir esto colocó la bandeja sobre una mesa y puso sobre las coronillas un paño blanco y bordado para cubrirlas, saliendo en seguida.

—Seria conveniente, dijo doña Pacífica al tiempo que Elena se retiraba, que rezásemos el rosario ántes porque podemos demorarnos.

—Mui bien, señora.

—Llama entónces a la Mónica y principiaremos, así habremos ganado tiempo.

Elena obedeció.

Pocos momentos despues se encontraban las tres mujeres reunidas y arrodilladas delante de una imájen rezando el antiguo rosario.

Haremos una lijera observacion sobre esta práctica relijiosa que la jeneracion actual va echando en olvido, pero que sin embargo se conservan de ella bastantes vestijios.

V.

El rosario, en no mui remota época, principiaba en todas las casas santiaguinas a eso de las ocho o nueve de la noche, es decir, pasadas las oraciones en verano, y a eso de las seis o siete en invierno.

Esta devocion, como la llamamos entre nosotros, consiste en repetir poco mas o ménos cincuenta padrenuestros con sus gloria-patris y en encomendarse al final a un santo de los del calendario. La jeneralidad reza los goces de San José y el ofrecimiento, y en seguida se recibian o se reciben las visitas, se cena o se van a acostar, segun la costumbre de cada familia.

Esta antigua práctica, lo confesamos, va desapareciendo poco a poco, y aun podríamos decir que en la época en que escribimos ha desaparecido del todo, salvo algunas escepciones no mui numerosas, pero que sin embargo existen.

No negamos que esta práctica cria cierta regularidad en los hábitos de la familia y establece cierto método; pero ese réjimen, si nos es permitido espresarnos así, automatiza a las personas, y sus actos relijiosos no son el resultado de la voluntad o de la intelijencia; no son el resultado del amor a Dios, sino que provienen de una especie de mecanismo que nos obliga a hacer diariamente una misma cosa, a la que nos sujetamos sin pensarlo y solo en virtud de una práctica constante.

Nosotros no comprendemos, en verdad, qué jénero

de virtud o qué jénero de utilidad puede tener el repetir constantemente sin pensar, sin querer, sin fijarse, las mismas palabras durante una série no interrumpida de veces. ¿Qué significa y a qué conduce el pronunciar tantos padre-nuestros y ave-marías, sin interrumpirse jamas sino cuando ha llegado a completarse el número establecido?

En nuestra humilde opinion, estas prácticas, léjos de elevarnos nos apocan, y léjos de levantar nuestra alma hácia el Creador, la idiotizan fanatizándola, porque anteponen la fórmula a la creencia razonable, y un rito material y puramente mecánico a la sublimidad de la oracion.

¡Qué de encantos inefables, qué de consuelos, qué de satisfacciones, qué de goces no encuentra uno cuando sin estudiadas frases levanta su espíritu hácia Dios! ¿Y qué es lo que saca con esas palabras monótonas y aprendidas de memoria, dichas sin pensar en lo que significan, porque el mismo hábito, la misma costumbre de repetirlas a cada instante las desvirtúa; qué se saca, repetimos, con ellas? ¿Qué es lo que el hombre aprende, y de qué le pueden servir en la práctica de la vida y en su moralidad? Lo diremos, mal que les pese a los fanáticos y a los especuladores sagrados: lo único que consiguen es aniquilar su razon renegando de ella; es materializar la idea, es idiotizarse, (1) y más que idiotizarse, es no adorar convenientemente a la Divinidad, porque la Divinidad quiere ser acatada en espíritu y en verdad.

(1) Disculpésenos este neolojismo.

Pedimos escusas por estas lijeras reflexiones que nos las arranca el deseo de ver depurado el culto que le rendimos a Dios de toda esa insignificante fantasmagoría, de todas esas prácticas estériles que léjos de despejar nuestro entendimiento y de elevar nuestra alma, ofuscan aquél y rebajan a ésta; pero... continuemos nuestra historia.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA HABITACION DE DON JUAN UGARTECHE.

I.

Ya tenemos algun conocimiento de este personaje, pero vamos a ocuparnos de él con mas detencion a causa del rol importante que desempeña en los acontecimientos que describimos.

Hemos dejado poco há a doña Pacífica Jerez y sus dos sirvientes rezando el rosario, al que agregó los goces de San José y mil otras devociones para ganar tiempo y sacar de él algun provecho sin que se perdiese inútilmente: economía beatuna que se recomienda mucho, pues se nos dice con frecuencia que conviene trabajar y rezar al mismo tiempo, y a propósito podríamos citar una anécdota mui conocida que tuvo lugar entre nuestro padre San Francisco y el diablo; pero como todos saben la capciosa pregunta de Satanás y la espiritual respuesta del santo, no la referiremos, porque quizás no faltaria algun hereje que nos tratara de nécios e indecentes y que dijese que con dicha práctica no se consigue ni lo uno ni lo otro, es decir, que ni se reza ni se trabaja, convirtiéndose ambas operaciones en un simple mecanismo que no pro-

ducirá jamas ni obras maestras en las artes, ni devocion profunda, espiritual y verdadera.

Despues de haberse doña Pacífica encomendado a todos los santos de la corte celestial, y de haber pedido por navegantes y caminantes, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, por los herejes y pecadores y por la salud y vida del Sumo Pontífice, echando una rápida mirada hácia el patio y viendo que principiaba a oscurecer, dijo a Elena:

—Ya es tiempo que partamos.

Elena se encaminó hácia la mesa y tomó la bandeja de coronillas.

—Nada tengo que encargarte, Mónica, dijo la beata dirijiéndose a la vieja sirviente; ya sabes lo que debes de hacer. Tranca bien la puerta de calle, no le abras a nadie, y ten cuidado para cuando yo llegue y no me hagas esperar demasiado; ¿entiendes?

—Sí, señora.

—No vayas a quedarte dormida.

—Con tal que su merced no se demore mucho.

—Me demore o nó, es preciso que no te duermas.

—Haré lo que su merced ordena.

—Bueno; y si te diese mucho sueño, échate agua bendita en los ojos y reza padre-nuestros.

—Es que el rezo me da mas ganas de dormir.

—Ese es el diablo para privarte de hacer obras buenas; trata de vencerlo, mira que Jesucristo dijo: "velad y orad."

Y doña Pacífica, mui satisfecha con haber tenido lugar de colocar esas palabras, salió en compañía de

Elena, que marchaba tras su señora con la bandeja de coronillas en ambos brazos.

II.

Vivia don Juan Ugarteche en la calle de la Compañía, cerca de la iglesia del mismo nombre, de quien él era el primer capellan, y cerca tambien de la casa de doña Pacífica, que era la que tenia cuidado de todas sus cosas, por cuya razon estaba siempre en frecuentes e íntimas relaciones, sin que estas relaciones perjudicasen en lo menor la reputacion del clérigo y la reputacion de la señora, pues era mui conocida la rijidez de las costumbres de ámbos, o diremos mejor, la santidad de estas dos personas, que servian de ejemplo y eran citadas en Santiago como dechados de virtud y de esclusiva consagracion a Dios.

La casa que habitaba don Juan Ugarteche era grande pero vieja, uno de esos antiguos edificios de que ya van quedando pocos en la moderna Santiago; y decimos la moderna, porque de diez a quince años a esta parte (1) ha recibido una trasformacion tan completa, que ahora puede rivalizar con muchas hermosas ciudades de Europa.

El apóstol, como era comunmente llamado don Juan Ugarteche, ocupaba todo el costado derecho del primer patio, que consistia en tres grandes piezas. La primera de ellas hacia los oficios de una sala de recibo y estaba adornada del modo siguiente:

El papel que tapizaba las paredes era un tanto

(1) Adviértase que estamos hablando el año de 1861.

oscuro, imitando madera; asi es que presentaba un aspecto severo. Una docena de sillas con asiento de crin y dos sofás de la misma tela estaban colocados al derredor del cuarto. Un grande estante de libros en que se notaban muchos con tapas de pergamino veíase en medio de dos ventanas que daban al patio, cubiertas con colgaduras verdes como para apagar la viva luz que venia de afuera. El alfombrado era de jergon, del mismo color de las colgaduras, salvo los dibujos, y tan triste como éstas y el papel que cubria las paredes.

En medio del espacioso cuarto habia una gran mesa cubierta con una carpeta de paño gris. Sobre esta mesa estaba colocada una caja, figura de esas cajuelas antiguas, llenas de tallados, diferenciándose solamente en que ésta tenia sobre la tapa un pequeño boquete en forma de alcancía. Este raro mueble estaba colocado en un ángulo de dicha mesa.

En el centro veíase un crucifijo de medianas dimensiones, y cuyo rostro representaba la ira mas bien que la mansedumbre infinita del gran mártir de la humanidad. Este santo-cristo se hallaba colocado entre dos candelabros de cobre de los antiguos y de una sola luz, con una cadenita del mismo metal al pié de cada uno, denotando claramente que habian pertenecido en tiempos anteriores a alguna iglesia de esas que tomaban la precaucion de asegurarlos al altar para que no se los robasen.

Innumerables papeles de distintas formas estaban esparcidos sobre la mesa. Unos parecian cartas, otros esquelas de confianza, muchos de ellos simplemente

doblados; pero, ¡cosa singular! ninguno tenia sobre, direccion, nombre, ni estampilla...

Una inmensa poltrona de marroquin se hallaba en uno de los lados de la gran mesa, denotando el asiento favorito del dueño de aquella singular y triste morada.

III.

Descrita esta habitacion, entraremos a examinar la siguiente:

Esta otra pieza, mucho mas pequeña que la anterior, era el dormitorio de don Juan Ugarteche.

En este cuarto todo cuanto en él se veia era mas lúgubre que el anterior.

Un catre de fierro, un colchon delgado y cubierto con cobertijo de damasco un tanto roido, denotaba el lugar de descanso del santo sacerdote. Al lado de esta pobre cama habia un velador de madera negra; talvez era de jacarandá o simplemente pintado; no hemos podido averiguar este hecho, y creemos que no interesará mucho al lector.

La *Imitacion de Cristo*, hermoso libro que se atribuye al padre Tomas de Kempis y que basta por sí solo para hacer la reputacion literaria de un hombre, se encontraba sobre el velador en compañía de los Santos Evanjelios, de un breviario gastado por el uso y de una calavera, sin que olvidemos el vaso de agua destilada que diariamente dejaba en el mismo lugar doña Pacífica de Dominguez, como creemos haberlo dicho.

La calavera en consorcio con la *Imitacion de Cristo*

eran sin duda las dos fuentes de donde sacaba todas sus inspiraciones lúgubres este clérigo que fué y que es todavía el amor y el espanto de la sociedad santiaguina, y a quien se le considera aun como un mito, como uno de esos seres indescifrables a quienes unos atribuyen todas las virtudes de los ánjeles y otros las faltas de los demonios, y que sin embargo no era ni es mas que un pobre fanático con los defectos o las cualidades anexas a esa enfermedad del espíritu que nos hemos acostumbrado a calificar de santidad y que no es otra cosa que una locura jeneralmente perniciosa para el individuo y para la sociedad.

Pero, no podemos negarlo: ese libro sublime de la *Imitacion de Cristo* y esa no ménos misteriosa sublimidad que encierra la vista del cráneo de un hombre deben inspirar concepciones tétricas, pero de una naturaleza elevada, tierna en ocasiones, misericordiosa, en otras, irritantes a veces, desengañadas casi siempre, pero llenas de un místico ascetismo que puede encaminarnos al bien o al mal, a ser verdugos o mártires; pero en todo caso a esas estremidades del sentimiento que forman los tiranos sagrados como San Ignacio de Loyola, Torquemada y muchos por el mismo estilo aunque en jéneros distintos, o los santos llenos de noble abnegacion, como San Vicente de Paul en Francia, el arzobispo Vicuña y el clérigo Balmaceda entre nosotros; porque ese libro y porque esa contemplacion deben siempre producir cosas grandes, cualquiera que sea el jénero, cualquiera que sea la tendencia a la que lleva el individuo.

¡Qué de ideas no deben haber pasado por la mente del

que escribió esa obra maestra la *Imitacion de Cristo,* que ha contado con entusiastas admiradores y que ha sufrido tremebundos ataques del lado opuesto! Pero ya sea por la adhesion ciega de los unos, ya sea por el ataque no ménos ciego y sistemático de los otros, lo cierto del caso es que esa obra, clásica en su jénero, permanece intacta y se conservará asi durante muchos siglos, tanto para los ascéticos cuanto para los incrédulos, pues el mérito, si bien se combate, al ménos no se niega.

IV.

Pero sin concretarnos al libro que hacia sin duda la lectura cotidiana de don Juan Ugarteche, ¡cuántas otras reflexiones del mismo jénero o que se hermanaban con aquellas no debia llevar a su espíritu la calavera que tenia al lado de su cama, a la vista inmediata de sus ojos, y pronta siempre, ya al acostarse o al levantarse del lecho, para obligarlo a pensar, y a pensar de una manera detenida y profunda, sobre los acontecimientos de la vida! sobre las miserias de ella! sobre la vanidad y lo efímero de esos intereses que dominan al hombre y que lo obligan a olvidarse por completo de su ser, de su mision, de su fin!...

Al contemplar tambien uno de esos cráneos blanquiscos, que no son otra cosa que un hueso con algunos compartimentos, un pedazo de cal, pero de cal que ha pensado, que ha sentido, que ha obrado, que ha tenido voluntad e ideas, que ha sido animada por la chispa del Altísimo, por esa luz imperecedera que

dirije e ilumina a los mundos asi como dirije e ilumina a los átomos; al pensar en todo esto, ¿qué de reflexiones no pueden venir sobre la mente del individuo que ve ese cráneo, que contempla ese hueso ya para siempre inerte y que sin embargo puede talvez haber movido a un mundo?...

Supongamos que esa calavera no sea la de un filósofo con todas sus concepciones maravillosas; la de un poeta con la delicadeza y elevacion de sus ideas; la de un sacerdote con sus elucubraciones teolójicas; la de un político o la de un matemático, con sus intrigas el uno, con sus cálculos el otro,—supongamos solamente que sea del mas insignificante de los seres, ¿a cuántas a la vez que variadas reflexiones no se presta?

Y aun cuando esa calavera hubiera pertenecido a la mujer mas humilde, es fuera de duda que esa mujer ha tenido en vida relaciones, que ha tenido afectos, que ha sido movida por todos los incidentes grandes o pequeños que gobiernan la humana existencia, y que, a pesar de su accion activa de otra época, accion que puede y que debe estar en juego actualmente, pues la humanidad es una cadena interminable cuyos eslabones están relacionados siempre los unos a los otros, a pesar de esto y por todo esto mismo, decimos, ¡qué de inspiraciones no puede producir y cuán profundamente no puede hacer pensar!

Y en efecto: colocándonos en el último caso, ¿no es verdad que esa mujer a quien representa ese inanimado cráneo debe haber tenido esposo, hijos, familia, en una palabra? ¿Y cuántas no son todavia, en consecuencia, las relaciones presentes que nos ligan a ese hueso

blanquizco y descarnado, roido por el tiempo y para el cual está todo completamente muerto?

Pues bien; este estraño adorno, no menos estraño que simbólico, tenia, como lo hemos dicho, un lugar de preferencia en el dormitorio de don Juan Ugarteche que vamos a continuacion describiendo...

Hemos hablado de su cama propia de un anacoreta de estos tiempos, y de su velador, donde se hallaban nada mas que esos edificantes libros y el no menos edificante cráneo.

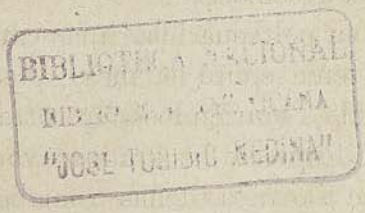
Habia allí tambien una cómoda de nogal de mui antigua forma y una percha en que estaban colocadas varias sotanas y manteos. En el interior de la cómoda, sin tomar en cuenta la ropa necesaria para el uso del hombre, veíase en el primer cajon, es decir, en el que estaba mas a la mano y que se abria con mayor frecuencia, veíase, repetimos, algunos instrumentos raros, tales como una disciplina enmohecida por la sangre resultado de la maceracion, y algunos cilicios en el mismo estado y proviniendo de la misma causa.

Por lo demas, aquel dormitorio no presentaba nada de notable, pues ni aun el suelo estaba cubierto con alfombras, sino que era simplemente de madera i solo se veia un cuero de leon estendido delante de la cama, sirviendo de piso blando i caliente al sacerdote para cuando bajase de su lecho.

En la pieza que seguia al dormitorio, y que era mas grande que éste, habia muchos muebles antiguos y santos viejos. Los muebles contenian algunos ornamentos de los que tenia cuidado doña Pacífica, y los santos se retocaban de cuando en cuando segun las

necesidades del culto; asi es que de esta manera cuando habian perdido los unos el brillo de las tintas, se pintaban los otros, y sucedíanse en el templo la colocacion de nuevas i frescas imájenes que escitaban la devocion de los fieles.

Hecha esta lijera descripcion de las habitaciones de don Juan Ugarteche, vamos a tratar de otras particularidades de este célebre e importante personaje, que ocupaba y aún ocupa un puesto distinguido en el clero chileno y que tendrá indudablemente una pájina luctuosa en la historia de nuestro pais, pero a quien en ese momento dedicaba su bandeja de esquisitas coronillas la beata y gran señora doña Pacífica Jerez de Dominguez.



EL BUZON DE LA VIRJEN.

I.

El clérigo del cual nos ocupamos y del que se ha ocupado la Europa entera en estos últimos tiempos a propósito de la inaudita catástrofe del incendio de la iglesia de la Compañia, incendio que no tiene su igual en los viejos anales de la historia y que no lo tendrá jamas en las futuras edades hasta la consumacion de los siglos; este mismo clérigo, decimos, se encontraba en la época a que se refiere esta historia, en su habitacion primera, o lo que es lo mismo, en su salon de recibo que ya conocemos.

Sentado en su poltrona leia unas cartas que sacaba de la caja que tenia sobre la mesa, y se ponia formal de vez en cuando, sonriéndose en otras ocasiones y arrojando con desprecio la gran mayoria de aquellos papeluchos que a manos llenas tomaba de la misteriosa caja.

Pero antes de hacer mencion detallada sobre este acontecimiento, seria, creemos, conveniente describir al personaje que desempeñaba aquella funcion importante, aun cuando hasta cierto punto lo hemos ya señalado.

Este hombre, pues, era un clérigo de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad y de una fisonomía severa e imponente, porque su pálido rostro i sus ojos hundidos manifestaban la meditacion constante y gran rijidez o severidad de costumbres.

Pocos individuos como don Juan Ugarteche representarian con mas propiedad el tipo del verdadero ascético. Alto de cuerpo a la vez que flaco y de una palidez marmórea, se asemejaba a uno de esos santos de la antigüedad que habian pasado su vida en la maceracion y en la idea fija de una recompensa futura; y en verdad no tenemos por qué dudar que esta fuese la misma via que siguiera don Juan Ugarteche; y tanto mas nos aseguramos en nuestra creencia, cuanto que sus costumbres irreprochables y su consagracion constante al sacerdocio nos lo confirmaba.

Habia, sin embargo, una particularidad en este hombre, y era la viveza de sus ojos cóncavos, pero que parecian animados de un fuego interior, porque despedian centellas; ¿era esto el resultado del amor divino o del amor humano? Nosotros estamos por creer lo primero, desde el momento que llevaba, como ya lo hemos dicho, una vida ejemplar e irreprochable, y porque estamos persuadidos que la vivacidad de las ideas, la persecucion de un sistema, y sobre todo de un sistema relijioso, dan al hombre una fuerza, no diremos sobrenatural, pero sí en armonía con sus tendencias, con sus fines, con sus concepciones... y don Juan Ugarteche no se desviaba jamas de esta senda, pues su existencia completamente llena, primero con sus meditaciones, segundo con sus prácticas, tercero

con sus sermones casi diarios, cuarto con el confesonario que le ocupaba muchísimo tiempo a causa de las innumerables personas que lo solicitaban con instancia, y últimamente con el arreglo de la iglesia, con las mil atenciones que esto le demandaba, independiente de la satisfaccion de sus necesidades particulares, es, pues, fuera de duda que todas estas ocupaciones no le dejaban el menor lugar para pensar en otras cosas y que seguia una existencia sumamente moral, es decir, sumamente relijiosa en el sentido que hemos descrito, y que basta para que sea conocido por nuestros lectores, no tan solo el sacerdote, sino el hombre que desempeña un rol en la historia que narramos.

II.

Cuando doña Pacífica Jerez se disponia para hacer una visita a don Juan Ugarteche, encontrábase éste sentado en su gran poltrona i revisando una infinidad de papeles que, como lo hemos dicho, sacaba indistintamente de una especie de baúl que tenia a su lado.

La fisonomía del clérigo representaba en ese momento la satisfaccion y el orgullo, asemejándose a uno de esos hombres poderosos que tienen en sus manos todo el mecanismo para gobernar a un gran pueblo o todos los hilos para mover los resortes de una sociedad entera.

En efecto, don Juan Ugarteche, despues de haber recorrido rápidamente un gran número de papeles, deteniéndose, sin embargo, en unos más que en otros,

se paró de su asiento y dió unos cuantos paseos por el solitario cuarto.

La cara de este hombre reflejaba mil sentimientos diversos que provenian, sin duda, de la lectura que acababa de hacer; pero la espresion mas pronunciada de su fisonomía era la satisfaccion interior, un aire de triunfo, como quien dice: "todo cuanto quiero lo puedo... Mis aspiraciones están satisfechas, mis propósitos se han realizado o están en via de realizarse."

Don Juan continuaba paseándose, y de vez en cuando se paraba meditabundo, haciendo en seguida unos cuantos monólogos, que, con sus interrupciones, vamos a narrar.

"Ah! dicen que yo soi un loco! y sin embargo, nadie habia ideado una institucion mas provechosa, una institucion de resultados mas ciertos, mas jenerales, mas positivos!"

Y al decir esto el clérigo llevaba la mano a su frente como para contener sus ideas.

"La confesion es mui buena, agregaba... Es una de esas instituciones que dejan a merced de nosotros el mundo; ¡pero yo he adelantado algo mas, mucho mas!... Pues si la confesion solo puede ejercer su imperio sobre las conciencias, lo que no es poco, lo que es realmente inmenso, mi estafeta con la Reina de los Cielos, penetra hasta en los deseos, hasta en las aspiraciones que no son un pecado y que por lo mismo revelan del alma aquello a que no alcanza el confesonario!

"Si una niña, por ejemplo, desea un marido, se lo pide en su correspondencia íntima y secreta a la vírjen, y no va a revelárselo quizá al sacerdote, porque

ese deseo lejítimo no es un pecado; de modo que mi institucion, por mas que la critiquen, viene a ser el complemento del confesonario; pues si en él se revelan las culpas, en mi *correo sagrado* se manifiesta lo que hai de mas delicado en el alma de la mujer, las necesidades mas secretas del corazon en todo lo que tiene de oculto y de lejítimo, en todo aquello que nadie podria obligarle a revelar, y que sin embargo, por mi sistema, se alcanza fácilmente, espontáneamente!...

"Cuando yo pienso en el poder tan inmenso que está en nuestras manos!... cuando calculo la influencia prodijiosa de que gozamos por medio del confesonario, no puede uno menos de maravillarse!... Pero mi entusiasmo sacerdotal se aumenta con mi invencion, invencion que viene a ser el complemento del precepto y que procura mayores resultados!...

"Lo cierto del caso es que yo he desplegado en esta sagrada maniobra una habilidad que me honra, que no han podido menos de reconocer mis superiores, desde el momento que me la permiten a pesar de las quejas de los unos y de los otros, a pesar de la habladuría constante de la prensa, que se empeña por ridiculizar mi institucion, porque les arrebata una gran parte de la sociedad chilena, y lo que es más, de la nata de esta misma sociedad, razon por la cual sin duda el metropolitano ha bautizado mi provechoso y santo buzon con el nombre de *práctica piadosa*, y esta respuesta ha sido dada a algunos de mis cofrades que, envidiosos de mi éxito, han ido a decir al príncipe de la iglesia chilena que el *buzon de la Vírjen* era el pa-

ganismo puesto en práctica... ¡Ignorantes! ¡como si no se pudiera reprochar esto mismo a todos los actos de nuestro culto! ¡Como si no supieran que atacándome se atacan ellos mismos!

»Pero, el señor arzobispo, que ha comprendido mejor el asunto, se ha hecho sordo a sus reclamaciones, y con muchísima razon; pues él ha visto en el acto de cuánto provecho es el *mes* que yo consagro a María y el *correo* que he establecido entre el cielo y la tierra! Ah! ¡qué beneficio tan inmenso para el catolicismo! Y sin embargo, hai algunos a quienes no agrada mi *piadosa práctica*, sabiendo como saben que les aprovecha sobremanera, pues asi tienen mas confesadas, y el número de las confesadas hace la importancia verdadera de un clérigo!...

»Por otra parte, ¿qué interes llevo yo? Es cierto que les impongo una pequeña contribucion a mis devotas, y que sin esta contribucion no pueden ser *hijas predilectas de María*; pero ¿la aprovecho yo acaso? ¿No ve todo el mundo que la empleo en el ornato y brillo del culto, y que aun estoi no pocas veces obligado a gastar de mi propio peculio? Ademas ¿cuánto no ganamos en importancia relijiosa y social en el ánimo del pueblo; pues teniendo de nuestra parte a las mujeres, somos dueños de todo, porque somos dueños de la familia? ¿Qué nos importan los hombres? Ellos tienen que someterse a la voluntad de sus esposas, y nosotros poseemos esa voluntad...

»¿Qué nos importan los herejes? Ellos no tienen otra cosa que hacer mas que azotarse como la culebra que ha perdido su ponzoña, ponzoña de la que me he apo-

derado para que no hagan ellos el mal esparciendo el veneno...

"¡Y aun mis consocios pretenden ridiculizarme! ¿Pero cuál de ellos es capaz de hacer lo que yo hago? Cuál tiene la influencia que yo tengo? A qué novenario concurre mas el pueblo que a mi *mes de María?* Cuál es aquella de las cofradías que ha tenido mas séquito y mejores resultados?

"Yo soi el dueño de Santiago entero, porque mis redes se estienden por todas partes, y desde el mas modesto hogar y desde la mas humilde familia subo hasta el palacio y hasta la aristocracia de fortuna o de nombre!... ¿Quién no está inscrito en mis libros?"

Y el clérigo, con una sonrisa de satisfaccion, hojeaba una a una las pájinas de un cuaderno en que, por letras alfabéticas, se hallaban los nombres de las personas que pernetecian a su santa institucion.

Despues de este exámen, volvió a pasearse por el cuarto con un semblante lleno de satisfaccion, y volvia a decir, seguro de que nadie le escuchaba:

III.

"Hé aquí ese inmenso número de cartas que apenas ha alcanzado a contener el *buzon de la Vírjen* y que yo no tengo casi tiempo de leer. ¡Y esta operacion se efectúa dia a dia! Y dia a dia tengo que vaciarla en mi mesa, porque de otra manera el recipiente se llenaria!

"¿Hai acaso felicidad mayor, medio mas seguro de saber cuanto pasa por la mente de las innumerables *hijas predilectas de la Reina de los Cielos?* Pero es preciso que clasifiquemos... Esta institucion no ten-

dria resultados tan benéficos si yo no tuviera un rejistro en que calificar, segun la importancia de los asuntos y de las personas, todo cuanto me revelan las cartas; y asi es como lo hago, separando, como dice el Evanjelio, la paja del trigo. Del mismo modo yo quemo lo que no necesito. Aquellos deseos frívolos de personas insignificantes los dejo a un lado; pero tengo el cuidado de anotar todos los demas; y de allí proviene, no diré mi divertimiento, pero sí mi fuerza, fuerza que empleo en honra y gloria de Dios y de nuestra santa madre la Iglesia."

Y el austero sacerdote, en quien tenia plena confianza la populosa ciudad de Santiago, se puso a revisar las esquelas que contenia el *buzon de la Vírjen* y a hacer rápidas anotaciones en un libro, dejando a un lado todo cuanto lo juzgaba insignificante o de ningun valor para sus propósitos.

Esta rara correspondencia o este raro buzon establecido entre los cielos y la tierra, sufria, pues, una pesquisa diaria y prolija, y su contenido se dividia en dos o mas categorías...

La primera era la mas importante y se depositaba en un gran saco, porque don Juan Ugarteche solo estractaba la sustancia.

La segunda, que podia tener algun interes, y este interes lo apreciaba el clérigo, tambien se depositaba en otra bolsa; y en cuanto a la tercera, solo servia para alumbrar la chimenea o para desempeñar otros oficios...

Don Juan Ugarteche hacia sus importantes anotaciones, cuando un golpecito suave y repetido por tres veces le hizo conocer que álguien lo necesitaba; pero

estaria tan seguro de la persona que se anunciaba, o seria tan conocida aquella manera de llamar, que don Juan, sin dejar la ocupacion en que se encontraba, dijo simplemente esta palabra:

—Entre.

—Buenas noches, señor, contestó doña Pacífica de Dominguez, empujando la puerta y presentándose en el aposento de don Juan.

—Así se las dé Dios, amiga mia, respondió el clérigo, sin abandonar lo que hacia y aun sin volver la cara hácia la persona que lo hablaba.

—Veo que está usted mui ocupado.

—Como siempre; pero esto no impide que conversemos.

—Así lo creo; ya en otras ocasiones ha sucedido lo mismo: esta es la mejor manera de no perder tiempo.

—Tiene usted razon.

—¡Y el suyo que es tan importante!

—No para mí, doña Pacífica; ya usted lo sabe...

—Ya sé, señor, que usted se ocupa esclusivamente en ganar almas para el cielo; pero con ello usted trabaja tambien para sí mismo.

—Sin embargo, ¿lo creerá usted? no tengo esto último en vista.

—¡Santa humildad y santa abnegacion!... Quién pudiera llegar a tan alto grado de perfeccion e imitarlo!...

—Usted no tiene de qué arrepentirse... Usted hace tambien bastante...

—No lo diga, señor; una miserable pecadora como yo, ¿de qué puede ser capaz?

—Si todos los pecadores fueran como usted, el infierno se encontraria despoblado.

—Es verdad que yo trato de salvar mi alma.

—Y muchas otras, mi señora doña Pacífica; y muchas otras, pues usted es la que mas me ayuda en mi propaganda, por cuya razon no dudo que usted tenga un lugar preferente al lado de la Santísima Vírjen.

—Yo lo deseo; ¿pero quién puede decirme que lo consiga?

—Yo, contestó el fanático con tono de conviccion profunda.

—Entónces lo creo, señor, porque usted, que es el que está mas cerca de la vírjen, debe saberlo o por lo ménos presumirlo.

—Lo sé; y casi podria asegurar que es un dogma de fé que ninguna de las *hijas predilectas de María* puede perderse; y usted, como lo he dicho antes, se encuentra en la primera fila.

—Qué felicidad, señor, yo no la merezco...

Y luego, volviéndose hácia el lado en que estaba Elena, que se habia quedado casi en el umbral de la puerta, sin atreverse a dar un paso en el salon de don Juan Ugarteche, le dijo con voz imperiosa:

—Deja ese azafate sobre una mesa.

Don Juan Ugarteche volvió la cara hácia la persona a quien se dirijia doña Pacífica, agregando con suavidad:

—¿Es la Elenita, por quien usted se toma tantos cuidados y a quien usted tiene tanto afecto?

—La misma, señor, y la misma por quien usted se toma tambien tantos desvelos.

—¡Cuánta gratitud no debe esta jóven esperimentar por usted!

—Talvez no tanta, pero me agrada, pues es tan prolija como económica.

—Dos cualidades mui recomendables que las habrá adquirido al lado de usted. Es una felicidad, hija mia, agregó don Juan Ugarteche dirijiéndose a Elena, haber encontrado con una señora tan virtuosa como doña Pacífica.

Elena bajó la cabeza.

—Es preciso, añadió el clérigo, que tengas por ella mucha gratitud y que le sirvas con puntualidad y honradez. ¡Tú no sabes cuánto le debes a la señora doña Pacífica, pues el bien que te hace no es comparable con el que te ha hecho!

Don Juan Ugarteche hacia sin duda alusion al acontecimiento que hemos narrado anteriormente, es decir, a la separacion de sus padres y de sus hermanos.

Elena comprendió esa alusion, y dos gruesas lágrimas rodaron silenciosas por sus tersas mejillas, lágrimas que se apresuró a ocultar, disimulando la impresion que sentia.

—¿Y qué hai de ese asunto? preguntó doña Pacífica al clérigo de una manera misteriosa.

—No hai cuidado... el escándalo no se volverá a repetir...

—¡Qué lástima tan grande!...

—¡Mucha!... y don Juan Ugarteche levantó su vista al cielo como para implorar la misericordia divina.

—Pero fué una fortuna haber descubierto el mal y poder al ménos evitarlo en parte.

—Y a usted se le debe todo: esta es una grande obra que le tendrá en cuenta el Señor.

—Yo he cumplido únicamente con mi deber, siendo usted el que ha hecho lo demas.

—Pero sin su ayuda nada se habria conseguido, y el mal habria continuado hasta llegar al término fatal: la perdicion completa y para siempre de esas almas...

Aun cuando el clérigo y la beata no se referian a personas determinadas, Elena se sentia dolorosamente impresionada con aquella conversacion, pues un secreto instinto le decia que se trataba de personas que le eran queridas, y que aquellas misteriosas palabras se referian a sus padres, a sus hermanos y a ella misma.

Don Juan Ugarteche continuaba en el rejistro de sus papeles y doña Pacífica estaba pendiente de los lábios del sacerdote; asi es que les pasó desapercibida la impresion de espanto y de profundo dolor que se reflejó en el rostro de la inocente y desgraciada niña.

Doña Pacífica prosiguió:

—¡Estoi admirada del trabajo que usted se da!...

Y la beata dirijia su vista hácia las innumerables cartas que estaban sobre la mesa.

El clérigo, comprendiendo a lo que se referia su amiga, contestó:

—Cumplo con mi deber.

—Pero ninguno hace lo que usted! Y temo que un trabajo tan incesante, unido a la austeridad de su vida, a sus ayunos y penitencias, no vaya a serle fatal... Cada dia me parece encontrarlo mas flaco y mas pálido... ¿Qué seria de nosotras sin usted? En conciencia,

me parece que usted está en la obligacion de conservarse, y que este es el primer deber a que usted debe dar preferencia.

—Dios me ayudará y me dará fuerzas para concluir mi obra... contestó don Juan Ugarteche como inspirado.

—No lo dudo, pero...

—Mi mision es grande y sagrada, y en ella misma encuentro el aliento que me sostiene y que necesito.

Y el fanático se arrodilló delante de una imájen de la Vírjen.

Doña Pacífica hizo otro tanto, rompiendo al mismo tiempo en sollozos.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EL MILAGRO.

I.

Al cabo de un momento se paró don Juan Ugarteche; y la beata, siempre de rodillas, fué hasta donde él, se apoderó de una de sus blancas y descarnadas manos que llevó a sus labios a la vez que regó con sus lágrimas, diciéndole entre suspiros:

—Usted es un santo... no se puede negar... yo lo he visto... Sí, he visto ahora mismo en su corta oracion que sus rodillas no tocaban al suelo!... sino que estaba suspendido en el aire por mas de una cuarta, quizás media vara!... Usted debe ser canonizado!... Este milagro lo voi a repetir por todas partes!...

—Silencio, hija mia, silencio... ¿Es verdad que me has visto como dices?

—Y si no hubiera sido así, ¿cómo tendria valor de repetirlo?

—Puedes haberte engañado.

—¡Pero engañarme con mis ojos abiertos! Esto sí que no se concibe!...

—¿Estás segura de ello?

—No solo segura, sino segurísima.

—Pues bien; no digas una sola palabra.

—¡Qué humildad! Pero...

—Te lo ordeno.

—Pero, señor!... ¿no ve usted que esto edificará a todo el mundo? Si las virtudes se ocultan, ¿dónde encontrarán los otros el buen ejemplo que los estimule y del que tanto necesitan?

—No quiero negar lo que tú dices; pero en este tiempo de incredulidad, ¿de qué no se duda? ¿De qué no se hace burla?

—Sin embargo, el milagro ha sido tan patente... y yo estoi aquí para afirmarlo.

—¡Por qué nó, cuando hasta yo mismo dudo!

—¡Usted duda de mi verdad!

—No dudo de tu verdad, pero sí dudo de tus sentidos... Puedes haberte ilusionado, y hai ocasiones que la fé tiene sus falsos mirajes.

—Si no salieran de su boca esas palabras, diria que eran una herejía; de todos modos, yo tengo conciencia de mí misma y no estoi tan vieja para que mis sentidos me engañen hasta ese punto.

—Sea de ello lo que fuere, te encargo que no lo publiques.

—Publicarlo nó, pero decirlo sí, y esto no me lo impedirá nadie, ni aun usted mismo, porque seria obligarme a que no hiciese una obra buena.

El fanático reflexionó un momento y al fin dijo:

—Que la voluntad del Señor se cumpla... Los ocultos designios de Dios son incomprensibles...

Estas palabras fueron tomadas por doña Pacífica Jerez como un consentimiento verdadero de parte del clérigo, y guardó un respetuoso silencio.

Al dia siguiente ya toda la sociedad santiaguina, o a. menos el inmenso gremio de beatas de que tanto abunda la capital, tuvo conocimiento del arrobamiento de don Juan Ugarteche, y de que habia permanecido durante todo el tiempo que empleara en la oracion, suspendido en el aire mas de una vara, no faltando algunas que afirmasen que habia subido hasta el techo, y que talvez por este impedimento no se habia lanzado de una vez al cielo: este aumento natural, así como las avalanchas del Monte Blanco, era el resultado de la exajeracion de cada persona que referia el caso, pues doña Pacífica solo habia afirmado que lo habia visto elevarse una cuarta o cuando mas una media vara.

II.

Se estrañará quizás que en la conversacion de don Juan Ugarteche con doña Pacífica emplease el primero para con la señora la voz familiar de tú y otras veces de usted; pero esta era su costumbre y nosotros no queremos ni podemos alterarla.

Pasado el incidente del éstasis, la conversacion continuó en esta forma.

Debemos advertir tambien que el pretendido milagro habia llenado de tanta satisfaccion al clérigo, que habia dejado a un lado el exámen de las cartas, si bien es verdad que casi lo tenia totalmente acabado, y que despues del arrobamiento se habia sentado en su poltrona, obligando a doña Pacífica a tomar asiento cerca de él para conversar amigablemente.

Doña Pacífica dijo al clérigo:

—Me he tomado la libertad de traerle ese azafate de coroniilas, que están hechas con el mayor esmero, no habiendo tomado parte en su confeccion otras personas que yo y Elena.

—De tales manos deben ser particulares; ¿pero para qué se pensiona usted?

—Pension! Al contrario, señor, tengo en ello el mayor gusto.

—Ya tú sabes, hija mia, que estoi lleno de esta clase de obsequios.

—Lo sé, señor; sé que todos los monasterios y sus innumerables hijas se empeñan a porfia en agradarlo; pero yo soi tambien una de tantas.

—Tú no eres una de tantas, sino de las principales...

—Le agradezco a la vez que me complazco en lo que me dice.

—Tú tienes muchos méritos.

—¡Señor!

—Ahora es el caso de decirte tambien: fuera modestia!

—Es que...

—Buena y mui buena es la humildad; pero el aprecio de nosotros mismos tambien nos fortifica.

—Si algo tengo de bueno se lo debo todo a usted, a su direccion, a sus consejos, a su ejemplo; ¿no es usted mi dechado al mismo tiempo que mi director material y espiritual?

—Lo soi y me enorgullezco de ello, y ojalá todas mis confesadas fueran como tú, hija mia, que entónces tendrian todas ellas asegurada la vida eterna.

—Espero en Dios que así suceda.

—Y yo tengo confianza.

—Pero hai tantas rebeldes en esta fatal época de impiedad!

—Tienes razon; pero este es un motivo mas para consagrarse al apostolado; el Señor no vino al mundo a conquistar justos, sino a redimir pecadores.

—¡A! si las jentes lo conocieran a usted!...

—Las jentes desconocieron tambien a Jesus, y hasta uno de sus discípulos hubo que lo negó.

—De veras... ¡Y esto sin contar aquel que lo entregó a sus enemigos!

—¡Quién sabe si no me sucederá a mí otro tanto, aun cuando yo no puedo ni debo compararme con el Divino Maestro, que fué y que es todo un Dios, miéntras que yo no sói mas que un miserable pecador!...

Y el fanático exhaló un prolongado suspiro.

—¡Miserable pecador el mas santo de los hombres! Señor, esto sobrepuja a la mas estremada humildad!...

—¿Quién puede responder de mi flaqueza?

—El espíritu del Altísimo que está en usted... Si desconfiáramos de los santos como usted, en quién podríamos reposarnos?

—Yo lucho, hija mia, por sostenerme, y mediante la misericordia del Señor espero no caer...

—Usted es una de las grandes pilastras de la Iglesia, y Dios le prestará su fuerza, no solo para sostener el templo, sino tambien para traer al redil a tantas ovejas descarriadas por los halagos del engañoso mundo, y a tantos incrédulos a quienes la herejía de

estos tiempos ha precipitado y precipita constantemente en el abismo!...

—Dios la oiga, mi amiga doña Pacífica; pero necesito de su ayuda, así como todos necesitamos de la de los demas.

—Usted sabe, señor, que yo soi toda suya y que no tiene mas que ordenar para que yo obedezca...

—Ya me ha dado usted muchas pruebas de ello, y no puedo ménos de decirlo: estoi complacido...

—Tanto mejor para mí: la aprobacion de un santo como usted, a la vez que llena de regocijo mi corazon, me da ánimos para continuar...

—Estamos acordes.

—Ahora, señor, sintiendo distraerlo de sus graves ocupaciones, yo venia a hacerle una consulta.

—Hable usted.

—Elena, dijo la beata, dirijiéndose a la jóven sirviente, que habia permanecido hasta ese momento espectadora de aquel singular cuadro y de aquellas no ménos singulares ideas y palabras; pues debemos advertir que ella no habia visto elevarse a don Juan Ugarteche, tal como lo habia afirmado su señora, y que respecto a las demas apreciaciones no las habia comprendido: Elena, repitió, queriendo que no la oyera, vé a conversar con la cocinera del señor Ugarteche, la buena Matea, que ya tú conoces y que te hace siempre tanto cariño.

—Sí, hija mia, agregó don Juan; vé donde te manda tu señora, pero no reveles nada de cuanto has presenciado, limitándote a decirle que nos sirva mate; y despues que lo hayamos tomado, continuarán ustedes.

I.

El clérigo, al hacer este encargo a la muchacha Elena, se referia a su ascension, en la que él sin duda creia, pues ¿qué es lo que no cree un fanático? Y deseando que no la divulgara ella, talvez porque no perdiera su mérito o por dejar la iniciativa a su amiga doña Pacífica, le hacia esta prevencion.

Elena se retiró silenciosa: estaba acostumbrada a obedecer lo que se le mandara, y se fué.

—¿De qué consulta me hablaba usted, amiga mia? preguntó don Juan, inclinándose hácia el lado en que se encontraba doña Pacífica, y dando a su semblante el aire de la mayor complacencia.

—De intereses de familia, señor, contestó la beata.

—¡Intereses de familia!

—Intereses puramente mundanos.

—Estamos en el mundo, hija mia.

—Se lo confieso; yo no quisiera distraerlo de sus santas y graves ocupaciones.

—Todo está unido aquí en la tierra, lo temporal y lo eterno, siendo nuestro deber atender a una y otra cosa, desde el momento que somos hombres...

—Siempre en usted se encuentra alivio.

—Y si no hubiésemos de darlo nosotros, ¿quién lo dará? Para eso es el sacerdocio; ¿pero de qué se trata?

—De mi hijo.

—¿Qué le ha sucedido a su hijo?

—Nada, señor.

—¿Se ha salido del seminario?

—Continúa en él.

—¿Y entónces? Yo sé que está ahí mui bien colocado; que el director y los profesores lo aprecian mucho; ¿qué más quiere?

—Es que...

—¿Habrá cometido alguna grave falta?

—Su conducta es intachable, y gracias a Dios, por ella y por la recomendacion de usted, ha llegado a granjearse el cariño del señor director, que, segun se dice, no lo acuerda tan fácilmente a todos.

—Mi amigo el director del seminario tiene la severidad del justo a la vez que la induljencia.

—Qién puede desconocer los méritos de ese eminente sacerdote, que es una de las lumbreras del catolicismo!

—Dice usted bien; ¿pero qué ha sucedido?

—Nada de particular ni respecto a mi hijo ni a la santa casa en que recibe una no menos santa educacion.

—Esplíquese usted, pues.

—Rafael Arcánjel cuenta ya como veintidos a veintitres años de edad.

—Ya lo sé, y mui bien puede recibir a un tiempo

todas las órdenes, y ser desde el momento sacerdote; pues con la recomendacion del director del seminario y la mia, todo lo conseguiríamos en el acto del arzobispo.

—Qué dicha seria para mí el tener un hijo sacerdote!

—Mui fácil de alcanzar, tanto mas cuanto que tiene segura nuestra proteccion.

—Dios no ha querido hacerme madre tan feliz.

—He dicho a usted que puede serlo en el acto; y como el jóven tenia vocacion al sacerdocio, segun usted me lo dijo tiempo atras, porque hará por lo menos cinco años que está en el seminario, ¿qué inconveniente puede presentarse ahora, particularmente cuando goza del aprecio del prudente y sábio director de ese bello establecimiento en que se forma un santo ejército llamado a combatir la herejía?

—¡Qué rol tan sublime y qué lástima que mi hijo no lo alcance!

—He dicho a usted que podia serlo en el momento que manifieste sus deseos.

—Justamente era a ese punto al que yo queria venir a parar.

—Está bien, amiga mia; dígame, sin embargo, la dificultad.

—Me ha confesado últimamente, señor, que no tiene vocacion por el sagrado ministerio.

—Y si no tiene vocacion, contestó con sequedad el clérigo; si no tiene vocacion, ¿qué quiere usted que yo le haga?

—Nada, señor, en ese sentido, porque yo me he

esplicado con él lo bastante a este respecto y nada he podido conseguir.

—Que se salga entónces y que deje la beca para otros que sepan aprovecharla mejor, replicó don Juan Ugaterche en el mismo tono.

—La dejará, señor, la dejará; pero suplico a usted que siga protejiéndolo como ántes, y que ahora menos que nunca me lo abandone: este es el favor que solicita de usted una madre.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Por todas las carreras se va al cielo; y mi hijo Rafael Arcánjel ha bebido mui buena leche para que no esté animado del mismo espíritu que usted, puesto que a usted se lo debe todo y a usted lo respeta; de esto sí que yo puedo salir garante.

—No niego que todas las carreras pueden llevarnos al reino de los cielos.

—¿Y bien, señor?...

—Pero una de preferencia.

—No lo niego tampoco; pero se necesita para ello la gracia de Dios, pues no todos son como usted... y el ejemplo está mui reciente...

—Y ojalá fuera eso solo...

Y don Juan Ugarteche llevó la mano a su frente, quedándose pensativo por un largo rato, como abismado en sus reflexiones.

—En tal caso, señor, replicó doña Pacífica despues de haber dejado meditar al clérigo: en tal caso mas vale confesar francamente que no se tiene inclinacion al sacerdocio, para el que se necesitan tantas condiciones... porque el esponerse a caer, como...

II.

La beata no pronunció ningun nombre y dejó en suspenso su pensamiento; pero tapóse la cara con ambas manos, cual si hubiese hecho una declaracion sumamente punible.

—Comprendo... y bien: ¿qué desea el hijo de usted?

—Se lo diré con toda franqueza: prefiere casarse.

—Casarse! ¿Y ha pensado usted en ello? Todavía es demasiado jóven.

—Sí, señor; sé que es mui jóven; sin embargo, me guio por el adajio que dice: "mas vale casarse que no quemarse."

—Usted obra como una mujer sábia y prudente: por otra parte, ya hemos hablado algo sobre el particular.

—¿Cuento entónces con su beneplácito?

—En esto como en todo.

—Gracias, señor; pero es tan difícil encontrar una buena colocacion para un jóven, particularmente en esta época! Asi es que yo temo dejar a Rafael Arcánjel espuesto a las acechanzas del mundo, y tanto mas espuesto, cuanto que él sale de una santa casa donde no debe haber tenido otra cosa que ejemplos de sencillez y de moralidad: ¡y usted comprende los peligros de la inocencia!

—Los comprendo.

—Por lo mismo concebirá los lejítimos temores de una madre.

—Los concibo.

—Por esa razon, señor, he venido, se puede decir, a ponerlo bajo su amparo, a colocarlo bajo su santa proteccion.

—Comprendo, doña Pacífica; usted quiere que el muchacho consiga una esposa segun las conveniencias morales y sociales, como hemos hablado otras veces.

—Esta es la aspiracion de una madre y me parece que es mui lejítima; ¿no lo cree usted así?

—Soi de su misma opinion.

—¿Y me haria usted el servicio que solicito?

—Con el mayor gusto; y hablando francamente, doña Pacífica, creo tener muchas niñas que convendrian a su hijo y que él convendria a ellas, desde el momento que es tan moral y tan bien educado como debe suponérsele siendo hijo de usted y saliendo del seminario.

—¡Cuánto tendria que agradecerle a usted, señor!

—Nada tendria usted que agradecerme, porque yo lo haré con el mayor gusto.

—Razon de mas.

—Y usted sabe que yo tengo donde pescar.

—¡Quién mejor que usted puede saber lo que le conviene!

—Así es, hija mia.

—¡Pero si me fuera permitido hacer alguna advertencia!...

—Las que tú quieras; ellas me ilustrarán mas.

—Pues bien, señor; yo creo tener el derecho de ser exijente cuando se trata de un muchacho como Rafael Arcánjel.

—Con mucha justicia.

—Por lo que usted me ha dejado presumir, creo que le buscará una colocacion.

—Es claro.

—Sin embargo, como madre, me será permitido hacer mis encargos y decir mis observaciones.

—Tiene usted pleno derecho para ello.

—En primer lugar, señor, la niña que mi hijo necesita debiera ser tan virtuosa como lo es él, que va a salir de un santo establecimiento.

—No puedo ménos de aprobarle a usted su observacion, que está en armonía con mis deseos.

—En segundo lugar, que pertenezca a una de las familias de Santiago, pues mi hijo por su padre y por su madre viene de la mas antigua nobleza y está en la misma línea de la mas alta aristocracia.

—Tambien en este punto estamos de acuerdo, porque no convendré jamas en que todos seamos iguales; ¿de qué le serviria a uno entónces el haber nacido de elevada alcurnia? Esto no quita que tengamos caridad, pero hai sus distinciones...

—Así es, señor; sin embargo, los reformadores modernos pretenden abolir las clases privilejiadas.

—¿Quién hace caso de esos herejes?

—Estas son las doctrinas del dia.

—Ya lo sé, pero no lo consiguirán, porque aquí estamos nosotros para defender esos privilejios, para sostener las monarquías y con ellas la nobleza, asi como nuestros fueros y derechos.

—Nada mas justo; y por lo mismo desearia que mi hijo encontrase una señorita de su clase.

—Indudablemente.

—Y si a estas dos condiciones se agregase la de la fortuna, estaria todo completo.

—Lo estará...

Y al hacer esta afirmacion, que envolvia una promesa, don Juan Ugarteche se puso a reflexionar, tomó en seguida un cuaderno que estaba sobre la mesa, y lo recorrió lijeramente con la vista, hojeando sus pájinas.

Hecha esta operacion, que llamó mucho la atencion de doña Pacífica, dobló el cuaderno, colocándolo en el mismo lugar de donde lo habia tomado, y agregó con tono satisfecho:

—No tan solo tengo una niña en las condiciones que usted desea, sino varias.

—¡Qué bien he hecho en dirijirme a usted! Esto ha sido una inspiracion del cielo...

—¿Y a quién hubieras podido dirijirte mejor?

—A nadie indudablemente.

—Para que veas cuánto te estimo y cuánto quiero a tu hijo, voi a nombrarte las niñas entre quienes puedes tú y él elejir.

—¡Tanta bondad!

Y el clérigo dijo uno a uno el nombre de las señoritas que tenia en su rejistro y que en su concepto eran poseedoras de mayor o menor fortuna.

III.

Debemos tambien advertir que a medida que nombraba a cada una, hacia el análisis completo de su persona.

Doña Pacífica oia en silencio las observaciones del clérigo.

Cuando éste hubo concluido, la beata, con su mas halagüeña voz, dijo:

—Doi a usted infinitas gracias, señor, por sus bondades; ¿qué mayor prueba puedo recibir del grande interes que usted se digna tomar por nosotros?

—Dejémonos de cumplimientos. No niego que obro por su bien y que usted lo merece; ahora, amiga mia, a usted le corresponde elejir... ¿Cuándo piensa usted sacar a su hijo del seminario?

—Mui pronto; solo demoraré el en que el sastre le haga la ropa.

—¿Con que es cosa decidida el que no siga la carrera eclesiástica?

—¿Y cómo puedo yo oponerme a su voluntad? Bastante sentimiento me cuesta el que no sea sacerdote... ¡Cuán feliz hubiera sido yo!... Pero mas vale un buen casado que un mal clérigo, como usted sabe y como lo hemos visto...

—Así es, y como creo haberlo repetido: con todas las carreras puede llegarse a la vida eterna; y ya que no hai remedio, ¿ha hecho usted su eleccion entre las personas que le he nombrado?

—Todavía nó... Este es un asunto, como usted lo comprenderá, en que se debe reflexionar con madurez; por otra parte, yo me habia hasta cierto punto fijado...

—¿En alguna de mis confesadas? Cuéntela usted como segura...

—Nó, señor, no es en ninguna de las confesadas de usted.

—Entonces es diferente; para qué ha venido usted, pues, a consultarme?

Y el clérigo hizo esta última interrogacion con cierto tono de terquedad.

Doña Pacífica replicó de la manera mas humilde:

—¿No es usted mi director espiritual, mi director en todo y por todo?

—Y tengo un placer a la vez que una satisfaccion en ello, contestó don Juan Ugarteche cambiando de voz y de fisonomía.

—No hai para mí, señor, mayor gloria que el que usted triunfe, porque su triunfo es el de la relijion.

—A ella he consagrado hasta mi último aliento.

—¡Quién no lo conoce! Y por esto mismo, así como por el bien de mi hijo, he venido a consultarlo...

—¿Y qué tiene que ver el triunfo de la relijion con el casamiento mas o ménos ventajoso de su hijo?

—Es una ocurrencia mia, o mas bien una inspiracion que me vino en un instante, y que puede servir para ámbas cosas.

—Veamos... muchas veces hai algo de providencial en esas intuiciones rápidas y fugaces.

—La ocurrencia a que me refiero fué como un relámpago, como la aparicion de una luz...

—Esas son siempre las mas favorables y las mas eficaces.

—Pues bien, señor; ha de saber usted que la llegada repentina de una antigua amiga es la que me ha sujerido la idea...

—Continúe usted.

—La Ana de Balcarce, viuda de Ingrand, ha llegado a Santiago.

—¡Doña Ana de Balcarce, viuda de Ingrand! Me parece recordarla!

—Refrescando usted su memoria se acordará por completo.

—Ya estoi... el viejo Ingrand... un comerciante mui rico... que para casarse se vió obligado a hacerse católico.

—En apariencia.

—Todos esos impíos o protestantes son así. ¡Es una lástima que se mezcle la mala con la buena semilla!...

—Talvez es un mal que no tiene remedio.

—Ya veremos .. Si nosotros alcanzamos en el gobierno la influencia que nos es debida... las cosas cambiarán...

—¡Cuán bueno no seria que los sacerdotes, los representantes natos del Altísimo, estuviesen en el poder; y así como dirijen con tanto acierto los asuntos del cielo, hiciesen lo mismo sobre la tierra!...

—El mundo no debe ser gobernado mas que por una cabeza visible, que es el Papa, de quien somos nosotros sus inmediatos y lejítimos delegados; pero veo que el celo relijioso nos aparta mucho de nuestro asunto en cuestion. ¿Me hablaba usted, pues, de la señora doña Ana Balcarce de Ingrand?

—Y decia a usted que habia llegado a Santiago despues de una ausencia de mas de diez años, porque en cuanto murió ese viejo hereje se retiró a una de sus haciendas.

—¿Y le quedó familia?

—Una sola hija, señor, que me dicen ser mui simpática.

—Y estraordinariamente rica. Porque el tal Ingrand tenia fama de ser millonario.

—Así debe ser, señor, al ménos así lo manifiestan las apariencias.

—Es indudable... En cuanto a fortuna, esa niña será el mejor partido de Chile; ¿pero quién le asegura a usted que en cuanto a ideas no esté en oposicion con las de su hijo, con las suyas y tambien con las mias?

—Mucho de esto debe haber, y por lo mismo se me ha ocurrido el pensamiento...

—¿De convertirlas?

—No yo, señor, sino usted.

—Yo! ¿Y cómo?

—Trayéndola al aprisco.

—¡Buena idea!

—Esa es la que se me ha ocurrido... Me he figurado que doña Ana Balcarce, mujer de protestante, y su hija Julia, criada tambien en las mismas malas creencias, podian rescatarse, podian atraerse esas almas, y que Rafael Arcánjel fuera el intermediario, sin contar la poderosa cooperaccion de usted, que es la principal.

—Acepto el pensamiento; ¿pero de qué modo realizarlo?

—Yo me daré maña.

—Dígame usted al ménos el medio de que va a echar mano.

—Lo mas sencillo de este mundo: como vecina mia

y como antigua amiga, es natural que vaya a hacerle una visita, y entónces sondearé el terreno, y mediante los ausilios de Dios alcanzaré mis propósitos.

—Ojalá los consiga usted.

—Mi principal deseo es que esas dos criaturas no se pierdan, y para salvarlas las deposito en sus manos.

—Pero si tienen, como usted presume, creencias distintas, puede mui bien suceder que su santa empresa fracase.

—No se olvidan tan fácilmente, señor, como usted lo sabe mejor que yo, no se olvidan tan fácilmente las creencias en que uno ha nacido; y si bien es verdad que Ana Balcarce vivió por algunos años en íntimas relaciones con su marido, a quien queria y a quien complacia en todo, no es ménos cierto que nunca abandonó las prácticas católicas, pues, aunque tibiamente, las seguia siempre, de manera que su fé estaba solo adormecida, sin que se hubiera estinguido.

—¿Estás segura de eso, hija mia?

—Lo recuerdo como si fuera ahora; y por otra parte, señor, como esa influencia del marido hace tiempo que ha desaparecido, es mui natural que se haya obrado en ella una reaccion y que haya vuelto de consiguiente a nosotros, es decir, al catolicismo, con mas fuerza que nunca; y esta reaccion, de la que tengo plena seguridad, nos da probabilidades mayores, tanto mas cuanto que el párroco del lugar, si ha cumplido con su sagrado ministerio, debe haber influido eficazmente en su ánimo para irla trayendo al camino verdadero.

—¿Sabe usted, doña Pacífica, que eso seria un gran triunfo?...

—Y sin perjuicio de nadie, sino con provecho de todos, pues nosotros, o mas bien usted, tendria el placer de haber arrancado dos almas del infierno.

—Me presto gustoso a esa obra de caridad que está tan en armonía con nuestra sagrada relijion.

—¿De modo, señor, que usted se compromete a conseguirme la niña para Rafael Arcánjel, y yo atraerle al aprisco del catolicismo a la madre y a la hija?...

—¡Cómo no! Se hacen dos buenas acciones; y puesto que la señorita Ingrand es tan rica, esos cuantiosos bienes pasan de hecho a un individuo que se hermana con nuestras ideas, en una palabra, a lo que llama el mundo a un clerical, pues no puede ménos de serlo su hijo.

—Mi hijo! Mi Rafael Arcánjel es clerical hasta los huesos...

—Estoi seguro de ello y puede contar con mi proteccion.

—No esperaba ménos de usted, señor.

—¿Quién no proteje a los suyos? Obrar de otra manera seria contrariar nuestros propios intereses; porque esa fortuna, una vez obtenida, viene en auxilio de la santa causa, de cualquiera manera que se le considere.

—¿Quién lo duda?

—Componemos un gremio, y un gremio *militante* y *docente* para el bien de la humanidad.

—¿De modo, señor, que desde luego puedo contar con su apoyo?

—Sin el menor inconveniente.

—Pues bien, desde mañana mismo me pongo en campaña.

—Nos pondremos en campaña, puesto que tú, hija mia, asocias tus intereses a los nuestros.

—Yo iria mas allá, señor: creo que nuestros intereses son solidarios... son unos...

—Tienes razon: el triunfo de la fé y de las ideas relijiosas nos corresponde a todos, y todos tenemos que ganar en ello.

IV.

Doña Pacífica, despues de esta conversacion, se ocupó en ver si la cama de don Juan Ugarteche estaba bien hecha y bien estirada, y habiéndole colocado el vaso de agua sobre el velador, le preguntó:

—¿Necesita usted otra cosa, señor?

—Nada mas, hija mia.

—Mañana traeré a usted noticias sobre mi antigua amiga la Ana Balcarce.

—Ojalá sean favorables.

—Lo espero y casi podria asegurarlo.

—Haz cuanto puedas sobre el particular, porque una conquista de esa especie redunda en bien de la relijion, por el prestijio que le da y por el dinero con que puede ayudarnos. Sacar a una persona de sus errores es, sin disputa alguna, un gran triunfo, y obligarle a que contribuya al sostenimiento de nuestra sagrada relijion, es un triunfo mayor.

—Está a la vista.

—No vaya usted a creer, amiga mia, que yo tengo el menor interes en el dinero de las personas, sino que lo dedico por completo al culto; y como la adoracion a Dios y los holocaustos que se le rinden necesitan de las oblaciones de los fieles, es claro que mientras mayor sea el número de las personas que vengan a nosotros, mas grande será, y mas espléndida será tambien la adoracion que le rindamos, siempre en conformidad con las erogaciones que se obtengan; porque el *culto esterno* no se puede hacer de otra manera que con el dinero, y el *culto esterno* es de una importancia tal, que hai muchos teólogos que lo prefieren al interno, porque éste no se ostenta, mientras que el otro brilla y trae la devocion, formando a la vez el rito.

—Y de veras, señor, que no hai fiestas como las que usted hace... El mes de Maria, cuya invencion entre nosotros le pertenece a usted por completo, ¡qué de milagros no ha efectuado! Qué de conversiones no ha hecho! Qué de pecadores no ha atraido! Qué de almas no ha conquistado!

—Habla usted mui bien, amiga mia, y yo reconozco que, mediante el favor de la Vírjen santísima, he conseguido lo que no esperaba... Las *Hijas predilectas de Maria* se aumentan progresivamente con una rapidez asombrosa.

—Sus méritos, señor, influyen por mucho, y la Reina de los Cielos opera con usted un milagro.

—No lo niego; pero tambien es verdad que se debe la asombrosa concurrencia que tengo en mi templo de la Compañia, al brillo, al esplendor que yo doi al culto.

—Tiene usted razon.

—¿Quién como yo ha adornado jamas una iglesia con tanta magnificencia? Quién como yo se ha ocupado en poner luminarias por todas partes a fin de hacer mas grandiosas, mas espléndidas las funciones relijiosas?

—Nadie, absolutamente nadie...

—¡Y sin embargo me critican!... Yo no me quejo de los herejes sino de muchos de mis mismos compañeros... Pobres! Ellos no saben, como ya te lo he dicho, cuánto ganan conmigo!...

—Nadie que conoce sus méritos puede negarlo.

—Con todo no faltan...

—Envidiosos, señor.

—No queria decirlo ni tampoco pensarlo, pero has dado con la palabra, hija mia; pues no puedo atribuir a otra cosa el que hablen mal de lo que les aprovecha: en la Compañia se forman los oradores sagrados, los confesores y las reputaciones de todo jénero.

—Lo estamos viendo.

—¿Y qué mas quieren?

—¡Ingratos!

—Sí, ingratos y mui ingratos; pero a despecho de ellos marcharé adelante.

—Hace usted mui bien, señor; y yo contribuiré a ello con mi pequeño contingente, y en prueba de lo que digo es que he formado mis combinaciones a propósito de doña Ana de Balcarce.

—La riqueza, por mas desinteresado que yo sea, tiene su gran prestijio.

—Y todo se liga...

—El ejemplo obra de una manera tan maravillosa.

—Asi es de que en cuanto vean a esa señora inscrita entre las *Hijas predilectas de María*, habrá muchas otras que quieran imitarla.

—Infaliblemente.

—Pues atráigala usted tan luego como pueda: el nombre y la fortuna colosal de esa señora traerá para la Vírjen nuevas hijas.

—Y el culto a la Reina de los Cielos aumentará.

—Eso es mi único interes, mi único propósito.

—Se conseguirá todo.

—Convenido; yo estoi dispuesta a hacer lo que usted crea conveniente.

—Estamos de acuerdo.

—La gloria de Dios y de la relijion son mi divisa.

—Tambien lo es la mia.

—Lo sé.

—Y bien; puesto que nos encontramos conformes en todo punto, voi a retirarme, porque ya es demasiado tarde.

—No me habia apercibido; son las doce de la noche.

—¡Cómo se pasa el tiempo!

—Pero es un tiempo bien aprovechado.

—Cierto, señor; sin embargo debo retirarme... mujeres solas! ¿Qué dirán?

—Usted no tiene nada que temer; su reputacion está a prueba de toda sospecha.

—Gracias, señor.

—Es una cosa que le han adquirido sus méritos, diré mejor, sus virtudes que nadie ignora y que todos reconocen y acatan.

—No soi sin embargo mas que una pobre pecadora.

—Pecadora! Qué humildad!... Usted es una verdadera santa.

—¡Señor!

—No disputemos sobre este punto; yo respeto su modestia.

V.

Doña Pacífica llevó el pañuelo a su cara como para ocultar el rubor que cubriera sus mejillas.

—Me voi, dijo doña Pacífica despues de un rato de silencio y de haber enjugado sus lágrimas.

—No quiero contrariarla, pero aun podiamos conversar más.

—Mañana, despues de la visita que haré a la Ana de Balcarce, volveré aquí.

—Mui bien.

Y don Juan Ugarteche llevó la mano hácia un cordon sacudiéndolo violentamente.

Una vieja sirviente apareció con precipitacion.

—Dile a la muchacha de la señora que venga porque su ama se va.

La criada se fué en el acto y pocos segundos despues se presentó Elena.

—No le he dado ni las gracias, señora, por su obsequio, dijo el clérigo dirijiéndose a doña Pacífica.

—No hai la menor necesidad; lo que deseo únicamente es que las coronillas estén a su gusto.

—¡Y cómo no han de estarlo, viniendo de su mano! Yo sé por esperiencia ¡y qué esperiencia! que todo cuanto usted hace es particular!...

—Mis amigas y yo nos complacemos en agradarlo.

—Les estoi a todas mui agradecido y en particular a usted.

—Vamos, hija mia, repuso doña Pacífica dirijiéndose a su jóven sirviente y levantándose de su asiento.

—Un momento, interrumpió don Juan Ugarteche; yo tambien tengo algo que obsequiarles.

—Señor! no he venido esperando la menor recompensa.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlas partícipe a ustedes de las gracias de la Iglesia. Ayer no más recibí directamente de Roma, y bendecidos por el Santo Padre, unos rosarios con cuentas de Jerusalen y unos escapularios con el escudo de la Vírjen Santísima. Ambas reliquias están llenas de induljencias recientemente concedidas por el Papa, nada menos que tienen la gracia de cien dias para las personas que las carguen y de sacar una ánima del purgatorio cada vez que recen nueve *Padre-Nuestros* y nueve *Ave-Marias* encomendando a Dios al Sumo Pontífice y pidiendo por la estirpacion de las herejías y el triunfo de nuestra santa madre la Iglesia y el poder temporal del Papa.

—Señor!... Qué maravilla! Qué concesion tan estupenda! ¿Con que cada noche puede uno sacar una alma del purgatorio?

—No tan solo cada noche sino cada momento, hijas mias, pues como les he dicho: bastan solo *nueve Padre-Nuestros* y *nueve Ave-Marias*.

—Pero ningun Papa habia acordado a los fieles una gracia tan maravillosa!

—Asi es.

—¿Pio Nono pretende sin duda dejar vacante el purgatorio?

—El es árbitro para conceder cuanto quiera, pues Jesucristo le dijo: «lo que tú atares en la tierra, será atado en los cielos.»

—¿Y usted va a darnos estas reliquias?

—En el acto, hijas mias.

—¡Cuánto no tenemos que agradecer a nuestro director espiritual y temporal! ¿No es verdad, Elena?

—Mucho, señora, contestó con sencillez la jóven, que creia sinceramente en todas esas maravillas...

Don Juan se dirijió entonces a una gran caja, de aquellas antiguas, de cerradura y llaves laboriadas, y abriéndola con aire misterioso, sacó de ella dos rosarios y dos escapularios que, despues de haberlos besado respetuosamente, se los pasó a las dos mujeres.

—Doña Pacífica Jerez imitó al clérigo, y Elena imitó a doña Pacífica: ambas besaron a su turno aquellas reliquias que no tenian ningun valor pecuniario, pero sí mucho valor moral, segun lo afirmaba don Juan y segun ellas lo creian.

Dueñas de tan gran tesoro se despidieron del santo sacerdote que les habia hecho aquel incomparable regalo; llevando la beata el firme propósito de ponerse al dia siguiente en campaña para la especulacion relijioso-matrimonial que habia acordado con don Juan Ugarteche, segun la conversacion de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA FAMILIA INGRAND.

I.

Doña Ana de Balcarce, viuda de un antiguo comerciante ingles, Mr. James Ingrand, que habia adquirido una fortuna colosal, aumentada considerablemente por el trascurso del tiempo y por el incremento natural que adquieren las cosas, era en la época en que suceden los acontecimientos que narramos (1861) una mujer de cuarenta y cuatro a cuarenta y ocho años de edad, conservando todavia mucha parte de su antigua belleza, pues su rostro no estaba quebrajado por las ya numerosas primaveras con que contaba, pero en cambio su cabeza principiaba a encanecerse y su talle abultado carecia de esa flexibilidad que jeneralmente distingue a las jóvenes.

La vida de esta señora se habia deslizado en medio de las comodidades que preservan de los ultrajes del tiempo.

Doña Ana de Balcarce, oriunda de Concepcion e hija única de un viejo militar de elevada graduacion, no habia recibido una educacion esmerada; pero en cambio el afecto del padre habia, por decirlo así, reemplazado a la instruccion, consiguiendo llegar a ser,

si no la mas aventajada niña entre sus contemporáneas, al menos, no la última de ellas, pero sí la mas sumisa y cariñosa con el anciano autor de sus dias.

La señorita Ana de Balcarce no brillaba, pues, por su instruccion; ¿pero cuál de sus compañeras y amigas podia decir otro tanto en aquella época en que se temia enseñar a leer y escribir a las jóvenes porque corrian el peligro de recibir cartas y de contestarlas? En nuestro tiempo talvez no se cree semejante aberracion, pero no faltan personas de aquellas *venturosas* edades que aseveren lo que decimos. Sin embargo, el viejo militar, arrostrando las preocupaciones, habia dado a su hija los pequeños conocimientos que él poseia y le habia enseñado él mismo a leer y escribir, permitiéndole tambien rejistrar algunos libros que tenia, previ amente la precaucion de revisarlos antes de ponerlos en manos de su Anita, como la llamaba con cariño.

Esta interesante jóven, porque era realmente hermosa, imbuida en el paganismo relijioso de entonces y que no se ha olvidado en nuestros dias, habia seguido, si no por conviccion, al menos por hábito, que muchas veces es mas fuerte que aquella, todas las prácticas del culto, y era escesivamente observante.

II.

Un dia recibió el señor de Balcarce la órden de pasar a Santiago por asuntos del servicio, y como no contaba con mas familia que su hija única, de quien

le era imposible separarse por el mucho afecto que la tenia, resolvió traerla consigo.

La posicion social del viejo militar, asi como sus relaciones de familia, colocaron a su hija desde su llegada a la capital en contacto con las primeras señoritas de su tiempo, aun cuando carecia de los bienes de fortuna que entonces, si bien de mucha consideracion, no eran como hoi la aspiracion principal y única de la jeneracion actual, asi es que la jóven Ana de Balcarce se encontró desde un principio con buenas relaciones.

El viejo militar, viendo que lo obligaban a permanecer en Santiago, trató de hacer ya de esta ciudad su última residencia. Más por consideraciones a su hija, que podia obtener una colocacion ventajosa, que por él mismo, se instaló tan decentemente como sus escasos recursos se lo permitian; pero como en esa época todo era escesivamente barato en Santiago y no se conocia el lujo de hoi ni las necesidades y exijencias que se han desarrollado en tan grande escala últimamente, podia vivir con su sueldo, bastándole éste para llenar el presupuesto de sus gastos. Y como Anita era arreglada a la vez que económica, todo lucia en aquel feliz hogar, compuesto solamente de un anciano y de una hermosa niña, pero no por esto menos animado y alegre; porque el tierno cariño del padre y el no menos tierno de la hija, llenaban de contento aquella, podemos decirlo asi, solitaria mansion, donde reinaba la paz, la complacencia mútua y la satisfaccion siempre nueva que trae consigo el afecto recíproco. ¡Ai! donde existe el amor, de cualqu iera

naturaleza que sea, no penetra el hastio y menos aun la desconfianza, sino que reina una atmósfera de satisfaccion en que parece que el alma respirara a sus anchas el puro ambiente de la felicidad.

III.

Don Eusebio de Balcarce, este era el nombre del viejo militar, vivia tan contento cuanto se lo permitian los achaques de la edad, y la preocupacion constante que tenia por el porvenir de su querida Anita. Él pensaba, y con razon, que su estadia en este mundo no seria larga y temblaba por la suerte de su hija, a quien iba a dejar sin apoyo y sin fortuna; de manera que el ojo solícito del padre se dirijia, investigador, pero con una profunda reserva, hácia los jóvenes con quienes se encontraba en sociedad y que tributaban obsequios a la hermosa Anita; pero siempre digno y prudente guardaba para sí mismo las impresiones mas o menos favorables que sintiese por éste o aquel, limitándose únicamente a preguntar a su hija, con el mayor disimulo y cuando se encontraban solos en su casa, cuál de aquellos jóvenes le habia parecido mejor. Las inocentes respuestas de la niña manifestaban claramente al anciano padre que el tierno corazon de la jóven no habia esperimentado aun una de esas impresiones, uno de esos sacudimientos que deciden de un golpe de la suerte de una mujer. Y si bien la serenidad de su hija lo calmaba, no por eso dejaba de entristecerse, porque el horizonte no estaba todavia despejado ni le era posible aun presajiar algo

del porvenir; y como un padre, y un padre amante, cifra su dicha en la de sus hijos, el viejo militar tenia la suya siempre en la de su Anita.

Tal era la situacion de espíritu en que se encontraba el padre y la hija: el uno mui preocupado y la otra mui indiferente respecto a sí misma, cuando un dia era allá por el año de 1840, las campanas de las iglesias tocaban a arrebato anunciando incendio y sacudiendo así la monotonia de nuestra capital y el silencio profundo de sus numerosas y despobladas calles.

Por la noche corrian de boca en boca los incidentes de aquel acontecimiento desgraciado que habia tenido lugar en el centro principal del reducido comercio santiaguino, y cuyas pérdidas de poca consideracion, si las comparamos con las actuales, no dejaban de ser entonces de grande importancia.

Entre los incidentes diversos que se referian, sin contar el oríjen del fuego y lo que habia sufrido cada tendero en particular, hablábase de un jóven ingles que era uno de los comerciantes qne mas perdia en aquel siniestro por lo mucho que le debian los tenderos, y que a pesar de esto no se habia empeñado por salvar las mercaderias, sino a una familia que encontrándose arriba de los altos se hallaba en peligro de perecer envuelta por las llamas; y que él, con un arrojo inaudito, se habia precipitado en medio del fuego consiguiendo como por milagro libertarlos a todos, pero no sin haber sufrido horriblemente, hallándose a causa de esto gravemente enfermo.

Nada hai de mas simpático que un rasgo de valor

cuando va acompañado del sentimiento de humanidad y cuando ha sido determinado por ésta; asi es que todo Santiago elojiaba al digno ingles, no faltando muchas personas que fueran hasta las puertas de su casa a informarse de su salud. De este número fueron don Eusebio de Balcarce y su hija; pero no se limitaron a preguntar simplemente al portero cómo se encontraba el enfermo, sino que solicitaron ser introducidos hasta su habitacion, sabiendo que vivia solo o sin mas compañia que un antiguo sirviente.

Ni el viejo militar ni su hija conocian al enfermo, y solo por lo que habian oido decir la noche anterior se dirijieron a su casa, movidos a la vez por un sentimiento de admiracion y de caridad que los impulsaba a conocerlo con el deseo de poderle ser útil de algun modo.

La respuesta no se hizo esperar y don Eusebio de Balcarce con su hija fueron llevados a una antesala contigua a la habitacion, o decimos mejor, al dormitorio del enfermo, diciéndoles solamente el criado que aguardasen un momento porque el médico estaba con él.

IV.

El viejo militar llevado, como lo hemos dicho, de un sentimiento de admiracion y de caridad, habia penetrado hasta allí; pero al hallarse próximo a ver a la persona por quien habia preguntado y por quien sentia el mayor interes, se encontró perplejo y como arrepentido de su accion, hasta el punto de concebir

la idea de retirarse sin verle, pues reflexionó que talvez no era propio que se presentara con su hija en el cuarto de un desconocido, por mas que éste fuera acreedor a las mayores consideraciones.

Iba a tomar su sombrero don Eusebio de Balcarce, arrepentido ya del paso que habia dado, cuando apareció el médico que saludándolo con la mayor política, pues se habian encontrado varias veces en los salones mas aristocráticos, le dijo:

—Puede usted, señor, pasar adelante.

—Pensaba retirarme.

—El enfermo está anunciado de la visita de ustedes y los espera.

—Es que podria ser molesto en el estado en que se encuentra.

—De ningun modo.

—Nosotros solo habiamos tenido la intencion de informarnos de su salud.

—Va mejor; no hai el menor peligro.

—Pues esto nos basta.

—Sin embargo, él les espera y sentiria que ustedes no entraran.

El viejo militar no sabia en verdad qué hacerse, e iba a escusarse cuando el médico, entreabriendo la puerta del dormitorio, dijo en voz alta a don Eusebio:

—Puede usted, señor, pasar adelante; el señor Ingrand lo espera.

No era pues posible resistir más, y el veterano, acompañado de su hija, penetraron en el dormitorio.

EL ENFERMO.

I.

La luz del sol estaba amortiguada en aquel cuarto por medio de espesas cortinas que pendian de dos ventanas que daban al patio.

La pieza era espaciosa y notábase en toda ella un gran desórden.

Las paredes tapizadas de mapas y de antiguos cuadros apenas dejaban claros bastantes para conocer el papel.

Una chiminea de mármol colocada medio a medio de las dos ventanas no tenia otro adorno que un viejo reloj y unos cuantos libros dejados en la cubierta como por efecto de la casualidad o del cansancio, pues unos se encontraban abiertos y otros cerrados indistintamente, con mas o menos polvo los unos y los otros, sin duda segun el tiempo que habian permanecido allí o que hubieran estado en manos de la persona que los leia y que los abandonaba alternativamente.

Frente a esta chimenea notábase un estante de libros y en el mismo estante muchas piedras de minerales diversos que, sin pretensiones de coleccion, eran sin duda muestras de algunos ricos veneros de nuestro pais tan abundante en metales.

Hácia al fondo, al lado de una de las ventanas, co-

mo para recibir la luz del patio alzando la cortina, se veia un escritorio lleno de pequeñas casillas y cada una de ellas con su inspeccion respectiva. Este era el único mueble que parecia arreglado, pues el resto del aposento tenia aquí y allí tirados algunos trajes y arreos de caza en una confusion que denotaba el descuido o la preocupacion constante de intereses mayores de parte del individuo; pero era el caso que el señor Ingrand habia dado órden terminante a su único sirviente de no arreglar aquel aposento, que solo él gobernaba o componia a su antojo y nunca bien; pues cuando llegaba a hacerlo barrer, lo que era rara vez, se encontraba siempre presente para que no le movieran ninguno de los efectos y particularmente de los numerosos papeles que se hallaban diseminados aquí y allá, con especialidad en las sillas que estaban al derredor del escritorio.

Despues de esta lijera ojeada que cualquiera podria echar rápidamente en el aposento del valiente y humanitario ingles, percibíase un lecho bajo pero elevado un tanto por gruesos colchones.

Esta cama no tenia mas cobertores que unas anchas y blanquísimas sábanas de hilo y una piel inmensa trabajada con cueros de huanaco, cuya suave lana era mas que suficiente para procurar al cuerpo un calor agradable sin estar obligado a soportar un fuerte peso. La parte posterior al cuero estaba cubierta de un grueso damasco lacre con flecos del mismo color, asemejándose a esas tan antiguas como ricas colchas que cubrian los altos catres de núestros antepasados a principios del anterior siglo.

Un rico alfombrado de tripe, que ocuparia como seis varas en cuadro y en cuyos sedosos hilos podia mui bien perderse el pié, estaba colocado frente del catre, y en sus perillas de bronce veíanse pendientes algunos vestidos y una bata colchada que servia sin duda de abrigo al señor Ingrand al tiempo de levantarse o en el crudo frio del invierno, tan intenso en Santiago por la proximidad de los nevados Andes.

II.

Don Eusebio de Balcarce entró en la habitacion del señor Ingrand acompañado de su hija, pero con cierta timidez tal como si hubiera ido a cometer una mala accion. Tenia, diremos así, vergüenza de su caridad.

El enfermo se incorporó en su lecho y les ofreció asiento.

La jóven Ana estaba tan avergonzada como su padre y quizá mas... ¡Penetrar en el cuarto de un hombre era para ella una cosa nueva; y aun cuando iba acompañada de su padre, se ruborizó, conociendo que los bellos colores del pudor subian a su rostro!

El viejo militar dijo entonces, tomando la poltrona que le designaban y mostrando a su hija otro sillon que se encontraba a su lado, que habia venido únicamente a informarse de la salud de un hombre que habia espuesto su vida por salvar la de otras personas que le eran completamente desconocidas.

El ingles se sonrió con bondad, y luego agregó:

—Yo no he hecho mas que cumplir con mi dèber.

¡Si hubiese dejado perecer a esas jentes pudiendo salvarlas, no me habria reconciliado nunca conmigo mismo y hubiera sido presa de un constante remordimiento!

Estas palabras dichas con naturalidad y sin la menor ostentacion, causaron en la jóven una impresion tal que esperimentó una especie de sacudimiento interior, llevando sus ojos hácia el hombre que las vertia.

Talvez el señor Ingrand notó aquella mirada que sin duda alguna revelaba admiracion y aprecio, porque añadió sin esperar respuesta:

—Sé que han venido algunas personas a informarse de mi salud a consecuencia de este suceso; pero no merecia tanta atencion, porque el sacrificio no ha sido mayor, pues el médico acaba de decirme que no corro el menor peligro, y salvo algunas lijeras quemaduras que son mas incómodas que peligrosas, estaré completamente bueno en pocos dias.

Ana volvió a mirarlo nuevamente, porque lo que acababa de decir mostraba mayor grandeza de alma, pues revelaba mayor humildad y mayor modestia.

Entre tanto don Eusebio, impresionado del mismo modo que su hija, habia guardado el mismo silencio limitándose al mudo lenguaje de los ojos.

Don Eusebio dijo al fin:

—Dispénsenos usted el no habernos contentado con una pregunta... Nos hemos introducido hasta aquí, llevados...

El enfermo no le permitió concluir la frase, sino que interrumpiéndolo, dijo:

—Llevados de su caridad; sin lo cual jamas habria tenido el honor de conocerlos.

—Talvez, contestó lacónicamente el viejo militar, con el propósito de disculpar el paso dado, y sin apercibirse que decia una palabra inconveniente.

—Siempre hubiera sido para nosotros, señor, una satisfaccion el conocerlo, dijo la hija, con la intencion de hacer mas suave o de dar una interpretacion distinta a lo que habia dicho el anciano.

—El enfermo se sonrió tristemente, agregando:

—Sabemos por esperiencia cómo nos miran en Chile...

—Mi padre no ha querido hacer ninguna alusion desfavorable, replicó Anita, animándose su semblante.

—Lo sé, señorita, y el hecho mismo de haber venido me lo prueba; pero ustedes son tan caritativos que, solo movidos de ese noble sentimiento, han podido llegar hasta aquí.

—¿Y cuál otro podria usted presumir que fuese nuestro móvil? contestó el anciano con tono de marcada dignidad.

—Ningun otro, ya lo veo, señor; y si no hubiera tenido la desgracia, o mas bien dicho, la fortuna de haber sufrido algunas quemaduras, es casi imposible que hubiera conseguido el honor de conocer a ustedes.

—Todo el mundo ha alabado su accion, contestó el viejo militar.

—Bastante recompensado estoi, tanto mas cuanto que acaba de decirme el facultativo que no existe el menor peligro.

—Y nosotros, al menos yo, agregó el veterano, como para no comprender a su hija, quedo mui contento, deseándole una inmediata mejoria.

Y don Eusebio tomó su sombrero.

—¡Tan luego! esclamó el ingles en tono de súplica.

—No hubiéramos debido entrar, señor, pero ya que lo hemos hecho, nos congratulamos de ello.

—¿Y por qué no quedarse un momento más? Siempre es una obra de caridad aliviar los enfermos.

—¿Qué podemos hacer nosotros? Si estuviera en nuestra mano proporcionarle algun alivio, lo hariamos con gusto, respondió Anita con un tono lleno de dulce sinceridad.

—No insisto, pero agradezco... y el enfermo pareció demostrar algun sentimiento por la partida de aquellas dos personas, a quienes sin duda veia por la vez primera y a quienes talvez no volveria a ver mas.

Padre e hija se despidieron.

III.

Apenas habia salido de la puerta de calle, cuando el enfermo llevó la mano hácia un cordon que tenia a la cabecera de la cama y tiró con fuerza.

El campanillazo debió ser violento, porque inmediatamente apareció el criado, manifestando en su semblante susto o sorpresa.

—¿Has visto las dos personas que acaban de salir de aquí? preguntó el señor Ingrand a su sirviente.

—Sí, señor.

—Pues bien, síguelas, y vayan donde vayan, me traerás las señas de la casa en que entren.

—¿Y cómo se quedará su merced solo cuando no hai otro quien lo sirva?

—No necesito de nadie... Acaba de estar el médico aquí y él me ha hecho los remedios.

—Sin embargo, señor...

—No pierdas tiempo, y vete en el acto, porque pueden perdérsete.

—Y si no las encuentro o si encontrándolas viven mui lejos ¿qué hará usted en caso de necesitarme?

—Basta de observaciones, replicó el enfermo con impaciencia; ya te he dicho que no hai tiempo que perder, y si no partes en el acto soi capaz de levantarme yo mismo.

—Voi en el instante.

Y el criado salió precipitadamente conociendo sin duda de lo que era capaz su amo.

Cuando el sirviente hubo partido, el ingles parecia reflexionar.

Y como si lo preocupara alguna idea dominante se sentó en la cama.

¿Qué era lo que pensaba aquel hombre? Fácil es concebirlo: la dulce hermosura de Anita lo habia cautivado a primera vista.

Despues, como para distraerse de alguna cosa que lo perseguia y que él queria desechar, encendió una vela que tenia en su mesa de noche, tomó un libro y se puso a leer, cerrándolo repetidas veces y abriéndolo otras tantas, ni mas ni menos como aquel que no ve o que no comprende lo mismo que está viendo; sin embargo la flema inglesa o la costumbre de sobreponerse a sí mismo venció al fin y continuó leyendo apaciblemente el libro.

Hemos dicho que el señor Ingrand prendió luz a pesar de ser todavía de dia, pero como aquel cuarto era mui oscuro a causa de las espesas cortinas de las ventanas, no tenia otro medio de distraerse estando obligado a permanecer en la cama, como se lo habia prescrito el médico.

Algun tiempo se demoró el sirviente, pero cuando estuvo de vuelta y se presentó delante de su patron para darle cuenta del encargo que le habia confiado, el señor Ingrand dejó inmediatamente el libro preguntándole con mal disimulada ansiedad:

—¿Has desempeñado la comision que te encargué?

—Creo que sí, señor.

—¿Me traes noticias?

—No muchas.

—Pero al menos algunas.

—Sí, señor.

—¿Dónde viven?

—En la calle del Chirimoyo.

—Ya sé; a espaldas del convento de San Agustin.

—Justamente, señor.

—¿Que tal casa es?

—Es una pequeña casita pero mui alegre.

—Retírate, está bien...

"¡Franca fisonomía la de don Eusebio de Balcarce, y qué hermosa la de la niña! dijo a media voz el señor Ingrand, tan luego como el criado se habia marchado, quedándose pensativo en seguida.

"Esta atencion no la habia recibido de nadie y me es mui estraño; o esas jentes tienen su corazon como pocos, o..."

Y el ingles se interrumpió, no atreviéndose a formular su pensamiento.

«Lo sabré mas tarde, psosiguió, y tendrán el premio de su obra en caso de ser buena, o el castigo de sus pretensiones en caso de tener miras interesadas... Ya lo descubriré...»

Y el ingles volvió a tomar su libro, quedándose impasible.

Debemos advertir que antes de despedirse don Eusebio de Balcarce, el señor Ingrand le habia preguntado:

—¿A quién tengo el honor de deber esta visita?

Y el viejo militar, escusándose sobre su accion, le habia dicho su nombre y el de su hija, motivo por el que hemos visto que el enfermo lo repitió estando solo.

BIBLIOTECA NACIONAL

EL ENCUENTRO.

I.

Como unos quince dias trascurrieron sin que el ingles saliera de su casa, si bien se habia levantado de la cama, y durante este tiempo, sin faltar un solo dia, fué don Eusebio a informarse de su salud, limitándose esclusivamente a preguntarle al portero, sin querer penetrar al interior a pesar de que éste le decia que su patron se lo habia encargado.

Una noche se encontraba el viejo militar con su hija en casa del presidente Búlnes, o diremos mas bien, en el palacio, pues hacia poco que habia sido elejido; y como antiguo soldado y compañero del jeneral, don Eusebio de Balcarce tenia toda la familiaridad de un viejo camarada, y tanto más cuanto que el jóven presidente habia servido bajo las órdenes del que hoi era su subalterno, pero no por esto menos amigo. Estaban, pues, como deciamos, en el palacio, cuando fué anunciado el señor don Santiago Ingrand.

El presidente mandó en el acto y sin ceremonia alguna que fuese introducido en el cuarto en que se encontraba; y con la franqueza habitual del soldado le dijo, en cuanto apareció en el umbral de la puerta:

—Pase usted adelante, amigo mio; aquí estamos en familia, y lo recibimos en nuestra intimidad y sin ceremonia como a miembro de la casa.

En seguida continuó el jeneral, tan luego como el ingles le tendió cordialmente la mano:

—Aquí tiene usted a mi antiguo jefe, don Eusebio de Balcarce, y la señorita su hija.

—Tenia ya el honor de conocerlo, contestó el señor Ingrand, saludando respetuosamente a don Eusebio y a su hija.

—¿Con que se conocian ustedes? preguntó con vivacidad el presidente.

—Sí, señor, desde hace quince dias, poco mas o menos.

—Es estraño, porque hace tan poco tiempo que el señor de Balcarce está en Santiago, y usted lleva la vida mas escéntrica y retirada, como buen ingles.

—Lo que no impide, como S. E. ve, que tenga relaciones.

—Aquí no hai S. E., amigo mio; estamos, como ya le he dicho, en familia, y nos trateremos con la confianza de viejos conocidos; pero tengo curiosidad de saber cómo es que conoce usted a mi antiguo jefe.

—Del modo mas sencillo, contestó el ingles, con esa injénua franqueza tan peculiar de ese gran pueblo: por una obra de caridad.

—¡Por una obra de caridad! ¿Pero qué especie de caridad puede tenerse con un millonario que dispone de cuanto quiere?

—¡El señor es un millonario! interrumpió don Eusebio avergonzado.

—El señor no ha ido a ver al millonario, contestó el ingles con su calma digna y reflexiva, sino al enfermo, al hombre que casi pereció en las llamas en el último incendio; y estoi seguro que no se ha informado de mi fortuna sino del estado en que se encontraba ese pobre individuo.

El señor Ingrand, al decir esto, sentíase conmovido, y no lo estuvo menos el viejo militar y su interesante hija, porque diciendo la verdad les hacia justicia.

El jeneral mismo se encontró impresionado.

Hubo un momento de silencio.

Pero el presidente Búlnes, con tono festivo esclamó:

—Yo sé que los millones no influyen en este viejo jefe, que solo toma en cuenta sus campañas y sus pergaminos de familia.

—Tiene usted razon, jeneral; yo no puedo prescindir de mis antiguas creencias: mis padres me enseñaron a respetar mi nombre, y he conservado ese recuerdo; y mis compañeros de armas me hablaron del honor militar, y tambien le he rendido culto, pues nunca se ha manchado mi espada...

—Bravo! bravo! amigo mio, esclamó el presidente estrechando la mano al veterano; pero hágame usted el favor de referirme la visita que usted hizo al señor Ingrand.

Don Eusebio de Balcarce refirió todo como habia sucedido, asi como el móvil que lo habia impulsado.

II.

El presidente Búlnes escuchó aquella injénua relacion con muestras de interes, y luego agregó esta sola frase:

—Se conoce que usted es del antiguo cuño.

—El único verdadero y noble, contestó don Santiago Ingrand.

Ana entretanto examinaba algunas pinturas y ojeaba un album que habia sobre la mesa, sin dejar por esto de tener el oido atento y de echar furtivas miradas sobre los interlocutores y particularmente sobre Mr. Ingrand.

Sin embargo, este hombre no era ya jóven, pues representaba por lo menos cuarenta años de edad; pero su fisonomia honrada y severa revelaba un gran fondo de induljencia y de elevada rectitud, lo que no impedia que fuera considerado en el círculo comercial como un usurero, como un hombre de negocios que tenia su alma puesta esclusivamente en el dinero.

Anita no conocia esta fama de que gozaba el señor Ingrand, y por consiguiente no estaba prevenida en su contra, sino que por el contrario, lo halló magnánimo y por consiguiente simpático.

Por otra parte, don Santiago Ingrand tenia en su cara las señales de las quemaduras que habia recibido, y aun cuando esto le desfiguraba el rostro, no es menos cierto que esas cicatrices le hermoseaban el alma; y como Anita era mas apreciadora de las cualidades

morales que de las físicas, sintió cierto afecto por el caballero ingles.

Hubo ademas otra circunstancia que contribuyó un poco a arrancarle las simpatias de su corazon, y fué que habiéndole preguntado el presidente Búlnes sobre las particularidades ocurridas en el último incendio y sobre la parte que él mismo habia tomado, contestó con sencillez, alabando lo que habian hecho los otros, sin nombrarse a sí mismo; sin embargo, acosado por el jeneral respecto al papel que él habia desempeñado, relató el hecho con verdad, sin parecer que se fijara en lo que habia tenido de vulgar o de sublime su accion.

Es preciso advertir que hai una diferencia mui grande y que se conoce a primera vista cuando uno quiere aparentar modestia o cuando la posee en efecto; porque en el primer caso se encubre la soberbia con la hipocrecia, mientras que en el segundo luce la sencillez con todo el resplandor de la verdad, y esto era lo que no habia podido dejar de apercibirse Anita a despecho de la modestia del señor Ingrand, y quizás justamente en razon de esa misma modestia, porque cuando es verdadera realza la accion que se quiere ocultar.

III.

El señor Ingrand se retiró el primero, ofreciendo hacer una visita al dia siguiente al señor Balcarce para manifestarle la mucha gratitud que esperimentaba por el cuidado que se habia tomado durante su enfermedad.

—No necesito de demostraciones, señor, habia contestado el veterano, porque la gratitud, cuando existe realmente, es mas bien una cosa que se esperimenta y que en vez de demostrar, se oculta: es como todas las virtudes que mientras mas misteriosas son, menos se evapora el perfume que las realza y que las hace tan esquisitas para el que las practica en silencio.

El caballero ingles habia quedado como absorto con esta salida del viejo militar; pero apreciando lo que habia de noble en aquellas palabras, replicó:

—Aun cuando mi visita no sea para manifestar mi gratitud, al menos me será permitido ofrecerle mis respetos.

—Su amistad la aceptaria con gusto, pero no sus respetos.

Don Santiago Ingrand se sentia cada vez mas admirado y mas atraido por aquella delicadeza de sentimientos.

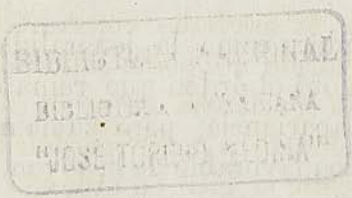
Al fin partió, llevando el propósito de no faltar a la visita que habia prometido y que tanto gusto tendria en cumplir.

Al dia siguiente se presentó en casa de don Eusebio, donde era aguardado y donde fué favorablemente acojido.

El ingles, mui observador, como la jeneralidad de los hombres de su pais, notó el órden que reinaba en aquella casa de modesta apariencia, pero sumamente aseada, y se formó una idea favorable de la jóven, idea que fué confirmándose más y más a medida que s iban revelando con el trato y con el tiempo las cualidades que adornaban a Anita, pues continuó fre

cuentando la casa. Cautivado al fin sobremanera por las virtudes de la hija del viejo militar, mas que seducido por sus atractivos, se resolvió el señor Ingrand a pedirla a su padre, que consintió gustoso en aquel ventajoso enlace, en caso que fuese del agrado de Anita, y en caso tambien de salvar el inconveniente de la diferencia de relijiones, lo que se apresuró a prometer el señor Ingrand, viendo que de otra manera no podria llegar a obtener la mano de aquella jóven tan apreciable bajo todos respectos.

Anita, en quien habia hecho una impresion profunda la accion valiente y jenerosa del ingles y que habia a más reconocido en él mil otras cualidades, dió su consentimiento, y el enlace se efectuó en poco tiempo bajo el rito católico, exijencia no solo de ella sino del padre y de la Iglesia misma, que de otra manera habria puesto impedimento a la realizacion del matrimonio.



LA CATOLICA Y EL PROTESTANTE.

I.

Este cambio relijioso del señor Ingrand fué, como son jeneralmente todos, mas aparente que real, pues con dificultad abandona el hombre los principios que ha mamado desde la cuna; asi es que el señor Ingrand siguió sus prácticas relijiosas, dejando a su mujer seguir las suyas. Sin embargo, poco a poco fueron modificándose éstas, tornándose Anita cada dia mas suave y tolerante, no pudiendo ya concebir que un hombre tan bueno como su marido fuese un réprobo; haciéndola reflexionar esta tirantez misma del dogma que estaba tan en oposicion con la bondad de su carácter, con el cariño que tenia por su esposo y con la nocion innata de justicia que traemos siempre grabada en nuestros corazones.

Y como el confesor la asediaba constantemente, como le decia que su marido no podia salvarse y que ella tenia un cargo de conciencia si no le atraia a los pies de un sacerdote para pedir perdon por sus pecados; y como todo esto, si bien en armonia con su fé, chocaba sin embargo a su razon, se fué separando poco a poco del confesonario hasta el punto de no acercarse mas que una vez al año.

Esta conducta de Anita, que el señor Ingrand no podia menos de notar, la hacia cada dia mas apreciable a sus ojos, porque sin instigaciones de ningun jénero y solo en virtud de su propio convencimiento, entraba en esa moderacion de principios, en esa induljencia o tolerancia que es la base de la verdadera doctrina.

Un dia no pudo menos de decirle a Anita el señor Ingrand, sonriéndose bondadosamente:

—¿Sabes, querida, que has cambiado mucho?

—¿De qué modo?

—Al principio no pasabas sin confesarte una sola semana; despues fuiste por meses, y ahora noto que va a hacer un año...

—Asi es, amigo mio.

—¿Y por qué esta mudanza?

Anita se puso colorada y guardó silencio.

El señor Ingrand prosiguió:

—Yo jamas te he hablado nada respecto a tus prácticas relijiosas; y si ahora te hago esta pregunta, no es para obligarte a que me reveles tus secretos, porque tal exijencia no está en mi carácter ni estaria tampoco en mi derecho, sino que es una simple curiosidad que eres mui dueña de sarisfacer o nó.

—Para el marido no deben existir secretos en lo que concierne a nuestra conducta.

—Sin embargo, has guardado éste.

—No me habias preguntado nada sobre el particular; asi es que creia que habia pasado desapercibido para tí.

—Nada de cuanto te concierne puede pasarme desapercibido, porque todo lo tuyo me interesa.

—Gracias, amigo mio.

—La indiferencia solo se da cuando no se ama, y yo, gracias a Dios, no he dejado nunca de hacerlo desde un principio, y ahora mas que antes.

—Lo mismo me ha sucedido a mí.

—Estamos, pues, correspondidos, hija mia; pero dime entónces, ¿cómo se ha obrado tan estraña metamórfosis? ¿Te has hecho protestante?

—No, amigo mio, yo jamas cambiaré de relijion.

—En lo que obras como debes; pues a no ser que el convencimiento haga en nosotros una reaccion, nunca debe uno ir en contra de las ideas y sentimientos que lo han formado, porque de otra manera no hace uno mas que estar en contradiccion consigo mismo, en lucha con su propia conciencia.

—¿Y como tú te hiciste católico para casarte?

—En tu pais se ve uno obligado a mentir, y esta coaccion, esta violencia no aprovecha a nadie, sino que mas bien trae perjuicios para el catolicismo, porque uno nunca lo practica, y para el individuo, porque lo han obligado a mentir, a cometer una mala accion que le trae vergüenza y remordimiento; pues créelo bien, hija mia; el paso que yo dí para unirme contigo ha sido reprochado por mi conciencia y hasta por mi honor, lo cual, aun sin pensar mucho en ello, me ha hecho mirar con mayor repugnancia el esclusivismo y la intolerancia de tu culto.

—¿De manera que hubieras visto con desagrado el que yo cambiase de ceencia?

—Si el convencimiento única y esclusivamente era el móvil que obraba en tí, me habria alegrado; mas

si lo hubieras hecho llevada solo del deseo de agradarme, no lo habria aceptado y habria tenido de tí una opinion desventajosa; pero hasta ahora veo que no has respuesto a mi primera pregunta.

—¿De cuál era la causa por que ántes me confesaba con frecuencia y ahora lo hago de tarde en tarde?

—Justamente.

—Pues bien; todo el secreto está en que han llevado conmigo una conducta opuesta a la que tú observas.

—¿Cómo es eso?

—Mi director espiritual queria por fuerza que yo te atrajese al catolicismo, haciendo un crímen de mi tolerancia.

—¡Es posible!

—El me decia que yo debia privarte hasta de mis caricias si permanecias pertinaz, o que ellas fueran un lazo para atraerte o una cadena para afianzarte en la fé.

—¡Es posible! volvió a repetir con admiracion el señor Ingrand.

—Y esto mismo ha sido lo que me ha repugnado hasta el punto, nó de abandonar, pero sí de ir con menos frecuencia a cumplir mis deberes de católica; y tanto mas resaltaba desfavorablemente a mis ojos esta doctrina, cuanto que tú obrabas conmigo de una manera opuesta.

—Has hecho mui bien, hija mia, dijo con ternura el señor Ingrand, y luego estrechándola en sus brazos, añadió:

Sigue tu culto y asi no tendrás de qué arrepentirte; pero síguelo en aquello que no se oponga ni a la razon, ni a la justicia, ni a la tolerancia, ni al bien del

prójimo, porque la caridad es la primera y talvez la única lei, el único precepto del cristianismo, al que jamas debemos faltar si queremos seguir las máximas del Señor y no incurrir en pecado...

II.

Anita escuchaba aquellas palabras de mansedumbre, pero estaba, sin embargo, triste, lo cual, siendo notado por su marido, le preguntó:

—¿No te parecen bien mis opiniones?

—Sí, amigo mio.

—¿Por qué apareces entónces tan triste?

—Porque existe en mí una duda que me atormenta y que no he podido desechar, a pesar de que repugna a mi juicio y a mi corazon.

—¿Cuál es ella?

—Se me ha enseñado desde mi infancia, se me ha repetido tantas veces en el confesonario que aquel que no está en la relijion católica es perdido, que vivo atormentada por el destino que te espera; y como te amo, amigo mio, ¡cuál no debe ser mi lucha, cuál no debe ser mi tormento! Pues a pesar que con el fin de no oir más esta doctrina, que se opone tanto a mi cariño, me he retirado un poco del confesonario, siempre, te lo confieso, abrigo temores que me martirizan, poniéndome en la alternativa, o de renunciar a mi fé, o de condenar al hombre que quiero y estimo.

—¡Pobre hija mia! te comprendo y te compadezco; pero tu mal afortunadamente no es incurable... tú mis-

ma has principiado por correjirte, y esto es lo suficiente... mas tarde la razon sola te salvará....

—Tu ejemplo, amigo mio, ha influido ya poderosamente sobre mí, porque jamas te he oido condenar a los otros, y este es un sistema que está en armonia con mi juicio y con mis sentimientos.

—No quiero, Anita, combatir con razones tu creencia, pero no aceptes nunca aquello que tienda a dañar a los demas. Yo perdono los descarrios de la inteligencia, pero es bueno precaverse del error... Todos somos hijos de un mismo padre que nos hace vivir; ¿por qué, pues, hemos de condenar nosotros a aquellos a quienes él tolera? Si tu confesor me anatematiza a mí, yo no lo anatematizo a él, sino que lo perdono, y lo perdono aun cuando por sus principios trata de introducir la desunion entre los esposos; porque ¿qué otra cosa es el afirmar que un protestante o un libre pensador son tizones del infierno? Pero espero que tú tomarás en cuenta la moralidad de los actos para no condenarme a mí ni a los demas hombres.

—Esta ha sido mi duda y mi tormento; pero esta duda y este tormento van desapareciendo.

—Y concluirán por completo en poco tiempo para tu felicidad, para la mia y para la de las personas que te rodean.

Despues de esta conversacion, que se prolongó mucho más, pero que nosotros nos abstendremos de repetir, no se volvió ya a tratar de semejante asunto entre doña Ana de Balcarce y su marido, sino que reinó en aquel interior mas paz y armonia que la que habia existido antes, siguiendo, sin embargo, cada uno su

creencia, pero modificada en parte por la razon y la justicia, que aconsejan la caridad, la tolerancia y la fraternidad.

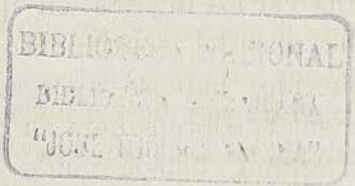
III.

Así trascurrieron algunos años, en los que este feliz matrimonio no habia tenido mas que un solo fruto, una hermosa niña a quien dieron por nombre Julia y que era el encanto casi esclusivo de sus padres y de su viejo abuelo, que apénas tuvo el placer de conocerla, pues murió como a los dos años de haber nacido.

Este golpe fué sumamente sensible para Anita, que adoraba al autor de sus dias; sin embargo, en mui poco tiempo tuvo que esperimentar otro mayor, porque su marido cayó gravemente enfermo, enfermedad que duró algunos meses gracias a los cuidados incesantes de la amante esposa, que no abandonó la cabecera de la cama hasta que hubo espirado.

Viuda doña Ana de Balcarce y dueña de una fortuna inmensa, pero no por esto menos sensible y desgraciada con las pérdidas que habia esperimentado, se decidió a abandonar la capital para irse a una de sus haciendas y no ver los lugares en que habia sufrido tanto, pues a mas del sentimiento de un esposo y de un padre querido, habíase agregado la tenacidad clerical, empeñada sobremanera en que se confesase el señor Ingrand, considerando sin duda en este acto el triunfo de la relijion bajo dos aspectos: primero, por la conversion definitiva de un protestante, que la preconizarian en todos los púlpitos; y

segundo, porque siendo rico podria dejarle alguna gruesa pitanza; pero el señor Ingrand habia dado órdenes a su esposa de no dejar acercarse a su lecho mortuorio a ningun clérigo, y doña Ana de Balcarce la habia cumplido al pié de la letra, a pesar de la influencia de sus amigos y de las recriminaciones de todo jénero que se levantaron en su contra; pues no podian perdonarle que cediese a la voluntad de un moribundo contrario a la creencia en que ella habia nacido y nó a la de los sacerdotes que querian, en bien del alma, segun decian, invadir el lecho del rico moribundo; pero la esposa habia obedecido al esposo, y la mente de éste se habia cumplido, sin sacar los clérigos gloria alguna, ya fuera moral o pecuniaria, porque ambas les aprovechaban, sabiendo convertir siempre la primera en la última.



I.

Dada esta esplicacion sobre los antecedentes de la familia Ingrand, de los que tenia algun conocimiento doña Pacífica Jerez, como lo hemos podido notar por la conversacion que tuvo con don Juan Ugarteche; dada esta esplicacion, decimos, entraremos a examinar uno de los primeros personajes que van a figurar en nuestra historia, es decir, la hija de doña Ana de Balcarce y don Santiago Ingrand, que tenia por nombre Julia.

Esta niñita, trasportada al campo desde su primera infancia, habia tenido por única institutriz a su madre; pero doña Ana era una mujer distinta ya de lo que habia sido cuando jóven, pues mediante a las lecciones de su esposo y a su propia contraccion, habia adquirido conocimientos que la ponian en estado de educar y de instruir a su hija.

Llevada tambien de este deseo, doña Ana de Balcarce no desperdició, en los primeros años de la infancia de su hija, la ocasion de adquirir cuanto pudiera serle útil y aún agradable, así es que se vió obligada a hacer varios estudios, y lo que es más, a simplificar-

los de manera que pudieran estar fácilmente al alcance de un niño, tarea bastante ruda para una mujer; pero el cariño de madre supo triunfar de este grave inconveniente.

Julia Ingrand creció, pues, sana y robusta por el aire puro del campo, y mas sana aún de espíritu por las lecciones prudentes de su madre.

Por otra parte, doña Ana Balcarce de Ingrand no habia descuidado los bienes de fortuna, sino que los habia encomendado a un hombre intelijente a la vez que honrado, que los aumentó considerablemente, esceptuando la hacienda en que ella se retiró con su hija, y que encargada a sus cuidados, se complacia únicamente en embellecerla, con el objeto de hacer una mansion que no disgustara jamas a la tierna niña, rodeándola ademas de un esquisito y bien entendido confortable, así como de amigas obsequiosas y morales que la distrajeran instruyéndola, para lo cual no escusó medio alguno, pues ya fuese el gasto pecuniario, ya la diferencia de condicion social, ella pasaba tanto por lo uno como por lo otro, con tal de que su hija tuviera buenas lecciones de todo jénero, consideradas éstas o ya en el desarrollo de su intelijencia o ya en el de su corazon, guiadas ambas cosas por el sendero de la moral y de la instruccion bien entendidas.

Julia Ingrand creció, pues, en el campo, como decimos entre nosotros cuando una niña ha pasado gran parte de su vida en la propiedad rural de sus padres, pero no por esto era menos instruida que las señoritas de Santiago, si bien podriamos clasificar-

la de mas sencilla, de mas natural y por consiguiente de menos presumida y de menos ficciosa; tenia, dos cosas que se chocan hoi dia en lo que se llama la sociedad culta, y que sin embargo se hermanan perfectamente con la civilizacion verdadera: la inocencia y la intelijencia.

II.

Cuando Julia Ingrand llegó a Santiago era tan virjinal como la flor del desierto sobre la que no se ha posado siquiera una mirada humana, y a quien no ha tampoco profanado un pensamiento mundano; y era tan blanca, tan fresca, tan aterciopelada, tan flexible, dirémoslo así, como uno de esos lirios que se mecen suavemente al menor céfiro y que, a mas de hacer la belleza de un jardin, señalan la idea clara de la pureza del pensamiento, motivo sin duda por el cual se lo han dado como símbolo al inmortal carpintero José, esposo de María y padre putativo de Jesus.

Y bien, hecha esta comparacion, que representa moral y físicamente a nuestra heroina cuando Julia Ingrand se presentó por la vez primera en la capital de nuestra aristocrática república, era una niña de diezisiete a dieziocho años de edad, y tenia el tinte de esa trasparencia casi diáfana de las hijas de Albion: poseia la belleza inglesa en su mas espléndida forma, sin la frialdad que la caracteriza y que la asemeja al mármol por la blancura y por la poca o ninguna animacion de la fisonomía.

En la hacienda donde habia pasado su infancia y

parte de su juventud, no habia contraido afecto alguno, salvo el de su madre, como era natural, el de una amiga llamada Sofia, y el de algunas sirvientes que la idolatraban, sin escluir las pobres a quienes frecuentaba y a quienes socorria, y de las cuales recibia gratitud y bendiciones que bastaban para llenar su corazon afectuoso y sencillo.

No diremos el sentimiento que tuvo Julia al dejar aquel campo en que se habian deslizado felices algunos años de su vida; pero sí confesaremos que la inocente jóven lo abandonó movida de cierta curiosidad, de esa curiosidad que se tiene por lo desconocido y que tanto poder ejerce sobre las mujeres; asi es que, aún cuando tuvo un pesar inmenso en abandonar esos sitios favoritos, esperimentaba a la vez un grandísimo deseo de conocer la hermosa capital de que tanto le hablaban sus amigas y en donde le decian que reinaban tantos y tan variados goces, tantos y tan elegantes como instruidos jóvenes. ¡Pobrecita! ignoraba que la jeneralidad de los santiaguinos, salvo raras escepciones, solo brillan por sus peluqueros y sus sastres!

.....

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA VISITA.

I.

Doña Pacífica Jerez, en conformidad a la conversacion tenida con don Juan Ugarteche, y por consiguiente a la realizacion de sus proyectos, se dispuso, al dia siguiente de la noche en que visitó al clérigo, a presentarse ante su antigua amiga, como ella llamaba a doña Ana de Balcarce.

En esta ocasion la beata empleó mas que nunca el espejo, sacó del baúl el mejor vestido y se adornó con sus mejores joyas, joyas que solo aparecian de vez en cuando, ya fuese para una visita hecha al arzobispo, al prisidente de la república o algun otro personaje; pero que salieron a lucirse, despues de haber sido limpiadas con el mayor esmero, en la entrevista solemne que se preparaba tener con su antigua conocida, porque en relidad no podia clasificarla en el número de sus amigas por mas que se lo hubiese asegurado a don Juan Ugarteche.

Doña Pacífica, lo mismo que lo hacen todas las mujeres, queria deslumbrar a doña Ana de Balcarce, sin duda con la idea de atraerla desde la primera entrevista a sus propósitos.

Cuando la beata quedó satisfecha de su persona, y despues de haber estudiado bien su fisonomia, se dispuso a salir, dando a Elena la órden de acompañarla.

Doña Pacífica se presentó en casa de doña Ana de Balcarce y fué introducida a un espléndido salon mientras la anunciaban.

Pocos minutos despues apareció la dueña de casa en compañía de su interesante hija.

La beata se levantó abriendo ambos brazos a doña Ana, que, medio sorprendida por aquella acojida tan afectuosa como inesperada, se vió por política obligada a echarse en ellos.

Dos gruesas lágrimas hizo venir a sus ojos doña Pacífica Jerez, lágrimas que dejó correr por sus mejillas para que fueran percibidas; y luego con voz entrecortada por la emocion, dijo:

—¡Querida Anita!... despues de una ausencia tan larga... ¡qué placer el volverte a ver!

La viuda de Ingrand habia reconocido a doña Pacífica y le contestó con suavidad, pero sin inmutarse:

—De veras que es un placer volverse a encontrar.

—¿Y esta señorita tan hermosa como simpática es sin duda tu hijita, que se fué de Santiago, si mal no me acuerdo, cuando apenas andaba?

—Ella misma.

—Permíteme que le dé un abrazo... ¡Qué criatura tan perfecta!

Y doña Pacífica, sin esperar contestacion alguna, voló donde Julia y la estrechó contra su corazon re-

petidas veces, contemplándola otras tantas como estasiada.

Doña Pacífica sabia dar a estas demostraciones toda la naturalidad del verdadero sentimiento.

Cuando volvió a sentarse esclamó apoderándose de una de las manos de doña Ana:

—¡Cómo no ha de estar una vieja, amiga mia; pero cuán feliz vejez cuando se tiene a ánjeles por hijos!

—Yo estoi contenta de mi Julia, contestó sencillamente doña Ana de Balcarce, mirando a su hija con ternura.

—Contentísima, debieras decir, porque ¿quién puede mirar a esta niña sin amarla? Ella cautiva a primera vista los corazones...

—El cariño que usted tiene por mi madre, señora, hace que usted mire con ojos benignos a la hija, contestó humildemente Julia, bajando la cabeza y saliéndole el rubor al rostro.

—No lo niego; he tenido un gran afecto por mi amiga, afecto que no ha podido borrar una prolongada ausencia y que se repercute en la hija; sin embargo, sin saber que fueras hija de la Anita Balcarce, me habria bastado verte para quererte: hai seres, hija mia, tan privilejiados, que no necesitan de antecedentes para arrancar las simpatías de aquellos con quienes se ponen en contacto.

—Te agradezco la opinion favorable que tienes por mi hija, contestó doña Ana, viendo que Julia se ruborizaba cada vez mas.

—No cabe agradecimiento, amiga mia, en esas afecciones que nacen espontáneamente y que no son ni

efectos de la obligacion, ni resultados de algun favor prestado o recibido.

II.

La señora de Ingrand apretó la mano de doña Pacífica como señal de que estaba complacida; y en efecto, la manera de espresarse de la beata le habia agradado, si bien sentia alguna estrañeza por el interes que le manifestaba una persona con quien no habia en épocas pasadas mantenido relaciones tan íntimas para que la mirase repentinamente con particular cariño; pero doña Ana de Balcarce era injénua y rara vez comprendia que se demostrase aquello que no se sentia.

—Y bien, Anita, volvió a decir doña Pacífica; ¿piensas ya establecerte para siempre en Santiago?

—No lo sé positivamente; estoi ya tan acostumbrada en el campo, que talvez estrañe la vida de la poblacion.

—Sin embargo, por los grandes cambios que han hecho en tu casa, o diré mejor, en tu palacio, porque ya no se puede llamar de otra manera a esta mansion esencialmente réjia por el edificio y por su arreglo y adornos interiores; sin embargo, repito, parece que hubieras tenido el pensamiento de fijarte decididamente entre nosotros.

—Todo depende de Julia; si a ella le agrada, nos quedaremos aquí; si no, abandonaremos el palacio, como tú lo llamas, porque prefiero el bienestar moral a las comodidades, o como se dice vulgarmente, al

confortable, y por otra parte, no nos falta este mismo confortable en el campo, pues las casas de la hacienda que habitamos están hechas de modo que no falte nada a las comodidades de la vida, ni aun a las exijencias del espíritu.

—Comprendo todo esto y sé que una persona de gusto como tú estará rodeada de cuanto pueda serle agradable; de aquello que halague los sentidos y que satisfaga a la vez la intelijencia.

—Para personas como nosotras sí; pero para aquellas acostumbradas al gran mundo, quizás nó.

—Yo creo que para todos, porque siempre he estado acostumbrada a vivir en la opulencia; sin embargo, hai cosas que no pueden obtenerse en el campo por mas rica que una sea, y una de estas cosas es la sociedad fina y escojida, esa sociedad de maneras elegantes, que solo se encuentra en los grandes centros de poblacion, como Santiago, por ejemplo, donde vienen a gozar de sus comodidades las personas de fortuna y donde se halla reunida la aristocracia, es decir, la nobleza.

—No lo dudo, amiga mia, y esta ha sido una de las razones que me han determinado a venir, y deseaba por otra parte que mi Julia conociese el mundo.

—Tu Julia, querida Anita, va a ser en poco tiempo la reina de nuestra sociedad.

—No pido tanto, amiga mia; quisiera únicamente que estuviera contenta.

—Y lo estará; yo me encargo de ello.

—Gracias, señora.

—Déjate de señora; ya ves la familiaridad con

la que yo te trato, y espero que tú me trates tambien con la misma.

—Convenido.

—Pues iba a decirte que Julia estará mui contenta en Santiago, y habia añadido y me ratifico en ello, que yo salgo desde luego garante de su satisfaccion y ¡quién sabe si no tambien de su felicidad!

—Esto es mui lato, Pacífica, contestó doña Ana de Balcarce, tuteando a la beata.

—Lo sé; pero es que yo tengo tantas relaciones... Conozco a todo Santiago... Tengo amistades por todas partes y en todos los círculos; así es que, si no le agradan unos, tendrá otros, y como es mui difícil no hallar algo en esta inmensa capital, no puedo menos de lisonjearme que por mas descontentadiza que sea Julita, encontrará al fin personas que le gusten y con las cuales simpatice. ¿No te parece, hijita mia?

—Puede ser, señora, respondió Julia un tanto avergonzada.

—Desde luego te daré un consejo, agregó la beata; echa a la espalda esa timidez de colejio o de persona que no está acostumbrada a frecuentar la sociedad, y preséntate con ese aire de confianza en sí misma que hace adquirir el trato de mundo; y como te lo aseguro, la primera vez que te encuentres en nuestros salones serás la reina de ellos; marcha con tu frente erguida, y todos, sin escepcion alguna, se prosternarán a tus plantas.

—A pesar de lo que usted me dice, no tengo ni tendré tales pretensiones.

—No creas, niña, que te aconsejo la soberbia; soi

demasiado buena cristiana para ello, y sé cuán hermosa tambien es la modestia; pero tambien es indispensable arrancar la corteza de la colejiala... Cuando ya se entra a figurar, es preciso dominar desde un principio.

—Ni lo podré ni tampoco lo pretendo.

—Ya veremos... Yo te daré las primeras lecciones en compañía de tu noble e intelijente madre, ¿no es verdad, Anita, que la primera condicion de una niña al aparecer en sociedad es mostrarse amable?

—Amable sí, pero no pretensiosa o altanera.

—¡Y quién ha dicho eso! Lo único que deseo es que no se manifieste corta y avergonzada, porque asi quedaria oculto el brillo de sus cualidades físicas y morales.

—Es verdad que una niña debe tener cierto desembarazo.

—Esto es a lo que voi y nada mas.

—Estamos entonces de acuerdo; pero no olvides que mi Julia ha pasado toda su vida en el campo.

—Por lo mismo es que trato de precaver ese escollo. Tú sabes cuánto influye en la existencia de una jóven la primera presentacion en sociedad. Muchas veces este solo paso, que quizás lo consideran muchos insignificante, decide del porvenir de una niña, y es feliz o desgraciada segun las impresiones que ha causado y que ella misma ha recibido; y como esas impresiones dependen las mas veces de la manera de aparecer, es claro que una debe fijarse en ello.

—Tienes razon, dijo doña Ana de Balcarce, con ese interes de madre que oye siempre con benevolencia

todo cuanto se relaciona con sus hijos, y mucho mas cuando les puede aprovechar.

—Ya te he dicho, prosiguió doña Pacífica, que yo conozco a todo Santiago, y me lisonjeo que siendo introducida por mí obtendrá las consideraciones que le son debidas.

—¡Consideraciones! ¿Por qué, señora? replicó Julia avergonzada.

—La modestia es una gran virtud, pero una virtud hasta cierto punto negativa, porque si hai casos en que nos realza, en muchos otros, y estos son la mayor parte, nos hace cometer disparates...

III.

Julia no respondió, sino que miró a su madre.

Doña Ana creyó leer en el pensamiento de su hija, y replicó con un tono afable que hacia desaparecer lo que siempre tiene de penoso o de hiriente una observacion:

—La modestia y la pusilanimidad son dos cosas distintas, amiga mia.

—Así es, pero muchas veces las confunden, y solo se apercibe de ellas y las distingue la persona que está en íntimas relaciones y goza de la plena confianza del individuo.

—Es lo bastante.

—Creo que te equivocas, querida Anita, porque si bien estoi conforme en el principio, no es lo mismo tratándose de la sociedad; pero como tu hermosa hija posee tantas ventajas, puede pasar desapercibida su

cortedad; sin embargo, deseo que desde su primera aparicion produzca su efecto.

—Hablaremos sobre esto, porque ahora, como ves, apenas he llegado ayer, y estoi, se puede decir, acomodándome.

—Me parece que nada falta ya aquí; todo es espléndido. Y doña Pacífica echó una mirada a su alrededor.

—¿Quieres ver la casa? dijo doña Ana, apercibiéndose de la curiosidad de la beata.

—Con el mayor gusto, pues por lo que he notado en el primer patio, has hecho cambios considerables.

—Me presentaron varios planos y adopté el que le agradó mas a Julia.

—Pues ha tenido un gusto esquisito, porque en cuanto a la fachada y a la disposicion del primer patio esta casa difiere de las otras, hablo de las modernas, pero difiere ventajosamente.

—¿Lo piensas así?

—No solo lo pienso, sino que estoi segura de ello. Yo conozco cuantas casas se construyen y se han construido desde que ha entrado el furor por los edificios, y ya no se contentan con solo habitaciones cómodas sino que se edifican palacios, como lo es este.

Y la beata esclamaba a cada cosa que veia:

—¡Qué buen gusto! ¡Qué de buen tono! ¡Qué magnificencia!

Y estas admiraciones eran repetidas frecuentemente y con mucha razon, pues la señora Balcarce de Ingrand habia ordenado que no se escusase gasto alguno con tal de hermosear la morada en que iba a habi-

tar su hija y no estrañase la que dejaba en el campo que, a mas de los recuerdos de la infancia, tenia para Julia y para ella muchos otros atractivos.

—¡Qué mujer tan feliz eres tú, mi querida Anita! dijo la beata, despues que volvieron al salon y que tomaron nuevamente asiento.

—No lo niego; estoi satisfecha y doi gracias a Dios.

—Dices mui bien, contestó la beata exhalando un suspiro y apoderándose otra vez de la mano de la señora de Ingrand; nuestro primer pensamiento debe ser en el Señor, y todo debemos referirlo a Él, tanto en la prosperidad como en la desgracia.

—Así es, amiga mia.

—¡Cómo me complazco de tan buenas disposiciones!

—¿Cuáles?

—Esos sentimientos relijiosos que sientan tan bien a una matrona y con especialidad a las personas de nuestro rango, que estamos obligadas a dar el ejemplo.

—Siempre he tenido los mismos.

—¡Ya lo creo! Una señora de tus antecedentes y de tus costumbres no puede ser menos que mui devota.

—Devota no tanto, Pacífica, pero relijiosa sí.

—Basta, lo otro vendrá; pero dime, ¿cómo llenabas tus deberes en el campo? Debias estar mui contrariada por la falta de sacerdotes? Este es el único inconveniente que yo encuentro en la vida que se pasa en las haciendas.

—No faltan, amiga, porque a mas del capellan de la hacienda teniamos al cura.

—¡Con que tenias un capellan! ¡Cómo se conoce lo

buena cristiana que eres! ¡Y cómo vas a estar contenta en Santiago, que es el relicario de la América!

—Y el capellan vivia en las mismas casas, porque en el campo y sobre todo en un fundo grande y poblado, es mui necesario, diré mas bien, casi indispensable.

—Indispensable, dices bien. ¡Y qué felicidad tener en su casa a un ministro del Señor! Puede afirmarse que uno tiene asegurado el cielo, porque a cualquier hora cuenta con los ausilios espirituales! ¡Y tú que acabas de decirme que no eras devota! ¿Con qué fin engañarme?

—Te he dicho la verdad.

—¡La verdad! ¡Y mantienes a tu lado a un sacerdote! ¡Vaya! estoi viendo que querias engañarme, sin duda para sorprenderme mas agradablemente que lo que ya lo estoi.

—No he tenido tal propósito.

—De cualquiera manera, estoi sumamente contenta, porque he descubierto virtudes que me edifican...

—No hables asi, amiga mia, porque en realidad no soi mejor que cualquiera otra.

—Tu respuesta es la mas evidente prueba de la solidez de tu relijion.

—Respecto a mi relijion, la creo a prueba de toda tormenta.

—¡Bravo! Has ido mas allá de lo que esperaba, y estoi segura que en Santiago vas a encontrar cuanto deseas.

—No lo dudo.

IV.

En ese momento fué llamada Julia por una sirviente, y se vió obligada a abandonar el salon.

La beata aprovechó esta oportunidad para decir a la señora de Ingrand:

—Temiendo ofender la modestia de tu hija no habia querido volverte a decir que eres mui feliz porque tienes la niña mas encantadora.

—Estoi satisfecha de ella.

—Y con muchos motivos, porque a primera vista revela lo que es...

—Esto no quiere decir otra cosa sino que te ha caido en gracia.

—No veo por qué negarlo; ¿pero a quién no agradaria? Si cupiera en mi corazon la envidia, la tendria; sin embargo, seria desagradecida a Dios puesto que me ha acordado el mismo beneficio, aunque no en tan grande escala.

—Me alegro, amiga mia.

—Sí, yo tambien tengo un hijo en quien fundo todas mis esperanzas.

—¿Y las corresponde?

—Mas allá de lo que yo me lo figuraba; sin embargo, te lo confieso, he sufrido una decepcion.

—¿Cuál? ¿Se ha portado mal?

—Al contrario; es de una conducta intachable.

—¿Y entónces?

—Yo hubiera querido que fuese sacerdote; pero me

ha dicho que no tiene vocacion para el divino ministerio... ¡Qué madre tan feliz hubiera sido yo!...

—No es ese un motivo para entristecerse, porque siendo un buen hombre, cualquiera que sea la carrera que siga, tendrás motivo para quedar satisfecha.

—De eso estoi segura; pero un clérigo en una familia es un tesoro inapreciable.

—Sin combatir ni tu opinion ni tus deseos, me parece que siendo un jóven de buenas costumbres, todas las carreras le están abiertas.

—Respecto a buenas costumbres no tengo en ello la menor duda porque ha sido educado con el mayor esmero; ¡figúrate que ha pasado como ocho años en el Seminario, donde ha hecho sus estudios bajo los mas santos y mas instruidos varones de la iglesia chilena!...

—Tanto mejor para él y para tí.

—No tengo de que arrepentirme, sino que estoi mui satisfecha; pero despues de haber hecho todos sus estudios para sacerdote y quedarse sin serlo, ¿no es en verdad una decepcion, sobre todo para una madre?...

—He oido decir que por todos los caminos se llega al cielo.

—Esto es justamente lo que me aseguraba la noche anterior mi director espiritual, el señor don Juan Ugarteche, el sacerdote mas sabio y mas santo que se ha conocido y a quien tendré el honor de presentarte; ¿no has oido hablar de él?

—Muchas veces.

—¡A dónde no alcanza la fama de este varon ilustre!

—Pero esa fama es algo equívoca, porque algunos la consideran bien y otros mal; algunos se espresan como tú te espresas y otros lo miran como un maniático.

—Sus detractores.

—Puede ser.

—Yo no quiero que formes tu juicio hasta despues de haberlo conocido; sin embargo, nadie le quitará su merecido renombre, y tú sabes que una reputacion, cualquiera que ella sea, mala o buena, siempre proviene de alguna causa: solo las nulidades pasan desapercibidas.

—Eso nos dice la esperiencia.

—Y esto es lo que sucede al señor don Juan Ugarteche. Él se ha constituido en el azote de los herejes por medio de sus devotas prácticas, y no es estraño que estos infames lo critiquen.

—El calificativo que empleas es algo fuerte.

—Y todavia no el que merecen.

—Pues no son los herejes de quienes he oido formular una opinion desfavorable a ese ilustre sacerdote que tanto preconizan.

—¿Son entónces sus émulos?

—Puede ser; yo no los conozco como tales, asi como tampoco lo conozco a él.

—Pero ya verás y juzgarás por tí misma y quizá mañana o pasado tendré el honor de presentártelo.

—Para mí será, amiga mia, tanto mas cuanto que tú eres la introductora.

—Y lo seré con doble motivo, pues quiero que una

persona como tú se presente como juez imparcial, y tú no podrás menos de serlo.

—Es mi deber; pero dejemos en paz al señor Ugarteche que no lo tendrá a mal, y ocupémonos de tu hijo. Ya ves que no soi tan devota como tú lo decias, y que prefiero escuchar a una madre en vez de estar oyendo el descarnado y anti-natural panejírico de un sacerdote.

—¿Te dignas ocuparte de mi hijo?

—Y por qué nó, cuando tú te has ocupado de mi Julia! Por otra parte, recuerdo haberlo visto.

—Puede ser, aun cuando estaba en una edad en que las personas grandes no reparan en los niños.

—Y este es el motivo porque solo conservo una idea confusa; pero, por lo que me dices, eres una madre feliz y no puedo menos de darte mis parabienes; ya nosotras estamos en una edad en que vivimos únicamente para nuestros hijos y por nuestros hijos.

—Cada vez te admiro más, y cada palabra que pronuncias me llena de satisfaccion, porque veo en ellas tanta prudencia como sabiduria.

V.

Doña Ana de Balcarce miró a doña Pacífica Jerez de una manera estraña, sin faltar por esto a la política y consideraciones de buena crianza; pero no pudo menos de decirle a su interlocutora:

—Creo que me embromas o al menos lo que me dices me autoriza para pensarlo asi.

—¡Qué ocurrencia!

—Sin embargo, es mui natural pensarlo así, al recibir alabanzas que no merezco y que a mas de esto dirijes a una persona que conoces tan poco, pues hace tantos años que vivimos separadas.

—Es que tu fisonomía no se olvida tan fácilmente, y el eco de tus virtudes se ha esparcido por todas partes.

—¿Todavia prosigues?

—Y creo que jamas concluiré; pero ya que tu modestia me obliga a callarme sobre este punto, hablaremos de otra cosa.

—Sí, hablemos de tu hijo, que era de quien nos ocupábamos, ¿qué edad tiene ya?

—Veinte y dos a veinte y tres años.

—Debe entonces haber concluido o estar al concluir sus estudios?

—Mucho tiempo. Ha sido uno de los muchachos mas aprovechados del Seminario, segun me lo decia su digno director, que lo ha distinguido siempre y lo distingue todavia hasta el punto de suplicarle que lo ayudase... Puede en el acto recibirse de abogado y es ademas el mejor teólogo, fuera de muchos otros conocimientos. ¡Cuán feliz fuera yo si abrazase el sacerdocio!

—No tienes motivo, por lo que me dices, para quejarte de tu suerte, con un jóven tan aprovechado...

—Sí; y te diré que a mas de aprovechado es sumamente virtuoso, como lo manifiesta su pálido semblante y la estenuacion de su cuerpo... Sin duda las penitencias han obrado de tal manera en él que lo han aniquilado! y sin embargo no quiere ser clérigo, ¡talvez

porque en la delicadeza de sus sentimientos no se cree digno! Escrúpulos de conciencia mui justificables...

—Y mui llenos de prudencia como del espíritu de Dios..

—Permíteme otra vez que te lo repita: a cada palabra, a cada observacion te admiro mas.

—No volvamos sobre el mismo asunto y sigamos ocupándonos de tu hijo; ¿con que ya tiene su carrera formada?

—Esa es la verdad; pero no quiere todavia abrazar ninguna. Sin embargo, yo pienso decirle que abandone el Seminario y que entre en la via práctica, formándose una posicion.

—Mui buen consejo desde que no piensa ser clérigo.

—Pero él es tan amante, tan agradecido, tan amigo a mas del progreso, que por reconocimiento a sus profesores, con especialidad al señor director, y por cariño a sus condiscípulos, ha permanecido hasta hoi en el Seminario; con todo, aun cuando sea chocando con sus instintos, he determinado ordenarle que deje el establecimiento y que se labre una carrera, ya que no quiere o no se siente capaz para seguir la honrosa y santa del sacerdocio.

—Mui bien pensado.

—Me agrada tu aprobacion y pienso salir triunfante de su resistencia.

—Tarea fácil con un hijo respetuoso y obediente.

—No tan fácil como te lo figuras, porque es el ser mas abnegado.

—Pero nó hasta el punto de sacrificarse de esa manera.

—Tú no lo conoces; pero es capaz no solo de resistir a mi voluntad, sino de perjudicarse a sí mismo con tal de servir y complacer a los otros.

—Hermosas, magníficas cualidades! Pues yo estaria sumamente satisfecha de semejante conducta.

—Piensa que es mi único hijo...

—Razon de más.

—Y si tu hermosa Julia, desechando las vanidades de este mundo, quisiera entrarse de monja, ¿lo aceptarias tú?

—Nó.

—Dices que nó, y esto es por una hija mujer; ponte ahora en mi lugar cuando el mio es hombre.

—El adelanto, la posicion social de un hombre es, en no pocas ocasiones, orgullo para una madre; mientras que la posicion de una mujer, por su debilidad y desamparo mismo, se hace una necesidad de la que no se puede prescindir.

—Tambien tienes razon.

—¿Convienes conmigo?

—Sí.

—¿Y por qué, cuando no há mucho decias que el estado del sacerdocio era el mejor y cuando ese estado no lo quiero yo para mi hija?

—¿Porque tu hija se estinguiria en un claustro?

—¿Y no está llamado a estiguirse tambien tu hijo adoptando el sacerdocio?

—De veras que me contradigo a cada paso llevada

por una parte de mi fé y por otra de las exijencias sociales.

—Pon siempre de acuerdo tu fé con la razon y no sufrirás esos vaivenes que nos colocan las mas veces en contradiccion con nosotras mismas.

—Me someto, y mañana mismo voi a sacar del Seminario a Rafael Arcánjel.

—¡Qué lindo nombre has dado a tu hijo! no me acordaba de él,—y doña Ana se sonrió;—pero te aconsejo que antes de todo no contraríes sus inclinaciones, y si él está bien donde se encuentra, es preciso dejarlo, porque es mas que probable que de allí mismo saque un gran provecho.

—Razon de más.

—¿Prefieres que se case?

—¿Por mi parte, lo único que prefiero es que fuese sacerdote; pero ya que esto no es posible, te lo confieso: desearia que se colocase ventajosamente, para su dicha propia, para la de la señorita con quien se uniese, y tambien para la mia.

—Tienes razon, porque la felicidad de nuestros hijos constituye la nuestra.

—Y como desgraciadamente no ha de ser sacerdote, no veo el motivo para que permanezca en el Seminario.

—Sin embargo, si a él le gusta...

—Pero es preciso pensar en formarse su posicion.

—Allí talvez puede encontrarla, segun me parece y segun creo habértelo dicho.

—El Seminario no es otra cosa que un establecimiento de educacion en que pueden formarse buenos

profesores y nada más; mientras que en el gran mundo puede Rafael Arcánjel hacer valer sus conocimientos.

—Creo que piensas bien.

BIBLIOTECA NACIONAL

CHARLA DE CONFIANZA.

I.

Doña Pacífica creyó conveniente no hablar mas sobre el particular, y dando un jiro distinto a la conversacion, dijo a la señora de Ingrand:

—Sabes que llevada del placer que tengo no noto que puedo estar fastidiándote. Ya te he hecho una visita de mas de una hora.

—Entre amigas no se calcula el tiempo, y yo he estado mui complacida.

—Cuánto te agradezco, Anita, lo que me dices, porque temia haberte incomodado.

—De ninguna manera.

—Pues entonces me quedo un momento mas, porque no quiero perder este placer.

—Para mí tambien lo es.

—Te creo, porque yo esperimento lo mismo y siempre hai reciprocidad.

—Charlaremos un poco, y me darás algunas noticias sobre mis antiguas amigas o sobre la nueva sociedad de Santiago de donde falto tanto tiempo; y aun cuando el ruido de la gran capital llega hasta el campo,

sin embargo, nunca puede una estar perfectamente al corriente de las cosas como se necesita.

—A nadie mejor que a mí podias dirijirte, ni nadie mejor que yo puede ponerte al corriente de nuestra sociedad, porque la conozco perfectamente, y te daré noticias exactas, no tan solo de las familias, sino de cada individuo en particular.

—Es lo que necesito; no porque quiera averiguar la vida de los otros, sino porque deseo tener algun conocimiento de las personas con quienes me veré obligada probablemente a tratar.

—Sea como sea, yo te daré los informes que necesites.

Y doña Pacífica, tomando primero la especie, es decir, las familias, se puso en seguida a describir a los individuos.

—Es imposible que yo retenga tantos nombres y tantas circunstancias, dijo la señora de Ingrand, despues de haber escuchado las murmuraciones o las alabanzas de la beata.

—Y he sido mui lacónica, le contestó doña Pacífica.

—¡Lacónica!

—Lo que te he dicho es un compendio, amiga mia, de lo que pasa, sin que haya podido entrar en detalles, pues estos los aprenderás tú misma.

—Preferiria, a juzgar por los preliminares, no saberlos nunca.

—Tú dirás: ¡qué corrupcion!

—Y en verdad me espantas.

—Lo siento; pero voi a pintarte ahora el reverso de la medalla.

—No dudo que entre tanto malo, haya algo de bueno.

—¡De bueno! Diré mas bien de óptimo.

—Esto al menos me tranquiliza y me reconcilia con los demas.

—Pues voi a esplicarme.

—Te escucharé con gusto, porque siento un placer cuando oigo narrar virtudes; cuando me refieren las cualidades de los individuos, las nobles y jenerosas acciones de algunas personas, en tanto que los malos actos me producen una especie de cansancio físico y moral que me atormenta.

—Pero a fuer de narrador imparcial, yo estoi obligada a decirte lo bueno y lo malo; y como ya te he hablado sobre lo último, te complaceré ahora hablándote sobre lo primero.

—Mui bien.

—Santiago, a pesar de lo que has oido, es el relicario del mundo. ¡Qué de almas buenas no se encuentran aquí! ¡Qué de ejemplares sacerdotes, y en qué número, no encierra nuestra hermosa capital! Sorprende a la vez que regocija el espíritu de ver tanta y tan jeneral santidad! ¡Qué abnegacion y qué fervor no se despliega para luchar en contra de los impíos, de los protestantes y de los libre-pensadores que tratan de invadirnos arrebatándonos las creencias de nuestros padres! ¡Y qué actividad en el combate, qué prudencia en los medios, qué sagacidad en las determinaciones, y qué enerjia no se emplea para esterminar a esos lobos rapaces! Nuestro triunfo es infalible, querida Anita, porque tenemos en nuestro favor todos los

elementos, y el primero de ellos somos nosotras, nosotras las señoras de Santiago, que pertenecemos en cuerpo y alma a nuestro ilustrísimo y reverendísimo prelado el señor arzobispo; y así es como, dominando a los maridos y a los padres, a los hijos y a los hermanos, a los parientes y a los jóvenes que aspiran a la mano de nuestras ricas herederas, detenemos el mal, y el veneno no cunde o por lo menos se oculta, hasta que al fin consigamos, no lo dudes, estinguirlo.

Y la fisonomia de la beata se habia animado de tal manera, que sus ojos brillaban y un tinte rosado cubria sus mejillas pálidas por lo regular.

II.

Ambos interlocutores guardaron por un momento silencio.

—¿Pero hai, en verdad, esa lucha? preguntó como asustada doña Ana de Balcarce.

—¡Si la hai! La impiedad gana cada dia mas terreno; y esos libre-pensadores, bajo el pretesto de que Dios les ha dado una razon para juzgar, ponen en duda y hasta niegan lo que nos manda la relijion creer y nó investigar, porque son verdades que están fuera del alcance del juicio del hombre.

—Esto puede traer trastornos.

—Y mui graves, y por esto mismo es que estamos en el deber de luchar; pero el principio católico está mui arraigado entre nosotros, y ademas contamos con la abnegacion, con la intelijencia, con el celo del clero mas ilustrado de América; ¿qué podemos temer? Si

supieras de lo que es capaz uno solo de nuestros sacerdotes, te admirarias y tendrias confianza...

—¿Qué ha hecho? qué hace?

—El ha inventado la institucion mas sencilla y mas estupenda: el medio de comunicarse con la Vírjen!...

El medio de comunicarse con la Vírjen, asi como con Dios y sus santos, me parece que era ya conocido, y ese medio es la oracion.

—Sí, no te niego que con la oracion nos ponemos en contacto con el SEÑOR y toda la corte celestial; pero el santo sacerdote de quien yo te hablo ha encontrado un medio mas eficaz, mas tanjible, mas a la vista, mas al alcance de todos.

—¿Y cuál es ese medio?

—¿Nunca has oido hablar del buzon de la Vírjen?

—Nó.

—Es estraño, porque ha conseguido una aceptacion universal.

—Habiendo permanecido mas de diez años en el campo, no ha llegado a mi noticia.

—Tienes razon.

—Esplícamelo entonces.

—El varon ilustre de quien yo te hablo, tuvo la feliz idea de abrir una estafeta para comunicarse con el cielo, la que consiste en una caja de madera con una abertura en la tapa por donde se introducen las peticiones que se le hacen a la Vírjen santísima en forma de epístolas; y esta caja es puesta en el altar de Nuestra Señora todos los miércoles, y entre la hostia y el cáliz, es decir, en el solemne momento de la consagracion, es elevada por las preces del sacerdote hasta los

piés de la Vírjen, que sin duda acepta las peticiones de sus *hijas predilectas*: hé aquí la ventaja de la invencion.

—En verdad que no me puedo dar cuenta de la eficacia tan grande de esta institucion, y que le encuentro, permíteme que te lo diga, algo de ridícula, y de que talvez se reirán los que nos combaten.

Y doña Ana se sonrió lijeramente, dominada quizá por el recuerdo de la enseñanza de su marido, pues aun cuando habia permanecido firme a su fé, ésta se habia modificado en parte, segun lo hemos manifestado y segun ella misma lo sentia.

III.

La sonrisa de la señora Ingrand no pasó desapercibida.

—Sin embargo, replicó doña Pacífica disimulando; tú no puedes figurarte la eficacia de esta portentosa institucion, que ha arrastrado a toda la sociedad de Santiago sin la menor exajeracion, pues pobres y ricos, nobles y plebeyos, se apresuran a inscribirse en el santo rejistro de los hijos e hijas predilectas de María; de consiguiente una medida que produce tales resultados no puede menos de ser buena, y en prueba de ello es que el mismo señor arzobispo, no solo la tolera, sino que la acepta; porque Dios emplea muchos y distintos medios para atraer a las ovejas descarriadas.

—Hasta aquí no me has dicho quién es el autor de la institucion.

—Es verdad; no podia figurarme que no lo conocieras; su nombre es repetido diariamente en Santiago por doscientas mil voces; pero como tú has estado retirada en el campo...

—Esa es la razon.

—Pues bien: este santo a la vez que célebre sacerdote, se llama don Juan de Ugarteche y pertenece por su nacimiento a nuestra alta aristocracia, y por su virtud a los mas eminentes varones de la iglesia.

—¿Y ha conseguido su propósito?

—Talvez no tanto como él lo quiere y como él lo espera; pero es indudable que él solo ha trasformado la sociedad.

—¿Tiene mucho talento?

—¡Talento! Esto seria bien poca cosa; pero al talento reune la virtud, el jenio, el fervor; don Juan Ugarteche es más que un santo: es un apóstol, y al apostolado añade la inmarcesible corona del martirio, y de un doble martirio, porque lo persiguen sus enemigos y lo matamos nosotras.

—¡Es posible! ¿Pero cómo pueden matarlo ustedes que tanto lo quieren, lo estiman y lo reverencian, si he de juzgar por tus espresiones?

—Mui natural y sencillamente: por salvarnos, él se mata.

—¿De qué manera?

—Es imposible enumerar sus sacrificios y poderte esplicar esa vida de abnegacion constante; pero bástete saber que no tiene casi un instante, un minuto de existencia que no nos lo sacrifique.

—¡Qué abnegacion!

—Abnegacion que no tiene nombre ni ejemplo.

—¿Qué es lo que hace, pues?

—No entraré en detalles; esto seria nunca acabar, porque no podria decirte tantas obras de caridad practicadas a cada momento; pero figurate que él se está en el confesonario todas las horas del dia en que se encuentra abierta la iglesia, y aun no puede satisfacer a sus innumerables penitentes; añade a esto que él predica todas las noches y que es el capellan y el director del *mes de María*, a cuya funcion concurre todo Santiago, pues es la mas espléndida que se conoce y que jamas ha existido en nuestra capital. Cuenta ahora sus devociones propias, que todo sacerdote está obligado a cumplir, y las innumerables visitas y consultas que se le presentan a cada instante y a quienes casi siempre atiende, pues solo se niega cuando le es del todo imposible satisfacerlas. Agrega a mas las limosnas de que está encargado y la vijilancia que se ve obligado a tener sobre el cumplimiento de tantísimas obras de caridad. Piensa tambien que es el confesor de varios monasterios y especialmente el de las capuchinas, que no han querido dejarlo por nada a pesar de sus lejítimas escusas, y dime: ¿qué hombre habrá que trabaje más por el triunfo de la relijion? Esto en verdad asombra, y yo no sé cómo se da tiempo para poder desempeñar tantas y tan distintas como importantes cosas a la vez.

—Es sorprendente.

—Y si tú conocieras su bondad, su tolerancia, su induljencia casi infinita, dirias: éste no es hombre sino ánjel.

—Desearia conocerlo.

—Nada mas fácil. Yo soi una de sus amigas mas íntimas; diré mejor, una de sus admiradoras mas entusiastas, lo cual talvez me da ciertas preferencias, y de estas preferencias puedo aprovechar presentando con grandísima ventaja a todas las que solicitan mi patrocinio.

—Yo no quisiera, amiga mia, abusar de la amistad que me manifiestas, pero desearia tener relaciones con un hombre tan eminente.

—Me comprometo desde luego, y estoi segura que serás recibida admirablemente, pues tengo motivos para decírtelo.

—¡Motivos! ¿Cuáles?

—Seré franca: antes de venir aquí le dije a él que pensaba hacerte una visita como antigua amiga, y el la aprobó, añadiendo estas palabras que significan mucho en él: tendria gusto en conocer esa señora.

—¿Y qué antecedentes tiene mios?

—Ningunos, sino los que yo le he dicho. Sabiendo como supe ayer que habias llegado y valiéndome de antiguos recuerdos, le dije que eras mi vecina y mi amiga, y entonces él me manifestó el deseo de conocerte, tanto más cuanto recordaba haber conocido a tu marido.

—¡A mi marido! y doña Ana Balcarce se quedó un momento pensativa, agregando en seguida: pero eso seria mas bien un motivo para que don Juan Ugarteche no quisiera tener relaciones conmigo, pues, como tú sabes, mi marido era protestante.

—Razon de mas.

—Cómo razon de mas! cuando era él opuesto a sus creencias.

—Todavia razon de mas.

—Es decir que sin duda me cree relapsa.

—Como es natural que algo hayas perdido de tu fé primitiva con el contacto...

—No permito que hablen de mi esposo, a quien creo uno de los mejores hombres y a quien consagro mis mejores recuerdos, dijo con tono severo aunque político doña Ana Balcarce; y tanto menos me gustan estas referencias, cuanto que jamas él me habló en contra de nadie, dejándome seguir libremente mi creencia, y si hai o ha habido alguna neglijencia de mi parte, ha sido la obra de mis propias convicciones.

—No hai motivo, amiga mia, para que te formalices, contestó suavemente doña Pacífica, porque nadie ignora que tú permaneciste durante tu matrimonio con el señor Ingrand, obediente a tu iglesia, y talvez éste sea uno de los incentivos y uno de los méritos que mas te recomiendan a los ojos de don Juan Ugarteche.

—En mí, considéreseme de una manera o de otra, no existe el menor mérito, porque no existe el menor sacrificio.

—Sea de ello lo que fuere, yo tendré el gusto de satisfacer tus deseos y espero que quedarás complacida.

—¿Y por qué no habria de estarlo, cuando va uno a ponerse en contacto con un hombre eminente, como me has presentado al señor don Juan Ugarteche?

—No puedes figurarte el placer que tendré cuando

se conozcan ambos; porque estoi segura que tú vas a agradarle mucho a él y él a agradarte tambien mucho a tí.

—Acepto tus buenos oficios.

—Y estoi más que nunca dispuesta a cumplirlos, porque esto de poner en contacto dos personas que se merecen la una a la otra, causa una gran satisfaccion para quien establece esas relaciones.

Ahora, prosiguió la beata, miéntras tú conozcas más a don Juan Ugarteche, tu aprecio, por no decir tu consideracion, se aumentará estraordinariamente.

—No lo dudo.

—Pues bien, amiga mia; he contraido un compromiso que cumpliré con gusto; mientras tanto, no puedo menos de significarte que he sido cargosa en mi primera visita; pero escúsame esta falta por el placer que he tenido de verte.

—De mi parte no puede haber escusa, sino tambien placer y quizá reconocimiento, pues en unas cuantas horas me has puesto al corriente de la sociedad santiaguina, ya sea de sus ventajas o de sus defectos, y esta enseñanza es mui provechosa.

—No es otra cosa que el deber de una amiga.

—Te agradezco tanta fineza.

—Pues bien, en recompensa te pido que me autorices para presentarte a mi hijo.

—Con el mayor gusto.

—Y que lo trates con induljencia.

—No veo la necesidad de semejante recomendacion.

—La tiene, desde el momento que es un pobre co-

lejial, un simple seminarista que no conoce el mundo, y por mas que esté repleto de ciencia, siempre tendrá esos modales del jóven que no ha frecuentado la sociedad y que por consiguiente carece de maneras.

—No tengas cuidado por eso; una sabe perfectamente distinguir...

—¡Cuántas veces la timidez no perjudica a los individuos!

—Lo comprendo; pero a ese respecto puedes estar segura que yo sé distinguir y apreciar. Por otra parte, tú misma has hecho una observacion análoga respecto a mi Julia, y los consejos que le has dado a ella puedes ponerlos en práctica con tu hijo, y asi tu esperiencia, tus relaciones y tu trato de mundo servirán para ambos.

I.

Doña Pacífica quedó mui complacida con aquellas palabras y con esa especie de mancomunidad que habia establecido la señora Ingrand entre ambos jóvenes.

—Mira, dijo parándose para despedirse; esta visita no ha sido de etiqueta, como lo habia pensado, sino de confianza, y lo mismo serán las demas, porque hemos de estrechar mucho en lo sucesivo nuestra amistad.

—Con el mayor gusto, amiga mia.

—Hoi mismo voi a hablar de tí a varias personas de lo principal de Santiago, y entre ellas al señor don Juan Ugarteche, y ya verás como vas a encontrarte mui luego llena de visitas.

—No deseo tantas relaciones.

—Tienes razon; pero las que yo te proporcionaré serán las buenas.

—Me gustan pocas y escojidas.

—Con justicia.

—Asi es que no debes preocuparte del número.

—Pierde cuidado; sin embargo, abundarán no solo en el número sino en la bondad; tendrás, te lo aseguro, las mas selectas amistades.

—Pero piensa que para esto se necesitan algunos servicios, algunos antecedentes, alguna cosa en fin en que fundar la reciprocidad del afecto.

—Lo comprendo: las amistades íntimas no podrán venir desde el momento, pero sí esas relaciones sociales que luego se trasforman en intimidad y que son tan necesarias para nosotras que tenemos hijos que colocar y que a mas de esto son agradables, porque nos hacen pasar algunos instantes placenteros.

—No lo dudo.

—Y bien, tú tendrás la libertad de escojer; pero lo cierto del caso es que te pondré en relacion con lo que se llama la *nata*; pues yo, como puedes figurártelo, soi mui relacionada, sin embargo que no por esto dejo de tener mis preferencias, y te lo confesaré, mis reservas; porque una no puede ser franca con todas las personas y tener afectos iguales, es decir, no puede clasificarlas de la misma manera, pero es preciso ser política.

—Lo cortes no quita lo valiente, dice su adajio español.

—De veras, debemos ser urbanas con todo el mundo; y yo tendré buen cuidado en designarte las personas o las familias con quienes puedes relacionarte mas o menos, segun sea mas o menos el grado de aprecio que merezcan, ya sea por sus virtudes, por sus familias o por su dinero.

—Yo solo aprecio lo primero, porque respecto a los dos últimos méritos que me nombras, son para mí completamente nulos; en primer lugar, porque soi yo misma bastante aristocrática de familia y sé que esto

nada o bien poco vale a pesar de las preocupaciones de nuestro pais; y en segundo lugar, porque soi suficientemente rica para no fijarme en el dinero que se adquiere por accidente, y del cual, hablando en términos jenerales, son poseedores los pillos o los estúpidos, o lo que es lo mismo, las nulidades que no tienen otro medio de hacerse valer que por sus pesetas.

—Sabes que me parece encontrar en tí instintos de *roja* o de filósofa.

—No sé como tú tomas esas acepciones, y aun yo misma no puedo quizas darme cuenta de mis ideas; pero lo que te he dicho, salvo escepciones, es mi modo de juzgar.

—¿De manera que tú prefieres a un individuo sin nombre y sin fortuna sobre otro que tuviese ambas cosas, con tal que el primero fuese virtuoso.

—En el acto y sin vacilar en lo menor.

—Yo soi de tu misma opinion; ¡pero cómo se conoce que has vivido en el campo y que no participas de las preocupaciones o de las exijencias de la sociedad!

—Y no me arrepiento; y en vez de arrepentirme te diré que como madre y como madre amante, daré la preferencia a un individuo de corazon y de intelijencia, aun cuando no posea un centavo, y aun cuando no tenga el menor título aristocrático.

—Pero tú eres entonces una demócrata refinada o una socialista de primera fuerza.

—Yo no sé lo que soi, pero sé a donde voi: quiero que mi hija sea feliz.

—Estamos perfectamente de acuerdo con respecto a la moral y a los principios; pero no me negarás la

influencia que tiene en Chile el dinero y el apellido.

—No pongo en duda lo que me dices, pero esas son mis convicciones y las de mi hija.

—Convicciones justas y razonables, pero que no tienen valor alguno en el mundo, y es preciso atenerse a la vida práctica.

—La vida práctica consiste para mí y para mi Julia en el goce verdadero.

—¡Cómo se conoce que viven de ilusiones y que ni la una ni la otra saben apreciar la existencia positiva! Figúrate que no podrias tener relaciones, ni aun siquiera esos pensamientos que te dominan, si no fueras como lo eres de nuestras primeras familias, y si no poseyeses como posees una fortuna considerable.

—¡Entónces no se vive mas que por el nombre de la familia o por el caudal que uno posee!... ¡Entónces la virtud no sirve de nada y para nada!

—No voi tan lejos ni quiero contrariar doctrinas que están de acuerdo con las mias; sin embargo, yo tomo el mundo tal cual es, tal cual existe y creo que es un absurdo ponerse de frente contra los principios establecidos y que el mundo entero acata y sanciona.

—Pues yo no cejaré de los mios.

—Consérvalos si quieres; y te lo aseguro, a mi tambien me complacen; pero tú ignoras (y esto prueba la sanidad y pureza de tus costumbres o de tus ideas), tú ignoras que entre nosotros es el todo la fortuna, y en defecto de ésta el apellido. ¿De qué le serviria a un hombre del pueblo tener virtudes y conocimientos? ¿Crees tú que podria aspirar a algo, que alcanzaria a obtener algo?

—¡Por qué nó!

—Te equivocas; y lo digo con sentimiento, pues yo participo de tus ideas: un jóven, para figurar en Chile, es preciso que posea sino ambas, al menos una de esas dos condiciones: esta es la vida, amiga mia; pero afortunadamente tú tienes las dos cosas, y tu querida Julia alcanzará cuanto desee.

—Ya lo veremos, contestó doña Ana de Balcarce, con cierto abatimiento.

—¡Qué te parece, replicó la beata, abrazando a la señora de Ingrand, he permanecido y te he tenido a tí casi una hora parada cuando estaba a punto de despedirme! ¡Discúlpame!

—¿De qué puedo disculparte cuando te he escuchado con gusto?

—Ya se ve... somos madres!...

—Y miramos por el bien de nuestros hijos.

—Tienes razon; tú no puedes figurarte cuánto me preocupa el porvenir de mi Rafael Arcánjel a pesar de las buenas condiciones en que está colocado y de lo que promete... Pero veo que nuestra conversacion se prolongaria muchísimo más si entramos a ocuparnos de estos muchachos; asi es que me despido prometiéndote que volveré a verte tan luego como me sea posible, advirtiéndote a la vez que entre nosotras no debe existir la menor etiqueta y que por la misma razon no esperaré a que me pagues la visita, sino que yo vendré, y cuando tú puedas o quieras irás a mi casa: en la amistad, y sobre todo en la amistad verdadera, no deben existir cumplimientos, sino espontaneidad.

—Soi de tu misma opinion.

—Con que entonces, Anita, te diré que me despido sin despedirme, y que le darás a Julita un beso de mi parte, ya que no tengo el placer de dárselo yo misma.

Y doña Pacífica Jerez estrechó repetidas veces a la señora de Ingrand contra su corazon, ni mas ni menos que si la hubiera querido entrañablemente y que hubiera sido su amiga íntima.

II.

Doña Ana de Balcarce, si bien no aparecia ni lo era en realidad tan pródiga de afectos, sin embargo, no le habia desagradado la visita de doña Pacífica, porque sabia de antemano lo bienquista que estaba en la sociedad; y como ella habia permanecido por tantos años en el campo, le complacia tener una introductora que le hiciera conseguir relaciones, desde el momento que no podia menos que haberlas perdido casi todas con tan prolongada ausencia de la capital.

Cuando se despidió la beata, Julia vino luego donde su madre y le dijo:

—Sabe mamá que esta señora me es algo antipática.

—No la he encontrado yo asi.

—Yo no tengo motivo alguno, pues solo me dejo llevar por la impresion del momento.

—Esas impresiones nos engañan las mas veces.

—No digo que nó; pero talvez tiene su manera de ser esto de las simpatias o antipatias.

—Las niñas son por lo jeneral mui impresionables y juzgan por las apariencias.

—No lo niego, mamá.

—Una debe siempre suspender sus juicios y no ser jamas temeraria.

—Pero es que nace a despecho de una esos sentimientos de simpatia o de antipatia.

—Sin embargo, no tienes motivo alguno si te refieres a doña Pacífica Jerez, que se ha comportado mui amable contigo y conmigo.

—Yo seré demasiado injusta, lo confieso, pero esa señora no me agrada.

—Y debemos estarle a gradecidas, porque se ha propuesto procurarnos buenas relaciones, y como conoce a todo Santiago, es preciso ser con ella prudente y afectuosa.

—Yo no faltaré nunca a la política y a las consideraciones que son debidas a las amigas de mi mamá.

—No aprecies a nadie por referencia únicamente, sino por sus méritos; y supongo que ya irás conociendo poco a poco a doña Pacífica.

—No deseo otra cosa, porque me desagrada tener poco afecto a mis semejantes.

—Tienes razon; y trata siempre de no apartarte de esos principios.

—Los sigo por inclinacion, sin que sea necesario que venga a imponérmelos el convencimiento.

—Tanto mejor; pero ya que me hablas de doña Pacífica Jerez, vecina nuestra y a quien yo conocia desde mucho tiempo atras, sin que por esto haya tenido grande intimidad, te diré que la encuentro de-

masiado obsequiosa; pero esto puede ser efecto de bondad y debemos apreciarlo. Por otra parte, antes era mui relacionada, siéndolo ahora lo mismo, segun me lo ha manifestado, y nosotras, hija mia, para establecernos en Santiago, necesitamos de algunas amistades; y ya que esta señora se nos franquea tan espontáneamente, seria una impolítica rehusar sus ofrecimientos.

—No digo lo contrario.

—Al traerte a Santiago, hija mia, he tenido en vista que conozcas su sociedad y que si encuentras un partido ventajoso, que es mui difícil encontrar en el campo, te establezcas. Una madre, y una madre amante y previsora, mira por el porvenir de sus hijos; y si bien es verdad que calculando mi interes y mi cariño egoista, desearia que permanecieras constantemente a mi lado, no es menos cierto que no debo entrabar tu felicidad futura ni esponerla por darme algunos goces del momento.

—¿Qué quiere usted decir, madre mia? Para mí no hai mas dicha ni comprendo otra que la de vivir como he vivido, que la de estar siempre a su lado; si usted trabaja por lo contrario, creo que obra contra mis inclinaciones, contra mi voluntad...

—Por el momento, hija mia; pero mui pronto talvez llegue el tiempo...

Y doña Ana de Balcarce, sonriéndose cariñosamente, abrazó a su hija, tapándole la boca con una de sus manos para que no replicase.

La amante madre, como lo habia dicho, comprendia las invariables leyes de la naturaleza. Habia esperado la época conveniente para que esas mismas leyes

se cumpliesen en armonia con las condiciones que ha establecido la sociedad, y en consecuencia se habia determinado a abandonar la apacible vida del campo para establecerse en Santiago, foco de todas las ilustraciones y centro único donde la rica heredera pudiera regodearse, encontrando lo que mejor le conviniera.

La señora de Ingrand estaba, pues, mui contenta con la visita de doña Pacífica Jerez, no porque le trajera el agradable recuerdo y las afecciones tiernas de la antigua amiga, sino porque le abriria de par en par las puertas de la sociedad en un momento, mientras que por sí misma demandaria tiempo para conseguirlo, y ella queria abreviar cuanto fuere posible ese tiempo.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LOS TRES PEDIDOS.

I.

Despues de la visita hecha por la beata a doña Ana Balcarce se fué aquella sumamente contenta a su casa, pues la introducion le parecia que presentaba buenos aupicios o que era favorable a sus proyectos, proyectos que habia casi concebido desde que su criada Mónica le anunciara el arribo a Santiago de la señora Ingrand.

Dotada doña Pacífica de una imajinacion viva, habia inmediatamente combinado el plan que le hemos visto ya poner en práctica, estando segura de llevarlo a cabo por la fuerza y constancia de su carácter, para el que no habian, se puede decir, dificultades; pues, rápida para concebir, era no menos tenaz para ejecutar, venciendo cuanto obstáculo se le presentaba con el imperio de su voluntad, motivo por el cual nunca le habian salido fallidas sus empresas, y menos la que se proponia al presente que era para ella de la mayor importancia; porque casar a su hijo con una jóven millonaria, que poseia ademas la hermosura y que reunia muchas otras cualidades que la harian brillar en el mundo, era una fortuna que bajo ningun aspecto debiera dejarse

escapar; de modo que estaba en su mente ya resuelto el problema, o lo que es lo mismo, que contaba con la realizacion de su propósito.

Por otra parte, contaba tambien doña Pacífica en favor de sus aspiraciones con las creencias esencialmente católicas de la señora Ingrand, a quien habíase figurado mas apartada o mas relapsa como mujer de un protestante; pero por el contrario habia visto con sumo placer que doña Ana Balcarce era la misma que conociera antes, si bien algo tibia en las prácticas; mas este no era un inconveniente, bastando el que no hubiera abandonado el principio; pues poco a poco se conseguiria que viniese el fervor deseado y que solo viese entonces por los ojos del confesor, que era el punto a que se proponia atraerla doña Pacífica.

Fuera de esta observacion habia notado la beata que la señora Ingrand tenia un gran fondo de bondad y de induljencia que rayaba en debilidad, concibiendo que de esta circunstancia podria sacar mucho provecho; pues don Juan Ugarteche llegaria al fin a tomar posesion absoluta de esa alma, dominándola por completo.

Habia ademas conocido que la determinacion de doña Ana Balcarce al establecerse en Santiago no tenia otro objeto que el procurar a su hija una colocacion ventajosa, nó por lo que respecta al dinero, pues era rica, sino a las cualidades morales del jóven, siendo fácil ver que esto era lo único que ambicionaba la madre y tambien lo único que desearia encontrar la hija, habiendo bastado a la astuta beata, para conocer las disposiciones de ambas, la visita que les habia hecho; y

por otra parte, se adivinaban fácilmente los deseos de la madre y de la hija desde el momento que no podia caber en ellas otra aspiracion, pues cualquiera otra aspiracion podian satisfacerla en el acto con los medios de que disponian.

II.

Empero, doña Pacífica Jerez no se hacia ilusiones respecto a su hijo, y en esto consistia talvez su mayor fuerza o la mayor probabilidad que tenia para arribar a su propósito; pues sabia bien de lo que era capaz su Rafael Arcánjel, y por lo mismo ella se proponia manejar el asunto por sí hasta llevarlo a término, tanto maniobrando con el confesor, cuanto dándole lecciones al jóven para que se presentase convenientemente y pudiera al menos seducir con las apariencias; pues, en cuanto se hubiera hecho el enlace, decia ella dentro de sí misma, poco le importaba lo demas, por que ya el marido tomaria las riendas y de consiguiente Rafael Arcánjel tendria una posicion ventajosa de que ella y él aprovecharian.

No por esto doña Pacífica tenia mala opinion de su hijo, sino que únicamente lo creia poco aventajado en conocimientos, a pesar de lo que le hemos oido decir, y de una intelijencia tambien no mui despejada. Esto era lo que la beata se proponia enseñarle a ocultar cuando llegase la ocasion de presentarlo en sociedad, y particularmente en casa de doña Ana Balcarce y en presencia de su hija Julia, pensando que con esta táctica no podrian aparecer los defectos y realzaria o haria

suponer en él la existencia de algunas cualidades.

En vez de regresar a su casa doña Pacífica, despues de la prolongada visita que acababa de hacer, se dirijió directamente a la de su confesor, a quien encontró en la misma ocupacion que el dia anterior, leyendo la nueva correspondencia que habian depositado en la noche precedente las *hijas predilectas de María.*

La fisonomia de don Juan Ugarteche manifestaba el contento: era probable que la cosecha hubiese sido buena y abundante.

Doña Pacífica llamó a la puerta con esos golpecitos suaves y como misteriosos que emplean por lo regular las beatas, las monjas y los clérigos, y que ya le eran mui conocidos a don Juan Ugarteche, por cuya razon contestó con esta sola palabra: adelante.

La beata entró presurosa y se precipitó a los piés de su confesor, besándole repetidas veces ambas manos.

—¿Qué ha sucedido, hija mia? le preguntó don Juan Ugarteche con acento cariñoso.

—Todavia nada de particular; pero mis esperanzas son mayores.

—¡Esperanzas! ¿De qué?

—¡Tan luego ha olvidado nuestra conversacion de anoche!

—Ya recuerdo... Discúlpame... Mis numerosas ocupaciones...

—Lo sé, señor, y talvez yo vengo a distraerlo de esas santas meditaciones, de esos santos trabajos que tanto nos aprovechan y de que tanto necesitamos.

—Todo se relaciona, amiga mia, y lo que tú haces puede redundar en triunfo de la santa causa.

—Indudablemente, asi lo espero y asi lo creo; porque, como usted sabe bien, yo no tengo otro pensamiento dominante.

—Tus obras y tus palabras me lo han probado demasiado; pero dime: ¿qué es lo que hai de nuevo?

—He estado en casa de la Ana Balcarce de Ingrand.

—¿Y bien?

—La hija es encantadora.

—¿Y en qué disposiciones has encontrado a la madre?

—Las mas favorables.

—¿No ha perdido entónces nuestros principios con el contacto de ese impio?

—Mucho menos de lo que yo creia.

—¿Permanece firme en sus creencias?

—Sí, señor, aunque nó con el fervor debido.

—Ese vendrá.

—Estoi segura de ello, si usted interviene.

—Con el mayor gusto: siempre estoi dispuesto para salvar a una alma; y la hija, ¿participa de las creencias de la madre?

—Completamente, aunque con la misma tibieza.

—Entonces no hai grandes dificultades que vencer.

—Para usted ningunas... Su fervor y su santidad triunfará de tan débiles obstáculos.

—No hables de mi santidad, pero sí de mi buen deseo: haré cuanto esté de mi parte.

—Basta con esto; pero como usted debe presumirlo, conviene preparar el terreno pàra Rafael Arcánjel, porque asi el triunfo es completo y es nuestro.

—Es preciso, sin embargo, consultar préviamente la voluntad de ambos jóvenes.

—En cuanto a la de mi hijo, usted sabe cuán sumiso es y que hará cuanto usted se digne ordenarle.

—Yo sé que es un buen católico, y no puede menos de serlo, desde que ha sido educado en el Seminario; pero este es un asunto de distinta naturaleza.

—Asunto, sin embargo, que redundará en gloria de nuestra sagrada relijion y del mayor esplendor del culto que tributamos a la Santísima Vírjen Maria, de quien usted es el mas digno de sus ministros.

—El último, amiga mia, el último;...pero no por esto desmayo y tengo menos celo.

—¡Quién no lo ve! ¡Quién no lo sabe! ¡Quién no lo comprende y quién no lo admira!

—Déjate de lisonjas, hija mia.

—Lisonjas!... ¿Son lisonjas las que están en presencia de todos? La verdad, por el hecho de revelarse, no ha sido jamas lisonja.

—Me doi por vencido, contestó don Juan Ugarteche con modestia; y luego agregó: ya sabes, como te he dicho, que estoi dispuesto, y dispuesto con gusto, para favorecer tus proyectos, y particularmente del que te ocupas; pero suponiendo que contásemos con la voluntad de tu hijo, ¿cómo haremos para arrastrar las otras?

—Este es el favor que espero de usted.

—No me hables de favor, porque para tí mas bien tengo obligaciones.

—De ningun jénero, señor; yo soi la única que debe a usted toda clase de servicios.

—Doblemos la hoja sobre el particular y dime: ¿qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que debo hacer para ayudarte?

—Tres cosas, señor.

—Cuenta de antemano con mi aprobacion.

—Y sin embargo, no me atrevo.

—Habla, segura de obtenerlas.

—Pues bien, señor; la primera es que vamos a hacerle una visita a mi amiga doña Ana de Balcarce, para que tanto ella como su hija obtengan el honor de ser confesadas de usted.

—Concedido.

—La segunda que vamos a sacar del Seminario a Rafael Arcánjel y que usted se sirva esplicarle al santo director, los motivos de la salida de mi hijo, dándole a la vez las gracias a mi nombre y a nombre de él por los desvelos y la educacion que ha recibido.

—Concedido, volvió a repetir lacónicamente el señor don Juan de Ugarteche.

—Y tercero, señor, repitió la beata con tono compunjido; que usted se sirva prestarme por mui poco tiempo unos dos mil pesos.

—¡Dos mil pesos! ¿Y para qué, hija mia, tan fuerte suma? Ya sabes que los clérigos abundamos en sacrificios y en virtudes, pero nó en dinero.

—Demasiado lo sé, señor; pero tambien sé que para una obra pia, nunca faltan recursos entre nosotros.

—¿Y qué obra pia es esa?

—Esto me allanaria en gran parte mi proyecto; y usted no ignora que él está en relacion con el triunfo

de nuestra causa, tan combatida en los tiempos calamitosos que trascurren; pues si Rafael Arcánjel se casa con la hija de la señora de Ingrand, seria él poseedor de una gran fortuna que les perteneceria a ustedes, es decir, que podia apoyar nuestros principios y que realzaria nuestra causa.

—Esto lo comprendo; ¿pero en qué puede influir ese dinero?

—La cosa es mui sencilla: mis recursos, como usted sabe, no son muchos, y yo necesito en primer lugar presentar a mi hijo convenientemente; en segundo, recibir a la Ana y a su hija de una manera tambien conveniente a mi rango y al de ellas; y aun cuando jamas podria compararme con el lujo que esa familia despliega, siempre es indispensable cierta decencia; y por módica que sea la cantidad que solicito de usted, yo sabré sacar partido de ella. Por otra parte, una vez conseguido el enlace, se la devolveria a usted en el acto, sin que por ello dejara de ser satisfecha en caso contrario con mis propios recursos.

III.

Don Juan de Ugarteche se quedó pensativo un momento. Pródigo en gracias y en palabras de esperanza y de consuelo, no lo era tanto en dinero; pero despues de haber reflexionado, contestó a la beata:

—Comprendo, amiga mia, cuanto usted me dice; y usted tambien comprenderá mis deseos de servirla y de ayudarla cuando yo le diga que estoi dispuesto a poner en sus manos la suma que me pide y que hago

en ello un verdadero sacrificio, pues voi a usar de los fondos de la Vírjen que han depositado en mí sus *hijas predilectas*, y que son destinados esclusivamente al culto de la Reina de los cielos.

—Razon de mas para que nos haga nuestra *Señora* el milagro.

—Si fuera cosa de milagro solamente, no arriesgaria esa cantidad, contestó con cierta desconfianza el santo presbítero.

—Independiente del milagro, hai mi responsabilidad y la de mi hijo.

—Sin dudar un momento de la buena fé de ustedes, no ignoras tú, hija mia, que este es un dinero sagrado.

—Y por el mismo hecho de ser sagrado debe emplearse en una obra buena, como es la que nos proponemos llevar a cabo.

—¿Y si se frustra?

—Si se frustra, señor, lo que no espero, mediante la intercesion de la Santísima Vírjen, yo tengo, como usted sabe, algo con que responderle.

—Piensa que estos fondos son destinados para hacer este año el *mes de Maria* y me he propuesto que esté en esta ocasion mas lucido y espléndido que nunca.

—Y yo me comprometo, no solo a satisfacer la deuda, sino a aumentarla considerablemente, y a regalar una *gala* de todo lujo a nuestra Señora, independiente de mil otras concesiones...

—Yo sé cuán piadosa eres...

—¿Me concede usted, pues, señor, el dinero?

—Está bien, hija mia, dispon de él, pero reflexiona

en lo que te he dicho, y no vayas por ningun evento a faltarme, porque quedaria en un descubierto mui grande.

—La Vírjen, usted, yo, mi hijo y toda la corte celestial está comprometida en este asunto; ¿cómo habria, pues, de fallarnos?

—Bueno y mui bueno es todo esto, pero la garantia es lo principal. Me firmarás en consecuencia un pagaré abonando los correspondientes intereses. Ya sabes que yo no me echo nada en la bolsa, sino que todo es para el esplendor del culto.

—Bien sabido lo tengo, y me someto desde luego a todas las condiciones que usted quiera imponerme.

—Está bien.

Y don Juan Ugarteche sacó unos cuantos billetes de banco que contó con el mayor cuidado, poniéndose en seguida a escribir.

Doña Pacífica habia echado una mirada ávida a aquellas tiras de papel, siguiendo con la vista lo que escribia el clérigo.

Cuando éste hubo concluido la operacion, le dijo:

—Lea usted y firme si le conviene: aquí está el dinero.

—¡Qué necesidad tengo de examinar un documento hecho por usted!

—Sin embargo, nunca, por regla jeneral, se debe firmar nada sin haberlo visto antes.

—Tengo en usted plena confianza.

Y la beata firmó, tomando en seguida los billetes de banco, que puso en el bolsillo sin examinarlos, como prueba de la seguridad plena que tenia en su confesor.

IV.

Despues de esta operacion, hecha en silencio, agregó:

—Ahora, señor, desearia que fuesémos en el acto al Seminario y que mañana visitásemos a mi amiga doña Ana Balcarce de Ingrand.

—No puedo rehusarte nada, hija mia, y estoi dispuesto a hacer lo que me digas.

—¡Qué bondad tan inmensa, señor! ¿Con qué pagaré yo tantos y tan grandes beneficios?

—Nada mas que con que seas siempre devota de Maria.

—Pero esta es mi voluntad, es mi deber, es mi todo: ¿qué gracia haria entonces en ello?

—Tanto mejor.

—Yo querria de alguna manera manifestarme para con usted...

—Ya veremos, cuando tu hijo sea poseedor de la fortuna que dices tener la heredera de ese viejo protestante que ganó tanta plata entre nosotros.

—Sí, señor: usted tiene mucha razon en esperar... porque tanto yo como mi hijo y como su esposa; pues la traeremos al camino del perfeccionamiento y a la incomparable devocion de la Vírjen Maria, tanto ella como nosotros, repito, le probaremos a usted y a la Reina de los Cielos que somos hijos abnegados y sumisos y que iran a depositarse en su sagrado altar nuestras pobres ofrendas: primero la de nuestros amantes corazones; segundo la de nuestras preces humildes; y finalmente los perecederos dones de la fortuna, con

el fin único de propagar o esparcir por todas partes esa devocion santa que nos asegura la vida eterna.

—Has hablado mui bien, hija mia; y como tus palabras son el puro reflejo de tu alma, no puedo menos de apreciarlas en su justo valor en el nombre de Maria, asi como agradecértelas en el mio; pero preparémonos para marchar, puesto que tú crees que es tan urjente dar este primer paso. El director del Seminario, como tú lo sabes, es mi amigo íntimo y no me rehusará lo que yo le pida.

—Es en este sentido que le he hablado.

—Está bien; y don Juan Ugarteche tiró del cordon que tenia a su lado.

IV.

Pocos instantes despues apareció una vieja sirviente que era la única que tenia el privilejio de entrar a los aposentos del clérigo y la única de quien se valia para impartir sus órdenes, cuando tenia necesidad de darlas.

—Dile a Bonifacio, dijo don Juan Ugarteche a su criada, tan luego como apareció, me ponga en el acto el coche.

La vieja sirviente se inclinó y salió.

—Me veo obligado, añadió el clérigo cuando se quedaron solos con doña Pacífica y como si quisiera disculparse con ella, a usar de un carruaje, porque me encuentro débil; y sin la jenerosidad de una de mis confesadas no tendria ese modesto coche que tanto me sirve algunas veces, como por ejemplo la presente; pues seria imposible que nos condujésemos a pie hasta

el Seminario, que se encuentra, como usted sabe, a tanta distancia en el tajamar arriba.

—Qué alma tan buena debe ser la de esa señora que tuvo una ocurrencia tan feliz!

—Mui buena... es una de mis predilectas...

—¡Y qué previsora! ahorrarle a usted tantas fatigas materiales despues de las espirituales que se ve obligado a soportar!...

—Asi se lo he agradecido...

—¿Y seria un inconveniente saber el nombre de esa señora?

—Ya sabes, hija mia, que, como te lo he repetido cien veces, para tí no tengo secretos.

—Sin embargo, ignoraba este.

—Este no es un secreto.

—Y bien, ¿cómo se llama esa digna matrona?

—Es hermana de mi honorable amigo y colega el clérigo...

—Ah! doña Pancracia Belmonte.

—La misma.

—Ahora no me causa almiracion, porque, como dice el adajio, de tal palo tal astilla.

—Difícilmente se desmiente de su oríjen.

—Con todo...

—Ya sé que hai escepciones, pero no por esto la regla jeneral es menos aplicable.

El criado anunció que estaba listo el coche.

—Un momento, dijo el clérigo a la beata; espérate que me cambie de sotanas. Tambien hai otro adajio que dice: asi como lo ven, asi lo tratan.

—Pero hai personas tan eminentes por sus virtudes

y por sus talentos a las cuales no es aplicable, y usted es indudablemente una de esas personas.

—Con todo, ya que no por nosotros mismos, debemos hacerlo por los demas.

Y don Juan Ugarteche pasó a su dormitorio.

Pocos momentos despues se presentó con una rica sotana de seda abotonada por delante desde arriba hasta abajo. Este traje, que se diferencia al que usan jeneralmente nuestros clérigos, estaba ya de moda y no chocaba a nadie; asi es que lo usaba, no solo el señor Ugarteche, sino los sacerdotes mas en voga en la capital, y entre ellos el mismo director del Seminario, como muchos de los elegantes de sotana que tambien tienen sus pretensiones, queriendo cautivar las almas, no solo por medio del confesonario que es su gran recurso, sino tambien por el atractivo de la fisonomia, que es una especie de *culto esterno*, como ellos llaman a toda esa fantasmagoria que emplean para hacer triunfar la relijion, fantasmagoria que se acerca tanto al paganismo, esto es si no es otra cosa que ese mismo paganismo; pero ya se ve: los clérigos han comprendido el poder de los sentidos, y no solo quieren aprovecharlo para el culto, sino para ellos mismos, y dicen entre sí: la doctrina no quita la elegancia, asi como dicen los militares: lo cortes no quita lo valiente.

Don Juan Ugarteche, listo ya para salir, dijo a doña Pacífica: "vamos."

La beata se paró, y ambos se colocaron en el coche, cuyas celosias fueron cerradas, para conservar en todo ese aire de misterio y de sombras en que vive la numerosa familia sacerdotal; pues, amantes de las

tinieblas de la intelijencia, parece que aborreciesen hasta la luz del sol que da alma a todo cuanto existe a nuestro alrededor: verdaderos topos de la humanidad, ellos la minan por debajo y no quieren jamas que vean o presencien sus obras de destruccion: el silencio, el embozo, la hipocresia, he aquí sus armas; ¡cuáles pueden ser sus victorias!

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CHILENA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

Llegado que hubieron don Juan Ugarteche y doña Pacífica Jerez, fueron recibidos por el portero con el moyor agasajo, en vista de un sacerdote tan conocido como lo era el autor del *buzon de la Vírjen*, y de una señora de tantas campanillas como la beata, a quien el director del establecimiento prodigaba muchas atenciones cuando se presentaba en aquella casa, ya fuese para saber de su hijo o ya para cualquier otro asunto, pues hacia tiempo que tenia relaciones de varios jéneros con el director del Seminario; sin embargo, para evitar malos juicios debemos advertir que dichas relaciones no tenian, como algunos quisieran suponerlo, ningun fin pecaminoso, sino que se referian a asuntos concernientes al triunfo de la relijion, evitando ciertos escándalos que pudieran perjudicarla, y uno de esos escándalos habia sido el de aquellos pobres de quienes hemos hablado al principio de nuestra historia y a quienes, a mas de separarlos, les habian arrancado sus hijos bajo pretesto, segun ellos decian y pensaban, de apartarlos del mal y dirijirlos por el buen camino, aun cuando para ello hubiesen de desgarrar las en-

trañas de muchos infelices, como lo hicieron con éstos que ya conocemos.

El clérigo y la beata fueron pues introducidos inmediatamente al salon de recibo, yendo el portero con toda dilijencia a llamar al director, que no tardó en presentarse.

Don Juan Ugarteche abrió los brazos a su colega, y los dos sacerdotes se estrecharon el uno al otro al parecer con la mayor fraternidad y cariño, denominándose compañeros.

El señor director tomó en seguida la mano de doña Pacífica, diciéndole con el mas almibarado tono:

—Siempre que veo a usted, señora, tengo la mayor complacencia, porque casi siempre nos es portadora de buenas nuevas o autora de un buen servicio.

—No hago, señor, otra cosa que cumplir con mi deber y que proporcionar a mi corazon un verdadero placer.

—Hermosa abnegacion, hermosa tarea y hermosos sentimientos que nos complacen y nos edifican a un tiempo mismo!

—Oh, señor, no hable usted asi!... sobre todo delante de mi director espiritual que conoce mis innumerables faltas, de las que me arrepiento de todo corazon, pero de las que no he conseguido todavia curarme, a pesar de sus santas amonestaciones.

—Hija mia, contestó don Juan Ugarteche; si todas las vidas fueran tan puras, si todas las conciencias se encontraran tan limpias, si todas las acciones fuesen tan meritorias como las tuyas, no habria en la humanidad necesidad de nosotros, y este valle de lágrimas

seria el verdadero paraiso, porque vivirian en él los justos; y en prueba de lo que he dicho, compañero, (y se dirijió al rector del Seminario), de la señora doña Pacífica, a quien usted quizá no conoce tanto como yo, pues yo tengo la dicha de ser su confesor, en prueba de lo dicho, repito, figúrese usted que la he autorizado para que se acerque diariamente a la santa mesa de la Eucaristia; ¡y usted, como sacerdote, amigo y compañero mio, comprenderá lo que esto significa!...

—Ah! sí, lo comprendo demasiado y lo aplaudo, asi como felicito a usted de que tenga a su alrededor almas tan puras como la de la señora, felicitándome yo y felicitándolo a usted de ello mismo, porque esto es el mejor medio de hacer que triunfe nuestra relijion y que salga pura y sublime de ese lodazal de incredulidad en que se encuentra por el momento como sepultada; pero el tiempo llegará en que los santos principios prevalezcan, lo cual no dudo, teniendo tan buenos ausiliares.

II.

Doña Pacífica se llevó el pañuelo a la cara para ocultar sus lágrimas, no respondiendo una palabra a los elojios del director.

—No se conmueva usted, señora, prosiguió el mismo clérigo; esa modestia es peculiar a su virtud, y quien ha hecho la obra merece la recompensa, dice el Evanjelio.

—Basta, señor; yo no tengo mérito ninguno, y si alguno poseo es debido esclusivamente al santo sa-

cerdote que tiene usted aquí presente y que me ha dirijido en todo; pues aunque jóven todavia, posee esperiencia, virtud y ciencia.

—No niego los méritos a mi amigo y compañero el señor Ugarteche; pero no puedo menos de decir a usted que aquellos que siguen los buenos consejos y se someten en todo a lo que su director espiritual les ordena, merecen mucho de Dios y de los hombres...

—Esa es, señor, mi única virtud.

—Basta con ella para tener todas las demas: la obediencia la premia el Señor y la premia su Iglesia.

—¡Y sin embargo, los impios dicen que eso no es tener ni voluntad ni razon! contestó doña Pacífica con vehemencia.

—Qué importa lo que digan esos herejes a quienes ha puesto el demonio una venda en los ojos para ocultarles la verdad; pero no triunfarán contra la Iglesia ni sus representantes.

—Asi lo espero, señor; asi se lo pedimos todas las *Hijas predilectas de María*, tanto a ella como a su Hijo santísimo.

—Y no dejará de oirlas, porque preces tan puras deben llegar al reino de los cielos.

—Y llegan... contestó como inspirado don Juan Ugarteche.

—Ahora, pasemos a otra cosa, replicó el director del Seminario; ¿quiere usted, señora, ver a su hijo?

—Se lo agradeceria, si usted tuviera la bondad de permitirlo, señor.

—Lo haré llamar en el acto.

—La señora tiene que hablar con él, y yo tambien que decir a usted, compañero mio, dos palabras.

—Pasaremos a mi cuarto; pero mientras tanto, permíteme llamar a Rafael Arcánjel.

Y tirando de la campanilla, dijo a un seminarista que se presentó antes que se hubiera estinguido el ruido del timbre: tal era la puntualidad con que se atendian las órdenes del director y el respeto que se le tenia.

—Vaya usted a llamar a Rafael Arcánjel de Dominguez, a quien busca su señora madre, dijo con tono adusto el rector del Seminario, dirijiéndose a la especie de monaguillo que se le habia presentado humildemente, agregando antes de que saliera: prevéngale usted tambien que cualquiera que sea la ocupacion en que se encuentre, la deje en el acto y se presente aquí.

III.

El seminarista partió como un relámpago, y en unos cuantos segundos se presentó Rafael Arcánjel de Dominguez que, con la vista baja y la cabeza inclinada, no se atrevió a mirar de frente al rector ni a ninguno de los que se encontraban en la sala.

—Acérquese usted, amigo mio, dijo el rector al ver al jóven seminarista, y venga a abrazar a su señora madre que desea verlo.

Rafael Arcánjel dió algunos pasos con timidez, y siempre con su cara baja y sin levantar la vista.

—Los dejaremos solos, amigo mio, dijo don Juan

Ugarteche y pasaremos a su cuarto, porque tengo que hablarle particularmente.

—Su hijo es un buen muchacho, señora, y de quién estoi mui satisfecho, agregó el rector del Seminario al tiempo de separarse con su compañero para dejar a la madre y al hijo en completa libertad, libertad que tambien la necesitaban ellos.

Ahora para saber cuanto peso tenian las palabras del jefe de los seminaristas y cuán complacida debia estar con ellas doña Pacífica, diremos que este sacerdote ocupaba el primer puesto en el clero chileno, aun en su categoria de simple presbítero, porque siendo el privado del arzobispo, era tambien el dispensador de sus gracias; asi es que todos lo acataban y sus decisiones se consideraban y respetaban tanto como las del mismo prelado.

Por otra parte, escesivamente orgulloso por sus relaciones de familia, y creyéndose un pozo de ciencía, aun cuando no lo habia demostrado; pero como muchas veces basta estar satisfecho de sí mismo para imponerse a los demas, y como es mui difícil quitarle la presuncion a quien la posee, el rector del Seminario era una verdadera potencia entre sus cofrades, asi es que cualquiera amabilidad de su parte, por pequeña que fuese, se estimaba en mucho, y una sonrisa de él llenaba de júbilo a quien la dirijia, asi como cualquiera de sus palabras era comentada de distintas maneras y repetida por todo el gremio sacerdotal, dándole mil interpretaciones, pero siempre respetadas en todas ellas. Agréguese a esto que el dicho director era escesivamente severo, escesivamente rigoroso y

altivo con sus educandos y en jeneral con todos los demas; pues era mui raro verle un rasgo de espansion o de jovialidad, porque siempre, preocupado del respeto que se le debia, no tenia esa espontaneidad natural del hombre que no piensa en las consideraciones que le deben los otros; no tenia, pues, esa franqueza sencilla a la vez que injénua que constituye el verdadero mérito, y que es la peculiaridad de los hombres realmente superiores e intelijentes que no pretenden imponerse por medio de la terquedad y que ni aun piensan siquiera en ello.

IV.

El director del Seminario era todavia hasta cierto punto jóven, en la época que pasan estos acontecimientos, pues tendria como unos treinta y ocho a cuarenta años y representaba todavia menor edad por la tersura de su rostro, la blancura de sus dientes y el fuego de su mirada; pero esta mirada era regularmente dura y causaba mas bien temor que veneracion, la que se empeñaba mucho por infundir en todas las personas que se le acercaban.

Una circunstancia que vamos a mencionar contribuia tambien a que el director del Seminario causase miedo en lugar de cariño, y era que tenia los ojos torvos, no pudiendo uno darse cuenta ni saber a punto fijo la persona que hablaba con él, si la miraba o nó; y como no se pueden conocer en un vizco los sentimientos que esperimenta en el momento, la desconfianza se apodera de su interlocutor, siendo esta

desconfianza la que produce el temor cuando está investido de alguna autoridad el individuo de ojos torvos. Nosotros no sabemos decir si esto es un defecto o una cualidad, pues hai muchos que afirman ser una gran ventaja para un diplomático, porque la naturaleza le ayuda a ocultar lo que tiene dentro del alma; pero creemos que la jeneralidad no querria tener tal cualidad aun cuando aprovechara de tal ventaja.

—Y bien, compañero, dijo el jefe de los seminaristas, haciendo al mismo tiempo un ademan con la mano para que don Juan tomase asiento en el sofá; ¿en qué puedo serle útil?

—No es, querido amigo y compañero, un favor el que vengo a solicitar, sino simplemente a retirar uno de sus alumnos.

—¿A Rafael Arcánjel?

—Justamente.

—Pero eso es imposible: no puede convenirle a su señora madre... ¿Qué iria a hacer con ese jóven que no tiene, segun entiendo, mayores recursos? Por otra parte, él ocupa una veca, y la educacion no le cuesta de consiguiente nada; mientras que en la calle le seria sumamente gravosa. Hai a mas la circunstancia que, independiente de la casa, la educacion y la comida que aquí recibe, yo le doi cuanto quiere para sus pequeñas necesidades, vistiéndole tambien decentemente.

—¡Entónces ha sabido captarse la voluntad de usted! Esto habla mui alto en su favor.

—Me es útil.

—Sensible cosa es entonces su salida.

—Mui sensible; y principalmente mui perjudicial

para él y para su madre; porque, como le he dicho ya, ¿qué podrá hacer en la calle ese muchacho o ese jóven, pues ya tiene sus veintidos años, cuando es incapaz de ganar de otra manera su vida?

—¿Pero esa incapacidad está en contradiccion con la utilidad de que usted me dice serle?

—Usted no ignora, compañero, que unos son buenos para una cosa y otros para otra, y que el talento del que dirije una empresa, cualquiera que ella sea, consiste en saber sacar partido de cada uno, en saber aprovechar a su tiempo y en su forma de todos los elementos que tiene a la mano por mas eterojéneos que sean o que aparezcan.

—Indudablemente: en esto consiste la sagacidad verdadera.

—Y que como usted sabe, compañero, ella nos sirve de mucho a nosotros, ¡a tal punto que sin esa sagacidad no existiriamos!

Don Juan Ugarteche miró al rector del Seminario con desconfianza, como un hombre que no comprende lo que le dicen.

—¿No me entiende usted, amigo mio? dijo el jefe de los seminaristas, a quien daremos para la comprensibilidad del lector y para no hacer tantas repeticiones, el nombre de el señor Larrañaga.

—Lo que entiendo, contestó con cierto enfado don Juan Ugarteche, pero tratando de dominarse, lo que entiendo, repito, es que usted no tiene fé en nuestra mision sagrada, pareciendo, por sus palabras, que no la considera divina y que por la misma razon debe estar espuesta a todos los vaivenes de la suerte, a

todas las astucias y calumnias de nuestros enemigos. Si queremos triunfar, compañero, es preciso mas fé, porque la fé, dando el convencimiento, da tambien la enerjia que de ella emana, y la fuerza que nace de la voluntad, y...

El clérigo Larrañaga se sonrió maliciosamente, agregando en seguida con tono irónico:

—Dios lo conserve a usted en su santa gracia...

Don Juan Ugarteche pareció comprender aquella frase un tanto burlona, y esclamó con cierta amargura relijiosa:

—Si la desconfianza alcanza hasta los unjidos del Señor, ¿dónde hallaremos el arca santa que salve siquiera la buena semilla que debe al fin rejenerarnos?

V.

El director del Seminario volvió a sonreirse sin contestar la observacion un tanto bíblica y profética de don Juan Ugarteche, que agregó despues de una pausa:

—Yo no he venido, compañero, a discutir temas teolójicos, sino únicamente a solicitar la salida del Seminario para el jóven Rafael Arcánjel de Dominguez, al cual, segun me lo ha manifestado, necesita su madre.

—Soi tanto o mas partidario que usted de que no hayan controversias de este jénero, respondió el rector sin hacer alusion alguna a la salida del jóven.

—Y yo lo mismo.

—Ambos tenemos entonces razon; pero dígame se-

ñor don Juan Ugarteche, ¿cree usted que podamos triunfar del siglo únicamente por el principio de la fé? Nadie mejor que yo desearia que estuviésemos o que volviésemos a aquella feliz época en que disponiamos a nuestro antojo de los hombres y de las cosas; pero las circunstancias han cambiado y tenemos que obrar en conformidad a ellas, es decir, que tenemos que valernos de todos los medios que se nos presentan, ya sean espirituales o corporales, y no ya para triunfar y para reinar, sino para mantener nuestros puestos y para que nuestra influencia adquirida si no se aumenta, estemos al menos en la obligacion de conservarla y de que, bajo ningun aspecto, se pierda o disminuya.

Pero dejemos, amigo y compañero mio, esta tesis y entremos nuevamente a hablar del objeto de su visita.

Don Juan Ugarteche echó sobre su interlocutor una investigadora aunque disimulada mirada, creyendo no ser visto de él, porque tenia en ese momento fijos los ojos en otro punto; pero era justamente cuando el director lo contemplaba y examinaba a sus anchas, pues es una particularidad propia de los viscos que cuando su vista se encuentra dirijida hácia un punto, están mirando al lado opuesto, motivo por el cual uno se equivoca fácilmente, y razon tambien por la que tienen la mitad del camino hecho en el terreno de la diplomacia, cuya virtud o mérito principal consiste en el disimulo y el engaño, pues mientras mas refinado es el primero y se consigue con mayor facilidad el segundo, crece en proporcion el talento del hombre de estado.

Los dos clérigos se contemplaron, pues, con cierta desconfianza, porque estas jentes, segun los hábitos adquiridos por la educacion que se les da, conservan siempre la mania de no mostrarse nunca naturales y francos, mania de que les es imposible desprenderse, habiendo llegado al fin a ser parte de su naturaleza.

Es verdad que muchos de ellos se tratan con la mayor familiaridad, pero ésta es mas aparente que real, porque no hai un solo clérigo, casi puede decirse de esta manera absoluta, que no tenga sus reservas, que no tenga una gran *recámara* donde se oculta, sabiendo echar al fondo cuanto no quiere revelar; la hipocresia y la astucia son sus principales leyes, a las que obedecen por hábito, hábito que llega a dar al hombre una segunda naturaleza que se sobrepone casi siempre a las tendencias peculiares de la especie.

—He venido con la señora doña Pacífica Jerez, madre del jóven seminarista, para retirarlo, dijo secamente don Juan Ugarteche.

—Eso ya lo sé, compañero; pero aun cuando no puedo oponerme, creo que cometen un grandísimo disparate.

—Talvez nó, cuando sepa usted el motivo; pero usted dice que le es mui útil...

—Utilísimo.

—El modo de obrar con mas acierto seria en tal caso comparar ambos provechos y decidirse por lo que sea mas conveniente.

—Estamos de acuerdo.

—¿Tiene usted, amigo mio, dificultad alguna para decirme en qué le es tan útil el hijo de doña Pacífica?

Por mi parte yo venia con el propósito de hacerle la confidencia, revelándole por completo el motivo que determina a la señora Jerez a sacar a su hijo del Seminario.

—No tengo por qué ocultárselo a usted, compañero, pues usted, mejor que cualquier otro, comprenderá el motivo.

—¿Posee el jóven Rafael Arcánjel muchos conocimientos?...

VI.

El rector se sonrió maliciosamente, y contestó:

—Eso seria lo de menos.

—Lo de menos! ¿Qué puede ser entonces?

—Voi a decírselo: el jóven Dominguez es una de esas medianías, y si digo menos no me engaño, que no arriban jamas a nada y que apenas alcanzan a comprender superficialmente lo que se les enseña, y esto con gran trabajo; pero en cambio tiene mucha sagacidad y mucho disimulo, siendo casi imposible poder leer en su cara el sentimiento que lo domina, y estas dos cualidades son para mí, como rector del Seminario, de la mayor importancia, porque por medio de él sé cuanto pasa entre los seminaristas, y no hai falta alguna, por pequeña que sea, que él no la descubra y no venga en el acto a revelármela. De esta manera, amigo mio, yo estoi al corriente hasta de la ocurrencia mas insignificante, hasta de la palabra que parece tener menor trascendencia, y puedo darme cuenta, no solo para el órden del Seminario, de lo que se hace,

sino de lo que conviene hacer; no solo de los méritos, sino de los defectos dominantes en los jóvenes, y asi es como puedo distinguir con suma facilidad los alumnos que mas convienen para el sacerdocio, y entonces me dedico a ellos y principio a atraerlos, dándoles a la vez mis lecciones. Ya ve usted, compañero y amigo, de cuánta importancia es para mí y para el establecimiento el jóven Rafael Arcánjel.

—La comprendo; ¿pero no podria presentarse otro que hiciese sus veces?

—En ese jénero es irreemplazable: baste decirle a usted que yo no he conocido otro igual; y como usted sabe, los hai mui buenos entre nosotros, donde el espionaje es la regla... Es imposible que usted pueda figurarse toda la maña que despliega, todo el disimulo de que es capaz... El jóven Dominguez, en este sentido, es un verdadero portento: ya se ve: Dios les ha dado a unos tales o cuales ventajas, y a otros distintas.

—¡Qué bueno hubiera sido entonces para jesuita!

—Primoroso si hubiera tenido siquiera un regular talento; y para clérigo tambien habria sido escelente, y muchas veces he pensado en hacerlo ordenar y mantenerlo siempre aquí; pero como es tan incapaz, no me he atrevido, porque en esta época, los sacerdotes molondros, en lugar de favorecer a la relijion, la perjudican; asi es que he vacilado y vacilo todavia; sin embargo, le he dado un puesto que está en armonia con sus inclinaciones y en el cual me rinde el incomparable servicio de que le he hablado.

—¿Cuál puesto es ese?

—Primeramente lo hice inspector de una sala, y al

ver sus aptitudes privilejiadas y su buen desempeño, lo nombré inspector jeneral, lo cual lo ha lisonjeado sobremanera, porque se halla colocado mas alto que los que le son en todo y por todo superiores, y en este último destino, que es el que actualmente ocupa, se conduce a las mil maravillas y con tal habilidad, que ningun niño presume que pueda ser él el que todo me lo revela, cayendo la sospecha ya sobre unos o ya sobre otros, pero nunca en el inspector jeneral, a quien creen un santo.

—Veo que usted tiene, mi querido amigo, muchísima razon en no dejarlo salir; pero yo voi ahora a esponerle las mias para que decida de qué lado pueda estar la conveniencia.

—Advierta usted, compañero, que yo no tengo en vista ningun interes mundano, sino el triunfo de nuestra santa relijion, al que está esencialmente encadenada esta casa; porque, como usted no podrá menos de saberlo, este es el almácigo que dará a nuestra Iglesia muchos y buenos ministros del altar, y nosotros somos las mas fuertes columnas de este gran templo, tan combatido por las borrascosas olas de la impiedad, cuyo furor cada dia se aumenta a medida que avanza lo que hoi se denomina civilizacion; y si no trabajamos con constancia y con intelijencia; si no echamos mano de todos los medios que están a nuestro alcance, nuestras prerogativas e inmunidades, minadas ya, desaparecerán por completo.

—Así es, amigo mio, así es...

—Y muchas veces, agregó el rector, la cosa al parecer mas insignificante, el individuo mas humilde y

que menos se considera, suele ser la mas fuerte palanca, la piedra angular que sostiene a un edificio, y en este número cuento yo a Rafael Arcánjel; porque mediante su oculta cooperacion, saldrá de aquí la milicia mas disciplinada, mas fuerte y mas aguerrida en todo sentido.

—Ahora comprendo y no puedo menos de confesar con usted la utilidad de ese jóven, estando casi a punto de desistir de mi empeño; sin embargo, amigo mio, el hijo de doña Pacífica puede tambien sernos mui útil afuera; y si yo me he determinado a pedírselo, ha sido movido por la misma causa que usted tiene en vista para retenerlo: el triunfo de nuestra santa relijion.

VII.

El rector, al oir esto, prorumpió en una franca y estrepitosa carcajada que sorprendió sobremanera a don Juan Ugarteche, pues creia lo mas impropia, lo mas inoportuna aquella hilaridad, cuando se trataba de un asunto tan sério.

—Usted se sorprende, amigo mio, de verme reir.

—No lo niego.

—Pues bien; le digo a usted que me he reido de la influencia que pudiera ejercer en el mundo Rafael Arcánjel; y me he reido porque lo conozco, porque sé que es incapaz de producir algo; porque es completamente imposible que pueda ejercer la menor influencia bajo cualquier punto que se le considere. Es preciso que usted me crea: ese jóven no servirá de

nada, absolutamente de nada, a no ser de... sea dicho entre nosotros: de soplon y de espia.

—¿Y si ese jóven adquiriese una posicion? Si ese jóven llegase a ser millonario, ¿qué pensaria usted? ¿Qué diria usted?

—Diria o digo que esa posicion es completamente imposible que él la adquiera.

—¿Y si se la dan?

—Seria diferente; ¿pero quién conociéndolo puede confiársela? Y de otra manera, ¿cómo seria él capaz de ganársela?

—Tiene protectores decididos, y yo soi uno de ellos.

—No estamos en el tiempo de los milagros (y esto lo podemos decir entre nosotros, aun cuando se lo hagamos creer a todo el mundo) para que ese muchacho pueda alcanzar a semejante posicion.

—Pues yo y su madre tenemos fé... tenemos casi seguridad.

—Estoi tomando mucho interes en el asunto: me gustaria saber los medios de que ustedes pueden valerse para conseguir que Rafael Arcánjel, el ser mas incapaz de este mundo, pueda llegar a ser millonario.

—Al mas buen cazador se le va la liebre, y usted, amigo mio, permítame que se lo diga, se muestra en este momento mui poco esperimentado o mui poco sagaz.

—Puede ser.

—Rafael Arcánjel cuenta con un partido ventajoso.

El director de los seminaristas contestó con otra no menos fuerte carcajada que la anterior.

—¿Lo duda usted?

—No tan solo lo dudo, sino que lo niego, a pesar de mi buen deseo y de todo cuanto yo fuera capaz de hacer por él.

—Y sin embargo, es la verdad.

—¿De qué modo?

—Del mas sencillo de este mundo.

—Veamos.

—No tengo el menor inconveniente en esplicarme, porque he venido esprofesamente para eso, y porque no solo he prometido mi cooperacion espiritual y corporal, sino porque he llegado hasta avanzar fondos sobre este negocio.

—Lo primero lo ofrecemos cotidianamente, pero en cuanto a lo segundo me admira; sírvase, pues, si lo tiene a bien, revelarme el asunto.

—Usted parece, compañero, mas incrédulo que yo y sin ninguna fé en nuestra influencia, en nuestros medios de accion, que usted, sin embargo, acepta de otra manera, y más que todo en el confesonario...

—Respecto a lo último, estoi de acuerdo: el confesonario es para nosotros un recurso inmenso, un manantial inagotable de vitalidad, de fuerza, de poderio, porque sin él no sé lo que seriamos, no sé dónde hubiera venido a parar nuestra influencia; pero en cuanto a los otros espedientes, se lo confieso, no tengo mucha seguridad; yo soi respecto a todos esos milagros de la fé y de la gracia como santo Tomas, que decia: *ver y creer.*

—Está bien; yo tampoco pretendo hacer cosas maravillosas, y solo me atengo, sin negar aquellas, al de-

sarrollo de los acontecimientos, o mejor dicho, a la lójica de las cosas.

—Me gusta cuando se habla asi en el terreno esperimental.

—Y en este es en el que yo trato de presentarme ahora, si bien es verdad que no abandono ni abandonaré nunca el otro, porque yo creo en la influencia de la gracia y en la influencia de la fé...

VIII.

El rector del Seminario bajó la cabeza sin contestar palabra.

Don Juan Ugarteche continuó:

—Vamos a ver, amigo mio, si mi especulacion relijiosa es mala o merecerá su aprobacion.

—Le escucho, compañero.

—Pues bien; se presenta el caso de que el hijo de doña Pacífica pueda obtener una grande, una inmensa fortuna.

—Lo dudo mucho.

—Con todo, nada hai de mas probable, casi de mas seguro.

El rector volvió a sonreirse.

—Ríase usted cuanto quiera, amigo mio, pero yo trato de concretarme al hecho.

—Es lo que espero desde hace algunos minutos.

—Las interrupciones no me han permitido esplicarme.

—Cuente usted ahora con mi silencio; no volveré a interrumpirlo.

—Y bien, amigo mio: se presenta ahora una niña millonaria que ha sido educada en el campo, que tiene muchísima sencillez, sin ser lesa ni ignorante, y que su madre ha traido a Santiago con el objeto de establecerla; ¿y a quién pudiéramos dársela mejor que a Rafael Arcánjel?

—¿Y los medios de llegar allí?

—Los medios los tiene su madre, que es amiga de la señora de Ingrand, y los tengo yo, que soi el director de la conciencia de la primera y que lo seré indudablemente de la última, inclusa su hija.

—Lo celebro; ¿pero dónde quiere usted ir a parar, y cuáles serian los resultados?

—Permítame, compañero, decirle que yo trabajo, como usted, única y esclusivamente por el triunfo de la relijion.

—Nunca lo he puesto en duda.

—Lo creo, y lo creerá todo el mundo como usted, porque mis esfuerzos, sin vanagloriarme de ellos, están a la vista.

—Lo sé tambien.

Y al decir esto, un lijero tinte de hilaridad vagó por los labios del rector.

—Tan de sus opiniones soi, que no puedo menos de acatar cuanto usted ha dicho.

—Está bien; pero veamos, veamos su plan.

—Es mui sencillo, y no necesita de esplicaciones; ¿qué no se alcanza por medio del confesonario? Siendo yo el director de la madre y de la hija, es claro que las llevaré donde yo quiera, con tal que Rafael Arcánjel se comporte con maña.

—De esto último puede estar usted mas seguro que de lo primero.

—Me basta con esto, porque yo respondo de mí mismo.

—No quiero dudar del éxito; ¿pero cuál seria la ventaja que obtuviésemos nosotros con que Rafael Arcánjel sea rico?

—Usted convendrá conmigo que necesitamos ganar en influencias y consideraciones y que nos conviene sobremanera rodearnos de personas ricas.

—Soi de su opinion.

—Y como Rafael Arcánjel nos lo deberá todo, será tambien todo nuestro. Ahora más que nunca tenemos necesidad de amigos, y de amigos decididos y poderosos. Nos hacen una guerra a muerte los impios, y es preciso ahogarlos: y el mejor medio es tener a nuestro servicio personas influyentes, y Rafael Arcánjel lo será, porque será dueño de una fortuna colosal.

—Veo que tiene usted razon en todo, y que ese jóven puede servirnos quizás más fuera que lo que nos sirve aquí: tiene usted mi consentimiento.

Y el rector estendió la mano a don Juan Ugarteche, porque comprendió en el acto las ventajas...

—Quedo mui complacido con su aprobacion, respondió este último, abrazando cordialmente al jefe del Seminario.

—Pero es preciso, agregó éste, hacerle conocer bien, mui bien, de quién le viene el beneficio, para que lo agradezca siempre y esté en todo caso dispuesto a servirnos y aun a sacrificarse por nosotros, dándole a entender a la vez que por nuestra parte lo sostendremos

y lo empujaremos, asi como tambien podemos hundirlo.

—Ya lo habia pensado, y tenemos ademas la garantia de su madre, que no lo dejará obrar sino en el buen sentido.

—Dice usted bien: doña Pacífica Jerez es una matrona mui piadosa y a quien debemos muchos servicios.

—De todo jénero, amigo mio; es una ausiliar como hai pocas. ¿Recuerda usted el último servicio?

—¡Como nó! Ella fué la que descubrió aquella nidada de seres perdidos...

—¿Y el padre, es decir, el tal Anselmo?

—Ese no volverá más a prostituir la relijion y a escandalizar al mundo.

—¿Ha muerto?

—Nó; pero es lo mismo que muerto.

—¿Se ha vuelto loco?

—Tampoco.

—¿Lo han encerrado en algun convento?

—¡En un convento! De un convento se habria escapado al dia siguiente.

—¿Qué han hecho entónces de ese infeliz?

—Usted sabe que para tan grande escándalo, y sobre todo para un individuo tan contumaz como lo es ese miserable, se necesita un gran castigo y la imposibilidad de que vuelva otra vez al sendero del crímen.

—Es indudable; pero él puede asilarse en el *recurso de fuerza*, y en ese caso seria peor.

—*¡El recurso de fuerza!* ¿Puede emplear el recurso de fuerza, como se llama a esa infraccion de nuestras

reglas, a esa desobediencia que pretenden hacer legal, la persona que ha caido una vez en nuestro poder y a quien nosotros aplicamos el santo rigorismo que necesita el criminal para la espiacion de su delito?

Y la voz del rector habia tomado esa entonacion fuerte y gutural propia de la cólera vengativa que aún no está satisfecha.

IX.

Don Juan Ugarteche miró a su compañero con respeto y le preguntó con humildad:

—¿Qué han hecho de él?

—Está aquí, amigo mio, y esto solo se lo confio a usted, que es de los nuestros completamente; porque tambien entre los clérigos existen sus distinciones y sus categorias, y no son pocos los que se rebelan; no son pocos los que no están afiliados en la sociedad de Santo Tomas de Cantorbery, y que se oponen sordamente a las determinaciones del prelado; pero todos ellos están en lista y clasificados de tal manera, que cada uno ocupa el puesto que merece.

—Es una desgracia esta division del clero.

—Pero concluirá, no tenga usted cuidado, y ya hai muchos de ellos, y aun de los mas rebeldes, que han venido a prosternarse a los piés del arzobispo, pidiéndole perdon.

—Me alegro que se hayan arrepentido y que continúen hasta que no exista uno de nosotros que no sea cantorberiano, es decir, que no se someta en todo y

por todo a la voluntad y autoridad del prelado, única que debemos acatar.

—Este es el lenguaje de todo buen sacerdote como usted, amigo y compañero mio.

—¿Y de qué medios se ha valido para atraerles nuestro santo prelado?

—De uno mui sencillo y mui eficaz: a unos se les amenaza o se les priva de hecho de la misa, a otros de las pláticas, a éstos del confesonario, a aquellos de ambas cosas o de todo; y esta suspension produce efectos admirables.

—Lo comprendo, amigo mio, porque si a mí me suspendieran del confesonario, de la prédica, de la misa, no sabria qué hacerme, aun cuando no estoi reducido a ese tesoro oculto y siempre lucrativo del altar para poder vivir.

—Y no es tan solo el interes pecuniario el que los compele, interes que sin embargo entra por mucho, sino el de la honra, el de la popularidad de que necesitamos, y de que se nos priva desde el momento que se nos *suspende;* porque todos se dicen: "este sacerdote no debe ser tan bueno cuando su prelado lo castiga;" y ellos lo comprenden bien y por esto se someten.

—Es indispensable que el jefe de una iglesia tenga elementos compulsivos o coércitivos.

—Nada mas justo: toda autoridad, de cualquiera naturaleza que sea, los necesita.

—Esto es un principio incontrovertible; pero volviendo a la persona de que hablábamos, ¿usted me ha dicho que se encontraba aquí?

—Sí, y en lugar seguro.

—¿Y por qué no lo han mandado a algun convento?

—Ya he dicho a usted la razon: porque de allí se escaparia; y ademas los padres se creen independientes de la autoridad episcopal.

—¡Qué estupidez!

—Sin embargo ellos pretenden no reconocer mas autoridad que la de su superior y de su regla; y que tanto aquel como éste se encuentran solo sometidos a la Santa Sede.

—Pero el señor arzobispo puede compelerles.

—Este es un punto delicado que desde tiempos mui remotos viene controvirtiéndose, sin llegar todavia a una solucion completa y definitiva, porque los conventos gozan de ciertas inmunidades que les fueron acordadas en la época del oscurantismo y que el uso ha venido confirmándoles; asi es que si se hubiese colocado a ese hombre bajo la custodia de cualquier provincial, podia éste mui bien dejarlo escapar, naciendo de aquí un doble mal: primero, porque talvez se suscitaria un conflicto que no conviene provocar; y segundo, porque el individuo se escaparia e iria a causar nuevos escándalos, perdiendo asi su alma y muchas otras; y este es el gran servicio que nos ha hecho doña Pacífica Jerez evitando ese escándalo y librándonos del reo para que reciba el condigno castigo.

—Comprendo sus razones y no puedo menos de encontrarlas justas y prudentes; ¿pero cómo puede usted guardarlo aquí en medio de tantos alumnos y de tanto bullicio?

—¿Cree usted que en el Seminario no existen luga-

res secretos y tan secretos que nadie, escepto yo y a quien quiero confiarlos, los sabe? Una casa relijiosa como es ésta no puede menos de tener ciertos sitios reservados y encubiertos con el misterio donde castigar a los delincuentes en alto grado.

—Eso es natural.

—Pues en uno de esos sitios se encuentra el individuo de quien hablamos; y como el señor Arzobispo tiene mas confianza en nosotros que en los padres, me lo mandó aquí y aquí estará hasta el fin de los siglos, esto es, hasta su muerte, porque la cárcel será perpetua y solo saldrá de ella el cuerpo cuando haya volado el espíritu.

—¿Esa ha sido la sentencia del prelado?

—Esa, porque habia infrinjido las anteriores; porque ha sido considerado incorrejible...

—¡Pobre hombre!

—A esas jentes no debe tenérseles lástima: la compasion es mas digna.

—Pero hai un axioma que dice: odio al crímen y no al criminal!

—En idea se encuentra bien colocada esa máxima, pero no en la práctica; de lo contrario, anulariamos el castigo.

—¿Y qué pena es la que le han impuesto?

—Ninguna; el arzobispo es mui misericordioso, talvez demasiado, pues solo me ha ordenado ponerlo en seguridad y que no vea más la luz del sol, asi como su alma, si no se arrepiente, no verá tampoco la cara de Dios...

—¡Desgraciado! ¿Y da señales de arrepentimiento?

—Ninguna; siempre guarda un absoluto silencio, y en balde se le interroga, porque nunca responde.

—¿Y quién es el que tiene cuidado de llevarle su alimento? Porque supongo que se le da de comer, pues de otra manera habria muerto.

—Quien tiene cuidado de él y el único que está en el secreto es Rafael Arcánjel; ya ve usted otro mérito y otro motivo por el cual no debiera yo dejarlo salir del Seminario; pero el influjo de usted, por cuyo conducto vino a esta casa, los méritos de doña Pacífica, el deseo de que prospere ese muchacho y que a su vez nos corresponda los servicios que nos debe, han sido los motivos que me han obligado a dar mi consentimiento; de otra manera nadie lo habria conseguido, pues no sé quién sea capaz de reemplazarlo en los importantes roles que desempeña.

—Conozco que usted hace al hijo de doña Pacífica un gran servicio, y que hasta nosotros debemos estarle a usted agradecidos por una concesion de esta naturaleza.

—De mui grande importancia para el establecimiento, porque es una pérdida que considero irreparable.

—Consuélese, compañero: ganaremos de otro lado.

—Asi lo espero; y si me he rendido a sus observaciones, es porque sé que tanto usted como yo trabajamos esclusivamente por el bien de la iglesia, nuestra querida madre.

—¡Oh, sí! y yo le aseguro los resultados.

—El triunfo será comun, será para todos...

—Y dígame, compañero, ¿podria yo ver a ese indi-

viduo? Es una curiosidad y nada mas; asi es que si usted me lo niega, no voi por esto a enfadarme.

El rector fijó sus ojos torcidos sobre la pálida fisonomia de don Juan Ugarteche, que no revelaba otra cosa que curiosidad.

—Para personas como usted no tenemos secretos, contestó el director del Seminario, despues de una pequeña pausa.

—Con todo, yo no quiero ser importuno.

—Aquí no hai inoportunidad alguna, porque a nadie incomodamos; pues el sujeto de quien se habla puede recibir visitas cuantas uno quiera, sin que por esto tenga el derecho de reclamar.

—Si no he de contrariar a usted ni de contrariarlo a él, acepto.

El rector salió en ese momento, volviendo en seguida con un manojo de llaves.

Don Juan Ugarteche lo esperaba sin moverse del asiento en que habia estado, y como sumido en profundas meditaciones.

¿Qué era lo que pasaba en ese momento por la mente de ese clérigo?

Aunque sabedor de muchos misterios sacerdotales, don Juan esperimentaba una sensacion desconocida; habia en ella mucho de temor, aun cuando contaba con la seguridad de que a él no le aconteceria nada, y que iban simplemente a satisfacer un pedido que él mismo habia hecho.

Sin embargo, el sufrimiento de un hombre, y el sufrimiento por medio de la violencia, cualquiera que él sea, llama la atencion del que va a presenciarlo, par-

ticularmente cuando es oculto, cuando es tenebroso como lo era éste; asi es que don Juan Ugarteche se hallaba sumamente impresionado con el espectáculo que debia presentársele en pocos instantes más.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA MAZMORRA.

I.

El jefe de los seminaristas apareció al salon despues de algunos minutos, trayendo en sus manos un manojo de llaves pequeñas, especie de ganzúas que podian abrir, si no todas, al menos muchas puertas...

La fisonomia del rector tenia algo de sério, quizas algo de solemne.

Siempre existe en el espíritu de los individuos, cuando se va a mostrar o cuando se va a ver una calamidad, algo que difiere de la fisonomia comun, de la fisonomia de todos los dias, y tanto el rector como don Juan parecian impresionados; y aun cuando fuera por distintas causas, se notaba alguna alteracion en sus semblantes.

El director del Seminario dijo a don Juan Ugarteche, mostrándole las llaves.

—Vamos.

—Desisto, contestó el buzonero del cielo.

—Ya he hecho la intencion y he querido satisfacer su curiosidad.

—Sin embargo, a mí me costará algun sacrificio ver, y a usted mostrarme...

—Hace tiempo que yo no presencio el espectáculo, porque lo tenia confiado a Rafael Arcánjel; asi es que quizas tengo tanta o mas curiosidad que usted mismo, porque me servirá de comparacion sobre los primeros dias y los presentes, a pesar de lo que diariamente se me avisa.

—Si es asi, vamos.

Y los dos clérigos se pusieron en marcha, conversando familiarmente el uno con el otro y recibiendo los respetos de los alumnos que se paseaban por las vastas galerias del Seminario. Los alumnos, al ver al rector, se prosternaban ante él, nó en el sentido de doblar la rodilla, sino de plegar el pensamiento y la voluntad ante aquel potentado que simbolizaba para ellos la autoridad eclesiástica y quizas el principio católico.

El rector condujo a don Juan Ugarteche por muchos corredores, paseándolo primero por donde se encontraban los educandos y dirijiéndolo en seguida hácia pequeños patios mas solitarios, pues en ellos no se notaba o no se hacia sentir la bulla de los jóvenes.

Al fin llegaron a un corredor al parecer desierto, y el jefe de los seminaristas se detuvo mirando por todas partes, como el que no quiere ser visto.

Despues de esta investigacion visual, tocó un resorte oculto que era imposible conocer en la muralla, y una pequeña puerta se abrió, dejando paso libre.

Don Juan Ugarteche se sorprendió un momento de encontrar una abertura donde menos lo esperaba, pero a la indicacion del rector pasó adelante.

Habia allí unas gradas que bajar, y el director, to-

mándolo de la mano, le dijo: sígame, pasando él primero.

Don Juan Ugarteche contó trece escalones, encontrándose al fin en un corredor escesivamente estrecho y sin luz: se conocia que estaban debajo de tierra.

El jefe del Seminario volvió a tomarlo de la mano y lo condujo durante algun tiempo sin hablarle palabra.

Al fin se detuvo, y acercándose al oido de don Juan, le dijo:

—Hemos llegado.

—¿Dónde?

—Al lugar que usted desea ver y donde se encuentra la persona en cuestion.

—Aquí! ¿aquí es donde vive?

—Usted se admira; ¿pero cuál es el castigo que Dios tiene preparado a los malos? Y si Dios es severo en sus juicios, ¿por qué no lo habiamos de ser nosotros, que estamos hechos a su imájen y semejanza?

—Sin embargo, esto es horrible! esclamó don Juan, limpiándose el sudor que corria por su cadavérica cara.

—Mas horrible es el pecado, amigo mio, y mas horrible es aquel que quiere permanecer en él y a quien ni los castigos, ni la bondad, ni las esperanzas doblegan, porque debe usted saberlo, que hemos puesto en práctica todos los medios y que todos ellos han sido inútiles; asi es que nos limitamos ahora a tenerlo recluso, imposibilitándole su accion y viendo modo de salvarlo, no ya el cuerpo, porque se encuentra agobiado por sus pesares y porque seria peligroso darle

mas libertad, sino el alma, que es la que mas importa; pero me temo mucho que no consigamos nada a este respecto, pues cada dia parece mas empecinado.

II.

Don Juan Ugarteche se sentia impresionado dolorosamente, tanto por las palabras del rector del Seminario, cuanto por el lugar en que se encontraba.

La oscuridad era profunda... causaba miedo... y el buzonero de la vírjen se aferró de la sotana del rector.

—No hai cuidado, le dijo éste en voz baja; voi a encender la lámpara.

Y sacando un fósforo prendió una pequeña linterna que llevaba consigo.

Don Juan Ugarteche miró a su alrededor y nada vió.

Las paredes eran oscuras y no reflejaban la luz; asi es que la lámpara parecia como un tizon y nada más, perdiéndose su claridad en las negras murallas y en el no menos negro vestuario de ambos clérigos.

Quien hubiera visto a aquellos dos individuos en aquel callejon estrecho y lóbrego, los habria tomado por seres sobrenaturales, o mas bien por emisarios del demonio.

El rector dijo a don Juan.

—Voi a poner la linterna de manera que refleje la luz al lugar en que él se encuentra, quedando nosotros a la sombra; de esta modo podrá usted ver...

—Prefiero irme.

—Ya que usted ha venido, es preciso que satisfaga su curiosidad.

—Me quedaré; pero hasta aquí nada distingo.

—No tiene usted acostumbrada la vista, y por esto no apercibe bien el lugar donde se encuentra.

—Sé que estoi en un subterráneo y en una especie de pasadizo.

—Esto es fácil saberlo desde el momento que hemos bajado algunas gradas y que nos encontramos en la oscuridad a no ser por esta luz.

—Pero esta luz no se estiende; es solo como un punto luminoso, pero cuya claridad se limita al estrecho recinto de la lámpara.

—¿No ve usted nada mas allá?

—Nada, contestó don Juan restregándose los ojos, como si asi pudiera ver.

—Pues yo distingo los objetos a mayor distancia.

—Usted estará acostumbrado.

—Y él lo está todavia más, pues desde que entramos y antes que encendiera la linterna, ya nos ha visto.

—El! ¿y dónde está?

—Aquí mismo, a pocos pasos de distancia, y debe estarnos mirando en este momento, y aun quizá aperciba el murmullo de lo que decimos, a pesar que hablamos tan bajo. Ahora fíjese en la direccion de la luz.

Y el señor Larrañaga volvió la linterna.

Don Juan Ugarteche siguió la direccion que le habia indicado el rector.

Pasado un momento, sin duda cuando la vista se

familiarizó más con el sitio y pudo distinguir los objetos, se estremeció don Juan, retrocediendo.

—¿Ve usted? preguntó el rector acercándose al oido de su cofrade.

—¡Infeliz!

—Ese hombre es indigno de la compasion que usted manifiesta, no solo por el pecado que usted conoce, por el escándalo que usted sabe, sino por su contumacia. Muchas veces le he dicho que su suerte se aliviaria, que llegaria hasta conseguir el perdon y quizá hasta obtener la libertad, con tal que se arrepintiese, con tal que confesase su culpa y tuviese dolor de ella; pero nunca ha querido, siempre ha guardado el mas absoluto silencio, salvo la primera ocacion que fué encerrado aquí y que nos llenó de injurias, vertiendo a la vez las mas espantosas blasfemias, a tal punto que nos vimos obligados a ponerle mordaza, con la que lo mantuvimos durante tres dias.

¡Tres dias sin comer ni beber!

—No merecia menos; pues bien, amigo mio, desde entonces acá no ha vuelto a abrir sus lábios, y a todas las exortaciones que yo le he hecho, por caridad por su alma, ha guardado el mas completo silencio; y usted mismo lo va a presenciar; acerquemonos...

—Ah! nó...

—No tenga usted cuidado; no puede, aun cuando quisiera, ofendernos.

III.

Y asi era en realidad: el individuo que se encontraba a algunos pasos de ambos clérigos y a quien don Juan

miraba con espanto, hallábase detras de unos gruesos barrotes de hierro.

Este hombre era alto, flaco, y estaba casi completamente desnudo.

Su barba blanca ya, nó por la edad sino por el sufrimiento, le llegaba hasta el pecho y en completo desórden. La cabeza calva y las mejillas hundidas indicaban las angustias del pensamiento y las privaciones del cuerpo, el dolor moral y el dolor físico; pero sus ojos conservaban un brillo estraordinario, fuese ya por efecto de la oscuridad constante en que vivia y que hace dilatar mucho las pupilas, o ya por el fuego de las pasiones que bullian en el interior de su pecho; lo cierto del caso es que el brillo de aquellos ojos era estraordinario y podian distinguirse aun en medio de la luz. Si don Juan Ugarteche los hubiera visto brillar cuando penetró en el subterráneo, es seguro que no se habria atrevido a permanecer en aquel y en presencia de esos ojos fosforescentes como los del gato o del leon; pero ahora habia disminuido la influencia magnética de aquella mirada, apagada en parte por la luz, de manera que don Juan pudo acercarse como se lo decia el jefe de los seminaristas.

Anselmo, pues ya sabemos que era él ese infeliz prisionero a quien arrancaron un dia del seno de su familia, permanecia con la inmovilidad de una estátua a medida que ellos se acercaban; y a no ser por el brillo de sus ojos, que manifestaban el fuego interior de la vida, hubiérase tomado a aquel hombre por una momia.

El señor Larrañaga sostuvo aquella mirada feroz

del prisionero, y sus torvos ojos no se bajaron, sino que le dijo con humildad finjida:

—Hermano mio: ¿hasta cuándo quiere usted permanecer en la impenitencia? Aquí viene conmigo un buen sacerdote, uno de los mejores ministros del Señor, que estaria mui dispuesto a oirlo y perdonarlo en el nombre de Dios, que es todo bondad y misericordia.

El clérigo se calló como para dar lugar a que le contestase el prisionero; pero no obtuvo la menor respuesta.

—Siempre el mismo silencio, agregó el rector; ¿que no piensa usted en salvar siquiera su alma?

A esta otra interrogacion se siguió otra pausa mas larga que la anterior, pero con el mismo resultado.

—Usted no ignora, prosiguió el crérigo, cuáles son las penas terribles que aguardan al pecador, y que estas serán proporcionadas al delito y en relacion con su impenitencia; y tanto mas cuanto que teniendo la ocasion, cuanto que proporcionándosela a cada momento, no se aprovecha de ella. Satanas lo tiene a usted mui agarrado, amigo mio; pero es preciso luchar y vencerlo; de lo contrario, su pobre alma se pierde para siempre...

La misma inmovilidad y el mismo silencio.

—Háblele usted, amigo mio; puede ser que usted lo persuada, y habrá hecho una conquista más, dijo el rector a don Juan.

El administrador del correo del cielo se recojió un momento en sí mismo y principió la oracion mas patética y mas conmovedora; pero todo fué en vano,

porque Anselmo no dió muestra la que menor de haber oido.

Don Juan Ugarteche se hincó entonces para suplicarle que se arrepintiera, no dejando de acompañar aquella ferviente peroracion con algunas lágrimas que dejó correr por sus pálidas mejillas para que las notase el prisionero; sin embargo de esto, no se movió ni desplegó sus lábios, pero vagó por ellos como una lijera e imperceptible sonrisa de desprecio.

—Siempre contumaz, dijo al fin el rector con voz de trueno; pero las penas de esta vida y las de la otra caerán sobre tu cabeza como pecador y como impenitente... Vamonos, agregó, y dejémoslo solo y en compañia con el demonio, de quien será un digno ministro...

Los dos clérigos se retiraron, y el calabozo volvió a quedar en tinieblas.

Pero apenas habian desaparecido ambos sacerdotes, cuando el prisionero encendió luz, y sacando uno de los gruesos barrotes de fierro de la reja, murmuró entre dientes: "La vida de estos miserables estaba en mi mano... He tenido tentaciones de matar a estos dos reptiles; pero ¡Dios mio! tú has detenido mi brazo y he podido soportar con paciencia sus arengas hipócritas... mejor es trobajar por la libertad... todavia puedo ser útil a mis hijos... sin esta esperanza ya me habria muerto yo mismo..." y el prisionero, enjugando las copiosas lágrimas que brotaban de sus ojos, se puso a cabar hácia el fondo del calabozo con la barra de fierro que habia arrancado de la reja...

I.

Los dos sacerdotes se retiraron pensativos, principalmente don Juan Ugarteche, a quien habia impresionado sobremanera la vista del preso, pero que sin embargo aprobaba el castigo, sobre todo al ver la contamacia, particularmente cuando él le habia dirijido la palabra, que en su concepto debia ser irresistible.

—Es triste ver a un sacerdote en este estado, esclamó don Juan cuando hubo salido del subterraneo, respirando a la vez fuertemente, cual una persona que se ahoga por falta de aire.

—Triste, mui triste; pero mas vale esto que no el estar dando mal ejemplo a la sociedad y alimentando una nidada de vívoras; mientras que ahora sufrirá él, pero se habrán salvado los demas y se habrá evitado ese escándalo.

—Pero él vivia de incógnito.

—¡Y qué vida! ¿Se llama vida permanecer en el pecado? Ya el señor arzobispo habia hecho mucho por descubrir su paradero, presumiendo, como era en efecto, que estaria oculto entregado a sus vicios.

—Asi es que el descubrimiento de doña Pacífica Jerez ha sido de mucha utilidad.

—Indudablemente; y usted no puede menos de juzgarlo del mismo modo, desde que usted tambien fué uno de los que contribuyó a su captura; pero hablemos de otra cosa, amigo mio; ¿con qué cree usted que nos será de mucha utilidad Rafael Arcánjel?

—No lo dudo, en caso de casarse con la hija de la señora Balcarce de Ingrand.

—¿Por qué dice usted en caso? ¿No tiene seguridad de que se haga?

—No absoluta; sin embargo, usted sabe: ¡qué ausiliar tan poderoso es el confesonario!

—Lo sé; y gracias a él conservamos nuestro prestijio y nuestra influencia en el mundo; pero algunas veces suelen fallar los resultados.

—En mui pocas ocasiones sucede esto, porque, dueños de las conciencias, podemos dirijirlas como queremos.

—¡Ah! no hai duda... cuando considero que para nosotros no existe nada reservado; que podemos leer de corrido en esas almas; que podemos contar las palpitaciones de los corazones; que estamos en posesion de los afectos; que no ignoramos los móviles que se ajitan y que determinan los actos; cuando conocemos el resultado de cada accion en toda su plenitud, el fin y el medio; cuando penetramos en el interior de las familias y hasta en la alcoba de los esposos, pues no hai nada de oculto para nosotros, ni siquiera las mas lícitas caricias; cuando somos sabedores de cuanto se piensa, de cuanto se dice, de cuanto se hace, y no tan

solo de las personas que frecuentan el confesonario, sino de todas aquellas con quienes están en relacion, y hasta de los mismos herejes que nos combaten; cuando miro todo esto no puedo menos de esclamar: ¡Qué poder tan grande es el nuestro! ¡El catolicismo será invulnerable mientras el confesonario subsista! ¡Institucion santa, institucion admirablemente portentosa; tú eres por tí sola el mas grande de los prodijios, porque eres la mas activa y mas fecunda en bienes!... ¡Porque eres el arma vencedora con que luchamos y con la que estamos seguros de triunfar aquí y en todas partes! ¿Qué hai de comparable al confesonario en todas las instituciones de la iglesia? Si los dogmas sagrados existen, si podemos crear nuevos, como lo hemos hecho últimamente, se lo debemos a la confesion y nada mas que a la confesion!... Quitadla de por medio, y el sagrado edificio caerá en ruina, y el altar y el tabernáculo se romperán!... Es preciso, pues, hacer cuanto esté en nosotros para que se difunda por todo el orbe! Mientras mayor sea el número que consigamos, mayor será nuestra fuerza y mayor la gloria del Señor!...

—Me encanta, amigo mio ese entusiasmo, esa persuasion, esa fé y esa lójica, y no puedo menos de admirar sus palabras y de admirarlo a usted personalmente.

—Gracias, compañero; pero es nuestro deber estar alertas y mantenernos siempre sobre la brecha para que no se nos entre el enemigo al interior de la plaza.

—Yo trabajo, amigo mio, como usted sabe, como

usted ve, y cada dia, gracias a Dios, consigo mayor éxito.

—Yo sé que con el *buzon de la Vírjen* usted hace verdaderos milagros.

Y el jefe de los seminaristas se sonrió al decir esto, teniendo buen cuidado de no ser notado por don Juan, que prosiguió:

—Algunos han criticado mi piadosa invencion, como la denomina nuestro santo y digno arzobispo; pero es el caso que rejistro mas de cuatro mil hijas predilectas de María, y éstas son otras tantas confesadas que distribuyo entre todos nosotros, porque yo no puedo dar abasto a tan crecido número; asi es que solo me he reservado aquellas que por sus méritos o por otras circunstancias me convienen o me agradan más.

—No lo niego y lo he dicho siempre: usted es uno de los sacerdotes mas útiles del clero chileno, y agregaré: uno de los mas santos sino el que mas; porque he sabido hoi que usted hace milagros.

—Nó, no diga usted eso.

—La humildad y la modestia realzan sus virtudes; pero aun dado caso que no fuera cierto lo que me han sin embargo asegurado; ¿no es un verdadero portento, un verdadero milagro la hermandad que usted ha formado y el número prodijioso con que ella cuenta ya?

—En este sentido acepto, amigo mio, sus apreciaciones; sin embargo, *Nuestra Señora* es la única a quien debemos ese prodijio.

—Indudablemente es la Reina de los cielos; pero ella se ha dignado tomarle a usted por su intérprete,

y esto es una gracia que ella le hace y un mérito que nosotros debemos apreciar y reconocer.

—Sin embargo, hai muchos que se burlan de mí; asi me lo han dicho y asi lo he pensado.

—No haga usted caso: el fin justifica los medios. Esta teoria ha pasado a ser casi un axioma; y como los resultados no pueden ser mas satisfactorios, lo apoyamos a usted con todo nuestro crédito, y en prueba de ello es que usted es el amo, el dueño, el señor, el gran sacerdote del hermoso templo de la Compañia.

—El templo de la Compañia es nuestro anfiteatro, nuestro palenque relijioso: allí está, allí brilla con todo su esplendor el torneo del confesonario, saliendo nosotros siempre vencedores.

—Y en verdad que lo necesitamos en esta época de impiedad.

—Indudablemente; y es imposible negar que sacamos grandísimas ventajas.

—Ya lo creo.

—Voi a contarle entre muchos un pasaje curiosísimo.

—Escucho con sumo interes.

II.

Don Juan Ugarteche se recojió un momento y luego continuó:

—Figúrese usted que yo tenia noticia por una de mis confesadas, esposa de uno de esos impios escritores, que su marido estaba escribiendo un libro contra nosotros.

—¿Y bien?

—Y bien, amigo mio, le dije que se hacia hasta cierto punto cómplice del crímen de su marido si no impedia que escribiese ese libro; y que haria una obra mui meritoria si de algun modo ponia un tropiezo para que no se llevase a efecto la publicacion.

—¿Y qué hizo ella?

—Se valió de un medio mui injenioso.

—Veamos.

—Llamó a su marido a tomar el té en el momento que tenia sus manuscritos sobre la mesa, abrió en seguida la ventana, e inclinó la vela de modo que con la corriente de aire llegase la llama a los papeles y se quemasen.

—¿Y qué sucedió?

—Lo que ella habia calculado: mas de una resma de papel fué en el momento presa de las llamas. Es verdad que perdió el mueble y casi estuvo a punto de incendiarse su casa.

—¡Astucia de mujer! ¿Y despues?

—El marido, sintiendo un fuerte olor a cosa quemada, se levantó con precipitacion; pero ya no era tiempo: los manuscritos eran solo un pequeño monton de cenizas.

—¿Y qué dijo?

—Nada; ¿qué quiere usted que dijera? Lo atribuyó a descuido o casualidad y se conformó, sin dejar de lamentar la pérdida; pero se le quitó el ánimo de volver a principiar tan penosa tarea.

—¿Y no sospechó nada?

—Absolutamente; por el contrario, aquel incendio

dió marjen a su esposa para hacerle muchas y mui buenas reflexiones, diciéndole entre otras cosas que Dios lo habia permitido asi para que no publicase aquellos, siendo este acontecimiento un aviso del cielo.

—¡Magnífico!

—Pues no paró aquí la cosa, amigo mio.

—¿Qué mas hubo?

—Que el individuo, no solo ha dejado la pluma, sino que ahora es de los nuestros.

—¡Espléndido resultado!

—Ya usted ve, compañero, lo que pueden el confesor y el confesonario.

—En corroboracion de lo que usted me dice, le voi a referir un caso análogo, que, aunque de distinta naturaleza, produjo mas o menos el mismo efecto.

Es el hecho que un diputado tenia que pronunciar un discurso en la cámara, discurso furibundo contra nosotros, y que en conversaciones con su mujer se lo refirió y aun le leyó sus apuntes, cuyo contenido me comunicó ella en el mismo dia; pero yo dí mis instrucciones a la jóven, instrucciones que siguió al pié de la letra, y de esta manera el orador guardó sus papeles, o ya que me acuerdo, los incendió en la chimenea, prometiéndole que no hablaria una palabra, concediéndole ella entonces cuanto queria... y desde ese mismo dia se pasó a nuestro bando, llegando a ser al fin uno de nuestros mas entusiastas defensores.

—Yo podria continuar hasta el infinito refiriéndole a usted casos mui semejantes.

—No se puede dudar que el poder de la mujer es mui grande y que ellas son nuestros mejores ausiliares

en el seno de las familias para atraer hácia nosotros al padre, al esposo, al hermano, al hijo y a parientes, y no solo a parientes, pues la mujer arrastra consigo muchas simpatias.

—Veo que usted es eximio en el confesonario.

—¡Y cómo no habria de serlo con la esperiencia que tengo adquirida desde tantos años!

—Y si esto hacemos con los escritores, con los hombres de estado, ¡qué no haremos con las niñas!

—Si aquellos se dejan engañar, ¿cómo escaparán éstas? ¡Qué de chascos tan salados no pudiéramos referir! Y don Juan Ugarteche se sonrió benévolamente y como lleno de santa satisfaccion.

—Salados, grotescos y de todo jénero, contestó el rector, riéndose a carcajadas.

—De veras! Porque hai situaciones tan cómicas o tan bufas en que estas picaruelas colocan a sus maridos, que es de reventar de la risa! Y cuando ellas nos lo refieren con su maldito entre serio y burlon, no sé cómo uno puede conservar su gravedad: muchas veces me he visto obligado a sacar mi pañuelo para ocultar la hilaridad que a pesar mio y del lugar en que me encontraba, no podia contener!

—¡Son tan graciosas!

—Y tan finas.

—Lo que es astucia, jamas les falta: ¡hijas de Eva al cabo! Figúrese, compañero, que el año pasado uno de los ministros, el de culto y justicia, no queria conceder el pase a un asunto de suma importancia para nosotros, prevalido de ese maldito patronato que entraba muchas de nuestras mejores medidas y que nos

obliga hasta cierto punto a guardar consideraciones con los gobiernos, consideraciones que en justicia no debemos tener, porque somos tan autoridad como ellos, y mucho mas alta y respetable, desde que la nuestra emana de Dios y de la santa iglesia cuya cabeza visible es el papa. Pero, en fin, como los tiempos han cambiado tanto, estamos obligados a someternos; mas espero en Dios que este estado de cosas desaparezca algun dia; y lo conseguiremos, compañero: quizá no está lejos el tiempo en que obtengamos, no ya la libertad solamente, sino la libertad y la preponderancia que por derecho nos corresponden, y entonces ya veremos cómo marcha el mundo. Pero volviendo al hecho que referia a usted, le diré, pues, que el ministro se negaba redondamente a permitir el pase, y en balde el señor arzobispo habia escrito nota sobre nota, pues siempre recibia contestaciones evasivas o mas o menos fundadas, segun ellos. Cansados ya de esta lucha que no daba resultado alguno y no tenia término, le dije al prelado:—¿Quiere su señoria ilustrísima que yo arregle el sunto? La contestacion, como puede usted presumirlo, fué favorable, y yo me puse en campaña, es decir, que me informé de quién era el confesor de la señora esposa del ministro, y lo hice llamar, refiriéndole el caso y los deseos del señor arzobispo.

III.

Pocos dias despues el pase fué acordado sin condicion de ningun jénero; y habiéndole preguntado de la manera cómo se habia conducido para obtenerlo, me

dijo:—"He obrado de un modo mui sencillo: llamé a la señora al confesonario y le advertí que su marido estaba en mal camino y habia incurrido, no solo en pecado mortal, sino en escomunion privada, pero no por esto menos efectiva, por el hecho de impedir ciertos asuntos concernientes a la iglesia, y que mientras no los despachara convenientemente, pesaba sobre él el anatema, y tambien sobre ella en caso que durante este tiempo tuviese relaciones carnales con su esposo ahora que ya estaba advertida del peligro y que siendo sabedora no podia ya alegar ignorancia, por la que habia sido disculpada anteriormente." Esta amonestacion no fué lo bastante, sino que el sabio confesor dijo ademas a la señora que él mismo estaba en el deber de rehusarle la absolucion si ella no cumplia con su mandato compeliendo al marido a obrar como lo deseaba y ordenaba la iglesia. Ademas me dijo tambien el sacerdote que la señora se habia asustado mucho, suplicándole con lágrimas que no la desamparara, y que ella le prometia que su marido haria cuanto el señor arzobispo desease, y entonces el confesor, en lugar de intimidarla, habia alabado su celo y lo meritorio para con Dios de la accion que iba a ejecutar, y que él la sostendria espiritual y corporalmente.

Atemorizada por una parte y halagada por otra, la señora partió con la firme resolucion de hacer lo que su confesor le ordenaba, y pocos dias despues, como ya le he dicho, el asunto estaba arreglado como no se esperaba, es decir, de la manera mas favorable.

—¿Y no le dijo a usted el sacerdote si la señora le habia revelado el medio de que se habia valido?

—Sí, y voi a referírselo tal cual él me lo comunicó.

La señora, me dijo, se fué directamente a su casa y esperó a su marido mui compuesta, haciendo realzar cuanto más pudo cada uno de sus hechizos.—¡Santa coqueteria, como usted ve!

—Mui santa, desde el momento que se empleaba con su propio marido y con un buen propósito.

—Continúo: cuando llegó su marido, no pudo menos de sorprenderse agradablemente al hallar a su esposa tan guapa, tan buena moza, como él no se cansaba de decirle. Ella contestó con ciertos dengues e hizo todos aquellos arrumacos que conocen las mujeres, sin olvidar la manera de sentarse, la colocacion del brazo, el dejar ver un tanto la contorneada pantorrilla y un pequeño pié perfectamente calzado, asi como una parte del seno, de ese seno que encierra para el hombre tan voluptuosos atractivos...

—¿Y el sacerdote se espresaba asi? Parece por su lenguaje ser mui conocedor o mui aficionado al bello sexo, interrumpió don Juan.

—El no hacia sin duda otra cosa que referirme con exactitud lo que le habia revelado su confesada.

—De todas maneras, ese lenguaje... pero continúe usted, amigo mio.

—Vuelvo a tomar el hilo de la narracion tal cual él me lo refirió y tal cual ella se lo habia dicho.

"¿Por qué estás tan compuesta, amiga mia? le preguntó el marido acercándose para hacerle una caricia que ella escusó sonriéndose y respondiéndole al mismo tiempo: Porque deseo que me saques a pasear esta tarde a la Alameda y me lleves esta noche al teatro."

El marido le contestó que tenia mucho que hacer, pero al fin se rindió a la voluntad de su mujer y fué con ella a la Alameda por la tarde y en la noche al teatro.

De vuelta en el coche, favorecidos por la oscuridad, y como estaban solos, el esposo le dijo con tono apasionado: nunca te habia visto tan encantadora; ¿sabes que me haces gozar mucho de esta manera? Mi vanidad de marido ha quedado plenamente satisfecha; has sido la reina en el paseo y en el teatro. Todas las miradas han estado fijas en tí; sin duda te han estrañado el verte tan compuesta, cuando por costumbre siempre andas con vestido de iglesia; y diciendo esto trató de volverla a acariciar, pero ella lo rechazó suavemente, de manera que el entusiasmo cariñoso del esposo suscitado por esa especie de negativa, llegó a su colmo, y el marido se convirtió en amante, dejando de ser el que exije un deber para trasformarse en el que solicita un favor.

En este estado llegaron a su casa, y el señor ministro con la mayor solicitud le dió la mano para bajar del coche, apretándosela amorosamente, ni mas ni menos como el galan que está en sus primeros devaneos.

Cuando entraron al dormitorio, ella le dijo le desprendiese algunos alfileres y le desabrochase un poco el corsé, quedando luego desnuda la blanca y contorneada espalda tan tersa y suave, de esa suavidad inimitable y embriagadora que es peculiar de la hermosura y de la juventud, y que tiene la cutis de la mujer aristocrática que emplea ese esmerado cuidado en con-

servar y realzar los encantos con que Dios la ha dotado.

—Pero esta apasionada descripcion, amigo mio, ¿es de usted, es del confesor a quien usted se refiere, o de la penitente? preguntó, interrumpiendo, don Juan.

—Es de ella, compañero.

—Pero ¿cómo puede ella hacer de sí misma tal descripcion?

—Talvez el confesor, para hacer valer más la influencia de la mujer, me la pintó con colores tan vivos; pero yo no hago más que referir a usted palabra por palabra lo que él me dijo, pudiendo asegurarle que a mí mismo no pudo menos de chocarme el fuego de aquella narracion, y lo interrumpí tambien en varias ocasiones.

—Dispense usted, amigo mio, y continúe.

—Al ver el marido aquella espalda y al tocar con sus manos aquella fina y aterciopelada cutis, no pudo menos de imprimir en ella un ardiente beso; pero la señora se volvió instantáneamente y le ordenó estarse tranquilo, yendo a sentarse neglijentemente en un sofá.

Su marido le dijo entonces tomando asiento en el mismo sofá:

—Te desconozco, querida mia; ¿por qué tan estraña e inusitada esquivez?

La señora contestó a esta pregunta rompiendo en sollozos.

El ministro, alarmado del llanto de su mujer, a la vez que seducido por sus juveniles gracias, la tomó de una mano y con el otro brazo la atrajo hácia su pecho,

diciéndole con el acento mas apasionado que le revelara la causa de su afliccion y el motivo por que huia de él.

La señora, sin rechazarlo, le reveló, despues de muchas instancias y cuando se creyó segura de que no le negaria cuanto le pidiese, el motivo de su pesar, y que era el mismo que la obligaba contra su voluntad a rechazarlo, porque ella tambien lo amaba; pero que estaba resuelta a vencer y a triunfar de su amor, protestándole que a pesar del vínculo que los unia, dejaria de ser de él mientras no obrase como verdadero y sumiso católico, dando el pase que se le debia al metropolitano.

El ministro le hizo algunas reflexiones, que ella desbarató con esta sola frase:—¡Ingrato! ¡Veo que no me amas! Y los sollozos le volvieron con mas fuerza.

—Está bien, contestó entonces el ministro: voi a probarte mi cariño con mi obediencia; pero te advierto que mi popularidad desaparecerá mañana.

—¿No nos basta nuestro amor, amigo mio? le contestó ella estrechándolo contra su corazon, es decir, contra aquel seno que promete tantas y tan castas delicias.

El marido, ébrio de amor, le dijo:

—No quiero esperar hasta mañana, sino que al instante mismo voi a cumplir tu voluntad.

Y parándose del sofá se dirijió a su cuarto, que estaba contiguo al dormitorio, apareciéndose en seguida con un rollo de papeles en una mano y un tintero en la otra; y colocándolos sobre una mesa acercó una silla

y se puso a escribir. Cuando hubo concluido, dijo a su mujer:

—Aquí está todo cuanto deseas; y ahora...

—Ahora, como siempre, soi tuya...

Y aquel matrimonio ha continuado en la mejor armonia de este mundo, y el ministro que nos era hostil es en la actualidad nuestro mas decidido partidario; porque si bien cayó en aquel tiempo, nosotros lo hemos vuelto a colocar despues y nos pertenece en cuerpo y alma, porque ha visto su verdadera conveniencia en apoyarse en el clero y en estar con el clero.

—Mui bien, mui bien, esclamó don Juan Ugarteche, entusiasmado con aquel relato del rector.

—Oh, amigo mio; es incuestionable que nosotros movemos el mundo por medio del confesonario.

—Asi lo veo y asi lo siento, y tambien asi lo espero que sucederá siempre...

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA ELECCION DE UN PRESIDENTE.

I.

Hubo un momento de reposo, de concentracion, dirémoslo asi, en que los dos interlocutores parecian estasiados de su poderío, abismados de la fuerza prodijiosa que ejerce el confesonario... Pero el rector, poniendo la mano en el hombro de don Juan Ugarteche, prosiguió con tono solemne:

—¡Y sabe cuánto no influimos en política!

—Sí; nuestra accion es poderosa, pero nó suficiente.

—Los impios no ignoran que es poderosa, pero ellos no alcanzan a concebir hasta dónde podemos llegar.

—Ellos lo temen y lo sospechan, pero no lo saben: nosotros somos mas fuertes que su prensa, que su dinero y que todas sus otras influencias diabólicas.

—Dios lo quiera...

—Estoi seguro de ello; y usted va a ver, amigo mio, como en las próximas elecciones de presidente no sale electo don Antonio Varas, y lo que habla más en favor de nuestra oculta pero poderosa intervencion, es que los mismos partidarios del gobierno actual no

votarán por el candidato de sus afecciones, sino por el nuestro.

—¡Pero esto es imposible! Ellos tienen el *palo y el mando*, y harán lo que quieran del pais.

—Asi parece, asi lo piensan todos, pero no sucederá asi.

—¡Y cómo!

—Lo que yo le confio a usted ahora es un secreto.

—Que estoi dispuesto a guardarlo.

—Lo sé, y por esto es que se lo digo, pues si no estuviera seguro de su silencio, no se lo habria revelado.

—Lo que desearia saber es el cómo.

—Nada mas sencillo, y sin embargo, nada mas grande, y lo que es mejor, mas positivo.

—¿Con que usted está seguro que no saldrá elejido el señor Varas?

—Segurísimo.

—¡Qué triunfo tan grande seria éste para la relijion!

—Es indudable, porque aun cuando don Antonio Varas se muestra católico, y me inclino a creer que lo es, sin embargo, tiene teorias sobre gobierno que pueden ser mui perjudiciales, y sobre todo, seguiria el camino de su antecesor, que, a pesar de haber tenido miedo en la ruidosa cuestion de los canónigos y de haber cejado, con todo, se conocen sus ideas, y el clero no ha tenido la preponderancia debida; asi es que tratamos de que don Antonio Varas no sea el futuro presidente, y no lo será.

—Pero usted ve cómo se ajitan sus partidarios. Usted ve que las intendencias, gubernaturas y munici-

palidades le pertenecen. Usted ve las listas de todos los departamentos, que principian a proclamarlo. Usted ve el sinnúmero de empleados con quienes cuenta. Usted ve que jamas en nuestro pais se ha triunfado en contra del gobierno. Y usted ve...

—Basta... pero usted no ve otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Que ellos obran a la luz del dia y conocemos sus planes y sus recursos, mientras que nosotros obramos a la sombra, bajo cuerda, y nadie sospecha siquiera nuestra accion sorda pero esencialmente poderosa.

—¡Sabe usted que estoi admirado!

—Y debe usted admirarse tanto más, cuanto que serán ellos mismos los que nos den el triunfo, como me parece háberselo dicho o insinuado ya.

—Lo que me confunde es que no puedo atinar con el medio.

—Vaya, amigo mio; usted es mui inocente.

—Lo confieso.

—Pues el secreto está en sustantivar el verbo que usted acaba de pronunciar.

—¡El confesonario!

—Justamente; siempre en él y todo por él.

—Pues quedo ahora mas a oscuras que antes.

—Parece que usted no tiene la fé debida en esa santa institucion; ¡y sin embargo me acaba de contar sus proezas y yo le he referido otras! Y sin embargo, usted tiene la esperanza o la seguridad de dar una millonaria a Rafael Arcánjel! Y yo, amigo y compañero, he creido en ello y estoi tambien seguro, porque conozco todo el alcance del poder de que disponemos.

—Pero estos son casos individuales, casos aislados, que no tienen la trascendencia de la eleccion del primer majistrado de la república.

—Ríase de eso, amigo mio; todos son hombres y todos tienen pasiones.

—No lo niego; pero cada vez que mas pienso, mas me confundo y no puedo atinar con las fuerzas que podamos oponer por nuestra parte a todo ese torrente, a todo ese poder, a todos esos recursos que hace un momento le acabo de enumerar.

—Y que no desconozco, pero que quedarán anulados.

—¡Anulados!

—Completamente y para siempre.

—Pero qué espedientes van a ponerse en juego? Esto es lo que quisiera saber.

—Ya se lo he dicho a usted: uno solo.

—El confesonario, ya lo sé; sin embargo, me parece difícil; diré mas bien, imposible...

—Hombres de poca fé... Hé aquí el reproche que hacia el Señor.

—Yo la tengo, y mucha; pero...

—Me esplicaré, y vuelvo a decir a usted que esta revelacion es del mas grande secreto y ella le probará mi confianza.

—La que me hago un honor en merecer y un mayor honor en conservar.

—Pues bien, amigo mio; todo consiste en mover las pasiones, impulsándolas en la direccion que uno quiere darles, o mejor dicho, llevándolas al punto al que uno quiere que vayan o que se detengan.

—Hasta aquí nada me ha dicho usted.

—Y sin embargo, se lo he revelado todo.

—¿Por qué no confesar mi falta de penetracion?

—Seré entonces mas material.

—Siento darle ese trabajo, pero se lo pido.

—Pues bien; se han movido ciertos resortes para halagar las pasiones de los dos grandes hombres de estado que dominan hoi las circunstancias y el pais.

—¿Y no temen ustedes equivocarse?

—Nó: esos dos hombres, Montt y Varas, son ante todo esencialmente patriotas, si bien el primero tuvo en un tiempo sus puntillas de ambicion y se apoyó tambien en nosotros y por esta razon alcanzó la presidencia.

—Razon de mas para que no abandonen los puestos.

—Amigo mio: es preciso no atenerse a la superficie de las cosas y penetrar en el interior de las almas, y es allí al punto a que nosotros hemos llegado: conocemos el flaco de esos individuos y lo hemos aprovechado.

II.

El rector hizo una pausa y miró detenidamente a don Juan Ugarteche, que permanecia abismado en sus reflexiones o tan atento a lo que hablaba el jefe de los seminaristas, que ni siquiera movia sus pestañas, contemplándolo de hito en hito: tal es el poder que ejerce siempre una voluntad poderosa o una intelijencia superior. El buzonero de la Vírjen estaba calado por el rector del Seminario, y una lijera sonrisa de éste hubiera hecho conocer a cualquier otro que no hubiese

estado tan preocupado como don Juan, el desden orgulloso del clérigo L...

Al fin de esta pausa continuó:

—Pues bien, amigo mio: por ciertos resortes que nos son conocidos, hemos exaltado el patriotismo del señor Varas sin que él se aperciba de nuestra influencia y sin que se aperciban las mismas personas a quienes hemos puesto en juego, hasta el punto que no aceptará la presidencia por mas que lo proclamen, por mas que lo pidan sus partidarios y sus amigos y hasta sus mismos parientes; y por idénticos medios hemos hecho conocer al señor Montt que despues de una revolucion tan sangrienta como por la que ha pasado el pais, está en el deber de no nombrar a ninguno de sus partidarios; y ya hemos tenido el placer de ver anunciado este programa por su último mensaje.

—Asi ha sido.

—Esa es nuestra obra.

—¿Corresponderán los resultados?

—Estamos seguros de ello; y aun hai más: estamos seguros del futuro candidato.

—Es decir que ya les es conocido.

—Conocido, insinuado y aceptado.

—Esto es mucho hacer.

—Y como se lo he revelado, todo vendrá de ellos mismos, sin que nosotros aparezcamos.

—¡Admirable combinacion! Talento admirable!

—Algo hai de eso, pero más le debemos al manejo silencioso y subterráneo de que hacemos uso: el confesonario tiene misterios insondables y fuerza que no son ellos capaces de medir.

—Estoi encantado.

—Ahora, amigo mio, sucederá otra curiosidad con la eleccion del hombre que nosotros hemos designado.

—¿Cuál? Todavia quiere usted admirarme más?

—Sí, deseo que usted esté al cabo de nuestro poder sacerdotal, de ese mismo poder que usted ejerce con tan buen éxito.

—Veamos.

—Ha de saber usted que el partido que está hoi en el poder se dividirá; que la gran mayoria no querrá aceptar al candidato, y que sin embargo será proclamado por todos y en el colejio electoral no habrá un voto en contra.

—¡Pero esto es adivinar! Esto es profetizar!...

—Piénselo usted como quiera, pero ese será el hecho; y hai otra singularidad: el candidato nuestro no será de la afeccion del presidente de la república, sino que lo será del que menos se piensa.

—¿De quién?

—De don Antonio Varas.

—Eso sí que no es creible.

—Los hechos lo dirán.

—¿Y en que se funda usted?

—En la misma ambicion de los montt-varistas.

—Pero si ellos tuvieran esa ambicion nombrarian a su jefe.

—Su jefe, como se lo he dicho, no aceptará.

—Y bien?

—Ese partido querrá siempre conservar el mando.

—Razon de más.

—Sí, razon de más, y por este motivo, nó como us-

ted piensa sino por lo que yo le digo, aceptarán a nuestro candidato.

—Este es un misterio impenetrable.

—Misterio que usted comprenderá en dos palabras.

—Mi curiosidad se aumenta.

—El partido que le he nombrado quiere a toda costa conservarse en el mando.

—Ya me lo ha dicho usted, y por otra parte, eso se ve y se palpa.

—Pero lo que no le he dicho a usted es el cálculo del partido.

—Y cuál es ese cálculo?

—El mismo nuestro; pero ellos caerán en el garlito, y triunfaremos.

—¿Cómo, pues?

—Lo diré claramente: ellos han considerado la nulidad del hombre designado para la presidencia, y por el mismo hecho de ser nulo lo aceptarán sin temor, seguros que lo tendrán en sus manos; y como están en su poder los altos y los pequeños funcionarios del estado, es claro que se figuran que el presidente no podrá hacer nada sin el consentimiento de ellos; de manera que asi tranquilizan el pais y conservan a la vez toda su influencia: ya ve usted que no son ni tan desprendidos ni tan poco políticos.

—Pero si es como usted dice, ellos tienen razon.

—Era necesario que nosotros fuéramos menos sagaces y estuviéramos menos seguros.

—Y si el sujeto en cuestion es una nulidad, como usted afirma?

—Asi lo piensan ellos, y en cierto sentido tienen

razon; pero en el nuestro, nó: nosotros triunfaremos.

—¿Y qué clase de individuo es ese?

—Yo estoi obligado a guardar completa reserva sobre este particular; pero en cuanto al modo futuro de obrar del futuro majistrado, puedo con usted y nada mas que con usted, emitir mi opinion propia.

—Estoi deseoso de conocerla.

—Se desprenderá en cuanto pueda de las ligaduras montt-varistas y las hará de tal modo trizas, que ni tendrán esperanza de levantarse jamas y que se desmembrarán a tal punto durante el gobierno del futuro presidente, que ya no formarán cuerpo sino que al contrario muchos de sus partidarios mas decididos se plegarán a la nueva política, independiente de todos aquellos que hayan desaparecido con el trascurso del tiempo.

—Es decir que la administracion actual y todos sus secuaces no tendrán en lo sucesivo la menor influencia.

—Poca en la opinion y ninguna en el mando.

—Bravo! porque este gobierno tenia tendencias a lo que se llama el liberalismo y habia entre ese partido muchísimos escépticos.

—Que no faltarán tampoco en el que se levante, porque la mala yerba ha cundido desgraciadamente en todos los círculos.

—Pero la ahogaremos.

—Este es nuestro principal propósito; y créame usted, amigo mio, no son los ateos los que nos hacen mayor daño, sino aquellos que, bajo el pretesto de ilustrar y simplificar la relijion, minan nuestras prerogativas: esa clase de herejes es la mas perniciosa, y

esa es la que debemos perseguir con mas encarnizamiento, porque a los ateos nadie les cree.

—Por mi parte yo haré cuanto esté en mi poder.

—Contamos con usted como un apóstol.

—Y ustedes pueden estar seguros de mí, porque yo sacrificaria mi vida por el triunfo de la relijion.

—Esa es la opinion del señor arzobispo y esa es tambien la mia.

—No se han equivocado, y lo que los impios llaman por burla *el buzon de la Vírjen*, es uno de los elementos mas poderosos que podamos emplear para el triunfo.

—Asi lo está probando el éxito.

—Me alegro que lo reconozca usted, amigo mio, porque usted es uno de los mas fuertes baluartes de nuestra iglesia.

—Nosotros vamos por distintos caminos, señor Ugarteche, pero seguimos el mismo fin y el mismo principio; de consiguiente nos damos uno a otro la mano: usted arrastra a las mujeres, y yo enseño a la juventud. Usted recoje inmediatamente la cosecha, y yo echo la semilla para que esta cosecha jamas disminuya, sino que por el contrario se aumente; asi es que ambos, si se puede decir sin vanidad, tenemos nuestros respectivos méritos, sin importarme a mí que el suyo sea el superior, porque yo miro un fin mas alto.

—Y yo tambien tengo por guia el mismo.

—Bueno; dejémonos de cumplimientos ajenos de nosotros y vamos a ocuparnos otra vez del asunto que lo ha traido a usted aquí.

I.

Don Juan Ugarteche cerró sus labios. El rector del Seminario, despues de dar un paseo por el cuarto, se paró frente a frente del buzonero de la Vírjen y le dijo, clavando en él su penetrante mirada, ni mas ni menos como si quisiera penetrar en el fondo del alma de su interlocutor:

—¿Cree usted en realidad que Rafael Arcánjel se casará con la jóven millonaria y que segunde nuestras opiniones, nuestras creencias y nuestras miras?

—Respecto a lo primero, ya he dicho a usted que tengo casi completa seguridad; y ahora, con los ejemplos que usted me ha presentado, me confirmo en ella, pues no puedo menos de decirme a mí mismo: ¿por qué contando con la misma influencia, con el mismo prestijio, con el mismo poder, con el mismo confesonario, habria yo de ser menos afortunado que los otros? Pero respecto al segundo punto, es a usted a quien toca mas bien que a mí el resolverlo, porque usted ha seguido al jóven paso a paso en su educacion relijiosa y por necesidad debe saber el grado de fé en que se encuentra y la confianza que nos inspire.

—Tiene usted razon, y bien: si usted asegura lo primero, yo me comprometo a lo segundo.

—Convenido.

—Vamos, pues, a decirle que puede salir cuando quiera del Seminario.

—Talvez conviene que se lo lleve su señora madre hoi mismo, y quizas esto entra en sus propósitos.

—Obraremos como ella quiera.

—Antes de separarnos desearia consultarle a usted un pensamiento, para el que nos va a servir a las mil maravillas el casamiento de Rafael Arcánjel.

—Hable usted.

—Hemos convenido en que la impiedad toma entre nuestra juventud gran vuelo.

—Desgraciadamente, esa es la verdad, y esa es tambien la razon por la que nos ocupamos tanto de política y por la que hacemos uso de todos nuestros recursos.

—Pero hemos olvidado uno que no se nos habia ocurrido hasta el presente.

—Quisiera saberlo.

—Formar una sociedad de laicos completamente entregados a nosotros y decididos defensores de nuestros intereses. Esta sociedad, mitad clerical pero vistiéndose de levita, y mitad política, pues trataríamos de colocar a sus miembros en los empleos y darles toda la importancia posible, nos seria de un recurso inmenso, y tanto más cuanto que nosotros no figuraríamos ostensiblemente, sino que ellos nos harian atmósfera, y como partidarios nuestros, y partidarios independientes, realzarian nuestro crédito y por consiguiente

nuestro prestijio; pues conviene que aparezcamos, no tanto como que luchamos nosotros mismos, cuanto que la sociedad lucha por nosotros.

II.

El rector del Seminario miró a don Juan Ugarteche por un corto rato, quedándose en suspenso y como madurando el pensamiento que acababa de indicarle.

Pasado este momento de reflexion, contestó:

—La idea es magnífica; al menos, tiene desde luego mi humilde aprobacion.

—No puede usted figurarse el gusto que me da su aquiescencia.

—No lo estrañe usted; yo estoi siempre dispuesto a aceptar todo aquello que sea útil y provechoso para la relijion.

—Lo mismo que yo, y por eso se lo propongo.

—Es un pensamiento magnífico, y los resultados pueden ser mui provechosos a nuestra santa causa.

—Usted como yo, vamos al mismo fin.

—Pero seria necesario hacer un cuerpo, rejimentar a los individuos y dar siquiera a esa sociedad un nombre, aun cuando no estuviera sometida a reglas fijas, a una disciplina invariable; pero sin embargo, es preciso cierto réjimen.

—Esta es con la dificultad que yo tropiezo; porque siendo laicos ¿qué órden podemos darles?

El jefe de los seminaristas volvió a quedarse pensativo, y despues de haber reflexionado un largo rato, dijo:

—La utilidad es incontestable; y de cualquiera manera que podamos conseguir partidarios, nos harán mucho bien, aun sin imponerles ordenanza alguna.

—No soi, compañero, del todo de su opinion, sino que yo creo que debe existir algun réjimen; que deben tambien formar un cuerpo y tener su nombre.

—Seria preferible, es verdad; ¿pero cómo amalgamar tantos elementos heterojéneos?

—Haciendo una especie de cofradia o hermandad política a la vez que relijiosa.

—Está bien; pero esa es justamente la dificultad.

—Yo no la veo tan grande.

—¿Cuál es su pensamiento?

—Mi pensamiento consiste en formar ese cuerpo de laicos que nos sostenga y, como usted decia poco há, que trabaje sin que aparezcamos nosotros.

—Es indudable que esa es la mejor manera de obrar, porque asi se saca la castaña con mano ajena.

—La idea que vengo a emitirle la he madurado algun tiempo y cuento con ciertos elementos, y no será el menos apropósito el casamiento de que hemos hablado.

—Si usted cuenta con apoyo, entonces no tengo nada que objetar, y usted puede desde luego llevar la idea al terreno de la práctica.

—Pero querria antes de todo la aprobacion del prelado.

—Cuente usted con ella, pero dígame al menos la forma de esa asociacion.

—Todavia no está bien combinada; pero son conmigo muchos jóvenes aspirantes y relijiosos a la vez.

Tambien entran algunos escritores, aunque nó de los de primera nota; pero hai un considerable número de artesanos que aceptan la idea, y asi podremos oponer artículos contra artículos, fortuna contra fortuna, pueblo contra pueblo; y como es siempre el interes y nó los principios los que prevalecen, los halagaremos con empleos y consideraciones, y aun se les dará a algunos, particularmente a aquellos que nos sean mas fieles, mas adictos y mas intelijentes.

III.

El clérigo Larrañaga miró a su amigo con curiosidad, ni mas ni menos como si estuviera sorprendido de encontrar en don Juan Ugarteche tanto talento, y dijo:

—Estoi con usted. Siempre es preciso remunerar el mérito; ¿pero cómo nos entenderíamos con ellos?

—De la manera mas fácil, porque yo seré el intermediario, y ademas todos ellos serán individuos que se acerquen con frecuencia a nosotros, confesándose a menudo.

—Y qué nombre dariamos a esa nueva sociedad, tan distinta de las otras cofradias?

—Tambien tenia pensado el título.

—Dígamelo.

—Creo que convendria llamar a la reciente hermandad que se forme, *Los amigos del pais.*

—Magnífico título: comprendo desde luego su importancia.

—¿Le ha gustado?

—Y mucho.

—Pondremos a la cabeza a Rafael Arcánjel en cuanto haya conseguido labrarse una posicion ventajosa y espectable como la que le aguarda con el futuro enlace.

—Está bien.

—*Los amigos del pais* será, pues, una asociacion político-relijiosa, compuesta de todo aquello que haya en nuestra sociedad de esencialmente clerical, como dicen los liberales con la intencion de mofarse de las personas buenas y devotas que por fortuna todavia abundan entre nosotros.

—Indudablemente, debemos escojer la jente selecta y darle en todo preferencia; pero, amigo mio, no debemos tampoco desechar a los que por interes quieran plegarse a nosotros, aun cuando no sean mui crédulos, porque nos conviene aprovechar de todos los elementos; asi obran los verdaderos políticos, que allá en nuestros adentros sabremos a qué atenernos...

—Y asi se hará.

—Hoi mismo voi a comunicar su pensamiento al prelado y tendremos una reunion para acordar los estatutos, porque en cuanto a la idea, estoi seguro que será aceptada por él.

—Como hemos dicho, y por la naturaleza misma de la asociacion, creo que será difícil someterla a un réjimen absoluto.

—Sin embargo, se acordará lo que se piense que conviene más.

—Teniendo en cuenta los elementos heterojéneos de que deberá formarse.

—Sin duda alguna todo será calculado en conformidad al buen éxito y al mejor desempeño, asi como a los servicios que debe o puede prestarnos.

—Eso es lójico.

—Estamos, pues, en todo convenidos.

—En todo.

—Vamos ahora a ver a la señora Jerez y a su hijo para saber lo que han resuelto.

—¿Usted no pondrá dificultad en la salida del jóven?

—Ya lo hemos acordado.

—Pues bien, vamos.

Y los dos clérigos, mas amigos que nunca, porque hasta cierto punto se habian asociado en la misma obra, se dirijieron al salon en que conversaba la madre y el hijo.

IV.

Doña Pacífica tenia en ese momento la fisonomia triunfante, porque habia arrancado últimamente el consentimiento de su hijo, que al principio no habia querido acordárselo, bajo el pretesto de que se encontraba bien en el Seminario; pero doña Pacífica, que conocia a su hijo, le pintó con vivos colores la posicion social que se le esperaba y los atractivos de la señorita Ingrand; asi es que el jóven se rindió a las solicitaciones de la madre, y cuando llegaron los dos clérigos ya se encontraba completamente resuelto, y hubiera sentido muchísimo hallar alguna oposicion en su rector, que ejercia sobre él grande influencia; pero éste fué el primero en tomar la palabra, y le dijo:

—Mi querido discípulo: hace años que estás a mi lado, y no puedo menos de reconocer y confesar que me eres mui útil y que difícilmente encontraré otro como tú que llegue a remplazarte; pero el deseo de tu felicidad ha sobrepujado a mi conveniencia, y he accedido con toda voluntad a los deseos de tu señora madre, que me ha manifestado mi amigo, el señor don Juan Ugarteche.

Debo declarar que al principio me habia opuesto a tú salida del Seminario; pero este digno y santo sacerdote, que se interesa tanto por la dicha y bienestar de ustedes, me ha manifestado los motivos poderosos que lo inducian a dar este paso, y en vista de ellos he dado, como he dicho, mi consentimiento.

—Gracias, señor.

—No olvides, sin embargo, querido hijo mio, las lecciones que has recibido aquí; no olvides, sobre todo, que el bien que puedes alcanzar en el mundo se lo debes a la influencia del señor don Juan Ugarteche; y asi como nosotros te tendremos presente en nuestras oraciones y te ayudaremos en todo aquello que podamos, nos debes tú tambien considerar como sinceros amigos y fieles aliados. Lloverán, no lo dudo, sobre tí los honores y las consideraciones anexas a la fortuna que te traerá un enlace tan ventajoso como del que se me ha hablado y el que espero con fundamento que consigas en breve, si despliegas todas tus cualidades y la finura de tu tacto, asi como la viveza con que sabes apreciar las situaciones para colocarte favorablemente; pero ten siempre presente los principios relijiosos que te hemos inculcado, los maestros

que te han enseñado y los protectores que te han favorecido antes, que te favorecen ahora y estarán dispuestos mañana y en todo evento a servirte. Te hago estas observaciones para que los bienes de este mundo no vayan a cegarte hasta el punto de desconocer la fuente de donde ellos emanan, y vayas por vanidad a echarte en el campo de nuestros enemigos, de esos herejes y de esos impios que nos persiguen con encarnizamiento.

—Jamas! contestó con entusiasmo Rafael Arcánjel.

—No esperaba menos de tí, replicó el rector.

—Seré de ustedes el discípulo obediente, el amigo sincero, el aliado fiel y constante.

—Ahí está, querido Rafael Arcánjel, tu conveniencia a la vez que tu deber; porque sin nuestro apoyo, por mas fortuna que tengas, fracasarias.

—Dice usted verdad, señor; si ustedes me retiraran su benévola proteccion, ¿qué seria de mí? Pero no puedo menos de confesárselo: dejo esta santa casa y a su digno rector con el alma llena de amargura.

Y Rafael Arcánjel prorumpió en sollozos.

—No te aflijas, continuó el jefe de los seminaristas, porque siempre permaneceremos íntimamente unidos; y aun cuando adoptes un estado distinto al que yo me proponia darte, sin embargo, espero que serás siempre de los nuestros, tanto mas cuanto que nada se puede hacer en este mundo y alcanzar en el otro, sin nuestra proteccion.

—Lo sé, señor; pero sin que pese en mí la conveniencia, obedeceré a ustedes por conviccion, por gra-

titud y por cariño. Y el jóven seminarista bajó la cabeza en señal de obediencia.

—Bien dicho, hijo mio, interrumpió doña Pacífica, abrazando con alborozo a Rafael Arcánjel, que permanecia siempre en la misma humilde postura.

—Usted se lleva, señora, prosiguió el señor Larrañaga, al jóven mas útil del Seminario; Dios quiera premiar sus virtudes.

Doña Pacífica no cabia de satisfaccion al oir hablar de aquella manera al director, que era considerado como el clérigo de mas importancia de Santiago, por ser el consultor privado de S. S. Ilustrísima, y el candidato designado para el arzobispado en caso de fallecimiento del actual príncipe de la iglesia chilena.

—Me voi a tomar la libertad, señor, dijo doña Pacífica al señor Larrañaga, de hacerle una nueva súplica.

—Cualquiera que ella sea, queda acordada desde antemano.

—¡Tanta bondad! ¿Con qué llegaré a pagarla?

—La tiene usted mui merecida, señora: hable, pues, con confianza.

—Quisiera dejar algunos dias más en el Seminario a Rafael Arcánjel.

—¿No es nada mas que esto?

—Lo tomo ahora únicamente para llevarlo donde el sastre y que le hagan algunos trajes de paisano; pero mientras se los preparan desearia que volviese aquí.

—Esta es su casa, señora, nó por unos dias sino por toda la vida, si a él y a usted le acomoda.

—Me volvere con él antes de las oraciones.

—A la hora que usted guste.

Doña Pacífica, el señor Ugarteche y Rafael Arcánjel se despidieron con la mayor cordialidad del rector del Seminario, que salió a acompañarlos hasta el mismo coche que los aguardaba, ofreciendo la mano a la señora doña Pacífica para que subiera mas cómodamente.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CENTRAL
"JOSE TORIBIO MEDINA"

MADRE E HIJO.

I.

Mientras tenia lugar la visita de don Juan Ugarteche y de doña Pacífica Jerez al Seminario, con los demas incidentes que hemos narrado y con las combinaciones sacerdotales de que hemos dado escrupulosa cuenta; en esos mismos momentos, decimos, se habia presentado en casa de doña Ana Balcarce de Ingrand una señora sencillamente vestida y de una fisonomia tan suave como humilde, la que era acompañada de un jóven de elevada estatura y que tenia mucha semejanza con ella, conociéndose fácilmente o a primera vista que habia entre ambos una estrecha relacion de parentesco; y en efecto, pues no eran nada menos que madre e hijo.

La señora representaba unos cuarenta años y el jóven veintidos o veintitres.

Daremos previamente algunos pormenores sobre estos personajes.

Llamabáse la primera doña Cármen Cáceres y era viuda de un antiguo empleado del señor Ingrand, muerto antes que él pero a cuya familia no habia abandonado, porque le pasaba una mesada de diez

pesos, cláusula que dejó en su testamento y que se habia cumplido con rigorosa exactitud, a pesar de la prolongada ausencia de la señora Ingrand, que, como sabemos, se habia retirado al campo despues del fallecimiento de su marido.

Doña Cármen Cáceres habia quedado a la muerte de su esposo sin mas bienes que algunos muebles y la escasa mesada que le asignara el señor Ingrand, no contando mas que con esto para mantenerse ella y su hijo Emilio Escobar, que en esa época tenia doce años y que es el mismo que en aquel dia la acompañaba a la visita que estaba obligada a hacer la madre a la esposa de su bienhechor.

Es indudable que doña Cármen Cáceres y su hijo, no teniendo mas que la mesada, habrian sido reducidos a la indijencia o poco menos sin el trabajo de la madre, que desde ese momento buscó costuras y se dedicó a esta penible y poco lucrativa ocupacion sin tregua ni descanso, pues cosia diariamente hasta las altas horas de la noche; pero esto tampoco habria sido suficiente para sus modestos gastos y los de su hijo, a quien se empeñaba en dar una educacion esmerada, sin los frecuentes aunque pequeños ausilios que le mandaba un hermano sacerdote que desempeñaba un curato en una pobre aldea que no nombraremos, para evitar conjeturas o suposiciones mas o menos fundadas.

Estos dos seres, solos en el mundo, podremos decirlo asi, se querian entrañablemente el uno al otro, y el niño Emilio, para corresponder a su madre, estudiaba con la mayor constancia, y para aliviarla en sus quehaceres se levantaba mui temprano. Antes de irse

al colejio dejaba ademas todas las cosas preparadas, de modo que su madre tuviera menos que ocuparse de las molestias caseras.

Esta delicadeza de sentimientos era recíproca, pues parecia y era asi en realidad, que el uno vivia para el otro y que solo estaba satisfecho el hijo cuando veia contenta a la madre y ésta cuando veia al hijo, ocultándose recíprocamente sus pesares: ¡finjimientos del amor que ennoblecen al ser y nos prueban la escelencia de su naturaleza! Mentiras llenas de virtud, porque son el resultado de la abnegacion, que demuestran esa delicadeza de sentimientos que se da solo en las almas amantes y superiores, tan escasas en este triste mundo, donde parece tan solo que imperara el mas refinado egoismo!

Dos años hacia que vivian de esta manera, satisfaciendo módicamente sus necesidades pero sin caer en la miseria desesperante, cuando de repente y sin el menor aviso quedaron privados de los socorros del hermano de doña Cármen. Al principio le escribió ésta repetidas cartas sin obtener contestacion alguna, y apremiada por la necesidad, se resolvió a hacer un viaje a la aldea; ¡pero cuál seria su sorpresa al saber que hacia mas de dos meses que su hermano habia sido suspendido del curato y el sacerdote que lo reemplazaba no supo o no quiso darle la menor noticia sobre su paradero. Informóse tambien con algunos vecinos, y estos le dijeron únicamente que un dia a eso de las oraciones habian llegado en coche tres sacerdotes, uno de ellos el cura actual, y que pocas horas despues habian vuelto a salir en el mismo coche, llevándose

sin duda consigo al antiguo párroco, porque en la mañana siguiente, con no poco asombro de los fieles, se habian encontrado con el nuevo cura, que les habia pronunciado un sermon.

Asustada doña Cármen Cáceres con este misterio e impulsada por el afecto que tenia a su hermano más que por interes de los ausilios que él le daba, se dirijió en persona donde el señor arzobispo para informarse de la suerte que habia corrido.

El metropolitano, al oir el nombre de la solicitante, mudó de aspecto y su fisonomia tomó un aire de seriedad y de dureza que hizo casi temblar a la tímida señora, agregando:

—Su hermano de usted, que más le valdria no tenerlo, está sufriendo un castigo que, aunque no proporcionado a su culpa, sin embargo correjirá en parte su pecado.

—Señor, habia contestado doña Cármen Cáceres con tono humilde; permítame su señoria ilustrísima que le diga que mi hermano ha sido siempre mui bueno y yo recibia de él algunos beneficios.

—A los que usted debe renunciar.

—¿Por qué, señor?

—Porque ya no tendrá curato de donde sacarlos.

—¿Podria siquiera verlo, señor?

—Imposible.

—¿Pero cuál es el delito que ha cometido para tanto rigor?

—Diga usted para tan poco.

—¿Pero de qué crímen, ilustrísimo señor, se le acusa? Podria yo casi responder de su inocencia; él ha sido

toda la vida bueno, humano y jeneroso, y aseguraria que lo han calumniado.

—¡Que lo han calumniado! Pues, señora, basta que diga a usted que él está convicto y confeso.

—¿Seria posible?

—Yo no miento, señora; y como mi deber es mantener el clero a la altura que le corresponde por su sagrado ministerio, me veo en la dura necesidad de correjir a sus miembros cuando delinquen por la buena disciplina y el mismo honor sacerdotal; pues los ministros del Altísimo deben estar y aperecer sin mancha.

—¡Señor!...

—No hai mas que decir.

—¿No puede, su señoria ilustrísima, decirme su falta?

—Lo puedo, pero no lo quiero; y bástele a usted saber que ha cometido un grande escándalo y que a pesar de mis paternales amonestaciones no ha querido ni quiere arrepentirse; porque a mí mismo me ha dicho que jamas abandonaria la senda de perdicion en que se encontraba.

—¡Es posible, señor! Dispénseme, su señoria ilustrísima, si dudo...

—¡Dudar de mi palabra! Eso no lo tolero ni lo toleraré jamas... Vaya usted en hora mala...

Y el prelado, señalando con una mano la puerta, volvió la espalda a la señora que, atemorizada y suplicante, se habia arrodillado, esclamando entre sollozos:

—Señor, señor, perdon!...

El prelado, conmovido sin duda por aquella voz humilde y que revelaba tanto dolor, se dirijió nuevamente hácia la señora, y dulcificando el acento le dijo:

—No me pregunte usted mas por ese hombre, y esto se lo aconsejo en consideracion a usted misma, porque si hablara le causaria a usted mayor sentimiento. Deje usted asi las cosas por el momento. Puede que se compongan mas tarde, y entonces sabrá el estado de ese infeliz; pero, por ahora, no tengo mas que decirle, sino que se retire y que no trate de comprender aquello que no le haria ningun bien penetrar.

Doña Cármen Cáceres se retiró, pues, del palacio arzobispal sumamente desconsolada, sumamente triste...

II.

El jóven Emilio tambien habia notado que ya no venian los socorros de su tio, y en diferentes ocasiones habia preguntado a su madre cuál seria el motivo de aquel cambio tan repentino y tan infundado; pero ésta le habia siempre respuesto: «no podrá, hijo mio: Anselmo es jeneroso y nos quiere...»

Pero siendo ya imposible aguardar mas, y como la misma doña Cármen estaba alarmada con el silencio de su hermano, dijo y convino con su hijo que haria un viajecito a la aldea para saber lo cierto, y como ya hemos referido lo que le sucedió en su escursion, tan luego como la vió Emilio, le preguntó:

—¿Qué nuevas tenemos, querida madre?

—Malas, hijo mio, malas...

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé positivamente.

—¡Cómo!

—Lo único que he averiguado es que ya no es cura de la aldea.

—Le habrán dado otro curato.

—Lo ignoro.

III.

La madre no quiso revelar a su hijo la entrevista que habia tenido con el metropolitano y lo que le habia dejado entender; pues aun cuando ella no comprendia la falta que habia cometido su hermano, ni menos el castigo que se le habria impuesto, sin embargo suponia que debia haber en todo aquello un asunto grave, y no queria entristecer a su hijo; asi es que añadió, componiendo su semblante para mostrar serenidad:

—Espero que veremos luego a Anselmo.

Emilio era todavia mui niño y aquella respuesta evasiva lo calmó; pero viendo que los pequeños socorros del tio cura eran casi indispensables a su madre, no pudo menos de decirle, pasado algun tiempo:

—Ahora es necesario que yo trabaje para ganar algo.

La madre no respondió, ahogada por la emocion que habian producido en ella aquellas palabras del niño.

Emilio tenia entonces como catorce años; pero como no hai cosa que madure mas pronto el juicio que la adversidad, pensaba ya con alguna reflexion.

—Todavia nó, hijo mio, le contestó doña Cármen. Yo prefiero antes de todo que te instruyas, y despues trabajarás con mas provecho.

El niño no contestó a su madre, sino que al dia siguiente, sin decir una palabra y tan luego como salió de sus clases, se fué a buscar trabajo a una imprenta y le hizo ver al director, sin revelar la situacion en que se encontraba, que tenia deseos de ser tipógrafo y que le permitiera venir a la imprenta a trabajar el tiempo que le dejaban desocupado sus estudios, sin que le diera remuneracion alguna hasta que él lo creyera justo o conveniente.

El director de la imprenta, a quien agradó la fisonomia de Emilio, aceptó la proposicion y desde el dia siguiente se presentó al trabajo, diciendo a su madre que habia tomado otras clases, para que no echara de menos su ausencia en las horas que tenia costumbre de estar en su casa; mas es el caso que Emilio habia obrado de una manera opuesta, pues habia cercenado algunos estudios que le parecian menos indispensables, para consagrar mayor tiempo al trabajo.

La asiduidad, la constancia, la intelijencia hicieron del niño un regular tipógrafo en pocos dias, pues se dedicó a cajista y al cabo de un mes componia ya con lijereza y regularidad los trozos que le daban, de manera que el director, a la cuarta semana, le dijo:

—Aquí tiene usted, amigo mio, tres pesos, fruto de su trabajo.

La sorpresa y la alegria de Emilio fueron estremas... ¡Tres pesos! Jamas habia tenido tanto dinero... Jamas habia soñado tanta felicidad; ¡y sin embargo, el muchacho no era ambicioso!

El director de la imprenta se sonrió con benevolencia al ver la cara que habia puesto Emilio, porque, inca-

paz de disimular, no ocultó la emocion de contento que le habia causado aquella sorprendente ganancia.

—Y esto es poco, amigo mio, agregó el director; pues tal vez la semana próxima gane usted mas, porque veo que usted no comete faltas y aun corrije algunos de los orijinales, lo que me hace presumir que usted sabe bien la gramática. Tanto mejor, esto le facilitará mucho mas, y para nosotros, o al menos para el corrector de pruebas, es un gran alivio.

—Haré cuanto pueda, señor, por desempeñar bien lo que usted se sirva encargarme.

Los modales de Emilio no carecian de cierta distincion, mostrando a primera vista que no era de esos muchachos abandonados y que buscan en las imprentas o en otros talleres una ocupacion cualquiera, pues por su falta de conocimientos no pueden desempeñar destinos que necesitan algun cultivo.

IV.

Cuando Emilio salió de la imprenta, se fué corriendo a su casa sin consultar mas que su alegria; pero antes de llegar a su pobre morada se detuvo a reflexionar y se dijo así mismo:—"Si llevo este dinero a mi madre, me preguntará de donde lo he sacado, y tendré que confesárselo todo, y talvez no le guste; pero tambien es verdad que esto la aliviaria mucho y estariamos mejor; porque yo veo que ella se priva de lo que le es mas indispensable para dármelo a mi, para que yo asista decente a mis clases... y ya he reparado que hace dias a que no toma mate. ¡Querida madre! ¡Cuán

buena es con migo, y cuán feliz me encuentro ahora de poderla aliviar! ¿Pero qué haré para entregarle la plata sin que me prohiba ir a la imprenta, de cuya prohibicion estoi seguro?»

Y el amante hijo, despues de este soliloquio, volvió a emprender su marcha con pausado paso.

Al fin, creyendo que se le habia ocurrido una idea feliz, dijo en alta voz:

—Ya está... asi sí que no podrá saber nada...

Si hubiera habido álguien cerca de él, lo hubiera tomado quizá por loco al oirle hablar solo y al ver sus movimientos o su manera de accionar.

Resuelta la dificultad, segun él, se detuvo otra vez, no ya para investigar el problema, sino para pensar en otra cosa que al parecer no le costó mucho hallar, porque dijo pasado un breve momento:—«Está bien; compraré un cuarto de azúcar refinada, porque es indispensable que mi madre se dé ahora esta satisfaccion, pues siempre toma mate con chancaca. Compraré ademas una libra de yerba y tambien medio cuarto de chocolate que antes le gustaba muchísimo, y del que está ahora totalmente privada; y el resto lo llevaré en dinero, que, con su economia, puede ser que le dure hasta el otro sábado en que tendré mis otros tres pesos. ¡Qué felicidad! Mi corazon reboza de alegria... Miren como palpita!...»

Y Emilio se llevó la mano hácia el lado izquierdo, emprendiendo otra vez su marcha.

Ese dia se habia demorado mas que de costumbre para esperar el pago de la imprenta; asi es que ya era bastante entrada la noche cuando llegó a su casa.

—¡Hijo mio, le dijo doña Cármen cuando vió entrar a Emilio, te estaba esperando con alguna inquietud!

—Me he demorado un poco mas, madre mia, pero no es mia la culpa. Hemos tenido un cértamen literario y por eso he tardado.

—Que no te suceda otra vez, porque no puedo casi dominarme...

—No tenga el menor cuidado. Ya sabe usted que yo no me paso a ninguna parte, sino que me vengo directamente aquí. Y ya que se ofrece esto, debo advertirle que todos los sábados será lo mismo, es decir, que me vendré mas tarde o mas temprano segun se prolongue la discusion.

—¿Y es provechoso para tí?

—Mucho, madre mia.

—Entonces está bien.

—Pero noto que estamos a oscuras, ¿por qué no ha encendido vela?

—¿Para qué? Las estrellas alumbran bastante. ¡Es tan hermoso nuestro cielo! ¿No lo encuentras asi?

Y la pobre mujer disimulaba a su hijo la causa verdadera por que no tenia luz.

—¡A oscuras y esperándome! Esto no puede ser, madre: usted debe haber sufrido mas...

—¡Qué locura! No puedes figurarte lo que me gusta mirar al cielo y contemplar las maravillas de Dios! ¡Cómo se pierde uno, hijo mio, en el infinito! ¡Cómo se alivian los sufrimientos contemplando esos mundos y nuestro nada! ¡Cómo se ensancha el corazon pensando en Dios!

—Asi es, madre mia; yo tambien, aunque niño, miro

algunas veces con interes el cielo y me pregunto: ¿qué será todo eso? Dicen que cada uno tiene su estrella; pero mientras tanto yo me voi a traer velas...

Y Emilio, con esa vivacidad propia de los muchachos, aun cuando éste parecia superior a sus años, salió corriendo.

Doña Cármen llamó a su hijo, pero ya él estaba a mucha distancia y no alcanzó a oirla o se hizo el desentendido.

—¿Qué va a hacer? ¡A traer velas! ¿Y con qué? En el bodegon me han suspendido el crédito y me apuran por el pago de mi deuda; ¿que irán a decirle a Emilio? Es seguro que le negarán las velas y que le manifestarán lo que yo habia querido ocultarle. ¿Para qué necesita saber lo que yo debo? ¡Y bien no ignora Dios que he tomado en el despacho lo estrictamente necesario para satisfacer aquello mas preciso e indispensable!...

Las lágrimas corrieron, al hacer esas reflexiones, por las mejillas de la pobre señora; pero las enjugó en el acto, cuando sintió los precipitados pasos de su hijo.

—Aquí hai velas, madre mia, dijo Emilio encendiendo un fósforo.

—¡Y cómo!... ¿Qué te han dicho? preguntó la madre con ansiedad, temiendo que el dueño del despacho le hubiera, ya que le fiaba, revelado el secreto.

—¿Y qué queria usted que me dijeran? He comprado un real de velas y un medio de carbon, y nada más.

Y el muchacho depositó una cànasta en el suelo.

Doña Cármen respiró: habia comprendido que nada sabia.

—¿Pero cómo has obtenido eso?

—Con dinero; ¿con qué quiere usted que se compre?

—¡Con dinero!... ¿Pero de dónde has sacado ese dinero? preguntó la pobre viuda con cierto temor.

—Esta es una historia que mui luego le contaré; mientras tanto, voi a prender el fuego para que tomemos un mate: tengo ganas.

—¡Un mate!... Yo he renunciado a él... hace tiempo que me hace daño... dicen que es una bebida que ensucia mucho el estómago...

—¡Querida madre mia! esclamó el muchacho sollozando y echándose en brazos de la buena señora, ¿para qué pretende usted engañarme? Yo lo he comprendido... lo he comprendido todo!...

—¡Hijo mio! fué la única espresion que pudo pronunciar la amorosa madre, porque la emocion habia ahogado su voz.

Pero aquel ¡hijo mio! fué dicho de tal manera que revelaba todos los sentimientos ocultos de su alma; porque el acento mas que la palabra es el que descubre cuánta emocion esperimenta nuestro espíritu.

Despues de haberse serenado un tanto, dijo doña Cármen a Emilio:

—¿Qué es lo que has conseguido, y cómo?

—Plata, y del modo mas sencillo.

—Esplícate.

—Antes de esplicarme, aquí tiene usted un cuarto de azúcar, una libra de yerba y un cuarto de chocolate.

—¡Tanto!

—Ojala fuera más; pero como usted es tan arregla-

da y económica lo hará durar. Sin embargo, mañana, en lugar de un cuartillo de leche, dejarémos medio, ¿no es verdad?

—Sí, contestó la madre, quedándose en el acto meditabunda.

—¿En qué piensa ahora? Vamos a poner la tetera y dejemos las penas para otro dia. Es necesario que usted se alegre siquiera un momento, pues hace mucho tiempo que la noto preocupada por mas que usted quiera ocultármelo.

—¿Yo?...

—Sí, usted, madre mia...

—Me bastas tú para que yo sea feliz...

—Sin embargo, yo soi el que mas la atormento.

—No digas eso.

—Por mas disimulada que usted sea, yo no he podido menos de notar que por mí se sacrifica.

—¡Qué ocurrencia! ¿Puede haber sacrificio dónde hai cariño?

—Usted se priva de todo por dármelo.

—Al contrario, hijo mio, yo soi demasiado golosa y me engullo la mayor parte.

Emilio miró a su madre, y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron silenciosas por sus tersas mejillas, pero tuvo la precaucion de volver inmediatamente la cara para que ella no lo viese... él sabia bien que mentia...

La pobreza tiene sus penas; ¡pero qué de encantos no se encuentran en estos recíprocos sacrificios! ¡Qué de delicias no hai al lado del sufrimiento mismo! Madre e hijo eran felices aun en la miseria... ¡Porten-

tos del amor! ¿qué no sois capaces de trasformar?

Hemos dicho que doña Cármen se habia quedado pensativa cuando Emilio le habia hecho la proposicion de que al dia siguiente tomarian chocolate; porque inmediatamente se le habia ocurrido a la pobre mujer que al dia siguiente, el domingo, tendria que pagarle al lechero dos semanas de aquel alimento con que hacia desayunar diariamente a su hijo; y como no tenia con que satisfacer la deuda, era natural que no fiaria mas y que exijiria con ruido el pago: esta era la causa de la tristeza repentina de doña Cármen.

—Dejémonos de ideas tristes, prosiguió Emilio, soplando a la vez el fuego, que echaba numerosas chispas, y ya veremos como Dios nos proteje; y en prueba de ello ahora mismo lo estamos viendo, porque ¡con cuánto gusto no vamos a tomar nuestro matecito con tres centavos de *pan de la jente* que tambien compré en el bodegon! y mientras nos regalamos, le contaré mi historia de hoi que debe usted estar impaciente por saber: pero en tanto se calienta el agua, que ya creo principia a hervir, tome usted esos cuantos realitos que me han sobrado.

—¡Tambien traes plata!

—No mucha como deseara.

—¿Pero de dónde has sacado este dinero? volvió a preguntar doña Cármen con cierto temor.

—Ya se lo referiré... Por ahora páseme el mate para ponerlo en el pico de la tetera y calentarlo.

La madre le pasó el mate sin responder.

—Veo que usted está admirada.

—No es para menos.

—Y cuando usted sepa de la manera sencilla como esto ha sucedido, se le quitará la admiracion o se aumentará; pero, de uno o de otro modo, disfrutaremos de nuestro pequeño caudal.

V.

La serenidad con que respondia Emilio, serenó tambiem a doña Cármen, que supuso en el acto que aquel dinero no podia provenir de una mala accion; porque, aunque mui niño su hijo, sabia que tenia sentimientos delicados y que no gozaria esa tranquilidad si hubiere cometido una falta.

—Páseme la azúcar para tostarla, pues ya está el agua.

—Toma, y date prisa para que me refieras tu portentosa historia.

El buen humor se habia apoderado de la pobre mujer.

Aquellos escasos recursos habian sido bastante para disipar los densos nubarrones de la melancolia que trae consigo la indijencia... Estaba segura del dia de mañana y esto le dejaba algunos momentos de reposo.

—Pues bien, madre mia, dijo Emilio cuando la vió dar el primer sorbo; ha de saber usted que este dinero lo he ganado del modo mas singular.

—Estoi curiosa de oirlo.

Emilio habia de antemano compuesto y estudiado bien la mentira para que no causase la menor sospecha y tuviese todo el viso de una verdad.

—Le dije que me habia demorado hoi a causa de un

certámen literario que tuvimos en el colejio y que se repetirá todos los sábados.

—Ya lo sé.

—Pues bien, en ese certámen dan un premio al que presenta una composicion mejor y yo tuve la fortuna de ganarlo.

—Me alegro infinito, ¿pero que relacion puede tener ese premio literario con el dinero que has conseguido?

—Ya lo verá usted: con ese premio se pueden dispensar algunas faltas.

—No entiendo.

—Es decir que si me han impuesto algun castigo por malas lecciones o diabluras de muchacho, el premio sirve para que las dispensen.

—Y bien; hasta aquí no veo como lo has convertido a dinero.

—Voi a esplicarlo: uno de los jóvenes estaba condenado a pasar en el colejio encerrado mañana domingo, y por consiguiente no podia ir a su casa y ver a su familia; mas sabiendo que yo me habia sacado el premio, y que presentando éste podia salir, me propuso comprármelo.

—Pero ese premio no le serviria a él.

—Sí, porque hai tambien premios impersonales.

—Es decir, qué sirven a todos los jóvenes?

—Sin duda.

—Mala práctica.

—No tanto como a usted le parece, madre mia, porque esto es un gran recurso para los alumnos pobres y aplicados; pues, asi como ha sucedido hoi, obtiene uno recursos a costilla de los jóvenes ricos que se

empeñan poco en sus clases o que no les importa nada cometer faltas, siendo esto justamente lo que me aconteció, ofreciéndome tres pesos por mi premio. Yo acepté en el acto y de aquí proviene esta poca plata que he traido.

—Hijo mio! Pero tú no has dejado nada para tí!...

—¿Y para qué necesito yo dinero cuando tengo toda mis necesidades satisfechas?

—¡Todas tus necesidades!...

—Indudablemente: yo no aspiro a otra cosa que a verla contenta.

—Yo lo estoi siempre... lo estaré toda mi vida contigo, sola contigo...

—¡Querida madre! Y Emilio se echó en brazos de doña Cármen con ese abandono y con esa alegria del que sabe que da y recibe un gusto.

En seguida continuó:

—Y esto espero que dure, madre mia; porque le prometo a usted que todos los sábados obtendré el premio, lo cual me servirá en un doble sentido: primero, porque me empeñaré y me instruiré mucho más; y segundo, porque adquiriré algunos recursos que aunque pequeños nos serán de suma útilidad.

—Pero si tú vendes tus premios no tendrás nada que hacer valer en caso que tú mismo llegues alguna vez a faltar, lo que puede mui bien suceder, porque todavia eres tan niño. Por otra parte, dudo mucho que tengas constantemente compradores.

—En cuanto a lo primero, puedo asegurar a usted que, a pesar de mi poca edad, no sucederá; porque usted me ha enseñado a conducirme, y yo sufriria

mas que nadie, no tanto por el castigo, cuanto porque causaria a usted un pesar; y respecto a lo segundo, no faltan jamas en un colejio muchachos traviesos y perezosos que compren los premios.

La madre creyó cuanto le decia su hijo y estaba contentísima del resultado, pues no podia menos de ver que Emilio tenia razon en suponer que, mediante a este estímulo, adelantaria mucho más; sin embargo reflexionando un poco, le dijo:

—He quedado mui satisfecha con lo que me has dicho, pero solo temo que si te impones tareas mui fuertes no vayan éstas a hacerte mal y que un recargo de trabajo, superior a tus fuerzas, te haga caer enfermo porque entonces... tú comprenderás: ¿qué seria de nosotros? Qué seria de mí?

—No tenga cuidado; yo estoi en una edad en que todo se soporta. Por otra parte, usted me ha dicho que tenia buena constitucion y yo me siento a las mil maravillas.

—Dios te conserve, hijo mio; pero de todas maneras no cometas escesos aun cuando sea en el bien.

VI.

A la semana siguiente Emilio dedicó mas tiempo a la imprenta y el sábado recibió cinco pesos en lugar de tres, habiéndole dicho el rejente que estaba mui satisfecho de su trabajo y que, si continuaba asi, sacaria cada semana todavia más.

—Como es de presumirlo, Emilio voló donde su

madre y le llevó intacto el medio condor que le habian pagado.

Doña Cármen quedó agradablemente sorprendida y dijo a su hijo:

—Parece que los premios del colejio aumentan de valor, pues ahora te han dado cinco pesos en lugar de tres como el otro sábado.

—Es que habian muchos licitadores.

—Ai, hijo mio, si esta ganancia fuera segura cambiariamos de habitacion para que tú tuvieras tu cuarto por separado, y libres ya de todo sobresalto respecto al dia de mañana!

—Puede ser, madre mia, puede ser... yo no desconfio.

—Haces bien; pero pon todo en manos de Dios; y ahora vamos a darle gracias por el bien que nos ha hecho.

Y la madre tomando de la mano a su hijo lo llevó a la presencia de un gran crucifijo que tenia sobre una mesa y ambos se hincaron en silencio, levantando su espíritu para pedir al Creador el *pan de cada dia*.

VII.

Durante tres años continuó Emilio de la misma manera, ya ganando algunas veces mas, ya otras menos, y entregándole todo fielmente a su madre, sin guardar para él un solo centavo, apesar de las exijencias de doña Cármen; pero él le contestaba siempre que no tenia la menor necesidad, desde que ella las satisfacia todas; y asi era en efecto, pues independiente del

alimento, que se empeñaba por que fuese sano, abundante y sustancioso, propio para un jóven que trabaja y que está en esa edad en que se desarrolla con mas fuerza el hombre; independiente de esto, decimos, la madre de Emilio cuidaba del vestido de su hijo. De manera que apesar de la escasez de recursos con que contaban, él aparecia decente y casi elegantemente puesto y con mui poco gasto, porque doña Cármen habia aprendido a suplir al mejor sastre y le hacia ella misma todos sus trajes con tal gusto, que parecian salir de la primera tienda francesa. Por otra parte, Emilio era escesivamente aseado, escesivamente cuidadoso, tanto por habito como por convencimiento; asi es que en el instante mismo de ponerse al trabajo en la imprenta, mudaba completamente todos sus vestidos, de manera que la madre no habia notado jamas una mancha de tinta en los trajes que usaba Emilio, y los que conocen lo que es el empleo de cajista respecto a la limpieza, no podrán menos de admirarse de este fenómeno.

La conducta de Emilio Escobar en el establecimiento tipográfico era encomiada de todos y hasta de las mismas personas que frecuentaban la imprenta, aun cuando no tuvieran injerencia en ella.

Un dia uno de los visitantes mas asiduos y que por lo mismo habia tenido mas motivo de observar y apreciar a Emilio, le dijo al director:

—¿Sabe usted, amigo mio, que tengo ganas de ocupar a este muchacho? Me parece que con el tiempo podria serme mui útil, y yo creo que a él tambien le convendria cambiar de posicion, porque tendria conmi-

go una ocupacion mas lucrativa y menos penosa que ésta; ¿cuánto gana aquí?

—Aquí no está a sueldo sino a pieza, le contestó el director.

—Pero aproximativamente, ¿cuál es su salario?

—Por el momento no es mucho; sin embargo, si él empleara todo su dia, no ganaria menos de sesenta a ochenta pesos.

—¿Y por qué no lo emplea?

—Porque consagra gran parte de su tiempo al estudio, y solo son aquellos momentos que tiene desocupados los que dedica al trabajo.

—Entonces estudia!

—Y es mui aprovechado.

—Razon de más para que le convenga la ocupacion que yo podria proponerle, pues es sumamente descansada, y siéndome a mí útil, podria con facilidad continuar su carrera.

—Me alegraria infinito, aun cuando para mí es una real y verdadera pérdida, pues la semana entrante habia pensado retirarlo de las cajas y colocarlo como corrector de pruebas, porque estoi íntimamente convencido que será mui bueno, y usted sabe que yo me entiendo en la materia.

—Pero veamos; ¿cuánto era su honorario antes y cuál seria ahora?

—Un buen corrector de pruebas no hai plata con que pagarlo, y el pequeño Emilio lo habria llegado a ser.

—En fin, ¿cuánto le daba usted antes y cuánto le daria en el nuevo empleo? Esto es lo que quiero saber,

porque en igualdad de circunstancias, es indudable que me dé la preferencia, por lo desocupado del destino que yo pienso proponerle.

—Y yo no se lo disputo, porque me intereso por la suerte de tan buen jovencito. Lo que yo podria darle seria cuarenta pesos para principiar, y despues le adelantaria; sin embargo, en casa de usted tendria él algun porvenir, y no quiero estorbarle su carrera.

—Pues amigo, propóngale usted cincuenta pesos mensuales por ocuparse conmigo desde las diez del dia hasta las dos de la tarde. ¿Sabrá un poco de teneduria de libros?

—Creo que sí, porque es mui aplicado y se empeña en adquirir cuantos conocimientos puede; pero en todo caso poseerá la teoria, pues ni su edad ni sus ocupaciones le habrán dado lugar a practicar.

—Basta con esto; en casa principiará; propóngale usted el destino.

—Está bien.

Y el director habló a Emilio tan luego como se presentó en la imprenta.

Fácil es concebir que el jóven aceptó en el acto un destino tan ventajoso y tan inesperado; sin embargo, manifestó al director de la imprenta que sentia dejar un establecimiento donde habia sido acojido con tanta bondad.

—En todo caso, amigo mio, le contestó el director, aquí tendrá usted siempre trabajo.

Emilio volvió a darle las gracias, y se fué volando donde su madre, para participarle tan feliz nueva.

Como es de presumirlo, el contento de doña Cármen

fué igual o mayor al de su hijo, no tanto por las comodidades que les proporcionaria el destino, cuanto porque se despejaba el horizonte, presentándosele un porvenir: deseo esclusivo de las madres y la única aspiracion que ellas tienen y con la cual gozan.

El jóven se presentó, pues, al dia siguiente donde su nuevo patron, y principió desde luego a desempeñar su destino, sin por esto abandonar sus clases; sin embargo, al cabo de algun tiempo por el mayor recargo de trabajo y el aumento considerable de sueldo que habia obtenido, asi como por el débil estado de su salud, a causa sin duda de esa contraccion incesante a ocupaciones puramente mentales, se vió precisado, o bien a cortar su carrera, o bien a abandonar el destino; y como éste era lo que les daba para vivir, dejó a un lado sus estudios, en los que habia hecho ya considerables progresos.

Escusado será decir que la posicion de la madre y del hijo habia cambiado, y que en la época a que se refieren los acontecimientos que narramos, doña Cármen Cáceres y Emilio Escobar ocupaban una casita mui decente, amueblada con el mayor gusto ya que no con lujo, dándose a la vez todas las comodidades que podian procurarse con la renta de dos mil pesos de que gozaba ya el jóven.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

Esta era, pues, la situacion en que se encontraban, cuando la viuda del empleado del señor Ingrand con su hijo fueron a hacerle la primera visita a su bienhechora, es decir, a la señora doña Ana de Balcarce, que durante muchos años les habia suministrado la pension de diez pesos mensuales, y sin la cual habrian perecido de miseria.

Debemos advertir que tan luego como Emilio se encontró en aptitud de satisfacer por sí mismo las necesidades de su reducida familia, habia dicho a su madre que convendria suspender la recepcion de aquella mesada, que podria servir para otros mas menesterosos que ellos, y de comun acuerdo no habian vuelto a reclamar por ella en casa del apoderado de la señora Balcarce, como lo hacian siempre; asi es que habia supuesto que doña Cármen Cáceres no existia hacia tiempo.

Esta conducta de parte de Emilio, conducta que habia tenido la aprobacion de la madre, no emanaba de un sentimiento de vanidad o de orgullo, sino de un sentimiento de justicia: el deseo de no privar a

otros de un bien que ellos ya no necesitaban; y tan cierto era que no obraba en ellos otro móvil, cuanto que no se habia borrado de sus corazones la gratitud que debian a la señora Balcarce por aquel beneficio, pues cuando se rehusa una dádiva por vanidad o por orgullo, es infalible que el que lo hace está predipuesto a no sentir el reconocimiento; pero no sucedia asi, como ya lo hemos dicho, en doña Cármen Cáceres y en su hijo Emilio, de manera que tan luego como supieron la llegada de la señora de Ingrand determinaron ir a manifestarle su gratitud y ofrecerle sus respetos.

Doña Ana de Balcarce se encontraba en el jardin del patio con su hija, cuando le anunciaron la visita de doña Cármen Cáceres y de un caballero.

La señora Ingrand en compañia de Julia, salió a recibirlos con esa naturalidad franca que le era característica, y que casi siempre es el distintivo de la gran señora.

Antes de llegar donde las personas que se habian anunciado, dijo a su hija, a quien daba el brazo:

—Cármen Cáceres! Cármen Cáceres! este nombre no me es desconocido, pero no recuerdo por el momento...

—Será quizas alguna de sus antiguas amigas, como esa señora que vino ayer, doña Pacífica Jerez.

—Nó; yo me acordé en el acto de doña Pacífica, pues habia tenido algunas relaciones con ella, y me acordaria de los nombres de las demas señoras de mi tiempo; pero en cuanto a ésta y al caballero que le acompaña, en verdad, no me acuerdo.

—Vamos; talvez les hacemos esperar demasiado.

Doña Ana apresuró el paso.

La madre y el hijo estaban en el corredor, sin penetrar en el salon, aguardando a que se presentara la señora.

—Sírvanse ustedes pasar adelante, dijo doña Ana desde alguna distancia, señalándoles con la mano la puerta.

Doña Cármen y Emilio permanecieron en sus puestos, este último con la cabeza descubierta.

—Adelante, señora; adelante, señor, volvió a repetir doña Ana de Balcarce al llegar donde ellos.

Emilio y su madre pasaron adelante por las instancias de la señora Ingrand, siguiéndolos ésta y su hija.

Llegados al salon, les presentó un sofá para que se sentasen las visitas, y ella y Julia se colocaron enfrente.

Doña Ana preguntó sin afectacion y con voz cariñosa:

—¿A quién tengo el honor de hablar?

—A Cármen Cáceres y a mi hijo Emilio Escobar, dos personas obligadas a usted, señora, y a su difunto esposo, el señor Ingrand.

—Escobar... ya recuerdo... ¿seria usted la viuda del señor Escobar, compañero de escritorio de mi marido?

—Su empleado, señora, nó su compañero, y a quien tuvo la bondad de dejar una pension que ha servido a mí y a mi hijo de una manera estraordinaria, pues sin ella ¡quién sabe lo que habria sido de nosotros!...

—Pero era tan insignificante...

—Muchas veces un pedazo de pan salva de la muerte, y esto era algo más... Esa pension nos ha hecho vivir, señora, y sin ella mi hijo y yo no existiriamos.

La voz de la madre de Emilio revelaba la emocion que sentia; asi es que doña Ana no pudo menos de decirle del modo mas afectuoso:

—Puedo asegurar a usted, señora, que a mí no me debe usted nada. Yo no he hecho otra cosa que cumplir la voluntad testamentaria de mi esposo; pero si yo hubiera sabido... el pequeño legado habria sido mayor, mucho mayor; de manera que en vez de estarme agradecida, yo me reprocho mi neglijencia y le pido a usted escusas en no haberme informado con tiempo, como era mi deber... pero yo le quedaria mui agradecida si usted se dignase en lo sucesivo aceptar...

—Mil gracias, señora; ahora ya no necesito... y desde algunos años antes... pero no por esto estoi menos agradecida... y su bondad actual nos obliga todavia más.

II.

Doña Ana de Balcarce, del mismo modo que Julia, sentíanse impresionadas en favor de aquellas dos personas que se manifestaban tan reconocidas a un pequeño servicio y que rehusaban otro mayor; porque si bien Emilio no habia movido sus labios, conocíase en su fisonomia que participaba de los mismos sentimientos de su madre.

La señora de Ingrand, al oir aquella escusa inesperada, porque en esta época ¿cuál es la persona que no aprovecha de semejante oferta, aun cuando tenga so-

brados recursos? la señora de Ingrand, decimos, se quedó por un rato pensativa, y fijándose con detencion en doña Cármen Cáceres, le preguntó:

—¿Usted me ha dicho que era la esposa del señor Escobar, antiguo empleado de mi marido?

—Sí, señora.

—¿Pero cómo puede ser? Hace mucho tiempo que me escribió mi apoderado de la suspension de esta mesada, y me dijo que sin duda habria muerto la viuda del señor Escobar, pues no habia vuelto a su escritorio hacia mas de un año, y esta falta era imposible que fuese ocasionada por otro motivo; pues antes faltaria la luz del sol que todos los primeros de cada mes no se presentase a su oficina doña Cármen Cáceres, (empleo las mismas palabras con que él me escribia) y que de consiguiente usted ya no existiria.

Yo le contesté, tambien lo recuerdo ahora, que tomase informes y que se empeñara por saber la verdad.

—Puede ser mui bien que ese caballero cumpliese fielmente con el encargo de usted sin tener por ello noticias mias, pues como yo vivia casi sin salir nunca y con pocas o ningunas relaciones, nadie notaria mi mudanza. Por otra parte, nos fuimos a vivir en un barrio mui distante de aquel en que habiamos vivido algun tiempo.

—¿Y por qué dejó usted entonces de recibir la mesada y ha continuado lo mismo desde tantos años? La suma acumulada ahora no es ya despreciable, señora, y espero que usted se digne aceptarla, pues de otra manera yo tengo un cargo de conciencia.

—El mismo motivo que me hizo en aquella época

no cobrar más la mesada, es el que me hace ahora rehusar su jeneroso ofrecimiento; y en cuanto al cargo de conciencia, usted sabe mui bien, señora, que no puede tenerlo y que solo quiere persuadírmelo para obligarnos a aceptar ese dinero, que, como usted dice, debe formar una suma considerable.

—¿Pero cuál ha sido ese motivo que le obligó a usted a rehusar el legado testamentario de mi difunto esposo? volvió a preguntar doña Ana de Balcarce con curiosidad e interes.

—Uno mui natural y mui sencillo.

—¿Cuál?

—Cuando mi hijo pudo satisfacer sus necesidades y las mias por medio de su trabajo.

La señora de Ingrand y la jóven Julia, al oir esta respuesta, miraron detenidamente a doña Cármen Cáceres y a su hijo, sorprendidas de un proceder tan raro, que por lo menos manifestaba un desmesurado orgullo; pero al ver aquellas fisonomias sencillas y humildes en que no se revelaba la menor vanidad, la menor pretension, se desorientaron mucho mas; y si al principio no sabian el motivo que las obligara a rehusar la dádiva, ahora comprendian menos el móvil que las habia hecho obrar; y la señora Balcarce, algo intrigada, dijo:

—Veo que ustedes no quieren ser deudoras a nadie de un servicio, está bien; ¿pero a favor de quién han legado esa suma que les pertenece de derecho? Supongo que no sea a mí; y como yo no quiero quedarme con lo ajeno, espero que tenga usted la bondad de decirme a quién debo entregársela.

—No es, señora, el no querer recibir favores, ni el temor de ser agradecida lo que a mí y a mi hijo nos ha obligado a no tomar desde hace años la mesada que su digno esposo se sirvió asignar a la viuda de su antiguo empleado; nó, porque jamas se borrará de nuestros corazones el reconocimiento que debemos a nuestro bienhechor, y porque sentimos satisfaccion en esperimentar ese reconocimiento.

Habia tal acento de verdad en las sencillas palabras de la madre de Emilio, que doña Ana de Balcarce y su hija se sentian conmovidas y arrastradas por una oculta simpatia hácia ellos.

Doña Cármen Cáceres continuó despues de una lijera pausa.

—La única razon que hemos tenido, pues,-ha sido el no arrebatar a otro smas necesitados esa caritativa limosna.

—Comprendo, señora, y aprecio como es debido su accion; pero no habiéndose repartido esa mesada segun su voluntad, lo haremos ahora; ¿a quién quiere usted que se dé?

—Si yo tengo algun derecho para disponer...

—Indudablemente que lo tiene; es usted la sola y esclusiva dueño.

—Yo no sé hasta qué punto sea verdad lo que usted dice.

—De todo punto, señora.

—Ya que usted lo desea asi, acepto, para que tambien continúe el motivo de mi gratitud, aun cuando puedo asegurar a usted que nunca se habria borrado de mi alma.

—Yo soi quien debiera mas bien estarle a usted reconocida, pues me hace esperimentar con sus palabras una sensacion deliciosa.

—No son, señora, mis palabras las que pueden darle esa especie de satisfaccion, sino su conciencia por el bien que hace.

—Pero hasta aquí, ¿qué es lo que yo he hecho que merezca este galardon?

—El pensamiento precede a la obra, y desde que se concibe el bien, ya el goce principia.

III.

Doña Ana de Balcarce volvió a mirar detenidamente a su interlocutora, porque lo que acababa de decirle la admiraba tanto como la atraia.

—Y bien, señora, dijo la aristocrática y rica matrona despues de un instante de silenciosa contemplacion; ¿qué destino quiere dar usted a esa suma?

—Ya que se consulta mi voluntad...

—Es la única que tiene en esto derecho de intervenir.

—Ya que usted, pues, se digna dejarmela, emitiré mi opinion, quedando mui complacida si usted la acepta o la modifica.

—Veamos, aunque de antemano me parece que gozará de mi aprobacion.

—Esa limosna que el señor Ingrand hacia a la viuda, debe, para que la voluntad del testador se cumpla, dársela a otra viuda. Mui fácil será encontrar alguna

madre de familia cargada de hijos y sin recurso alguno, a quien esta cantidad alivie y preserve quizá de futuros males, porque la miseria tiene consecuencias funestísimas...

—No solo acepto su pensamiento, sino que me asocio a él, y yo aumentaré dos tanto más esa cantidad para que el socorro sea mas eficaz.

—Esa es mucha jenerosidad, señora, y no puedo menos de reconocerla, de admirarla.

—Mayor, cien mil veces mayor es la suya, amiga mia; y doña Ana, acentuando la palabra *amiga*, añadió: permítame que la llame asi, pues espero que nuestras relaciones, principiadas de esta manera, serán en los sucesivo mas íntimas.

—Usted me hace, señora, un honor al que no tengo títulos ni méritos para ser acreedora.

—La nobleza de alma que manifiestan sus acciones es para mí la mejor recomendacion y el mejor título.

Doña Cármen Cáceres se ruborizó visiblemente al oir aquel elojio y aquel honroso ofrecimiento de amistad.

—Talvez ofendo su modestia, agregó con dulzura doña Ana de Balcarce, apoderándose de una de las manos de la madre de Emilio, y yo debia solo sentir en el interior de mi corazon lo que mis labios acaban de revelar; pero usted disculpará mi lijereza.

—Nada tengo que disculpar señora, sino mucho que agradecer...

—Basta de señora, basta... de aquí en adelante es preciso que seamos mas amigas, porque ya me lisonjeo que lo somos algo; al menos asi lo esperimento yo; y

que, echando a un lado la etiqueta, nos trataremos con mas íntima cordialidad.

—Será para mí una felicidad.

—Lo será para ambas; pero ya que estamos de acuerdo sobre este punto, arreglemos el otro: mañana, hoi mismo preguntaré a mi apoderado la suma total que usted ha dejado de percibir; yo agregaré dos tantos más, y estos fondos quedarán desde luego a su disposicion para que les dé el destino que usted me ha indicado u otro cualquiera si lo juzgase mejor.

—En tal caso, señora...

—¿Vuelve usted nuevamente a llamarme asi?

—Desearia mas bien conservar las distancias tan marcadas que existen entre ambas. ¿Qué importa que yo le dé el título que le corresponde y que la trate con toda la consideracion debida a su rango, cuando siento en mi enterior aquel afecto respetuoso y sincero que nos arranca el mérito? ¿Dejaria de aceptar la amistad que usted me brinda por el hecho de reconocer las superioridades sociales a que todo el mundo se somete y de tributarle las consideraciones que le son debidas a su clase y a su fortuna?

—Ya veo que usted me adula, esclamó doña Ana de Balcarce, riéndose a carcajadas. Y luego, agregó: Dejemos tambien esta cuestion que ha sido enfadosa para usted cuando yo tenia la palabra, y que no lo es menos para mí desde el momento que veo tan cargada de incienso la atmósfera que usted me hace.

—No hago mas que reconocer el mérito.

—¿Prosigue usted? Tratemos del asunto que nos ocupábamos. ¿Podrá usted tomarse el trabajo de buscar

la persona o personas a quienes pueda ser mas provechoso ese ausilio?

—Respecto al trabajo no hai para mí inconveniente, porque en lugar de ser una molestia, se siente el mas vivo placer cuando se busca al necesitado para socorrerlo; pero no es justo que yo me lleve todo el provecho y que sea a mí a quienes esas jentes están tan solo agradecidas: es preciso que cada una tome su parte.

—Nó, amiga mia; yo estoi recien llegada y no conozco a nadie. Por otra parte, las ocupaciones indispensables para la que recientemente se establece, le absorben todo su tiempo, asi es que usted tendrá que ser precisamente la única encargada del asunto; pero como socia que soi en la negociacion, espero que usted me dé con frecuencia cuenta de ella; ya ve usted que no soi tan desinteresada.

—¿Y qué interes cabe aquí sino el de la caridad que usted sabe ejercer con la accion y con la palabra?

—¿Y le parece a usted poco?

—Lo confieso, señora, creo con usted que el ejercicio de esa virtud lleva en sí misma envuelta la mas dulce recompensa.

—Pues bien, allá voi yo, y todavia tengo otra ganancia.

—¿Cuál?

—No se la digo a usted, porque continúa quebrantando mis órdenes, es decir, porque prosigue tratándome de *señora*.

—¡Tanta bondad!

—Aquí no hai bondad, sino mandato; y sépalo usted

una vez por todas, que soi imperiosa y me gusta ser obedecida.

—No tendré otra voluntad que la suya, amiga mia.

—Ahora estamòs bien.

—Dígame pues entonce, ¿cuál es la otra ganancia que se propone obtener?

—Es mui sencilla: como tendrá usted que darme cuenta del resultado de nuestra negociacion y de los pasos que usted dé para llevarla a feliz término, se verá obligada a venir a verme con frecuencia, y en esto consiste el segundo provecho que yo obtengo.

Doña Cármen Cáceres tomó la mano de la señora Ingrand y la llevó a sus labios sin proferir una palabra.

Emilio dió tambien vuelta la cara y sacó con precipitacion un pañuelo del bolsillo para enjugar una traidora lágrima, que iba imprudentemente a revelar la emocion que sentia.

IV.

Los afectos ejercen una poderosa accion magnética; asi es que los sentimientos que esperimentaban Emilio y su madre, se trasmitieron con toda su fuerza a la señora Ingrand y a su hija Julia; de manera que aquellas cuatro personas se sentian atraidas las unas a las otras por el poderoso iman del cariño.

Hai tambien que observar que las buenas acciones producen por lo jeneral ese efecto instantáneo y que las almas quedan saturadas, dirémoslo asi, del magnetismo de la virtud y por consiguiente predispuestas a

que se apodere de ellas la mas noble pasion, el amor.

—Terminada esta conversacion, la madre de Emilio trató de pararse, porque ya habia permanecido mas tiempo del que convenia para una primera visita; pero la señora Ingrand la detuvo diciéndole:

—La primera condicion de la amistad, es que no exista la etiqueta.

—Temo incomodar...

—Ese temor no puede abrigarse donde hai algun afecto y yo me lisonjeo que usted lo tenga para conmigo, puesto que yo lo siento para con usted.

Las palabras de doña Ana de Balcarce eran vertidas con tanta naturalidad que habria sido una falta dudar de ellas.

—Asi es, amiga mia, asi es; puedo asegurarle que jamas habia gozado tanto en compañia de nadie como gozo con ustedes.

—De consiguiente, si estamos todas complacidas, ¿por qué privarnos de este goce?

—Para nosotras es quizá mayor.

—No disputaremos sobre este punto, porque todavia no se ha inventado una medida para calcular y decir a punto fijo la intensidad mayor o menor de los afectos.

—Tiene usted razon, pero es natural que los esperimenten con mas fuerza los favorecidos, aquellos a quienes se les ha hecho el bien y son deudores de la gracia.

—Pero en nuestro caso no hai ni deudor ni acreedor, amiga mia: solo hai reciprocidad.

—Usted queriendo borrar hasta las apariencias del

bien, no hace mas que aumentarlas y hondar la distancia que nos divide.

—Vaya, amiga mia, que usted habia salido argumentadora.

—¡Argumentadora! Yo no hago sino apreciar las cosas.

—La exajeracion es mala consejera y desvia nuestro juicio.

—Yo no sé si he dado lugar para que usted me juzgue asi.

—Talvez; pero hasta aquí no hemos hablado mas que de un solo asunto cuando tengo tantas cosas que preguntar, como verdadera provinciana que soi.

La conversacion se hizo entonces jeneral y variada, a la vez que llena de animacion; pues desaparecia por instantes esa especie de cortedad peculiar a la poca confianza, y como esta se aumentaba por momentos, las dos señoras tanto como los dos jóvenes se espresaban mas libremente revelándose asi el interior de sus almas, de tal manera, que habian bastado unas cuantas horas para que aquellas nacientes relaciones tomaran casi el carácter de antiguas, a tal punto, que cuando se separaron ya podian considerarse como viejas amigas.

Y no se crea que es exajeracion el nacimiento de un cariño instantáneo, porque hai veces que la simpatia que sentimos por ciertas personas es tan poderosa que nos encontramos inmediatamente ligados, ni mas ni menos que si fuésemos atraidos por una corriente magnética. Esta relacion, es tanto mas íntima, se hace tanto mas fuerte y duradera, cuando tiene por base la virtud, cuando emana de una accion noble o heroica.

Y como en el caso presente, la señora Ingrand habia podido ver en doña Cármen Cáceres que la caridad y el desinteres eran el fondo de su carácter, uniéndose a esas dos bellas cualidades la modestia, la sinceridad y la franqueza, se sintió atraida. Asi es que en lugar de hacer resistencia para que no se apoderase de ella aquel afecto naciente, encontró un placer en acariciar esa amistad, prometiendo mantenerla, si no habia algun motivo poderoso que la impidiese, porque la diferencia de fortunas y de rango, podremos decirlo asi, no influia tan poderosamente en el ánimo de doña Ana de Balcarce que llegase al punto de poner entre ambas personas y aun entre ambas familias, una valla insuperable.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA CONFESION ¿MORALIZA O DESMORALIZA?

I.

En Santiago de Chile se sabe casi en el mismo instante cuando viene a establecerse en la aristocrática poblacion una persona rica, y en el mismo dia se conoce en los altos círculos su oríjen, el caudal que posee, los medios de que se ha valido para adquirirlo, y mil otras particularidades que forman la vida o la historia de aquella persona. Y segun sea el volúmen, dirémoslo así, de su fortuna, asi son tambien las consideraciones que están dispuestos a prestarle los individuos de alcurnia o de dinero que habitan la gran ciudad y en cuyas manos se encuentran los altos destinos del pais; porque, sea dicho de paso, nuestra república no es mas que una oligarquia poderosa que nos viene gobernando desde los primeros tiempos de nuestra emancipacion de la metrópoli y que continúa todavia, salvo una que otra escepcion, y aun estas escepciones adoptan al fin el mismo sistema, porque el elemento aristocrático las envuelve, las subyuga y las trasforma.

Como íbamos diciendo, la llegada de una persona a la capital de nuestra república, se sabe en el acto, y

no es estraño que la señora doña Ana Balcarce de Ingrand y principalmente su colosal fortuna, que se hacia subir a millones, llamase la atencion y fuese por este solo hecho la conversacion obligada del dia.

Doña Pacífica Jerez, por otra parte, mui relacionada como sabemos, habia contribuido no poco a difundir la nueva; asi es que todas las familias de Santiago se empeñaban a porfia por ser de las primeras en visitar a las recien llegadas y solicitaban el ser presentadas por la beata, la cual se hacia valer con doña Ana de Balcarce por sus numerosas relaciones y con éstas por la confianza que decia tener con la primera; de modo que su influencia crecia con las unas y con las otras.

La señora de Ingrand, asi como su hija, no podian menos de reconocer la gran influencia que ejercia doña Pacífica en la alta sociedad santiagueña, estándole a la vez agradecidas por haber sido ella la principal causa de que hubiesen obtenido luego tantas y tan buenas amistades, pues en poco tiempo habian sido visitadas por las personas mas encopetadas de gran villorrio.

II.

Pero doña Pacífica habia tenido especialmente un gran cuidado en escojer todo aquel círculo que estaba mas en armonia con sus opiniones y que era por consiguiente el mayor número; pues, como nadie lo ignora, la mayoria de nuestras principales matronas pertenece en cuerpo y alma al clero, y éstas eran las que

la astuta beata habia convidado de preferencia. Y procedia así, porque sabia de antemano que se ocuparian de ella y que harian infaliblemente su panejírico, el que no podia menos de influir en el buen concepto y alta apreciacion que se formase de su persona la señora de Ingrand, del mismo modo que su hija, pues estaba en sus intereses captarse la voluntad y estimacion de ambas.

Tambien, o mas bien dicho, en primer lugar, para la realizacion de sus proyectos y tener la seguridad de que no fracasasen, las primeras personas que habia presentado a la señora de Ingrand, habian sido don Juan Ugarteche y el señor rector del Seminario, los que no habian desdeñado mostrarse tan complacientes y amables que, tanto doña Ana de Balcarce como su hija, quedaron encantadas de aquellas visitas que les proporcionaba conocer a los miembros mas ilustres e influyentes de nuestro clero, ya fuese por sus relaciones de familia, por la fama de su santidad o por los puestos que ocupaban, asi como por el poder que ejercian en todas las clases del pueblo.

No contenta todavia doña Pacífica con esto, a pesar que era mas que lo suficiente para contar con todas las probabilidades de buen éxito, se dió maña para inducir al señor arzobispo a que fuese tambien a visitar a doña Ana de Balcarce, lo cual consiguió por el intermedio del señor rector del Seminario, que obtuvo del gran prelado esta tan señalada condescendencia que honraba sobremanera a las personas por quienes se dignaba hacer una manifestacion tan fuera de uso, y a la que no alcanzaban ni los mas encumbrados per-

sonajes de la capital; ¡pero quién sabe cuáles fueron las razones poderosas que se le manifestaron y que lo determinó a presentarse el primero en casa de la señora de Ingrand!

La visita del arzobispo a doña Ana Balcarce, que tuvo un especial cuidado doña Pacífica Jerez de divulgar por todas partes, aumentó en mucho las consideraciones que debian tenerse por las nuevas huéspedes de la capital, a la vez que hizo tambien crecer estraordinariamente el buen concepto que, tanto la señora de Ingrand como su hija, se habian formado de la beata, a tal punto que en mui poco tiempo llegó a ser el oráculo de aquella casa, no haciéndose nada de sério ni tomándose ninguna determinacion por de poca importancia que fuese, que no se consultase préviamente con doña Pacífica, la que, si bien conocia todo el terreno que tenia ganado, no aventuraba todavia la partida, sino que queria tener aun mayores seguridades.

Para llegar a ese resultado, a mas de las relaciones de amistad que le habia procurado en pocos dias a la señora de Ingrand, a mas de la visita del señor arzobispo y de los santos cuanto ilustres clérigos que le habia presentado, hizo de modo que tanto la madre como la hija escojiesen por directores espirituales a don Juan Ugarteche y al rector del Seminario; y no segura todavia con todo esto, colocó en la servidumbre de doña Ana de Balcarce, servidumbre que ella se encargó de buscar y de la cual tenia una necesidad urjente la señora de Ingrand, por estar recientemente llegada, colocó, decimos, todas aquellas personas en quienes tenia plena confianza por ser *hijas predilectas*

de María y en las cuales don Juan Ugarteche ejercia un poder omnímodo.

Entraron pues las protejidas al servicio de las dos señoras, con la condicion espresa de comunicarles cuanto pasara en el interior de la casa, por mas insignificante que fuese, debiendo dar cuenta de ello semanalmente y obrando en conformidad a lo que se les ordenase.

Este espionaje, tan comun a los sacerdotes, pues es la parte principal de su educacion como sucede actualmente en el Seminario, donde los niños están obligadas a revelar al director las faltas de los otros bajo severas penas en caso de no hacerlo.

Este espionaje no es otro que el sistema inquisitorial que ha ejercido siempre la Iglesia católica y del que nos habla la historia, sirviendo de fundamento a aquel tribunal terrible que ha dejado el imperecedero recuerdo de actos llenos de tan bárbara crueldad que, a pesar de los siglos trascurridos, todavia nos horripilan, porque alli se mandaba al hijo delatar al padre y el padre al hijo, el esposo a la esposa y el hermano al hermano, violando los mas sagrados vínculos de la naturaleza.

Este espionaje, repetimos, que no ha caido en desuso, porque el confesionario es el espionaje *universal* que ha llegado a ser establecido como precepto, acatado como dogma e impuesto como sacramento, es el mismo de antes, dulcificado en parte ahora, pues en esta época están los clérigos obligados a acatar la razon de los pueblos en quienes principia a penetrar los luminosos rayos de la conciencia libre, de la dignidad individual y del derecho humano. Ese espionaje, volvemos a

decir, era tambien el mismo que doña Pacífica Jerez, en consorcio con los clérigos, impusieron en la casa de la señora Ingrand, con el evanjélico propósito de conocer las faltas que se cometieran para tener ellos el santo deber de correjirlas, encaminando aquellas almas por el buen sendero.

III.

Al escribir estas líneas y sintiendo apartarnos de nuestra historia, no podemos menos de decir y admirar cómo el espíritu humano ha podido llegar hasta una observacion semejante!

Estudiemos el confesionario bajo sus diferentes faces y veamos los bienes y los males que de él resultan para darle en seguida nuestra aprobacion o desaprobacion en conformidad del juicio, del raciocinio y de la equidad e intelijencia humanas.

Se dice en primer lugar que la confesion reforma las costumbres.

Se dice en seguida que es una válvula por donde se escapa el pecado.

Se dice por último que es ella el único escalon por donde puede subirse al cielo.

Pero examinemos estos pretendidos bienes bajo el punto de vista razonable y bajo el punto de vista esperimental e histórico; sin embargo, seremos mui lacónicos.

Tomando la primera proposicion, desearíamos que nos señalaran el punto, el lugar, el pueblo, la nacion donde el confesonario ha moralizado las masas, lle-

vándolas a un grado de virtud tal que hayan desaparecido o disminuido los crímenes en proporcion al uso frecuente que hagan los individuos de esta panacea moral.

Podemos presentar la estadística de los pueblos que tienen esa creencia y siguen esa práctica y de aquellos que no la aceptan y que la rechazan, y se verá que lejos de ganar los primeros, que lejos de tener mejores costumbres, hai en ellos mas ignorancia y mas relajacion, porque existe mas obediencia pasiva, mas servilismo, lo diremos con su término técnico, mas estúpidez; pues con esta práctica funesta se repudia la razon, el convencimiento, la dignidad, la conciencia verdadera que está basada en eternos como inmutables principios y en esta nocion innata de justicia grabada por Dios en el corazon del hombre y que esta preocupacion relijiosa envilece y perturba.

Veamos ahora otra de sus estravagantes tesis, por la que se afirma que el confesonario es una válvula contra el pecado.

¡Por Dios! ¿Dónde vamos a parar con semejante principio, con doctrina semejante? ¡A la sancion de todos los vicios, a la justificacion de todos los crímenes, puesto que basta decírselos a un clérigo para que el Hacedor Supremo los perdone...! para que Él contraríe o revoque las leyes mismas que ha impuesto al hombre...! para que la sancion, el castigo físico y moral del individuo que ha delinquido desaparezca con una palabra, con una fórmula, con una bendicion...! ¿Y se denomina a esto misericordia? ¿Por qué no se le da la palabra debida, la clasificacion justa? Pues bien;

nosotros lo diremos: el confesonario es la perturbacion, en vez de ser la rejeneracion moral; es la injusticia contra la justicia; el absurdo en lúgar de la razon; el fanatismo ciego remplazando a la verdad, remplazando a los principios absolutos y eternos de la creacion, remplazando a la conciencia humana y por consiguiente a la bondad de Dios!...

Pero se dice que hai algunos a quienes corrije el confesonario. No queremos negarlo: los falsos dioses del paganismo han tenido tambien sus santos y sus héroes. Sin embargo, porque existen señalados individuos en quienes obra favorablemente esta creencia, ¿debemos propagar el absurdo? ¿Debemos fundar la moral en una preocupacion que la pervierte, o mas bien dicho, que la destruye? ¿Quién no ve que al hombre a quien le basta esa ceremonia para acallar sus remordimientos anulando su delito, se le abre una ancha vereda para que los repita incesantemente? Se dice, empero, que la confesion no destruye el remordimiento (y asi es, porque los principios inmutables de justicia que han sido incrustados en el corazon humano no desaparecen ante las preocupaciones) sino que perdona la culpa sin que desaparezca el castigo; ¿qué significa este juego de palabras? ¿Cómo se anula la culpa y queda vijente la pena? Si el pecado ha desaparecido debe tambien desaparecer el castigo: lo uno es consecuencia de lo otro, pues no puede haber pena allí donde no hai falta.

Por último, se afirma que éste es el solo escalon para subir al cielo, es decir, que el confesonario se antepone a toda virtud, se le coloca en primera línea

y se le hace superior a los actos mas meritorios de una vida sin mancha y llena de caridad y de abnegacion!... ¿Y quien no ve que asi se conculcan las nociones mas sencillas de la verdad y de la justicia? Quién no ve que con semejante creencia el juicio del hombre se pervierte desde el momento que se sustituye un falso principio a las leyes de Dios? ¡Con que basta el hecho solo de confesarse para que se perdone una vida llena de crímenes y alcance la bienaventuranza, en tanto que otra existencia llena de virtudes iria al fuego eterno por no haber cumplido con esa ceremonia! ¿Es esto moral, justo, razonable siquiera? Basta esponer sin comentario alguno la cuestion para que salte a la vista el absurdo y se palpen las consecuencias funestas y estraordinariamente perniciosas que lleva envuelta esa práctica relijiosa que, a mas de ser el espionaje universal, destruye las claras nociones de la moral, y en vez de correjir el vicio lo fomenta con la facilidad del perdon, de donde proviene sin duda que la estadistica criminal de los pueblos donde reina el confesonario es mayor que la de aquellos donde no se le acepta.

DON RAFAEL ARCANJEL DE DOMINGUEZ.

I.

Doña Ana de Balcarce por la revelacion que hemos hecho estaba, pues, rodeada de personas que directa o indirectamente favorecian las miras de la beata, secundando sus planes, sin saberlo, esceptuando a don Juan Ugarteche y el señor rector del Seminario, los que particularmente no perdian la ocasion de encomiar las virtudes y relevantes cualidades de doña Pacífica, asi como el mérito poco comun de su jóven hijo, lamentando que no tuviera vocacion para el sacerdocio, e insinuando con maña que seria para cualquier señorito un partido envidiable, observacion que no pasó desapercibida, como era natural, a la señora Ingrand, que tenia en vista la felicidad de su hija.

Pero como los clérigos son demasiado previsores y astutos, porque les sobra siempre la malicia, no dejaron de advertir a doña Ana de Balcarce que el hijo de la señora Jerez, si bien lleno de cualidades, era un poco corto de jenio, es decir demasiado modesto, y que este defecto de su carácter, si en realidad podia considerarse como tal, impedia el brillo de sus otros méritos hasta el punto que no faltarian personas que

lo juzgasen desventajosamente a pesar de sus relevantes méritos; porque, agregaban, la modestia tiene ese inconveniente, inconveniente que redunda mas tarde en favor del individuo, pues mientras menos se cree encontrar en él, mayor es el realce que consiguen sus virtudes.

Prevenida tan favorablemente, la señora Ingrand deseaba con ansia conocer al hijo de doña Pacífica, tanto más cuanto que ésta era su principal amiga, la que les habia procurado tan numerosas como escojidas relaciones y que ademas no le habia hablado de Rafael Arcánjel sino con estraordinaria reserva; delicadeza de madre que ella tambien como madre apreciaba sobremanera, haciéndola por este hecho formarse un juicio mui ventajoso de la señora Jerez, sin comprender que no era ello otra cosa que un astuto cálculo.

Por otra parte, doña Pacífica esperaba que el sastre concluyese los trajes del seminarista, dándole intertanto lecciones ella asi como el rector, respecto a la manera como debia conducirse cuando fuese presentado a la familia Ingrand y que no desmintiese del concepto que ya tenian formado de él por las apreciaciones anticipadas que se habia hecho

No faltaba malicia a Rafael Arcánjel sino que, por el contrario, tenia mas astucia de lo que debiera, ya fuese por carácter o ya por la educacion que reciben los jóvenes que destinan para el sacerdocio y a quienes enseñan en primer lugar el disimulo bajo, la adulacion rastrera y esa sumision degradante que hace el fondo de la enseñanza sacerdotal; asi es que el jóven seminarista no podia menos de aprovechar las lecciones y

aun sobrepujar a sus maestros, porque estaba acostumbrado, como ya lo sabemos, a ese espionaje que enjendra la hipocresia o que se hermana perfectamente con ella.

II.

Llegó al fin el momento de presentar a Rafael Arcánjel en casa de la señora Ingrand, y ese dia doña Pacífica se hizo acompañar de don Juan Ugarteche, del rector del Seminario y de una de sus mas decididas amigas, con el fin de hacer resaltar las cualidades que adornaban a su hijo, habiéndole prevenido de antemano que se mantuviese sumamente reservado, tanto para que supusieran en él esa modestia que ocultaba sus virtudes, cuanto porque habia sido anunciado con ese carácter que él no debia bajo ningun aspecto desmentir, porque dañaria a sus intereses.

Rafael Arcánjel, a quien podemos llamar con toda propiedad el clerical, porque era el verdadero tipo de esta nueva falanje de esplotadores *sui generis* que se ha levantado entre nosotros, no carecia, como ya lo hemos dicho, de ese talento del *Tartufe* representado con tanta propiedad por Moliére; de manera que él comprendió en el acto su papel, disponiéndose a desempeñarlo mas a lo vivo y con mayor exactitud que lo que se lo recomendaban sus maestros.

Debemos advertir que doña Pacífica, escesivamente previsora y sagaz como buena beata, comprendió que su hijo haria talvez mala figura si lo presentaba en casa de su amiga desde el primer dia que se vistiera con traje de paisano; porque talvez ella habria notado

que no hai cosa mas ridícula que un clérigo, acostumbrado siempre con sus polleras o sotanas, como se llama al traje sacerdotal, puesto por primera vez de frac o de levita. Mas para obviar tan grave inconveniente, hizo que Rafael Arcánjel ensayase por algunos dias su nuevo vestuario hasta que llegase a hacérsele familiar, para cuyo efecto lo llevó anticipadamente a hacer otras visitas de mayor confianza, donde pudiera irse presentando sin dar lugar a crítica; y aun cuando la diera, esto no importaba tanto como aparecer ante la señora Ingrand de una manera estravagante, apocada o ridícula, sabiendo por esperiencia que lo último lo destruye todo, hasta el mérito real y verdadero.

Otra de las precauciones que usó doña Pacífica fué prevenir a la señora Ingrand que deseaba presentarle a su hijo en confianza, porque, segun le dijo, tenia todavia la timidez del colejio y talvez se *cortaria* si habia en los salones gran número de personas, lo que era mui natural, por no estar acostumbrado a encontrarse en sociedad.

Doña Ana de Balcarce que deseaba conocer al hijo de doña Pacífica, de quien tanto y tan ventajosamente le habian hablado, halló mui justa la observacion de su amiga y le dijo que lo recibiria solo entre personas de la mayor confianza y que serian únicamente aquellas con quienes ella viniese, pues prohibiria la entrada para los demas.

Estipuladas estas condiciones, doña Pacífica Jerez fijó el dia y la hora en que debian presentarse, teniendo previamente el cuidado de advertírselo a don Juan Ugarteche y al rector del Seminario para que lo

acompañasen, sirviendo como de padrinos al jóven.

Todo ese dia Rafael Arcánjel lo pasó constantemente en frente de un espejo de cuerpo entero, ya para acomodarse el traje y ver aquel que le estaba mejor o ya para estudiar la postura que mas conviniera tomar y que mas lo realzara en concepto de las personas ante quienes iba a ser presentado, consiguiendo al fin quedar satisfecho de sí mismo.

Pero antes de que aparezca este personaje en los suntuosos salones de doña Ana de Balcarce, presentémoslo al lector.

III.

Era, en la época a que nos referimos (1861), don Rafael Arcánjel de Dominguez un jóven como de veintidos a veinticuatro años de edad, de mediana estatura, y sumamente delgado, por cuya circunstancia parecia que saliera apenas de la pubertad, contribuyendo a creerlo asi una voz de tiple que no tenia la dulzura o suavidad de la mujer ni la gravedad de la del hombre, lo cual hacia un raro contraste con la seriedad imperturbable de su fisonomia y la mesura de sus actos que siempre parecian provenir de la reflexion; pues no se notaba en ninguna de sus acciones la menor espontáneidad, el menor arranque, la menor lijereza tan propia o tan peculiar a la juventud, en quien por lo jeneral obra mas el temperamento que el cálculo.

El semblante del ex-seminarista estaba en armonia con su cuerpo, pues su pálido rostro carecia de ese

tinte sonrosado de los primeros años, en que se revelan a cada momento las emociones interiores del espíritu o los sentimientos vivos y variados que nos ajitan con tanta frecuencia en esa época feliz de la vida del hombre. Podia pues decirse que la marmorea cara de aquel jóven era tan impasible como la de una estátua. Sin embargo, su mirada viva, penetrante, sagaz, desconfiada a la vez que investigadora, revelaba que en aquel pecho se ocultaban pasiones ardientes y que bajo aquella fisonomia impasible bullian las diversas materias inflamables de un volcan en combustion que espera solo una oportunidad, o que las capas de la tierra se debiliten, para abrirse paso, formar un cráter y lanzar fuera el fuego intenso que se elabora en el abismo de sus entrañas. Tal era, hablando de un modo figurado, el alma de aquel jóven, que aguardaba tambien la ocasion favorable para manifestarse por completo, aunque siempre con el disfraz de una mansedumbre aparente.

Educado en el Seminario habia adquirido esa hipocresia refinada que caracteriza a la mayor parte de aquellos que han vestido desde sus primeros años el hábito del fraile o la sotana del clérigo, o que han recibido su educacion en uno de esos colejios confiados a comunidades relijiosas que, por desgracia de nuestro pais, ocupan un puesto preferente en la enseñanza de nuestra juventud.

Era tambien don Rafael Arcánjel de Dominguez, independiente de su profundo disimulo, sumamente envidioso, asi es que cualquiera superioridad que reconociera en los otros, y esto le sucedia casi siempre, despertaba en él sentimientos de odio, como si quisie-

ra vengar su inferioridad, motivo por el que se habia constituido en el Seminario como el espia cruel de todos sus condiscípulos.

La avaricia, vicio peculiar de las almas apocadas, era uno de sus distintivos favoritos; pero tenia el talento de ocultar su sórdida fealdad, bajo las apariencias de una economia ordenada, consiguiendo que el rector lo estimase tambien por esta cualidad, presentándolo jeneralmente como un ejemplo que seguir, como un dechado que debian imitar los demas.

En el mundo moral sucede lo mismo que en el mundo físico: a una virtud se agregan otras virtudes y a un vicio se suceden otros vicios. De consiguiente, los defectos del ex-seminarista no se limitaban a los que hemos anotado, sino que era servil y bajo con sus superiores, duro y arrogante con aquellos que de él dependian, por mui pequeño que fuese hasta el presente este número, pues su esfera de accion era mui limitada y circunscrita en la actualidad, faltándole solo el campo para desarrollarse en grande escala, pero ese espacio iba a serle abierto con la adquisicion de la inmensa fortuna que tenia en perspectiva.

No pasaremos en olvido otras de las cualidades que distinguian al jóven clerical. Dotado de un temperamento ardiente, era por naturaleza inclinado al bello sexo. Sin embargo, él habia encontrado el medio de disimular dicha inclinacion, apareciendo como el mas puro y el mas casto de todos los educandos, sin que se le notase el menor desliz, la menor palabra que tuviera alusion con los sentidos, a tal punto que cuando oia una de esas espresiones maliciosas o equívocas de

los muchachos, se tapaba los oidos, bajaba la vista y huia del lugar. Esta abstinencia absoluta, segun eran las apariencias, lejos de robustecerlo lo debilitaba, y la estenuacion de su cuerpo era el mejor comprobante; pero esta estenuacion la atribuian todos, sin escluir sus profesores, a las penitencias, a los cilicios, a la maceracion, al fervor relijioso que parecia devorar aquel gastado cuerpo, espiritualizándolo de tal manera como si no viviera en este mundo y que su aspiracion única fuese el cielo, de cuyos éstasis debia ya participar.

Este era, a grandes rasgos, el novio que destinaban para la interesante y millonaria señorita, doña Julia Ingrand, a la que debia ser presentado en pocos momentos, y que ella tanto como su madre esperaban con impaciente curiosidad, nacida de las recomendaciones que le habian hecho personas tan respetables como don Juan Ugarteche, el rector del Seminario y hasta el mismo arzobispo que se habia dignado ocuparse de aquel jóven, pues tuvo la amabilidad de decir que, segun informes que se le habian dado, era el ejemplar del santo almácigo sacerdotal.

BIBLIOTECA NACIONAL

EL COCHE DE DOÑA PACIFICA

I.

Hemos dejado poco há a Rafael arreglando su traje tanto como su fisonomia para desempeñar con propiedad el papel que le habian dado anticipadamente sus introductores.

El coche de doña Pacífica Jerez, que habia sido completamente trasformado mediante los dos mil pesos prestados por don Juan Ugarteche, estaba a la puerta con dos rocines comprados a lance y engordados de prisa. Sostenia las riendas un cochero de librea que le habia prestado para esta ocasion una amiga y que manifestaba en su cara el desagrado que sentia en su interior al verse gobernando aquella pobre pareja de caballos y aquel cascaron antiguo pero brillante del barniz que sin duda le habian aplicado solamente el dia antes.

Don Juan Ugarteche, el rector del Seminario, doña Pacífica Jerez, una amiga y su hijo tomaron asiento en el pesado vehículo, que solo por ostentacion habian compuesto, no necesitándolo en verdad, desde que la casa de doña Pacífica estaba casi contigua a la de la señora de Ingrand; pero le habia parecido conveniente

a la madre del ex-seminarista presentarse con ese aparato. Sin embargo, como habria sido ridículo poner un coche con el esclusivo objeto de ir a la vecindad, doña Pacífica dijo a los dos clérigos:

—Seria conveniente que diéramos antes un paseo por la Alameda.

—Mui bien, señora, contestó el rector del Seminario, dibujándose en sus delgados labios una sonrisa imperceptible, pues habia conocido el motivo.

Esa sonrisa no pasó desapercibida a la astuta beata, y replicó:

—Son únicamente las doce y media del dia, y creo que las visitas de cumplimiento y entre personas de buen tono, no deben hacerse sino pasadas las dos de la tarde.

—Pero usted y nosotros tenemos ya con la señora de Ingrand un grado de confianza que nos escusa de esos miramientos, dijo don Juan Ugarteche.

—Es cierto, pero siendo hoi el dia de la presentacion de Rafael Arcánjel, me parece que debiéramos atenernos a las costumbres recibidas en la alta sociedad cuando se guarda entre las personas alguna etiqueta.

—Tiene usted, razon, señora, contestó el director del Seminario, como si hubiese quedado mui convencido de aquella reflexion, sin que por esto allá en sus adentros dejara de saber cuál era el móvil verdadero de aquel paseo a la Alameda.

Doña Pacífica dió, pues, órden al cochero, que principiaba a impacientarse, de que diese una vuelta completa por la hermosa avenida de las Delicias.

El cochero por toda respuesta dió un fuerte latigazo a ambos caballos que, apesar de aquel estimulante, tomaron apenas el trote: único modo que tenia el hombre para demostrar su desagrado, pues su amor propio estaba herido al verse gobernando aquel par de rocines que sin duda alguna habian servido antes a los coches públicos.

—¡Qué inhumano son estos hombres! dijo doña Pacífica al oir aquellos dos sendos huascazos, porque sentia que le trataran tan rudamente a sus caballos.

—Casi son tan bestias los unos como los otros, contestó el rector, mirando por los vidrios delanteros del carruaje.

—¡Y decir, señor, que son unos caballos de media sangre y comprados recientemente!

—Sin embargo, replicó don Juan Ugarteche, parece que aun con el fuerte latigazo no andan demasiado a prisa.

—Los encargué mansos, señor, pero no por esto son flojos. Ustedes concebirán que yo no soi de esas elegantes a quienes gustan los caballos altivos y briosos.

—Tiene usted razon, señora; a su edad ya se debe pensar con mas madurez.

—Siempre he sido lo mismo.

—Lo que habla mucho en favor de su juicio.

La conversacion fué interrumpida por dos nuevos latigazos mas fuertes que los anteriores.

Esta recrudescencia de rigor de parte del cochero, hizo saltar de su asiento a doña Pacífica, que no pudo menos de esclamar:

—¡Qué bestia!

—Quizas no andan bien los caballos, señora; ¿quiere usted que le advierta algo al criado? Sin embargo, yo creo conocer a este hombre, ¿no es el cochero de la señora T...? observó el rector.

—El mismo que, por enfermedad del mio, tuvo la amabilidad de franqueármelo.

—Pues bien; este hombre maneja perfectamente, y tiene sobre el particular una reputacion verdaderamente santiaguina.

—¡Lo que son las reputaciones! Ya ustedes lo están viendo...

El rector del Seminario llevó a las narices su pañuelo blanco para ocultar una nueva sonrisa.

II.

Doña Pacífica se habia puesto sumamente colorada, conociendo la fina burla del clérigo; pero casi siempre dueña de sí misma, se calmó en el acto y dijo al cochero con apacible tono:

—No castigues tanto a esos pobres animales.

—Su merced está viendo que apenas se mueven.

—Déjalos ir como quieran que talvez sin necesidad de tanto latigazo tomen una marcha regular.

El cochero echó un reniego por lo bajo y largó las riendas.

Los caballos se detuvieron completamente.

—¿Qué hai? preguntó doña Pacífica viendo que el coche no se movia.

—Lo que su merced está viendo, contestó el conductor con cierta pachorra.

—Pero hombre! hazlos andar.

—Su merced me dijo que los dejara ir como quisieran, asi van; esta debe ser su manera.

—En fin, azótalos, porque no podemos quedarnos parados.

El cochero levantó la huasca y les dió dos o tres fuertes latigazos.

En vano: los caballos permanecieron en el mismo puesto.

Doña Pacífica cada vez mas colorada.—¡Y esto es lo que llaman un buen cochero! Aseguro a ustedes que si el mio no se hubiese enfermado, las cosas habrian pasado de distinta manera.

—No lo dudo; ¿pero no le parece a ustedes conveniente que nos bajemos? El coche quizas va demasiado pesado, contestó don Juan Ugarteche.

—Los caballos están empacados, señora, gritó desde afuera el cochero con manifiesto mal humor.

—Vamos a bajar, puede ser que asi caminen, y en ese caso llevas el coche a la casa de la señora doña Ana Balcarce de Ingrand. ¿Sabes dónde es?

—Sí, señora.

—Pues bien; ahí te detendrás a la puerta.

—Y en caso que no anden los caballos, señora, ¿qué debo hacer?

—Esto no sucederá, pues ya no tienen peso alguno.

—¿Pero si sucediera?

—Si sucediera, si sucediera... imposible, imposible.

—Sin embargo...

—Harás conducir el coche por algunos hombres; pero ya te digo que es imposible.

—Y con los caballos ¿qué haré?

—Llévalos a la pesebrera.

—Ya se ve; para esto quizas tengan ánimo.

Las cinco personas que iban en el pesado vehículo echaron pié a tierra dirijiéndose hácia la alameda, no sin haber mirado primero los caballos y el coche.

—Ustedes no pueden negar que los caballos están en buen estado, dijo doña Pacífica, despues de haber mirado a éstos y al carruaje en que se notaba el escudo de armas de la familia que ella, sin duda en su vanidad aristocrática, queria hacer ver a sus amigos, siendo éste tambien el motivo por que se empeñaba tanto en que se estacionase el coche en la puerta de calle de la casa de la señora de Ingrand.

—Y ahora ¿cómo harémos? preguntó doña Pacífica a los dos clérigos y a su amiga.

—Nos encontramos bastante lejos, dijo el rector del Seminario; porque en realidad se hallaban por el Cármen Alto a consecuencia de la vuelta por la Alameda que habia propuesto dar doña Pacífica con el fin de ganar tiempo.

—Tomaremos un coche de alquiler, observó el señor Ugarteche.

—Parece algo impropio, sin embargo, que personas como nosotros y con el objeto que nos lleva, nos aparezcamos en un carruaje de plaza, repuso la beata.

—La observacion es mui justa; pero como usted ha dado órden de que se estacione su carruaje en la puerta de la casa de la señora de Ingrand, no podrá ésta menos de comprender que no es por falta de un coche

particular, sino por otra causa el que lleguemos en uno de posta.

—Tiene usted razon, señor, dijo doña Pacífica, satisfecha con la observacion del rector; y mirando a Rafael Arcánjel, le dijo:

"Vete a buscar un coche de los mejores que se encuentren; mientras tanto, te esperaremos aquí mismo, es decir, en aquel sofá de la Alameda que está frente a frente de nosotros.

El jóven partió con direccion a la plaza de Armas, que en aquella época, asi como en la presente, era el apostadero jeneral de los coches y donde se podia escojer los mas decentes o mas nuevos.

Poco se demoró Rafael Arcánjel en llegar; y un momento despues se hallaban a la puerta de la casa de la señora Ingrand, donde ya estaba estacionado el blasónico carruaje de doña Pacífica.

—Animo, hijo mio, dijo la beata al ex-seminarista al tiempo de bajar, y no olvides las lecciones que te hemos dado; de este paso depende tu porvenir.

Rafael Arcánjel se sonrió como diciendo: "pierda usted cuidado, soi bastante dueño de mí mismo y me conduciré mejor que lo que ustedes piensan."

PRESENTACION Y PROPOSITOS.

I.

Doña Ana de Balcarce y Julia, que esperaban la visita de doña Pacífica y de su hijo, de quien habian oido hablar tan favorablemente, habian puesto mas esmero que el de costumbre en su tocado. La primera, llevada de ese interes de madre que desea siempre que todo contribuya a realzar el mérito de la niña; y ésta por esa coqueteria propia de la juventud que trata de hacer valer cuanto mas puede el imperio de sus atractivos. Sin embargo, Julia no estaba ricamente ataviada, como era de presumirlo, sino que su tocado asi como su traje eran sumamente sencillos, pero de un gusto esquisito y de una elegancia de buen tono que dejaba adivinar desde luego ese tacto fino que caracteriza a las personas dotadas de buena intelijencia y que instantivamente buscan la armonia.

—Al fin, amiga mia, dijo doña Pacífica dirijiéndose a doña Ana de Balcarce y presentándole a su hijo, he conseguido sacar a este muchacho de sus meditaciones y espero que ustedes se sirvan civilizarlo.

La señora Ingrand y Julia le tendieron la mano, que él recibió inclinándose profundamente.

—Por lo que hace a civilizacion, agregó la señora Ingrand, supongo que el señor Dominguez nos sea en todo mui superior, porque nosotras, recientemente venidas del campo, ¿qué es lo que podemos saber? en tanto que él debe haber recibido una educacion esmerada y una instruccion vasta, particularmente habiendo siempre tenido tan buenos como sabios directores.

Y doña Ana hizo ademan de dirijirse al señor rector del Seminario.

Rafael Arcánjel contestó:

—Es indudable, señora, que los maestros contribuyan por mucho en el adelanto moral y científico de los jóvenes; pero tambien es indispensable que nosotros pongamos algo de nuestra parte, y muchas veces sucede que, ya sea por neglijencia o ya por falta de disposiciones, no correspondemos ni a los desvelos que ellos se toman, ni a la enseñanza que nos dan; y yo creo ser uno de éstos, si bien, lo diré en mi abono, no ha dependido de mi voluntad, sino de las pocas facultades que Dios se sirvió darme.

Y esto fué pronunciado con un acento de conviccion tan verdadera que no podia menos de inspirar simpatia aquella humildad sencilla y llena de elevacion a la vez.

—Es a mí a quien corresponde contestar, repuso el señor rector con su mas amable inflexion de voz. Agradeciéndole, señora, prosiguiré la insinuacion que usted ha hecho y de la que deseo ser digno: confieso desde luego que el jóven Dominguez ha respuesto como debiera, y yo creo que, tanto ustedes como yo, debemos aprobar su conducta. La humildad es una de

las mas grandes virtudes cristianas y la mas difícil de practicar; pero tambien es indispensable que el mérito no permanezca oculto: existen circunstancias en las que conviene revelarlo.

—¡Señor!... esclamó Rafael Arcánjel como en ademan de implorar.

—Pierde cuidado, hijo mio, dijo el rector sonriéndose maliciosamente, y pensando en su interior que el tal seminarista representaba a las mil maravillas su papel, pues parecia que sus pálidas mejillas se habian coloreado por el rubor: tan natural habia sido su esclamacion y la actitud tímada y confusa que supo aparentar.

—Prosiga, prosiga usted, señor, dijo con interes la señora Ingrand.

—Aun cuando sean escrúpulos de un jóven sin mundo deben ser respetados, objetó doña Pacífica interviniendo y apoyando a su hijo.

—Hai escrúpulos de escrúpulos, señora, contestó con cierto tono de autoridad el rector. Yo, por el momento, respondo de que no alarmaré la modestia de su hijo revelando virtudes que me son conocidas y cualidades que en mi posicion de maestro y de haber vivido por largo tiempo juntos, he podido apreciar en todo su valor; pero si no voi tan allá, es preciso que diga, en obsequio de este jóven, que no he tenido un alumno mas contraido, mas sumiso, mas útil, a tal punto que el Seminario pierde con él una de sus columnas, y los educandos uno de esos ejemplos, ejemplos que tanto bien hacen a la moral donde hai muchos jóvenes reunidos.

—Pero si el Seminario pierde, en cambio la sociedad ganará replicó doña Ana de Balcarce con distinguida jovialidad.

—Indudablemente, señora; y tanto mayor será su ganancia cuanto mas elevada sea la posicion que ocupe en ella el señor Dominguez.

—No podrá ser sino mui ventajosa desde que se haga conocer.

—Por desgracia, señora, no es lo que sucede frecuentemente; sin embargo, no sé por qué tengo confianza en el porvenir de este jóven.

Rafael Arcánjel con refinada astucia hizo de modo de cortar la conversacion empeñada; y este acto de modestia, pues fué considerado de todos como tal, le granjeó mayor aprecio en el concepto de doña Ana y de su hija.

Y en verdad, contemplar a un jóven que no se envanece con el elojio y que lejos de envanecerse se ruboriza y trata por todos los medios posibles de ocultar su personalidad puesta en evidencia, es una cosa bien rara y mas aun en los tiempos que corremos, en que no hai una sola persona que no aproveche la menor ocasion que se le presenta para realzar su *yo*, del cual querria que se ocuparan todos constantemente.

II.

La visita de doña Pacífica y de su hijo, a quienes acompañaban los dos clérigos, se prolongó mucho mas del tiempo que se emplea regularmente en estas ocaciones, porque tanto la señora Ingrand como Julia les

instaron para que se quedaran, diciéndoles que entre ellas no debian rejir esas reglas que la alta sociedad consideraba de buen tono, pero que la amistad sincera debia rechazar, puesto que existe un placer verdadero de estar en compañia con las personas que se aprecian.

La señora Jerez fué de la misma opinion y prolongó su visita con gran satisfaccion de los clérigos que se apoderaron de doña Ana de Balcarce, en tanto que doña Pacífica y su hijo hacian la corte a Julia, sondeando el terreno para sus miras posteriores.

—Y bien, hijo mio, preguntó la beata al ex-seminarista cuando se hubieron despedido, ¿qué te ha parecido la niña?

—Regular, contestó el tartufo.

—¡Cómo! ¿Nada mas que regular?

—Nada más.

—¿Qué es lo que notas en ella?

—Por lo que respecta a su fisonomia, es bastante agradable.

—¿Y entónces?

—Es que uno no debe mirar únicamente la hermosura.

—Pero la hermosura es el principal atractivo de la mujer.

—Asi será, dijo el jóven Dominguez, mirando a su madre fijamente, y en seguida agregó: pero el hombre debe mirar otras cosas.

—Tiene mucha razon, Rafael Arcánjel, interrumpió el rector del Seminario, tendiendo cariñosamente la mano a su discípulo, y añadiendo: veo que serás siempre de los nuestros.

—Siempre.

—Está mui bien, y yo no pretendo ni deseo otra cosa, repuso doña Pacífica; ¿pero qué tiene que ver esto con la niña?

—Mucho, madre mia.

—Asi es, señora, muchísimo, agregó el rector.

—Pero aun no se ha esplicado Rafael Arcánjel.

—Es verdad, pero ya yo lo he comprendido.

—Desgraciadamente carezco de ese don de adivinacion y desearia que mi hijo fuese mas esplícito.

—No hai inconveniente, respondió el futuro *Amigo del pais*.

—Veamos.

—La señorita Julia, dijo con aire compunjido, no tiene los sentimientos relijiosos tan arraigados como debiera. No tiene esa fé ciega tan indispensable para nuestra felicidad en esta vida y en la otra, y por consiguiente no tendrá esa obediencia pasiva, esa sumision absoluta a la voz de su director espiritual que debe ser tan necesaria para la paz doméstica, como lo es para el triunfo de nuestra relijion.

Al oir estas palabras del jóven, tanto el rector del Seminario como don Juan Ugarteche y hasta su misma madre lo miraron atónitos, con la diferencia que la sorpresa de los dos últimos emanaba de una admiracion sencilla y crédula, mientras que la del primero era profunda e investidora, como la del individuo que busca el doble sentido o la intencion oculta, y que no se deja llevar únicamente por la significacion natural de la palabra o del acto.

—¿Y cómo has podido observar tanto? Yo sé que

ella, así como doña Ana, no carecen de sentimientos relijiosos, dijo la madre.

—Yo no digo lo contrario; pero de no carecer a tenerlos profundamente arraigados, hai una gran diferencia; pues mientras en el primer caso es fácil un cambio, no lo es en el segundo. Y como, en la época que corremos, los herejes se disfrazan de distintas maneras y dan a sus opiniones cierto barniz evanjélico que seduce particularmente a los incautos y a los tibios, debe uno, pues, fijarse en primer lugar en que las personas, particularmente aquellas que mas le interesan o que están llamadas a jugar con nosotros un papel en la vida, tengan tan arraigados sus sentimientos relijiosos, que sea de todo punto imposible trastornar su fé o que se amortigüe el santo ardor que de ella emana.

—Tienes mucha razon, hijo mio, dijo el rector, y tanto mas cuanto que no careces de cierto fundamento, pues de la esposa y de la hija de un protestante, aun cuando no hayan renegado de las creencias de sus abuelos y del culto en que han nacido y sido educadas, debe temerse cierta frialdad en las prácticas que puede traer las consecuencias funestas que tú nos dices, y particularmente, como lo has observado, con un juicio superior a tu edad y que hasta yo mismo no creia encontrar en tí, cuando en la época que trascurrimos parece que se conjuran todos los elementos para combatirnos a nosotros que somos las centinelas avanzadas a la vez que los mas fuertes baluartes de las santas prácticas de nuestra santa relijion.

Ahora, amigo mio, por la misma razon, es preciso

no desmayar, es preciso no pararse en pelillos, es preciso vencer esos escrúpulos (mui naturales en una alma tan bien dispuesta como la tuya) para alcanzar el triunfo. ¿Cuál no será tu gloria y cuánto mayor no será tu mérito si consigues cambiar la tibieza en fervor y el indiferentismo en esa sumision bienhechora que se adquiere con la frecuencia de los sacramentos y que consigue que los individuos lleguen a un grado de perfeccionamiento tal que ya no vean por sus propios ojos, que ya no juzguen por su propia razon, sino por los ojos y la razon de la fé, de la que somos nosotros los únicos depositarios, los únicos encargados de trasmitirla y de enseñarla. ¡Mision penosa pero sagrada que nos ha encomendado el mismo Dios y que estamos en el imprescindible deber de cumplir en la tierra!.. Y bien ¿no te atreves tú a desempeñar este papel? ¿No te atreves a emprender una conquista grata al Señor y provechosa para tí en todo sentido? La recompensa es superior a la faena, primero, porque llevarás al redil dos ovejas descarriadas, y este es un deber para todo cristiano; segundo, porque serás poderoso en la tierra y emplearás este poder en beneficio de la Iglesia...

—Sin duda alguna, señor, que tengo la voluntad, pero dudo de mi fuerza y mas que todo temo el comprometerme yo mismo... el correr quizas el riesgo de perder mi alma...

III.

El rector del Seminario se sonrió: habia adivinado la astucia hipócrita de su digno discípulo.

Don Juan Ugarteche y la señora Jerez continuaban oyendo con asombro a aquel fervoroso creyente y la última sentiase hasta cierto punto orgullosa de ser la madre de tal jóven, a quien hasta ese momento habia considerado de distinto modo.

—Ya te he dicho que te dejes de escrúpulos, repuso el rector del Seminario golpeándole familiarmente el hombro a Rafael Arcánjel. Lo que tú quieres es que nosotros te ayudemos, pero esto ya te lo habiamos prometido y te lo prometemos nuevamente, pudiendo asegurarte que conseguirás todo cuanto quieras, que saldrás vencedor en la lucha.

—Usted me da ánimo, señor, y no dudo que mediante su cooperacion...

—No tan solo la mia, sino la de todos nosotros.

—Con semejante apoyo no hai nadie que defallezca.

—Don Juan Ugarteche y yo somos o seremos los confesores de la madre y de la hija, y ya tú comprendes el poder que tendremos y cuánto podremos influir...

—Esto me tranquiliza sobremanera, porque me asegura el sosiego del alma.

—Y el sosiego del cuerpo, porque serás rico... mui rico, agregó doña Pacífica.

—Los bienes de este mundo no los miro para nada, replicó hipócritamente Rafael Arcánjel.

—Te conozco, dijo el rector, acompañando esta palabra con su maliciosa sonrisa; y luego, dando a su fisonomia un aire severo, agregó: es preciso hacer servir los bienes de este mundo al triunfo de nuestra santa causa: este es el único mérito que ellos tienen y el

punto de vista único bajo el cual se les debe mirar; de consiguiente, si nosotros te ayudamos para obtenerlos es preciso que a su vez nos sirvan.

—Este es y será siempre mi propósito.

—No lo dudo y por lo tanto el convenio queda completamente terminado, y tengo seguridad de que lo cumplas porque tú sabes de lo que somos capaces...

Y el clérigo miró al ex-seminarista de una manera altiva, casi arrogante, como quien dice: ¡cuidado!

Rafael Arcánjel bajó la cabeza y fué humildemente a besar la mano a su antiguo rector que, en vez de dársela, le abrió los brazos diciéndole con voz afectuosa:

—Tú serás un grande hombre y no te separarás de nosotros, porque el deber y la conveniencia te obligan...

—Asi es, señor.

—Ahora, ¿qué otra objecion tienes que hacer? ¿Qué otro defecto encuentras en la señorita Ingrand?

—Ese era el principal.

—Creo disipados por completo tus temores.

—Basta con lo que usted me ha dicho.

—Y con lo que haremos en tu favor, ¿no es verdad, compañero? dijo el clérigo Larrañaga a don Juan Ugarteche.

—Indudablemente, pero los escrúpulos de Rafael Arcánjel me han llenado de satisfaccion, porque me prueban la sinceridad de su corazon y la firmeza de su fé.

—Yo he sentido lo mismo, agregó doña Pacífica, mirando cariñosamente a su hijo.

—No esperaba menos de ustedes, contestó con ironia el rector.

Rafael Arcánjel habia conseguido engañar a su madre y a don Juan Ugarteche sobre la veracidad de los sentimientos que habia espresado, lo cual no era poco, porque esto de engañar a un clérigo y a una beata es cosa bien difícil; mas en cuanto al rector, conoció que lo habia comprendido, no dejándose alucinar por la dulzura humilde de sus palabras; pero como estaba seguro que su antiguo maestro seria el mas empeñoso en que obtuviera lo que pretendia, no se le dió nada el que el astuto clérigo hubiera leido claro en su corazon.

El complot estaba formado, la trama hábilmente urdida y los elementos con que contaban eran tan poderosos que solo por un milagro podia escaparse de que no cayese en manos de aquellas personas piadosas la fortuna acumulada con tanto trabajo por el viejo protestante don Santiago Ingrand.

Pero no precipitemos los acontecimientos que mas tarde irán por sí solos desenvolviéndose a la vista del lector.

IV.

Una conversacion parecida a la que acabamos de narrar o al menos con un fin idéntico tenia lugar al mismo tiempo en las habitaciones de doña Ana de Balcarce.

Tan luego como las visitas se habian despedido, la señora Ingrand, sentándose al lado de su hija y tomán-

dole una mano cariñosamente, la trajo hácia sí besándola con ternura.

Julia correspondió los halagos de su madre con esa efusion infantil que tanto agrada por su naturalidad y por no verse en ella el menor cálculo, sino únicamente el cariño en toda su virjinal pureza; esta es la razon por que las caricias de las niños nos son tan gratas, permitiéndonos distinguir y aun contar los latidos de aquellos inocentes corazones que se nos revelan tales cuales son.

—¿Has pasado un rato agradable, hija mia? preguntó cariñosamente doña Ana a Julia.

—Sí, mamá, bastante agradable.

—Tenemos en doña Pacífica Jerez una amiga como no hai muchas.

—En verdad, mamá, pero no sé por qué me gusta mas doña Cármen Cáceres, la viuda del empleado de mi padre.

—A mí tambien me agrada muchísimo esa digna señora y siento que no venga a vernos con mas frecuencia; pero entre ella y doña Pacífica Jerez, sin poner en comparacion el mérito de ambas, hai una gran diferencia por la posicion social que ocupa la una y la otra; y la ventaja que existe en favor de la señora de Dominguez puede sernos y nos es ya de un grandísimo provecho, habiéndonos puesto en contacto con lo que hai de mas bueno, de mas ilustre y de mas noble en la capital.

—No lo niego; pero como yo me referia solamente a las simpatias...

—A este respecto yo no sabria qué decirte ni por

quién decidirme, pues si doña Cármen Cáceres es tan caritativa como modesta, parece no serlo menos doña Pacífica Jerez, con la sola diferencia que mientras la primera no se ocupa mucho de relijion, hace de ella la última su pensamiento principal, o diré mejor, su pensamiento esclusivo; pues no he encontrado jamas en mi vida una persona mas piadosa, debiendo a su celo evanjélico los santos como sabios directores espirituales que tenemos, porque el presbístero Larrañaga y don Juan Ugarteche son la flor y nata del clero chileno, debiendo agradecer a esa señora el interes tan grande y tan lleno de jenerosa abnegacion que se toma por nosotras en todo cuanto nos es de algun provecho, de alguna necesidad y aun hasta en las cosas de mero pasatiempo, llevando su bondad hasta el punto de habernos procurado instantáneamente la servidumbre tan moral como intelijente que nos rodea, lo cual es mui difícil conseguir y que ella ha obtenido por las innumerables relaciones que posee.

—No discuto, querida mamá, ni menos pongo en duda el mérito y las virtudes que adornan a la señora Jerez, asi como los servicios que nos ha prestado y continúa prestándonos, a lo cual le estoi por mi parte sumamente agradecida, y tanto mas cuanto que es conmigo bondadosa, casi podria decir tierna como una madre; pero yo no sé por qué me parece que me inclino mas a doña Cármen Cáceres, aun cuando es conmigo mas reservada y menos solícita, pues no me hace las caricias ni se ocupa de mi persona como la señora doña Pacífica, que tiene cuidado hasta de mis trajes y me da su opinion sobre los adornos que me conviene, ade-

rezándolos ella misma y con tal gusto que yo no tengo jeneralmente nada que agregar o disminuir en ellos.

—Es que la señora Jerez conoce el gran mundo y ha vivido siempre en la alta sociedad a que pertenece, en la cual se adquiere ese tacto fino y esa elegancia delicada que distingue siempre a la verdadera señora.

—Sin embargo, a pesar de esto, como ya se lo he dicho, me siento mas atraida por la primera que por la última.

—¿Y que te ha parecido el hijo de doña Pacífica? preguntó a Julia la señora Balcarce con cierta entonacion de voz en que se revelaba un tanto la emocion oculta que esperimentaba al hacer esta interrogacion, emocion natural en una madre cuyo pensamiento único y cuya dicha esclusiva está cifrada en el porvenir de su hija.

—No sabria que responderle, querida mamá, contestó la niña ruborizándose.

—Cómo! ¿Nó puedes decirme si te ha parecido bien o mal?

—Es que a primera vista...

—Justamente a primera vista es cuando, no diré se juzga mejor, pero si que la opinion que se forma sobre un individuo es mas natural, porque es mas espontánea, o porque nace esclusivamente de ese fluido magnético que los hombres han denominado simpatia y antipatia.

—Pues bien; voi a decirle la impresion que me ha hecho el señor Dominguez.

Y las mejillas de la jóven volvieron a encenderse.

—Habla sin temor, hija mia; aquí nadie nos escu-

cha y tú comprendes que cualquiera que sea el concepto que te has formado de ese jóven, no tiene ninguna transcendencia, al menos por el momento, pues no es posible darle la menor importancia ni a tu opinion ni a su visita, que era mui natural nos la hiciera por las relaciones de amistad que tenemos con la madre; asi es que si te hago esta pregunta solo es por mera curiosidad.

Doña Ana de Balcarce disimulaba el interes que sentia para no dar a conocer a su hija el móvil oculto que la impulsaba; pues, digámoslo desde luego, la modestia de Rafael Arcánjel la habia interesado y lo que dijo el rector del Seminario respecto a su discípulo la habia encantado. Sin embargo, no entraba en las opiniones de la señora de Ingrand imponer en lo mas mínimo su voluntad sobre la preferencia que Julia acordara a éste o al otro individuo, porque lo único que deseaba era la felicidad de su hija, estando persuadida que si bien ella estaba en el deber de dirijirla, tambien lo tenia en no violentarla.

—La vista de ese jóven, dijo Julia a su madre, me causó al principio una impresion poco favorable, pero cuando lo oí espresarse desapareció esa impresion hasta el punto de serme casi simpático.

—Pues lo mismo me ha sucedido a mí.

—¡La virtud tiene un atractivo tan grande!...

—En verdad, hija mia, que asi es, ¡y cuánto me agrada oir que te espreses así!

—Usted me lo ha dicho, usted me lo ha enseñado, y yo no hago mas que seguir sus preceptos, que imitar su ejemplo, preceptos y ejemplo que han for-

mado mis inclinaciones y que constituyen mis gustos.

—Dame un abrazo, hija mia, dame un abrazo, esclamó conmovida la señora Balcarce de Ingrand.

Madre e hija permanecieron durante algun tiempo en esa actitud tierna que revela no solo el amor impuesto por la naturaleza, sino la conformidad de opiniones, de gustos, de propósitos, y esa intimidad de dos almas a quienes mueven unos mismos sentimientos y un mismo interes, pues es casi una misma vida la que está en ellas y un mismo deseo el que las sostiene y el que las alimenta: la felicidad mútua, la felicidad recíproca que llega a convertirse en unidad, haciendo de dos seres un solo ser...

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LA DUDA.

I.

Cuatro meses habian trascurrido sin que hubiese sobrevenido, al menos en apariencia, el menor acontecimiento que ajitara de una manera viva o profunda la existencia de las personas cuya historia narramos; sin embargo, por lo bajo habia manejos o intrigas que debian tener en mas o menos tiempo sus resultados.

Las relaciones de la señora de Ingrand y de su hija continuaban en el mismo pié que antes. Doña Pacífica Jerez las visitaba con frecuencia y sé hacia acompañar de vez en cuando por su hijo, que se mostraba mas solícito en agradar a doña Ana de Balcarce que a la jóven e interesante Julia, sin que por esto dejara en algunas ocasiones de presentarse insinuante, pero de una manera tan tímida y humilde que se granjeaba cada dia el aprecio y confianza de ambas señoras, ya que no el amor de la niña; pero él no se desalentaba por esto, conocia bien que no inspiraba pasion y marchaba zolapado y oculto como un venenoso reptil que va en busca de su presa con la seguridad de encontrarla. Sin embargo, no dejaba de tener algunos temores al ver que en tanto tiempo hubiera adelantado tan

poco en el corazon de la inocente Julia, a quien los clérigos tanto como doña Pacífica rodeaban de tal manera que no pudiese brotar en el pecho de la niña ningun sentimiento amoroso, alejando con maña todas las personas que pudieran inspirárselo; asi es que Rafael Arcánjel estaba hasta cierto punto intrigado con la inesplicable frialdad de Julia, si bien, como lo hemos dicho, no por esto desmayaba, sino que al contrario seguia siempre su marcha con tenacidad, aumentándose su enerjia, enerjia que podia convertirse hasta en rabia segun fuera la resistencia que se le opusiera: tal era el temple de alma de este digno aborto del Seminario de Santiago.

El amor no entraba por nada en los cálculos de don Rafael Arcánjel de Dominguez. Como toda alma baja y corrompida, él era incapaz de esperimentar un afecto tierno, un sentimiento noble y elevado. Podia sentir los furores de la concupiscencia, jamas los goces puros e inefables de la pasion. La sensualidad lo galvanizaba, no el amor; y poco le importaba inspirar éste si podia satisfacer aquella: vicio que enjendra la educacion clerical y que nace de la monstruosa institucion del celibato, porque siendo prohibido a nuestros sacerdotes el matrimonio, no pueden tener, no pueden entregarse al afecto que inspira una union lejítima, viéndose obligados por esa misma prohibicion a satisfacer únicamente las necesidades de la naturaleza como los brutos o peor que los brutos.

El ex-seminarista era, pues, guiado únicamente por el interes. La fortuna de Julia era todo cuanto codiciaba, porque con ella satisfacia sus malos instintos,

colocándose en una posicion desde la cual podia hacer daño impunemente, y gozaria a la vez de aquellas consideraciones que arranca el dinero y que halagan la vanidad humana.

II.

Rafael Arcánjel de Dominguez en los tiempos que corremos no es una escepcion, sino que la mayor parte de los jóvenes, casi podriamos decir la jeneralidad, sigue la misma senda, al menos por lo que concierne al interes pecuniario. ¿Quién en nuestra época toma en cuenta las virtudes de una mujer, o una mujer las virtudes de un hombre? El mérito real, los conocimientos adquiridos, la educacion esmerada y sólida, la elevacion en las ideas, la bondad en el corazon, ¿para qué sirven? ¿Quién las considera o las estima en algo? ¿Quién se detiene en ellas por un instante si no van acompañadas del dinero? Hoi dia las cualidades morales son una moneda falsa que no tiene curso en ninguno de los mercados del mundo, y podriamos agregar, que son mas bien un estorbo y un defecto en la existencia puramente especulativa, puramente de bolsa que llevamos, que es la que nos agrada y que es a la que se nos dedica desde un principio y a la cual nos empuja el ejemplo jeneral y particular de cuantos nos rodean. ¿Quién no se burla de la jenerosidad llamándola *lesera*? ¿Quién no se rie de la inocencia calificándola de estupidez? ¿Quién aprecia la honradez que no surje y que no saca al individuo de una honorable pobreza? ¿Quién comprende la abnegacion y el sacrificio, y quién no está por los menos dis-

puesto a calificar estas virtudes de ridículo quijotismo cuando el individuo que las practica es pobre? Mientras tanto, el bribon que adquiere fortuna por medio del engaño; el egoista que sacrifica á todo el mundo en su propio provecho; el usurero que esquilma al jénero humano, y hasta el mas descarado ladron, se ven llenos de consideraciones y rodeados de respetos si han conseguido enriquecerse! Este es el pié en que está basada la sociedad...

Pero dejemos estas reflexiones tristes sobre nuestra manera de ser actual para concretarnos a la narracion de la historia que nos hemos propuesto escribir.

III.

Doña Pacífica Jerez, viendo los pocos progresos que hacia su hijo en el corazon de Julia a pesar de los cuatro meses trascurridos, tiempo que ella consideraba demasiado para tan fácil conquista, estaba tambien hasta cierto punto intrigada, no sabiendo a que atribuir la indiferencia de la sencilla jóven; y aun cuando no se le ocultaba que Rafael Arcánjel carecia de esas ventajas físicas que seducen a primera vista, sin embargo las cualidades morales con que se habia presentado el jóven y que tanto ella como los clérigos encomiaban sagazmente, debian, no solo haber equilibrado los defectos corporales del pretendiente, sino haber rendido el corazon de Julia tan predispuesto por educacion y por naturaleza en favor de todo lo que era noble y bueno. Asi es que la beata veíase contrariada por tan inesperada resistencia; pero no

por esto dejaba apercibir el menor disgusto, pues al contrario aumentábase dia a dia su amabilidad y condescendencia para con la señora Ingrand y su hija, sin que jamas se le deslizase una palabra que manifestara ni aun remotamente sus ardientes pero ocultos deseos.

No era posible, sin embargo, permanecer en esta incertidumbre, y resolvió tener una conferencia con don Juan Ugarteche y el rector del Seminario, que eran los confesores de doña Ana de Balcarce y de su hija, para lo cual los hizo llamar con la mayor reserva, pues el asunto era de los mas importantes y debia ser conducido con la mayor circunspeccion y sijilo.

Los dos clérigos fueron puntuales en la cita: tenian, puede decirse asi, casi tanto interes en la realizacion de este matrimonio como la madre y el hijo, pues veian de cuán grande utilidad podia serles Rafael Arcánjel cuando se encontrase en posesion de la inmensa fortuna de Julia, para formar esa sociedad de laicos que debian llamarse los *Amigos del pais* y que segundaria en todo y por todo los propósitos sacerdotales, consolidando el poder y la influencia clerical no solo en las conciencias sino tambien en los asuntos políticos de los que no les convenia bajo ningun aspecto desprenderse.

IV.

Doña Pacífica y su hijo que ya habian tenido su esplicacion previa y en la cual habian quedado completamente de acuerdo, no descuidaron nada para ser mas agradables que nunca a los dos clérigos, en cuyas

manos estaba el porvenir de Rafael Arcánjel; y aun cuando podian haberse dispensado de este lujo de amabilidad, por cuanto ambos sacerdotes les eran sumamente adictos, con todo se empeñaron en prodigarles los mayores agasajos.

El rector del Seminario, conociendo a primera vista para que eran llamados y gustándole entrar luego en cuestion sin perder el tiempo en rodeos inútiles, les dijo:

—¿Y cómo va de matrimonio? Cuándo se hace la boda? Es indudable que será uno de nosotros a quien quepa el honor de echar las bendiciones a los novios.

—Aun no ha llegado, señor, ese dia, y lo diré con franqueza, puesto que estamos solos: temo mucho que no llegue, respondió doña Pacífica.

—Cómo! En eso estamos? ¿Y qué has hecho de tu tiempo, amigo mio? A qué ha quedado reducida tu habilidad? preguntó el rector a su antiguo discípulo con cierto tono de burla, sin dirijirse a doña Pacífica.

—Yo no participo de los temores de mi madre.

—Me gusta esa seguridad: la confianza es el triunfo.

—Y yo tengo esa confianza.

—Tanto mejor, porque asi conseguirás la victoria. ¿Te has declarado ya?

—Nó.

—¿Has hecho algunas insinuaciones?

—Sí, pero mui lijeras.

—¿Y qué resultado has obtenido.

—Ninguno.

—¡Cómo ninguno!

—Ninguno favorable, quiero decir, sino que por el

contrario me han dado la persuasion de que Julia no me ama.

—Ya esto es algo.

—Sí, algo pero malo.

—No deja de ser una ventaja conocer el terreno que se pisa.

—Sin duda alguna, y yo lo conozco bastante bien.

—Tanto mejor, porque asi se marcha con prudencia.

—Es lo que he hecho y continúo haciendo

—¿Y a qué atribuyes la indiferencia de esa niña?

—Nó lo sé.

—¿Tienes algun rival?

—No lo creo, porque no lo he visto y porque mi madre me lo ha asegurado.

—Y yo tambien te lo aseguro, dijo don Juan Ugarteche; pues como ustedes saben, esa niña se confiesa conmigo y nada he descubierto en ella que pudiera darme tal certidumbre. Sin embargo sondearé el terreno mas profundamente...

Don Juan Ugarteche cortó su frase, dejando sin concluir su pensamiento a causa de una mirada severa, casi dura que le lanzó su amigo y compañero, el cual dominaba al fanático en fuerza de su posicion, de su talento y de su astucia.

El silencio se hizo jeneral. Ninguno se atrevia a interrumpirlo, subyugados por aquella voluntad y aquella intelijencia superior que parecia disgustada de lo que se habia hecho y particularmente de la imprevision de su colega.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA MEXICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

I.

El rector del Seminario dió algunos paseos por el salon en que se encontraban estos cuatro personajes, y despues de haber reflexionado un rato y dirijido la vista a cada uno de los individuos con quienes hablaba, ni mas ni menos como un hombre que desea conocer el fondo del alma o las intenciones ocultas de las personas con quienes se halla en relaciones, se detuvo siempre pensativo; pero alzando despues de algunos instantes su cabeza con un ademan de satisfaccion y de orgullo, se dirijió a don Juan Ugarteche, diciéndole:

—Lo que usted acaba de decirnos, es decir, lo que usted piensa hacer, debiera ya haberlo efectuado mucho antes.

—No lo he creido necesario.

—Necesario talvez no, amigo mio, pero conveniente sí: usted sabe cuales son las asechanzas del espíritu malo y cómo muchas veces se introduce éste para desbaratar nuestras mejores obras sin que nosotros nos apercibamos.

—Tiene usted razon, pero en el caso presente lo he

considerado como una precaucion inútil, porque conozco la inocencia de Julia.

—Una mujer puede ser mui inocente y sentir afectos de cuya naturaleza ella misma quizas no se da cuenta, pero que no se deben escapar a la investigacion y conocimiento de un confesor. ¿Qué le han revelado a usted las sirvientes que usted puso en casa de esas señoras? añadió el rector dirijiéndose a doña Pacífica.

—Nada de particular, nada de alarmante.

—Es preciso mas vijilancia. Es preciso que le comuniquen a usted hasta las acciones mas insignificantes; que le digan, si es posible, todas las emociones que sientan o que esperimenten los habitantes de esa casa, si están tristes o alegres, a qué personas reciben con preferencia, cuáles son sus ocupaciones favoritas, si escriben y a quien escriben, y que se procuren las cartas para que usted se informe de su contenido; ésta es una cosa esencial, una medida de precaucion y de seguridad mui importante. Es preciso que tengan el oido listo, la mirada escudriñadora, que se asomen por las rendijas de las puertas, que las vijilen durante el sueño y que no desperdicien una palabra, de manera que no se escape ni la intencion, ni el pensamiento oculto de la persona cuyos secretos quiere uno averiguar, cuya vida íntima le conviene a uno saber.

El clérigo Larrañaga se detuvo y miró a sus interlocutores para ver el efecto que causaba.

Una aprobacion unánime se manifestó en todos los semblantes.

—Yo he confiado talvez mucho en mí misma, res-

pondió doña Pacífica, pero desde mañana pondré en ejecucion los buenos consejos que nos da su ilustrada como profunda esperiencia.

—Hágalo usted, y no dudo que obtenga un buen resultado. Por mi parte yo no me he dormido, agregó el rector del Seminario.

—¿Se ha dignado usted ocuparse y pensar en nosotros? dijo Rafael Arcánjel mirando detenidamente al señor Larrañaga.

—No debes admirarte de esto, porque sabes cuánto interes tengo en tu felicidad y en la de tu respetable madre.

—Nunca lo he dudado.

—Mil gracias, señor; la bondad de usted y del señor don Juan para con nosotros no tiene límites: Dios les remunerará sus beneficios, independiente de nuestra eterna gratitud.

—Nuestro padre celestial vijila siempre por el bien de sus hijos y especialmente de aquellos que, como ustedes, cumplen con sus divinos preceptos, dijo don Juan Ugarteche con tono inspirado y profético.

—No hacemos mas que nuestro deber y en esto no hai ningun mérito, contestó la beata con voz humilde y llena de santa uncion; pero veamos, agregó, ¿qué es lo que ha hecho el santo rector del Seminario en favor nuestro?

—Antes de decírselo, quiero hacer una pregunta a Rafael Arcánjel, aconsejándole que me responda con toda la verdad de su corazon, porque de ello talvez depende el éxito.

—Con usted, señor, ni se puede ni se debe mentir;

no se puede, porque usted lee en el interior de las almas; y no se debe, porque uno mismo se perjudicaria, contestó el jóven clerical con sumision y bajando la vista.

II.

En efecto, era tarea inútil y sumamente peligrosa pretender engañar a aquel astuto sacerdote cuya malicia y conocimiento del mundo solo era comparable con su refinada hipocresia.

—Te espresas bien, respondió el rector, poniendo familiarmente su mano en el hombro del jóven.

Esta era una señal de cariño cuya importancia conocia mejor que nadie el ex-seminarista, pues el clérigo Larragaña era de una severidad tan adusta que rara vez se veia en él una insinuacion amistosa, asi es que el jóven Dominguez quedó a un mismo tiempo admirado y complacido de aquel estraño e inesperado halago.

—Dime, hijo mio, prosiguió el rector con dulce acento, ¿qué es lo que tú crees que piensa de tí la señorita Ingrand.

—Tiene buena opinion.

—La que mereces en realidad; ¿pero te ha demostrado en alguna ocasion disgusto o antipatia?

—Jamas; al contrario, tengo motivos para suponer que me aprecia.

—¿Qué semblante muestra cuando has ido a visitarla? ¿Alguna vez te ha manifestado mal modo? Recuérdalo bien.

—Nunca, contestó el jóven Dominguez, despues de haber quedado un rato pensativo como el que evoca uno a uno todos sus recuerdos, todas las circunstancias que preceden o que acompañan a un acontecimiento cuyos pormenores nos interesa averiguar.

—Está bien, mui bien; ahora contéstame: ¿tiene por tí estimacion esa jóven?

—Estoi seguro de ello.

—¿Y en qué grado?

—En un grado bastante elevado.

—¿Cómo lo has conocido?

—Por la confianza que tiene conmigo, por las conversaciones que sostenemos y hasta por las consultas que me hace, siendo esto mismo lo que me ha probado que no esperimenta por mí afecto alguno a no ser el de la amistad.

—Tu observacion es justa, justísima; porque cuando una niña ama es mas reservada, mas tímida con el objeto de su cariño y no tiene con él espansiones de ningun jénero, a no ser que haya llegado el afecto de ambos a cierto grado... pero la amistad que me dices tiene Julia por tí, ¿es verdadera, es sincera, participa de algun entusiasmo?

—Asi me lo figuro y de ello estoi persuadido.

—¿En qué te fundas?

—En que hablamos siempre de cosas buenas, de acciones jenerosas, de la santidad de nuestra relijion, de sus mártires, de sus milagros, de los esfuerzos de sus ministros por contener los avances de la impiedad; y ella me escucha con placer asi como yo atiendo a sus observaciones con interes.

—Basta; el asunto marcha a las mil maravillas y yo como tú no dudo del éxito, porque no es necesario que exista la pasion para que se efectúe el matrimonio, pues es suficiente que no haya una repulsion marcada que podria oponer una resistencia tenaz y quizas invencible; y segun veo, esa repulsion no reina entre ustedes dos, sino que hai amistad, aprecio, simpatia recíproca.

—Esa es la verdad.

—Pues bien, necesitaba saber esto antes de decir a ustedes lo que yo he hecho, porque si hubiera encontrado una marcada antipatia de parte de la señorita Ingrand, habria temido que el asunto no se llevase a efecto, porque la madre me ha demostrado terminantemente que jamas contrariaria la voluntad de su hija en caso que su corazon estuviera decididamente ocupado. Voi, pues, a revelarles cómo me he comportado con ella y como he trabajado por los intereses de mi querido discípulo.

—Gracias, señor, escucho con ansia, no tanto por el interes que tengo yo personalmente, pues no hago otra cosa que ceder a los deseos de mi madre y seguir los consejos de mis maestros y directores espirituales, sino por el cariño que me prueba el que usted, señor, se digne ocuparse de mi, cariño que me honra altamente, y que agradezco y agradeceré con todo mi corazon y durante toda mi vida.

—Dejémonos de vana palabreria, contestó con brusquedad el clérigo Larrañaga, y vamos al asunto.

—Es lo que esperamos, dijo tímidamente Rafael Arcánjel, que se habia apercibido que sus melosas

frases y sus promesas de gratitud no eran del agrado del maestro.

III.

El rector llevó su mano a la frente como quien evoca sus recuerdos, y dijo:

—Han de saber ustedes que hace poco mas o menos una semana que, teniendo siempre en vista nuestra combinacion matrimonial, de la que esperamos todos tan buenos resultados, dije a la señora Ingrand, despues de haberle dado la absolucion, pues como ustedes saben el señor Ugarteche se ha apoderado de la una y yo de la otra para asegurar mas el éxito.

—Usted, hija mia, es una madre mui feliz.

—Sí, señor, gracias a Dios.

—La señorita Julia está llena de cualidades, llena de virtudes que la realzan.

—Es buena, señor.

—Mas que buena, hija mia, mas que buena.

—Yo estoi mui contenta de ella.

—Y con razon, ¿qué edad tiene?

—Dieziocho años.

—Hermosa edad, pero tambien llena de peligros; ¿no ha notado usted en ella alguna inclinacion?

—Hasta ahora creo que no ha querido mas que a su madre, y Dios me la conserve asi.

—Deseo mui natural y mui lejítimo, pero usted debe presumir que entra en el órden de la naturaleza el que ese afecto cambie o se divida.

—Lo comprendo, señor, y esta es una de mis grandes preocupaciones.

—Nada mas justo; el deber de una madre,—y en este caso el deber está en armonia con el placer y con el cariño,—consiste en trabajar por la futura felicidad de su hija.

—Es lo que hago.

—Hai muchas precauciones que tomar.

—Indudablemente.

—Es preciso que a mas de su celo, a mas de su esperiencia, consulte usted la esperiencia ajena.

—Cuento con los consejos de usted, señor.

—En todo y para todo, y particularmente en esto en que estriba la dicha presente y futura de usted y de su hija.

—Motivo mayor para estarle reconocida.

—Es mi deber como su padre espiritual, y si no cumpliera con él, no seria digno del sagrado ministerio que Dios me ha confiado.

—Siempre, señor, es una gracia, un favor...

—Nosotros no hacemos ni gracia ni favor en el confesonario, sino que hacemos justicia y decimos verdad.

—Asi será, asi es, señor; pero de todos modos...

—El confesonario es un tribunal, el tribunal mayor, el tribunal mas santo que existe sobre la tierra puesto que es el mismo Dios el que habla, el que amonesta, el que aconseja, el que enseña y el que juzga.

—Ya lo sé, señor, y por lo mismo me prosterno llena de veneracion y trato de ser lo mas sumisa que me lo permita mi flaqueza.

—Asi será su recompensa; pero volvamos al asunto de que nos ocupábamos, pues con usted no se necesita

discutir verdades que reconoce y puntos de fé que acata y reverencia.

—Con toda mi alma.

—Bien, hija mia, mui bien, y vuelvo a repetirle que el Señor la recompensará y tendrá su galardon en este mundo y en el otro: en este mundo la paz del alma y en el otro la cara de Dios.

—Esa es mi esperanza y mi consuelo.

—Consuelo y esperanza que no saldrán fallidos; pero digame usted: como la señorita Julia está ya en edad de tomar estado, ¿no ha pensado usted en el jóven que le conviene? No lo ha encontrado usted entre sus numerosas relaciones?

—Pocos jóvenes visitan mi casa.

—Buena precaucion, prudencia saludable; pero entre esos pocos jóvenes, ¿no ha encontrado usted alguno que por sus virtudes o por sus talentos conviniera a la hijita de usted?

—Aun no me he detenido mucho en esto, porque no he notado en mi hija una inclinacion decidida.

—¿Y usted espera que tenga una inclinacion decidida?

—Sí, señor, porque mi manera de pensar sobre este punto es la de no contrariar la voluntad de Julia.

—Piense usted que ese jénero de proceder encierra muchos y mui graves peligros.

—¿De qué modo, señor?

—No es mi ánimo que se contraríe la voluntad de una niña y menos la eleccion del hombre que debe acompañarla durante el curso de su vida, cuando esa voluntad y esa eleccion es razonable, fundada, conve-

niente; pero cuando no lo es, ¿qué es lo que debe hacer el padre o la madre? ¿Permitir que su hija se pierda por no contrariar esa voluntad, por no oponerse a esa eleccion? De ningun modo, lo supongo.

IV.

Doña Ana Balcarce pareció reflexionar y me contestó:

—Pero en el caso presente, señor, no sucederá, porque, gracias a Dios, mi hija tiene un juicio recto y mucha confianza en su madre, sabiendo que solo quiera para ella el bien.

—Estoi mui lejos de negar las buenas cualidades que adornan a la señorita Julia y la sumision que tiene a la voluntad de su digna madre; pero en la manera de pensar de usted, hija mia, hai peligro y mucho peligro: jamas se debe tener esa confianza ciega en el juicio de una jóven, porque ese juicio puede estraviarse fácilmente y la prudencia nos aconseja vijilar, dirijir y en no pocas ocaciones compeler.

—He dicho a usted, señor, y vuelvo a repetirle con todo el respeto que usted me merece: yo no contrariaré en este particular la voluntad de mi hija.

—Pero supongamos que la señorita Julia se enamora, hablemos claro, de un jóven de malas costumbres, de uno de esos jóvenes amables, espirituales, elegantes, que viven únicamente de la moda, del brillo esterior y que no tienen en el fondo ni una idea moral, ni un principio de relijion y a quienes corroe el escepticismo moderno, no creyendo en nada si no es en la

vanidad, en el placer, en el vicio y principalmente en el oro que persiguen con tenacidad para proporcionarse esos goces vedados por nuestra relijion y que son los únicos que ellos apetecen y por los cuales viven llegando a ser imposible arrancarlos de ese fango de corrupcion en que se complacen; supongamos este caso, hija mia, ¿qué haria usted? Le entregaria a ese lobo voraz la mansa y blanca oveja para saciar sus apetitos?

—De ninguna manera.

—¿Pero si esa era la voluntad de su hija, si esa era su inclinacion?

—La persuadiria.

—¡La persuasion! Cuán poco conoce usted el corazon humano, hija mia! La persuasion no existe, la persuasion es imposible cuando reina la pasion bajo cualquier punto de vista que se la considere. La pasion es ciega, es tenaz, es indomable cuando se ha apoderado de nosotros, hasta el punto de que sabiendo el mal que uno se hace no lo evita, hasta el grado de sacrificarlo todo, de sacrificar salud, honor, conciencia, familia, consideraciones sociales y cuanto hai de mas sagrado por seguir con ella!

—Usted me hace temblar, señor.

—Saludable temor; yo quiero infundírselo para su propio bien.

—Pero mi hija no tendrá una inclinacion de ese jénero, no se apasionará de un hombre corrompido, porque sus mismos instintos y la educacion que ha recibido harán imposible que nazca un afecto que le chocaria, que le repugnaria a ella misma.

—Usted se equivoca, señora; muchos, muchísimos

ejemplos tenemos de casos semejantes, y yo mismo podria citarle algunos de personas que usted conoce al menos por el nombre de sus ilustres familias.

—¡Qué desgracia!

—Desgracia que sucede con mas frecuencia que lo que usted piensa, desgracia que está pasando todos los dias.

—No habrán tenido el cuidado de dirijir bien a sus hijas.

—Las han educado con el mayor esmero, a mí mismo me consta, porque he tenido no pocas ocasiones que intervenir en lances de esta naturaleza.

—¡Pero cómo puede suceder esto!

—¿Cómo? del modo mas sencillo: por lo jeneral esos jóvenes se presentan bajo las apariencias mas favorables hasta que consiguen hacerse amar, lo que no es mui difícil, pues a la inocencia de las niñas que las hace ser incautas, agregue usted la astucia refinada y las maneras seductoras de esos hombres y verá usted misma que la pérdida de aquellos ánjeles es natural, lójica, precisa, infalible...

—¡Dios mio! ¿Qué hacer?...

V.

El clérigo Larrañaga se detuvo un momento en su narracion, miró a su alrededor, sacó su caja de rapé y echó un sorbo pausadamente como para dar lugar de reflexionar a las personas que lo oian.

—Sabe usted, compañero, dijo don Juan Ugarteche,

aprovechando de aquel intervalo, que va trayendo la cuestion de una manera admirable.

—Me eran precisos, indispensables todos esos rodeos para llegar al punto que me habia propuesto.

—Lo comprendo.

—Como usted sabe, amigo mio, el buen confesor no tiene un solo lenguaje, ni una sola doctrina, ni una sola moral, sino que es preciso hablarle a cada uno de nuestros penitentes en el idioma que entienden, darles los consejos que les conviene segun el grado de cultura de su espíritu, segun sus costumbres, segun sus opiniones y hasta segun sus creencias, conviniendo ser severo con aquel, suave con éste, filósofo y hasta cierto punto incrédulo con el otro, para que nuestra influencia se estienda, abarque todas las categorias y llegue si es posible hasta los herejes, con los cuales conviene ser mas induljente y mas lapso que con nadie. Y bien; para llegar a este resultado, es preciso hacer la autopsia moral de cada persona, la anatomia de cada alma y ver cuánto pueden dar de sí ya sea en un sentido ya en el otro, pero siempre con un mismo fin: el triunfo de nuestra sagrada relijion, que estamos en el deber de enseñar, de defender, de propagar.

—¡Ah! si todos nuestros sacerdotes fueran tan ilustrados y tan celosos como usted, amigo mio, en qué estado tan preponderante no se encontraria nuestra Iglesia!

—Cada cual hace lo que puede, compañero, y usted es uno de nuestros mas grandes y mejores operarios.

—Dios me dé fuerzas para poder encaminar hácia el cielo el mayor número de almas posible, esclamó

don Juan Ugarteche levantando los ojos y cruzando sus manos como en actitud de orar o de impetrar de la Gracia Divina un favor.

—Usted lo consigue, usted lo hace dia a dia, respondió el rector del Seminario con una sonrisa entre afable y burlona.

—El señor don Juan, es un apóstol agregó la beata mirando con santa ternura, mezclada de entusiasta admiracion, al célebre buzones de la Vírjen.

Don Juan Ugarteche inclinó la cabeza; y como si aquellos elojios mortificaran su modestia, mudó de conversacion, diciendo:

—Y bien, compañero, continúe usted su interesante narracion.

—Prosigo en la misma forma, es decir, que refiero la conversacion como si la señora de Ingrand y yo estuviéramos hablando.

—Asi es mucho mejor, pues no se pierde el menor incidente, dándose uno cuenta hasta de la mas lijera emocion, repuso doña Pacífica con su mas amable y cariñoso acento.

—Cuando oí la esclamacion preñada de dolorosa ansiedad de mi rica penitente, dije para mí: ya es llegado el momento... esta mujer es mia, y le contesté:

—Usted me pregunta ¿qué hacer? y yo no tengo otra respuesta que darle sino la siguiente: precaver el mal.

—¿Cómo?

—Dirijiendo usted la inclinacion de su hija; elijiendo usted misma el marido que a ella le conviene.

—¿Y si no es de su agrado?

—Aun suponiéndolo asi, lo que presumo no suceda, usted debe empeñarse por vencer esa resistencia que no será de consideracion desde que, como usted lo asegura, no hai en ella un partido tomado, un afecto arraigado.

—No lo hai en verdad; pero usted, señor, debe comprender toda la responsabilidad que pesaria sobre mí si mi eleccion fuese mala.

—Una madre no puede eludir su responsabilidad, ya sea en un caso ya sea en otro, y las probabilidades de acierto están mas bien por la intervencion directa de la madre, es decir, porque ella y no la hija sea la que haga la eleccion.

—Yo creia que en esto de afectos eran los únicos jueces, los únicos árbitros de su persona, los que van a contraer el vínculo.

—Sin embargo, ya usted ve cuánto peligro no encierra esa creencia, y usted ha sido de mi misma opinion.

—No puedo negarlo; estoi convencida, y a pesar de esto hai en mí un sentimiento interior que me habla de una manera distinta.

—Falsos mirajes, hija mia; lo que yo digo a usted me lo dicta la razon, la esperiencia, el interes y podria agregar, el amor de padre que tiene todo sacerdote por las ovejas que se le han confiado y que yo siento por usted con cierta preferencia, preferencia no emanada de causa alguna terrenal, sino de sus méritos espirituales, de sus virtudes como criatiana y de su obediencia como hija sumisa.

—No le daré las gracias, señor, por las bondades

que me manifiesta, pero procuraré hacerme digna de ellas.

—Ya usted lo es y lo es demasiado, pudiendo asegurar que jamas tendré de usted un motivo de queja: tal es mi opinion como hombre y mi opinion como sacerdote.

—Haré lo posible por no desmentirla jamas; sin embargo, la debilidad humana...

—Esa debilidad es inherente a todos, es el resultado del pecado orijinal y hasta los mismos santos no están de ella exentos...

—Ahora, señor, suplico a usted que se digne guiarme.

—Lo haré con el mayor gusto, y es tal el interes que usted y su virtuosa hija me inspiran, que yo habia pensado en este asunto.

—¿En el porvenir de mi hija?

—Justamente.

—¡Tanta bondad!

—Ya he dicho a usted que es nuestro deber y yo agregaré: es mi gusto.

—Razon de más para estar a usted sumamente agradecidas.

—Prescindamos de estas cosas y vamos al asunto.

—Lo deseo vivamente.

VI.

Antes de contestar me detuve un momento para observar a mi penitente y escitar su curiocidad, continuando en seguida:

—Yo conozco a un jóven que convendria a su hija y que reune todas las condiciones para hacer su felicidad.

—¡Es posible! ¿cuál?

—Es un jóven cuya conducta me es mui conocida, cuya capacidad, si no de primer órden, tampoco debe considerarse vulgar, pero cuya virtud y relijiosidad son ejemplares. Por otra parte, y esto es mirando la cuestion bajo el punto de vista de la sociedad, pertenece, aunque pobre, a las primeras familias de Santiago, pues es de la mas alta aristocracia.

—Esas son muchas cualidades.

—En este sentido, lo que abunda no daña.

—¿Cuál es el nombre de ese caballero?

—Usted lo conoce, si no tanto como yo, al menos bastante para que haya podido formar juicio.

—¿Será el jóven Dominguez?

—El mismo.

—No puedo negarlo; reconozco sus méritos, pero no dejan de presentarse sus dificultades...

—¿Cuáles? ¿Seria la carencia de fortuna? Este es el solo defecto, grave es verdad y de mucho peso en la época actual, pero del que no es culpable...

—La cuestion de dinero es para mí la mas insignificante y no entra por nada en mis cálculos, pues mi hija es bastante rica y bastante desprendida para prescindir de esta circunstancia que, para otros, puede ser, como usted dice, de mucha consideracion.

—Sabia de antemano, hija mia, su opinien sobre este particular; ¿cuáles son, pues, los otros inconvenientes que usted encuentra?

—En primer lugar, es que Julia, si bien no puede menos de apreciar las cualidades que adornan al hijo de mi amiga doña Pacífica, no tiene por él ese cariño tan indispensable para la felicidad del matrimonio; y en segundo lugar, el jóven Dominguez puede participar de la misma indiferencia, y no seria ni conveniente ni decoroso el violentarlo, tanto más cuanto que ni Julia ni yo aceptariamos un pretendiente por fuerza.

—Respecto a la primera dificultad, basta, señora, el aprecio para que sea dichosa una union, porque es la base mas segura y mas sólida de la tranquilidad que se pueda desear. El fuego de la pasion disminuye o desaparece, pero el aprecio subsiste siempre. Pueden disgustarse dos amantes, jamas dos personas que se aprecian y que por lo mismo se respetan. El amor tiene sus debilidades, sus intercadencias, sus desazones y hasta sus momentos de hastio, pero no asi el otro sentimiento que es sereno, razonado, juicioso y que no cambia, porque proviene de la reflexion tranquila. Si todos los matrimonios se hiciesen bajo tales auspicios y en tales condiciones, no veriamos tantas uniones desgraciadas, tantos lazos apenas formados cuando rotos. Los jóvenes al dejarse llevar de esas impresiones ardientes, de esos afectos que creen eternos porque los sienten con violencia, no premeditan, y obedecen solo a sus instintos, a sus deseos del momento; en tanto que ese cariño apacible que proviene del estudio recíproco, que se funda en las cualidades morales, que necesita tiempo para desarrollarse, es eterno, porque ha tenido lugar de echar profundas raices y porque el terreno en que se planta y del cual se alimenta es

sólido y nutritivo a la vez. Muchas y mui largas reflexiones podria hacer a usted, hija mia, sobre este asunto, y podria tambien corroborarlas con la esperiencia, es decir, con mil hechos prácticos que acontecen todos los dias y que vemos a cada paso. Podria añadir lo que yo mismo he presenciado y oido, de lo que he sido parte, testigo, consultor confidente o intérprete, y usted veria si tengo o no razon, si le hablo a usted impulsado solamente del interes sano y recto que tengo por ustedes y que es el móvil único que me guia.

—No lo dudo, señor, y se lo agradezco tanto como sus razones me convencen.

—Ahora por lo que respecta a mi antiguo discípulo, lo sondearé y yo le diré a usted las disposiciones en que se encuentra, sin que haga valer de mi parte el ascendiente que puedo tener sobre él como maestro, sino que quiero, como usted, la espontaneidad; pues si encuentro alguna de esas resistencias, alguno de esos antagonismos de carácter que puedan perturbar o hacer imposible la union, yo seré el primero en oponerme a ella por cariño a ambos. Por otra parte, es preciso que él se considere honrado y que solicite la mano de Julia como una gracia; que la mire como un favor, como una felicidad, y hasta como una recompensa por su buena conducta pasada, que garantizará su conducta futura, marcándole asi el modo como deba conducirse.

—Está bien, señor; yo consultaré con mi hija.

—¿Se encuentra usted conforme con mis opiniones?

—De todo punto.

—¿Se halla usted persuadida que esta es la mejor

manera y el medio único de asegurar la felicidad de Julia?

—Asi me lo parece, asi lo creo.

—Pues bien: de su cooperacion depende el resultado, asegurándole yo que la mia será eficaz; ¿puedo entonces contar con su aquiescencia completa?

—Sí, señor.

—Nos complotaremos para hacer el bien, y trabajando por nuestra felicidad, habremos hecho una obra meritoria al Señor...

VII.

De esta manera, amigos mios, acabó nuestra conversacion. Ya ven ustedes que tenemos un ausiliar poderoso: lo que quiera la madre, es probable, es casi seguro que lo quiera la hija. Está, pues, dado el primer paso.

—Y el mas importante, dijo doña Pacífica.

—Tal es mi manera de ver: si esa muchacha no tiene su partido tomado, es decir, una afeccion decidida, el triunfo es infalible.

—Creo que nó, replicó la madre del ex-seminarista, pues ya yo lo habria notado con la intimidad que tengo en la casa.

—Bueno seria, sin embargo, hacer llamar a los sirvientes, consultarlos, amonestarlos y compelerlos a que lo observen todo y le den a usted cuenta de lo que vean y de lo que oigan.

—Tengo mui presente su consejo, y lo cumpliré hoi mismo.

—Por mi parte, dijo don Juan Ugarteche, sondearé mas detenidamente el corazon de la niña.

—No solo es bueno sondearla, sino aconsejarla, como yo lo he hecho con la madre, contestó el clérigo Larrañaga.

—Sí; ambas cosas se practicarán bien y con detencion, repuso el buzonero de la Vírjen.

—Quien tiene aquí el rol mas pasivo y el que sin embargo va a aprovechar de todo, es Rafael Arcánjel; ¡pero cuidado con mostrarse ingrato!...

Y el rector del Seminario clavó en el jóven su mirada de águila, su mirada torva, pero perspicaz y dominante...

Rafael Arcánjel tembló de piés a cabeza, tanto por la amenaza, cuanto por lo que encerraba de lúgubre, casi de espantoso la entonacion de voz del famoso clérigo; porque acostumbrado sin duda a adivinar la significacion oculta de las palabras de su profesor, por el conocimiento que tenia de sus actos, no ignoraba de cuánto era capaz y cuán terrible podria ser su venganza.

Nadie sabe mejor que los que se han educado en los claustros, hasta dónde llega la crueldad fria e implacable de esos hombres que han renunciado a la familia, a los afectos, o lo que es lo mismo, al mandato espreso de Dios, puesto que infrinjen sus leyes, y su principal lei: la conservacion, que se mantiene por la reproduccion, siendo esta especie de hipertrofia del corazon la que ha creado esos monstruos que han descarriado a la humanidad con su fanatismo, corrompídola con sus vicios u horripiládola con sus crímenes.

I.

El jóven seminarista, sobre quien, como acabamos de decirlo, ejercia tan poderosa influencia su rector, se dirijió donde él, y prosternándose, le besó las manos.

La actitud sumisa, obediente, pasiva, humilde del seminarista, debió ser del agrado del jefe, pues dijo a su discípulo con tono dulce aunque firme:

—Mi amenaza no significa duda, sino seguridad, sino confianza absoluta en usted; pero...

Rafael Arcánjel le interrumpió esclamando:

—No tenga usted el menor cuidado, señor; todos mis actos estarán siempre en armonia con sus mandatos.

Y esta era la verdad; porque el clérigo Larrañaga dominaba por completo al jóven, ejerciendo sobre él una influencia casi ilimitada, casi absoluta.

—Lo que dice y lo que promete mi hijo, no se puede poner en duda, agregó la beata, porque tanto él como yo, lo que queremos principalmente es el triunfo de la relijion, y con el triunfo de la relijion el respeto a sus ministros.

—No por cuanto a nosotros como individuos, como

hombres de carne y hueso, sino como delegados del cielo, como intermediarios entre Dios y la humanidad, a quien estamos en el deber de aconsejar, de enseñar, de dirijir, añadió don Juan Ugarteche con su tono inspirado, y levantando, como de costumbre, su mirada hácia el techo, ya que no podia ver el firmamento.

—Pero para realizar ese hermoso pensamiento, para cumplir con la mision santa que la Providencia divina nos ha encomendado, ya no son suficientes, como en otros felices y sencillos tiempos, la palabra y el ejemplo; ahora para combatir al enemigo, es indispensable el oro; sin él nada podriamos hacer; y en prueba de ello ya ven ustedes como se conducen en Roma, que todo se consigue con oro; que el Santo Padre no quiere mas que oro, riquezas, estado; que los jesuitas piden oro, trabajan por oro, y han acumulado fabulosas fortunas, fortunas que los hacen respetables en todas partes; fortunas que los hacen gozar de influencias en los gabinetes, obrar bajo cuerda sobre los pueblos, tener afiliados decididos, intelijentes y sumisos en todas las categorias sociales, hasta el punto de hacer temblar en su sólio a los mismos papas, que se ven obligados a escuchar sus consejos y seguir su doctrina por temor y por conveniencia; pues sin estos poderosos ausiliares, sin estos baluartes del catolicismo, ¿qué vendria a ser de nosotros? La vorájine de la incredulidad nos absorberia... y desapareciendo nuestra influencia, seriamos completamente anulados; pero esa incredulidad para las cosas eternas, cree, confiesa y persigue las cosas positivas, pues no tiene otro Dios que el dinero; asi es que para gobernarla, que para sostenerla en sus des-

manes, para contrabalancear su fuerza, y si es posible, para sobreponernos a ella, necesitamos del mismo elemento que ella necesita; necesitamos oro, oro y mas oro...

El clérigo Larrañaga se detuvo un momento, y luego agregó:

—Yo ni deseo ni quiero los bienes terrenales, como lo he repetido tantas veces, pero el espíritu del siglo nos ha colocado en la triste condicion de que nos tengamos que valer de ellos para conseguir los divinos. En este sentido, y solo en este sentido es en el que hablo.

—Lo comprendemos, y usted tiene mucha razon, pues hasta yo mismo, dijo don Juan Ugarteche, he impuesto a las *hijas predilectas de María* una módica contribucion que les permite a ellas ganar el cielo, y a mí hacer las fiestas en la Compañía; de modo que ese óbolo, sin el cual no podria celebrar el mes de la Santísima Vírjen, obra a la vez en bien de ellas y en el esplendor del culto, que sirve para propagar la devocion. Asi es como se hermana lo temporal a lo eterno, y como se comprende el hábil, prudente y relijioso raciocinio de mi compañero y amigo, a quien he oido con respeto y admiracion, porque todo cuanto dice es justo, razonable, santo, siendo por esto mismo la primera lumbrera de nuestro clero y a quien cabrá la gloria de rejir nuestra Iglesia si Dios llama a sí al reverendo metropolitano que tenemos.

II.

El rector del Seminario bajó la cabeza con orgullosa humildad, y en seguida repuso:

—Gracias, amigo mio. Yo no puedo ser indiferente a sus alabanzas.

—Hago justicia, agregó don Juan Ugarteche con sinceridad.

—No puedo negarlo: siento una verdadera satisfaccion al ver apoyadas mis ideas por varones de reconocida santidad como usted, y tan justamente ilustrados como influyentes.

—Reconocer la verdad allí donde se encuentra es nuestro deber, y particularmente cuando conduce a la mayor honra y gloria de Dios.

III.

Aquí hubo una pausa emanada del unánime asentimiento o conformidad de opiniones.

—Vuelvo sobre mi tesis: ¿qué papel haria en la sociedad, prosiguió el rector; qué influencia tendria en ella, si se presentase entre nosotros un pobre y santo anacoreta predicando el abandono de los bienes de este mundo? ¿No es verdad que todos se reirian de él; que seria tomado como un animal antidiluviano, al que mirarian en un principio con curiosidad como lo que esperimentamos por una cosa rara, pero a quien volverian inmediamente la espalda? ¿No es cierto que no gozaria de la menor influencia, que no obtendria el

menor cambio ni en nuestras ideas, ni en nuestras costumbres?

—Desgraciadamente es asi; y sin embargo, ese hombre estaria en la verdad, porque enseñaba la buena doctrina, contestó don Juan Ugarteche con conviccion.

—No digo lo contrario; pero usted mismo, que es tan abnegado, ¿no se ve en la necesidad de buscar el oro y de emplear el oro para la propagacion de la fé?

—Estamos completamente de acuerdo.

—Y creo que todos son de la misma opinion.

—Todos, contestaron a un mismo tiempo la beata y su hijo.

—Y bien; en el enlace de Rafael Arcánjel, no lo ocultaré, porque es de los nuestros y todos somos unos, vamos en busca de ese mismo elemento poderoso: enriqueciéndolo a él, nos enriquecemos nosotros; y aun cuando no le pidamos ni un solo escudo, es evidente que ganaremos, pues la influencia que él ejerza, que le dé su fortuna y su posicion social, será tambien nuestra, porque obrando en favor de nosotros obra en favor suyo; pues si no me equivoco, tenemos el mismo modo de pensar, y de consiguiente el beneficio será recíproco, sosteniéndonos y protejiéndonos mútuamente; con la diferencia que él necesitará más de nosotros que nosotros de él, y que hai hasta cierto punto jenerosidad de nuestra parte en que lo asociemos a nuestra obra, que, ademas de su santidad, es de conveniencia y de provecho.

Y el clérigo Larrañaga volvió a mirar detenidamente a Rafael Arcánjel.

—Todo cuanto valga, todo cuanto adquiera, todo cuanto tenga es suyo, señor; soi de usted en cuerpo y alma, respondió el futuro *Amigo del pais*, echándose a los piés de su rector.

—Obras y no palabras es lo que necesitamos, dijo con cierta severidad cariñosa el clérigo Larrañaga, levantando a su discípulo.

—Lo que deseo principalmente es que se presente la ocasion, que me pongan a la prueba...

—Ya vendrá su tiempo.

—Ojalá fuese hoi mismo.

—No pongo en duda tu adhesion, amigo mio, pero debo advertirte que tus jenerosos ofrecimientos, de cuya sinceridad estoi convencido, no los acepto para mí personalmente, como parece que me lo has manifestado o que me lo has dicho, sino para el triunfo de nuestra causa, para la gloria de nuestra santa relijion.

—Asi es como lo he comprendido, señor.

—Estamos, pues, en todo perfectamente de acuerdo, y ahora les aconsejo que no olviden mis recomendaciones respecto a los medios.

—Los tendremos mui presentes, señor.

—Bueno, porque no hai que desdeñar ni aquello que aparezca insignificante: muchas veces de las pequeñas cosas nacen los grandes resultados, y un lijero descuido nos hace perder una importante batalla: esto lo saben hasta los niños.

—Estoi acostumbrado a obedecerle en todo y por todo, y no será ahora que venga a faltar a sus órdenes, que he considerado siempre como sagrados preceptos, agregó sumisamente Rafael Arcánjel.

Los dos clérigos se despidieron, diciendo a la beata que los hiciese llamar cuando los necesitasen, pues estaban dispuestos a servirla a toda hora y en cualquiera circunstancia.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA MEXICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

ESPIONAJE E INTERROGATORIO.

I.

Doña Pacífica Jerez, tan luego como partieron los sacerdotes, se dirijió a casa de doña Ana de Balcarce, a quien encontró algo triste y pensativa, porque acababa de tener una esplicacion con su hija que no la habia dejado del todo satisfecha, si bien podia decir que no encontraba en ella una oposicion decidida, sino esa resistencia tímida y humilde de una jóven que, si bien esperimenta ciertas preferencias, no han llegado éstas a tomar cuerpo, encontrándose en el caso de vencerlas sin gran pesar.

—¿Qué le sucede a usted, amiga mia, que la encuentro preocupada? dijo doña Pacífica, mostrando el mas afectuoso interes, y despues de saludar familiarmente a la señora Ingrand.

—Nada, contestó ésta sonriéndose, porque no queria, al menos por el momento, revelar a su amiga la naturaleza de la esplicacion que habia tenido poco há con su hija.

—Me alegro; ¿estará usted un poco indispuesta?

—No me siento bien.

—¿Qué es lo que tiene? yo soi algo médica.

—No vale la pena de decirlo... pasará...

Y la madre de Julia mudó de conversacion.

No se le ocultó a la astuta beata esta maniobra de su amiga, y dijo para sí: "Aquí hai algo... mas tarde lo descubriré..."

—Yo venia, añadió, despues de responder a las observaciones de doña Ana, a que tuviera usted la bondad de prestarme por un momento a la sirviente de Julia. Tengo una dilijencia que confiarle y que necesita de honradez y de intelijencia, y me he fijado en la Juana para que me la desempeñe, porque sé que ninguna otra la haria mejor ella.

—Tiene usted razon; esa muchacha es mui intelijente y ha sabido granjearse el cariño de Julia.

—Estaba segura que les agradaria y por eso se las procuré.

—Pues nos ha hecho usted un verdadero obsequio.

—Me alegro; pero a quien he hecho un verdadero servicio es a ella, colocándola en una casa tan buena como la de ustedes, donde ve buenos ejemplos y donde es remunerada como no lo seria en ninguna otra.

—Nosotras tenemos la costumbre de tratar bien las sirvientes, de no despotizarlas ni insultarlas jamas, y de pagar sus servicios, de manera que estén contentas y nos sirvan por afecto más que por obligacion.

—Admirable método!

—Es el mejor que he encontrado y el que se hermana más con nuestras inclinaciones; sin embargo, no he dejado de sufrir algunas decepciones.

—Este mundo está lleno de ingratos.

—No tantos como jeneralmente se piensa; pero veo que no le he respuesto aun sobre si la Juana puede ir o nó con usted.

—No me habia fijado.

—Usted está en su casa, amiga mia, y todo lo que hai en ella, incluso nosotras, se encuentra a su disposicion.

—¡Tanta bondad!

—Usted me proporciona un verdadero placer en serle agradable en alguna cosa.

—¿Y en qué no lo es usted para conmigo?

—Estoi todavia mui distante de corresponder a los servicios que usted me ha hecho.

—¡Qué servicios! Ojalá pudiera ser a ustedes útil en algo de importancia.

—¡Todavia más!

—¿Y qué he hecho? Yo no veo nada que merezca la pena de tomarse en consideracion.

—Es que usted hace los favores sin fijarse en ellos.

—Vamos, vamos, no hablemos, querida amiga, de cosas peculiares a la amistad, y especialmente a una amistad como la nuestra, porque me lisonjeo que ustedes me querrán tanto como yo las quiero y aprecio.

Y la beata abrazó con efusion a doña Ana de Balcarce.

—Puede ser que llegue un tiempo en que estemos mas íntimamente unidas, contestó la señora Ingrand, conmovida por las caricias de la beata, que le parecieron realmente sinceras...

II.

Doña Pacífica escuchó con satisfaccion aquel arranque de afecto de su amiga, que confirmaba lo que ella pretendia, pero no se dió por entendida, y prosiguió:

—Yo he tenido y tengo muchas personas a las que en realidad quiero; pero no puedo darme la razon por qué ustedes han sabido atraerme de tal manera, que el afecto que les profeso ha sobrepujado a todos los otros afectos, hasta el punto que yo misma me reprocho esta preferencia, que llego a calificar de ingratitud.

—Tambien para nosotras usted es nuestra primera amiga.

—Me lisonjeo en creerlo asi; porque sufriria mucho que ustedes no me correspondieran.

—Si no lo hiciéramos, seriamos las mas ingratas.

—Estoi contentisíma...

Y la beata volvió a abrazar a doña Ana, preguntándole al mismo tiempo que la acariciaba:

—¿Dónde está Julia? Me estraño de no verla al lado de usted.

—Acaba de estar conmigo en este momento y se ha ido a su cuarto; luego vendrá.

—No la incomode usted. A mi vuelta tendré el gusto de verla. No puedo esperar más porque la hora de la dilijencia que tengo que hacer se acerca.

Y doña Pacífica miró el reloj.

—¿Por qué no me lo habia usted dicho?

—Hai tiempo todavia... son las dos de la tarde, y es a las tres para cuando necesito a la Juana.

La señora Ingrand tiró del cordon de la campanilla, y en el instante apareció un criado a quien dió órden de llamar a la camarera de Julia.

La sirviente no se hizo esperar, y doña Ana la mandó que se fuera a vestir en el acto, porque tenia que acompañar a la señora Jerez.

Juana obedeció.

Pocos momentos despues ambas tomaban un carruaje de posta, y la beata dijo al cochero:

—A la calle de la Compañia, número...

La muchacha se estremeció involuntariamente: la casa designada la conocia... era la de don Juan Ugarteche.

III.

No hacia muchas horas que doña Pacífica habia tenido la conferencia que se acaba de leer con sus dos principales consejeros, el señor Ugarteche como padre espiritual y el rector del Seminario como maestro de su hijo; asi es que don Juan se sorprendió un tanto al verla llegar en el mismo dia y en compañia de Juana, la que sabia era sirviente en casa de doña Ana de Balcarce, colocacion que le habian procurado la beata y el buzonero de la Vírjen.

—¿Qué sucede? esclamó don Juan un tanto alarmado y dirijiéndose a doña Pacífica.

—Nada de particular; solo sí que para seguir al pié de la letra y con la brevedad posible los sabios y prudentes consejos de ese santo amigo de usted, he estado donde mi amiga la señora Ingrand y le he suplicado me prestase a la Juana, con el fin, como usted sabe, de

investigar ciertos asuntos que hasta aquí yo no habia convenientemente esclarecido.

—Está bien, contestó el clérigo. Y en seguida, dirijiéndose a Juana, le dijo:

—¿Te hallas contenta en la casa?

—Sí, señor, mui contenta: ¡son tan buenas las señoritas, principalmente mi sia Julia!

—¿Has olvidado a quiénes debes esta buena colocacion?

—Nó, señor: a su merced y a la señora doña Pacífica Jerez.

—¿Recuerdas las condiciones que te impusimos y que aceptaste?

—Las recuerdo.

—¿Las has cumplido?

—Hasta aquí he revelado a la señora cuanto sabia, respondiéndole sobre todo aquello que su merced me ha preguntado.

—¿Y no has mentido jamas?

—Nunca.

—Lo que me ha dicho ha sido mui insignificante, replicó la beata.

—Es todo, señora, cuanto tenia que decirle.

Y la muchacha se cubrió el rostro para ocultar su vergüenza y sus lágrimas: ella comprendia el papel que desempeñaba...

—No hai motivo para llorar, dijo con tono de severidad don Juan Ugarteche.

La muchacha quitó su pañuelo de la cara, pero bajó la cabeza.

—Sin duda has puesto mucha neglijencia en desem

peñar la comision que te habiamos encargado y por la cual te hemos dado esa colocacion.

—No sé, señor, pero creo haber cumplido.

—Hai dos maneras de cumplir: bien y mal.

—¿Qué es lo que sus mercedes exijen de mí?

—¡Ahora no mas estamos en esas! Lo que exijimos de tí es que nos reveles todo cuanto pasa; y para saber todo cuanto pasa, es preciso que escuches, que veas, que sonsaques, que investigues, en una palabra, hasta aquello mismo que te quisieran ocultar, siendo esto principalmente lo que debes procurar saber para decírnoslo: asi es como se cumple bien con lo que te hemos encomendado y que te has comprometido con nosotros a desempeñar; de lo contrario perderás esa casa y tambien... ya tú sabes lo que podria sucederte.

IV.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La infeliz tembló de piés a cabeza, esclamando con angustia:

—Perdon... lo revelaré todo...

—¿Nos habias ocultado entonces algo?

—Nada, señor; quiero decir que vijilaré más y que vendré a decirle en el acto cuanto sepa, cuanto averigüe...

—Basta con que nos lo escribas, ya sea a mí o a la señora.

—Obedeceré, señor.

—En lo que harás mui bien, en lo que está tu conveniencia en este mundo y en el otro, pues a mas de debernos gratitud por tantos favores que te hemos

hecho, por tantos servicios que te hemos prestado, lo que te encargamos es por el bien de esa misma familia; pues tú debes comprender que siendo la hija confesada mia y la madre amiga íntima de la señora Jerez, no debemos querer otra cosa que su felicidad y evitarles las asechanzas y los peligros que rodean siempre a la riqueza.

La sirviente miró con cierto aire de duda a las dos personas que tenia a su frente.

La beata comprendió lo que pasaba por la muchacha, y le dijo con cariño:

—Lo que te dice nuestro padre espiritual, el señor don Juan, es la pura verdad; y no puede ser mas que la pura verdad desde que lo vierten sus sagrados labios.

—Yo no miento jamas, agregó el fanático incorporándose.

—¡Quién se atreveria a dudarlo! añadió la beata, mirando fijamente a Juana.

—Nadie, señora, nadie... dijo la muchacha, respondiendo a los interrogadores y dominantes ojos de doña Pacífica.

—Dime, hija mia, prosiguió la madre de Rafael Arcánjel; ¿quiénes son las personas que visitan a la señora doña Ana de Balcarce?

—Las mismas que su merced conoce o que han ido con su merced.

—Nómbramelas.

Juana principió a decir uno a uno el nombre y apellido de todas las señoras que iban a la casa.

—Mui bien; todas éstas me son conocidas; ¿pero no hai más? Piénsalo bien antes de responderme.

La sirviente se recojió en sí misma y nombró algunas otras personas.

—¿Estás segura que me los has dicho todos?

—Asi creo.

—Reflexiona todavia; puede ser que algo se te haya olvidado.

—¡Ah! Sí, sí... recuerdo a...

—¿A quién?

—A una señora que va de tarde en tarde con su hijo.

—¿Con su hijo, dices?

—Sí, señora, con su hijo.

—¿Y qué edad tiene ese hijo? ¿Y quién es esa señora?

—Voi a revelárselo a su merced.

—Habla.

—Es una señora mui amable y a quien misia Ana y misia Julia reciben con mucho cariño.

—¡La reciben con mucho cariño, y no me habias desde un principio nombrado a esa persona, o a esas personas, quiero decir, puesto que la madre va acompañada del hijo!

—Las habia olvidado, porque, como he dicho a su merced, vienen a la casa de tarde en tarde.

—Y bien; concluye.

—La señora se llama doña Cármen Cáceres.

—¡Cármen Cáceres! ¡Cármen Cáceres!... No conozco... Ese apellido no pertenece a nuestras principales familias. ¿Qué clase de mujer es esa?

—Es una señora, como he dicho a su merced, mui amable y que anda siempre vestida mui modestamente.

—¿Será alguna antigua sirviente de doña Ana?

—No lo parece, por la manera de tratarse y por la distincion del jóven.

—¡Por la distincion del jóven! ¿Con que teniamos esa, que el hijo era ya un jóven?

—Un jóven mui buen mozo, mui suave y mui modesto.

—¡Hola! todas esas observaciones habias hecho y no nos las habias dicho!

—Su merced misma no me ha dejado tiempo.

—Te he preguntado qué edad tiene ese jóven.

—Cuando más veintitres o veinticuatro años.

—¿Y buen mozo?

—Mui buen mozo, señora.

—¡Es raro! Yo no he encontrado jamas esas visitas.

—He dicho a su merced que van raramente, cuando más una vez por semana.

—¿Y por lo regular a que horas y en que dia de la semana?

—He notado que hacen sus visitas casi todos los sábados y a eso de las oraciones, cuando hemos acabado de comer.

—¡Es raro! volvió a repetir la beata como si hablara consigo misma; ¡y mi amiga no me ha hablado una palabra de estas personas! ¿Tendrá algun motivo para ocultármelas? Ya veremos; mientras tanto, continúa. Y doña Pacífica se dirijió nuevamente a Juana.

V.

El clérigo Ugarteche, rellenado en su poltrona, es-

cuchaba aquella conversacion sin inmutarse y sin intervenir en ella, como si no tomara la menor parte; y sin embargo, el saber que un jóven visitaba a Julia, y que él lo ignoraba tambien, porque nunca se lo habia revelado en el secreto del confesonario, lo intrigaba al grado de desazonarlo.

—Es todo cuanto tengo que decir a su merced, repuso la sirviente.

—¡Todo! Nó; yo te preguntaré.

La sirviente se inclinó en señal de sumision.

—¿De qué manera es recibido el jóven por la madre y por la hija?

—Bien, señora.

—Eso de bien no esplica nada; ¿lo reciben con familiaridad? ¿Qué semblante ponen, particularmente Julia? ¿Sobre qué conversan y cuánto tiempo permanecen de visita?

—Me hace su merced muchas preguntas a un mismo tiempo, y me confundo.

—Contesta por órden.

Juana reflexionó.

Doña Pacífica no apartaba de ella sus, ojos y su mirada penetrante parecia llegar hasta el fondo del alma de la infeliz sirviente, que se encontraba a la vez subyugada y oprimida.

—Yo no soi capaz de observar tanto, señora.

—No me andes con disculpas ni me dés respuestas evasivas. Yo sé que tienes penetracion, talento e injenio, y esto es lo que me obligó a colocarte al lado de esa niña; contesta, pues, y cuidado...

—Me parece, respondió la muchacha temblando,

porque doña Pacífica le causaba miedo; me parece que la madre y el hijo son antiguos conocidos de la señora doña Ana, pues las recibe como a viejos amigos y no los lleva al salon, sino a su dormitorio.

—¿A su dormitorio?

—Sí, señora, a su dormitorio.

—¿Con que gozan de tanta familiaridad?

—Asi parece.

—¿Y Julia permanece con ellos?

—Sí.

—¿Todo el tiempo que dura la visita?

—Todo el tiempo.

—¿Y está alegre?

—Parece que sí.

—Y cuando llegan, ¿sufre su semblante alguna inmutacion? se pone colorada?

—No lo he notado; pero se manifiesta contenta.

—¿Y habla con el jóven?

—Poco; mucho más habla con la madre.

—Es preciso que en el futuro seas mas observadora: de aquí depende tu fortuna o tu desgracia... Ya sabes que lo uno y lo otro está en nuestras manos. Y la beata miró a don Juan Ugarteche como haciendo alusion a él.

—Lo sé, señora.

—Dime ahora: ¿sobre qué conversan?

—Nunca me he encontrado presente.

—Pues esto es indispensable.

—¿Cómo hacer?

—Tú misma buscarás y encontrarás el medio.

—No sé de qué manera.

Aun cuando te despidan, debes quedarte del otro lado de la puerta y escuchar, y mirar por las rendijas o por el agujero de la llave.

—¿Y si me sorprenden? Estoi segura que se enojarán y talvez me despidan, lo que seria una gran pérdida para mí.

—Más tienes que perder con nosotros si no nos obedeces. Por otra parte, eres demasiado astuta para que te sorprendan, y en caso de que esto sucediera, ¿no supieras disculparte?

Juana guardó silencio y bajó otra vez la cabeza.

—Estás advertida, prosiguió doña Pacífica en el mismo tono de despótica autoridad.

—Sí, señora.

—Y es de todo punto indispensable obedecer, y obedecer ciega y fielmente.

—Haré cuanto su merced me ordene.

—¿Y qué tiempo duran poco mas o menos esas visitas?

—Cuando no llegan otras señoras de mas cumplimiento y que misia Ana se vé precisada a recibirlas, se quedan hasta las diez u once de la noche.

—¡Tanto!

—Sí, señora.

—Y cuando recibe la señora Ingrand, ¿qué es lo que hacen?

—Se despiden.

—¿Y por qué no se presentan tambien en el salon?

—No lo sé.

—Esta es sin duda la causa porque yo no he encontrado nunca a esas jentes.

—Sin duda, pues varias veces que su merced ha ido se hallàban ahí.

—Y se han despedido en el acto!

—En el acto.

—¡Qué misterio! pero ya lo descubriremos... cuento contigo.

—Su merced me conoce...

—Puedes retirarte. Y la beata hizo el ademan de señalarle la puerta.

VI.

A tiempo que la muchacha salia don Juan, Ugarteche se incorporó, y le dijo:

—Quédate.

Juana se detuvo, volviéndose hácia el clérigo.

—Tengo que hacerte a mi vez algunas preguntas.

La sirviente esperó silenciosa.

—¿Recibe algunas cartas la señorita Julia?

—Sí, señor.

—Sabes de quién y de dónde vienen esas cartas?

—De una amiga de la señorita que está en una de sus haciendas.

—¿Y ella las contesta?

—Siempre.

—¿De nadie más recibe cartas?

—Me parece que de nadie más.

—Y ese jóven de que hablaban ahora poco, ¿no le habrá escrito?

—Creo que nó.

—¿Estas segura?

—Casi podria afirmarlo; pero esta clase de papeles su merced mejor que yo debe saber cuánto se ocultan.

—Tienes razon... yo lo averiguaré... esto me incumbe... ¿Y esa amiga con quien tiene correspondencia cómo se llama?

—Misia Sofia Bascuñan.

—Ese apellido me es conocido; pertenece a mi misma familia, y talvez sea prima mia esa jóven; ¿ha venido alguna vez a Santiago?

—Yo no la he visto.

—¿Tú estás al servicio de la señora Ingrand desde que llegó?

—Pocos dias despues me colocó en la casa la señora doña Pacífica que se encuentra presente.

—Es verdad, dijo la beata lacónicamente.

—¿Y desde entonces has notado que se escriben?

—Sí, señor.

—¿Muestra la señorita Ingrand a su madre las cartas que recibe de la señorita Sofia Bascuñan?

—Muchas veces he visto que se las leia, por lo menos algunos capítulos.

—¿Y sabes tú dónde están esas cartas?

—Sí, señor.

—Pues es preciso procurárselas y traérmelas.

—Y si las echa de menos la señorita Julia, ¿qué dirá?

—Diga lo que diga y haga lo que haga, necesito tenerlas.

—Pero corro un grave peligro.

—No tanto, pues yo no haré nada más que leerlas y devolvértelas, pudiendo tú colocarlas en seguida en el mismo lugar sin que se note la sustraccion.

—Siendo asi, es mas fácil y no hai tanto riesgo.

—¿Y las cartas que ella escribe, con quién las manda al correo?

—Con el portero.

—¿Se las entrega en su mano?

—Nó, señor; soi yo jeneralmente quien se las doi.

—¡A las mil maravillas! Esas cartas, antes de que tú se las dés al portero, me las traerás a mí.

—¿Y si no puedo salir?

—Para esto no te permito la menor escusa: buscarás el pretesto o encontrarás otro medio cualquiera; pero de una manera o de otra es indispensable que vengan a mi poder antes de ir a su destino, al que no tardarán en llegar.

—Obedeceré, señor.

—Ahí está tu interes; ahora puedes retirarte.

V.

La sirviente partió, contenta de verse libre. Cuando se encontró en la calle comenzó a reflexionar, diciéndose a sí misma: lo que se me ordena es una traicion, es una infamia... yo lo siento; y aun cuando me dicen que es por el bien esas señoras, no lo puedo creer... hai algo en mi interior que me advierte lo contrario; porque si fuera un bien, ¿para qué tanto misterio? Y si fuera que quisieran evitarles un peligro, ¿por qué no se lo previenen a ellas mismas? ¿Por qué... La señora Jerez al colocarme en esa casa me previno lo que debia hacer, es verdad, y yo accedí a sus deseos y le hice la promesa de revelarle todo cuanto pasase en ella...

no podia obrar de otra manera... ¡pero es tan buena conmigo la señorita Julia; me trata con tanto cariño; tiene en mí tanta confianza, que esperimento un pesar verdadero en traicionarla!... sí, en traicionarla!... esta es la verdadera espresion... Si hubiese sido otra persona, mi dolor no fuese tanto... ¡pero ella!... mi situacion es horrible... y sin embargo, tengo que cumplir... cumplir irremediablemente, porque están en posesion de mis secretos... porque saben los de mi familia y podian perderlos a todos... a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, a mí... Yo no puedo menos de serles fiel: entre el mal grave que sobrevendrá a los mios y el pequeño o problemático que acontezca a misia Julia, no debo vacilar... Y por otra parte, ¿cuál será el daño que a una niña tan buena, tan rica, tan querida, tan poderosa podrian hacerle? Bien poco... En tanto que a nosotros!... Dios mio, ni quiero pensar en eso... porque solo la idea me hace un mal horrible! ¡Mi padre y mis hermanos fusilados!... Yo y mi madre para siempre encerradas!... ¡Qué horror! Y esto sucederia, sucederia infaliblemente, porque me lo han dicho... me lo han asegurado... ¡y son crueles!... tengo la prueba de ello; ¿y ahora mismo no me lo han manifestado claramente? Es preciso obedecer...

Y la pobre muchacha lloraba en silencio...

Es verdad, decia como para consolarse, que el señor Ugarteche nos ha procurado destinos lucrativos a mi padre, a mis hermanos y a mí misma; que asi hemos podido abandonar la industria peligrosa que teniamos para ganar la vida; que pasamos por personas honradas y sumamente virtuosas, pues nos confesa-

mos con frecuencia; que gozamos de reputacion y de bienestar material; ¿pero a qué condiciones? Si la de mi padre, que está al servicio de un hombre mui poderoso; si la de mis dos hermanos, que tienen un empleo en los ministerios, es igual a la mia, no es mui agradable que digamos. y los compadezco... si como yo se encuentran en el deber de espiar a las personas a quien sirven!...

Engolfada en estas tristes reflexiones, Juana llegó a su casa sin pensarlo y como maquinalmente, sorprendiéndose cuando se encontró frente a la puerta de calle y detenida por el portero, que le decia: "¿Dónde va usted? Hace rato que me preguntó la señorita Julia si usted no habia vuelto."

—Iba distraida, contestó Juana, entrando en la casa.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CONVERSACION BEATUNA.

I.

El clérigo Ugarteche y doña Pacífica Jerez, que se quedaron solos despues de haber despedido a la sirviente de Julia, entablaron el siguiente diálogo.

—¡Qué bien he hecho en seguir el consejo del señor Larrañaga!

—Mui bien.

—¡Cómo se conoce el talento de ese honorable y santo sacerdote!

—Es una de las lumbreras de nuestra iglesia.

—Por eso el señor arzobispo lo aprecia tanto.

—Es su brazo derecho.

—Con mui justa razon; ¿pero qué le parece a usted lo que hemos descubierto?

—No me lo habia imajinado, porque Julia, que se confiesa conmigo, no me habia dicho una sola palabra respecto a ese jóven.

—Y ahora que me acuerdo, se me olvidó preguntarle el nombre de él a la Juana.

—Poco importa; ya sabemos lo principal, que en cuanto al nombre no pasará de mañana o pasado que esté en nuestro conocimiento.

—¿Y qué juicio ha formado usted, señor, de esas misteriosas relaciones? pues bien pueden llamarse asi desde que se ocultan.

—Creo que hai algo, pero nó demasiado grave.

—¿Pero no ha oido usted lo que dijo la Juana? De sus revelaciones puede mui bien deducirse que ese jóven quiere a Julia y Julia a ese jóven.

—No digo que nó; pero aun el mal no es irremediable.

—¿En qué se funda?

—En una reflexion mui sencilla.

—¿Cuál?

—Una niña inocente, como lo es en realidad la Julia Ingrand, tiene por lo jeneral escrúpulos, y si se hubiera apoderado de ella un afecto fuerte, una pasion, me habria consultado, revelándome el estado de su alma.

—Piense usted, señor, en que es hija de protestante y que quizas pasa por alto esas delicadezas peculiares a una ferviente católica.

—Yo sé lo que digo, señora, respondió con aspereza don Juan, a quien no le gustaba que le contradijesen ni que pusieran en duda sus opiniones.

—Comprendo que usted puede y debe juzgar mejor que nadie sobre estas materias, contestó humildemente doña Pacífica.

—Sin embargo, por satisfacerte, hija mia, y para que tengas toda tranquilidad, voi en la próxima vez que

Julia se presente en la *tablilla*, a investigar cuanto pasa en su corazon.

—Doi a usted las gracias, señor.

—Te prevengo desde luego que no debes alarmarte demasiado, si bien es preciso tomar todas sus precauciones: el mismo señor Larrañaga, si se encontrase presente, seria de mi opinion.

—¿Convendrá que le comunique lo sucedido?

—No veo inconveniente en ello, sino ventaja.

—Mañana mismo lo haré.

—¿Y debo decir algo a Rafael Arcánjel?

—Haz lo que quieras, hija mia, sobre ese particular. Tú conoces mas que yo a ese muchacho, y por consiguiente tú mejor que nadie debes saber lo que conviene; sin embargo, te aconsejo que no lo hagas antes de consultarlo tambien con mi amigo el presbítero Larrañaga, que en calidad de maestro y por haber vivido con Rafael Arcánjel, estará en disposicion de dirijirte con acierto.

—Así lo haré.

—Yo creo llegado el momento de trabajar con actividad.

—Sobre todo ahora que ya mi amiga Ana está informada y que contamos con su apoyo.

—Esa es una razon poderosa, y la otra el evitar que el cariño que Julia parece tener por ese jóven se aumente.

—Sí, porque una vez hecho el matrimonio y perdida toda esperanza por ambas partes, ese afecto se desvanecerá como el humo.

—Justo es suponerlo.

—Esperemos, sin embargo, las cartas que nos procure la Juana, porque ellas nos darán luz.

—Sí; y tambien que yo interrogue a Julia.

II.

Doña Pacífica hizo un ademan de aprobacion y dijo:

—Pero hablando de otra cosa, ¿han entrado en la cofradia, son ya *hijas predilectas de María*, las personas de que nos ocupamos?

—¡Por supuesto! y de lo mejor que tengo, de la flor y nata del gremio, pues ya han hecho buenas limosnas a la Reina de los Cielos.

—¡Cuánto me alegro!

—¿No lo sabias?

—Algo; porque como usted debe presumirlo, la primera cosa que les aconsejé que hiciesen fué de que se asentasen en la cofradía, pero no habia vuelto a preguntarles; sin embargo, tenia casi la seguridad por haberlas visto asistir algunas noches al *mes de María*.

—Van siempre... yo las distingo a la primera mirada que echo sobre todas mis hijas, porque conozco el lugar que ha elejido la señora de Ingrand y que ocupa desde temprano, sin duda para que no se lo arrebaten.

—De veras que es preciso venirse a media tarde, porque de lo contrario todo está ocupado.

—Es tanta la concurrencia que no hai donde poner un alfiler.

—Milagro de la Reina de los Cielos.

—Indudablemente.

—Y tambien milagro suyo, señor, porque si otro hubiera tomado a su cargo esta santa devocion, estoi segurísima que no habria conseguido ni habria hecho la mitad de lo que usted ha hecho y conseguido.

—Yo no soi otra cosa que el ajente de quien se vale María Santísima.

—Pero usted debe estar mui contento, mui satisfecho.

—Eso sí, contentísimo.

—¡Qué obra tan grande!

—Pero yo no pierdo cosa alguna que contribuya a atraer a las personas y a despertar la devocion.

—Y el éxito ha sobrepujado a sus esperanzas.

—Tambien lo confieso. No me habia lisonjeado ir tan lejos como a donde he llegado.

—¿Y ha sido buena la limosna de la señora de Ingrand? Hago esta pregunta, señor, porque la dádiva indica el grado de devocion y de fé de la persona que la hace.

—Indudablemente, y puedo asegurarte que estoi mui satisfecho.

—Pues yo participo de su satisfaccion porque agrada ver que una amiga sea tan buena. Nosotros los pobres solo tenemos la voluntad y el sentimiento de no poder marchar en armonia con nuestros deseos.

—Tú no debes tener sentimiento alguno, hija mia, porque haces cuanto puedes y mas de lo que puedes. Por otra parte ¡cuántas personas no me has procurado con tu ejemplo y con tu palabra, inclusas la señora de Ingrand y su hija!

—Si no hiciera esto siquiera, ¿para qué serviria?

—Y eso es mucho, eso es lo más: tú tienes conseguido el asiento de preferencia, el asiento de honor al lado de la Madre de Dios...

—¡Si fuera cierto!

—Te lo aseguro.

—Ai! soi la mas feliz de las criaturas.. permítame que le abrace las rodillas.

Y la beata se echó a los piés de don Juan Ugarteche.

—Tienes lo que mereces, dijo con énfasis el buzonero de la Vírjen levantando a doña Pacífica, que no queria desprenderse de las piernas del santo varon.

—¡Lo que merezco! Yo no soi acreedora a tanta dicha.

—Tú no puedes juzgar, pero esa humildad te recomienda mas y mas... Ahora es preciso que nos separemos, pues ya es tarde y tengo todavia mucho que hacer.

—Siento haberlo incomodado.

—Incomodado nó; pero un sacerdote que quiere cumplir bien con su ministerio, tiene que atender a muchas y distintas cosas, y no puede, por mas que le agrade, consagrar su tiempo a una sola.

Doña Pacífica se retiró, y don Juan Ugarteche, en cuanto se hubo cerrado la puerta, se puso en oracion, porque, como ya lo hemos dicho, era creyente de buena fé y su ascetismo le hacia tener mas alta opinion de sus virtudes y de sus méritos, lo que no se avenia con la humildad que se figuraba poseer; ¡pero el hombre es tan fácil que se ilusione y se engañe a sí mismo!

CUIDADOS DE MADRE.

I.

Hemos visto que Juana, con el espíritu preocupado por las tristes reflexiones que hiciera durante el camino, habia llegado hasta la casa de la señora Ingrand sin apercibirse de ello, y a no haberla detenido el portero hubiera continuado andando quién sabe hasta donde.

—¿Con que ha preguntado por mí la señorita Julia? dijo Juana al portero como para confirmarse en lo que éste acababa en ese instante de repetirle.

—Sí.

—¿Hace rato?

—No mucho, como una media hora; ¿y por qué se iba usted pasando de la casa?

—No me habia fijado.

—¿Iria pensando en algun mozo?

Y el portero miró a Juana de cierta manera que demostraba sus temores, porque la muchacha no le era indiferente.

—Yo no tengo mozos en que pensar, contestó Juana con sencillez.

—Así dicen todas.

—No lo sé; pero puesto que la señorita me necesita, voi luego.

—Espere usted un momento, que tengo que decirle algo.

—¿Qué cosa? respondió Juana deteniéndose y pensando que fuese algun incidente que la interesara.

—Usted tiene mui lindos ojos, Juanita.

La sirviente no contestó la galanteria del portero, que se quedó con la boca abierta esperando una respuesta.

Juana entró en las habitaciones de su jóven ama, habiendo previamente tratado de componer su semblante alterado por las impresiones recibidas poco há.

Julia escribia y no se apercibia que estaba allí su camarera.

Juana la miró con ternura, porque la dulce fisonomia de su jóven señorita denotaba melancolia, mucho mas cuando la vió dejar la pluma, reclinar la cabeza en la poltrona en que estaba sentada y cerrar los párpados como para impedir que se desprendieran de sus ojos otras lágrimas, pues ya corrian por sus tersas mejillas dos de esas perlas cristalinas que nacen del corazon y que, aunque hermosísimas y seductoras, no dejan por esto de ser hijas del dolor.

El pecho de Julia estaba como oprimido por los sollozos que una voluntad firme contenia aprisionados sin exhalarse al esterior... Conocíase que aquella jóven luchaba con algun sentimiento cuya amargura queria ahogar.

Juana, viendo a su jóven ama tan abatida, hizo ruido

con el fin de distraerla, llamando su atencion hácia otra cosa que la librara del estado en que se encontraba por ese momento su espíritu.

Julia se estremeció... Temia sin duda que la sorprendiera su madre; pero viendo a Juana se serenó, y haciéndole ademan de que se acercara a ella, le dijo:

—Te echaba de menos.

—¿A mí, señorita?

—Sí, a tí: tu compañia me hace falta... me he acostumbrado contigo y te quiero.

—Yo tambien quiero mucho a su merced.

—Te lo creo, Juana, porque el afecto se comunica y casi siempre es recíproco.

—Parece, señorita, que su merced sufre... ¿estaria su merced indispuesta?

—No.

—¡Sin embargo!...

—Me ves triste, ¿no es verdad? pero el alma suele tener sus sufrimientos independientes de los males del cuerpo... ¡Si estuviera conmigo Sofia!...

—¿La señorita amiga de su merced a quien escribe con frecuencia?

—La misma... es mi mejor amiga... hemos vivido muchos años juntas.

—¿Por qué no le manda decir su merced que venga?

—Imposible... la madre de Sofia es ciega y enferma, y Sofia es quien la guia y quien la cuida, pues es la sola hija que tiene la pobre señora.

—¡Qué desgracia!

—No lo siente así esa buena y cariñosa madre que

se considera la mujer mas feliz que existe en este mundo.

—¿Cómo asi?

—Porque tiene en su hija el mayor tosoro... y esa es la verdad, pues no hai nada comparable a Sofia.

—Cuando su merced se espresa de una manera tan entusiasta es indudable que esa señorita está llena de cualidades.

—Es la niña que he conocido en este mundo mas tierna, mas suave, mas humana, mas jenerosa, mas elevada y a la vez mas sencilla.

—¡Qué conjunto de perfecciones!

—Yo la amo tanto como la respeto y admiro... ¡Pobre Sofia! cuánto debe estrañar mi ausencia y cuánto estraño yo la suya!

—Es una desgracia que dos personas tan buenas y llamadas para vivir juntas estén separadas. ¿Y por qué no hace su merced venir a Santiago a la madre y a la hija? de esta suerte todo se arreglaba y talvez se libraria su merced de muchos males.

Juana, al decir esto, se referia a la conversacion que acababa de tener con don Juan Ugarteche y doña Pacífica Jerez, y a la comision de que ella estaba encargada y que por no cumplir hubiera dado con gusto la mitad de su vida; tal era el cariño que profesaba a su jóven ama, a quien le era doloroso, mui doloroso, verse obligada a traicionar; pero que tambien le era imposible dejar de hacerlo por las circunstancias en que se encontraba su familia.

—Déjame un momento, dijo al fin Julia, porque tengo que terminar una carta que habia principiado a

escribir y que tú llevarás, tan luego como concluya, al correo.

La muchacha pensó, y con razon, que aquella carta debia contener algun secreto, y que este secreto era el que se empeñaban por conocer el fanático clérigo y la astuta beata, y le pasó por la imajinacion la idea de no entregarla; pero don Juan Ugarteche era su confesor, a quien nada debia ocultar, y era ademas el que disponia de la desgracia o de la fortuna, de la vida o la muerte de sus amados padres.

Asi es como el fanatismo y el confesonario estravian el juicio, corrompen el corazon y minan por su base las nociones innatas de la eterna justicia grabadas por Dios en la humana conciencia.

II.

Ese dia Julia se quedó la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, y en la noche veló hasta horas mui avanzadas; la carta que escribia era sumamente estensa.

Doña Ana de Balcarce, algo preocupada tambien por el mal estado de su hija, que ésta se empeñaba en disimular, vino mui de madrugada al dormitorio de Julia, que ya principiaba a vestirse a pesar de haber dormido mui poco; pero cuando se tiene el hábito de levantarse temprano, no alteran unas horas de insomnio la costumbre adquirida.

Sin embargo, el semblante de Julia denotaba un tanto de fatiga, que inmediatamente apercibió la madre, con esa solicitud tierna y vijilante a quien basta

una sola mirada para reconocer el mas lijero cambio.

—¿Cómo has amanecido, hija mia? dijo doña Ana al entrar al dormitorio, y yendo directamente a abrazar a Julia, que a medio vestir se echó en brazos de su madre.

—Mui buena; ¿y usted?

—Yo no sé qué he tenido, pero he estado algo fatigada.

—¿Qué ha sentido?

—Nada de particular, talvez un poco de cansancio... Me ocupé ayer mucho del jardin; pero a tí te encuentro pálida, mui pálida...

—Será que no he dormido bastante; he estado un tanto desvelada.

—¿Por qué?

Y doña Ana contempló a Julia por algunos instantes en silencio.

—¿Acaso puede una darse cuenta de las causas que en ciertas ocasiones le quitan el sueño?

—Las mas veces, hija mia, no nos equivocamos.

—Pero yo no tenia motivo.

—¿No será el resultado de la conversacion que tuvimos ayer?

Julia se turbó un poco; pero dominándose inmediatamente respondió sonriéndose:

—¡Qué locura!

—Mira que el presentimiento de madre, esa doble vista que Dios nos ha dado para ver en el alma de nuestros hijos, me dice que yo te he causado un pesar.

—Aun cuando asi fuera, madre mia, ese pesar no seria de tanta magnitud para alterar mi salud.

—No por el momento, convengo; pero en lo sucesivo ¡quién sabe!

—En lo sucesivo todavia menos, porque tendria siempre la satisfaccion de haber accedido a los deseos de usted y aceptadó en todo sus consejos.

—Mis deseos son de que seas feliz, y mis consejos se limitan a asegurar esa felicidad.

—Lo comprendo y lo agradezco.

—Pero por la misma razon no es mi ánimo contrariar de modo alguno tus inclinaciones; y si esos deseos y esos consejos manifestados de mi parte no son de tu agrado, considéralos como no dichos.

Julia se enterneció al oir aquellas palabras que demostraban toda la ternura de su buena madre, y le dijo:

—Para mí no existe otra felicidad que cumplir con su voluntad.

—Advierte que mi voluntad tiene sus límites, o mas bien dicho, que mi voluntad no es otra que la tuya.

III.

La señora de Ingrand, a pesar de las advertencias y amonestaciones del confesor, obedecia en ese momento a sus buenos instintos. El afecto natural de madre, ese sentimiento que Dios ha dadó a todos los seres para la conservacion de las especies y el cumplimiento de los misteriosos fines de la creacion, triunfaba de las doctrinas del fanatismo; y no hubiera estado mui contento el clérigo Larrañaga si hubiera visto aquella

fisonomia que revelaba el amor materno en toda su plenitud y aquel lenguaje que se armonizaba con ese amor y que daban al trasto con sus máximas que dias antes habia inculcado a su confesada y con las cuales creia seguro el triunfo.

—Gracias, madre mia, respondió Julia, abrazando otra vez a doña Ana de Balcarce con una alegria tan manifiesta que no pudo menos de sorprenderle y de hacerle reflexionar.

—Tu modo, Julia, agregó la señora de Ingrand, tu alegria súbita de ahora, me deja conocer, sin posibilidad de equivocarme, que mi proposicion de ayer no era de tu agrado y que sólo cedias por convencimiento y no por voluntad, por complacencia y no por gusto.

—Puedo asegurar a usted, madre mia, que toda mi dicha, como creo habérselo manifestado repetidas veces, consiste en hacer su voluntad, pues este es el cumplimiento de mi deber y el cumplimiento del deber es el que Dios manda a sus criaturas.

—Me causas una verdadera satisfaccion al oirte; mi orgullo de madre no puede ir mas allá y mi goce como cristiana es inmenso, porque veo que sigues los divinos preceptos y que no he perdido mis desvelos, sino que han producido su fruto y un fruto sazonado y hermoso; pero tú no eres lo que yo soi y podemos por lo mismo tener distinta manera de pensar, distinta manera de ver, particularmente cuando en el asunto de que nos ocupamos ayer tú eres la mas interesada, talvez la única, porque mi mision está pronta a cesar o ha cesado ya.

—La mision de madre no acaba jamas o al menos

quisiera que la suya subsistiese siempre para conmigo.

—La naturaleza ha fijado a todo sus límites y las jeneraciones se suceden las unas a las otras como las oleadas del mar. Pero dejemos estas reflexiones de lado y concretémonos a la cuestion principal, a lo que a tí y a mí nos interesa.

—Sea.

—Mi proposicion de ayer, a la que accedistes sin duda con pena, queda aplazada hasta cuando tú quieras.

Un relámpago de felicidad brilló en la fisonomia de Julia, pero fué tan fugaz como el resplandor de esa luz eléctrica.

Doña Ana vió aquella alegria y continuó:

—Quizás hai en tí alguna preferencia, pero es preciso ser mui prudente, hija mia.

—No tengo ningun motivo de preferencia, contestó con tristeza Julia.

—Puesto que me lo dices, te lo creo.

—Usted conoce todas las personas que vienen a casa, incluso los jóvenes, y hasta aquí no he recibido mas que esos cumplimientos frívolos o de sociedad que se dicen a todas las niñas; ¿qué clase de preferencia puedo entonces acordar?

—Mejor, mejor, hija mia; y por el mismo motivo aplazaremos la cuestion... Vamos ahora al jardin... Me han llegado muchas plantas que estarás contentísima de ver porque son tan bonitas como raras.

Julia se acabó de vestir y acompañó a su madre.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA SIRVIENTE INFIEL POR TEMOR.

I.

En el cuarto vecino se hallaba Juana aparentando limpiar algunos muebles, pero en realidad llenando la comision de que estaba encargada: habia permanecido todo el tiempo con la vista y el oido puestos en el agujero de la llave.

Aquel dia Julia estuvo sumamente alegre, transicion natural que esperimenta nuestro espíritu como nuestro cuerpo. El momento de calma o de alivio que sigue al dolor, es siempre el mas agradable. Cuando vivimos en plena salud no apreciamos esta ventaja; pero apenas se apodera del hombre el sufrimiento moral o el sufrimiento físico, le da todo su valor, particularmente a los instantes inmediatos a la cesacion del mal.

En la noche, Julia concluyó la estensa carta que habia comenzado, y despues de cerrarla cuidadosamente dijo a Juana:

—Mañana temprano darás esta carta al portero para que la ponga en el correo.

—Yo misma la llevaré, señorita, si su merced me

permite que vaya a ver a mi madre que se encuentra un poco enferma. Estaré de vuelta antes de las ocho para desempeñar mis quehaceres.

—Puedes ir y permanecer el tiempo que quieras. Lo qué hai que hacer no es de mucha urjencia y pueden suplir las otras muchachas o aun yo misma, puesto que son cosas que me corresponden esclusivamente.

—¡Cómo habia de dar a usted esa incomodidad!

—Yo sé pasarme de cuidados cuando es necesario, ¿qué es lo que tiene la madre?

—No lo sé bien.

—No será cosa grave, pues hace pocos dias que estuvo a verte.

—Asi lo presumo.

—Sin embargo, lleva este dinero por lo que pueda ofrecerse.

—¡Señorita!

—Tómalo y no dejes de decirme a la vuelta cómo se siente y cuál es su enfermedad. Podemos mandarle a nuestro médico.

—Espero en Dios que no ha de ser gran cosa.

—Conviene no descuidarse, y por pequeño que sea el mal, vale mas ponerse en curacion con tiempo y atacar la enfermedad antes que tome cuerpo. Te encargo que no dejes de decirme lo que hai para ver lo que se necesita.

La bondad de Julia hacia cada vez mas dolorosa la posicion de la pobre muchacha: la gratitud es un sentimiento natural en el hombre y que la vemos hasta en los mismos animales. El ingrato es jeneralmente un malvado o por lo menos un individuo egoista, bajo

y sin chispa de jenerosidad en el alma, incapaz de comprender una accion noble y desprendida y menos aun de ejecutarla; ¡y sin embargo, los ingratos abundan en el mundo porque los vicios han disecado el corazon!

II.

Juana, como lo hemos repetido muchas veces, sentia traicionar a su jóven ama, pero estaba precisamente obligada a ello y debia cumplir con escrupulosa puntualidad; asi es que esa misma noche se apoderó del paquete de cartas que guardaba Julia en un cajoncito secreto de su escritorio.

Al hacer esta sustraccion, la infiel sirviente corria el riesgo de que la descubrisen, y para ella hubiera sido esta una gran desgracia, no tanto por la pérdida de un buen salario y de mil otras comodidades de que gozaba, cuanto porque realmente esperimentaba un sincero cariño por Julia a quien tendria que perder y cuyo desprecio la habria herido profundamente, desprecio inevitable y merecido una vez descubierta su traicion; pero era mucho mas poderoso que esto el motivo que la compelia a permanecer fiel a su confesor y a doña Pacífica Jerez.

Salió pues Juana mui de madrugada, llevando el paquete de cartas y la última que escribiera Julia a su confidente y amiga Sofia Bascuñan.

Juana conocia los hábitos de la beata y por lo mismo no ignoraba que tenia costumbre de levantarse temprano, y se dirijió a casa de ella en lugar de ir directamente a la de su confesor.

Doña Pacífica se encontraba en efecto en pié cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién golpeará a esta hora? se preguntó a sí misma; y llamó a la vieja Mónica para que fuese a ver quien era.

La sirviente estrañaba tambien que llamasen a la puerta tan temprano, y en lugar de abrir miró primero por una rendija y conoció a Juana; pero suspicaz y precavida como su señora, no abrió la puerta inmediatamente sino que se fué en puntillas para no hacer ruido, y dijo a doña Pacífica:

—Es la Juana, señora.

—¡La Juana!

—La misma.

—¿Que habrá ocurrido alguna novedad en casa de mi amiga? Estará álguien enfermo? Anda, anda luego a abrirle.

La vieja Mónica obedeció, torció la enorme llave y corrió los gruesos cerrojos que aseguraban aquella puerta, propia mas bien para una fortaleza que para una habitacion en el principal centro de la ciudad.

—Juana, querida hija, ¿qué te sucede? ¿Qué vienes a hacer a esta hora? esclamó con zalameria la vieja sirviente que era tan curiosa como su ama.

—¿Está aquí la señora doña Pacífica?

—¡Pues no ha de estar! ¿Dónde quieres que se encuentre a esta hora? Pero ¿por qué vienes tan de madrugada?

Y Mónica se puso delante de Juana cerrándole el paso.

—Tengo que hablar con la señora.

—Está bien; ¿pero qué sucede? Sácame cuanto antes de cuidado.

—Nada de particular.

—¡Cómo nada! Eso es imposible; no se viene a ninguna casa a hora semejante sin una urjencia, sin una ocurrencia de gravedad...

—¿Qué estás charlando, vieja curiosa? gritó con voz estentórea doña Pacífica desde la ventana del salon.

—Nada, señora.

—Deja pasar a esa muchacha, pues te estoi viendo desde aquí que la detienes.

—Ya va, me estaba informando solamente de su salud.

—Basta...

III.

Mónica se hizo a un lado, pero dijo despacio a Juana:

—Despues me contarás, hija mia, y yo te diré otras cosillas que no podrán menos de interesarte.

—Entra, querida Juana, dijo doña Pacífica con tono amable a la sirviente de Julia que se habia detenido en la puerta del salon.

La muchacha pasó adelante y se inclinó profundamente al hacer el saludo acostumbrado.

—Buenos dias, señora.

—Asi te los dé Dios, Juanilla; pero cierra la puerta.

Juana hizo lo que le ordenaban.

—Nunca he podido quitar a la vieja Mónica el defecto de quererlo saber todo y de entrometerse en todo; y si no fuese por los muchos años que me acompaña,

ya la habria mandado mudar cien mil veces; pero es preciso soportarla, pues por otra parte es mui buena; ¿y qué haria si yo la abandonase?

Y diciendo esto, doña Pacífica se dirijió hácia la puerta que venia de cerrar Juana, abriéndola precipitadamente.

La vieja Mónica no se habia retirado sino que estaba detras de la puerta con el oido atento.

—¿Qué haces allí, demonio incorrejible? esclamó doña Pacífica con irritado acento.

—Estaba aquí por ver si su merced me necesitaba para algo.

—Anda a tu cocina, vieja mañosa, y no me saques de paciencia... bastante te he soportado...

—¡Era lo que faltaba! Se enojan cuando uno trata de servir mejor!...

—Ya te conozco...

—Por lo mismo que me conoce, su merced debiera saber que cuanto hago es por agradar a su merced.

—Déjate de esas, y vete...

La vieja Mónica se alejó, no sin continuar refunfuñando.

Doña Pacífica volvió a cerrar la puerta, diciendo:

—Estaba casi segura de que Mónica se hallaba escuchando tras de la puerta; ¿no te preguntó a tí alguna cosa?

—Sí, señora.

—¡Es tan curiosa! ¿Y tú le dijistes algo?

—Nada, señora.

—Bien hecho; la reserva es prudencia y la prudencia es virtud, sobre todo en asuntos de tanta gravedad

e importancia como el de que nos ocupamos y por el cual vienes sin duda ahora.

—Sí, señora.

—Hai algo de nuevo?

—Traigo las cartas.

—¡Magnífico! ¿Viene alguna de Julia?

—Sí, señora, la que escribió últimamente y que solo concluyó anoche.

—¿Es mui larga?

—Asi parece por el volúmen y por las muchas pájinas que yo ví escritas.

—Leiste esas pájinas?

—Nó, señora.

—Deben contener alguna revelacion importante.

—Lo supongo.

—¿Por qué lo supones?

—Por el modo de la señorita Julia y algunas cuantas palabras que me dijo.

—Bueno, bueno; no me digas más y vamos donde nuestro confesor, que allí te esplicarás y allí leeremos esta larga correspondencia. Estoi, Juana, mui contenta de tu conducta, y la recompensa será en conformidad del celo con que nos sirvas.

—Su merced juzgará.

—Desde luego te voi a recomendar particularmente al señor don Juan.

—Antes que todo, señora, desearia una cosa.

—Habla, segura de obtenerla si depende de mi mano o de la del señor Ugarteche.

—Depende de su merced.

—Pues cuenta con ella; pero dímela.

—Es que desearia, señora, poner cuanto antes en su lugar estas cartas.

—¿Con qué fin tanta prisa?

—Usted lo comprenderá, señora; con el fin único de que no se aperciba de la sustraccion la señorita Julia.

—Tienes razon.

—Pues si se apercibiera, no podria servirla a ella ni a sus mercedes.

—Lo que dices es mui justo.

—Entonces convendria que su merced desde luego se informase de ellas y diera cuenta al señor don Juan.

—Nó; quiero que él las vea primero, y para no perder tiempo nos iremos en el acto a su casa.

—Como a su merced le parezca.

—Sí, vamos luego; y la beata tomó su manto y se lo echó a la cabeza, no dejando ver de su rostro otras facciones que la nariz y los ojos. Llamó en seguida a la vieja Mónica, que vino volando, creyendo que le iban a hacer partícipe del secreto, y le encargó de tener cuidado con todo y de que la muchacha Elena preparase el desayuno de Rafael Arcánjel.

—¿Y nada mas me encarga su merced? contestó Mónica, esperando siempre que no la dejarian con la curiosidad.

—Nada mas.

—¡Para qué tantos misterios con una antiquísima sirviente como yo, que hace ya parte de la familia!

—No te enojes, Mónica; tú sabes que para tí no hai nada reservado, pero es preciso dejar tiempo al

tiempo y esperar que la fruta madure, contestó con cariño doña Pacífica.

—Su merced sabe que soi mujer de consejo.

—Ya lo sé.

—Y que no es la primera vez que he acertado, puesto que su merced, asi como nuestro bienaventurado confesor el señor don Juan de Ugarteche, a quien Dios se sirva guardar muchos años, han tenido mi misma opinion.

—Y por esto es que te consideramos y te queremos, gozando como gozas de muchísimos privilejios; pero nos haces perder mucho tiempo inútilmente... haz lo que te encargo y déjanos partir, que al fin sabrás... y celebrarás con nosotros la fiesta...

—¡Promesas! Más me gustaria una palabrita, aunque no fuera mas que una palabrita...

—Que por la hebra se saca el ovillo, dirás tú.

—Justamente.

—Vamos, Juana, y dejemos a esta vieja mañosa reventar de curiosidad...

Y sin hacer caso de la charla de Mónica, salieron, dirijiéndose en derechura y con paso acelerado a la casa de don Juan Ugarteche, a cuya puerta golpeó doña Pacífica de cierta manera, conocida sin duda, pues la puerta se abrió sin que precediera la interrogacion de costumbre: ¿quién es?

IV.

La beata penetró en el zaguan sin mas ceremonia.

—¿Se levantó el señor don Juan? preguntó en se-

guida doña Pacífica con el tono meloso peculiar de las mujeres que frecuentan los clérigos.

—Sí, señora; ya está tomando su pocillo de agua caliente.

—Santo sacerdote, que no descansa ni un solo momento, murmuró doña Pacífica, dirijiéndose a la sirviente del clérigo, mientras atravesaba el patio y llamaba suavemente a la puerta.

Lo mismo que la vez anterior, fué reconocida la manera de llamar y respondieron desde adentro:

—Adelante.

—Buenos dias, señor.

—Asi te los dé Dios, hija mia. ¡Cómo!... ¿Vienes con la Juana? ¿Hai algo de nuevo?

—Sí, señor; y aun cuando esta muchacha se ha dirijido a mí, yo le he dicho sin oirla que vengamos donde usted y que en su presencia revelaria cuanto tenia que decirme.

—Fuí primeramente donde la señora doña Pacífica, porque siendo mui temprano temí incomodar a su merced, suponiendo que no estaria en pié.

—Hace poco que me he levantado; pero en este asunto lo mismo es la señora que yo.

—Me parece una deferencia mui justa la nuestra y mui necesaria, porque usted, señor, puede calcularlo todo mejor que nosotras.

—¿Y qué es lo que tenemos?

—Las cartas de la amiga de Julia y una de ella, que solo concluyó de escribirla anoche y que por su volúmen parece contener bastantes materiales. Pásale esa correspondencia a nuestro santo director y cuén-

tale todo lo que sabes sin omitir nada, pues yo tambien te escucho con interes.

Don Juan tomó las cartas, las contó, y la de Julia la consideró largo rato, tomándole el peso con la mano para darse cuenta de la cantidad de papel escrito que contenia, y dejándolas sobre la mesa, dijo:

—Lo mejor es principiar por el principio.

—Por donde usted guste, señor, contestó doña Pacífica.

—Dime antes de todo, hija, el resultado de tus observaciones o de lo que hayas podido averiguar, ya sea viendo lo que han hecho u oyendo lo que han hablado, porque hai una relacion mui grande entre la palabra y el acto.

—Cuando me fuí ayer de aquí encontré a mi regreso a la señorita Julia escribiendo y sumamente triste... y tan absorta, que cuando entré en su cuarto no se movió, viéndome obligada a hacer ruido para sacarla de su penosa meditacion.

—Una disposicion tal del espíritu es de temer... prueba por lo jeneral que el alma es presa de un pensamiento esclusivo y casi siempre doloroso; porque la alegria necesita de espansion y nó de concentracion, dijo don Juan, cual si estuviese solo; y añadió:

—Prosigue.

—Yo le pregunté si estaba enferma, y me contestó "que el alma tenia sus sufrimientos sin que fuera preciso que el cuerpo padeciese."

—Ya se ve como viene confirmándose lo que acabo de observar, dijo don Juan, como si continuase hablando consigo mismo.

—Me manifestó el deseo de ver y de estar con su amiga la señorita Sofia.

—Siempre en estos casos, es decir, cuando estamos fuertemente impresionados, se busca un confidente; particularmente las niñas en esa edad son todas asi... Aquí hai algo de peligroso, mi señora doña Pacífica, agregó el clérigo dirijiéndose a la beata.

—Estoi admirando su penetracion, señor, contestó ésta.

—Estamos tan acostumbrados, hija mia, a sondear el corazon humano por medio del santísimo sacramento de la penitencia, que las mas veces nos basta una palabra, una insinuacion, para conocer lo que pasa en el interior de las almas, y rara vez nos equivocamos.

—¡Portentosa sabiduria!

—Prosigue, dijo el clérigo a la sirviente, sin responder y como sin fijarse en la evanjélica adulacion de doña Pacífica.

—Me habló *largo* la señorita Julia de las virtudes de su amiga, a quien continuó escribiendo hasta mui entrada la noche.

—Las pasiones quitan el sueño, observó don Juan.

—Al dia siguiente fué la señora doña Ana a ver a su hija, a quien encontró de mal semblante, y asi era en efecto, porque estaba pálida y quizá no habria dormido nada en toda la noche, pues yo la sentí inquieta en su cama.

En seguida Juana refirió detalladamente al señor Ugarteche y a doña Pacífica la conversacion tenida entre madre e hija y que ella habia oido poniéndose a

escuchar desde la puerta inmediata, asi como el cambio que se habia operado en Julia.

—Aquí hai gato encerrado, dijo don Juan, despues de haber prestado la mayor atencion al relato de la infiel sirviente.

—¿Le parece a usted? preguntó doña Pacífica con cierta ansiedad.

—No solo me parece, sino que estoi seguro de ello: la cosa se presenta con mal aspecto, y podemos mui bien perder la partida que mi compañero el señor Larrañaga creia ganada; mas no por esto debemos desmayar... todavia no hemos puesto en juego todas nuestras baterias, ni echado mano del arsenal inagotable de recursos con que contamos; pero veamos antes lo que nos dicen estas cartas, que no dudo vendrán en apoyo de mis sospechas, convirtiéndolas en certidumbres.

—Me permitiré hacer a su merced una observacion que ya habia insinuado a la señora doña Pacífica.

—Habla, hija mia. Por mi parte estoi mui contento de tu conducta, y veo con satisfaccion, no solo que tienes un talento superior a tu educacion y a tu clase, sino que tambien lo empleas en favor nuestro y de la iglesia, a quien representamos: ya verás que Dios recompensa las buenas obras y a sus servidores abnegados y fieles...

—Yo ya le habia dicho a Juana que iba a recomendarla; pero veo con satisfaccion que no necesita de mi pobre y humilde intervencion.

—Pesa mucho en mi ánimo el juicio de usted, señora; pero afortunadamente estamos de acuerdo respec-

to al mérito de esta muchacha. Ahora dime, ¿cuál es tu observacion?

—Que ojalá su merced se impusiese luego de esas cartas para volver a colocarlas en su lugar y no ser sorprendida, pues la sospecha caeria sobre mí infaliblemente.

—Comprendo lo que me dices y las consecuencias que esto podria tener hasta para nosotros mismos. Ves, inter yo las ojeo, a conversar con mi llavera, y en seguida te llamaré, previniéndote anticipadamente que es mas que probable que en mui poco tiempo te las entregue para evitar toda sospecha.

Cuando hubo salido Juana, el clérigo Ugarteche dijo a doña Pacífica:

—Conviene que esta muchacha sepa únicamente lo mas indispensable de nuestros asuntos; aquello que convenga para la realizacion de nuestro proyecto, y aun cuando tenemos bien segura a ella como a su familia, sin embargo, no es bueno que penetre hasta el fondo de nuestros secretos.

—Soi, señor, de su misma opinion.

—Rejistremos ahora estas cartas, guardando para lo último la de Julia, que es la que debe por completo descubrir la *incógnita*.

Y el clérigo Ugarteche colocó las cartas en órden a sus fechas para dar principio a la lectura.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

El digno sacerdote católico, que no temia violar el secreto de una correspondencia, tomó tranquilamente sus anteojos, y recorriendo la primera carta, dijo, antes de leer el contenido: "¡Qué buena letra de muchacha! se diria por lo cursiva, fácil y elegante de la pluma, que era un hombre el que escribia; pero dejemos la forma y vamos al fondo; veamos el contenido." Y el *cartero del cielo*, acostumbrado a leer las epístolas que las *hijas predilectas de María* mandaban diariamente a la Vírjen Santísima, principió en alta voz:

"*El Boldo, mayo 10 de 1860.*

"Mi querida Julia:

"Acabas de separarte de mí, y ya me parece un siglo que no te veo. ¡Qué noche tan ajitada he pasado! Los momentos en que me venia el sueño no me apartaban de tí, sino que por el contrario tu imájen se me presentaba más viva; ¡pero tan triste, tan angustiada, que el llanto que yo vertia por verte así, me despertaba, y daba en seguida gracias a Dios de que aquello no fuese mas que una ilusion, un delirio!...

"Cuando ayer desde el mirador perdí de vista el coche que te llevaba a Santiago, me encerré en mi cuarto... No lloraba... Tenia oprimido el corazon y me parecia que iba a morir... Y en este pensamiento encontraba felicidad... ¡Qué egoistas somos! Hasta el recuerdo de mi pobre madre habia desaparecido para mí, como si no existiera, como si yo no fuera su único apoyo, su consuelo único!...

"Comprendiendo mi buena y querida madre todo mi dolor, y sabiendo que yo estaba sola en mi cuarto, se hizo conducir a él, se puso a mi lado, y atrayendo mi cabeza contra su corazon, me dijo dulcemente: "piensa en mí, hija mia, piensa en tu ciega"... Estas únicas y sencillas palabras, que emanaban, nó de su egoismo, sino de su amor, nó de la proteccion que yo pueda prestarle, sino del deseo de aliviar mi afliccion, de contrabalancear mi pena haciendo un llamamiento al corazon de la hija, me hicieron romper en llanto! Mi madre unió sus lágrimas a las mias, y permanecimos abrazadas y sollozando durante mucho tiempo...

"Nuestros dolores son iguales, me dijo, despues de haberse serenado un poco; porque si tú te has separado de una hermana, yo me he separado de una hija, pues Julia lo es para mí tanto como tú misma.

"¡Cuánto bien me hizo esta reflexion de mi pobre ciega! ¡Identificarnos asi, confundirnos en su solo amor, considerarnos unidas en su corazon, fué para mí de un efecto estraordinario, de un consuelo inmenso, hasta el punto de considerarme casi feliz! ¡Cómo sabe una madre encontrar el remedio, hallar el bálsamo que cicatrice y cure la herida de su hijo!...

"Viéndome ya mas serena, añadió:—"Sofia: es pre-
"ciso ser razonable y que la pena esté en proporcion
"con la pérdida. En el caso actual no hai motivo para
"una afliccion profunda; ¿qué dejas entonces para una
"separacion absoluta, para una separacion eterna? Yo
"comprendo tu dolor y participo de él... Participo
"doblemente, porque lo siento por tí y por ella; pero
"lo mitigo con la reflexion.

"Julia no está tan lejos de nosotras que no puedas
"tú verla y yo abrazarla en mas o menos tiempo,
"pues han de volver alguna vez a la hacienda y las
"ha de atraer, más que los intereses materiales, la
"reciprocidad de nuestros afectos. ¿Cómo piensas que
"Julia te abandone? Esto es imposible, esto lo des-
"miente tu corazon mismo. Por muchos que sean los
"atractivos de la capital y las nuevas relaciones que
"contraiga allí, siempre ocuparás un lugar de prefe-
"rencia en su pecho: esto puedo asegurártelo, porque
"la conozco tanto o más que tú la conoces, y sé que
"te ama tanto como tú la amas. Hai corazones en los
"cuales se puede tener fé, con los cuales se puede
"contar, y uno de éstos es el de Julia... Con que asi,
"llora cuanto quieras, pero no te abatas, hija mia;
"siente los rigores de la ausencia, pero no desesperes;
"te es permitido estar triste, pero nó melancólica...
"Ven, abraza otra vez a tu pobre ciega y verás como
"te consuelas."

"Asi lo hice, amiga mia, y asi sucedió; sin embargo, el resto del dia de ayer no hice mas que llorar.

"Hoi me levanto temprano, más que de costumbre, porque no puedo soportar la cama y quiero sacudir

las ideas tristes que, a pesar mio y de las recomendaciones de mi madre, me vienen... Lo primero que hice fué dirijirme al palomar y al gallinero. Las pobres aves parecian estar tristes como yo... Cuando tú les echabas de comer, las palomas revoloteaban al derredor de tu cabeza y se paraban en tus hombros, y las gallinas daban esos cacareos con que manifiestan su alegria y saludan dando la bienvenida a la persona que aman... Pues bien: hoi no ha habido nada de esto; y a pesar de haberme presentado yo con el mismo tiesto en que depositabas las granzas, las palomas permanecieron retiradas sin querer bajar y sin acercarse, y las gallinas estaban mudas, mirándome con curiosidad, quizás con desagrado... Ya ves que hasta los animales te lloran y te echan de menos; ¡cómo habia de ser yo mas insensible que ellos!... Julia mia, en balde pasará un dia tras otro; jamas tu Sofia se acostumbrará a tu ausencia. Escríbeme; piensa cuánto placer me causarán tus cartas, y no prives de este consuelo a tu amante amiga y hermana

Sofia Bascuñan.»

II.

Habiendo terminado esta carta, el clérigo Ugarteche la dejó pausadamente sobre la mesa al lado opuesto de las otras, y mirando a doña Pacífica, le dijo:

—¿Qué le parece a usted? ¡Qué muchachas las de nuestros dias, las de la nueva jeneracion que se levanta! ¡Yo estoi verdaderamente admirado de encontrar tan sencillo y tan sublime lenguaje en una niña de

tan pocos años y educada en el campo! ¿No le sorprende a usted tambien? ¡Qué naturalidad, qué colorido y qué sentimiento en la espresion! ¡Y qué cariño por una amiga! Si se tuviera éste por la Vírjen Santísima, cada una de las *hijas predilectas de María* seria un anjel en la tierra... ¡Y qué culto no le rendirian a la Madre de Dios! ¡Y qué de ofrendas no le harian! ¡Cómo brillaria el templo con los fulgores de tanto amor! ¡Cómo los reflejos de ese amor inundarian la ciudad y se estenderian por el orbe! ¡Y cómo nosotros los sacerdotes, los delegados del cielo, los intermediarios entre Dios y el hombre, seriamos considerados, respetados, queridos... Y nuestra palabra sagrada seria oida con delicia, escuchada con reverencia, seguida y obedecida con fé!

Don Juan Ugarteche se habia engolfado en su misticismo, y la beata lo miraba atónita, sin saber qué pensar; sin saber si su confesor estaba o nó en el goce de su razon.

—Te admiras, hija mia, prosiguió el clérigo, que de los afectos humanos salte yo de un brinco a los afectos divinos; pero es que todo, todo, ¿lo entiendes? lo llevo a ese fin; y si para mí valen algo las acciones del hombre; si me fijo en ellas; si las atiendo, como sucede en el caso presente, con el proyectado casamiento de tu hijo, es solo para dirijirlas al triunfo de la relijion, a la estirpacion de las herejías, y con esto a la honra y gloria del Señor...

El fanático se arrodilló, cruzó sus brazos sobre el pecho, cerró los ojos y se quedó por algun tiempo inmóvil.

La beata siguió el ejemplo de su confesor, nó por hipocresia, sino arrastrada y conmovida por el éstasis del sacerdote; pues toda pasion, de cualquiera naturaleza que sea, es una fuerza que ejerce influencia y aun que domina con mayor o menor violencia, en mas estenso o reducido radio, segun su grado de intensidad; y doña Pacífica esperimentaba esa lei y obedecia a ese magnetismo oculto pero evidente y positivo que ejercen los afectos.

Don Juan Ugarteche se levantó, tomó su asiento, y cojió otra carta de las que tenia sobre la mesa y que habia colocado por su órden de fechas.

La beata hizo otro tanto, pero fué primero a besar respetuosamente la mano del clérigo.

—Continuemos, hija mia; ya ves como de lo profano puede uno, por medio de la fé y de la voluntad, encaminarse a lo divino...

III.

"*El Boldo, marzo 15 de 1860.*

"Mi adorada Julia:

"¡Cómo esplicarte, cómo demostrarte por la palabra escrita el placer que me causó tu carta! Yo renuncio a tan difícil, a tan imposible tarea: el lenguaje es impotente para medir con propiedad todo el colorido que tiene el sentimiento, para revelar con exactitud las delicadas a la vez que profundas emociones que nacen de los afectos en sus categorias distintas. La voz humana, si bien dada por Dios al hombre para que cada cual esprese su voluntad y haga conocer a los otros el

interior de su alma, no la daguerreotipa del todo, porque hai fondos tan imperceptibles, hai tintes tan tenues, que se escapan a la poderosa fuerza de esta no menos maravillosa máquina, quedando sin reproducirse, es decir, sin que los trasmita el verbo. Hé aquí la razon, mi incomparable amiga, porque yo renuncio a pintarte el placer, la deliciosa alegria que produjo en mí la vista y lectura de tu carta, limitándome a hacerte una simple reseña de lo que ha pasado por mí.»

—¡Con todos los santos, esclamó don Juan Ugarteche interrumpiendo la lectura, que esto me maravilla! No escribiria mejor un novelista ni heriria con mas precision la dificultad un filósofo! Me dan ganas de conocer a esa muchacha, que por su apellido debe ser mi pariente, y atraerla a nosotros y hacerla tambien *hija de María!*... ¡Cuánto no ganaria mi institucion si contara en su seno semejante miembro!

—Es una lástima que estos talentos se pierdan, observó doña Pacífica.

—Sí, tiene usted razon, hija mia; por lo jeneral las personas mejor dotadas son las que se nos van, y no pocas de ellas se echan en la herejia... ¡Es una verdadera calamidad!

—Y lo peor, como usted dice, que sucede frecuentemente.

—Gravísimo mal; pero es preciso que yo me empeñe en preservar a esta niña del error; ¿no piensa usted del mismo modo?

—Seria una grande obra, una obra mui grata al Señor y mui provechosa para ella misma.

—Soi capaz de hacer un viaje. Tomaré informes.

—¿Quién mejor que Julia puede dárselos?

—A ella me dirijiré principalmente, y tambien a doña Ana.

—Seria una grande obra, repitió doña Pacífica, y esta conquista en caso de alcanzarla contribuiria mucho a la realizacion de nuestro proyecto.

—Sin la menor duda, porque influiria poderosamente en su amiga.

—Allanaria todos los tropiezos.

—Lo creo positivamente; pero continuemos.

—¿Me permitirá usted una observacion, señor?

—¡Cómo! ¿Lo pones en duda? Dí lo que quieras.

—Es que, apesar de lo bien escrito de estas cartas y de lo muchísimo que me agradan, debemos tomar en cuenta el tiempo, pues la Juana tiene que llevárselas cuanto antes para colocarlas en su lugar y no ser descubierta; de consiguiente, convendria pasar por alto todas aquellas que no se refieran en algo a nuestro asunto.

—Es una lástima perder una lectura tan interesante, pero tienes razon; estamos en el deber de limitarnos a lo que nos interesa directamente, y asi abreviaremos mucho.

—Es lo que yo pensaba.

—Has hecho mui bien en advertírmelo; voi, pues, solamente a ojear o a revisar a la lijera el contenido, sin detenerme hasta que no encuentre algo.

Y el señor Ugarteche puso la carta comenzada al lado donde habia depositado la anterior, haciendo lo mismo con las otras a medida que las recorria; pero deteniéndose en una de ellas dijo:

—Aquí encontramos ya el asunto que buscábamos y que nos interesa. Leamos:

La beata se movió sobre su silla, arregló su manto, y tomó aquella actitud propia del que se dispone a prestar toda su atencion a lo que se va a decir.

—El capítulo a que me refiero es el siguiente; y como veo el nombre tuyo, hija mia, voi a leértelo.

—Escucho, señor.

"Me hablas de la visita que les ha hecho una antigua amiga de tu madre, doña Pacífica Jerez; de los ofrecimientos de esta señora, de su amabilidad, de las relaciones inmensas con que cuenta en la alta sociedad de Santiago, las que les ha ofrecido procurarles, y convengo contigo en que deben ustedes estar contentas y agradecidas a tan repentina como inesperada bondad; pero esto mismo es lo que me hace temer algo respecto a su sinceridad, porque me estraña un interes tan grande y tan súbita con personas que apenas se conocen; pues la amistad a que te refieres, amistad de los pasados tiempos, debia ser mui poca, mui insignificante o mui tivia para que jamas le haya yo oido pronunciar tal nombre a tu madre, ni recordar una sola accion que se refiriese a la señora Jerez. ¿Podriamos nosotras, aun cuando estuviéramos separadas un siglo, no recordarnos? ¿No pronunciarian mis labios tu nombre ni los tuyos el mio? ¿Enmudeceriamos respecto a nuestra infancia, a nuestros pasatiempos, a nuestros pesares, a nuestras alegrias y hasta a nuestros pasajeros disgustos? Yo creo que nó; ¿por qué entonces habiendo tenido amistad la señora doña Ana de Balcarce con la señora doña Pacífica Jerez, no han pensado la una

en la otra y viene ahora la última a mostrarse tan obsequiosa? Yo desconfio, querida Julia, de esos afectos que nacen, crecen y llegan a su apojeo en un abrir y cerrar de ojos: la amistad, en mi opinion, para que sea verdadera, necesita mas tiempo, mas estudio, mas reflexion, mas conocimiento recíproco, sin negar por esto que puedan darse simpatias que nos atraigan desde un principio hácia una persona, predisponiéndonos a amarla; mas esto es un preliminar, es una situacion favorable, pero todavia no es la amistad.

"Por otra parte, la circunstancia de ser ustedes tan ricas, acrece mis sospechas. Todo se les facilita a los poderosos; todos se les presentan con semblante risueño y están o aparecen estar dispuestos a servirlos. ¿De dónde nace este afecto de ayer, esta obsequiosidad caballeresca, este desprendimiento, esta abnegacion casi sublime de la señora doña Pacífica? ¿Qué ha podido producir ese afecto, qué virtudes o qué servicios lo han precedido, para que aparezca de la noche a la mañana con tanta fuerza, con intensidad tanta? Para mí, el triste y repugnante móvil de donde emana, es el interes vil, que el egoismo sabe ocultar bajo bellas apariencias, pero que bien examinado descubre el asqueroso fondo del vicio, ¡y talvez, talvez hasta las pútridas heces del crímen!...

"No es mi intencion, querida amiga, y ni siquiera lo sospecho, suponer que la señora doña Pacífica Jerez siga ese camino y obedezca a ese móvil, sino que te hago esta advertencia y la escribo como una tesis filosófica y bajo ningun aspecto como la apreciacion de una persona, pues seria un crímen en mí hablar, aun

en el seno de la confianza y de la amistad, de individuos a quienes no conozco; asi es que te pido me disculpes y olvides lo que te digo en caso que mis palabras llevasen a tu espíritu la incertidumbre o la duda sobre los buenos y sinceros procedimientos de la antigua amiga de tu madre.

IV.

—Hé aquí lo que tiene esta carta de interesante, dijo el clérigo, dejando el papel sobre la mesa y mirando fijamente a la beata, sin duda para ver lo que pensaba respecto al juicio de Sofia.

—¡Picarona! esclamó doña Pacífica con tono airado; ¡cómo se atreve a juzgar tan temerariamente de personas a quienes no conoce, y sobre todo de señoras como yo!

—¿Pero que no le he leido la última parte... en que da su escusa?

—Sí.

—¿Entónces no la ha usted comprendido?

—Perfectamente; pero lo que veo en esa disculpa es un refinamiento de hipocresia y nada mas. Esa escritorcilla, que si no carece de todo punto de relijion, le faltará mui poco, tira al viento la mala semilla segura de que habrá quien la recoja, e introduce el temor, no con el fin de precaver un mal, sino de que nazca la desconfianza respecto de la amistad de los otros para conservarla ella esclusivamente y no perder un ápice de la influencia que ejerce sobre Julia:

esto está de manifiesto, señor; pero allá lo veremos, y veremos tambien quién triunfa.

—Juzga usted, hija mia, con demasiada precipitacion y quizás con demasiada severidad.

—Puede suceder, señor, que yo me equivoque respecto a las intenciones actuales de esa niña; pero lo que puedo asegurarle y desde luego afirmar es que es peligrosa y que talvez nos sea funesta.

—¿Y si yo la conquistase?

—Seria un gran triunfo y un gran milagro.

—Ya veremos; el único inconveniente que tengo son mis numerosas e indispensables ocupaciones, que me impiden abandonar mi puesto.

—¿No podria encontrar usted quien lo reemplazase?

—¿Lo piensa usted? ¿Lo cree usted?

—Bien difícil es, señor; pero...

—Es imposible, hija mia; sin embargo, puede ser que la Vírjen me abra camino.

—¡Qué es lo que no alcanza usted de Nuestra Señora!

—Ojalá me concediera cuanto yo le pido, que ya el mundo se habria trasformado; pero continuemos leyendo estas cartas, que, como usted ve, principian a sernos útiles, pues ya es mucho conocer las armas que emplea el enemigo para poder preparar con ventaja las nuestras y disponer en conformidad nuestro plan de ataque, segun diria un jeneral próximo a dar una batalla.

—Tendremos paciencia.

—Aquí sigue otra fechada desde la misma hacienda denominada El Boldo, a 20 de marzo, y que parece

contestar a una carta de Julia de data reciente o del dia anterior.

—¡Ah! ¡Ah! esclamó don Juan en alta voz a medida que recorria con la vista el papel que tenia en la mano.

—¿Hai mas de nuevo?

—Esto principia a interesar.

—Lea, pues, señor.

—Espera, espera, déjame darle una pasadita primero a todo el párrafo.

—¿Se parecerá al anterior?

—Nó; es del todo opuesto; habla sobre otras personas.

—¿Quiénes han *tomado la tablilla?* (1)

—Doña Cármen Cáceres y su hijo Emilio Escobar: ya tenemos el nombre y apellido que se nos habia olvidado preguntar a Juana.

—¿Con que de doña Cármen Cáceres y de su hijo? Debe ser interesante!...

—¡Ya lo creo! Escucha, pero no te vayas a poner envidiosa. Y don Juan Ugarteche se sonrió, lo que sucedia tan rara vez, que la beata, al notarlo, dijo, manifestando alegria:

—Cuánto me agrada, señor, de contemplarlo siquiera por un instante risueño.

—Gracias, hija mia; pero yo temo que tú no vayas a estar tan satisfecha.

—Con tal que usted goce o se distraiga un poco de sus sérias ocupaciones, ¿qué importa lo demas? me

(1) Modismo de beata que designa el lugar de preferencia del confesonario y donde se colocan para dar principio al sagrado cuchicheo.

da pena el verlo siempre tan preocupado y triste.

—¡Qué quieres! La contemplacion de las miserias humanas produce en mí ese resultado; sin embargo, no vayas a creer que me regocija lo que a tí puede perjudicarte u ofenderte.

—Aun cuando asi fuese, lo daria por bien empleado.

—Nó, hija mia, lo que a tí te daña me daña a mí, y mal podria alegrarme de un perjuicio que viene a ser recíproco; pero esa tal Sofia Bascuñan tiene salidas tan curiosas!...

—Estoi impaciente por conocer las nuevas.

—Mira lo que dice:

V.

"¿Sabes, Julia, que doña Cármen Cáceres y su hijo, por la relacion que me haces de esas buenas personas, me agradan tanto como te han agradado a tí?

"Ese acto de desprendimiento de la señora para no recibir la mesada me parece admirable y me demuestra que hai en ella sensibilidad y elevacion.

"No tomar lo que tu padre le habia legado en testamento desde que su hijo pudo por medio del trabajo satisfacer las necesidades de la reducida familia, es de una delicadeza sublime, que manifiesta la equidad llevada hasta la exajeracion; que manifiesta la pureza de un alma que posee en toda su plenitud el sentimiento de lo justo, de lo bello, de lo heróico. Cualquiera otra persona se habria dicho: "esto me pertenece; me lo han dado; es mi herencia lejítima, y aun cuando tengo con que vivir, aun cuando poseo re-

cursos de sobra, ¿por qué me he de privar de lo que es mio?» Y esa persona, en conciencia, nada tenia que reprocharse; estaba en su derecho; pero doña Cármen Cáceres ha ido mas allá: ella ha pensado que percibiendo ese dinero que se lo habian legado en vista de la horfandad en que quedaba, no le pertenecia ahora, primero porque sus necesidades estaban satisfechas con la labor de su hijo, y segundo porque arrebataba a otros mas necesitados el sustento de que ella por fortuna no carecia.

«Y bien, amiga mia; una madre como doña Cármen es digna de tener un hijo como Emilio; y no podia menos de salirle asi, porque las cualidades se heredan, vienen en la sangre, y el ejemplo las corrobora fortificándolas con la práctica.

«No me ocuparé de la modestia que me dices que lo distingue y de la fisonomia dulce y simpática de esa señora; ¿podria ser de otro modo? El semblante revela casi siempre las cualidades o defectos del alma, y por irregular o defectuoso que sea en la apariencia, siempre sale a la superficie, en alguna de sus facciones o en el conjunto, la belleza interior. Ya sabes que yo me pico de fisonomista, y no debe estrañarte que te hable de esta manera y emplee contigo tan pretensioso lenguaje.

«Ahora, mi adorada Julia, ¡qué te diré de la afeccion, del entusiasmo que me arranca la noble conducta de ese jóven! Cuando un muchacho en esa edad en que Emilio principió a socorrer a su madre tiene esa cordura, tiene esa abnegacion, tiene ese amor por la que le dió el ser, ¡qué no se puede esperar de él!

Cuando un jóven como lo es ahora, pues segun me lo pintas solo tendrá veintidos a veintitres años, en todo el fuego de sus pasiones, entregado a sí mismo, y sin guia que lo dirija en el borrascoso mar de este mundo, no se ha perdido, sino que, lejos de perderse, es cada dia mas moral, mas amante, mas cumplidor de sus obligaciones, qué de seguridades no ofrece para el porvenir! Qué de halagos, qué de encantos, qué de dichas no está en aptitud de procurar a la señorita que tenga la felicidad de cautivar su corazon!

"No te asustes, Julia, de mis palabras, porque ellas no son para dar rubor a nadie, desde el momento que no lo siento yo misma; ¡pero he estrañado que me pintes con tanto calor las cualidades de Emilio, y me hables tan tibiamente de tus simpatias! Que me hagas un cuadro tan perfecto, un retrato tan acabado, ¡y el artista permanezca impasible en presencia del modelo que le ha servido para ejecutar su obra maestra! Esto es de un estoicismo que admiro, a no ser de una reserva que no concibo; pero ya vendrá tu próxima carta, que me sacará de incertidumbre..."

—¡Cáspita con la muchacha! esclamó la beata cuando hubo terminado el clérigo el capítulo de la carta de Sofia.

—¡Qué de alabanzas no prodiga a doña Cármen Cáceres y a su hijo Emilio Escobar!

—¡Y cómo va! Qué desenvoltura! Qué arrojo en la espresion y en el pensamiento! Bien decia yo: esa muchacha es mui peligrosa... Ella sola seria capaz de pervertir a un convento de monjas, aun cuando fuera el de nuestras madres capuchinas, que viven en cons-

tante penitencia! Esa no es una mujer, es una víbora, es una arpia capaz de envenenar todo cuanto toque, todo cuanto alcance su impuro aliento! ¡Instigar a una niña a quien llama su adorada amiga para que se pierda, para que marche al pecado, para que ame a un hombre, es el colmo de la corrupcion! Yo tengo miedo por Julia y mas miedo por mi hijo... Casi estoi a punto de renunciar al proyectado casamiento... ¿Qué seria de mi querido Rafael Arcánjel, que es la castidad personificada, unido a una mujer que recibe diariamente tales lecciones, propias solo para corromper el corazon arrebatando del alma y del cuerpo ese pudor virjinal que nos preserva de la tentacion, que nos hace aborrecer la impureza y temer al pecado?

—Mi señora doña Pacífica: en su manera de espresarse respecto a Sofía y de juzgar la carta de esa niña, hai error y exajeracion, dijo don Juan Ugarteche con cierta sorna.

—¡Error! ¿Desde cuándo, señor, se considera como buena doctrina la que nos enseña que debemos amar a otro hombre que no sea nuestro padre, nuestro esposo, nuestro hermano? Yo he sido educada en esa santa ignorancia, y a mis padres y a mis directores espirituales, incluso usted mismo, señor, les he oido decir siempre que una niña debe huir de los hombres como del demonio; que debe evitar su presencia y su contacto cuanto es posible para no caer en tentacion; ¿no es verdad, señor?

—Sí.

—¿Y es esto lo que aconseja Sofía a su amiga? ¿No le dice que se estraña de que no ame al tal Emilio? ¿Y

qué otra cosa significa esta estrañeza sino un llamamiento al pecado? Y la doctrina que induce a pecar, ¿no es una mala, una perversa doctrina? ¿Dónde está, pues, mi error, mi exajeracion?

—No entraré contigo en cuestiones teolójicas, hija mia; bástete saber que lo que yo no condeno no lo condena la iglesia, y donde yo no veo mal tampoco lo ve la relijion; esto te lo digo solo para que suspendas tu juicio y no te prevengas tan desfavorablemente respecto a la moral de la niña que escribe estas cartas que tanto te escandalizan, pues tú misma obras como ella y haces lo que ella dice.

—¡Yo, señor! ¿Cómo? ¿Cuándo? Aquí sí, permítame que se lo diga con todo respeto, aquí sí que se equivoca!... Y como solo el Papa es infalible, usted puede engañarse, y desde luego afirmo yo que se engaña.

—Puede ser; no lo niego: el error es inherente a la naturaleza del hombre, y solo le es dado a Dios y al sumo pontífice, que es en la tierra lo que ÉL es en el cielo, el don de la infalibilidad.

—Por lo mismo, señor.

—Pero vamos por partes.

—Usted me ha hecho una ofensa que no merezco, aun cuando soi una grande pecadora. ¡Compararme con esa muchacha! Decir que yo hago lo que ella hace! No lo esperaba de usted, señor; verdaderamente no lo esperaba...

Y la beata sacó su pañuelo, y se lo llevó a los ojos, dejando oir algunos sollozos.

—Tranquilízate, hija mia; ya sabes cuánto te aprecio y que no es mi ánimo ofenderte.

—Talvez habré dado motivo sin saberlo.

Y los sollozos de doña Pacífica eran mas repetidos y estrepitosos.

—Cálmate, cálmate, repitió don Juan, un tanto alarmado con aquella recrudescencia de dolor.

—No lloro, señor, por sus reconvenciones, sino por haber dado motivo a ellas: lloro por mis pecados...

Y continuaba jimiendo la santa matrona.

—Basta, basta, hija mia; no me has dejado esplicarme.

—¿Pero no me ha dicho usted clara y terminantemente que yo hago lo que Sofia aconseja?

—Justamente.

—¿Y entonces? ¡Cómo no he de sentir; cómo no he de aflijirme de haber caido tan abajo!

Y la señora Jerez seguia llorando como una Magdalena.

—Esperaré que te serenes para hacerte oir razon, dijo don Juan, que abandonando el sillon en que estaba sentado, principió a pasearse por el cuarto.

VI.

Poco a poco fueron disminuyendo los jemidos de doña Pacífica, hasta que se hizo un profundo silencio entre aquellas dos personas... El ruido de los pasos del clérigo era lo único que se oia en aquella triste habitacion.

Pasado un gran rato, don Juan Ugarteche volvió a ocupar su asiento y miró con compasion a la beata,

que permanecia con la cabeza inclinada, demostrando la confusion de la vergüenza.

—No hai motivo para entristecerse ni abatirse, hija mia; tú eres una de las mas *predilectas hijas de María*, y debes erguir tu cabeza y tener el santo orgullo de la virtud y la no menos santa soberbia de la inculpabilidad.

—Yo creia haber delinquido sin pensarlo y sin saberlo, lo que no seria estraño desde que los mas eminentes y sábios héroes de nuestra relijion pecan siete veces al dia.

—Asi lo dicen, pero son pecadillos veniales que se borran haciendo la señal de la cruz, rezando un padre nuestro o tomando agua bendita, y tú no incurres sino en estas faltas lijeras, lo cual me consta hasta el punto que te he autorizado a acercarte diariamente al divino festin de la eucaristia sin necesidad de que cumplas con el sacramento de la penitencia; y este privilejio solo lo he acordado a ciertas y determinadas personas, pues es una concesion que trae para nosotros los sacerdotes un grave compromiso y que no la damos sino cuando estamos seguros, segurísimos, de la acrisolada virtud, casi diria de la impecabilidad del individuo.

—Señor, usted me consuela y mi tristeza se disipa...

Y doña Pacífica levantando la cabeza y los ojos miró a su confesor con ternura.

—Ahora permíteme que me esplique.

—Escucho...

Y la beata cruzó sus brazos sobre el pecho como signo de resignacion y humildad.

—Te dije, prosiguió el señor Ugarteche, que tú

practicabas lo que Sofia aconsejaba a su amiga, por cuanto tú, asi como yo, y asi como el sábio rector del Seminario, nos empeñamos en que Julia ame a tu hijo, y para llegar a este resultado es que trabajamos como lo hacemos; de consiguiente, si tú condenas a Sofia porque quiere que su amiga admire al jóven Emilio, te condenas a tí, a mí y al rector Larrañaga, que pretendemos igual cosa por Rafael Arcánjel: la pariedad no puede ser mas exacta.

—Con una diferencia, señor.

—¿Cuál?

—El que nosotros obramos por un fin honesto, lejítimo, que está en armonia con los principios de la sociedad, con los preceptos de la relijion y con el santo temor de Dios.

—¿Y quién te ha dicho que Sofia no pretenda lo mismo? ¿Hai en sus cartas una palabra sola que manifieste lo contrario? Y el entusiasmo de que parece animada y que se empeña por comunicar a su amiga, ¿no nace acaso de las virtudes que cree que adornan al jóven por quien se interesa? Mira, hija mia; en la buena fé de Sofia, en sus honestos propósitos, es justamente donde está el peligro y lo que puede estorbar el matrimonio de Rafael Arcánjel con Julia; pues si esa niña aconsejara a Julia un amor impuro y fuera del órden establecido por la iglesia y por la sociedad, seria lo suficiente para que la señorita Ingrand la rechazase en el acto y no viese jamas ni a la que le daba el consejo ni a la persona a quien podia aprovechar; y esto te lo digo y te lo afirmo, no solo por el efecto que ha producido en mí la lectura de estas car-

tas y el juicio que me he formado sobre la niña que las ha escrito, sino tambien y principalmente por el conocimiento que tengo de Julia; con que asi, modifica tus opiniones y confiesa que no he pretendido ofenderte y que por la misma razon debes tener mas confianza en la solidez de tu virtud, virtud que soi el primero en reconocer, en respetar y en amar con el casto amor de Dios.

—¡Señor! no merezco tanto.

—Yo sé lo que digo; pero dejemos esa cuestion que por el momento a nada nos conduce, y hablemos de tu propósito.

—Lo que usted haga está bien hecho, y lo que usted diga está bien dicho.

—Me agrada esta sumision; ella es la que puede llevarnos al estado de perfeccion a que aspiran los santos y a que debemos aspirar nosotros.

—La obediencia es nuestro deber.

—La obediencia supone la humildad, y la humildad es la verdadera escala del cielo.

—¡Cuánto gana una escuchándolo!

—La obligacion de un sacerdote es enseñar y siempre enseñar con el ejemplo y con la palabra; pero, amiga mia, afortunadamente tú no tienes ya necesidad de este aprendizaje, porque practicas diariamente todas las virtudes cristianas.

—¡Dios me mantenga en su santa gracia! esclamó la beata llena de compuncion.

—Buen deseo, lejítima aspiracion de un alma como la tuya; pero terminemos la actual tarea; leamos estas cartas para entregárselas a Juana, pues ya ha corrido

bastante tiempo y es indispensable evitar que sea sorprendida.

Y el clérigo examinó algunas que iba, a medida que las recorria, dejando a un lado, por no encontrar en aquel rápido exámen cosas de mayor importancia o que tuvieran una referencia directa con lo que pudiera contribuir a retardar o acelerar el proyectado enlace, del que se esperaba tanto provecho para la iglesia de Dios y las satisfacciones del mundo.

—Bonitas cartas, esclamó don Juan Ugarteche; cartas dignas de conservarlas, pero que no contienen gran cosa de lo que nos interesa a nosotros; mas aquí veo una, aquí encuentro nombres propios, aquí está tu hijo y nosotros: veamos que es lo que dice nuestra prima, dijo sonriéndose don Juan y haciendo referencia a Sofia Bascuñan, a quien, como sabemos, llamaba su pariente por el apellido que llevaba.

—Lea, señor.

—Esta carta es de fecha mucho mas reciente, pues se refiere a la presentacion de Rafael Arcánjel, ocupándose tambien de nosotros.

—Me pica usted la curiosidad.

—Pues no cuesta mucho satisfacerla; escucha unos trozos:

VII.

"No puedo menos de admirar, querida amiga mia, las bondades de la señora Jerez para con ustedes, y el influjo que tiene dicha señora en la sociedad santiaguina, lo cual prueba mucho en su favor y da una alta idea de su importancia, importancia que debe pro-

venir indudablemente de su mérito real y verdadero, porque no se engaña fácilmente a tan crecido número de personas, y de personas como las que tú me nombras, que, a mas de ocupar un eminente puesto, son de un reconocido talento y de una no menos esclarecida virtud, como el señor arzobispo, que tiene fama de sábio y prudente y que se ha dignado visitarlas mediante el influjo de la señora Jerez.»

—¿Estás contenta ahora de Sofia? dijo don Juan Ugarteche a doña Pacífica interrumpiendo la lectura.

—Basta, señor, con lo que usted me habia hecho observar antes y que ahora viene confirmándose.

—Pues me alegro, y esto te probará que uno no debe ser tan precipitado ni tan lijero en sus juicios.

—Todos los dias y a cada instante tenemos algo que aprender.

—Esta es una leccion que te aprovechará. Continúo.

"I no contenta esa amable persona con procurarles relaciones tan envidiables, me dices tambien que ha tenido la sin igual bondad de darles como directores espirituales al señor don Juan Ugarteche y al señor rector del Seminario el presbítero Larrañaga, dos eminentísimas celebridades del clero, llevando su amabilidad hasta el punto de procurarles una buena y honrada servidumbre, tan escasa y tan difícil de encontrar en los grandes centros de poblacion; esto es mucho, mi querida Julia, y yo misma estoi reconocida a los servicios que les ha prestado; cuánta mas razon ustedes que tienen la felicidad de conocerla y de recibir directamente los favores!

..."Me hablas tambien de la presentacion del jóven

Rafael Arcánjel Dominguez, hijo único de la señora doña Pacífica y cuya modestia solo puede compararse con su ilustracion y con sus virtudes, encomiadas sobremanera por su santo y sabio maestro el rector del Seminario; y no puedo menos de felicitarte y de felicitarme yo misma al verte rodeada de tales personas; y digo yo misma, porque toda felicidad, todo goce, todo bien que te hagan y de que tú disfrutes, me lo hacen y disfruto yo, puesto que en gran parte vivo de tu vida.

"Es realmente digna de encomio la manera de comportarse del señor Dominguez y el medio de que se valia para eludir los elojios de su maestro, que estaba orgulloso del discípulo, evitando al mismo tiempo con maña el que siguiera ocupándose de su persona, y la observacion que tú me haces a este respecto me agrada porque es justa: cuando se tiene esa modestia es indudable que existe elevacion, y que el que la posee puede hacer grandes cosas sin ostentacion y sin vanagloria, siendo esta cualidad propia de las almas escojidas y de las almas fuertes.

"Voi a decirte ahora una de esas pequeñeces de mujer, una de esas frivolidades que tenemos y de que se compone nuestra existencia; ¿querrás creer, amiga mia, que ese nombre de Rafael Arcánjel es para mí de un *chinche* insoportable? Pues bien, te lo confieso; ese nombre ha influido en mí de tal manera, que casi ha borrado en mi imajinacion los méritos de tan recomendable sujeto. Pero no me hagas caso, Julia; ya sabes que tengo unas rarezas, unas estravagancias de que no puedo darme cuenta y que muchas veces te

hacian reir hasta las lágrimas. ¿Continúa riéndote ahora y disculpa las escentricidades de tu sincera amiga, que, sea dicho de paso, no se casaria jamas con un individuo que se llamase Rafael Arcánjel, porque no lo podria tomar a lo sério, y, a pesar de cuanto mérito poseyera, tendria yo la malhadada sonrisa en los lábios, lo cual, no puedo negarlo, es una niñeria, una chiquillada propia solamente de una cabeza sin sesos como la mia y que por consiguiente tú no debes tomar en cuenta sino para compadecer a tu imperfecta amiga.»

VIII.

Esto era cuanto decia la última carta de Sofia, que fué a ocupar el mismo lugar de las otras cuando el clérigo y la beata se hubieron hecho sabedores de lo que les interesaba.

—Salvo esto último, dijo don Juan Ugarteche, que en realidad es mui insignificante, el tenor de esta carta nos es sumamente favorable, pues habla de cada uno de nosotros con respeto y encomio, particularmente de tí, hija mia, y de Rafael Arcánjel, de quienes se ocupa mas detenidamente, como es mui fácil concebirlo desde que son ustedes los que mas figuran y toman y tomarán mayor parte en los acontecimientos que se sucedan.

—¿Pero no encuentra usted raro hallen chinchoso el nombre de Rafael Arcánjel?

—Sin duda, porque es un lindo nombre que pertenece a una de las mas altas dignidades del empíreo,

pues el Arcánjel San Rafael, en sociedad con el Anjel San Miguel, como todo el mundo lo sabe, fueron los que echaron al diablo y a los ánjeles rebeldes de los cielos; pero, como lo confiesa la misma Sofia, eso no es mas que una estravagancia de chiquilla, una de esas simplezas que se tienen a esa edad y que se corrijen mas tarde.

—Sin embargo, estas fruslerias en apariencia perjudican en realidad, y no sé por qué me inclino a creer que la tal Sofia lo ha escrito maliciosamente; pues usted sabe, señor, cuánto no influye el ridículo y el temor de caer en él.

—Ya estás nuevamente con las apreciaciones y con los juicios de ahora poco.

—Es que asi me parece.

—Pues no tienes motivo alguno para que te parezca como dices.

—Señor, nosotras las mujeres somos mas conocedoras en estas materias.

—Pero esto seria dar a Sofia un refinamiento de astucia verdaderamente diabólico.

—¿Y por qué no puede tenerlo?

—Por qué! Porque es una muchacha sin la menor esperiencia de mundo.

—¡Sin la menor esperiencia! dice usted. ¿Y esas cartas no están demostrando lo contrario? ¿Puede escribirse de esa manera sin cierta malicia?

—Vaya, hija mia, que tú te has propuesto hacer de esa niña otra cosa que lo que en realidad es.

—Usted verá, señor, lo que va a suceder. Usted verá cómo esa tal Sofia viene a sernos fatal.

—Otra presuncion caprichosa; ¿qué motivo tienes para pensar asi?

—Positivamente ninguno, tengo el presentimiento.

—El presentimiento vale bien poco; lo que sirve es el fundamento.

—Dios quiera que mis predicciones salgan falsas, pero mi corazon me dice lo contrario y parece advertirme que en Sofia tenemos a una enemiga.

—Estamos perdiendo el tiempo en suposiciones basadas en la fantasia o en el capricho y convendria mucho mas que despachásemos a Juana con estas cartas cuyo contenido le haremos saber a mi amigo el señor Larrañaga, no siendo posible presentárselas, pero tendremos el cuidado de ser minuciosos y exactos en la narracion que le hagamos de ellas; intertanto llamemos a la muchacha para que se lleve cuanto antes el tesoro robado.

—¿Quiere usted que le vaya a llamar?

—No hai necesidad de que usted se incomode, voi a tirar del cordon.

Apenas se oyó la campanilla cuando apareció en el umbral de la puerta la llavera acompañada de Juana.

El clérigo despidió a su sirviente, diciendo a la otra:

—Aquí tienes tus cartas, llévalas pronto y ten en lo sucesivo mas vijilancia, trasmitiéndonos dia a dia cuanto suceda, para lo cual, y no dejar las cosas a la memoria, llevarás un apunte exacto y detallado de todo lo que acontezca en la casa sin olvidar ni aun lo que te parezca insignificante.

—Está bien, señor.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

—Respecto a la correspondencia, supongo que no habrá necesidad de una nueva recomendacion, pues debes comprender la importancia que tiene para nosotros, y de consiguiente no se ha de escapar un papelucho cualquiera de que no tengamos conocimiento inmediato.

—La órden se limita a la correspondencia entre las dos señoritas.

—Particularmente se debe tener cuidado con esto, es verdad, pero mi recomendacion es mas lata, estendiéndose a todas las cartas escritas por Julia o por la señora de Ingrand, cualquiera que sea la persona a quienes vayan dirijidas, sin escluir al mismo señor Larrañaga, que es el confesor de doña Ana y que no tendrá a mal nuestra vijilancia, porque ya sabe la necesidad en que nos encontramos de emplearla.

—Podria responder, señor, de las cartas que escriba misiá Julia, pero no de las de la señora doña Ana, pues sin que yo me aperciba puede mandarlas por otro conducto.

—No temas; esa dificultad está prevista y por consiguiente salvada.

—No veo de qué modo.

—Yo lo sé y vas a saberlo tú tambien. Todas las sirvientes de esa casa, escepto la vieja ama de Julia que vino acompañándola desde la hacienda del Boldo, están en las mismas condiciones que tú; y la señora doña Pacífica Jerez, aquí presente, va a darte un papel para que todas te obedezcan, de manera que de hoi en adelante quedan bajo tu dependencia inmediata y por consiguiente bajo tu responsabilidad, esperando

que correspondas dignamente a esta otra prueba de confianza que te damos.

Juana bajó la cabeza por toda contestacion.

Doña Pacífica se acercó a la mesa, tomó una pluma y se puso a escribir.

La órden era la siguiente:

"De aquí en adelante obedecerán todos a Juana Ogalde y harán sin replicar cuanto ella les diga, del mismo modo que si fuera una órden mia.

PACÍFICA JEREZ."

La beata leyó en voz alta el papel y preguntó dirijiéndose con la vista a su confesor y a la sirviente:

—¿No es esto lo bastante?

—Sí; me parece que el poder no puede ser mas ámplio y colocar a Juana en aptitud de que no se le escape nada de cuanto suceda.

—La responsabilidad es grande, señor, dijo la sirviente con timidez.

—Tan grande como la confianza que depositamos en tí; pero no te asustes, porque nosotros somos jueces induljentes. Vé ahora a cumplir con tu buena obra; pues, como ya te lo hemos dicho, no queremos mas que el bien de esa familia para que contribuya al triunfo de nuestra relijion, a la que estamos todos obligados.

—¿Y la carta de la señorita Julia, no la llevo al correo? preguntó Juana tomando las que le pasaba el clérigo y doblando con cuidado la órden escrita por la beata.

—Esta carta no la hemos todavia leido y no nos corre tanta prisa. Yo la haré poner en el correo.

Juana se retiró.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN MEXICANA

CARTA DE JULIA INGRAND A SOFIA BASCUÑAN

Y DEDUCCIONES APOSTÓLICAS.

I.

El clérigo y la beata quedaron solos.

—Concluyamos de una vez, dijo don Juan Ugarteche echando mano a la voluminosa carta de Julia; pero es preciso, continuó, mirando el cierro, abrirla de manera que no lo conozcan, y se necesita de mucho cuidado, porque está escrita hasta la hoja misma en que va pegada la oblea.

—Aguarde un momento, señor.

Y doña Pacífica salió, apareciendo luego con una tetera de agua caliente.

—La operacion es sencilla, agregó, apoderándose de la carta y poniendo la oblea en el pico de la tetera.

El cierro se despegó en pocos instantes, quedando ileso el papel.

—Tienes injenio, hija mia, dijo el clérigo, viendo abrirse la carta.

—¿Quién no sabe esto, señor?

—Pues yo lo ignoraba; ya se ve que no ando con esos cuidados ni uso de esas delicadezas, sino que las

cartas que las *hijas predilectas de María* dirijen a la madre de Dios por medio del *buzon* inventado por mí, las rompo lisa y sencillamente cuando vienen cerradas y me informo de su contenido sin volver a pegarlas.

—Hai una diferencia mui grande, señor; las cartas que escriben a la Reina de los Cielos es lo mismo que si las escribiesen a usted por ser el secretario de la Santísima Vírjen, con el pleno derecho de informarse de lo que contengan para comunicárselo despues a NUESTRA SEÑORA, tomándose previamente el trabajo de estractarlas y comunicarle el contenido, no perdiendo asi tiempo ni ELLA ni usted.

—Tienes razon, y eso es justamente lo que hago.

—No sucede lo mismo en cartas como éstas en que los individuos pueden quejarse de que se las abren, en tanto que las personas que escriben a la Vírjen desean indudablemente que usted las abra para que impetre de Nuestra Señora las gracias que en ellas solicitan.

—Cortemos la conversacion, porque se pasa el tiempo y leamos la epístola de Julia que debe ser interesante.

Y sin esperar respuesta don Juan Ugarteche, leyó:

"Santiago, junio 2 de 1860.

"Mi tierna e inolvidable amiga: ¿Por qué te encuentras ausente cuando mas te necesito? ¿Por qué no me es dado comunicarte de viva voz lo que siento y recibir en el acto tus consejos? Cada dia estoi mas convencida que sin tí no puede haber para mí felicidad completa y que, ya sea en el sufrimiento o ya en el goce, me eres

indispensable: para lo primero, porque me aliviarias; para lo segundo, porque carezco de tí, y cualquiera que fuese el placer lo anularia o lo entristeceria tu ausencia. Empero, preciso es conformarse, porque la impotencia enjendra la desesperacion y mas vale someterse al yugo de la necesidad que luchar vanamente contra ella. Sin embargo, tengo esperanzas de que volvamos a reunirnos, ya sea yéndonos nosotras al Boldo, o viniéndose ustedes a Santiago.

"¡Qué dicha, amiga mia, el dia que volvamos a vernos, que volvamos a abrazarnos! Yo saboreo de antemano esta futura felicidad, y la sola idea de que pueda estar reunida contigo me alivia, me consuela, me alegra. ¡Qué de encantos no tiene la amistad y una amistad como la nuestra! Qué balsamo hai en el mundo mas eficaz y que pueda comparársele en sus maravillosos efectos! La amistad cura el dolor y aumenta el goce; es un antídoto saludable contra la desgracia, a la vez que un delicioso néctar que, vivificándonos, derrama en nosotras torrentes de alegria, fuentes nuevas de nuevo y variado bienestar!

"Sin tus cartas, mi querida Sofia, sin el tiempo que ocupo en contestarlas, que es para mí el mas agradable, porque me parece que te oigo y que te hablo, ¡cuán triste no me habria sido mi residencia en Santiago! Ya ves cómo, aunque separadas, llenas los vacios de mi existencia! Ya ves cómo, aun en la distancia, te encuentras a mi lado! Y mas que a mi lado, porque conservo impresa tu imájen, fresco tu recuerdo, palpitantes tus caricias allá en lo mas íntimo de mi corazon! Porque vives en mí y conmigo en todos los instantes

de que puedo disponer, es decir, en todos esos momentos en que mi mente, apesar mio, no se halla distraida por las influencias naturales, pero estrañas para mí, de cuanto me rodea!

"Sé que no hai necesidad de decirte todo esto, pues tú puedes esplicarte mi situacion por la tuya propia: ¿no es verdad, Sofia, que es asi, desde que tú sientes lo mismo que yo siento, desde que tú sufres con mi ausencia cuanto yo sufro con la tuya? Y ademas, aun cuando estamos seguras de la sinceridad de nuestro mutuo cariño, ¿por qué no procurarnos el placer de decírnoslo, de manifestárnoslo cuantas veces podamos? ¿Qué mal hai en esto? A quién ofendemos? Qué rivalidad podemos suscitar? Qué disgustos podemos causar a nadie? Ninguno, y mientras tanto nos complacemos mutuamente diciéndonos la una a la otra que solo vivimos para amarnos o que nos amamos para vivir, segun se espresaba la célebre heroina de J. J. Rouseau; pero es preciso que deje este tema para tomar otros, y que en lugar de hablarte de mi afecto, te haga partícipe de mis dolores."

II.

—Ya era tiempo de concluir con tan largo preámbulo, dijo don Juan Ugarteche, medio fatigado por la lectura.

—En realidad; ¡y qué de rodeos para decir una cosa que puede manifestarse en dos palabras!

—Esto es lo que se aprende con lectura de novelas;

pero ya yo se las he prohibido terminantemente a Julia.

—Buena medida; una niña no debe leer otra cosa que el Año Cristiano o la Monja Santa, que es un libro ejemplar, o bien el Ejercicio Cotidiano, que es de utilidad y práctica diaria.

—Asi debiera ser, pero esas malditas novelas se producen a millares y se estienden por todas partes. Si se prohibiera completamente la introduccion de libros como en otra feliz época, ¡cuánto no ganaria la moral y la relijion! Mas ahora no hai censores o tienen éstos la *manga tan ancha* que son capaces de dejar pasar al mismo demonio, y asi es como estamos plagados de herejias y carcomidos por la incredulidad.

—¡Qué desgracia!

—Mucha, muchísima, y esta es la razon por que debemos emplear todos los medios para que vuelvan la Iglesia y sus ministros a ejercer la supremacia de otra época, aquella santa y poderosa influencia que se estendia por todas partes y avasallaba todo... ¡Qué tiempos!... Qué tiempos aquellos en que un sacerdote era mas que un monarca... ¡era casi un Dios! Y ese poder colosal, casi podria decir divino, han venido minándolo poco a poco esos malditos libros, hasta el punto de ver ahora puesta en duda nuestra sagrada mision, desconocidos y negados nuestros fueros, oida, cuando esto sucede, con desconfianza y con temor nuestra palabra, mirado con desden y de reojo nuestro hábito talar, ese hábito tan respetado que los potentados mismos de la tierra se prosternaban ante él y besaban humildemente la manga de un simple mocho,

por mas sucia que ésta estuviera, como si fuese la reliquia de un santo!... Pero confio en Dios que hemos de vencer en esta lucha contra el demonio, o lo que es igual, contra la pretendida civilizacion moderna, porque hai una profecia que dice que las puertas del templo prevalecerán contra el embate de las tempestades, contra las furias de la impiedad y contra la carcoma del tiempo acumulada por los siglos.

Ai, hija mia! me he dejado llevar un momento del fervor relijioso, de esa honra por la gloria de Dios que me devora interiormente y cuya vehemencia siento por fortuna aumentarse cada dia mas en el interior de mi pecho.

Y el fanático llevó sus manos hácia esa parte del cuerpo como para apartar la ropa que lo cubria y mostrar a la beata aquella hoguera de amor divino que lo abrasaba, pretendiendo sin duda asimilarse a la célebre monja Santa Teresa de Jesus que en sus arrebatos de ascetismo o en sus locuras místicas, sentia consumirse por un fuego sobrenatural que la hacia esclamar a cada instante: "me muero porque no muero!"

Calmado un poco el santo furor y el celo santo de don Juan Ugarteche, tomó la carta y continuó la lectura diciendo antes de principiar:

—Estamos en el mundo, y es preciso valernos de los medios que nos proporcionan los hombres para alcanzar nuestros divinos propósitos... Continuemos esta lectura.

III.

"Voi a abrirte, pues, mi corazon, que no ha estado para tí nunca cerrado, pero que hace dias no te comunicaba lo que pasaba en él, porque las impresiones mas fuertes las he esperimentado ahora, sucediéndose con tanta rapidez y de una manera tan inesperada que solo ahora he tenido tiempo de comunicártelas.

"Ya te he hablado de dos jóvenes que nos visitan siempre acompañados de sus madres: el uno llamado Emilio Escobar y el otro Rafael Arcánjel de Dominguez, como tú debes recordar cuando en mis cartas anteriores te he hecho una descripcion prolija de ambos, de sus ventajas físicas, de sus méritos adquiridos y hasta de sus virtudes, llegando a decirte las acciones de cada uno; y recuerdo bien que tú misma los encomiabas y te manifestabas complacida de que me rodeasen jentes tan dignas bajo todo sentido, llegando hasta inculparme que no me manifestase mas entusiasta por sus cualidades.

"Pues bien, amiga mia: mi opinion de entonces sobre ambos jóvenes es la misma que tengo ahora: ambos son meritorios y dignos de una suerte dichosa; pero si mi juicio es imparcial, no lo es mi corazon y siento decírtelo: éste se halla desgraciadamente comprometido y, lo que es peor, comprometido sin motivo, sin antecedente, sin causa, o mas bien dicho, sin esperanza, porque estoi casi segura de no encontrar correspondencia en la persona por quien se inclina, pues hasta aquí no he visto la menor manifestacion,

el signo mas pequeño que vaya un poco mas allá de lo que exije la cortesania, la política y el respeto debido a una señorita; pero en este punto es irreprochable y lo lleva a tal grado que, te lo confieso, lejos de complacerme me disgusta, sin que por lo que te digo permitiera yo o fuera de mi agrado el mas lijero desliz y por consiguiente menos aun que yo lo provocara. Puedo, querida Sofia, sentir despecho y te diré francamente que no soi del todo ajena a él; pero jamas descenderé, sino que por el contrario seré o aparentaré ser mas indiferente, siendo ésta la táctica que he adoptado y que él me corresponde a las mil maravillas, lo que aumenta gradualmente mi rencor.

"¡Cómo, Sofia, ha podido tu altiva Julia llegar a un punto de degradacion tal que sea esclava de quien ni siente siquiera que ha vencido, que ha triunfado sin resistencia! ¡Cómo ha podido mi corazon aprisionarse sin que le hayan manifestado ni aun la intencion de rendirlo! ¡Cómo he podido amar, pues no dudo que sea esta fatal pasion la que esperimento, sin que me amen, sin que me lisonjee la esperanza de que me correspondan algun dia!... A tí misma, Sofia, a tí misma siento vergüenza en decírtelo... Si esta carta cayera por desgracia en algun otro poder, si álguien la leyera, si supiera otra persona que tú lo que por mí pasa, seria capaz de sepultarme viva, de encerrarme para siempre en un claustro y no aparecer más en este mundo que apenas principio a ver y que se me muestra ya tan poco halagador, tan poco propicio!... ¡Qué decepcion tan cruel en el comienzo de la vida, antes de haber salvado los umbrales de este

vasto salon en que todos penetran risueños y en que yo me asomo adolorida y ya con la ilusion tronchada en flor! ¡Qué aridez, qué páramo, qué desolacion presenta el alma que no divisa un porvenir, y a quien persigue un desengaño amargo!

"Es debilidad mia, Sofia, el abatimiento en que he caido, pero no puedo vencerlo, no puedo sobreponerme a él. Yo me reprocho esta flaqueza, pero mi reflexion es impotente... Casi estoi por aborrecer al que me causa tal angustia, al que me ha puesto en tan mísero estado; ¿pero qué culpa tiene él? ¿Sabe siquiera el daño que me causa? Nó; y si lo supiera, no lo volveria a ver nunca y llegaria realmente a aborrecerlo... ¿No te parece una situacion mui estraña la mia, mui escepcional? ¿Qué es lo que debo hacer? Dímelo, Sofia, dímelo... Yo solo estoi segura de una cosa que no quebrantaré nunca: la de tener la bajeza de confesar mi amor... Jamas verás tan degradada a tu Julia... Tengo la enerjia suficiente, más de la necesaria, para no dejar que se trasluzca mi cariño, y aun cuando éste llegara a ser tan grande y tan poderoso que me arrastrase hasta el sepulcro, mi secreto seria impenetrable y lo cubriria para siempre la losa mortuoria.

"Pero no te asustes, Sofia; mi mal no es incurable... Yo puedo desechar, puedo llegar hasta olvidar esta pasajera locura y no recordar ni el nombre del que la ha causado. Sí, todo esto puedo conseguir y lo conseguiré... Pero mientras tanto, compadéceme, porque sufro. ¿Qué lucha hai sin esfuerzo? ¿Qué victoria sin sacrificio? El dolor es compañero inseparable de la amputacion, pero el temor no me hará retroceder.

«Aun no te he dicho el nombre de mi oculto tirano, de mi inocente verdugo, pero ya tú debes haberlo adivinado con esa sutileza de espíritu que te caracteriza, con esa intuicion que te revela los secretos del alma y que hace que comprendas el fuego de las pasiones sin haberlas esperimentado jamas. Y bien, amiga mia; aun cuando tú sepas de quien hablo, voi a darme el doloroso placer de escribir otra vez su nombre, porque esta será la última ocasion que lo estampe mi pluma, que lo pronuncien mis lábios, por mas que no se aparte un instante de mi dolorido corazon... pero ya te lo he prometido: tendré la entereza suficiente para castigar esta debilidad, y Emilio Escobar desaparecerá completamente de mi memoria...»

IV.

—¡Jesus! esclamó doña Pacífica, interrumpiendo la lectura. ¡Y qué vehemencia en tan repentina pasion! ¡Qué volcan encendido por sí mismo! Esta exaltacion da miedo... Las niñas de estos tiempos son mui distintas de las de antes... Ahora apenas nacen cuando ya sienten y hablan de amor, mientras que nosotras nos casábamos las mas veces sin inclinacion, y nuestra ignorancia sobre el particular llegaba hasta el punto de que ni aun despues del matrimonio se despertaba en nuestras almas la pasion; asi me sucedió al menos a mí con el padre de Rafael Arcánjel, con mi bueno de Dominguez, que no obtuvo jamas de mí una caricia sino lo que le era debido únicamente por mandato de la iglesia; y esta santa ignorancia, mantenida por

los consejos del confesor que cuidaba hasta del tálamo conyugal y de que allí mismo se conservara, prohibiendo toda demostracion que no tuviera por fin la de crear hijos para el Señor, establecia, a mas de la pureza en las costumbres, de la castidad relijiosa en el matrimonio, la serenidad apacible del alma que no sentia asi el fuego devorador de la pasion sensual y mundana que consume hoi a la jeneracion presente...

—Usted ha hablado como una teóloga consumada, hija mia; y no puedo menos de sentir y de pensar del mismo modo; pero refiriéndome al caso presente, si bien es verdad que el mal ha cundido, que ha llegado a un grado tal que yo no esperaba, que yo no presumia siquiera, no por esto es incurable, y Julia misma, como ella se lo escribe a su amiga y como usted lo ha oido, está dispuesta a poner un pronto y eficaz reme dio; y ya que nosotros conocemos esta buena disposicion de su espíritu; ya que sabemos que ha tomado esta prudente resolucion, nos corresponde ayudarla, mantenerla, hacer que se realice; y andariamos mui torpes si no supiéramos sacar todo el partido, si no supiéramos aprovechar en bien de nuestro proyecto ocasion tan oportuna y tan favorable, haciendo a la vez una obra de caridad inmensa a esa infeliz que jime víctima de su loca pasion.

—¿Y si por casualidad llegase a corresponder el irreflexivo cariño de Julia ese tal Emilio Escobar? Y si ella descubriera este afecto recíproco, toda nuestra combinacion tendria que ir por tierra.

—Aquí está el busílis de la dificultad.

—¿Y qué hariamos si llegase a suceder esa desgra-

cia que cuenta con muchas probabilidades para que se realice? Porque aun suponiendo que el jóven no esperimente por Julia el afecto que ella tiene por él, lo cual es ya difícil, pues jeneralmente hai reciprocidad en el cariño; pero aun suponiéndolo asi, es indudable que si el tal Emilio Escobar conoce la pasion que ha enjendrado, trate de aparentar correspondencia para apoderarse de la inmensa fortuna de su loca amante; ¿no le parece a usted esto mui lójico? ¿Y cómo impedirlo cuando ya ese hombre debe tener la conviccion de que es amado?

El clérigo se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Tus reflexiones son justas, justísimas; pero hai un hecho importantísimo que nos está revelando esta carta y que destruye tu presuncion última: si Emilio Escobar tuviera la conviccion de ser amado de Julia, aun cuando él no esperimentara el mismo afecto, ya le habria hecho algunas demostraciones para alcanzar su propósito; pero la desesperacion de Julia, esa desesperacion que manifiesta a su amiga con tan vivos colores y que señala el grado de exaltacion en que se encuentra su espíritu; esa misma desesperacion, repito, nos demuestra hasta la evidencia que Emilio Escobar no se ha apercibido del cariño de Julia; de consiguiente, el temor a este respecto es vano, si bien no por eso deja de existir el peligro; pero del hecho consumado al hecho por suceder hai mucha distancia, y nosotros haremos de modo que esa distancia no se salve jamas, por lo cual la misma resolucion de Julia de aparecer indiferente nos segundará sobremanera.

—Tiene usted mucha razon, señor.

—Yo estoi acostumbrado a leer en el corazon de los hombres como en un libro abierto, y nunca me equivoco, contestó con evanjélico orgullo don Juan Ugarteche.

—Estoi convencida de ello por la esperiencia constante, por lo que he visto siempre en usted.

—Continúa teniendo en nosotros esa misma confianza, hija mia, y sacarás provecho. Ahora lo que debemos procurar en el caso actual es: primero, que no se despierte en el pecho del jóven Escobar la pasion que se ha apoderado de Julia; segundo, que en caso de que esto sucediese, ignore siempre él de que está correspondido; tercero, de que Julia no se aperciba del amor de Emilio; y por último, aun dado el hecho de que ámbos estuvieren seguros de su mutuo afecto, poner tales impedimentos que no pueda jamas efectuarse el enlace, compeliéndolos, en virtud de algunos espedientes hábilmente preparados y manejados, a separarse y talvez a menospreciarse y a odiarse.

—Yo me entrego a su sabiduria y a su prudencia.

—Consultaré con mi amigo el señor Larrañaga, que toma tanto interes como nosotros en el asunto, y segun entiendo, ahora es cuando conviene obrar, y obrar con actividad, porque si nos dejamos dormir puede todo echarse a perder, y hai casos en que el mal se hace incurable.

—Cuándo piensa usted, señor, consultar con ese santo sacerdote?

—Mañana, hoi mismo si es posible.

—Y podria yo asistir a la reunion para saber la determinacion que acordasen?

—No veo inconveniente; sin embargo, lo propondré a mi compañero.

—Ya usted sabe, señor, que yo me someto de antemano y con el mayor gusto a todo cuanto ustedes resuelvan, aun cuando fuera en contra mia, de mi hijo y de sus intereses.

—No tengas cuidado por lo último, pues lo que a ustedes aprovecha nos aprovechará tambien a nosotros: nuestros propósitos son los mismos, están mancomunados, y en el mismo caso deben hallarse los medios de que nos valgamos para obtenerlos.

Continuemos la lectura de esta interesante carta que nos da tanto material; que nos proporciona tantos recursos, y que si no hubiera caido en nuestras manos, el negocio hubiera corrido infaliblemente borrasca. Qué prevision la de mi amigo el señor Larrañaga cuando ordenó se hiciese esta prolija investigacion y que no se perdonase medio alguno para descubrir el interior de esa niña!

—¡Admirable penetracion!...

—Es que el presbítero Larrañaga, como te lo he dicho y como tú lo sabes, es uno de los mas grandes hombres del clero chileno, es el consejero de su señoria ilustrísima el señor arzobispo, y llegaria a ser, si fuese conocido y apreciado en lo que vale, un personaje eminente entre los mas eminentes que rodean el solio pontificio.

—Dios quiera que nunca nos abandone.

—Yo soi contigo mirando mi interes propio, pero

nó si he de tomar en cuenta el interes del catolicismo, que es lo primero a que debe atender un sacerdote.

—Ya se ve: uno siempre es egoista.

—Vamos a la carta. Y el clérigo leyó:

V.

"Se me ha presentado un medio, amiga mia, de llevar a cabo este propósito; ¡y lo que son las contradicciones humanas! Este medio que de raiz cortaba el mal, no lo he aceptado, y la proposicion sola me ha sido tan dolorosa, que he sufrido lo que nunca habia esperimentado: una angustia mortal, un horroroso decaimiento de espíritu y cuerpo, una desesperacion tan grande como no me imajinaba que existiera; sin embargo, creo que he conservado en apariencia la serenidad suficiente para no dejar sorprender mi secreto a los perspicaces ojos de mi madre.

"Es el caso, Sofia, que antes de ayer mi buena y querida madre, despues de mil rodeos para sondear mi corazon; despues de mil observaciones, a cuál mas justa y a cuál mas prudente; despues de hablarme de mis circunstancias, de mi posicion social, de mi edad, de mis costumbres, de mis principios relijiosos, de la posibilidad de quedar huérfana sin apoyo y sin guia, me preguntó si no sentia alguna inclinacion por álguien; pero esta pregunta me la hizo tan suave, tan velada, que no sentí mucho embarazo para ocultarle la verdad. ¡Cómo le habia de haber dicho jamas el triste estado de mi corazon! Cómo confesar mi vergonzosa debilidad! ¿Y por qué abrir una herida en el seno de

mi madre, que vendria a acrecer la mia? Guardé, pues, silencio sobre este punto, y mi escelente madre creyó en mi inocencia y que no habia penetrado en mi pecho otro afecto que el de ella...

"Me habló en seguida de la corrupcion de la juventud moderna y que era necesario ser mui prudente y mui perspicaz para no caer impensadamente en un lazo, seducida por las engañosas apariencias.

"Me dijo que el estado en que me encontraba, sin determinacion fija, sin compromiso alguno y con el espíritu libre, era el mas apropósito para hacer una acertada eleccion, porque en ese caso obraba el juicio que prevé, y no la pasion que ciega.

"Yo la dejaba hablar sin contestarle; y este silencio de mi parte lo consideró ella como una tácita aprobacion de cuanto me decia.

"Despues me habló sobre el amor y esperiencia de las madres, sobre la confianza sin límites que debian tener los hijos en ese amor y en esa esperiencia, hasta llegar a afirmarme que el éxito de una buena eleccion dependia de aquí, y que por consiguiente la felicidad presente y futura, la felicidad de toda una descendencia y el mas remoto porvenir, consistia en esto y solo en esto.

"Yo no tuve el menor inconveniente para decir a mi buena y querida madre que era de su misma opinion y que yo jamas elejiria a un hombre a quien ella no estimase y que no fuese de su eleccion.

"Un rayo de alegria ví brillar en aquel bondadoso semblante, y me felicité interiormente de haberme espresado asi, porque era lo que pensaba y lo que pien-

so todavia, a pesar de no haber estado acordes en el resultado, segun voi a narrártelo.

"Alentada mi madre con mi aprobacion, continuó:

—"Yo conozco un jóven, hija mia, que haria la fe- "licidad de cualquiera señorita; que haria la tuya."

"A esta proposicion tan directa y que salia del terreno de las observaciones jenerales, yo me inmuté.

"Mi buena madre se apercibió de mi sobresalto, y tomándome cariñosamente una mano, añadió:

—"No te asustes; no hai motivo para ello, puesto "que nada hai resuelto y que lo que te digo no pasa "de ser una simple proposicion, nacida por una parte "del deseo que tengo de que seas feliz, y por otra del "conocimiento del individuo a quien me refiero.

"Yo agaché la cabeza... Mi sobresalto no habia cesado y mi pecho se levantaba involuntariamente por los violentos vuelcos de mi corazon; pues, te lo declaro con toda sinceridad, pensé que mi madre me iba a hablar de Emilio Escobar.

—"No te alarmes, volvió a repetirme, porque si "bien deseo que estés conforme con mi juicio, y "podria añadir con mi voluntad, no por esto la impongo.

—"Yo siempre, como se lo he repetido, acataré su juicio y obedeceré a su voluntad.

—"¡Querida hija mia! esclamó mi madre, abrazándome con ternura.

"Yo correspondí sus caricias con efusion.

—"¡Cuán dichosa es una madre en tener una hija como tú! añadió. Y continuaba estrechándome contra su pecho.

—"Y mucho mas lo es la hija cuando tiene una madre como usted, le contesté.

—"Estamos pagadas, Julia, y espero que seremos felices.

—"Yo no ambiciono otra felicidad que la que tengo, ni necesito otro afecto que el que poseo.

—"Desgraciadamente, me respondió con cierta tris-
" teza, éste no puede durar siempre, pues entra en el
" órden natural de las cosas que los que hemos venido
" antes nos vamos primero, dejando que a su turno
" cumplan los otros con la misma lei, pero habiéndolos
" ya previamente reanimado: hé aquí mi mision, y hé
" aquí la tuya cuando te encuentres en mi lugar; yo
" cumplo actualmente y tú cumplirás despues, y este
" es el motivo que me obliga a hablarte ahora.

—"Lo comprendo, le respondí con laconismo.

—"Pues bien, hija mia; ha llegado la ocasion y
" quiero aprovechar la circunstancia favorable de que
" tu espíritu se encuentre libre, para hacerte mi insi-
" nuacion de madre...

"Aquí se detuvo un momento y luego continuó:

—" Te he dicho que conozco un jóven lleno de mé-
" rito, que podria hacer tu felicidad y que podrias des-
" de luego aceptar, aun cuando no sientas por él gran-
" de afecto, pues ese vendrá con el tiempo desde que
" se tenga el aprecio.

—" ¿Cuál? le pregunté turbada.

—" Voi a decirte su nombre: el jóven a que me re-
" fiero, agregó, tú lo conoces como yo; conoces su
" ilustracion y sus virtudes, y de otra manera no me
" habria atrevido a proponértelo, pues quiero que tu

"juicio y tu voluntad estén en armonia con mi opi-
"nion y con mi deseo.

"No me cabia duda: iba mi madre a hablarme de Emilio Escobar, y buscaba en mi interior la respuesta que debia darle cuando me revelase el nombre.

—"Yo comprendo tu perplejidad, hija mia, prosi-
"guió; pero vamos; esto no es un ultimatum, sino que
"te dejo toda libertad: el jóven de quien me ocupo
"y a quien doi la preferencia es don Rafael Arcánjel
"de Dominguez.

"No sé por qué al oir aquel nombre un sudor frio corrió por todo mi cuerpo y se operó sin duda una paralizacion jeneral en todo mi sistema, que estuve a punto de perder el conocimiento.

"Mi madre se alarmó al verme asi y me pasó un vaso de agua.

"Bebí algunos sorbos, y la vida, que parecia escapárseme, volvió.

—"Reflexiona, hija mia, con calma, me dijo despues de un momento y cuando ya me creyó serena.

"Yo pensaba, en efecto, sobre este imprevisto resultado y al fin le contesté:

—"¿Hai algo acordado, madre mia?

—"Nada; solo es una prevision de mi parte.

—"¿No ha habido insinuacion de parte de él o de su señora madre?

—"Ninguna.

—"Me alegro.

—"¿Por qué? ¿No te agrada? ¿No tienes acaso de él el concepto que yo me he formado?

—"Tengo la mejor opinion.

—" ¿Y entónces?

—" Es que... no estaba prevenida, le contesté, volviendo a palidecer, sin duda, pues mi querida madre se acercó solícita como para sostenerme.

—" Comprendo cuán nuevo y cuán alarmante es " para una niña de tu edad y de tu poca esperien- " cia, una proposicion de esta naturaleza, y tanto " más cuanto que no existe una inclinacion formada " por la simpatia y la confianza y conocimiento recí- " proco que procura un trato amistoso y frecuente; " pero yo he creido y creo que esta circunstancia es la " mejor para una determinacion que debe influir en el " resto de nuestra vida, y que por lo mismo necesita " de toda la calma para resolver con madurez y acier- " to, por cuyo motivo voi a dejarte hasta mañana tiem- " po para que reflexiones; pero ten entendido que si " aceptas mi eleccion, seria mui agradable a tu madre, " que, por el interes que tiene en tu felicidad, que " constituye tambien la de ella, ha reflexionado bas- " tante sobre el particular, no siendo la causa de su " predileccion el capricho sino el juicio.

"Despues de esto mi madre guardó silencio y yo tambien... ¿Qué objecion podia hacerle? Qué podria decir contra un sujeto que jamas me ha ofendido y a quien considero ademas de muchísimo mérito? Nada; y sin embargo, me sentia agobiada por un peso enorme; me sentia desfallecer y no se me ocurria ni se me ocurre aún idea alguna que oponer a una determinacion tomada al parecer de antemano, que nacia del deseo de verme feliz, y que contaba en su apoyo el mérito del individuo y la voluntad de mi madre,

fundada en ese mismo mérito que yo reconocia y que no podia ni puedo negar.

"En este estado de perplejidad dolorosa me retiré a mi cuarto para escribirte y para llorar.

"Te he hecho, amada Sofia, una revelacion de cuanto mantenia oculto, dándote tambien cuenta del último acontecimiento de una manera tan exacta, que te he repetido el mismo diálogo que tuvo lugar, sin omitir mis debilidades, para que asi puedas juzgar mejor y me aconsejes, ya que te será imposible consolarme, pues mi dolor, mi abatimiento y mi tristeza no lo permiten. Hasta mañana dejo esta carta abierta para comunicarte mis últimas impresiones y decirte mi última palabra..."

—¡Qué bien, qué bien se ha portado la madre! esclamó don Juan Ugarteche entusiasmado con la lectura.

—¡Y cómo ha seguido al pié de la letra los consejos del señor Larrañaga! observó la beata.

—De veras, no ha perdido un solo pensamiento, una sola espresion!...

—¡Qué prodijiosa prevision la de ese santo sacerdote!

—¡Y qué obediencia la de doña Ana!

—Obediencia mui natural y que tiene la ventaja de tener por base al convencimiento.

—¡Quién resiste a la lójica de mi amigo el señor Larrañaga! Y quién no se persuade oyéndolo!

—Indudablemente.

—Reune todas las cualidades para ser un gran prelado.

—¡Cómo prosperaria la relijion si él, muerto el arzobispo, lo que Dios no permita, quedase en su lugar!

—Ya hemos hecho esta reflexion.

—Yo lo deseo y no lo deseo.

—Lo único que debemos pedir es que se cumpla la voluntad de Dios.

—Esto es lo primero, esto es ante todo, asi me lo ha enseñado usted, señor, y asi es como ha de suceder.

—Terminemos por fin la carta, que ya queda poco.

—Mui bien; prosiga usted.

Don Juan Ugarteche volvió a tomar el papel y continuó:

VI.

"¡Qué noche tan ajitada he pasado, amiga mia! en toda ella no he cerrado mis parpádos... ¡Cuán terrible es la vijilia cuando se padece! Vivir para sufrir es una desgracia mayor que la muerte, porque en ésta al menos se descansa! Pero ese dolor no es ahora mas que un recuerdo, es un pasado que no ha dejado ni aun la menor huella. Mis temores han desaparecido, y si no soi feliz ni puedo serlo desde que se ha apoderado de mí una pasion sin esperanza, fué tanta mi angustia cuando mi madre me espresó su voluntad respecto a un enlace con el señor Dominguez, que hoi, apesar de no haber mejorado mi situacion, me siento feliz, sumamente feliz con el hecho solo de estar libre, de tener la seguridad de que no seré compelida y que no contrariaré los deseos de mi buena madre.

"Yo estaba decidida a sacrificarme por complacerla; pero ella misma ha venido, ignorando que iba yo a

ser víctima de mi deber, a exonerarme de esa penosa obligacion; y voi a referirte esta última conversacion que me ha traido el buen humor que habia huido desde mucho tiempo de mí.

"Yo estaba principiando a vestirme, era todavia mui de mañana, cuando entró mi madre en mi dormitorio.

"Inmediatamente notó que yo tenia algo, que yo sufria, sin duda porque el insomnio habia alterado un tanto mis facciones, y me preguntó si estaba indispuesta.

"Yo le contesté que nó; y ella siguió siempre examinándome con tierno interes, hasta que me dijo:

—"No tengas el menor cuidado, y mira la conversacion de ayer como si no hubiera tenido nunca lugar.

"Yo puedo tener opinion, pero mi deseo principal, mi deseo único es que seas feliz, y no te impondré ninguna condicion que te entristezca o que te contraríe.

"Seguimos despues hablando. Ya no tenia yo el peso qué me agobiaba, y pude espresarme con mas desembarazo; y esta larga conversacion versó toda ella en el sentido de mi libertad, de mi albedrio.

"No te sabré decir, Sofia, si mi madre ha sido instigada o nó para proponerme al hijo de su principal amiga doña Pacífica Jerez; por una parte lo supongo y por otra nó, no habiéndome atrevido todavia a investigarlo, pues asi sabria a qué atenerme sobre el particular, conociendo de esta manera la mayor o menor influencia que tenga ese pensamiento sobre el

espíritu de mi escelente madre y el grado de tenacidad que pusiera en su ejecucion; sin embargo, estoi inclinada a creer que ha sido una idea sujerida, pues ¿por qué razon no me propuso a Emilio Escobar en lugar de decidirse por Rafael Arcánjel de Dominguez, cuando yo sé que tiene por ambos jóvenes igual grado de aprecio y que ella no ignora que el primero me es a mí mas simpático, habiéndoselo dicho en una ocasion que conversamos inocentemente sobre este asunto?

"Es verdad que Rafael Arcánjel de Dominguez tiene la ventaja de pertenecer a las primeras familias de Santiago, en tanto que Emilio Escobar nó, y que a la madre del primero le estamos obligadas por muchos servicios, agregándose a esto la consideracion de las numerosas y buenas relaciones de doña Pacífica, relaciones que yo obtendria uniéndome al hijo de ésta y cuya ventaja mi buena madre debe haber calculado, pensando siempre en procurarme todo aquello que tienda de algun modo a contribuir a mi felicidad; pero se ha escapado a su penetracion la superioridad del segundo, que consiste en haber desde temprano aprendido a bastarse a sí mismo por medio de su trabajo y de su intelijencia, lo cual no tiene el primero, que acaba de salir del claustro, y si bien mui instruido y mui bueno, segun lo dicen y segun en realidad se presenta, carece de esa práctica de la vida tan útil y necesaria en el hombre llamado a ser jefe de una familia. Por otra parte, Emilio Escobar talvez no le va en zaga a Rafael Arcánjel de Dominguez respecto a instruccion, pues a mas de manifestar en su trato muchos conocimientos sin la pretension de ostentarlos, he sabido que es su-

mamente estudioso; que no pierde un momento del tiempo que le dejan libre sus ocupaciones para dedicarlo al cultivo de su intelijencia, no descuidando ni aquellos conocimientos que se miran como simple adorno en un jóven, tales como la música, la pintura y los idiomas, poseyendo bastante bien el frances y el ingles sin haber viajado, y solo en fuerza de su dedicacion constante, de su ardiente deseo de saber.

"Puede ser que mi juicio no sea tan imparcial, dando la preferencia al que posee desgraciadamente mi afeccion; pero tú misma, amiga mia, parece que te encuentras inclinada en favor de Escobar y nó de Dominguez; al menos asi creo notarlo en tus cartas, y recuerdo que una ocasion me escribiste que ese nombre de Rafael Arcánjel te era chinchoso, lo que quizá ha contribuido a que yo le tome cierta distancia a despecho de sus méritos, de sus bondades para conmigo y en particular para con mi madre, asi como de mil otras circunstancias que lo colocan bajo un aspecto sumamente favorable, tales como el aprecio que tienen por él los sujetos mas eminentes de nuestro clero, las consideraciones que le guardan a pesar de sus pocos años, y el cariño que le profesan; y esto me hace por otra parte reflexionar que mi madre no ha sido intrigada por persona alguna, sino que se ha decidido por sí misma en vista de las ventajas que en su concepto me procuraria este enlace; pero sea de ello lo que fuere, ya venga de afuera o parta de mi madre el pensamiento, lo cierto del caso es que estoi libre y esto me causa una alegria loca de que gozo tanto más cuanto que acababa de sufrir mucho, y ya

sabes cuán superiormente agradable es el placer que se sucede al dolor.»

Ahora, amiga querida, no te ocultaré, aun cuando me tomes por loca, la nueva fuente de goces que he descubierto. ¡Ah, Sofia! cuán benéfica es la ilusion, por vana que ella sea! Pues bien: sábete desde luego como he conseguido trasformar mi tormento en placer, mi desesperacion en esperanza y una desgracia evidente en una felicidad probable y podria agregar casi segura: ¿no te parece mucho conseguir? Apuesto que estás impaciente por saber el medio de que me he valido para operar a mí tan estraña metamórfosis. Sal pues, de curiosidad, y para ello entraré a decírtelo sin mas preámbulo: tengo el presentimiento, y no tan solo tengo el presentimiento, sino que tengo la certidumbre, de que Emilio me ama; mucho he reflexionado sobre tan importante asunto, y cada vez mas se viene confirmando en mi mente tan agradable persuasion, contribuyendo a ella lo mismo que antes me desalentaba, es decir, que la cortesania fria y respetuosa de Emilio, que denotaba una gran indiferencia, es la prueba mas evidente de su amor, y de un amor lleno de nobleza, de desprendimiento, de elevacion... Mira, Sofia: si Emilio se ha mostrado hasta aquí retraido e indiferente, es, primero, porque su estremada modestia le impide pensar en que puedan quererlo, y segundo, que siendo su posicion humilde, que no poseyendo fortuna, no le es dado aspirar a la mano de una rica heredera; y como hai en esa alma sin pretensiones y sin vanidad, en esa alma humilde, una gran dósis de noble dignidad, no quiere, ni puede,

ni debe, segun su opinion, dejar ver lo que pasa en el interior de su pecho, empeñándose, cuanto mas fuerte es el sentimiento que lo domina, tanto más en ocultarlo, y de aquí nace el que cada dia se aleja mas y es mas reservado conmigo. ¿No lo crees tú tambien asi, Sofia?

Por otra parte, ¿es natural que mi afecto no encuentre reciprocidad? El cariño arranca el cariño: esta es la lójica de las cosas. El amor es un fluido que se comunica y que, aun cuando los labios enmudezcan, se adivina, porque se establece, sin que nos apercibamos de ello, una corriente magnética que pone en contacto dos almas, asimilándolas de tal manera, que las aspiraciones se confunden y forman un solo deseo, una sola voluntad y un solo sentimiento... ¿Y por qué habria de ser yo únicamente la escepcion? Por qué mi cariño habria de permanecer aislado y solo? Por qué el ruido de los latidos de mi corazon no se repercutiria en las cavidades de otro pecho? No veo el motivo, querida amiga, y esto me trae el convencimiento de que Emilio me ama, y esta íntima y dulce persuasion llena mi vida de una alegria casi divina, de una alegria que no habia esperimentado antes, que no conocia...

"Ha sucedido en mí un raro fenómeno: soi ahora una mujer mui distinta de lo que era. ¡Cómo despiertan el entendimiento las pasiones! ¡Cómo el amor nos abre nuevos, variados y luminosos horizontes! La persona que no ha sentido en el interior de su pecho este fuego sagrado, puede afirmar que no ha vivido o que no conoce las mas grandiosas emociones del alma! Un

solo dia basta, cuando un rayo de ese sol ha penetrado hasta nuestro corazon, para trasformar la existencia, para sacudir la somnolencia en que nos hallábamos, para romper las cataratas de los ojos del espíritu, y entonces el hombre ve resplandores, ve luz y siente por todas partes la armonia de la creacion! ¡Qué prodijio! Ayer estaba, podré decirlo asi, en el limbo, porque nada veia, y hoi me encuentro en los cielos, desde cuyo elevado punto todo lo distingo y todo lo domino. Sensaciones nuevas, pensamientos desconocidos, aspiraciones de otro jénero, ideas raras, imájenes seductoras, proyectos de un porvenir que ni siquiera vislumbraba, todo viene a posarse en mí halagando mi fantasia. Me encuentro como si tuviera el don de penetrar por todas partes y de ver cuanto existe... Pero ya es bastante, Sofia, por hoi; en otra ocasion te esplicaré mas detalladamente lo que por mí pasa, si me es posible hacerlo... Adios.

"Tu amiga de corazon,

JULIA INGRAND.

"P. D. Mi madre me ha dicho que piensa dar un baile; si tú pudieras venir, ¡cuánto gozariamos!... ¡Y cuánto me servirias con tus consejos! ¡Cuánto me animarias con tu presencia, compartiendo en un mismo instante nuestros pesares y nuestras alegrias!... Entre las convidadas se encuentra doña Cármen Cáceres, madre de Emilio..."

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VII.

—Malo, malo va esto, dijo el clérigo dejando caer la carta.

—Asi lo veo, señor, contestó la beata alarmada por el temor de perder la inmensa fortuna de que pocos momentos antes se creia ya en posesion.

—Esta muchacha tiene mas conocimientos de los que debiera; su intelijencia puede perderla; pero ya trataremos de ponerla en vereda.

—Si usted, señor, como confesor de ella, no lo consigue, ¿quién detendria en la senda de perdicion a esa oveja pronta a descarriarse?

—Yo puedo influir mucho, es verdad, pero es necesario tomar precauciones: las circunstancias en que se encuentra este asunto son resbaladizas: un desliz puede dar al traste con el negocio.

—Pero usted habia previsto de antemano lo que está sucediendo.

—Sí, yo habia dicho de que seria mui conveniente que no se amasen; sin embargo, parece que el diablo ha advertido a Julia que Emilio la quiere, y hé aquí dónde está la desgracia, pues si llegan a comunicárselo el uno al otro, no aseguro la partida o tendremos que luchar con fuerzas mui desiguales, porque el amor, sabételo, hija mia, da mucha enerjia y es capaz de superar cuanto obstáculo se presente. Por otra parte, la madre, si bien ha seguido los consejos de mi amigo el señor Larrañaga, no ha tenido perseverancia, pues

ha bastado una lágrima de Julia, ha bastado el verla un dia pálida para que le volviese su libertad diciéndole que podia hacer cuanto quisiera.

—¡Incomprensible debilidad!

—Pero no menos efectiva ni menos perniciosa.

—Puede talvez obligarla, compelerla, el señor Larrañaga. ¡Tiene tanta uncion en su palabra y tan profunda sabiduria en su doctrina!

—Lo deseo, y no dudo un momento del poder que ejerce ese santo sacerdote; pero la madre que ha cedido cuando no se le oponia resistencia alguna, cuando podia haber triunfado sin mas esfuerzo que el de manifestar un deseo, ¿qué hará en el caso que su hija le diga: "es imposible ese matrimonio... seria la mujer mas desgraciada, porque quiero a otro y no podré ser feliz sino con él?"

—Tiene usted muchísima razon.

—No creas por esto, hija mia, que yo doi la partida por perdida, nó; tenemos muchos recursos que tocar, y esta misma carta, aun cuando desconcierta nuestros planes, nos enseña y nos advierte el camino que debemos seguir.

—Asi es, señor.

—Esta carta es de una importancia tal, que conviene que mi amigo el señor Larrañaga la lea por completo y sin que se la estractemos.

—Soi de su opinion.

—Existe, sin embargo, el inconveniente de que asi demoramos que llegue a su destino, y a nosotros nos conviene saber la respuesta que le dé Sofia, porque es indispensable conocer las opiniones de la amiga que

tanta influencia tiene sobre mi jóven penitente, doña Julia Ingrand.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Una idea que salva ambos inconvenientes.

—Es decir, que la carta vaya a su destino y que la lea por entero el señor Larrañaga.

—Justamente.

—Ya sé, copiándola; apruebo el espediente.

—En el acto puede hacerlo Rafael Arcánjel.

—Quizas no conviene que tu hijo esté al cabo de todo el contenido de esta carta; ¿no echas de ver que puede despertar en él pasiones cuya influencia posterior no sabemos si puede serle provechosa o funesta?

—No habia pensado en ello.

—La prudencia es una cosa mui indispensable en la vida.

—En tal caso la copiaré yo; todavia conservo una letra bastante lejible.

—Si no te cuesta mucho trabajo.

—Ninguno, y aun cuando me costara.

—Está bien.

—Entonces, hasta luego, señor.

Y la beata tomó la carta guardándola cuidadosamente en el bolsillo, y en seguida añadió:

—Yo misma seré la portadora.

—Es mui conveniente: ese documento no se debe confiar a nadie; pero dígame usted una palabra antes de marcharse.

—Con todo gusto, señor.

—Es una recomendacion.

—Cuanto venga de usted no puede ser sino provechoso.

—Conviene que usted vaya hoi mismo donde su amiga doña Ana Balcarce de Ingrand, que examine cuanto se le presente, que se dé cuenta exacta de las relaciones entre madre e hija, y el estado en que ellas se encuentran; que tantee a Julia con maña respecto a sus sentimientos; que prevenga a Juana de estar mas vijilante que nunca; en una palabra, que no se escape nada de lo que ahí pasa. Esta fué tambien una de las recomendaciones de mi amigo el señor Larrañaga, la mas importante, y de la cual estamos recojiendo el fruto, pues sin ella no tendriamos conocimiento de lo que está sucediendo y se habrian encontrado desbaratados nuestros planes sin saberlo nosotros...

—Seguiré al pié de la letra sus instrucciones... Adios, señor.

—Vaya usted en su santa gracia, hija mia.

BIBLIOTECA NACIONAL

PRELIMINARES DE ATAQUE

Y OPINION

DEL SEÑOR LARRAÑAGA SOBRE LA CONSECUENCIA DE UN BAILE.

I.

Las operaciones, las maniobras estratéjicas urdidas en las tinieblas, buscadas en el espionaje y la dilacion que tanto se emplean y que tanto abundan en el arsenal de los clérigos, habian pues dado principio como ya lo hemos visto, para librar batalla a la fortuna de la señora de Ingrand, que, inocente, no sabia lo que se tramaba en contra de sus escudos, y lo que es peor, en contra de su felicidad.

¿Qué resistencia podrian presentar dos inofensivas mujeres contra sus astutos y solapados enemigos? Qué fuerza podrian oponer contra un ataque ignorado, oculto, desconocido? Todas las probabilidades de triunfo estaban de parte de doña Pacífica Jerez y sus cómplices; y sin embargo, aun no se encontraban éstos seguros de la victoria e iban a poner en campaña sus reservas, porque temian que la verdad triunfase del engaño, la virtud del vicio, la pasion desinteresada y

noble de la astucia baja y servil; y no dejaban de tener algun fundamento en pensarlo asi, porque sucede con alguna frecuencia que los planes mejor combinados, mas sabiamente urdidos, son desbaratados por la franqueza y por la injenuidad. Por esta razon se decia interiormente la madre de Rafael Arcánjel:—"Si esos dos jóvenes llegan a saber que se aman y llegan a comunicárselo, es indudable que la confianza recíprocamente a la par que el cariño, y en ese caso dudo mucho del éxito, a pesar de contar con tantos elementos." Y la beata, haciéndose estas desconsoladoras reflexiones, se puso en actitud de copiar la carta de Julia que tenia entre sus manos y que debia llevar en breve al señor Larrañaga para que la examinase con cuidado.

Terminada la tarea, doña Pacífica se puso en marcha para el seminario, siempre preocupada sobre el resultado de su empresa, que habia llegado a ser el pensamiento esclusivo de aquella ambiciosa mujer.

II.

El clérigo Larrañaga se encontraba en su cuarto acompañado de un seminarista que le presentaba algunas notas; quizá era éste el que habia reemplazado a Rafael Alcánjel en su triple empleo de espía, de delator y de carcelero.

Doña Pacífica fué recibida por el rector del seminario con todas esas consideraciones que reservan los sacerdotes para sus devotos, cuando éstos son no-

bles, ricos, influyentes o en posicion de prestarles servicios.

—¡Y usted por acá, señora! esclamó el señor Larrañaga, despues de haber hecho una imperceptible seña al monaguillo para que se retirase.

—Sí, yo misma...

—¿Qué le trae a usted de bueno? dijo el rector con voz melosa y fijando sus torvos ojos en doña Pacífica que aparecia o representaba estar un tanto turbada.

—Voi a decírselo.

—¿Debe ser algo grave? asi me lo indica su aire.

—Mui grave, señor.

—¿Alguna contrariedad de familia?

—Precisamente no, señor; pero son intereses de familia.

—Ya entiendo: ¿quiere usted hablarme de Rafael Arcánjel?

—No de él, pero de asuntos que le conciernen.

—¿Será de su matrimonio?

—Sí.

—¿Está en punto de hacerse? ¿Habrá hablado a su hija la señora doña Ana de Balcarce?

—Mi amiga ha tenido una esplicacion con Julia, pero el matrimonio peligra.

—¡Cómo! ¿Ha resistido Julia? ¿Ha sido débil o poco exijente la madre?

—La madre se esplicó al principio como usted se lo habia aconsejado, pero despues flaqueó un tanto.

—Bueno, esto lo esperaba; ¿y la hija?

—La hija, señor, habia cedido...

—¿Y bien? ¿cuál es el entorpecimiento? Hasta aquí no lo veo... Preciso es esperar un poco. Yo no les he dicho que desde la primera escaramuza venceriamos... contaba con alguna resistencia...

—El mal no está aquí.

—¿Y en qué parte está si no es en la voluntad de ambos?

—Hai algo de nuevo, señor, de mas alarmante.

—¿Por qué no ha principiado usted por decirlo desde luego?

—Por satisfacer a sus preguntas; pero aquí traigo una carta cuyo contenido le informará mejor que yo del asunto.

—¡Una carta!

—Sí, una carta de Julia a su amiga.

—¿Con que se siguió mi consejo?

—Al pié de la letra y ha dado el mas espléndido resultado; sin él la partida estaba perdida.

—Me alegro.

—El señor don Juan y yo nos hemos admirado de los rápidos resultados y de la penetracion de usted.

—Yo he aconsejado lo que cualquiera habria aconsejado, señora, dijo el clérigo con aparente humildad, pero a traves de la cual podia notarse su satisfaccion vanidosa.

—Bien pocos, señor, dispénseme que se lo diga, bien pocos habrian dado un consejo tan bueno y oportuno.

—En cuanto a la oportunidad, depende de las circunstancias en que se encuentran los asuntos y no del mérito del consejo.

—Yo me remito a la prueba: aquí tiene usted la carta de Julia que es un verdadero tesoro.

—Voi a leerla. Y el clérigo Larrañaga principió.

III.

A medida que avanzaba en la lectura, iban representándose en aquella fisonomia, por lo regular impasible, las diversas impresiones que le causaba la carta, pues algunas veces se sonreia, otras fruncia el entrecejo, y en otras mordíase los lábios con concentrada rabia.

La beata seguia los cambios sucesivos de aquella fisonomia, calculando por ellos lo que pasaba en la mente del sacerdote.

Terminada la carta, el rector del seminario guardó silencio.

Doña Pacífica contemplaba al rector con ansiedad.

—El caso es mas grande de lo que me parecia al principio.

—¿Se desanima usted, señor?

—¡Yo desanimarme! nó; pero presiento la lucha; ¡tanto mejor!

—¿Tanto mejor dice usted?

—Sí, porque será mas entretenida la partida.

—¿Y si se pierde?

—¡Perderla! solo que estuviese en sus manos.

—Ya sé que yo no seria capaz...

—Usted lo es mucho y servirá como un poderoso ausiliar; pero donde hai bueno, hai mejor...

Y el rector del seminario se sonrió como burlándose de sí mismo.

—A pesar de la ilimitada confianza que tengo en usted y en el señor don Juan, yo temo...

—No hai nada que temer si mis órdenes se cumplen.

—Con toda exactitud serán observadas.

—Entonces respondo del éxito.

La cara de doña Pacífica brilló de alegria con la aseveracion del clérigo.

—¿Qué será preciso hacer?

—Tenemos que obrar con actividad, con mucha actividad y con mucha circunspeccion.

—Por mi parte haré lo posible.

—Desearia hablar tambien con mi amigo el señor Ugarteche.

—Quiere usted, señor, que vaya a llamarlo?

—Talvez esté ocupado; pero la cosa es urjente.

—Voi en el acto.

—Un momento; ¿sabe usted cuándo es que piensa dar el baile la señora Ingrand?

—Lo ignoro, señor.

—Será necesario que usted se informe de esto.

—¿Antes de ir a llamar al señor don Juan?

—Antes.

—Dispénseme usted, señor, que le haga una pregunta.

—Las que usted quiera.

—Talvez es una impertinencia.

—No importa, y entre personas como nosotros no puede haber impertinencia, señora, porque tenemos bastante confianza.

—Usted me honra muchísimo, señor.

—Déjemonos de cumplimientos y hábleme sin temor.

—Desearia saber, señor, por qué da usted tanta importancia al baile de mi amiga, y por qué desea saber el dia en que se da, de preferencia a que llame primero al señor don Juan.

IV.

El clérigo se sonrió maliciosamente y preguntó a su turno a la beata con cómica gravedad:

—Sabe usted, doña Pacífica, lo que es un rodeo?

—Por cierto que lo sé.

—¿Y sabe usted con el fin que se hace?

—Para contar el ganado.

—¿Nada mas?

—Asi me parece.

—Pues bien, señora; se hace con el fin de contarlo y de multiplicarlo.

—Pero qué hai de comun entre un baile y un rodeo?

—Lo último.

—No entiendo.

—Eso de multiplicarse.

—Tampoco lo comprendo.

—La creia a usted mas perspicaz.

—Ya usted ve, señor, que no lo soi tanto... Siento perder en su opinion.

—No tenga usted cuidado.

—¿Pero qué relacion hai entre ambas cosas?

—Voi a decírselo. Un baile es el recinto, el lugar (lo mismo que el corral del rodeo) donde se reunen

muchas personas, particularmente jóvenes y niñas que no se conocian antes y que allí se conocen, formándose asi relaciones y despues matrimonios o simples amorios. Un baile incita los sentidos y desarrolla las pasiones, particularmente la primera de todas: la sensualidad. Un baile proporciona mil ocasiones para hablarse con mas franqueza los que ya se conocen, para tener esplicaciones los que temen o los que dudan, para confiarse recíprocamente sus secretos y formar sus planes, para dar y recibir pruebas de afecto; y en contacto íntimo, embriagador, esa electricidad pronta en accion, esas gracias animadas por la pasion, esas miradas llenas de voluptuosidad, sedientas de placer, toda esa atmósfera en que se respira, en que se siente, en que se introduce por los poros del cuerpo y del espíritu el goce de los sentidos con sus mas bellas y seductoras apariencias, ¿qué efecto le parece a usted que pueden causar en Julia y en Emilio, en esas dos almas puras y elevadas y por la misma razon mas susceptibles, mas propensas a inflamarse, y cuyo incendio será mas concentrado, mas voraz y por consiguiente mas difícil de estinguir?

—Comprendo, señor, la importancia, y admiro su penetracion, su sabiduria y su esperiencia.

—Yo no he presentado a usted los efectos de esas reuniones que se llaman bailes, sino bajo la faz que necesitamos; y no entraré a analizar las demas porque no son ni vienen al caso.

—Basta con lo que usted ha esplicado.

—Y bien, señora; ese baile será nuestro mejor punto de observacion y de él nacerá el plan de campaña

que ya tengo formado y que esplicaré a usted en breve, tan luego cómo venga mi amigo don Juan Ugarteche.

—Pero ese baile, segun sus propias palabras, es por sí mismo el mayor peligro. ¿Cómo puede en tal caso sernos provechoso?

—Todo depende de la manera de conducirse.

—Yo que he de asistir a él, ¿no seria bueno desde luego que me diera usted una leccion para saber el modo como debo conducirme?

—Voi a anticipar dos palabras a pesar de que no está presente mi compañero y amigo don Juan; pero creo que no hai en ellas nada de aventurado, ni nada de malo que pudiera correjir ese santo varon.

—El señor don Juan tiene en usted una confianza plena, absoluta....

—Asi como yo la tengo en él...

Y una imperceptible sonrisa vagó por los delgados labios del astuto clérigo.

En seguida agregó:

—Una de las especiales recomendaciones que aconsejo a usted y que le ordeno seguir, si se interesa porque Rafael Arcánjel sea el esposo de Julia Ingrand, es que tanto usted como él impidan por todos los medios que estén a sus alcances, el que en esa noche del baile se junten y conversen Emilio Escobar con la hija de su amiga. Dado el consejo, a ustedes corresponde seguirlo y llevarlo a efecto.

—Asi lo haremos, señor.

—Por la misma esposicion que he hecho anteriormente de los peligros de un baile, usted compren-

derá toda la importancia que tiene mi recomendacion.

—La comprendo, señor.

—Tanto mejor... Ahora vaya usted a hacer sus diligencias que yo dejaré el encargo al portero que a cualquiera hora que ustedes vengan los introduzca sin demora.

La beata saludó al rector y salió.

El señor Larrañaga volvió a leer la copia de la carta de Julia con tanta atencion como la vez primera.

—¡Qué lástima! esclamó parándose de su asiento para pasearse por el cuarto; pero no dijo mas sino que continuó sumido en sus meditaciones.

Al cabo de un largo rato, agregó:—"¡Los *Amigos del pais!* A este Ugarteche se le suelen ocurrir buenas cosas... Los *Amigos del pais* serán una falanje relijioso-política... Necesitamos de este apoyo... Rafael Arcánjel a la cabeza... Nuestro poder se afianzará, crecerá... Yo seré arzobispo... Puede decirse que ya lo soi... pero... Ya vendrá el tiempo... rector del Seminario... El clero futuro, el clero jóven me pertenecerá en cuerpo y alma y ya me pertenece... Necesitamos fortuna... La tendremos... Este casamiento es de mucha importancia... Es indispensable que se haga... El buzon de la Vírjen... Aprovecharemos de esa sonsera del loco Ugarteche y la quitaremos despues... Estas supercherias ridículas favorecen en un principio, pero desacreditan despues... Ya la prensa se burla y luego el pueblo comenzará a reir, y esto no conviene... Pero Ugarteche se pondrá furioso si lo privamos de su buzon.. No importa... Lo contentaremos de otra manera... Lo canonizaremos si se le antoja...

I.

Este monólogo cortado, inconcuso, que no completaba el pensamiento del clérigo y por consiguiente solo era comprensible para él, continuó por mucho tiempo y no cesó hasta que se dejó oir un suave llamado a la puerta del aposento.

A la palabra: "entre usted," apareció en el umbral el mismo seminarista que estaba con el rector cuando se presentó doña Pacífica Jerez.

—¿Ha estado usted en el calabozo? preguntó el rector con voz imperiosa al seminarista.

—Sí, señor, vengo de allá.

—¿Y cómo está ese hombre?

—Lo encuentro peor.

—¡Peor! ¿Le ha preguntado usted si quiere confesarse?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha respuesto?

—Ha respuesto que nó.

—¡Impio! ¡Contumaz! Me dan ganas de dejarlo morir... pero nó; es preciso que viva... que viva cuanto sea posible... para que sufra más, más y más...

El seminarista tembló al ver cómo revolvia los ojos torvos el cruel rector.

—¿Y come? preguntó el clérigo despues de una pausa.

—Sí, señor.

—No es entonces de peligro su enfermedad... Lo que tiene ese hombre es rabia... desesperacion... Tanto mejor... Asi sufrirá más... Dele usted en lo sucesivo de comer mejor... y un poco de vino... Quiero que viva...

—Asi lo haré.

—Y de los seminaristas, ¿qué nuevas me trae usted?

—La lista de las faltas las traje hace tiempo.

—No la habia visto, a causa sin duda de la visita de esa señora; está bien, y compórtese usted como su antecesor.

—Procuro imitarlo.

—Asi conseguirá usted ser feliz como va a serlo él.

—¡Es posible! esclamó con injénua admiracion el seminarista.

—Sí, será rico: tendrá el premio de sus méritos...

—¿Y yo tambien lo seré si me conduzco como él?

—Es mas que probable: nosotros favorecemos a los nuestros... Vaya usted a su puesto.

El seminarista se retiró, haciendo antes una profunda cortesia.

El rector recorrió la lista de las faltas de los alumnos, y despues de examinarla, dijo:

—No tendré otro como Rafael Arcánjel; él me daba cuenta de todo, y habia tanta finura de observacion, tanta sagacidad, que no se le escapaba nada, pero aho-

ra va a sernos mas útil, y si conserva las mismas disposiciones, como no hai que dudarlo, sacaremos ventajas inmensas.

Y el clérigo continuaba paseándose entregado a sus meditaciones.

II.

De repente se detuvo... llevó la mano a su frente, y dijo con furor concentrado, hablando consigo mismo: "¡ah! qué flaqueza! Cuándo llegarán a ser fuertes, a sobreponerse a las miserias de la carne los hombres consagrados al altar! Lo sé; la mayor parte de nuestros sacerdotes ceden a la tentacion, por mas que uno haga, por mas que uno les predique con la palabra y con el ejemplo; y de aquí proviene nuestro descrédito!... De aquí nace nuestra decadencia!... Si consagrásemos toda nuestra enerjia al triunfo de nuestra causa; si las pasiones, y particularmente la mas tenaz, la mas funesta, la mas arraigada, la concupiscencia, la combatiéramos hasta subyugarla, ¡cuál seria nuestro poder, nuestra preponderancia, nuestra gloria, y por consiguiente la de la relijion!...

Pero hai en el mundo muchos Anselmos, aunque encubiertos... Con todo, al fin se consigue que oculten su falta, que no den mal ejemplo!... Afortunadamente comprenden su interes y ceden por conveniencia, hasta que la hipocresia se connaturaliza, lo cual siempre sucede, y en este caso no hai mas que dejarlos entregados a sí mismos... Todo marcha bien, pues toman sus precauciones y se evita el escándalo.

Y una risa sardónica, la risa de Satanas, se escapó de los delgados labios del clérigo.

Pero este maldito cura, continuó; este tal Anselmo, que afortunadamente hemos atrapado, gracias a la buena y ejemplar señora doña Pacífica, ¡no ha querido ceder! Qué tenacidad en el pecado! Los consejos primero, las promesas despues, y las amenazas, por último, han sido completamente inútiles!...

La palabra del prelado ha sido ineficaz! Se castigó inútilmente... Se aprisionó, pero se evadió de la prision y fué a seguir su mala vida, su vida de escándalo, hasta que se le echó el guante estando en su guarida, en ese colmenar formado por el vicio...

Doña Pacífica Jerez es mui meritoria! Sin ella no estaria ese mal sacerdote en nuestro poder!... Ahora sí que le desafio a que se escape!... Ahora se las tiene conmigo y nó con esos frailes perezosos que siempre están de punta con su señoria ilustrísima! Pero asi tambien les irá a ellos!... A cada uno su turno... A cada uno segun sus obras, como decia con cierta gracia y cierta justicia aquel célebre hereje de San Simon que pretendió no há mucho formar su relijion aparte, ser el apostol de una nueva doctrina, el creador de un nuevo dogma: la libertad de la mujer, la mujer sacerdote, y el matrimonio sin mas vínculo que el *bon vouloir* de los conyújes; especie de contrato sin otro asidero, sin otra base que el capricho de cada cual... ¡Locuras humanas, fuegos fatuos que aparecen y desaparecen, celajes de un instante!... ¡Cómo pueden compararse con la solidez de nuestras instituciones, que llevan ya siglos tras siglos de existencia, que se pro-

longarán en las futuras edades, sin que se pierdan en la inmensidad de los tiempos!...

¡Lo que es la imajinacion! dijo el clérigo, hablando siempre consigo mismo; ¿qué relacion tiene San Simon con el libertinaje de nuestros sacerdotes? El clero!... el clero!... jeneralmente se pierde por ese maldito pecado de impureza; por esa maldita tendencia hácia lo carnal... Y este es un mal que en vano hemos querido contener!...

Cierto, cierto, prosiguió: el confesonario, que es el baluarte de nuestra relijion y el poder que ejerce nuestra santa madre iglesia, es tambien el peligro, el gran escollo donde los miñistros del altar fracasan!... Cómo resistir a la tentacion! Cómo oir sin inmutarse esas revelaciones misteriosas, internas, impregnadas de voluptuosas inocencias que nos dicen al oido unos labios de rosa!... Cómo no esperimentar un sacudimiento eléctrico al sentir el perfumado aliento de una jóven y hermosa mujer!... Cómo no conmoverse cuando, divididos solamente por una delgada tabla o por una cortina, oimos las palpitaciones del corazon de un ánjel de pureza, cuya castidad se alarma algunas ocasiones solo con el pensamiento!... Cómo no esperimentar deseos de abrir el capullo de esa flor, de recojer todo su aroma, de aspirar el néctar puro de la tímida Vírjen que vemos postrada a nuestras plantas, sumisa a nuestra voluntad, obediente a nuestro mandato! Cómo resistir a la atraccion magnética que ejerce la voz, el aire, la mirada y hasta las ondulaciones del vestidode la mujer! ¿Cómo? Casi es un imposible, pero un imposible que debemos vencer, asi como yo lo he vencido.»

Y el clérigo al decir esto levantó su cabeza con orgullo, y una mirada llena de fuego, una chispa de soberbia brilló en los torvos ojos del rector del Seminario...

¡Estraña castidad! Vicio tan funesto como el de la concupiscencia; ¡qué delicias no enjendra; qué perturbaciones no causa en el individuo y en las sociedades! Cómo petrifica el corazon y aniquila todo jérmen de vida! Qué seria del mundo si para ser perfectos, segun nos lo enseñan los sacerdotes católicos, adoptara el hombre como regla de su conducta, como dechado de perfeccion humana, esa estrafalaria doctrina que solo sirve para enjendrar monstruos! Afortunadamente, las leyes de la naturaleza, las leyes de Dios se oponen, y es imposible, como decia el mismo rector del Seminario, vencerlas, por mas que hagan para conseguirlo...

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

Engolfado en estas reflexiones el clérigo Larrañaga, no se habia dado cuenta del tiempo trascurrido; de modo que cuando llegó doña Pacífica en compañia de don Juan Ugarteche, se estrañó de verla volver tan luego y le dijo:

—Es imposible, señora, que usted haya hecho en tan corto tiempo todas las dilijencias que tenia que practicar; ¿se ha informado usted de cuándo tendrá lugar el baile?

—Sí, señor; he estado en casa de mi amiga y me ha dicho que para el domingo.

—Ha andado usted con mucha rapidez.

—Al contrario, señor; venia temiendo haberme demorado demasiado, apesar de la dilijencia que he puesto.

—Por lo que veo, usted ignoraba que la señora Ingrand iba a tener esa tertulia.

—Completamente.

—No concibo cómo en la intimidad que ustedes tienen no la haya prevenido a usted que se proponia dar un baile.

—Asi se lo dije.

—¿Y bien?

—Me respondió que no me habia dicho nada, porque deseaba sorprenderme agradablemente.

—Puede ser.

—Y yo lo creo, señor, porque conozco a la Ana de Balcarce.

—Tanto mejor; pero el baile está mui próximo y casi no hai tiempo para prepararse. ¿Le ha dicho usted a mi amiga (y el rector miró a don Juan,) las observanes que hice a usted respecto al baile?

—Sí, señor.

—Y las ha encontrado justas, contestó el clérigo Ugarteche.

—Lo celebro, porque la aprobacion de usted es para mí de mucho valor.

—Gracias.

—Entre nosotros no hai lisonjas, amigo mio.

—Por la misma razon debo quedar mas complacido.

—Entremos al asunto: usted, antes de leer la carta de Julia, ¿ignoraba por completo el estado de su alma?

—¡Cómo puedo ignorar el estado de su alma cuando es mi confesada!

—No me he esplicado bastante claro; comprendo que moralmente le es a usted conocida esa niña, esto es en lo concerniente a sus virtudes o a sus faltas, pero nó en cuanto a sus afectos.

—En verdad, jamas me ha hablado de que alimentaba esa pasion que hemos descubierto en su carta; pero usted debe comprender, compañero, que no habiendo culpa, nada tenia esa niña que revelar al confe-

sor, y este es el motivo porque yo ignoraba el secreto.

—¡Ai! amigo mio; la confesion seria mui imperfecta si nosotros nos atuviésemos solamente a la revelacion material del pecado. La confesion no produciria sus provechosos efectos ni obtendria mayores ventajas si nos contentásemos con las esterioridades, con aquello que buenamente se nos dice; nó, es preciso ir mas allá, sondear el espíritu del penitente en todas sus profundidades, ir hasta lo mas recóndito del pecho para darse cuenta de los jérmenes del mal con el fin de evitarlo; de otra manera el confesonario produce a medias sus resultados y no alcanza a obtener los prodijios que debemos esperar de él...

Don Juan Ugarteche bajó la cabeza y guardó silencio.

El rector continuó:

—No basta que nos revelen la falta cometida; no basta que seamos sabedores del hecho consumado, sino que es necesario averiguar las tendencias, el carácter, la vida del alma del hombre que se arrodilla ante nosotros; porque asi como para Dios no hai nada oculto, tampoco debe haberlo para el confesor, que en ese acto representa a Dios, o mas bien dicho, es el mismo Dios en persona...

La voz del clérigo Larrañaga era mas fuerte, mas acentuada, mas enérjica a medida que dilucidaba su tesis.

Don Juan Ugarteche continuaba en el mismo silencio, guardando su postura humilde.

El jefe de los seminaristas prosiguió:

—Si usted, amigo mio, (y le prevengo que no vea

en mis palabras un reproche sino un consejo, consejo que nos debemos recíprocamente como ministros del Señor) no se hubiese atenido a lo que únicamente le revelaba la señorita Ingrand; si usted hubiese investigado mas allá, es indudable que haria mucho tiempo que la inclinacion de esa niña nos seria conocida y hubiéramos puesto atajo al mal e impedido que tomara las proporciones a que ha llegado; mientras que ahora, a causa de esa imprevision, nos vemos espuestos a perder la partida, o por lo menos a emplear medios violentos de que no habriamos necesitado antes, pues nos habria sido mui fácil desviar ese cariño naciente e impedir que se robusteciera.

II.

El clérigo Ugarteche estaba anonadado, y apenas pudo contestar entre dientes:

—Tiene usted razon; yo soi el que he obrado mal... Confieso humildemente mi pecado y me arrepiento de él...

—Aquí no hai pecado, mi querido amigo, y un sacerdote tan ejemplar como usted, cuya sólida virtud respeto y admiro, es incapaz de cometerlo, sino que lo único que ha existido es una lijera imprevision que trataremos de reparar.

—Yo obedeceré ciegamente.

—Y yo a usted, amigo mio, en cuanto se digne indicarme, pues a mas de la alta consideracion que me merecen sus méritos, somos solidarios de una misma causa.

—¿Qué es necesario hacer?

—Vamos por partes y distribuyámonos los roles.

—Usted será el director.

—Yo haré mi papel como ustedes harán el suyo.

—Aquí no vamos a representar una comedia, sino a hacer una obra de caridad, repuso don Juan dirijiéndose al rector.

—Mui pronto se ha vengado usted; la observacion que me hace es mui justa, contestó sonriéndose afablemente el clérigo Larrañaga.

—No ha sido tampoco mi ánimo dirijirle un reproche.

—Lo sé, y a mi turno confieso mi falta.

—Está bien; pero díganos usted ahora cómo debemos obrar.

—Cada cual a su manera, cada cual con los elementos de que dispone.

—Indíquenos usted, sin embargo, el camino.

—Usted, amigo mio, debe tratar de apoderarse de Julia y obligarla a que le revele su cariño oculto.

—¿Y qué obtendria con eso, cuando ya estamos en posesion de su secreto?

—Inspirarle confianza. Llegar hasta el punto de que usted sea su principal confidente en vez de esa Sofia. De que usted le sirva de apoyo en lugar de solicitarlo de la amiga, cuyos consejos pueden estar en oposicion a nuestras miras, en tanto que usted las secundaria.

—Nada mas fácil que obligar a Julia a que me descubra su pecho.

—Nada mas fácil que esto, realmente, para un sa-

cerdote esperimentado y sábio como usted, pero la dificultad no está allí.

—¿En dónde está entónces?

—En saberla atraer, en saberla gobernar, y que, si es posible, venga ella por sí misma a caer en sus ocultas redes.

—A mí no me gusta el engaño, señor; yo obro solo por el bien de las almas y el triunfo de nuestra relijion, contestó don Juan Ugarteche con tono sério.

—¿He dicho yo otra cosa? ¿Pretende usted que pudiera tener otro móvil? Los santos propósitos suyos son tambien los mios.

—No lo dudo, pero...

—¿Pero qué?

—Pero usted me dice, si no me equivoco, que haga de manera que Julia caiga en mis ocultas redes.

—Siento que haya usted interpretado tan desfavorablemente el sentido verdadero de mis palabras y la intencion recta asi como el propósito justo que ellas revelan.

—Me habré equivocado.

—Sin duda alguna, amigo mio, y lo que es peor, me ha condenado sin oirme.

—¡Condenado a usted! nó, ese no ha sido mi pensamiento.

—Asi como no ha sido el mio compeler a usted a cometer una mala accion.

—Está bien; continúe usted la leccion.

—No soi capaz de enseñarle, amigo mio; pero dejando el amor propio a un lado, entremos de lleno en la cuestion.

—Es lo que espero y lo que deseo.

—No me negará usted que es de su resorte, que entra en sus deberes de confesor el estar en posesion de todos los secretos de su penitente.

—Ya lo sé, y le he confesado a usted mi falta en no haber sido con Julia mas escrupuloso.

—Y tampoco me negará usted que es del deber de un sacerdote el impulsar las inclinaciones si son buenas y el de contenerlas si son malas.

—Tampoco.

—Yo no pido mas que esto, y a esto se limita mi recomendacion.

—Aun no comprendo.

—Sin embargo, es mui sencillo: sabedor usted del afecto de Julia, y digo de Julia como de cualquier otra, no hai cosa mas natural que usted le inspire un santo temor, una santa circunspeccion para que no se deje llevar ciegamente por la pasion, sobre todo cuando usted no tiene el menor conocimiento del individuo, y cuando ni aun ella misma lo posee.

—Nada tengo que objetar a tan justo razonamiento.

—Hai mas todavia en este particular.

—Veamos.

—Usted está plenamente convencido de las virtudes de Rafael Arcánjel, en tanto que ignora por completo la vida del otro individuo.

—Sin duda alguna.

—Esto mismo traza la conducta que se debe observar sobre el asunto.

—¡Quién lo niega!

—Celebro que usted se convenza por sí mismo. Nada,

pues, mas natural que decir a Julia: sea usted circunspecta. Tenga usted mucho cuidado en que el objeto de su inclinacion sea digno de ella; de manera que sin contrariarla, sin que nada sospeche, y creyendo, como es en realidad, que usted la aconseja esclusivamente por su bien, llegue usted al fin y sin mayor esfuerzo a hacer caer la balanza del lado que tanto a ella como a nosotros nos conviene.

—Ese es mi deber.

—Pero para alcanzar un feliz resultado, es preciso cierta sagacidad de que usted no carece, pero que conviene convengamos en ella: es indispensable que usted, sin contrariar la inclinacion de la niña, introduzca finamente en su alma la duda, el temor, la sospecha... De que usted, prestándose con toda voluntad a secundar sus afectos, sepa desviarlos, hablándole en favor de la virtud... La carta de ella misma, que está llena de incertidumbres, a pesar de la seguridad que parece poseer al último, le proporciona a usted un vasto campo para hacer miles de observaciones con provecho, para introducir la desconfianza y con ella dar en tierra con ese afecto que no tiene todavia ninguna base sólida y que puede por consiguiente aniquilarse por completo, haciéndolo converjer hácia otro punto, hácia otro individuo.

—Estamos completamente de acuerdo.

—Me alegro infinito, porque no hai nada que me sea mas grato que el ver mi modesta opinion apoyada por varones que, como usted, obran siempre en razon y en justicia.

III.

El rector quedóse un momento pensativo.

—¡Qué admirable sabiduria! esclamó doña Pacífica, interrumpiendo y dirijiendo su mas cariñosa mirada al presbítero Larrañaga.

—Su sabiduria y su virtud, repuso el ciego y fanático Ugarteche.

—Ahora, prosiguió el rector del Seminario, sin hacer caso de las alabanzas, voi a trazarle a usted, señora doña Pacífica, en solo cuatro palabras, el rol que le toca desempeñar.

—Y que me haré un honor en cumplir con exactitud, contestó la beata humildemente.

—Talvez es el papel mas difícil.

—¡Qué importa! La voluntad no es lo que me falta, y con la voluntad todo se vence.

—Esa es una verdad.

—Ordene usted, señor, con la seguridad de que se cumplirán al pié de la letra sus mandatos.

—Yo no mando sino que aconsejo.

—Ordenes o consejos, viniendo de usted, los respeto y los sigo.

—Esa disposicion de su espíritu es mui favorable, y tanto, que casi puede uno contar con la certidumbre del éxito.

—Mucho mejor.

—Pues bien, señora; la primera dilijencia que usted debe practicar es asistir al baile (ya le he dicho las razones que hai para ello) y observar el grado de amis-

tad que existe entre la madre de ese jóven Emilio y doña Ana Balcarce. En seguida tratará usted de contraer relaciones con doña Cármen Cáceres y de ser cuanto mas amable, cuanto mas insinuante pueda para tratar de conseguir su afecto y su confianza. Indagará usted sus lazos de familia, los medios de subsistencia con que cuenta, de qué manera los obtiene, quiénes son sus parientes y la posicion social que ocupan, qué es lo que hace su hijo, cuáles son las inclinaciones favoritas del jóven, la vida que lleva; si es disipado o económico; si ha tenido algunas aventuras galantes, aleccionando a Rafael Arcánjel para que sea él quien obtenga del jóven estas revelaciones o confidencias, mui frecuentes en la espansion del espíritu que se tiene a esa edad; y como mi ex-seminarista posee cualidades mui superiores respecto a finura o astucia, no dudo que llegue a conseguir todo cuanto se necesita; asi es que tanto usted como él deben tener esa noche el ojo abierto y procurarse los datos que le he indicado sobre esas dos personas, no despreciando lo mas pequeño, por insignificante que les parezca.

—Cumpliremos con sus órdenes al pié de la letra.

—Le advierto que la tarea que les impongo a ustedes es la mas difícil, la que requiere mas tacto, pero tambien de la que dependen los resultados.

—Cuánto desearia, señor, tener suficiente talento para obrar con acierto!

—Ni a usted ni a Rafael Arcánjel les faltan buenas disposiciones, y yo tengo una confianza plena en ambos, pues conozco por una larga esperiencia a su hijo, y usted ha dado pruebas inequívocas de su habilidad

con la captura de ese mal clérigo llamado Anselmo...

—¡Pobre hombre y pobre familia! pero mediante Dios se les ha separado del pecado y ahora estarán bien y en disposicion de servir al Señor.

—En cuanto a ese sacerdote, ya se le ha impuesto su castigo presente, y solo le espera el eterno; y por lo que respecta a la familia, usted tiene mucha razon, pues la madre está en las *recojidas* y las hijas en casas piadosas donde se les enseñará a rezar y todas las prácticas de nuestra santa relijion, para que no pierdan sus almas que sin usted hubieran ido al *abismo*.

—Era de mi deber, señor, el hacer esa obra de caridad.

—Indudablemente; pero es que en el cumplimiento del deber es en lo que consiste la virtud.

—En mí no hai virtud alguna, señor, porque no me he hecho el menor esfuerzo, sino que por el contrario he esperimentado un grandísimo placer en haber salvado a esa familia sustrayéndola del pecado en que vivian sepultadas tantas infelices criaturas.

—Cuando en el lleno de sus obligaciones se encuentra el placer del corazon, es prueba de que la gracia de Dios está con nosotros y que ya no necesitamos luchar para vencer, sino que se nos ha concedido el goce: he aquí el preludio de la gloria con que el Hacedor principia a brindarnos en vida y del cual usted participa; pero volvamos a nuestro asunto: ¿ha comprendido usted lo que le he dicho?

—Perfectamente.

—¿Conoce el alcance que tiene mi recomendacion?

—Lo vislumbro.

—No sea usted, señora, tan modesta, pues yo, asi como mi amigo el señor Ugarteche, estamos seguros que usted comprende a las mil maravillas dónde nos dirijimos.

—Ustedes tienen la bondad de suponerme mas avisada de lo que en realidad soi; pero aun no faltándome cierto conocimiento y cierta esperiencia, desearia oir de su boca algunas esplicaciones.

—No las creo necesarias; sin embargo, diré a usted que estando en posesion de los vínculos que ligan a una persona, que teniendo el conocimiento de sus recursos, tanto morales como físicos, se encuentra uno en aptitud de poder obrar sobre ella, de desbaratar sus cálculos o de apoyarlos; de disponer, en una palabra, de su persona, puesto que se tienen en la mano todos los hilos, todos los resortes que la mueven o que la gobiernan y uno puede a su antojo y segun su conveniencia tirar de un lado o del otro.

—Lo comprendo, señor, lo comprendo.

—Ahora el rol que me toca a mí desempeñar estará en armonia con lo que ustedes preparen, pues yo obraré en conformidad a las circunstancias que tanto mi amigo el señor Ugarteche como usted y su hijo hayan preparado.

—Y no dudo, agregó don Juan, que usted será el que consume la obra.

—Yo no obro, amigo mio, por amor propio, sino en beneficio de los buenos, que son nuestros amigos, y de la Iglesia, que es nuestra santa madre.

—Usted recibirá la recompensa.

—Espero que para todos nosotros será la misma.

—Amen, repuso doña Pacífica con un acento lleno de humilde beatitud.

—Se me olvidaba una recomendacion importante.

—¿Cuál? contestaron a un tiempo el clérigo Ugarteche y la beata.

—Que encarguen a la sirviente de Julia que nos traiga tan inmediatamente como sea posible la respuesta que dará Sofia a la carta cuya copia me han traido ustedes. Esto es de mucha importancia, a causa del influjo que parece tener esa amiga sobre la hija de la señora Ingrand.

—Se lo encargaré hoi mismo.

—Este es otro enemigo contra el cual tenemos que luchar, y puedo asegurar a ustedes que no es de los menores, pero sabiendo su manera de pensar tenemos muchas probabilidades de vencerlo.

—Ya se me habia ocurrido a mí lo mismo, dijo don Juan.

—Y a mí, añadió doña Pacífica.

—Me alegro que estemos de acuerdo, y esto me da buena idea, porque a mas de no haber diverjencia en nuestras opiniones, me prueba intelijencia, contestó el rector estendiendo la mano a su amigo don Juan Ugarteche y a doña Pacífica Jerez, como para significarles que era ya tiempo de retirarse.

La insinuacion fué comprendida en el acto, y el buzonero de la Vírjen asi como la beata se despidieron.

BIBLIOTECA NACIONAL

I.

El complot sacerdotal estaba ya hecho, los papeles se habian distribuido y cada uno de los personajes encargados de llevar a cabo el matrimonio de Rafael Arcánjel de Dominguez con la rica heredera, se propusieron emplear mas sagacidad, aumentándose su constancia y su enerjia a medida que se presentaban mayores obstáculos y que la empresa aparecia mas difícil.

Al dia siguiente de la entrevista que acabamos de describir, doña Pacífica Jerez se fué de madrugada a casa de la señora Balcarce de Ingrand con el pretesto de ofrecerse para ayudarla en los preparativos del baile, pero con el propósito de hablar a solas con Juana, la sirviente de Julia. La ocasion deseada, como es fácil de suponerlo, se presentó en el acto y doña Pacífica dijo a la muchacha:

—¿Pusiste la carta para Sofia Bascuñan en el correo?

—Sí, señora.

—Bien, ¿cuánto tiempo demorará la contestacion?

—No más de dos o tres dias, pues la señorita amiga de misiá Julia le contesta siempre a vuelta de correo.

—Bueno; ahora es preciso que te apoderes de esa carta.

—¿Y se la lleve a su merced como las anteriores?

—Nó, precisamente.

—¿Qué debo hacer?

—Impedir que Julia la lea.

—Pero esto es imposible; yo puedo sustraer la correspondencia, mas ¿cómo impedirle que reciba y lea sus cartas.

—Allí es preciso llegar.

—No veo el medio.

—¿Quién recibe las cartas cuando vienen del correo?

—Por lo jeneral, el portero.

—Pues le dirás al portero que bajo ningun pretesto entregue a la señorita Julia la correspondencia que venga dirijida a ella.

—¿Y si no accede?

—No están todos los sirvientes de esta casa bajo tus órdenes? ¿No les has manifestado el poder amplio que yo te daba a tí?

—Sí, señora.

—Y entonces, ¿qué tienes? ¿Crees que desobedezca el portero?

—Creo que nó.

—Está bien; y si no fuesen suficientes mis órdenes para decidirlo, tú sabrás emplear otros medios que lo obliguen, pues yo sé que no le eres indiferente.

Juana se ruborizó un tanto con la observacion de doña Pacífica y contestó humildemente:

—Haré lo que pueda.

—Déjate de gazmoñerias, el muchacho ese te quiere

y no te rehusará nada; y si fuese necesario concederle algunos favores, por tal de conseguir lo que exijo, tú deberás ceder a su voluntad.

—¡Señora!...

—No te alarmes; espero que no será preciso llegar a esas estremidades y que bastará únicamente la órden dada; con todo, te lo prevengo, si fuese necesario hacer un sacrificio, es preciso cumplirlo.

—Pero!...

—No hai peros que se tengan; por otra parte, el sacrificio no seria mui penoso... el muchacho es jóven y bien parecido...

Y la beata se sonrió con malicia.

—No esperaba de su merced tal proposicion, dijo Juana con timidez.

—¿Cuál proposicion?

—La que su merced me hace.

—Inocente muchacha! repuso la beata, que conoció que habia ido demasiado lejos; al hablarte asi no he tenido ningun mal pensamiento y menos el propósito de obligarte a hacer una cosa mala, sino que te he hablado de esos favores sencillos que una niña honesta puede acordar a un jóven que trata de atraerse con el fin de casarse.

—Yo no habia pensado en esto, señora.

—Pues es necesario que pienses, y es indispensable que te procures esa carta.

—Haré lo que su merced mande.

II.

Segura doña Pacífica de que la sirviente de Julia no faltaria a su palabra, se ocupó el resto del dia con la señora Ingrand de los preparativos del baile y de la lista de familias que debian ser convidadas.

Cuando doña Ana de Balcarce inscribió el nombre de doña Cármen Cáceres y de su hijo, la beata le preguntó, manifestando la mayor estrañeza:

—¿Quiénes son esas personas que no conozco?

—Es una amiga mia.

—Será alguna señora de provincia, porque, se lo aseguro a usted, en el círculo aristocrático de Santiago, y ya sabe usted que todo él me pertenece, no sé que exista una persona de ese apellido.

—No lo dudo, pero esa persona es mi amiga.

—Jamas me lo habia usted dicho ni me la ha presentado, cuando usted sabe que tendria en ello un placer, porque las personas a quienes usted da el título de amigas y a quienes por consiguiente aprecia, no pueden ser sino dignas, y basta ese hecho para que a mí no me fueran indiferentes, sino que por el contrario hallaria un gran placer en tratarlas y ofrecerles tambien mi amistad.

—No lo dudo, amiga mia; la señora de que hablamos merece toda especie de consideraciones, aunque de una posicion humilde.

—¡De una posicion humilde, dice usted! ¿Y qué importa esto si tiene otros méritos?

—En realidad que para mí los posee en alto grado.

—Usted pica cada vez mas mi ansiedad, y sus palabras hacen nacer en mí simpatias por ella.

—Las que no podrán menos de aumentarse mientras usted mas la conozca.

—¿Es una antigua relacion suya?

—Nó, mui moderna.

—Entonces las cualidades de esa señora deben ser mui relevantes para que se haya hecho apreciar tanto en tan poco tiempo.

—Es que basta verla para estimarla, independientemente de otras virtudes que se me han revelado sin quererlo y sin exijirlo.

—Vuelvo a repetirle: mi curiosidad crece, ¡es tan rara la virtud en este mundo que usted no debe estrañar la afeccion que esperimento desde luego por una persona a quien no conozco! ¿Pero cuánto tiempo hace que usted ha descubierto ese tesoro?

—Mui poco, como se lo he dicho a usted; y sin embargo, debo considerarla como una conocida antigua, puesto que su marido fué dependiente durante muchos años de mi esposo.

—¡Ah! ¿con que el marido fué dependiente del señor Ingrand?

—Sí, y un dependiente honrado a quien estimaba y al que no olvidó jamas, pues muchas veces, despues de la muerte del señor Escobar, éste era su apellido, se lo oí encomiar a mi esposo, y como prueba de su estimacion y tambien de los servicios que sin duda alguna le habia prestado dicho señor Escobar, mi marido no abandonó a la esposa del empleado sino que le puso inmediatamente una mesada, ordenando cuando

falleció que se continuase entregando a la señora de quien hablamos.

III.

La beata hizo muchos aspavientos, manifestó vivísimos deseos de conocer a la señora Cáceres, sobre todo cuando doña Ana le referia el último suceso de que ya tiene conocimiento el lector, es decir, cuando le dijo que la viuda de Escobar, tan luego como su hijo se encontró en aptitud de satisfacer las pequeñas necesidades de la familia, habia dejado de tomar la mesada, y la resolucion acordada últimamente entre ambas.

—Pues bien, amiga mia, esclamó doña Pacífica tan luego como la señora de Ingrand hubo terminado su relacion: deberé a usted un verdadero y quizás el mas grande servicio si tiene usted la bondad de presentarme y ponerme en contacto inmediato con esa señora y su apreciable hijo, que desearia fuese amigo del mio.

—Ya que usted lo quiere, no tengo el menor inconveniente.

—Sí, lo quiero, lo deseo con viveza y desde luego le doi las gracias.

—Mui luego se presentará la ocasion.

—Tanto mejor; ¿en qué se emplea el jóven? ¿Tiene ella o él parientes? Desearia servirle de algo. Como usted no lo ignora, yo tengo muchas y mui buenas relaciones que podria hacer valer en su favor; pero para qué hablamos ahora; ya se presentará una ocasion favorable...

—Infaliblemente conocerá usted a la madre y al

hijo el dia de la reunion, y despues que yo los introduzca tendrán ustedes lugar a esplicárselo, y ya sea doña Cármen Cáceres o el jóven, responderán a usted a la pregunta que ahora me hace y que no contesto porque carezco absolutamente de datos sobre el particular.

—Lo siento porque ya podria tener algo avanzado; pero no por esto estoi menos satisfecha con la esperanza de hacer una amiga mia de esa recomendable señora y un compañero inseparable de mi hijo de ese virtuoso jóven.

Viendo la beata que no podia sacar mas informes de doña Ana Balcarce sobre las personas que tanto le interesaba conocer, se retiró mui contenta con los datos adquiridos, que trató de grabar profundamente en su memoria para comunicárselos a sus directores espirituales; pues aun cuando nada podia todavia sacar de ellas que sirviese a sus miras, sin embargo, esperaba que poco a poco la condujeran al término bastándole poseer estos antecedentes para facilitar las relaciones que se proponia entablar con la madre del rival de Rafael Arcánjel.

No menos importantes que éstas eran las medidas tomadas por los dos sacerdotes respecto a las personas sobre quienes les tocaba obrar.

IV.

Don Juan Ugarteche se habia comportado hábilmente con Julia, hasta el punto de arrancarle su secreto, en fuerza del interes que le manifestara por su felicidad y de la confianza que supiera inspirarle. Son-

deando el corazon de la jóven, el fanático sacerdote supo conciliar el temor con la esperanza, y mostrándose adicto a su inclinacion oculta, sembró la desconfianza en el alma todavia insegura, todavia fluctuante de Julia; y no contentándose con esto, le hizo concebir sospechas, no solo sobre los sentimientos de Emilio, sino tambien sobre su conducta; y sin decirle nada de positivo, nada que pudiese herir la susceptibilidad mas esquisita, consiguió echar algunas sombras que desconsolaron a la niña, pero que eran una prueba evidente del mucho interes que tomaba por su felicidad el director espiritual en quien habia depositado su confianza; y como las observaciones del señor Ugarteche tenian en muchas partes analojia con las de su querida madre, les prestó mas atencion, obrando sobre su espíritu profundamente.

Cuando Julia volvió a su casa despues de su confesion, se encontró mas triste y mas indecisa que nunca, observando que esta era la vez primera que se habia retirado de los piés del confesor con una preocupacion penosa en su espíritu; pues jeneralmente le habia producido ese acto un efecto contrario, es decir, se habia sentido como aliviada, como desembarazada de un peso. Este efecto, resultado de la preocupacion y nada mas que de la preocupacion, es el mismo que esperimenta el musulman con sus libaciones y todos aquellos que tienen una creencia o una fé ciega en tal o cual ceremonia, en tal o cual rito, en tal o cual práctica, o en tal o cual estravagancia, por mas absurda que en realidad sea.

El rector del Seminario habia tambien desempeña-

do su rol con la sagacidad que le era peculiar, decidiendo a la señora de Ingrand, sin que se apercibiera de ello, a interesarse por Rafael Arcánjel mucho más que en la vez anterior, pues al presente habia llegado a ser de una conviccion profunda la ventaja que obtendria su hija si se efectuase este enlace; de manera que estaba íntimamente convencida que debia trabajar con todos los medios de que disponia y con toda la fuerza que le daba su autoridad de madre para obligar a su hija a efectuarlo, sin que por esto quisiera o tratara de usar con ella de la menor violencia; pues aun cuando el confesor se habia apoderado de doña Ana Balcarce hasta el grado de estar completamente de acuerdo con las opiniones de su padre espiritual, no por eso la rectitud de juicio que le caracterizaba habia desaparecido por completo y hasta el punto de no tomar en cuenta por nada y para nada la voluntad de su hija, como lo habria deseado el rector del Seminario y como lo desean todos los clérigos cuyas pretensiones se estienden a que sus penitentes no vean mas que por sus ojos, no juzguen mas que por su razon, no obren mas que por su voluntad, porque la primera condicion que se les impone es no tener ni ideas propias, ni pensamiento propio, ni accion propia, o lo que es lo mismo, carencia completa de personalidad, anulacion absoluta del yo humano!... Poniendo en lugar de la razon, la fé; en lugar de la voluntad creadora que es la palanca del progreso, la obediencia pasiva que es la rémora de las sociedades, la muerte de todo adelanto, la hipertrofia moral del hombre, la terrible y desoladora hipertrofia que mata en el individuo las

dotes que Dios acordara a la especie para marchar y para guiarse en el sendero de la vida, para llenar los altos fines de la creacion con los que se ponen en abierta pugna, aquellos que, cual los sectarios de Loyola, quitan al individuo su libertad para convertirlo en autómata, y anulan sus afectos para trasformarlo en ambulante cadáver que no tiene ni mas luz, ni mas conciencia, ni mas vida, ni mas alma, ni mas personalidad que el progreso de la órden a quien consagra el jesuita su enerjia negativa, esa enerjia absorbente, egoista por esencia y sumamente perniciosa, pues tiende nada menos que a la destruccion de las fuerzas físicas y morales de la humanidad!...

Empero, el predominio sacerdotal desaparecerá; sus instituciones poderosas antes, avasalladoras todavia, van perdiendo su antiguo brillo y su antiguo prestijio... El poderio de que hacian alarde y al cual todos se sometian obedientes, se estingue poco a poco; y los pueblos, sacudiendo el pesado yugo de la supersticion y de la ignorancia, se pasean y se engolfan en las nuevas sendas trazadas por el pensamiento libre, en los luminosos horizontes preparados por el análisis, abiertos por la ciencia, aceptados por la razon!...

La refinada hipocresia de los sacerdotes, peculiar a ellos desde el paganismo antiguo hasta el paganismo moderno; desde los remotos tiempos de la fábula hasta los presentes, desaparecerá por completo, porque ya no habrá motivo para que exista o para que se mantenga, desde que ya no habrá nadie a quien seducir, a quien engañar, a quien embaucar con sus supercherias estravagantes y ridículas.

RAFAEL ARCANJEL DE DOMINGUEZ APRENDE A BAILAR.

I.

Nunca habia estado mas solícita, mas dilijente, mas agradable doña Pacífica Jerez, que en esos dias anteriores al baile, ayudando a la señora de Ingrand en todos los preparativos, ya fuese con sus acertados consejos, con sus delicadas observaciones o con su actividad infatigable, a la vez que previsora e intelijente; de manera que era ella la que se habia dado el mayor trabajo, causando no poca admiracion a doña Ana Balcarce y a su hija al ver aquella señora tan grave, tan devota, tan consagrada a las cosas del cielo, ocupada ahora de los preparativos de una fiesta mundana, y desplegando los recursos infinitos y el tacto esquisito, asi como el buen gusto de una mujer que hubiera pasado su vida entera en esta clase de pasatiempos.

—No sé cómo, decia la víspera del baile doña Ana Balcarce a su amiga, puede usted amalgamar lo humano a lo divino.

—¿Quién le ha dicho a usted, amiga querida, que una diversion honesta no puede armonizarse con la mas estricta y acrisolada virtud?

—Sin embargo, un baile distrae el pensamiento y lo lleva a rejiones mui distintas a las que nos conduce la devocion y la penitencia.

—Acusándome usted, se acusa a sí misma; porque usted, si no más, es por lo menos tan consagrada a Dios como yo, y usted es la verdadera autora de esta fiesta. De consiguiente, incurre en el mismo o en mayor pecado que yo; pero esté usted segura que obramos bien, porque todo en este mundo depende de la intencion.

—Y la mia no es mala, señora.

—Estaba segurísima de ello y por este motivo me empeño en imitarla.

—He querido, hablemos en confianza, que mi hija vea el gran mundo, que conozca a la juventud, y...

—Comprendo, comprendo: la interesante Julia está en una edad en que es preciso fijarse... Tomar un partido... Establecerse, en una palabra.

—Justamente.

—Pues nada mas a propósito que estas reuniones para que una niña pueda elejir... Bien me figuraba yo que la intencion de usted era buena.

—Ya usted la conoce.

—Y desde luego la apruebo; y no tan solo la apruebo, sino que mi esperiencia del mundo, asi como mis numerosas relaciones, que me han procurado el conocimiento que tengo de todas las principales familias de Santiago, todo esto, repito, que puede ser de mucha utilidad para el caso presente, lo pongo con gusto a su disposicion, para que pueda usted obrar con mayor acierto.

—Acepto con verdadera gratitud su apoyo, porque me preocupa sobremanera el porvenir de mi hija, a quien quiero ante todo y sobre todo asegurar su futura felicidad.

—Natural y lejítimo deseo de una madre amante y del que yo tambien participo, puesto que tambien soi madre...

—Y como hai mui pocas... ¡Ojalá la eleccion de mi hija recayera en un jóven como... en un jóven de mérito verdadero!...

Doña Ana Balcarce no se atrevió a revelar todo su pensamiento; pero la astuta beata comprendió en el acto que la madre de Julia se referia a Rafael Arcánjel y que obedecia a las sujestiones del jefe de los seminaristas.

—Y lo buscaremos, amiga mia; lo buscaremos hasta encontrarlo; fíese usted en mí, contestó la beata, no dándose por aludida.

—Quizá no está tanto la dificultad en encontrarla cuanto en decidir a mi hija.

—Ella es tan sumisa que no veo en esto inconveniente alguno, sino en lo primero, ¡pues es tan raro, en los tiempos que corren, hallar un jóven virtuoso y que reuna todas las consideraciones indispensables para que una señorita como Julia llegue a ser feliz!...

—No hai duda que es difícil, pero se encuentran... y doña Ana de Balcarce miró a doña Pacífica Jerez de una manera que queria decir: «ya está...»

La beata volvió a hacerse la desentendida, y prosiguió:

—Yo no pongo en duda que al fin se halle lo que se

desea; pero vuelvo a repetirlo: es mui difícil, mui difícil!... La incredulidad invade, por desgracia, a nuestra juventud, y un hombre sin relijion no sirve para nada, por muchas que fueran las otras ventajas con que cuente.

—Sí, un hombre sin relijion no conviene bajo ningun aspecto; pero afortunadamente no participo en este particular de su misma opinion, pues yo conozco algunos cuya virtud nadie puede poner en duda, y cuyo sentimiento de dignidad personal las precave de ejecutar el mal.

Doña Ana de Ingrand hablaba con el convencimiento o la persuasion íntima que se consigue con la reflexion y la práctica.

La beata vió que su amiga insistia siempre en la misma idea, pero como no le convenia por el momento que doña Ana se esplicase claramente, varió con maña de conversacion, diciéndole solamente para tranquilizarla:

—Ya le he dicho que usted puede fiarse en mí a ese respecto y trataré de no equivocarme; pero aun no ha llegado la ocasion... Mañana o pasado puede presentarse ésta y puede ser que hablemos mas detenidamente...

II.

Como debe figurárselo el lector, doña Pacífica Jerez habia instruido a su hijo de cuanto sucedia y le habia trazado de antemano la conducta que debia observar y que era la misma que ella se proponia seguir, par-

ticularmente en la noche del baile, en la que convenia espiar todos los movimientos, todas las miradas y todas las impresiones por lijeras que fuesen y tuvieran ocasion de manifestarse entre las personas que se proponian observar para la realizacion de sus propósitos.

—Conocida la inclinacion de Julia, es preciso, hijo mio, añadió la beata, que nos empeñemos en combatirla para el bien de esa interesante niña cuya felicidad nos hemos propuesto realizar; pues es indudable que solo puede ella obtenerla contigo y tú con ella, a causa de la armonia que existe entre ambos respecto a sentimientos relijiosos, que asi como son los que sirven de fundamento a la moral, tambien son los únicos en que puede establecerse la dicha.

—Esa es una verdad incontestable; pero si ella se encapricha, si ella prefiere al tal Emilio Escobar, ¿qué hacerle?

—Tú debes conocer, como yo creo habértelo dicho, que si existe inclinacion de parte de Julia por ese jóven, no ha tenido lugar aún la pasion, y esto es lo que por el momento nos conviene impedir.

—¿Cómo?

—Aun no sé los acontecimientos que se sucedan mas tarde, pero yo vijilaré activamente, y segun ellos sean, asi tambien obraremos; sin embargo, por ahora lo que conviene hacer, segun me lo ha aconsejado tu digno maestro el señor rector del Seminario, es impedir que en el próximo baile se establezca entre uno y otro alguna relacion, impidiendo, si es posible, todo contacto, para que no se encienda la chispa.

—Comprendo...

—Yo me lo figuraba... Pues bien, tú debes tratar de apoderarte del jóven, en tanto que yo obraré sobre la madre y sobre Julia.

—¡Pero yo no lo conozco!

—¡Conozco yo acaso a esa mujer! Y sin embargo, esa misma noche, te lo aseguro, me tendrá por su mejor amiga.

—Trataré de imitar a usted.

—Empéñate, pues, primero en hacerte presentar al tal Emilio; segundo en apoderarte de él de tal modo que evites, como ya te lo he dicho, toda ocasion de contacto entre él y Julia; y tercero en inspirarle la mayor confianza, mostrándote tú abierto para que él se descubra a su vez.

—No olvidaré la leccion y puede usted estar segura que la cumpliré al pié de la letra.

—Te conozco, y es inútil toda otra recomendacion.

La madre y el hijo se comprendian admirablemente y se habian puesto de acuerdo. Uno y otro sabian a la perfeccion la manera de conducirse, y el plan seria perfectamente ejecutado.

Ahora debemos agregar que a mas de esta leccion, doña Pacífica habia dicho a Rafael Arcánjel desde el primer momento que supo el proyecto de baile, que era indispensable que aprendiese a hacer piruetas, pues convenia que, a pesar de la gravedad de su educacion en el Seminario, se presentase en sociedad como los demas, es decir, que supiese bailar para no hacer una triste figura en medio de los jóvenes y por consiguiente de las niñas; y como esta observacion fué

aceptada sin repugnancia por el ex-seminarista, se llamó al afamado profesor don Fernando Orozco, que se encargó en el acto de Rafael Arcánjel, obligándose a entregarlo en cuatro dias hecho un consumado bailarin; de manera que desde aquel momento no hizo otra cosa el místico jóven que danzar dia y noche, porque para el corto plazo que tenian el profesor y el discípulo, era indispensable que no perdiesen un solo momento.

III.

Jamas el afamado Orozco, digno sucesor del viejo frances Gelinet, que fué el primer profesor en Chile y que lo habia sido, segun él contaba, de la corte de Napoleon I, jamas Orozco habia encontrado un jóven con mejores disposiciones que Rafael Arcánjel de Dominguez para aprender el encantador arte de la Taglioni; asi era como se espresaba el entusiasta profesor chileno que quedó sumamente admirado y complacido al ver al ex-seminarista convertido casi por encanto en un piruetero de primera fuerza, pues habia aprendido en ese cortísimo espacio de tiempo los diferentes bailes que se denominan en la ciencia orozquina, schottish, redova, polka, valse, cuadrillas, contradanza, etc., etc., sin olvidar la nacional zamacueca, que jeneralmente es con la que se termina toda fiesta, y para la cual se necesita mas desenvoltura y gracia en los movimientos que en cualquier otro baile.

Habia contribuido no poco al pronto aprendizaje de Rafael Arcánjel, su estatura pequeña y su cuerpo

delgado, que se prestaba fácilmente a la flexibilidad requerida para formar un buen bailarin; de manera que Orozco, sorprendido y contento, no pudo menos de decirle a doña Pacífica el mismo dia en que ella y su hijo debian asistir al baile:

—Nunca he encontrado, señora, un jóven de tanto talento como el señor don Rafael Arcánjel.

—¡Es posible! contestó la beata con una sonrisa socarrona.

—Tan posible, que puedo asegurar a usted sin la menor lisonja que su hijo sabe tanto como yo mismo.

—Pues es mucho progresar, volvió a decir doña Pacífica, sin abandonar su sonrisa de desprecio.

—Muchísimo, sorprendente... contestó Orozco, que no comprendia que pudiesen burlarse de su noble profesion.

—¿Y podrá bailar esta noche?

—Admirablemente; estoi seguro que no se presentará otro como él en esa tertulia. ¡Cuánto diera yo por encontrarme presente, nada mas que para admirar a mi esclarecido discípulo!

—Siento no poderlo a usted invitar, por cuanto nosotros somos unos simples convidados.

—Asi es, señora, pero usted comprenderá el justo orgullo de un maestro que se complace en su obra, tanto mas cuanto va a ser espuesta en medio de una reunion selecta, donde no podrá menos de encontrar admiradores.

—Tiene usted razon.

—Suplico a usted, ya que es imposible que yo asista en persona, que, al menos, si preguntan quien lo ha

enseñado a bailar, como es mui natural que suceda, se sirva usted o él nombrarme.

—¡Cómo nó!

—Tendré en ello una satisfaccion verdadera.

—Y mui merecida.

—Asi lo creo, aun cuando el mérito no es todo mio, sino que corresponde en gran parte a las buenas disposiciones de este caballero.

Rafael Arcánjel no dejaba de estar lisonjeado con los elojios del célebre don Fernando Orozco, pues presumia que, sin duda alguna, iba a causar sensacion en el baile de doña Ana Balcarce.

La beata, por su parte, aun cuando no le importaba nada que su hijo fuese buen bailarin o nó, pues miraba con cierto desden esta profesion, estaba, sin embargo, contenta del resultado, por cuanto podia aparecer agradable a los ojos de Julia, con quien sin duda alguna bailaria aquella noche; y como cualquiera que fuese el medio que sirviese para captarse la voluntad de la niña, dió al fin sinceramente las gracias a Orozco, recompensándole sus servicios con cierta jenerosidad estraña en ella, pero que actualmente creia necesaria, por cuanto el profesor contento de su discípulo y de su ganancia pecuniaria, no podria menos de alabarlo en el círculo de jóvenes a quienes daba lecciones don Fernando, pensando que de esta manera podria talvez llegar la fama a oidos de Julia, que, como niña, apreciaria este adorno necesario en un jóven que está llamado a frecuentar la sociedad.

EL BAILE, PRESENTACION E INCIDENCIAS.

I.

Una noche de fiesta o una noche de baile, como se denomina en la alta sociedad, encierra mil aspiraciones distintas, segun la naturaleza, segun la edad, segun las condiciones de los individuos que toman en él parte.

Ya el clérigo Larrañaga habia descrito, hasta cierto punto, a doña Pacífica el provecho que puede sacarse de estas noches de placer, asi como los escollos que se deben evitar cuando uno es llevado por ciertos fines particulares; porque en un baile hai elementos variados que poner en accion, hai incidencias que pueden traer grandes resultados si sabemos emplear aquellas y sacar partido de éstos.

Para unos una noche de baile es un mero pasatiempo. Para otros es una ocasion que se les presenta para brillar. Para éstos es el medio de hacerse ver, el medio de espetarse, el medio de ostentar su fortuna, sus gracias, su dominacion. Para aquellos es una especie de estanque donde se puede echar el anzuelo y sacar una buena presa. En fin, en un baile hai para todos los gustos, y para Julia encerraba nada menos que

todo un porvenir, pareciéndole que aquellos momentos eran los que iban a decidir para siempre de su felicidad o de su desgracia, jugándose en ellos su suerte, su vida entera.

Este presentimiento, especie de adivinacion del alma, que, sin darse el individuo mismo cuenta de ello, penetra en los arcanos del futuro, era real y positivo, pues en aquella noche se jugaba la suerte de Julia; y aun cuando estaba mui distante de saber lo que se tramaba en su contra, esperimentaba, no solo incertidumbre, sino temor por lo que iba a suceder; asi es que pintábase en su semblante cierta tristeza, cierto abatimiento inadecuado para una fiesta, y una fiesta hecha esclusivamente para ella; pues su madre le habia dicho que daba aquel baile con el fin único de que se divirtiese y conociese la brillante juventud de Santiago.

Hemos visto por la carta que Julia escribia a su amiga, que su corazon abrigaba la esperanza; tenia mas bien la certidumbre de ser amada; pero la confesion reciente que hiciera con don Juan Ugarteche, habia echado una gran perturbacion en su espíritu, y de aquí provenia la tristeza que no podia sacudir el brillo y la animacion de una fiesta.

Doña Ana Balcarce, ocupada de los preparativos del baile, no habia reparado en el estado de su hija, cuyo abatimiento, por otra parte, no era mui notable; pero la beata se habia apercibido de ello, porque conocia la causa de donde provenia, habiéndosela ya comunicado el mismo confesor, que se permitia hablar sobre el particular, no siendo en su concepto un pe-

cado el que revelaba, sino una mera confianza de niña, confianza que, aunque dicha bajo el sijilo de la confesion, no tenia el grave carácter de una culpa que por deber y por mandato reserva esclusivamente para sí el sacerdote. (1)

El número de las personas convidadas era crecido y de lo mas selecto de la sociedad santiaguina, viéndose allí tanto en hombres como en señoras la flor de nuestra pretendida aristocracia, tan infatuada con su nobleza y tan sin títulos que la puedan justificar.

Los salones de aquella suntuosa casa, amueblados con el mas esquisito gusto, podian rivalizar en riqueza y elegancia con los primeros del viejo mundo. El patio interior con sus espaciosos corredores estaba hermosamente tapizado, y su estenso jardin como sus corpulentos árboles proyectaban por todas partes verdaderos torrentes de luz que esparcian una claridad mas viva que la del sol; aquel sitio encantador era un improvisado Eden, un paraiso que era imposible dejar de admirar y donde sentiase uno como impulsado por el placer, como atraido por el deleite, como inspirado por la poesia y el amor.

II.

En el salon principal e inmediato al lugar de entrada se encontraba la señora Ingrand, su hija y doña

(1) Segun ellos lo afirman; pero hai casuistas que aseguran deberse revelar el secreto, incurriendo en pecado mortal en caso de no hacerlo. Dicen que los jesuitas practican esta doctrina, viéndose obligado cada uno de los miembros de esa corporacion a decir a su superior la confesion de su hermano y éste la de los otros. ¡Cómo habrian de callar la de los estraños!

Pacífica Jerez, que hacian los honores de la casa recibiendo a los convidados. Esta última, en su calidad de amiga íntima y de lo mucho que habia contribuido personalmente y con sus relaciones al esplendor de la fiesta, estaba desde un principio acompañada de Rafael Arcánjel en casa de doña Ana de Balcarce.

La concurrencia iba llegando y era mas numerosa por momentos, particularmente entre diez y once de la noche.

El bullicio y la animacion crecian a medida que invadian los salones mayor número de personas y que se reconocian y se hablaban los unos a los otros.

Julia parecia inquieta, y sus ojos no se separaban de la puerta de entrada, como si aguardase con ansia la aparicion de alguna persona; pero apesar de esta preocupacion, de la que solo se apercibia doña Pacífica, manifestábase obsequiosa y amable con cuantos se le acercaban, haciendo los honores de la casa con graciosa desenvoltura.

La beata, que estaba sentada junto a ella, observaba todos sus movimientos, pero con tal disimulo, que era imposible conocer que se fijaba en cuanto pasaba en el interior de Julia.

De repente la hermosa niña se estremeció y un vivo encarnado cubrió sus poco antes pálidas mejillas.

Un jóven acompañando a una señora habia aparecido en la puerta del salon, manifestándose en su semblante cierto embarazo o cierta turbacion.

Bastó la sorpresa de Julia para que doña Pacífica Jerez reconociese en aquellas dos personas a doña Cármen Cáceres y a su hijo Emilio.

Julia dió con el codo suavemente a su madre, indicándole la llegada de esas dos personas, que, no siendo conocidas de nadie, ni conociendo ellos tampoco a nadie, se sentian avergonzadas por su aislamiento.

Doña Ana de Balcarce y su hija, viendo lo penoso de la situacion de aquella señora y de su hijo, se apresuraron a salirles al encuentro, manifestándoles un especial cariño para que se recuperaran un tanto y se familiarizasen con aquel espectáculo.

Doña Cármen Cáceres y su hijo agradecieron sobremanera aquella atencion de la dueño de casa, la que, a mas de una muestra tan marcada de aprecio, los condujo hasta el sofá donde ellas estaban en compañia de doña Pacífica, que se paró de su asiento con la mas esquisita cortesia.

Doña Ana de Balcarce, dijo a la beata, que aun permanecia en pié.

—Le presento a usted a la señora doña Cármen Cáceres y a su hijo don Emilio Escobar, personas de las que ya he hablado a usted y a quienes aprecio sobremanera.

—Conocimiento que me complace, inter tenga la dicha de que me honren con su amistad, que yo procuraré ganar, contestó la señora Jerez de Dominguez con mui bien disimulada socarroneria.

Y doña Pacífica Jerez, manifestando en su semblante la mayor complacencia, tendió afectuosamente la mano a doña Cármen y a Emilio ofreciéndoles su asiento.

Julia, que estaba verdaderamente impresionada, se mostró con cierta fria reserva, para ocultar, bajo esas

apariencias de indiferencia, la emocion secreta que esperimentaba y que por nada de este mundo hubiera querido que se revelase.

III.

Doña Pacífica, despues de haber convidado a tomar asiento a doña Cármen Cáceres, se colocó a su lado e hizo señas a Rafael Arcánjel, que se encontraba a poca distancia en acecho de cuanto pasaba.

El ex-seminarista fué presuroso al llamado de su madre, la que le dijo mostrándole a doña Cármen Cáceres y a Emilio.

—He aquí una señora y un jóven que me acaban de ser presentados y a quienes yo deseaba desde antemano conocer, pues tenia noticias anticipadas de sus méritos; asi es que espero, hijo mio, que mientras yo procure merecer la amistad de la madre, tú te empeñarás en obtener la del hijo.

Rafael Arcánjel se inclinó ante la señora y estrechó cordialmente la mano a Emilio, diciéndole al mismo tiempo:

—Desde esta noche misma espero que principien nuestras relaciones, y tendré un placer en ponerlo en contacto con varias señoritas a quienes conozco y a quienes usted no podrá menos de admirar, esperando que mas tarde me dé usted las gracias.

—No mas tarde, sino desde luego; pero suplico a usted no se tome ese trabajo.

—No es ninguno, señor, ninguno, pues al contrario será para mí un verdadero placer; y puedo agregar

que mi oferta no es tan desinteresada como parece, ni hecha esclusivamente en obsequio de usted, sino que es esencialmente egoista.

Emilio miró a Rafael Arcánjel con cierta estrañeza.

Este continuó, dando a su semblante las apariencias del mas bondadoso candor.

—Lo que digo es una verdad, amigo mio, y dispénseme que desde luego le dé este título grato ya para mi corazon, pues a mas de cumplir con el deber de obedecer a mi madre, que me acaba de encargar ser su amigo, yo me siento por mí mismo inclinado, atraido hácia usted.

—Es mucha amabilidad de su parte, contestó Emilio mirando cariñosamente a su interlocutor.

—Pues como le iba diciendo, amigo mio, continuó el Tartufo, apoderándose de una de las manos del jóven con afectuosa familiaridad; al presentar a usted a algunas señoritas conocidas mias, no lo hago tanto por servirlo, sino porque me quedarán mui agradecidas de que las haya puesto en relacion con un jóven cuyo mérito se revela a primera vista y arranca simpatias, como a mí me pasa actualmente.

La fisonomia de Rafael Arcánjel revelaba tanta injenuidad, que se podian escusar aquellos elojios, hechos cuando apenas conocia a la persona a quien se dirijian.

Emilio lo pensó asi, se dejó seducir por las apariencias, y vió sencillez y benevolencia allí donde solo existia hipocresia y maldad.

¿Y quiénes son los que no se engañan en el mundo, particularmente en los primeros años de la vida?

¡Cuántas decepciones no es preciso haber esperimentado para llegar a alcanzar esa esperiencia que enfria el alma y que, endureciéndonos el corazon, tambien nos estravia en no pocas ocasiones! ¡Cuántas veces el hombre que se dice y que se cree esperimentado no mira con desden y no rechaza los afectos sinceros, juzgándolos hijos de la adulacion y de la hipocresia! En la alternativa de ser víctima o de que nuestro espíritu entre a ese páramo de desolacion que, precedida de la desconfianza, se llama la incredulidad, preferimos cien mil veces lo primero a lo último; porque si en lo uno hai dolor, en lo otro hai paroxismo; porque si con lo uno se sufre, tras el sufrimiento viene la reaccion que se llama el placer; mientras que con lo otro se muere, y tras la muerte nada existe.

IV.

Emilio, confiado en la benevolencia de su improvisado amigo, se dejó llevar por Rafael Arcánjel, cuyo propósito principal era apartarlo de Julia para que no se les presentase la ocasion de poder hablarse.

—¿Usted debe conocer algunas señoritas? Yo tambien, aunque recien salido del Seminario, tengo amistad con varias familias, pues mi señora madre frecuenta toda la alta sociedad de Santiago; de manera que presentándome usted a sus relaciones y yo presentándolo a las mias, nos divertiremos a las mil maravillas; ¿no le parece a usted, amigo mio? agregó el ex-seminarista tomando por el brazo a Emilio.

—Desgraciadamente, contestó el jóven Escobar,

con cierta vergüenza, yo no tengo amigos a quienes presentar a usted.

—¡Cómo! ¿Usted se chancea? Un jóven tan cumplido como usted (y Rafael Arcánjel miró a Emilio de piés a cabeza con aire entre admirado y satisfecho) no tiene relaciones aquí, donde se encuentran todos los jóvenes de Santiago! Imposible... no se lo creo. Ya se ve, agregó, como imitando el pesar que causa una decepcion: yo no tengo el menor mérito para ser acreedor a su confianza...

—No es ese el motivo.

—Me es imposible suponer otro.

Emilio estaba un tanto embarazado; pero recuperando su calma, esa calma peculiar de las almas fuertes y que marchan siempre por la via recta, contestó:

—Yo no frecuento la sociedad, amigo mio.

—Esto es casi increible.

—Sin embargo, esa es la verdad.

—Al menos tendrá usted relaciones de familia, y eso basta.

—Tampoco tengo relaciones de familia.

—Vaya, vaya! Usted no quiere descubrirse con una persona a quien conoce apenas.

—No tengo nada que descubrir ni nada que ocultar.

—¡Pues es raro! Sin embargo, ¿cómo sin relaciones puede usted encontrarse en un baile al que asiste nuestra mas alta aristocracia y en la mas rica casa de Santiago?

Emilio miró a Rafael Arcánjel como diciéndole: "Usted es un impertinente;" pero al ver la fisonomia

suave, benévola, casi suplicante de su interlocutor, se calmó, contestándole sin enfado:

—Mi madre conocia a la señora doña Ana Balcarce de Ingrand.

—¡Ah! Pues basta con esto; y ya que usted no tiene relaciones, yo me complaceré en procurárselas, dándome en ello gusto a mí mismo, dándoselo tambien a otras personas que sin duda alguna me quedarán agradecidas de haberles proporcionado un amigo tan apreciable como usted.

Y diciendo y haciendo, don Rafael Arcánjel de Dominguez tomó del brazo a su improvisado amigo y lo llevó hácia un círculo donde se encontraban algunas elegantes señoritas que conocia desde la infancia y con las que habia conservado siempre relaciones como vecinas, pues vivian en su misma calle, estando mui inmediatas las casas de ambas familias.

Emilio no opuso la menor resistencia y se dejó llevar casi como un autómata.

Rafael Arcánjel de Dominguez, despues de haber saludado con la mayor afabilidad a aquellas señoritas, les dijo mostrándoles el jóven que lo acompañaba:

—Tengo el honor de presentar a ustedes al señor don Emilio Escobar, uno de los mas recomendables jóvenes de Santiago, pues basta decir a ustedes que goza del particular aprecio de la señora doña Ana Balcarce de Ingrand, en cuya casa nos encontramos.

El jóven Emilio al oir aquella recomendacion con que era presentado, miró otra vez fijamente a Rafael Arcánjel; pero volvió a encontrar una fisonomia que revelaba la mayor benevolencia, que reflejaba el mas

vivo interes por él, y guardó silencio, limitándose únicamente a decir a las señoritas a quienes acababa de ser presentado:

—El señor Dominguez es demasiado bondadoso y me atribuye méritos que no tengo y relaciones que apenas poseo.

—No le crean ustedes, contestó Rafael Arcánjel; a mí me consta la deferencia con que ha sido recibido por la señora doña Ana Balcarce, y ustedes tambien quizas deben haberse apercibido de la distincion particular que usó dicha señora con la señora madre de mi amigo; ahora por lo que concierne a sus méritos personales o a sus cualidades, creo que no se necesita otra cosa que verlo.

Y Rafael Arcánjel, con el ademan mas gracioso y mas complacido, les señaló a Emilio.

Las jóvenes lo miraron, en efecto, y una de ellas dijo:

—Rafael Arcánjel tiene razon, señor.

Otra de ellas agregó:

—Y dice la verdad, pues yo noté, y como yo muchas otras señoras y señoritas, el recibimiento amistoso que les hizo la dueño de casa y su interesante hija.

V.

Emilio estaba avergonzado y no sabia qué responder. Poco familiarizado ademas con ese trato frívolo pero distinguido de la alta sociedad, no era estraño que siendo la primera vez que entraba en ella, se en-

contrase un tanto embarazado; asi es que guardó silencio, si bien los colores subieron a su rostro.

—No hai porqué avergonzarse, amigo mio, ni por qué negarlo; y aun cuando usted por modestia pretendiera escusarse, la cosa está tan de manifiesto, que no hai nada mas que mirar hácia el sofá donde está la señora de Ingrand para ver el lugar de preferencia que ocupa su señora madre, y hasta se conoce la cariñosa solicitud de la señorita Julia para con ella.

—Asi es, contestaron casi a un mismo tiempo las buenas amiguitas de Rafael Arcánjel.

—Si es asi, respondió entonces Emilio con timidez, no debe usted quejarse, señor Dominguez, pues su señora madre se encuentra a uno de los costados de la señora Balcarce de Ingrand.

—¡Yo quejarme! bajo ningun aspecto; y no solo no lo niego, sino que me congratulo de la amistad íntima que afortunadamente existe entre mi madre y la de la señorita Julia.

El Tartufo hizo esta alusion para observar el efecto que producia en su pretendido amigo. Es sabido que los hipócritas son siempre los mas hábiles diplomáticos y los que leen mejor en el corazon de los demas.

Emilio se inmutó, en efecto, porque, ¿quién no esperimenta una especie de conmocion al oir pronunciar por otros labios el nombre de la mujer que se adora en silencio, tanto más cuando es el primer amor y cuando se está en esa edad en que solo vivimos por el sentimiento, en que no somos mas que pasion?

El clerical, a quien no se le escapó la pasajera turbacion de Emilio, dijo para sí: «está bien; el fuego es

mas intenso de lo que yo creia... ya veremos modo de apagarlo;" y con la sonrisa mas injénua y el acento mas dulce, esclamó, dirijiéndose a sus amigas:

—¿Y no me están ustedes agradecidas, señoritas?

—¿De qué, Rafael Arcánjel? contestó con familiaridad una de las niñas.

—¡De qué! Se están ustedes haciendo las desentendidas; pero ya veremos...

—¿De qué? volvieron a repetir todas a un tiempo.

—¿De qué ha de ser? De haberles presentado a mi amigo... Y sin aguardar contestacion agregó: espero que ustedes lo traten como merece, que bailen con él cuanto mas puedan y lo diviertan bastante.

Y concluyendo la frase, hizo un profundo saludo... apretó fuertemente la mano de Emilio como quien dice: estamos convenidos, cedo a usted el campo, aproveche la ocasion que no dejaremos de ser siempre amigos...

Y Rafael Arcánjel, sin aguardar respuesta, se escurrió rápidamente, dejando a Emilio al lado de aquellas para él desconocidas señoritas.

Como hemos dicho, la fisonomia del jóven Escobar era distinguida y simpática, y por consiguiente no podia menos que ser bien aceptado, aun cuando el introductor no fuese de lo mas escojido.

—¡Qué loco! esclamó al fin una de las niñas, haciendo alusion a Rafael Arcánjel y a su manera de comportarse.

—Seminarista al cabo, dijo otra.

—Pero es que con nosotras tiene toda confianza, pues nos conocemos desde niños, agregó una tercera.

—Pero siéntese usted, caballero, repuso una señora entrada en años, que probablemente era la madre de aquellas señoritas.

Las jóvenes le señalaron una silla.

Emilio se sentó.

—¿Muchos años há que conoce usted a Rafael Arcánjel? o se han educado juntos? preguntó una de ellas con tono afable y como lleno de interes.

Todas se fijaron en Emilio, aguardando su respuesta.

Emilio contestó lacónicamente:

—Nó, señorita.

—Pero no puede ser de otra manera, pues no dejará de hacer cinco o seis años que está encerrado en el Seminario, de donde ha salido ahora quince dias o un mes; asi es que si no se ha educado usted con él, debe haberlo conocido antes, pues en tan poco tiempo no parece que puedan dos personas llegar a tener el grado de confianza y de aprecio que ustedes se manifiestan recíprocamente.

—Sin embargo, esa es la verdad.

—Pero cómo! A no ser que una simpatia irresistible, una de esas simpatias novelescas los hayan en un momento atraido el uno hácia el otro.

—Solo he conocido a ese caballero esta noche... podré decir en este momento.

—Increible! ¿Y cómo lo ha presentado a usted?

Emilio contó entonces con sinceridad la manera como se habian conocido.

—Las señoritas se miraron las unas a las otras.

—Pero si doña Pacífica Jerez ha sido quien ha

dicho a Rafael Arcárjel de tener amistad con usted, es suficiente garantia, y puede usted presentarse por todas partes, y por todas partes será bien recibido; porque una recomendacion de esa señora, y una recomendacion de esa naturaleza y hecha a su hijo único, habla mui alto en favor de usted; asi es que puede usted considerarnos en el número de sus amigas.

—Mil gracias, señoritas; pero no quiero sorprender la confianza de ustedes, y menos aun la amistad con que se dignan brindarme sin conocerme.

—Hemos dicho a usted que nos basta a nosotras y bastará a cualquiera la recomendacion de doña Pacífica Jerez.

—Pero esa señora no sabe quién soi y podria decir que aun ignora mi nombre, puesto que yo sé el de ella en este momento.

—En realidad no lo comprendemos. ¿Sabe usted que esto despierta la curiosidad?

Y las tres jóvenes, incluso la señora que las acompañaba, se manifestaron sorprendidas; pero esta última dijo:

—No importa; usted andaba con Rafael Arcánjel de Dominguez y eso por recomendacion especial de su madre; basta con esto, pues yo conozco a la Pacífica y sé que asi no mas no recomienda a las personas; y como lo ha observado mui bien una de estas niñas, grande debe ser el aprecio que tenga Pacífica Jerez por usted, cuando lo ha recomendado a su hijo, ¡a su hijo en el que ella tiene puestos sus ojos!

—Lo que es por mi parte, señora, puedo asegurar a usted que no entiendo nada en el asunto, no compren-

diendo de dónde ni cómo puede venir tan repentino e inmotivado aprecio.

—Y de lo que yo puedo responder es que Pacífica no se equivoca nunca y que tendrá sus razones para obrar asi, replicó la misma señora.

—Está bien; mas tarde se aclarará el misterio.

VI.

En ese momento vieron las señoritas en cuestion venir hácia ellas mui precipitadamente a Rafael Arcánjel, que, inmediatamente que llegó, les dijo, sin mas preambulo:

—Van a tocar unas cuadrillas. Pónganse luego en baile, y usted, amigo amigo, aproveche la ocasion para sacar a una de estas hermosas señoritas; porque si no lo hace, luego se quedará a la luna de Valencia, pues tenga seguro que los otros jóvenes se las arrebatan en un *santiamen*.

—¡Está usted loco, Dominguez! esclamó una de ellas, poniendo el semblante como si estuviera un poco enfadada, pero de esa clase de enfados que esperan y aun solicitan una esplicacion para convertirse en benevolencia.

—Señorita: puedo asegurar a usted que en el instante que supe que iban a tocar cuadrillas, me vine volando para procurar a mi amigo la incomparable felicidad de acompañarse con una de ustedes; porque de otro modo, como he dicho antes, perderia esta bella

ocasion. Ahora, señoritas, si esto es locura, desde luego me declaro tal; ¿y quién no es capaz de volverse loco al ver a ustedes?

—¡Tanto ha aprendido usted en el Seminario! esclamaron las tres niñas casi a un mismo tiempo; y la señora agregó:

—¡Y yo que creia que solo enseñaban a rezar en esa santa casa! Pero oyendo espresarse a usted, veo que estaba en un gravísimo error; el mas refinado de nuestros dandíes no emplearia frases como las suyas tan llenas de galanteria.

—Búrlense ustedes de mí. Hagan lo que se les antoje, pues yo acepto todo viniendo de ustedes.

—¡Y continúa!

—Y continuaré toda mi vida del mismo modo.

—¡Qué lástima que no se encuentre aquí el señor Larrañaga! ¡Cómo habria quedado de contento al ver los progresos de su discípulo, al contemplar los felices resultados de su santa educacion!

—¡Señoritas!... pero dejemos esto para otra ocasion en que tenga lugar de responderles con calma, y para otro sitio donde no se trate como en este únicamente del placer... Con que asi, pónganse luego en baile: la cosa urje, esclamó nuevamente el clerical, oyendo los primeros acordes de la música.

—Pero no somos nosotras quienes...

—Cabal... y bien, amigo mio, manos a la obra!

—¿Qué llama usted manos a la obra? esclamó Emilio un poco turbado.

—Que solicite usted el favor de que una de estas señoritas lo acompañe.

—No me atrevo a tanto cuando apenas he tenido el honor de conocerlas en este momento.

—Ya he dicho a usted, caballero, que la recomendacion de Pacífica Jerez, recomendacion de que usted goza, hará siempre que usted sea recibido como merece en todas partes y de consiguiente por nosotras, contestó la señora, sin duda con el propósito de inspirar confianza a Emilio.

—Ya usted lo ve, añadió Rafael Arcánjel: usted no tiene mas que elejir, amigo mio; pero como quizá se encontraria usted embarazado sin saber a cuál de estas tres bellezas dar la preferencia, yo me constituiré en bastonero improvisado para zanjar la dificultad.

Y el jóven clerical, sin esperar contestacion de ninguna parte, dijo a una de las tres señoritas, sin disputa la mejor de ellas:

—¿Tendrá usted la bondad de acompañar en estas cuadrillas a mi amigo el señor don Emilio Escobar?

—Con el mayor gusto; pero es preciso saber primero si es su voluntad.

—¡Qué duda tan picaresca! esclamó Rafael Arcánjel, mirando a los dos con marcada complacencia.

—Para mí será un grande honor, contestó Emilio un tanto turbado, porque en aquel mismo momento vió que se paraba Julia Ingrand dando la mano a un caballero, pero mirándolo a él.

Emilio bajó su vista, porque le parecia hallar en los ojos de Julia como una espresion de reproche, pero tan tenue, tan fugaz, que solo podia adivinarlo, diremos mejor, presumirlo, un amante; pues parece que el amor da a los seres una doble vista o un don de pro-

funda y misteriosa penetracion de que no gozan los demas.

Pero si Emilio bajó su vista, en cambio su corazon latió agradablemente porque le pareció que aquella mirada decia que era esperado, daba siquiera un débil indicio de afecto, y este pensamiento lo llenó de un gozo tal, que apareció de un modo manifiesto en su semblante, hasta el punto de que lo notasen las señoritas con quienes se encontraba y particularmente aquella con quien iba a bailar, la cual atribuyó al imperio de sus atractivos el feliz cambio, dando en recompensa a Emilio la mas graciosa de sus sonrisas, acompañandola de una mirada suave, tierna a la vez que melancólica; una de esas miradas que parecen revelar al mismo tiempo que encubrir una alma poética y apasionada, inocente y sensual, pero llena de encantadora timidez, de esa timidez que tiene para el hombre hechizos indefinibles, placeres vaporosos, misterios llenos de ambrosia, llenos de divina embriaguez...

BIBLIOTECA NACIONAL

I.

El ex-seminarista estaba contento, estaba satisfecho de sí mismo. Su cálculo al escojer para compañera de Emilio a la mas hermosa de las tres jóvenes, habia tenido un fin, un fin diabólico, pero sencillo y de resultados positivos: la belleza de esa señorita no podia menos que inspirar temor y desconfianza a Julia, y tras ese temor y esa desconfianza vendria el despecho, tras el despecho el odio, y tras el odio la venganza, y... Pero para llegar a ese resultado faltábale mucho, pues no habia hecho mas que principiar; y por la misma razon era necesario estar alerta, vijilarlo todo y obrar con la mayor cordura, con la mayor sagacidad, con la mayor prudencia.

Y Rafael Arcánjel de Dominguez, por naturaleza, por educacion y por hábito, estaba formado para desempeñar ese rol y desempeñarlo con acierto.

Las cuadrillas continuaban; y el ex-seminarista, que no habia querido tomar parte al principio en el baile, para observar con facilidad cuanto pasaba a su alrededor, tenia su vista fija y penetrante puesta en las personas que le interesaban, paseando sus miradas por

varios puntos de aquel espacioso salon, que contenia muchas y brillantes parejas que al son de una escojida orquesta se entregaban al placer vertijinoso de la danza.

Otro tanto hacia doña Pacífica, que habia aprobado con signos de satisfaccion la conducta de su hijo; pues aun cuando no habia hablado palabra con él, comprendió en el acto la maniobra de Rafael Arcánjel, estando dispuesta a secundarlo en todo punto y en todo sentido, no ignorando los resultados.

Llevemos ahora la vista hácia los mismos puntos en que la tenian doña Pacífica y su hijo, y observemos lo que ellos observaban.

II.

Llamaba la atencion de estos dos personajes en primer lugar Julia Ingrand y su compañero, que por insinuacion de doña Pacífica los habia comprometido a bailar.

Era éste un famoso clerical, don Pedro de la Ganzúa, mas caballero que la gorra de Pilatos, como decia no sé quién, y lleno de todo jénero de pretensiones. Este sujeto, como de treinta y cinco años de edad, tenia su almacen en la calle de los Huérfanos; era el comensal favorito de clérigos y pechoños; vendia bulas y toda clase de induljencias; daba y recibia plata a interes; oia la misa de las ocho todos los dias en la Catedral; se vestia de capiruza en las procesiones; era uno de los personajes que llevaba o cargaba el palio en las grandes festividades; tenia la devocion de confesarse y comulgar todos los primeros de cada mes, lo

que no le habia impedido hacer dos o tres quiebras, quedar mas rico que nunca, y en el concepto no solo de un hombre honrado, sino en el concepto de un hombre el mas honorable y el mas íntegro bajo todo sentido, ya se le considerase como político, como relijioso o como negociante.

Este sujeto o este personaje,--y es preciso denominarlo asi porque aumenta mucho las consideraciones que se deben a un individuo la circunstancia de que haya hecho éste dos o tres quiebras (y don Pedro de la Ganzúa habia tenido ese talento enriqueciéndose sobremanera)—este personaje, repetimos, a quien todo el mundo santiaguino conocia y aun conoce, puesto que vive y que frecuenta todas las noches el Club de la Union para jugar al gallinazo, única distraccion que se permite y solo con su círculo, es decir, con personas cuya alta posicion social de nombre, de fortuna o de empleo pudieran parangonarse con la de él, este personaje, volvemos a repetir, se encontraba tambien en el baile, invitado por doña Pacífica Jerez.

La astuta beata, que conocia a fondo a este individuo, sabia cuán pretensioso y cuán vano era; asi es que le fué fácil inducirlo a que hiciese aquella noche la corte a Julia, diciéndole la inmensa fortuna que poseia doña Ana Balcarce y por consiguiente su hija, fortuna de que podia talvez mui fácilmente apoderarse.

III.

¿Cuál era el pensamiento de doña Pacífica al dar este rival a su hijo? Fácil es comprenderlo; ella se dijo:

don Pedro de la Ganzúa asediará durante toda la noche a Julia, lo que impedirá que se le acerque demasiado Emilio, y esto solo es una gran ganancia. Por otra parte, como el señor don Pedro es tan empalagoso, no podrá menos de desagradar altamente a nuestra heroina, la que involuntariamente establecerá comparaciones entre él y mi hijo, no pudiendo menos que ganar este último.

Dada esta lijera esplicacion respecto al compañero de baile de Julia, seguiremos con el lector esta pareja, a quien seguia tambien con la vista, segun lo hemos indicado ya, doña Pacífica Jerez, su hijo don Rafael Arcánjel de Dominguez y, como era mui natural, doña Ana Balcarce de Ingrand, con el interes propio de madre.

Tambien otras miradas furtivas y tímidas buscaban de cuando en cuando, con muestras del mas vivo interes, la misma pareja. Estas miradas, como debemos presumirlo, eran las de Emilio; pero esas miradas de Emilio eran a su turno observadas y escudriñadas con avidez por Rafael Arcánjel y su madre, a quienes interesaba tanto conocer el fondo del pensamiento del jóven para deducir el grado del cariño que esperimentaba.

Entre tanto don Pedro de la Ganzúa aparecia radiante de satisfaccion y de orgullo: tenia por compañera a la mas hermosa niña y a la mas rica heredera de Santiago: ¡qué mayor triunfo para su vanidad! Conocíase a primera vista que desplegaba para con Julia la amabilidad mas refinada, que queria agradarla a toda costa, o mas que agradarla, seducirla por medio

de sus maneras y de sus lisonjas que, segun él, eran irresistibles.

Pero la señorita Ingrand, sin faltar a la mas estricta urbanidad, contestaba solo de vez en cuando y con monosílabos a las observaciones de don Pedro o a sus galanterias. Sin embargo, tras aquellas apariencias de fina cortesania que estaba obligada a emplear y que el señor de la Ganzúa interpretaba en su favor, notábase una especie de cansancio o de aburrimiento que le era imposible vencer y mas imposible aun disimular al menos a los ojos de aquellas personas que la conocian, porque en cuanto a don Pedro estaba sumamente complacido, creyendo la victoria segura porque se figuraba haber ganado mucho terreno en el corazon de Julia: tal era su fatuidad y la apreciacion elevada que tenia de sí mismo.

—El caballero que me has presentado esta noche y con el cual baila mi hija, parece, si no me equivoco, que la fastidia soberanamente, dijo doña Ana de Balcarce a doña Pacífica Jerez que estaba a su lado.

—Creerás, amiga mia, que me estaba pareciendo lo mismo, e iba a decírtelo? contestó la última.

—Es preciso, hablándote francamente, que sea mui empalagoso para que Julia se aburra.

—Y sin embargo, es tenido en nuestra sociedad por el hombre mas fino y mas cortés.

—No digo lo contrario.

—Y es uno de los mas acaudalados capitalistas. Se dice que ha hecho negocios brillantes y que en poco tiempo mas pondrá un banco.

—Feliz él! contestó la señora Ingrand con cierta ironia.

—Es considerado como el mejor partido; y muchas señoritas le hacen la corte por atraérselo, porque todavia es jóven como tú ves; no llega a cuarenta... y esto mismo quizá es otra ventaja, porque ha pasado ya la edad de las locuras.

—Parece que me lo recomendaras?

Doña Ana de Balcarce se rió con benevolencia.

IV.

Doña Pacífica la examinó un momento.

Y en seguida:

—¿Y qué habria en esto de malo? replicó en el mismo tono de chanza y con igual sonrisa.

—Mil gracias, amiga mia.

—No hai de qué. Y la señora Ingrand, mudando de conversacion, de tono y de individuos, dijo a doña Pacífica en voz mui baja para no ser oida de doña Cármen Cáceres que estaba a su lado:

—¿Quién es aquella señorita que acompaña al hijo de...

—Ya, ya... te comprendo, respondió en el mismo tono doña Pacífica: esa hermosa niña que baila con el hijo de tu amiga es... es una de las mas empeñadas en echar el guante al señor don Pedro de la Ganzúa. Y, fíjate bien... mira como lo observa...

—Sin embargo, parece mui complacida con su compañero.

—Asi es, asi es; pero no por eso descuida el ne-

gocio... Su compañero es jóven y buen mozo; pero el otro es estraordinariamente rico... Estas coquetas saben acomodarse, y en su fácil moral, que no tiene mas norma que el placer, dicen con frecuencia: se necesita uno para el gusto y otro para el gasto.

—Pacífica! Pacífica!... Mira que eso pasa de crítica; casi es murmuracion..

—Murmuracion!

—Y de grueso calibre.

—¡Cómo se conoce que has vivido fuera de Santiago!

—Si esa es la ventaja que proporciona la residencia en Santiago, renunciaria a él desde luego.

—Voi a probarte que no murmuro, ni que aun siquiera critico, sino que soi justa, y tú misma no podrás menos de darme la razon.

—¿De qué modo?

—Nada mas que observando.

—¿A quién?

—A las personas de que te he hablado; es decir, a la niña, porque en cuanto al jóven, no me atrevo a decir una palabra, puesto que no lo conozco bastante, sino por lo que tú me has referido de él y de su madre.

—Y en verdad, Pacífica, que me parece de mucho mérito.

Doña Pacífica Jerez se mordia los labios, porque esta apreciacion de la señora Ingrand le habia desagradado bastante; pero agregó sin pararse en la observacion de su amiga:

—Mira con qué ojos tan lánguidos se dirije a su com-

pañero! Y qué sonrisa!... Yo creo que el corazon de ese pobre jóven no quedará libre en esta ocasion. Observa tambien el casto abandono con que se le inclina y con que baila!... Mira cómo se levanta su seno!... En toda ella hai un hechizo irresistible... ¡Y decir que todo eso es finjido! La mirada, la sonrisa, el abandono, la emocion, la dulzura de la voz, todo, todo es falso, amiga mia!

—¿Cómo falso?

—Falso y falsísimo.

—¿Por qué?

—Porque cuanto quiere representar ni lo siente, ni lo esperimenta, ni es capaz de esperimentarlo nunca.

—Pacífica, creo que vas demasiado lejos en tus apreciaciones.

—Advierte que yo no me equivoco jamas.

—Demasiada presuncion es esa.

—Pero es la verdad.

—¿Y con qué motivo emplearia tanto arte? Cuesta más el finjimiento que la naturalidad.

—Lo sé; pero quien no tiene esa naturalidad es preciso que la aparente.

—Pero, ¿a qué fin?

—Vaya!... se me figuras una chiquilla. ¿Con qué fin? Pues es claro; con el fin de atraer a ese buen mozo con quien baila.

—Amiga mia, no se emplea tanto arte con quien apenas se conoce. Concibo que puede tener interes por el caballero que baila con mi hija, a quien tú llamas don Pedro de la Ganzúa, porque sabe quién es y sabe cuánto posee; pero con un jóven cuyo oríjen se igno-

ra, cuya fortuna se desconoce (puesto que este es el primer requisito, la primera condicion en la sociedad santiaguina) ¡cómo te figuras que haga todos esos gastos de coqueteria para conquistarlo!

—Ya te lo he dicho: estas mujeres (y permíteme que hable asi, porque cualquiera que sea la clase a que pertenezcamos, todas somos del mismo sexo y tenemos las debilidades inherentes a él), estas mujeres, repito, necesitan de dos cosas: satisfacer sus pasiones y satisfacer su vanidad.

—¿Pero concibes tú esa pasion del momento?

—Yo no la he esperimentado jamas, pero la concibo.

—Indudablemente estás mas adelantada que yo y tienes mas mundo, mucho mas mundo, puesto que para mí no puede existir el cariño, sin el aprecio, y el aprecio no se forma en un instante, sino que es el resultado del trato contínuo, de la esperiencia, dirélo asi, de las virtudes que poseen los seres que ya se conocen.

—Soi de tu misma opinion; pero no me negarás tampoco el imperio de las simpatias, y mas que todo el imperio de la belleza física.

—¿Y qué deduces de allí?

—Deduzco que siendo tan buen mozo el jóven que la acompaña, ella no ha podido permanecer indiferente.

—Te concedo que la belleza tiene su influencia y que en virtud de una lei oculta, pero que sin duda está en armonia con el perfeccionamiento de la especie, ejerce ese imperio; mas esto no es lo bastante...

En ese momento se concluian las cuadrillas y cada caballero llevó a su respectivo lugar a la señorita que le acompañaba.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

RECOMENDACIONES DE AMIGO.

I.

Julia habia estado tan fastidiada durante ese baile, que llegó a su puesto con una satisfaccion indecible y dijo a su madre:

—Estoi escesivamente cansada.

—¡Por unas cuadrillas!

—Pero unas cuadrillas que equivalen al trabajo mas pesado; ¡qué caballero!...

Doña Ana Balcarce, que se habia apercibido del disgusto de su hija, no le hizo la menor observacion, tanto mas cuanto que se encontraba al lado de doña Pacífica, que habia sido introductora de don Pedro de la Ganzúa; asi es que la dejó descansar sin contestar a su esclamacion y sin decirle la menor palabra.

Rafael Arcánjel de Dominguez tan luego como concluyó el baile se fué directamente a felicitar a Emilio Escobar y a la señorita que lo acompañaba, diciéndoles inmediatamente y aun antes de que ella llegase a su asiento:

—¡Qué bien lo han hecho ustedes! Ninguna pareja de las que bailaba podia rivalizar en gracia, en donaire, y lo diré de una vez, en hermosura... Todas las

miradas estaban fijas en ustedes... Han sido los héroes de estas cuadrillas... ¡Cuántos envidiosos y envidiosas no habrá habido!... ¡Cuántos y cuántas rivales! Entre los hombres puede contarse de seguro a don Pedro de la Ganzúa!... ¡Y entre las mujeres quién sabe! ¡quién sabe!...

Y Rafael Arcánjel de Dominguez se restregó las manos, riéndose con suma complacencia...

—¡Usted tambien se ha puesto embromador! contestó la niña con tono burlon, pero satisfecho.

—¡Embromador! Lo que yo digo no es broma porque he estado observando... y he visto...

—¿Qué puede usted haber visto?

—He visto la figura que hacia don Pedro de la Ganzúa, y...

—¿Y qué?

—Y otras personas.

—¡No hai como los clericales para ser maliciosos!

—¡Los clericales! ¿Soi yo acaso clerical? ¡Con que por el hecho de haberme educado en el Seminario he de ser lo que usted dice! Pero suponiendo que lo fuera, ¿debia por esto relegarme en un rincon, taparme los ojos y no mirar ni ver nada?

—¿Quién dice a usted eso?

—Usted misma, señorita, puesto que me trata de malicioso cuando no he hecho otra cosa que decir simple y sencillamente lo que he visto.

—Sí... ¡mui sencillamente!...

—¿Pero a quién puedo haber hecho mal con mi observacion?

—¡A quién! ¿Y me lo pregunta usted?

—Indudablemente.

—Pues bien: a nosotros, a quienes supone usted que hemos sido el blanco, el punto de mira de la sociedad.

—¡Vaya!... Yo no creia que usted ni que mi amigo se enfadaran por esto, sino que al contrario debieran darme las gracias.

—¡Las gracias por su murmuracion!

—No por mi murmuracion, pues yo no he criticado a nadie ni hablado mal de nadie, sino por mi observacion, que les favorece sobremanera; porque, segun creo y segun pienso, a pesar de mi poca esperiencia de mundo, cuando se llama la atencion es por alguna cosa...

—¿Habré cometido yo alguna notable falta? contestó Emilio un tanto avergonzado.

—Usted no, amigo mio, ni la señorita tampoco; era que ambos formaban la mas interesante pareja del baile.

—Fuera lisonjas, esclamó la interesante niña, apoyándose neglijentemente en el brazo de su compañero y encaminándose hácia su asiento, donde la esperaban sus otras amigas o hermanas, pues no sabemos lo que en realidad eran ni creemos que tampoco al lector le interesará saberlo.

Rafael Arcánjel siguió detras, prodigándoles siempre los mas grandes elojios.

La señorita con quien habia bailado Emilio lo convidó a tomar asiento. Era imposible escusarse y aceptó por mas deseos que tuviera de acercarse al lugar en que estaba su madre en compañia de doña Ana Balcarce y de Julia.

El clerical se despidió diciéndoles:

—Hasta luego... vuelvo en el acto.

—Encuentro a Rafael Arcánjel algo atolondrado, dijo la señora, cuando ya se encontraba tan distante que no pudiera oirle.

—Asi parece, respondieron las niñas, pero asi es mas divertido.

Emilio guardó silencio, contentándose con seguir con la vista a su improvisado amigo, que se dirijió hácia el punto donde él mismo deseaba encontrarse.

II.

Rafael Arcánjel, despues de felicitar a Julia por su elegante manera de bailar, se dirijió a su madre diciéndole en tono en que pudiera ser oido perfectamente por las cuatro personas que estaban en el sofá:

—Me he comportado bien con el jóven que usted se dignó recomendarme. He tratado de que esté lo mas contento. Lo presenté a las señoritas... por las que ha sido perfectamente recibido, y parece que él se encuentra a las mil maravillas... Supongo que la amistad no se limitará solamente a esta noche, sino que continuará... Y quién sabe si la cosa no pasará mas adelante!... Me parecieron tan amables el uno y la otra durante el baile...

—Asi lo habiamos observado nosotras, contestó doña Pacífica a su hijo, mirando a la vez a doña Ana Balcarce como para atestiguar lo que decia.

—Al menos ella... respondió la señora de Ingrand, considerándose aludida.

—Y él tambien, señora, agregó Rafael Arcánjel.

Julia, que oia todo aquello, sintió oprimírsele el corazon, pero no movió sus labios.

El ex-seminarista, comprendiendo lo que pasaba en el interior de Julia, continuó:

—Y no es para menos; la señorita... es sumamente interesante y tiene tanta gracia, tanto chiste, tanta amabilidad, tanta persuasion en su palabra, que es bien difícil no sentirse atraido.

—Asi es, pero...

Doña Pacífica cortó la frase, limitándose a dar con el codo a su amiga como diciéndole:

"Ya sabes lo que acabo de decirte."

Julia esperimentaba una sensacion que no podia definir, pero que era sumamente dolorosa... Cada una de las palabras de Rafael Arcánjel, cada una de sus observaciones, la hacian sufrir, porque desgraciadamente era verdad cuanto él decia: aquella señorita de que hablaba poseia atractivos reales, quizás irresistibles. ¡Era tan hermosa y tenia tanto talento, tantas otras bellas cualidades, segun lo afirmaba el señor Dominguez y segun lo parecia en realidad! ¡Cómo no habia de cautivar! ¡Cómo no habia de atraerse a Emilio!

Ella no se atrevia a compararse: sumamente modesta, desconocia casi por completo el imperio de sus propios atractivos y habria creido una temeridad, y una temeridad injustificable, pretender parangonarse con aquella beldad que en proporcion que la temia le parecia mas hechicera, aumentando allá en su fantasia los méritos y las cualidades que Rafael Arcánjel le habia atribuido con infernal astucia.

III.

Seguro éste de la herida que habia producido y casi de las consecuencias de su maniobra, se dirijió a otro punto en que se encontraban varios amigos suyos, a quienes, despues de saludar con el mayor cariño, les dijo:

—¿Conocen ustedes a aquel jóven que está sentado al lado de las señoritas?...

Todas las miradas se dirijieron hácia el punto indicado por Rafael Arcánjel; y todos contestaron unánimemente: "nó."

—¡Es raro! esclamó el tartufo.

—¿Por qué es raro?

—Raro y mui raro que ustedes, jóvenes de las primeras familias y que se conocen todos los unos a los otros, no hayan notado en éste, que por su talante parece tambien de buena sociedad y debe serlo puesto que...

Uno de los jóvenes interrumpió a Rafael Arcánjel, diciéndole:

—Pero tú nos preguntas lo que debes saber mejor que nosotros, porque te he visto hablar con él y acaban ustedes de separarse.

—Era lo que iba a esplicar cuando me interrumpiste.

—Continúa entonces.

—Les hacia esa pregunta justamente por lo que a mí me pasa. Figúrense ustedes que mi señora madre hace un rato me lo recomendó, pero de una manera

que basta por sí sola para hacer el mas alto elojio de ese jóven... Asi es que yo me he empeñado y me empeño por serle agradable, lo que me decidió a presentarlo a las señoritas... a quienes creo que no ha desagradado... Pero esta recomendacion de mi señora madre, que jeneralmente es tan parca en hacerlas, ha aumentado mi curiosidad.

—Tienes razon, porque siendo doña Pacífica Jerez mui conocedora de toda nuestra sociedad y sabiendo mas que nadie apreciar las personas, vale mucho un juicio favorable de su parte.

—Esto es lo que yo mismo me he dicho, y por este motivo me he dirijido a ustedes.

—Pues yo no lo conozco y creo que ninguno de nosotros; pero tu señora madre ¿no te dijo su nombre? preguntó uno de los interlocutores.

—Será talvez algun jóven de provincia, agregó otro.

—Quizás algun pariente de la señora de Ingrand, puesto que se encuentra en su baile, añadió un tercero.

—Yo solo sé que apareció aquí acompañando a aquella señora que está en el sofá al lado de mi madre y de doña Ana Balcarce y que se llama Emilio Escobar.

—¡Escobar! No conocemos ese apellido, al menos entre nuestras principales familias, replicó uno de los jóvenes.

—Asi es, agregaron los demas.

—Entonces, es indudable que viene de provincia, repuso Rafael Arcánjel.

—Pero tambien todos los apellidos de la alta clase en las provincias nos son conocidos, pues mas o menos están relacionados con los de Santiago, contestó otro.

—Entonces no sé cómo esplicarme la tan favorable recomendacion de mi señora madre; pero tengo que obedecerla, porque ademas estoi seguro de que el señor Escobar debe poseer un mérito de primer órden cuando mi señora madre, como ya se lo he dicho a ustedes, me ha encargado serle agradable y que me empeñe mucho en captarme su voluntad.

—Tu argumento es sin réplica, mi querido Rafael Arcánjel, pues la señora doña Pacífica Jerez, a mas de conocer a todo el mundo, a mas de las virtudes que la recomiendan ante la sociedad, posee un criterio de primer órden y no seria ella quien recomendara a un badulaque o a un plebeyo, porque esto no estaria ni en conformidad con sus méritos ni con su reconocida aristocracia.

—Es justamente lo que me dijeron las señoritas... y lo que yo tambien pienso. Por otra parte, ese jóven es buen mozo como ustedes lo ven, y no carece de cierta distincion en sus modales. Desearia, pues, amigos mios, añadió el clerical, con el tono mas amable y mas insinuante, desearia presentárselo a ustedes y que tuvieran la bondad de ayudarme a desempeñar bien el encargo de mi señora madre.

—Presentánoslo, enhorabuena; ¿pero qué podemos hacer nosotros en su obsequio? dijo uno de los jóvenes.

—Segun parece y segun me lo ha dicho él mismo, no tiene relaciones; de manera que se encontraria aislado en esta gran reunion, que, en vez de agradarle le fastidiaria. Esto fué lo que me indujo a presentarlo a las señoritas... y lo que me hace solicitar de ustedes este servicio, porque yo solo no seria suficiente para

introducirlo por todas partes, pues recien salido del Seminario no tengo todavia muchas relaciones aun cuando conozca a todo el mundo.

IV.

El círculo de jóvenes en que se encontraba Rafael Arcánjel aceptó la proposicion del ex-seminarista, quien tuvo cuidado de recomendarles casi uno a uno que no dejaran de presentarlo a sus familias, en una palabra, a todas las señoritas conocidas.

Jeneralmente hablando, la juventud es espansiva, fácil, alegre y forma sus amistades casi instantáneamente sin necesitar de muchos preliminares o antecedentes para entablar nuevas relaciones; asi es que el jóven Emilio Escobar, presentado por Rafael Arcánjel de Dominguez, fué bien recibido de todos los compañeros o amigos de éste, con mayor razon cuanto que Emilio tenia figura atrayente y simpática que a primera vista agradaba.

Tenia ademas en su favor ese misterio de lo desconocido, que azuzando el instinto de curiosidad peculiar al hombre, hace que éste acepte con mas agrado o reciba con mas novedad a las personas que no se conocen que a aquellas con quienes está ya familiarizado.

Arrastrado, pues, por unos y otros el jóven Emilio Escobar, fué presentado aquella noche a varias familias; y como Rafael Arcánjel no lo perdia de vista un solo instante, obró con tal finura que, sin que nadie pudiera notarlo ni conocer el empeño particular que en ello ponia, no dejó a su improvisado amigo un mo-

mento solo de reposo, haciéndolo pasar de un punto a otro, de una distraccion a otra distraccion para que no le fuera posible acercarse a Julia y menos aun bailar con ella.

Esta especie de torbellino en que se veia envuelto Emilio, sin que lo apercibiera él mismo, lo distrajo, como era natural, mucho tiempo, y aun hubo momentos en que olvidó completamente a Julia, llevado por esa corriente de movimiento y de placer que tienen los grandes bailes, donde la juventud, la belleza, la elegancia, la gracia, la amabilidad y complacencia mútua nos arroba, haciéndonos perder la conciencia del tiempo y hasta la conciencia de nuestro yo, pues las horas vuelan sin que lo apercibamos, la vida corre y se desliza sin que lo notemos, sin consultar siquiera lo que pasa por nuestra personalidad, porque nos dejamos llevar o mecer suavemente, sin reflexion y sin análisis; pues un baile para la jeneralidad de los individuos que de él participan, es como un paréntesis en la existencia, pero uno de esos deliciosos paréntesis que desearíamos prolongar, del que nunca quisiéramos talvez salir.

Y bien, Emilio Escobar, mas que cualquier otro, porque no estaba acostumbrado a tan delicioso como embriagador espectáculo, sentíase como fuera de sí, como trasportado a otro elemento, como viviendo en otra y con otra vida; y sin dejar de vez en cuando de echar sus miradas al lugar que ocupaba Julia, sin dejar de admirarla, y si era posible, de quererla todavia más, no se habia acercado a ella, porque los jóvenes que lo rodeaban y las presentaciones a varias

señoritas con quienes habia estado obligado a bailar repetidas veces, lo habian de tal modo ocupado que le fué imposible disponer de un solo momento: tal habia sido la habilidad o diremos mejor la fina astucia desplegada en esta ocasion por el ex-seminarista: la enseñanza clerical habia producido su fruto.

DOLOR, PLACER Y PROMESA.

I.

Mui al contrario de lo que esperimentaba Emilio, sentia Julia; porque ésta, desde el primer momento, sufria un malestar, un desagrado invencible por cuanto la rodeaba; pues las observaciones de Rafael Arcánjel sobre las primeras cuadrillas bailadas por Emilio con la señorita... causaron una impresion profunda en el corazon de la inocente niña; y la conducta posterior de Emilio venia confirmándola en esa decepcion amarga que en los primeros años de la vida y sobre todo en los primeros albores de un amor naciente producen el desaliento y mas que el desaliento, el dolor, ese dolor, podremos decirlo asi, incorpóreo, que no afecta ninguno de nuestros miembros, que no daña ninguno de nuestros sentidos y que sin embargo los afecta a todos, los mata a todos...

A pesar de esto hubo un momento de alivio para Julia. Hubo un momento fugaz, pero consolador, en que creyó ver en la mirada de Emilio y en su manera de comportarse, algo que le decia que no le era indiferente, algo que le hablaba al espíritu y le removia el corazon; porque Emilio, desechando una invitacion, vínose directamente donde ella a suplicarle tuviese la

bondad de acompañarlo en el próximo baile, pero Julia, asediada por el señor don Pedro de la Ganzúa y mas que todo por los manejos ocultos de Rafael Arcánjel, se habia comprometido de antemano y tuvo el sentimiento, por no faltar a los respetos sociales, de contestar a Emilio que ya estaba comprometida; pero tuvo cuidado de agregar que para la próxima contradanza lo acompañaria.

Esto fué lo bastante para satisfacer al jóven, que no queriendo privarse del placer de contemplarla libremente, no quiso tampoco tomar parte en aquel baile, retirándose a un apartado recinto desde donde pudiera contemplarla a su gusto y sin que nadie se apercibiera de su ausencia.

Pero habian ojos perspicaces que espiaban todos sus movimientos y oidos atentos para los cuales no habian pasado desapercibidos el convite de Emilia y la promesa de Julia.

A pesar de todo, ese fluido magnético del cariño ejercia su imperio, y aunque distantes y sin hablarse, la comunicacion eléctrica entre ambos jóvenes se habia establecido, pues las miradas de Julia y de Emilio se encontraban con frecuencia y ellas arrojaban destellos de voluntad, destellos de atraccion que, sin saberlo ambos, los unian o los asimilaban, haciendo que viviesen en aquel momento en una atmósfera embriagadora a la vez que deliciosa, operándose esos misterios que se efectúan con tanta frecuencia, sin que nos sea dado esplicarlos o analizarlos suficientemente.

Pero, como acabamos de decirlo, habian ojos y oidos demasiado atentos y demasiado interesados para no

adivinar lo que pasaba en aquellas dos almas; asi es que Rafael Arcánjel, acercándose a su madre, le dijo:

—Parece que se entendieran. ¿Ha notado usted cómo se miran?

—Sí, amigo mio.

—¿Ha oido usted la promesa que se han hecho?

—Tambien.

—Si esa promesa se realiza quizá todo se pierde... La esplicacion mas insignificante los pondrá de acuerdo... Y el contacto, aunque no sea mas que por un momento, hará que se incendie la pira y que el fuego sea inestinguible.

Doña Pacífica no pudo menos de mirar sorprendida a su hijo, siéndole imposible comprender de dónde pudiera venirle un tan perfecto conocimiento del mundo y del corazon humano, sin darse cuenta que en este sentido la educacion clerical sobrepuja a cualquiera otra, pues aprenden a ser maliciosos y a conocer ese juego de las pasiones desde un principio.

—Pierde cuidado, hijo mio, agregó doña Pacífica, despues de la pausa que se habia visto obligada a tener, motivada por las reflexiones del ex-seminarista, pierde cuidado, que esa promesa no tendrá efecto.

—¿Cómo?

—De la manera mas sencilla.

—¿Cuál es esa manera?

—Son ya como las tres de la mañana y voi a decir a la señora Ingrand que no debe retardar un momento mas el servicio de la magnífica mesa que tiene preparada, porque esto no estaria conforme con las conveniencias del gran tono; de suerte que se suspen-

derá en el acto el baile para el cual estaban comprometidos y corre de nuestra cuenta que pasado ese tiempo no se efectúe... Cuento ademas con tu inventiva.

—Mui bien, quedamos de acuerdo. Por mi parte yo haré lo que pueda.

—Ocupa a tus amigos y a las señoritas... que parecen encantadas del jóven Emilio y tendrán gusto en que se ocupe de ellas. Trata de ser prudente y de que no recele nadie, ni nadie se aperciba de nuestros manejos.

—Esté usted segura de ello.

—Yo tengo tambien un buen ausiliar en don Pedro de la Ganzúa.

Y la beata hizo un movimiento con sus ojos bastante espresivo para no ser comprendido por Rafael Arcánjel.

El ex-seminarista, combinado ya el plan, se separó de su madre para maniobrar como era indispensable en aquellas circunstancias.

Doña Pacífica habló inmediatamente a la señora Ingrand, y ésta, viendo la conveniencia de la observacion que le hacia su amiga, se levantó en el acto para dar las órdenes concernientes al servicio del espléndido sarao que tenia preparado; de manera que cuando concluyó aquella contradanza, señoras y caballeros fueron invitados a pasar a los salones en que les esperaba el ramillete.

II.

En esas altas horas de la noche y despues de la ajitacion del baile, a pesar de los refrescos y dulces servidos antes, todos esperan con cierta impaciencia el momento de ser llamados a la mesa; asi es que se postergaron en el acto las promesas dadas y recibidas entre las señoritas y caballeros, siendo aquel como un nuevo acto o un nuevo cuadro, en concepto de muchos, el mas interesante y nutritivo de una fiesta.

Rafael Arcánjel de Dominguez, despues de separado de su madre, es decir, despues de la combinacion hecha entre ellos y que acabamos de narrar, se fué directamente donde sus amigos para suplicarles que fueran lo mas atentos posible con su recomendado, haciéndoles ver la circunstancia de que no tenia relaciones.

Casi siempre nos gusta desempeñar el papel de protector, ya sea por vanidad o ya por un sentimiento de conmiseracion peculiar al hombre; pero es una verdad que de un modo o de otro, nos agrada hacer dicho papel, asi es que los amigos de Rafael Arcánjel se dirijieron inmediatamente en compañia de él hácia el lugar en que se encontraba Emilio Escobar sumido en sus mas alhagüeñas ilusiones, pues le habia parecido que no era indiferente a la señorita Ingrand.

¿Cómo habia podido adquirir, no diremos certidumbre, pero al menos la probabilidad de ser correspondido?

Ni una sola palabra de alguna significacion se habia atravesado entre ellos.

Julia no habia hablado a Emilio ni él tampoco a ella; ¿de qué provenia entonces esa esperanza?

Ya lo hemos dicho: de esa reverberacion de las almas trasmitida por el intermedio de la vista y que va a reflejar los sentimientos que el hombre esperimenta allá en su interior, revelándolos sin que sus labios los pronuncien o los confirmen por la palabra, ¡por la palabra que es otra de los mas poderosos ajentes de la electricidad humana! pero que muchas veces es incapaz de traducir todo cuanto uno esperimenta, en tanto que los ojos poseen un lenguaje mucho mas poderoso, mucho mas enérjico, mucho mas espresivo y mas instantáneo que el don maravilloso de espresarse con que Dios dotara a la especie...

Los jóvenes que fueron en busca de Emilio y a quienes encabezaba y dirijia Rafael Arcánjel de Dominguez, encontraron, pues, al señor Escobar mecido en ese arrobamiento delicioso que produce la grata ilusion del cariño recíproco; asi es que se sintió disgustado de la amable solicitud de sus nuevos amigos; sin embargo, no era posible que rechazase bruscamente la obsequiosa solicitud, tanto mas cuanto que era espontánea y franca.

—Y bien, señor don Emilio, esclamó Rafael Arcánjel, apretando cordialmente la mano del jóven, presumo que no estará usted descontento de la noche.

—Bajo ningun aspecto.

—Ya lo creo! Cuando usted ha sido, puede decirse asi, el héroe de la fiesta.

Y el clerical riéndose benévolamente, agregó:

—Cuando usted ha tenido por compañera en diversos bailes a la niña mas bonita y mas codiciada de nuestra sociedad.

—¿Quiere usted burlarse de mí? contestó Emilio con tono ambiguo, es decir, entre sério y jocoso.

—De ningun modo, y aquí están muchos de mis compañeros para afirmar la verdad, no solo de mis apreciaciones, sino tambien de mis palabras.

—Cierto, esclamaron varias voces a un mismo tiempo.

—Y tan cierto, repitió Rafael Arcánjel con marcada insistencia, que muchos de nosotros nos hallamos celosos, y que desde este momento puede usted contar y estar seguro de tener muchos rivales.

—Tambien es verdad, respondieron los mismos.

—Basta de bromas, contestó Emilio con cierta seriedad.

—¡Cómo! ¿No lo piensa usted asi? añadió Rafael Arcánjel acercándosele mas y mas hasta el punto de apoderarse de la mano de Emilio.

—Era necesario que fuera sumamente fátuo para pensar de esa manera, dijo el jóven Escobar con una entonacion de voz que, si bien no denotaba enfado, era sin embargo severa.

Rafael Arcánjel presentó el semblante de una persona sorprendida y admirada a la vez, agregando con un acento en que se denotaba la mayor humildad y el mas profundo sentimiento:

—¿Se ha enfadado usted, señor?

Las miradas de los demas jóvenes se dirijieron a

Emilio como haciendo tácitamente la misma interrogacion.

—No me he enfadado, aunque talvez habia motivo para ello, repuso el jóven Escobar con benevolencia, convencido de la sinceridad con que el ex-seminarista se habia espresado.

—Hubiera tenido un verdadero pesar, porque habria sido una grande injusticia, repuso Rafael Arcánjel mirando a su interlocutor con espresion de ternura, de tristeza y de humildad que revelaba la alma injénua a la vez que afectuosa de aquel jóven.

III.

Emilio, seducido por el cariño que creia ver en su reciente amigo, llegó a arrepentirse hasta del tono que habia empleado, creyéndolo demasiado fuerte, para con un jóven que le brindaba franca amistad, y mas que franca amistad, cordial cariño; y asi dijo:

—Discúlpeme usted, amigo mio; pero no he podido por menos de hablar sériamente cuando se me atribuyen méritos de que carezco y triunfos que no he conseguido y que tampoco merezco.

—Es usted demasiado humilde... tanto mejor, porque esto realza mas sus cualidades.

—¡Y aun prosigue usted!

—No hago mas que decir lo que me parece, que espresar lo que siento.

—Dejemos este asunto...

Y Emilio estendió su mano a Rafael Arcánjel.

—Sí, dejémoslo, agregaron los otros jóvenes, agrupándose al derredor de ambos.

En ese mismo instante se notó un movimiento jeneral en toda la concurrencia, dejándose oir estas palabras: "a la mesa, a la mesa..."

Todo el mundo casi estaba de pié y los caballeros se apresuraban a dar el brazo a las señoritas para acompañarlas al sarao.

—Nosotros no podemos quedar solos, esclamó Rafael Arcánjel, y es preciso que acompañemos tambien a algunas señoras... Vamos, amigos, vamos y apresurémonos, porque de lo contrario hacemos un papel mui deslucido...

Y tomando del brazo a Emilio Escobar, se encaminó directamente con él hácia el sitio en que se encontraban las señoritas a quienes lo habia presentado al principio y con quienes habia bailado repetidas veces.

—Parece que lo espera a usted, dijo Rafael Arcánjel a Emilio en tono mui bajo, pero designando con el ademan o con la vista la hermosa compañera de sus primeras cuadrillas.

Emilio se dejaba llevar como automáticamente.

—Aquí traigo a mi amigo que desea ser su caballero.

Y el ex-seminarista ofreció el brazo a la señora mayor, dejando que Emilio ofreciese el suyo a la bella jóven.

Los demas amigos hicieron otro tanto y se encaminaron hácia el inmenso salon donde se encontraba el mas espléndido sarao.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA MEXICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

UNA SUNTUOSA MESA.

I.

El golpe de vista era magnífico, sorprendente.

La opinion de todos era que no se habia jamas presentado en los mas suntuosos bailes de nuestra suntuosa capital y de nuestra fastuosa aristocracia, una mesa mas artística, mas rica, mas variada, mas opulenta, mas grandiosa que aquella que tenian a la vista.

En efecto, una inmensa galeria que existia al fondo del segundo patio habia sido trasformada como por encanto en un estensísimo y ancho salon en que cabian dos largas mesas que iban de un confin al otro del departamento.

Medio a medio de estas dos mesas y apoyados en pilastras de fierro, veíanse árboles artificiales perfectamente imitados y de cuyas ramas pendian frutas naturales artísticamente colocadas.

En ambos costados laterales habian tambien los mismos árboles; de manera que ambas mesas se encontraban, dirémoslo asi, bajo un follaje de verdura llena de raros y apetitosos frutos, no habiendo otro trabajo que el de estirar el brazo para cojerlos.

Allí se veian en toda su majestad árboles y arbustos de todas las zonas, llevándose, sin embargo, la preferencia la rica vejetacion de los trópicos con su no menos ricas y variadas producciones, tales como el plátano, la palta, la piña, la chirimoya, la lúcuma, el azucarado dátil, las naranjas en sus distintas variedades y hasta nuestro jigantesco y harinoso piñon que solo se produce en las vírjenes y siempre verdes selvas de la Araucania.

Las paredes de aquel inmenso salon estaban tapizadas de raso celeste salpicado de estrellas blancas asi como de grandísimos espejos de cuerpo entero tan bien colocados que reflejaban las luces, los árboles, las mesas cubiertas de manjares y la concurrencia que invadia por momentos aquella prodijiosa mansion.

Era un espectáculo realmente fantástico.

El reflejo de las miles de luces daban una claridad superior, mui superior a la del mismo sol; pero esa claridad poética, esa claridad que realza los hechizos de la mujer, esa claridad que nos invita al deleite y que hace que nuestra imajinacion se engolfe en un mar de voluptuosidad, en un torrente de delicias indefinidas, de deseos vagos pero no por esto menos reales, de esos deseos aéreos que se esperimentan mui pocas veces en la vida, dejándonos un recuerdo agradable e imperecedero en todos los momentos de que se compone nuestra frájil y transitoria existencia.

Porque las mujeres en estos casos, alumbradas con esa luz, dejan casi de pertenecer a la humana especie para convertirse o trasformarse en ánjeles que, fascinándonos, nos atraen y nos subyugan, hasta hacer del

hombre su mas humilde esclavo, hasta hacer que les rindamos un tributo mas espiritual, mas incorpóreo: el tributo de la adoracion, cual si fueran divinidades reales... ¡Qué desgracia que al dia siguiente tengan que bajar de su pedestal! Y que la reina de un momento, diremos mejor, la diosa dominante a la vez que atractiva, se vea forzada a descender casi hasta el punto de la esclavitud moral y física, tenga que entrar en esa vida desabrida, vulgar, donde imperan tantas y tantas pequeñeces, tantas y tantas miserias que hacen el tejido del gran número de horas que constituyen la manera normal de toda nuestra existencia! ¡Pobres mujeres!... No tienen otra cosa que unos fugaces instantes de triunfo! ¡Y aun las martirizamos! ¡Aun somos con ellas exijentes y déspotas!... ¡Y los adoradores del dia anterior, se convierten en tiranos al dia siguiente! ¡Pobres mujeres! Y no podemos menos de compadecerlas actualmente; pero llegará al fin la época en que comprendamos en toda su plenitud la alta mision que ellas desempeñan en el pasado, en el presente y en el porvenir de la especie!...

Dejemos, empero, estos arranques de conmiseracion, de respeto, de simpatia y de cariño que tributamos gustosos a la situacion actual de la mujer para continùar describiendo la fiesta dada por la señora doña Ana Balcarce de Ingrand a la sociedad santiaguina, con el fin de que la interesante Julia viese lo que habia de mejor, de mas brillante y de mas perfecto en los círculos privilejiados de la gran capital.

II.

No solo se reflejaban las innumerables bujias en los grandes espejos, produciendo un mar de claridad, sino que tambien se reflejaban las personas y los árboles, y esto era de un efecto maravilloso, pues aparecia centuplicada la estension del salon y centuplicados tambien los individuos; de manera que aquel espacio encantado casi no tenia límites y aquella numerosa concurrencia se presentaba cien mil veces mayor de lo que en realidad era.

Las mesas estaban tambien cubiertas de esquisitos manjares, y el brillo de los ricos cristales atraia las miradas, provocando y aun desafiando al paladar con los deliciosos y variados néctares, que en un momento mas iban a contener aquellos trasparentes vasos que por su diáfana claridad realzan el contenido que en ellos se vierte.

Y en realidad, los ricos y preciosos cristales gozan del privilejio, no solo de invitar a beber, no solo de mejorar, aunque no sea mas que en la fantasia, el licor que ellos contienen, sino tambien de atraernos entusiasmándonos.

Todos aquellos que hayan asistido a una mesa bien servida o que tengan costumbre de usar cristales o porcelanas finas, no podrán negarnos el encanto que ellos nos procuran y la atraccion que en nosotros ejercen, por mas desprendido o filósofo que se sea.

Lo cierto del caso es que al momento de abrir los sirvientes de par en par las puertas de aquel encanta-

do recinto para que penetrasen en él los convidados, no pudieron menos las primeras personas que se presentaron, de detenerse en los umbrales de las puertas y quedarse como estáticas contemplando aquella maravilla, viendo aquel lujo y aquel arte, aquella elegancia y aquella magnificencia de que no se tenia idea, y de que no habia ejemplo en los anales de las diversiones de la gran capital, pues aun los bailes de palacio que habian solido dar algunos presidentes y de los cuales se conservaban aun recuerdos, no eran bajo ningun aspecto comparables con el que tenian a la vista; asi es que permanecian como estasiados antes de seguir adelante: este es el efecto que produce jeneralmente en nosotros una cosa nueva, particularmente cuando es inesperada y sobre todo cuando sin tenerse de ello la menor idea se presenta a nuestra vista de improviso.

Pero para completar la ilusion, para hacer aun mas fantástico todo aquello, dejábase oir una música deliciosa, que nadie podia averiguar de dónde venia, sin embargo que cada cual miraba a su alrededor, miraban por todas partes para descubrir su oríjen, sin por esto apercibirlo.

¿Cómo se producia aquel raro fenómeno? De la manera mas sencilla: el estenso patio, donde habia un hermosisímo jardin que ostentaba por todas partes las flores mas raras y mas apreciadas, asi como las mas hermosas de nuestros prados y de nuestras montañas, contenia a la vez corpulentos y majestuosos árboles, cuyas copas parecian perderse allá en el firmamento; y como aquel gran círculo estaba profusamente ilumi-

nado, el follaje de aquellos jigantes de nuestras selvas aparecia a la vista de todos oscuro y sombrio, y tanto mas oscuro, cuanto que la luz, hiriendo las pupilas, limitaba la accion de la vista. Pues bien; sobre la copa de esos árboles se habian estacionado diestros músicos que con sus instrumentos acordados de antemano lanzaban al aire y al espacio torrentes de deliciosas armonias.

Muchos individuos, ya sea sorprendidos por la vista de aquel gran salon en que iba a ser servido el mas espléndido sarao, o ya por la música misteriosa que oian sin saber su procedencia, se decian unos a otros: "¡Pero esto es realmente sorprendente! Esto se asemeja a aquellos cuentos de las *Mil y una noches* o a aquellos palacios encantados de las antiguas hadas que tanto nos hacian gozar en nuestra infancia, admirando sus portentosas maravillas y sus no menos estupendas riquezas!..."

Y asi era en realidad, porque desde la puerta de calle o la puerta de entrada hasta el patio, desde el patio hasta los salones, desde los salones hasta el jardin y desde el jardin hasta el lugar en que se encontraba la mesa que acabamos de describir a la lijera, todo era riqueza, gusto, arte, armonia, formando un conjunto inimitable de elegante grandeza a la vez que de poética sencillez, que hablaba al alma asi como deleitaba los sentidos, que sorprendia y entusiasmaba a un mismo tiempo, que hacia reflexionar, que arrastraba hasta la meditacion, casi hasta el éstasis, pero un éstasis suave, perfumado, delicioso, un éstasis en que era agradable permanecer, del que nunca se habria

querido salir, porque el hombre siente por instinto la belleza y se complace en la armonia...

III.

Y bien, toda aquella escojida concurrencia, poco antes esparcida por los salones, agrupada en distintos puntos, principiaba a afluir hácia el lugar en que estaba colocado el ramillete.

Dejaremos, empero, a un lado a todo ese mundo elegante para ocuparnos únicamente de las personas que mas nos interesan o representan un papel en la historia que narramos.

Emilio Escobar se vió pues como obligado, como comprometido a dar el brazo a la señorita... despues de la insinuacion hecha por Rafael Arcánjel, tanto mas cuanto que éste habia ofrecido el suyo a la señora, lo cual significaba claramente que hacia gustoso un sacrificio por su amigo, dejándole la mejor parte para que la aprovechara.

Sin embargo, debemos confesar que Emilio no quedó mui complacido ni con la preferencia ni con el compromiso, porque hubiera querido antes acercarse donde estaban su madre y la señora Ingrand, alimentándole la esperanza de haber tenido el honor de acompañar a Julia.

Y este deseo del jóven no emanaba de presuncion y menos aun de la vanidad de acompañar a la hija de la dueño de casa, es decir, a la mas rica heredera de Santiago, la que, a mas de su riqueza, tenia tambien la ventaja de la hermosura, pues todo esto no se le

habia pasado siquiera por la imajinacion, sino que, arrastrado por su cariño y nada mas que por su cariño, hubiera tenido un verdadero placer y una grandísima satisfaccion en haber dado el brazo a Julia, como complemento de sus goces, como la coronacion feliz de aquella noche de deleite.

Empero, todo estaba calculado, y la aspiracion de Emilio no podia tener lugar, porque habian impedimentos que él no conocia, maniobras que él ignoraba completamente y que era imposible que siquiera vislumbrase: tal era lo bien urdida y lo bien manejada de aquella intriga que se empeñaban en llevar a cabo dos clérigos, una beata y un futuro *Amigo del pais*, o lo que es igual, un tartufo.

Las primeras personas que se levantaron de sus asientos como para dar la señal a la concurrencia, fueron la señora Ingrand y su hija, doña Pacífica Jerez y doña Cármen Cáceres, que ocupaba el mismo sofá.

Acompañaba a la señora Ingrand un gran dignatario del Estado, un viejo senador que, viudo él mismo, hubiera contraido gustoso con doña Ana segundas nupcias y que talvez éste era su pensamiento favorito, pues parecia que trataba de agradarla en todo, reservando miles de atenciones para doña Pacífica, a quien consideraba, y lo era en efecto, la mas íntima amiga de la rica matrona; de manera que en su opinion podia servirle estraordinariamente, siéndole por lo tanto conveniente tenerla por aliada y aun por compañera de negocios, si esto llegase a ser indispensable.

Del brazo de Julia se habia apoderado con anticipacion el señor don Pedro de la Ganzúa, que en toda

la noche habia estado prodigándole mil alabanzas, piropos y mil galanteos con los cuales creia tener ya conquistado aquel corazon que, en su concepto, no podia menos que ser mui sensible a manifestaciones tan amables como graciosas.

Doña Pacífica Jerez no quiso, por su parte, aceptar a ninguno de los caballeros que se le ofrecieron para conducirla, sino que tomando ella misma del brazo a doña Cármen Cáceres les habia respuesto: damos a ustedes las gracias, pero nosotras solas vamos mejor, sirviendo como de damas de honor a nuestra amiga Anita.

Esta salida fué dicha en alta voz con la intencion manifiesta de que fuese oida por la señora Ingrand, la cual no pudo menos de volver la cabeza para contestar a su amiga, sonriéndose benévolamente:

—Están ahora de baja las monarquias.

—Las reinas por la gracia de Dios, es verdad; pero no las reinas por la hermosura y menos aun las reinas por el talento.

—¿Te estás burlando, Pacífica? esclamó doña Aña de Balcarce un tanto sorprendida de la respuesta de la beata.

—¡Burlando! ¿Desde cuándo, querida amiga mia, tienes de mí tan mala opinion?

—Desde ahora.

—¡Desde ahora! Y bien; pregúntale a tu compañero, el honorable señor de la Roca-Fuerte, si no estoi en la verdad, si no he dicho solo la verdad.

—Indudablemente... la señora doña Pacífica Jerez de Dominguez no hace mas que ser justa y rendir el

homenaje que merece el mérito, repuso el señor de la Roca-Fuerte, con pausado y grave tono, tal cual conviene a un señor senador.

—¡Tambien usted! dijo la señora Ingrand, mirando de arriba abajo al togado personaje.

—¡Y por qué no yo, señora! ¿Me considera usted ya insensible a los atractivos e incapaz de conocer y de apreciar el mérito?

—¡Bien respuesto! esclamó la beata con aire festivo.

—Esto es demasiado, Pacífica... Me la pagarás... Y en cuanto a usted, señor senador, ya veré a qué atenerme... Entre tanto, no nos demoremos, para poder enseñar a la concurrencia el camino... Y doña Ana Balcarce, apoyada en el brazo del señor de la Roca Fuerte, prosiguió la marcha, siguiéndola inmediatamente doña Pacífica Jerez y doña Cármen Cáceres, a quien la beata puede decirse asi, conducia.

¿Cuál era el pensamiento interior de ésta? ¿Con qué fin hacia esta estraña maniobra?

Vamos a revelarlo a nuestros lectores.

Su propósito al no aceptar a ninguno de los muchos caballeros que habian ido en su busca, no era otro que el granjearse aquella misma noche el afecto y la confianza de la madre de Emilio, para ver si podia en la intimidad llegar a ser poseedora de alguno de sus secretos, lisonjeándose que con sus halagos quizas conseguiria provocar alguna de esas revelaciones que, sin ser compromitentes, nos dan la medida del individuo, el flaco por donde se le puede atacar y el modo como puede obtenerse lo que se pretende.

Y habia procurado a la señora de Ingrand el brazo del señor de la Roca-Fuerte para desembarazarse tambien de ella, a fin de quedarse sola, completamente sola con doña Cármen Cáceres para llenarla de atenciones, para rodearla de agasajos y que se le franqueara del todo, o cuando menos conseguir cierto ascendiente que le serviria mas tarde o mas temprano en la realizacion de sus fines.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA COQUETA.

I.

Emilio, que acababa de estar lisonjeado, durante el baile anterior, de ser correspondido su oculto afecto, vió con sumo desagrado que Julia diera el brazo a aquel caballero que casi toda la noche habia pasado al lado de ella; pero disimuló este sentimiento, y en cambio se mostró mucho mas amable con la señorita que acompañaba y que era la misma con quien habia bailado la vez primera, y la misma por consiguiente de quien se habia ocupado Rafael Arcánjel en presencia de Julia, realzando las gracias y talentos de que era poseedora.

La señorita P... y pondremos esta sola inicial para distinguirla, a pesar de haber ya hablado mucho de ella sin nombrarla aun; la señorita P..., decimos, aparecia sumamente contenta de las atenciones de Emilio y le sonreia con inimitable gracia y como si hiciese alarde del afecto que le inspirara el jóven que la acompañaba.

En realidad, dotado Emilio de una fisonomia franca y simpática, no desmerecia el cariño de tan codiciada beldad, y era capaz, sin pretenderlo, de inspirar celos

a sus rivales, y celos tanto mas profundos cuanto mas justificados, pues aquel jóven revelaba casi a primera vista una alma tierna y candorosa, llena de nobles sentimientos asi como de ideas y de convicciones arraigadas y razonables; era uno de esos tipos raros, acentuados, en los que se descubre un carácter; que poseen la incontestable ventaja de que no se les confunda con la jeneralidad, no pasando jamas desapercibidos, sino que gozan de una distincion peculiar, de la cual no se aperciben ellos, pero que los otros notan sin quererlo, viéndose forzados, por una influencia misteriosa, a reconocerla.

La señorita P... coqueteaba a sus anchas y estaba sumamente complacida al notar el mal disimulado despecho de sus adoradores, satisfaccion incomparable y de la que goza tanto como se enorgullece una mujer de mundo, una de esas damas de sociedad, cuyo mayor placer está en los triunfos del amor propio, en esas victorias de la vanidad que consisten en humillar a sus émulas y en hacer rabiar a sus amantes.

Empero, esta especie de niñas reciben jeneralmente su condigno castigo. Las coquetas que han pasado juventud alegre; que no han tenido en vista sino su personalidad; que lo han sacrificado todo a la compostura y al galanteo; que no han sentido afectos porque toda su alma se consagra al tocador y a los afeites; que no tienen mas Dios que su cuerpo, mas regla que su capricho, mas aspiracion que el agrado de los sentidos, mas virtud que la de la ostentacion; esta clase de mujeres, repetimos, sufren al fin y al cabo terribles desengaños, decepciones que las matan, dolores que

las consumen, y que las consumen sin esperanza de alivio, porque carecen de porvenir, carecen de familia, carecen de amor, que es lo único que puede hacer vivir, y más que todo, hacer gozar... Porque estas mujeres son en jeneral unas verdaderas mártires... Mártires cuando jóvenes, porque todo lo sacrifican y todo lo desprecian, sin que crean que haya nada que les pueda bastar... Y mártires! Mártires dignas de compasion y de desprecio a la vez cuando se ven atormentadas por la falta de encantos, por esa juventud que se les escapa, que huye de ellas dia a dia... Mártires cuando contemplan las frescas gracias de la nueva jeneracion que se levanta... Mártires cuando ven la primera cana en sus cabellos, la primera arruga en su frente; cuando se aperciben del diente que amarillea o cae gastado por el uso... Mártires cuando están obligadas a teñir esa cana, a disimular esa arruga, a arrancarse ese diente o a colocar otro artificial... Mártires cuando ven desbandarse a sus adoradores y que corren presurosos tras otra nueva y fresca y sonrosada beldad...

Y despues de esta lucha, de este martirio incesante, de este combate sin descanso entre la naturaleza que destruye y el arte que disimula u oculta esa destruccion, ¿qué le queda a la coqueta?

Ya ha llegado a los 40 años, y esto es darle bastante vida a las gracias; ya los afeites son insuficientes; ya sus rivales y los jóvenes dicen a una: «no es mas que una jamona...» Y bien: aun les falta recorrer un tercio o la mitad de la vida; ¿con qué llenarla? Nada han dejado tras sí, a no ser unos cuantos escándalos;

su vida sola, aislada, seca, estéril, no se repercute en ninguna parte; nadie la echa de menos; ¿no es esta existencia en realidad insoportable? Indudablemente, porque en esa existencia no hai provecho alguno, no hai beneficio de ningun jénero, y por consiguiente remuneracion de especie alguna... Y la coqueta tiene que ser solterona, de solterona pasar a beata, de beata a mula de los sacerdotes, o lo que es lo mismo, a mula del diablo, y de mula del diablo al panteon... sin haber dejado surco que trace su camino en la tierra... sin haber dejado una afeccion sincera que la eche de menos, una lágrima de amor, de gratitud y de estimacion que vaya a regar su tumba solitaria, que será abandonada en mui poco tiempo!...

II.

La señorita P... pertenecia a esta especie. Brillante aun por sus gracias, a pesar de llegar a cerca de los treinta, conservaba su frescura de niña en fuerza de asiduos cuidados, y tenia todavia un no pequeño círculo de adoradores.

Entre ellos contábase a don Pedro de la Ganzúa, que era uno de los mas asiduos y talvez uno de los mas favorecidos, pues desplegaba para con él todo el brillo de sus atractivos, dedicándole sus mas hermosos peinados, sus mas ricos trajes, sus mas deliciosas sonrisas, pero sin conseguir aun atraerlo por completo; y todo este arsenal de encantos iba dirijido únicamente al arsenal de billetes o de riquezas que contenia la caja del afamado capitalista.

Pero don Pedro de la Ganzúa, hombre esperimentado, y sobre todo hombre de bolsa, no tenia en vista mas que la especulacion, sin desdeñar por esto algunos fáciles placeres que podia procurarle su posicion de fortuna; asi es que si bien dejaba entrever a la señorita P... una esperanza de enlace, para cazarla en las redes de tan halagüeña espectativa, no por esto dejaba de estar decidido a no complacerla jamas en la aspiracion única de la coqueta; porque presintiendo que ambicionaba únicamente su bolsa, él a su vez trataba de defender esa bolsa que en poco tiempo llegaria a ser insuficiente para satisfacer los caprichos dispendiosos de una mujer elegante, y tanto mas elegante y tanto mas dispendiosa cuanto que en la edad de la señorita P... y con sus tendencias, se veria en la necesidad de deslumbrar, reinando por el mas desenfrenado lujo, vicio en que caen inevitablemente todas esas almas que carecen de afecciones.

Ahora bien: tanto don Pedro de la Ganzúa como la señorita P... se empeñaban en engañarse recíprocamente, sin que la coqueta consiguiera fascinar al avaro y sin que el avaro consiguiera tampoco seducir a la coqueta: lucha que estamos viendo dia a dia y en la que el triunfo jeneralmente no pertenece a la mujer.

Esta era la situacion en que se hallaban estos dos personajes cuando fueron a la mesa.

Llevada, pues, del propósito principal que tenia en vista la señorita P... y encontrando la mas bella ocasion de estimular a don Pedro de la Ganzúa, dándole celos con un elegante y desconocido jóven, aparecia ella lo mas ocupada de Emilio; asi es que, cuando to-

dos se encaminaban al salon, trató de colocarse cerca, mui cerca de Julia, a quien daba el brazo el señor don Pedro de la Ganzúa.

No negaremos que la señorita P... estaba hasta cierto punto mortificada, tanto porque el tal don Pedro no le habia hecho en toda la noche la menor insinuacion, cuanto porque acompañaba a la hija de la dueño de casa, hermosa criatura que apenas tenia dieziocho abriles y que, a mas de jóven y hermosa, era o podia ser escesivamente rica, condiciones que la señorita P... no poseia y de las cuales estaba envidiosa, principalmente porque le infundia temores, si bien es cierto que, por lo que concernia a la belleza y a la elegancia, creia ella que nadie la aventajaba, y menos todavia la jóven Julia, a quien consideraba como una campesina, incapaz de tener esa finura y esa delicadeza de modales o espiritualidad que solo se adquiere con el trato frecuente de aristócratas y refinados círculos.

III.

La señorita P... hallándose, pues, casi al lado inmediato a don Pedro de la Ganzúa, dijo a Emilio con una entonacion de voz propia para ser oida, no solo a esa distancia, sino mas lejos:

—Cuán amable ha sido usted para conmigo, señor Escobar, en toda la noche.

—Era y es mi deber, señorita.

—Sin embargo, usted ha tenido conmigo delicadezas de tan buen tono, que le estoi verdaderamente agradecida.

—Todo el mundo le dispensaria las mismas, señorita, y yo no creo ser en esto una escepcion.

—Pues lo es usted, amigo mio.

—¿De qué modo?

—Es que usted, sin conocerme... me ha hecho y me ha dicho... cosas mui lisonjeras...

Don Pedro de la Ganzúa, al oir aquello, miró hostilmente, tanto a la señorita P... como a Emilio.

Pero Julia se sonrojó sobremanera y bajó su vista avergonzada, como dolorida por el peso de aquella revelacion tan esplícita de parte de la niña y tan silenciada de parte del hombre... Creyó, pues, que era una confesion injénua de cariño, y no menos injénua que voluntariamente aceptada...

La pobre jóven sufria las mas crueles penas, las penas de un desengaño amargo y reciente; y lo que es peor, de un desengaño que no esperaba y para el cual estaba aun menos preparada.

Emilio, por el contrario, habia esperimentado una especie de satisfaccion al mostrarse asi, porque se creia ofendido de tan marcada preferencia, de esa obsequiosa asiduidad de toda la noche por parte de don Pedro de la Ganzúa y soportada o quizas favorecida por la señorita Ingrand.

Tal era su pensamiento, y de aquí provenia la hostilidad de su espíritu; porque si hubiera comprendido el mal que habian causado a Julia aquellas palabras, mui inocentes en apariencia pero demasiado espresivas, se habria indudablemente arrepentido; y no solo se habria arrepentido, sino que se habria gozado de ese dolor, porque ese dolor le daba la seguridad de

ser amado, e inmediatamente hubiera ido, dirémoslo asi, a prosternarse humilde y gozoso a los piés de la sensible y encantadora niña.

Don Pedro de la Ganzúa, no contento con el enojo que revelaba lo duro de su mirada, dijo a la señorita P...

—¡Cuántas cosas igualmente lisonjeras no habrá oido usted en su vida!

—Pero hai cosas mas agradables que otras, contestó la señorita P... con volubilidad y haciendo ademan como de apoyarse mas neglijentemente en el brazo de su caballero.

El señor de la Ganzúa se sonrió desdeñosamente, hizo una inclinacion de cabeza como de aprobacion y felicitacion a la vez, pero que encerraba el mas alto desprecio.

Todo el mundo sabe cuán significativo es ese lenguaje mudo del ademan y de la fisonomia, y nadie se equivoca respecto a lo que él representa o quiere decir.

La señorita P... se mordió los labios de cólera y sus ojos lanzaron chispas de ódio; pero su nacarada boca conservaba siempre una injénua, sencilla y amorosa espresion que hacia un raro contraste con lo airado de su vista; mas esto fué solo por un pequeño instante, porque en seguida toda la fisonomia de la interesante señorita reflejaba el candor mas puro, reflejo o fruto del alma la mas tierna.

IV.

Todas estas peripecias eran observadas por Rafael Arcánjel, que se encontraba mui cercano y que tenia el oido atento. El ex-seminarista habia comprendido el dolor de Julia, la insinuacion de la señorita P... y los móviles que la habian provocado; cuanto pasaba por el alma de Emilio, asi como las pretensiones de don Pedro de la Ganzúa respecto a Julia, y el ultrajante desden del viejo y rico fátuo por la amable coqueta.

Nada de esto se habia escapado al astuto clerical, complaciéndose en su obra, porque él era en realidad el que movia los resortes de aquella intriga, poniendo en juego las pasiones buenas o malas de las personas que le interesaban.

La señorita P..., habiendo compuesto su semblante y dádole la espresion que mas le convenia en aquel momento, dijo a Emilio, despues de saludar graciosamente con la cabeza a la señorita Ingrand y al señor de la Ganzúa:

—Este es un sitio encantador y tanto mas agradable cuando una se siente acompañada de una persona... tan amable.

Emilio se creyó aludido y lo estaba en efecto; asi es que contestó un poco turbado:

—Soi yo, señorita, quien debiera hacer esa observacion, y la hago en realidad.

—No sé por qué me encuentro, prosiguió la hermosa niña, deliciosamente impresionada.

—La belleza del lugar, las armonias deliciosas de la música, deben producir ese efecto.

—¿No esperimenta usted lo mismo?

—¡Yo! Sí, señorita.

Pero al pronunciar este sí, el jóven Escobar tuvo un momento de vacilacion, porque en aquel instante mas bien sufria que gozaba... Julia se encontraba a poca distancia, y era fácil notar las atenciones cariñosas que le prodigaba don Pedro de la Ganzúa y que lo ofendian a él.

Pero la vacilacion de Emilio fué interpretada de otra manera por la señorita P..., atribuyéndola a la timidez deliciosa del primer amor, hasta el punto de esperimentar ella misma una impresion agradable, esa impresion de triunfo que nos da una victoria. En esta persuasion continuó:

—No es tan solo la belleza del lugar, los armoniosos acordes de la música, lo que habla al corazon. Esas cosas obran sobre nuestros sentidos, pero el alma aspira más, necesita algo de mas incorpóreo, de mas ideal... Necesita la voluntad.

—Tiene usted razon, señorita; el afecto es lá primera de las condiciones para ser feliz.

—La única...

—¡La única!... dice usted mui bien...

La voz del jóven al pronunciar esas palabras: ¡la única!... revelaba un oculto pesar: ese sentimiento que se acerca al dolor, pero que no es el dolor y que lo esperimenta el hombre cuando ama y duda, cuando fluctúa entre la pasion y la desconfianza, entre el temor y la esperanza; cuando aun no ha hecho su declaracion...

La coqueta volvió a engañarse sobre lo que pasaba

en el interior del jóven, y dejó caer mas neglijentemente su brazo en el brazo de Emilio con ese abandono encantador que emplea la mujer y que es talvez una de las mas fuertes, de las mas irresistibles de sus seducciones.

—¿Sabe usted que le estoi sumamente agradecida a Rafael Arcánjel de Dominguez?...

—¿Habrá hecho a usted algun señalado servicio?

—De veras...

—Parece un jóven mui complaciente, porque a mí sin conocerme me ha llenado de atenciones que no merezco.

—Usted merece mucho... Pero yo, si bien conozco a Rafael Arcánjel de Dominguez casi desde la infancia, nunca me habria figurado que tuviera para conmigo esta misma noche tan oportuna como delicada preferencia.

—¡Esta misma noche!

—Sí, señor; esta misma noche.

Emilio guardó silencio, creyendo impropio de su parte entrar a averiguar asuntos que no le atañian.

La señorita P... dijo con volubilidad:

—¿Tan poco interes tiene para usted un servicio que me hacen a mí, puesto que ni siquiera me pregunta por él? Pero ya que nada me dice, seré yo quien se lo revele.

—Temia, señorita...

—No tema usted tanto, caballero.

—Ya que usted se digna honrarme con esa confianza, me tomaré la libertad de preguntar a usted...

—Ahora no es gracia... Y ahora no se lo permito, sino que lo hago yo por mí misma.

Y la coqueta al hablar asi, miró apasionadamente a Emilio; y bajando en seguida la vista como confusa y avergonzada de lo que revelaban traidoramente sus ojos, agregó en un tono apenas perceptible:

—El gran favor que debo a Rafael Arcánjel es haberme presentado a usted.

—¡Tanta bondad!...

—Quizas cometo una imprudencia al espresarme asi, pero faltaria a la sinceridad...

V.

La señorita P... no concluyó la frase, porque en ese mismo instante fué interrumpida por doña Pacífica y la madre de Emilio, que se acercaron para hablarlos.

Doña Pacífica dijo a la coqueta tomándole cariñosamente una de las manos:

—Vente conmigo, querida, y que te acompañe este caballero, que es hijo de la apreciable señora doña Cármen Cáceres, aquí presente, y yo los colocaré en un lugar conveniente... Ya sabes cuán amiga soi de la Anita y qué lugar ocupo en esta casa.

Doña Cármen Cáceres tambien habló a su hijo, apoyando lo que decia doña Pacífica y dándole las gracias por su atencion amable.

Otro tanto hicieron ambos jóvenes, siguiendo a las dos señoras, que marcharon adelante para mostrarles el camino y dejarlos en el punto preferente.

El lugar designado por la astuta beata era el que estaba mas a la espectativa de Julia; porque comprendiendo que haria la coqueta muchos arrumacos a Emilio, quiso doña Pacífica que la inocente hija de la señora de Ingrand fuese testigo de ellos, con el fin de apartarla mas y mas de su inclinacion naciente.

El plan era bien combinado y surtia los efectos deseados.

Doña Pacífica se complacia observando los movimientos de aquellos corazones, particularmente el de Julia, que estaba completamente a su merced, en el que leia mas claro que en el de ella misma, pudiendo contar hasta sus pulsaciones dolorosas.

La señorita P..., escitada por la presencia de don Pedro de la Ganzúa, que se encontraba a poca distancia de ella, siempre acompañando a la señorita Ingrand, redobló sus cuidados, sus atenciones, casi podriamos decir, sus halagos o sus caricias con Emilio, que, no pudiendo faltar a la política con una señorita tan espiritual como amable, tenia hasta cierto punto que corresponder sus finezas, porque de otro modo habria pasado por un hombre mal educado, y no se hacia tampoco mucho esfuerzo en aparecer obsequioso, porque los requiebros del señor de la Ganzúa para con la interesante Julia, lo molestaban sobremanera, habiéndose propuesto, por esta misma causa, presentarse casi desdeñoso; sin embargo, ¡cuán distante estaba de ello! Habria dado con gusto una gran parte de su existencia por ocupar el lugar que tenia don Pedro, a pesar de los hechizos envidiables y envidiados de la señorita P...

Terminada la cena, se pararon la mayor parte de las señoras y entre ellas Julia, a quien fué siempre acompañando el mismo caballero.

La señorita P... se quedó aun algunos momentos más, en cuyo intervalo vino a saludarla Rafael Arcánjel, que la instó para tomar con él una copa de champaña a la salud de su nuevo y buen amigo don Emilio Escobar.

La señorita aceptó, parándose en seguida con sus demas compañeras para dirijirse donde se hallaba ya la concurrencia, salvo la mayoria de los hombres, que se quedaban o volvian a la mesa para entregarse sin consideraciones de ningun jénero a su bulliciosa alegria.

Emilio, a fuer de cumplido caballero, ofreció el brazo a la señorita P..., acompañándola hasta el lugar en que la habia tomado. Tras de esta hermosa pareja seguia Rafael Arcánjel con algunos amigos, a quienes habia comunicado el pensamiento de traer a Emilio nuevamente a la mesa, ocupada ya únicamente por hombres.

La invitacion del clerical no salió fallida. ¿Cómo resistir a un amigo tan complaciente? Emilio se decidió a acompañarlo.

VI.

Nuestro antiguo tipógrafo fué rodeado y felicitado por muchos jóvenes que se habian apercibido de la buena acojida de la señorita P..., y estimulados por el champaña, principiaron los bríndis.

Emilio, poco acostumbrado a beber, se escitó demasiado, pero nó hasta perder la razon; sin embargo, su entusiasmo creció hasta el punto de entrar al terreno de las confidencias.

Aquí era donde queria verlo llegar Rafael Arcánjel, para arrancarle sus secretos y saber si amaba o nó a la señorita Ingrand o a la señorita P..., que habia sido con él tan pública y decididamente cariñosa.

Emilio, circunspecto por carácter, lo fué tambien entonces a pesar de la escitacion del licor, y solo dijo al ex-seminarista sus preferencias y sus desengaños.

Esto era todo cuanto queria saber el tartufo; y si bien habria deseado arrancar más, tuvo que contentarse con lo poco que le habian comunicado; pero ese poco le bastaba.

Los albores del nuevo dia se dejaban ver.

El brillo de las luces disminuia a medida que el crepúsculo de la mañana se aumentaba.

Varias familias se habian ya retirado, y las que quedaban se preparaban para marcharse.

El espacioso salon donde estaba colocada la mesa principiaba tambien a quedar desocupado.

Los hombres buscaban sus sombreros, sus paltóes y los abrigos de las señoras.

Habian desaparecido casi todas las frutas que pendian de los árboles artificiales.

Solo los naranjos conservaban la mayor parte de las suyas.

Plátanos, piñas, chirimoyas, paltas, etc., quedaban pocas.

A pesar de esto, los sirvientes, siempre atentos,

siempre listos para satisfacer cualquier deseo de los caballeros, se encontraban en sus puestos.

Todavia se chocaban algunos vasos y se hacian entre los jóvenes protestas de amistad.

En uno de esos últimos grupos que quedaban en el salon se veia a Emilio Escobar y a Rafael Arcánjel de Dominguez cariñosamente abrazados.

En ese momento presentáronse dos señoras en el salon: eran dos madres, doña Pacífica Jerez y doña Cármen Cáceres, que venian en busca de sus queridos hijos.

Al verlos tan tiernamente unidos, doña Pacífica dijo a doña Cármen:

—Ya ve usted, amiga mia, cómo se quieren. Es preciso que nosotras imitemos su ejemplo.

La madre de Emilio, por toda respuesta, estrechó la mano de la madre de Rafael Arcánjel.

Los dos jóvenes vinieron donde ellas estaban, y a su turno las abrazaron.

Los coches de doña Ana Balcarce estaban a la puerta esperando las jentes que quisieran ocuparlos. Uno de ellos tomó doña Cármen Cáceres, porque Emilio se sentia un poco mal.

El plan combinado entre la beata y su hijo clerical habia tenido el mas feliz resultado: no habia Julia bailado con Emilio ni una sola vez; ni siquiera se habian hablado...

Y para colmo de felicidad de estas dos personas, Emilio en su aturdimiento habia llegado hasta olvidar el compromiso contraido con Julia antes de ir a la mesa...

DESPUES DE LA FIESTA.

I.

No sabemos por qué pasada una noche de baile, queda un hastio en todo nuestro ser, una especie de cansancio de espíritu y de cuerpo, aun cuando hayamos estado contentos y satisfechos.

Toda esa viveza con que hemos sentido, toda esa variedad de impresiones que han hermoseado las veloces horas de la fiesta, se borran en gran parte de nuestra mente, y la claridad parece disiparlas, y evaporarlas el nuevo sol.

Doña Ana Balcarce se encontró al fin completamente sola con su querida hija.

No se sentia bien y tenia necesidad de conversar con ella. Talvez esperimentaba el mismo hastio, la misma fatiga de que acabamos de hablar.

—Y bien, Julia, dijo la madre echando el brazo al rededor del cuello de su hija, ¿qué te ha parecido el baile?

—Espléndido, madre mia; al menos esta es la opinion de todos y tambien la mia.

—No quiero hablar del arreglo de la casa, ni de los mas o menos esquisitos manjares, sino saber si te has

encontrado bien o mal; si has estado contenta; si te has divertido, en una palabra.

—Poco, madre mia.

—¿Por qué?

—No sabré decírselo, pero esa es la verdad.

—Lo siento, porque mi objeto único era distraerte y que conocieras mejor a la sociedad de Santiago.

—Quizas no es este el medio de conocerla mejor.

—¿Asi lo crees?

—Se me figura que en una reunion de esta clase, nadie se presenta como es, sino como quiere aparecer.

—Tienes mucha razon.

—De manera que, como dice el adajio, uno ve caras pero no ve corazones.

—Esa es la verdad.

—¿De qué sirven entónces estas diversiones?

—Sirven al menos para hacerse de relaciones y para conocer bajo un punto de vista a la sociedad en que una se ve obligada a vivir, pues asi se descubre una de sus faces; y haciendo comparaciones entre esta existencia ficticia, esta existencia de aparato y la manera de ser habitual de las personas; haciendo esta comparacion, repito, se saca mucha enseñanza, pues se aprende a conocer el valor positivo, el valor mas o menos real de los hombres; y digo de los hombres, comprendiendo la sociedad en jeneral.

—Está bien, madre mia; pero creo que ese aprendizaje cuesta mas sacrificios que provechos da...

Y Julia dijo esto con tono tan triste, que doña Ana no pudo menos de notarlo y la preguntó con interes:

—¿Qué tienes, hija mia? ¿has sufrido algo? No te encuentro la misma de siempre.

—En verdad, estoi un poco fatigada y nada mas.

—Te desconozco.

—Nada tengo de nuevo, madre mia... Talvez el cansancio que trae consigo una noche de insomnio.

—Pues bien, hija mia; vete a acostar y mas tarde hablaremos.

Julia abrazó a su madre y se retiró a sus habitaciones.

Pero apenas se encontró sin testigos, cuando dió rienda suelta a su afliccion y rompió en sollozos, echándose vestida sobre un sofá.

II.

Juana, la camarera de Julia, a quien ya conoce el lector, advertida por la señora de Ingrand, se dirijió al dormitorio de su jóven ama con el fin de desnudarla.

La sorpresa de la sirviente cuando vió a Julia en aquel estado, fué grande.

¿Qué le habrá pasado a la señorita? dijo entre sí misma. Y se quedó casi inmóvil en el umbral de la puerta, sin atreverse a pasar adelante.

Julia continuaba sollozando recostada en el sofá, cubierta la cara con sus dos manos.

Juana hizo ruido para llamar la atencion de la señorita Ingrand.

Julia se sobresaltó creyendo fuera su madre, pues le hubiera sido mui sensible que la sorprendiese en el

estado en que se encontraba, no sabiendo qué esplicacion darle sobre tan repentina y al parecer inmotivada afliccion; pero apercibiéndose que era Juana, le dijo:

—No te necesito; déjame sola.

—Pero señorita, repuso la sirviente con voz suplicante, ¿qué es lo que su merced tiene? ¿No puedo yo servirle de algo?

—Nó, Juana, nó...

—¿No quiere su merced que la desnude?

—Tampoco.

—¿Llamaré a la señora?

—Bajo ningun aspecto... Por nada de este mundo, esclamó Julia precipitada y decididamente.

—Su merced puede enfermarse si permanece asi despues de una noche...

—Te pido por favor que me dejes sola, interrumpió Julia en un tono que revelaba que debia ser obedecida.

Juana se retiró, no sin haber vuelto repetidas veces la cara como esperando ser llamada.

Julia no dijo una palabra, y Juana tuvo que salir.

—Pobre muchacha! esclamó la señorita Ingrand cuando su sirviente se hubo marchado; me quiere y se interesa por mí. Pero qué alivio puede darme? Ni qué puedo yo decirle? Sufriré sola... ¡Qué triste, qué doloroso es ahogar sus penas! ¡Qué amargo es beber sus lágrimas!

Y Julia, despues de espresarse asi, guardó el mas profundo silencio por un largo rato.

Sus ojos estaban ya enjutos, pero esta impasibilidad era mas terrible que las lágrimas.

La calma del mar antes de la tormenta, ese silencio precursor de la tempestad cuando se preparan los elementos para la jigantesca lucha; esa calma, decimos, es mas imponente, mas espantosa que los furores de la tormenta misma, porque ella encierra lo desconocido, encierra el misterio, y el misterio nos sorprende o nos amedrenta más que la realidad...

El mismo fenómeno se opera en el pecho humano: hai una especie de paroxismo antes que las pasiones se desencadenen. Parece que la naturaleza del hombre se preparara para sufrir el choque y tomara aliento antes del estallido; pero ese momento es horrible, mas horrible talvez que el resultado... Sucede igual cosa a la que sucede en el mar, a la que sucede en los cielos... Antes que el devastador pampero arrase las campiñas de la República Arjentina, hai un momento en que todo duerme... y ese tétrico silencio produce el espanto, y hasta los animales lo conocen por instinto y huyen despavoridos por precaucion.

Julia sentíase morir... todas sus ilusiones habian desaparecido en un instante, de un solo golpe... todos sus ensueños de felicidad estaban caidos... Esa esperanza que la hacia vivir y que la hacia gozar; esa esperanza que habia comunicado a su amiga Sofia y que habia llegado a convertirse para ella en una certidumbre, en una realidad, estaba para siempre destruida, habia muerto para siempre, porque habian empleado para matarla el arma mas terrible: el desprecio!...

Emilio habia estado casi toda la noche con la señorita P... Habia tenido para con ella miramientos de toda especie. Habia bailado con ella repetidas ocasio-

nes. La habia conducido a la mesa, se habia sentado a su lado y parecia que se ocupaba completa y esclusivamente de ella.

La señorita P... se habia mostrado afable, seductora... Habia desplegado a la vista del jóven el imperio todo de sus atractivos. Su dulce y embriagadora mirada habia bañado, sin duda, de delicias celestiales el alma de Emilio. Cuanto habia visto en aquella noche fatal, cuanto habia presenciado, cuanto habia oido, le decia clara e infaliblemente que se amaban o habian principiado a amarse.

Salvo algunos fugaces instantes en que ella habia creido apercibir en los ojos de Emilio los destellos de la pasion; salvo esos momentos en que fué feliz porque se creyó adivinada y correspondida, el resto de la noche, desde el principio hasta el fin, habia sido para ella un verdadero martirio.

Pero todo eso, si bien desgarrador, si bien duro y amargo, no era mas que un juguete, no era nada, comparativamente nada, con lo que habia esperimentado últimamente: ¡con el desprecio!

Emilio la habia convidado a bailar, habia obtenido su palabra, habia contraido un compromiso, ¡y de todo esto se habia olvidado! ¡No habia guardado con ella ni las frias consideraciones sociales, ni la respetuosa o amable galanteria que se le debe siempre a una señorita, ni la urbanidad propia de un caballero, y que un caballero no debe olvidar jamas!... Pero la conducta de Emilio, el desprecio de Emilio era todavia mas directo, mas craso, mas ofensivo, mas ultrajante: ¡no habia tenido siquiera el cuidado de disculparse! No le

habia dado la menor escusa, la menor insinuacion para encubrir o paliar su falta!... Hé aquí lo que no podia soportar... hé aquí lo que mas la hacia sufrir, lo que la mataba!...

¡Pobre niña! Apenas comenzaba su carrera, apenas habia aparecido en los umbrales de la vida, ¡y ya principiaba a sufrir!

Y no se diga que esas decepciones son un sufrimiento frívolo, un sufrimiento pasajero; nó. En primer lugar, porque a nadie le es dado clasificar los sentimientos. Sucede muchas veces que lo que es insignificante para uno, es mui grave para otro; porque todavia no hai barómetro, no hai pauta, no hai regla, no hai instrumento, ni lo habrá tampoco, que pueda marcar con precision matemática la sensibilidad humana: cada cual sufre y goza a su manera. Cada cual es el único que determina o la intensidad de sus penas o la vivacidad de sus placeres. Y esto se comprende, porque si bien el hombre es una unidad, el individuo es una personalidad; y si bien hai mucho de comun entre unos y otros, hai tambien mucho de distinto.

En segundo lugar, porque la pasion del amor es la primera de todas las pasiones, la mas grave, la mas profunda, la mas natural, y por consiguiente la mas fuerte y la mas intensa; ¿por qué estrañarse entonces de los estragos que hace, de los dolores que causa cuando la correspondencia cesa, cuando el hilo conductor que lo comunica a los seres se corta? En cambio, cuando ella subsiste pura y con todo su ardor, con toda esa vehemencia divina, ¡qué de placeres no da!

qué de inefables goces no proporciona!... El amor lo depura todo, casi lo diviniza todo! La falta, el crímen mismo fundido en ese crisol se depura... Sin embargo, no puede existir el amor en consorcio del vicio o del crímen: ellos son antípodas, polos opuestos que se rechazan, fluidos distintos que jamas se asimilan.

Pero como en nuestro actual modo de ser el amor no es otra cosa que una entretencion pasajera, cuando más un capricho, no creemos que pueda causar estragos de trascendencia ni procurar dichas inefables, y por esta razon el abatimiento de Julia parecerá a muchos exajerado; sin embargo, no era asi: la sensible niña habia esperimentado una decepcion amarga, un choque demasiado fuerte para su naturaleza, para su edad y para su candorosa inocencia...

III.

Julia se levantó del sofá, resignada al parecer, pero con el alma adolorida, destrozada... La palidez de su rostro no provenia tanto del dolor físico, cuanto del combate interior que esperimentaba en ese momento.

Pasiones diversas, contradictorias las unas a las otras, bullian en su pecho.

Ella no podia olvidar las ardientes y apasionadas miradas de Emilio, que aquella misma noche le decian claramente que era amada.

Si los labios del jóven se lo hubieran dicho por medio de la palabra, talvez habria dudado de la veracidad de su espresion, pero no podia dudar del inimi-

table lenguaje de los ojos, de la fisonomia, de la actitud, del semblante, de ese todo y de ese nada indefinido que no se puede esplicar pero que se siente y se comprende, porque es persuasivo como la verdad y mas elocuente que la voz misma, aun cuando la voz tiene modulaciones que electrizan, ondulaciones de sonidos capaces de revelar cuanto interiormente nos ajita, ya sea el amor o el odio, la cólera o la tranquilidad, el perdon o la venganza.

Mas todas esas ilusiones, todas esas esperanzas que alcanzaron a adquirir un instante el grado de una gran certidumbre, habian desaparecido con la conducta posterior del jóven...

Ella esperimentaba, pues, afectos opuestos, contradictorios: amaba y le parecia aborrecer; aborrecia y creia amar. Tenia despecho, ira, vergüenza; pero a un mismo tiempo apreciacion justa de sí misma, mansedumbre en su corazon y la enerjia de la dignidad.

Este choque violento y sostenido a la vez que la atormentaba atrozmente, la mantenia indecisa, sin saber cómo debia obrar, cuál fuese el camino que le conviniera seguir, porque temia ser o demasiado rigorosa o demasiado induljente para consigo misma y para con Emilio.

¿Tengo acaso derecho de ofenderme? se preguntaba a sí misma; y desde este punto principiaba la duda, principiaba la incertidumbre...

De vez en cuando disculpaba a Emilio y de vez en cuando lo acriminaba, y esta fluctuacion iba a agravar tambien sus pesares.

Al fin se dijo: «El mejor partido que puedo tomar

es consultar a mi amiga Sofia. Ella me aconsejará... ella me dirá qué es lo que debo hacer.... ella me arrancará el dardo que me despedaza, y aun cuando haya abierto en mí una profunda herida, ella sabrá cicatrizarla, y sanaré...

Dicho esto, la señorita Ingrand se sentó a una mesa, tomó una pluma y principió a escribir. Habia en sus movimientos y en su decision algo de febril, porque no se detenia a reflexionar, sino que seguia con una rapidez sorprendente: parecia que la pluma no alcanzara con sus caracteres a trazar lo que tenia agolpado en su cerebro...

Las hojas de papel se sucedian las unas a las otras sin volverlas a leer, sin siquiera revisarlas.

Al fin terminó y lanzó un suspiro de su pecho oprimido...

Reclinó su hermosa cabeza, cubierta aun con los adornos que llevaba en el baile, apoyándola sobre su brazo izquierdo, y quédose pensativa, sin hacer el menor movimiento y con sus ojos completamente cerrados...

Pasado un instante se paró nuevamente. Sus mejillas estaban mui sonrosadas y sus hermosos ojos tenian una viveza estraordinaria.

—Tengo calor... Me ahogo... esclamó, y desabrochó rápidamente su corsé como si le oprimiera.

Cerró en seguida la carta, puso el sobre y tiró del cordon de la campanilla.

Juana apareció en el acto. Habia estado todo ese tiempo en observacion por el agujero de la llave, no tanto impulsada por la especial recomendacion que

tenia de parte de don Juan Ugarteche y de doña Pacífica, cuanto por el cariño que esperimentaba por su buena e interesante ama.

—No sé qué tengo, Juana, dijo Julia a su sirviente, pero me siento por instantes con mucho calor y en otros esperimento un frio glacial.

—Estará su merced constipada.

—Puede ser; pero esto no es de la menor trascendencia; pasará... Ahora necesito que me pongas esta carta en el correo hoi mismo... Me interesa...

—Asi lo haré, señorita.

—Vé luego.

—¿No preferiria su merced que la desnudara antes para echarse en la cama? Esto seria lo mejor para el estado en que su merced se encuentra.

—Puede ser; pero prefiero que antes de todo vayas al correo.

—Obedeceria a su merced en el acto si no fuera un viaje inútil, pues lo mismo da que deposite la carta a las siete de la mañana, cuando la balija solo sale a las cinco o seis de la tarde.

—Tienes razon... Ayúdame entonces a desnudarme.

Julia se echó en la cama sin proferir palabra, sin quejarse...

Juana estaba alarmada, y todavia mas alarmada con el silencio que guardaba su jóven ama.

En balde ella le hacia algunas preguntas; Julia no respondia.

Esta no habia sido jamas su costumbre, porque era siempre hasta cierto punto familiar con Juana, a quien estimaba y queria.

La muchacha no insistió, por no incomodarla; pero determinó comunicar a la señora doña Ana el estado en que se encontraba la señorita Julia.

Despues de llenar la sirviente todos los menesteres del dormitorio de Julia; de haber puesto la ropa en su lugar, etc., quedóse todavia un momento para ver si la necesitaban o era llamada; pero guardando Julia el mismo silencio, se retiró poniendo la carta en su bolsillo para echarla en el correo; antes de esto estaba, como ya lo sabemos, obligada a llevársela a la señora doña Pacífica Jerez o al señor don Juan Ugarteche, pues si llegaran a descubrir que esa comunicacion habia pasado sin ir primero a poder de alguna de estas dos personas, se veria espuesta Juana a la santa cólera clerical, que es mas implacable que la de nadie; y no tan solo se comprometia ella, sino que perdia talvez a toda su familia por secretos de que el santo sacerdote era poseedor, de los cuales se habia apoderado por medio del confesonario, que se introduce en todas partes y por todas partes, institucion realmente diabólica, realmente perniciosa y que mina no menos realmente los fundamentos de toda la sociedad; pues aun cuando no se crea en el confesonario, aun cuando no se practique nunca, aun cuando se le desprecie y se le odie como merece ser odiado y despreciado, no por eso se ve uno exento de sus tiros, no por eso se escapa de sus acechanzas ni puede eludir sus redes, porque el padre, el hijo, el hermano, la esposa, los sirvientes, todo el mundo, en una palabra, se venden el uno al otro sin pensarlo, sin quererlo, o queriéndolo y pensándolo con la mejor intencion y

con el mas sano propósito! Tal es la aberracion a que nos conduce esta estraña práctica, esta singular doctrina, hija del mas raro y estúpido fanatismo!... Empero, llegará la época en que esto desaparezca... El jénero humano, por una lei oculta pero visible, marcha adelante... El perfeccionamiento se opera en la sociedad asi como en los mundos... Es la tendencia de todo cuanto existe; porque talvez, y sin talvez, se manifiesta en él la voluntad del Creador, del Gran Arquitecto, como dicen los masones; del Gran Jeómetra, como lo denominaba Platon.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA MEXICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

NUEVAS HEREJIAS EN CHILE:

Matrimonio civil, Rejistro civil, Abolicion del fuero eclesiástico, Panteones laicos, Separacion de la iglesia y el estado.

I.

Hemos narrado lo que pasaba despues de la fiesta en casa de la señora Ingrand. Vamos a ver ahora lo que sucedia en la de doña Pacífica Jerez.

El cuadro era sumamente distinto. Mientras el dolor y la decepcion estaban en la primera, la alegria del triunfo se notaba en la segunda.

Madre e hijo se habian felicitado de sus maniobras; y mientras allá se lloraba, acá se reia.

Este es el mundo en grande como en pequeño; y no puede ser de otra manera en tanto que se piense que del mal del uno nace el bien del otro, o por la inversa, que del bien del otro nace el mal del uno.

Esta es una falta mui grave en que todavia están los hombres. Es un error político, social y económico; pero mas tarde vendrá la luz y aclarará estos antros de la intelijencia, estas oscuridades donde no ha penetrado aun la luminosa antorcha de esa doctrina de amor, de paz y tolerancia recíproca predicada por Je-

sus con su palabra, y sancionada, hasta cierto punto, con su corta práctica, si bien esparcida por todo el mundo, por la fuerza del verbo que ha ido repercutiéndose de edad en edad, de jeneracion en jeneracion, de siglo en siglo, y que continuará siempre adelante hasta aquellas épocas cuyo porvenir se nos oculta en los vapores de lo desconocido, en las nieblas del infinito...

II.

Doña Pacífica Jerez decia a su hijo:

—Te has portado mui bien. No creia que tuvieras tanto talento.

—De tal madre, tal hijo, contestó el clerical con cierta socarroneria.

—Sin embargo, yo te he dejado mui niño. Tanto tu educacion como tu instruccion las debes principalmente al santo e ilustrado rector del Seminario.

—Es la verdad, y le estoi por ello mui agradecido.

—Tienes mucha razon. Respétalo siempre, quiérelo siempre.

—Y tanto mas estoi obligado a respetarlo y quererlo, cuanto que es de él de quien todo lo espero.

—No te contradigo; pero tambien debes tomar en cuenta los méritos del señor don Juan Ugarteche. No quiero hablarte de mis esfuerzos personales, porque ellos son interesados, pues trabajando por tu felicidad hago tambien la mia.

—Sé que usted es una madre cumplida, una madre adorable; y en cuanto a los favores y a la parte que toma el señor don Juan en favor mio, tambien se los

agradezco; pero no hai comparacion entre el uno y el otro.

—Advierte que don Juan Ugarteche es un santo, un apóstol.

—No lo niego; pero donde hai bueno hai mejor.

—¡Lo que son los colejiales! nada hai comparable a sus maestros.

—Y lo que son las beatas! nada hai comparable a sus confesores.

—No uses conmigo esa palabra de beata.

—Pero beata quiere decir bienaventurada; asi me lo han enseñado.

—Querrá decir lo que tú quieras; pero es el caso que la sociedad la toma en un sentido mui distinto.

—¿Y qué tenemos nosotros que hacer con la sociedad?

—Mucho, amigo mio.

—¿No tenemos por acaso de nuestra parte al partido católico, al partido relijioso, y particularmente a los unjidos del señor?

—Fuera de duda; pero la sociedad no se compone solo de ellos.

—¿Y no son ellos los que dominan la sociedad?

—Sin embargo, tienen que luchar.

—¿Por qué?

—Porque hai muchos protestantes, muchos masones, muchos libre-pensadores, muchos herejes, en una palabra.

—¿Pero qué tenemos nosotros que hacer con esa jente?

—Más de lo que tú te figuras.

—Si somos la mayoria, si somos fuertes, echémoslos del pais y habremos concluido.

—Para llegar a ese punto, que es la aspiracion principal de nuestros sacerdotes, porque ellos quieren tener, y con mui justa razon, una sola grei, un solo rebaño de que ellos sean los celosos pastores, para llegar allí es preciso trabajar, luchar, vencer.

—Trabajaremos, lucharemos y venceremos.

—Ya ves cuánto nos cuesta. Tú mismo puedes ser juez; ¿de qué distintos medios no tenemos que valernos para realizar tu enlace?

—Pero eso es cosa diversa.

—Que va, sin embargo, al mismo objeto.

—Ya lo veo; pero aquí estamos en terreno de creyentes.

—Y aun en terreno de creyentes se nos puede escapar; porque en la actualidad no hai esa fé ciega ni esa obediencia pasiva a nuestros directores espirituales. Antes, hijo mio, el consejo de un sacerdote era seguido como un consejo del mismo Dios. La palabra de un sacerdote era escuchada con santa humildad y santo respeto. La persona de un sacerdote era una persona sagrada; mientras que ahora, aun en los que se denominan católicos, se encuentran resistencias...

—Que venceremos.

—Sí, querido hijo mio; espero en Dios que asi suceda, y nada mas que con este fin es que tratamos de hacer tu enlace, pues aun cuando con él no se remediará por completo el mal, sin embargo, se pueden obtener algunas ventajas, y cada uno está obligado a contribuir por su parte a obra tan importante, tan ne-

cesaria, tan misericordiosa como es la salvacion del jénero humano.

—Soi en todo de sus opiniones, querida madre mia, pero no veo la relijion tan combatida, ni la fé tan espuesta como usted se complace en presentármela, sin duda para que yo me afirme más en ella; pero esto no es necesario, porque yo he nacido católico, he vivido católico y moriré católico.

—Tus palabras, querido hijo mio, llenan mi alma de gozo. Soi una madre feliz, gracias a Dios... Nada temo por tí... Sé que siempre serás el mismo y seguirás adelante en el camino de la perfeccion. Pero como buena católica que soi, o que espero y quiero serlo, una debe mirar por los otros tanto o más que por sí misma. Y como ahora la incredulidad cunde, es indispensable, como lo ha dicho el ilustre rector del Seminario y el santo apóstol don Juan, combatirla a todo trance.

—¿Dónde está tanta incredulidad, que yo no la veo, que yo no la encuentro?

—Es que tú has estado solo rodeado de buenos ejemplos. Es que tú, despues de salir de mi regazo, has vivido en el Seminario. Es que allí todo es relijion y santidad, respirándose solo el incienso que se eleva al Señor... Y es, por último, que solo has salido ayer de ese sagrado recinto y no conoces todavia el mundo.

—Tambien en el Seminario no dejan de haber algunos impios.

—Pero pocos, mui pocos, y creo que tratarán de espulsarlos.

—Asi se trata de hacer; pero hai algunos que disimulan; sin embargo, conmigo esto era bien difícil, porque sabia descubrirlos.

—En lo que hacias bien y supongo que se lo comunicarias en el acto al señor Larrañaga.

—En el acto.

—Era tu deber... Pero como te iba diciendo, tú no conoces todavia el mundo, ni los manejos de que se valen los impios.

—Puede ser, y agregaré más: no quiero saberlos.

—Eso depende del gran ódio que les tienes; está bien.

—¿Y quién no odia al pecado?

—Perfectamente dicho, y apruebo tu celo relijioso; sin embargo, como tendrás en breve que jugar un rol activo en la sociedad, es preciso que sepas todo aquello de que se trata, particularmente en lo que concierne a nuestra santa relijion.

—Veamos.

—Se trata nada menos que de despojar de sus privilejios a los unjidos del Señor!... Se trata de considerarlos como simples hombres y de someterlos a la jurisdiccion civil.

—¡Qué barbaridad! Esto es increible...

—Y sin embargo, es asi. ¡Como si los sacerdotes no estuvieran mas alto que toda otra potestad en la tierra, desde que son ministros de Dios!

—Esto no necesita ni aun de discutirse, mucho menos de ponerse en duda, y menos aun de negarlo y de destruirlo.

—Pero los impios pretenden que son hombres, que

son ciudadanos, clasificándolos a su antojo, y que deben estar sujetos a la lei civil.

—Nunca habia oido decir tan gran disparate, ni me figuraba siquiera que pudiera caber en cerebro humano, en un cerebro regularmente organizado.

—¡Y sin embargo, se llaman sábios los que pretenden establecer tan monstruoso absurdo!

—Serán sábios del Diablo.

—Y no se detienen solo aquí.

—¿Qué más pretenden?

—Quieren quitarles a los sacerdotes sus rentas, no pagar el culto, no edificar iglesias, nò dar a los príncipes de la iglesia con qué vivir.

—Eso no lo creo... No lo podrán nunca hacer.

—¡No lo crees! Pues es la verdad. Dicen que cada cual debe pagar su culto y que es preciso separar la iglesia del estado.

—Pero un estado sin relijion ¿lo concibe usted? ¿Pueden concebirlo ellos?

—Afirman que el estado no es persona, ni es entidad, ¡y qué sé yo qué otros miles de disparates!

—Que por su misma estravagancia no merecen que se les haga caso.

—Sin embargo, el mal cunde, y cunde de una manera espantosa.

—Lo atajaremos.

Y Rafael Arcánjel, creyendo sin duda ser ya poseedor de la pingüe herencia de la señorita Ingrand, habia dicho con marcada arrogancia: lo atajaremos...

III.

Doña Pacífica miró a su hijo un poco sorprendida de aquel tono satisfecho, pero no conviniéndole desengañarlo, agregó:

—Y no solo desean establecer lo que te tengo dicho, sino que aun quieren inmiscuirse en los santos sacramentos, tales como el matrimonio y el bautismo.

—Usted exajera, madre mia.

—Por desgracia, es la pura verdad.

—Pero esas son atribuciones esclusivas de la iglesia, y está en su derecho desde el principio de los siglos.

—Pretenden que nó.

—Estarán locos, y para los locos no hai mas remedio que la casa de Orates... Con los locos no se discute; se les amarra, se les encierra o se les pone camisa de fuerza.

—Pero son locos que se creen cuerdos, y por desgracia son la gran mayoria.

—¡Qué falta nos hace la santa inquisicion! Con ella ya habriamos limpiado toda esa polilla y habriamos aventado sus cenizas al viento.

—¡Calamitosos tiempos por los que pasamos! Asi lo afirma y asi lo dice nuestro santísimo padre Pio IX en cada una de sus encíclicas, en cada una de sus amonestaciones a los fieles.

—¡Pero eso, madre mia, de quitar el matrimonio y el bautismo de manos de la iglesia no puede efectuarse, porque los mismos que proponen semejante absur-

do tendrán que ir a la iglesia si se casan, o a la pila bautismal si tienen hijos, pues de otra manera no puede haber esposa lejítima, ni niño cristiano. ¿Por qué no vivir entonces como los salvajes? Asi estariamos mejor...

—Pero eso es lo que quieren, te lo aseguro.

—Imposible, imposible... Ellos serán los primeros en llamar al sacerdote para que case a sus hijas; de otra manera no se las darian a los hombres.

—Es que han inventado unas palabras de matrimonio civil, de rejistro civil.

—Que inventen lo que quieran, siempre serán frases y nada mas que frases; pero en último resultado, tendrán que apelar siempre a la iglesia, que llamar al cura...

—Dicen que se casarán delante del juez.

—Ja, ja, ja... ¿Y usted está creyendo esto?

—Yo quisiera no creerlo; pero todo el mundo habla de eso mismo, y hasta los periódicos se ocupan de ello, y se ocupan con tenacidad. Ya se ve que son esos diarios impios los principales que tratan del asunto y los que lo tratan con mayor empeño...

—Toda nuestra sociedad es católica.

—La mayoria, es cierto; pero el mal cunde de una manera estraordinaria. Esto mismo le he oido decir a todas las personas piadosas, sin tomar en cuenta a sus sacerdotes que tienen una opinion idéntica y con mayor motivo que los otros.

—No puedo suponer que vaya tan lejos el mal.

—Todavia no te lo he dicho todo.

—¡Hai más aun!

—Llegan hasta pedir que los cementerios, donde hasta hoi dia no se han sepultado mas que católicos, reciban tambien a individuos de otras creencias, denominando a esos santos lugares en que descansan las cenizas de nuestros antépasados, *¡cementerios laicos!*

—Eso es un sacrilejio.

—Asi lo consideramos nosotros.

—¿Entónces piensan invadir todas las santas atribuciones de la iglesia?

—Justamente.

—¡Justamente! pues guerra a muerte con los impios. Esterminémoslos todos hasta que no quede uno.

—Furor sagrado, furor evanjélico, que me deleita y me conmueve... Si estuviera presente el rector del Seminario y don Juan, ¡cuánto no se complacerian en oirte espresar como acabas de espresarte!

—Quizás me aprobarian.

—Indudablemente; pero dejemos esta cuestion.

—¿De qué quiere que hablemos?

—De tí, hijo mio, de tu plan, de tus propósitos, de tu futuro enlace, porque estoi segura, segurísima de que se realizará.

—Tanto mejor, porque asi tendremos medios de combatir; ¿pero qué me iba usted a decir de mí?

—Iba a decirte que si no estabas fatigado, si no tenias sueño, seria conveniente que nos fuéramos a consultar con el señor Larrañaga y el señor Ugarteche.

—Podria hacer lo que usted me indica sin un fuerte sacrificio; pero, le confieso, preferiria por el momento

otra cosa, a pesar del interes o del estímulo que usted me presenta en el asunto.

—¿Qué cosa prefieres hacer?

—Irme a acostar.

—¡Es posible! Cuando se trata de un asunto de tanta importancia! Cuando tengo que comunicarles a nuestros santos directores todas mis observaciones, todo lo que tú has hecho y los secretos que he sorprendido!

—Por la misma razon.

—¿Cómo por la misma razon?

—Justamente porque la conferencia es importante, se necesita tener la cabeza fresca; y despues de una *buena noche* como la que yo he pasado y en tan agradable compañia, no están mis ideas mui claras; con que así, madre mia, sigamos aquel adajio que dice: *despacio Anselmo, que andamos de prisa.*

—Me persuades.

El astuto monigote tenia razon: los negocios de importancia deben tratarse con la cabeza fresca.

La madre encontraba en su hijo talento de observacion que no le habia conocido y del cual se admiraba, sin comprender que la educacion sacerdotal es la mas idónea que existe para refinar la malicia y la hipocresia, si están en la naturaleza del niño, o para provocarlas y hacerlas jerminar si no provienen de sus instintos; de manera que tanto en un caso como en otro, estos dos hermosos frutos de la enseñanza de los Seminarios se producen en los individuos con mayor o menor intensidad, pero siempre se producen.

BIBLIOTECA NACIONAL

PLAN DE CAMPAÑA.

I.

La noche de ese mismo dia, despues de haber dormido algunas horas, como se lo habia aconsejado Rafael Arcánjel a su digna madre la señora doña Pacífica Jerez de Dominguez, estos dos personajes se dispusieron para presentarse en casa del buzonero del cielo, que era la que estaba mas inmediata, y tomar de allí un carruaje que los condujera al tajamar arriba, es decir, al Seminario, donde encontrarian infaliblemente al director de ese establecimiento, de cuyos consejos necesitaban ahora más que nunca, pues habia llegado segun ellos el momento decisivo, momento que era necesario aprovechar a todo trance, porque de él dependia el éxito.

Tanto en la opinion de doña Pacífica como en la de Rafael Arcánjel, era incontestable la superioridad de jenio, de inventiva y de astucia del señor Larrañaga sobre el señor Ugarteche, si bien la fé, la uncion, la relijiosidad de éste último eran a su vez superiores a las del primero.

El partido estaba equilibrado, y el ex-seminarista necesitaba del apoyo de ambos elementos, aun cuando

para vencer creia mas idóneo a su antiguo maestro; pero como poseia al uno y al otro, no estaba en la necesidad de optar entre ellos, sino que cada uno desempeñaba su rol.

Serian las siete de la noche cuando se dirijieron a casa de don Juan. Habia todavia la claridad del crepúsculo.

El clérigo estaba en su ocupacion favorita: examinaba el contenido de la arca misteriosa en que se depositaban las piadosas o profanas solicitudes de las hijas predilectas de Maria.

—¡Siempre incansable! siempre ocupado de las cosas divinas!... dijo doña Pacífica al ver al clérigo y dando a su voz esa entonacion de maravillosa sorpresa que produce la vista de un hombre consagrado esclusivamente a un solo y único objeto.

—Es mi deber, hija mia. Y don Juan Ugarteche, volviendo la cara, miró con afabilidad a la persona que entraba; pero apercibiendo a Rafael Arcánjel dejó su asiento y dándole la mano le dijo:

—¿Cómo está usted, amigo mio?

Esta política de don Juan para con el hijo de doña Pacífica provenia de que lo consideraba ya como poseedor de una inmensa fortuna; y como una inmensa fortuna puede hacer muchos bienes, era necesario acatar al dueño de ella.

El ex-seminarista respondió al saludo del clérigo con la mayor sumision, con el mayor acatamiento; y llevando la mano que le habia presentado don Juan a sus labios, agregó:

—Esto es lo mismo que besar una santa reliquia.

—Hijo mio, esclamó el buzonero del cielo llevado de un santo entusiasmo, entusiasmo provocado por la accion de Rafael Arcánjel; tú no podrás menos que ser una de las lumbreras o uno de los baluartes de nuestra sagrada relijion.

—Con la ayuda de Dios y la suya, señor, espero tener esa felicidad.

—Confia en nosotros, hijo mio; haces mui bien.

Doña Pacífica interviniendo, dijo:

—Y tal es nuestra confianza, que venimos a consultar con usted el resultado obtenido en el baile.

—Me dicen que ha estado espléndido.

—Sí, señor; era una verdadera maravilla. Parecia aquella casa un verdadero palacio encantado.

—Debe haber gastado una suma enorme.

—Enormísima; pero es tan rica la Ana Balcarce, que todo eso es nada para ella.

—¡Y con una sola hija! ¡Qué partido, amiguito! Y el clérigo puso su mano en el hombre de Rafael Arcánjel, como quien dice:— "Mira la breva que te espera."

El tartufo, viéndose aludido tan directamente, contestó:

—Que se haga en todo la voluntad de Dios y la de ustedes, sabios y santos sacerdotes de las almas...

—Tu resignacion y tu humildad, asi como tu obediencia, serán premiadas...

—Todo mi anhelo, toda mi gloria, está en servir a ustedes, porque sirviéndoles a ustedes sé que sirvo a nuestra santa relijion y que me sirvo a mí mismo...

—Qué madre tan feliz! esclamó don Juan dirijién-

dose a doña Pacífica. Y bien, señora, agregó: ¿qué me iba usted a consultar?

—Lo acontecido en el baile; ¿pero no le parece a usted preferible que fuésemos donde el señor Larrañaga, para que ambos nos dijesen lo que debamos hacer en las actuales circunstancias?

—Los consejos del señor Larrañaga son mui necesarios, son indispensables.

—¿Seria para usted incómodo el acompañarnos?

—Mucho tengo que hacer; pero por complacer a ustedes iré. Aun es temprano y a las nueve podemos estar de vuelta. Pero permítanme escribir dos líneas para una confesada que me espera, mientras ponen el coche...

—Cuánto siento privar a esa alma de sus ausilios espirituales.

—No hai cuidado; es de las nuestras... escrupulillos de conciencia y nada más... es una señora mui timorata...

—Entonces no es mucha la pérdida; de lo contrario hubiera preferido postergar mi dilijencia...

—Mucho mas me interesa tu asunto. Y don Juan tiró del cordon, ordenando al criado que pusiese el coche en el acto.

Pocos momentos despues marchaban los tres en un coche cerrado con direccion al Seminario.

II.

Pasaremos por alto las salutaciones amistosas de aquellos santos personajes, para concretarnos al asunto principal.

La señora doña Pacífica Jerez y su hijo hicieron una descripcion prolija de toda aquella espléndida fiesta.

Los dos clérigos escuchaban con atencion, porque siempre se puede sacar algun provecho de esos nimios detalles, que para otros pueden ser frívolos o inútiles, pero que para los que hacen profesion o granjeria del altar, tienen su interes.

Anunciaron tambien una a una las familias que habian asistido, las niñas que iban mejor adornadas, los caballeros que las habian acompañado y todos esos mil incidentes peculiares de una fiesta de esa naturaleza y de los cuales una persona observadora deduce consecuencias que no carecen de fundamento y que llegan a tener casi siempre un resultado práctico. Para esta clase de observacion y de deducciones no hai como las beatas, pues investigan y analizan perfectamente, y su ojo escrutador y malicioso todo lo ve, o si no lo ve lo adivina.

En seguida pasó doña Pacífica a esponer la manera como se habia conducido Rafael Arcánjel y ella misma, narrando con esmerada puntualidad todo cuanto habia sucedido respecto a Julia y Emilio, de cuyos acontecimientos está ya en posecion el lector.

—Bien, mui bien, dijo el rector cuando hubo concluido la beata.

—¿Aprueba usted, señor, nuestro proceder?

—No solo lo apruebo sino que lo admiro... No me figuraba que ustedes fuesen capaces de tanto. Han llevado la intriga con una maestria, con un tino digno de todo elojio.

—¿Y cuál será el resultado, señor?

—El resultado no puede ser sino favorable.

—¿Tendria usted la bondad, señor, de esplicarse?

—No veo inconveniente: la señorita Ingrand no puede menos que estar despechada, humillada, talvez furiosa; y de aquí, ustedes comprenden, nacerá todo, resultará todo...

—Asi parece, dijo don Juan Ugarteche.

El rector del Seminario continuó:

—Aunque es mucho conseguir el que no llegaran a juntarse, no era esto el todo; lo principal ha sido el hacer olvidar a Emilio su compromiso dejando burlada a Julia: una mujer jamas olvida un desaire, y esa disposicion de su espíritu se puede esplotar maravillosamente.

El rector tenia razon; mui conocedor del corazon de la mujer, habia adivinado lo que pasaba en el alma de Julia: solo le faltaba sacar el provecho deseado, y esto lo creia o estaba realmente en su mano.

—Pero el jóven Escobar puede volver, puede esplicarse, y una satisfaccion dada es una satisfaccion aceptada, es una reconciliacion, y una reconciliacion es mas peligrosa, mucho mas peligrosa, porque provoca una confesion, o mas bien dicho, una declaracion.

—Usted tiene una lójica admirable, señora, contestó el rector, que no podia menos de encontrar justísimas las observaciones de la beata.

—Es, en mi ignorancia, lo que me parece.

—¡En su ignorancia! ¡Si asi fueran todas las ignorantes no erraria nadie!...

—Y una reconciliacion seria lo mas malo que podia

suceder, porque tengo el convencimiento íntimo de que Julia quiere a Emilio y lo quiere bastante.

—Las cartas que hemos leido, lo que acaba de decirnos tu madre me confirma en la misma opinion; y tú debes mejor que cualquier otro haberlo adivinado, porque no hai nada mas suspicaz que el celoso.

—¡Celoso yo, señor!... ¿Cree usted que estoi enamorado? Es otro mi pensamiento, otro mi móvil, y ustedes no lo ignoran.

El rector del Seminario miró detenidamente a Rafael Arcánjel; lo mismo hizo don Juan Ugarteche, con la diferencia que el rector penetraba en el fondo del alma de su discípulo, en tanto que el buzonero del cielo se quedaba en ayunas, no sabiendo qué queria decir o qué era lo que pensaba el ex-seminarista.

El señor Larrañaga, despues del exámen hecho sobre el clerical, se sonrió desdeñosamente y dijo, dirijiéndose a Rafael Arcánjel, en quien clavó sus torvos y penetrantes ojos:

—Te comprendo.

Pero este *te comprendo* fué acentuado de tal manera, que Rafael Arcánjel se estremeció.

El rector del Seminario habia leido de corrido en el alma de su discípulo. Habia visto que solo guiaba a éste jóven el mas bajo interes; que la crasa avaricia era su única pasion, y comprendiendo que una naturaleza como ésta es capaz de acometerlo todo, hasta el crímen mismo, y que podia faltar tambien a su palabra dada si de otra parte se presentaba mayor lucro, hizo la reflexion siguiente, con esa rapidez que caracteriza a los hombres de intelijencia y a los hombres

de accion: "a éste solo se le puede gobernar por el vicio y por el temor. Es necesario valerse de estos dos ajentes para que sea nuestro y no quiera ni pretenda jamas separársenos... Estará con nosotros o se perderá; pero es preciso que lo sepa, y lo sabrá hoi mismo." Hecha esta reflexion y tomada esta resolucion, el rector del Seminario, cambiando de tono, dijo con suavidad:

—Sí, amigo mio; te comprendo. Veo que no son las impurezas del amor carnal las que puedan dominarte, y por eso estás y vivirás exento de esa funesta pasion, de los celos que precipitan muchas veces a los hombres a estremidades peligrosas, haciéndolos perder la razon, que es la que siempre debiera guiarnos. Otro es, pues, tu pensamiento, otro es tu móvil, como tú lo has dicho, afirmando que yo no lo ignoraba; y yo voi a manifestar a tu digna señora madre y a mi santo amigo y noble colega el señor don Juan Ugarteche, toda la grandeza de tus ideas, toda la escelencia de tu corazon, toda la sublimidad de tu fé...

Aquí hizo una pausa el señor Larrañaga, volviendo a mirar al discípulo, que estaba temoroso por no saber a dónde iria a parar su maestro, pues la palabra que le habia dicho poco antes *te comprendo*, le manifestaba claramente que lo habia adivinado y temia que reprendiéndolo le quitase la máscara y echara por tierra la combinacion matrimonial en que estaban fundadas sus esperanzas de fortuna y de predominio, pues el lenguaje encomiástico con que habia principiado el señor Larrañaga podia envolver un sarcasmo y ser dicho para poner mas en relieve sus ocultas intenciones.

El buzonero de la Vírjen, asi como doña Pacífica y Rafael Arcánjel, miraban de hito en hito al rector del Seminario con mucha curiosidad, nacida de la esparanza para unos y del temor para el otro.

El señor Larrañaga continuó:

—¿No han adivinado todavia ustedes? Pues bien, señora; pues bien, amigo mio; yo debo congratularme de que haya salido del Seminario un jóven tan relijioso y por consiguiente tan abnegado como éste, y usted, señora, debe dar gracias a Dios de poseer tal hijo.

El rector hizo otra pausa, dió otra mirada a Rafael Arcánjel, que estaba, como se dice vulgarmente, sobre carbones encendidos, y prosiguió:

—Ya ustedes le han oido decir que es incapaz de esperimentar las debilidades del amor humano, pues está solo poseido del amor divino, que es el único que vive en él, el único que lo anima... Y esto es justamente lo que ha querido significar cuando ha dicho que era otro el móvil que lo determinaba a perseguir ese enlace, que no tiene para él otro objeto, otro fin ni otro atractivo que el triunfo de nuestra santa causa, el deseo de procurarse esos recursos pecuniarios para entablar la lucha y alcanzar la victoria... Este jóven se sacrifica por nosotros... No le importan los halagos de la carne, o han muerto quizas en él a causa de su relijioso fervor... ¿He sido o nó tu fiel intérprete, hijo mio?

Rafael Arcánjel, por toda respuesta, se echó a los piés de su rector y le besó las manos, rompiendo en sollozos...

Don Juan Ugarteche, movido por un santo entusiasmo, corrió hácia el ex-seminarista y lo abrazó repetidas veces con la ternura de un padre, y de un padre tan amante como satisfecho de la buena conducta de un hijo adorado.

Doña Pacífica habia llevado el pañuelo a sus ojos y sin duda lloraba o aparentaba llorar.

Aquel cuadro hubiera sido digno de ser pasado al lienzo por el maestro pincel de nuestro afamado artista señor Caro, cuyos cuadros le han adquirido ya con justicia un bien merecido renombre.

III.

El señor Larrañaga dejó pasar un momento, esperó que se calmase el entusiasmo y continuó asi:

—Debemos, es verdad, congratularnos de los sentimientos relijiosos de este jóven, pero es preciso que para que queden llenos o para que pueda cumplir sus buenas aspiraciones y santos propósitos, le ayudemos hoi mas activa y mas eficazmente que nunca. El asunto tal como está presenta el mejor aspecto, ofrece mayores probabilidades de éxito que antes, y es indispensable que aprovechemos de las circunstancias y que nuestra accion sea tan decidida como enérjica para que llegue a ser decisiva.

—Indudablemente, contestó don Juan Ugarteche; y todo cuanto yo valgo, todo cuanto yo pueda hacer, toda mi influencia la pongo al servicio de tan buena causa; pero es preciso que nos pongamos de acuerdo;

que formemos un plan de campaña, como dicen los militares.

—Sí, es preciso.

—¿Lo tiene usted ya, amigo mio?

—Algo he pensado, y lo discutiremos.

—¡Qué podremos discutir, qué observaciones podremos hacer, cuando la alta sabiduria de usted, señor, lo prevé todo, lo abarca todo! dijo doña Pacífica con la mayor humildad.

—No tanto, hija mia, no tanto; al mejor cazador se le va la liebre, y no hai ser humano que no esté sujeto a errar, con escepcion de nuestro santísimo padre el Pontífice, que es el solo infalible, porque es Dios en la tierra y no puede faltar a la verdad ni equivocarse jamas, porque le inspira y le alumbra la antorcha divina del Espíritu Santo, que es la tercera persona de nuestra sagrada Trinidad.

El rector del Seminario bajó la cabeza, y el mismo movimiento o la misma ceremonia fué imitada por los otros.

—Pero volviendo sobre el asunto, prosiguió el señor Larrañaga, la observacion hecha por la señora doña Pacífica y ratificada y ampliada por su hijo, mi buen discípulo, es justísima: si vuelven a verse el jóven Emilio con la señorita Ingrand, es casi segura la reconciliacion.

—Somos de la misma opinion, contestó don Juan Ugarteche.

—En este caso, lo que conviene hacer es impedir que se vean.

—¿Pero cómo llegaremos ahí?

—Ese es el punto sobre el cual voi a emitir mis ideas.

—Una cosa se me habia olvidado comunicar a ustedes, esclamó doña Pacífica interrumpiendo.

—¿Qué cosa? dijeron a un tiempo los dos clérigos.

—Una circunstancia importante y de la que puede talvez sacarse un inmenso provecho. Voi a someterla a ustedes.

—Veamos.

—Durante la noche del baile, es decir, ayer noche, yo me mostré mui cariñosa, mui complaciente, mui amiga con la madre de ese jóven Emilio. Traté de arrancarle cuanto podia y me le ofrecí para servirla en cuanto quisiera, enumerándole mis muchas relaciones, (en lo cual no mentia) y asegurándole que seria para mí el mayor placer en poder serle útil en alguna cosa, pues tendria a mucha honra en cultivar su amistad, siendo para mí de mucho peso la alta opinion que tenia formada de ella mi íntima amiga la señora doña Ana Balcarce de Ingrand, cuya virtud y cuyos relevantes méritos me eran conocidos.

La mujer esa, pues no pertenece a la primera clase de nuestra sociedad para que la denomine de otra manera, se manifestó, como era natural, mui complacida, dándome repetidas veces y con suma efusion las gracias por lo que ella denominaba mis bondades.

Yo insistí en que me ocupara siquiera en algo para contar con algun insignificante título a su amistad; y sabiendo que yo era amiga de su señoria ilustrísima y reverendísima el señor arzobispo, me dijo con cierta emocion mal disimulada:

—Ya que usted ha tenido la bondad de mostrárseme tan buena y jenerosa, voi a tomarme la libertad de pedirle un servicio.

—El que usted quiera, le contesté en el acto, tomándole afectuosamente una de sus manos. La pobre mujer cayó en el garlito, pues me contestó inmediatamente, apretándome a su turno mi mano, que yo no habia retirado de la de ella.

—Ya que usted tiene tanta amistad y confianza con su señoria ilustrísima, voi a atreverme a recomendarle a una persona.

—La que usted guste, le contesté, y me lisonjeo de asegurar a usted de antemano que no seré desoida por su señoria ilustrísima y reverendísima. Era necesario, como ustedes deben presumirlo, inspirarle confianza y aumentar un valimiento con el que en realidad no cuento.

—A este último respecto, mi señora doña Pacífica, interrumpió el rector del Seminario, está usted mui equivocada, pues su señoria ilustrísima, a mas de conocerla a usted personalmente, está al cabo de todos sus méritos, de sus muchos servicios y de la adhesion marcada que usted tiene por el ilustre prelado; de manera que usted decia la verdad al asegurar a esa mujer la influencia de que usted goza, influencia mui justa y mui merecida y de la cual puedo yo responderle, porque conozco a fondo los pensamientos y los actos del señor arzobispo.

—Usted me da un gozo inmenso, señor; pero en realidad no merezco esa atencion de parte de su señoria ilustrísima y reverendísima, y si me he atrevido a

revestirme de ella, ha sido, como ustedes conocen, movida por un buen propósito, y bajo ningun aspecto por un sentimiento de vanidad o de vanagloria.

—Usted no tiene necesidad de justificarse ante nosotros, porque la conocemos y la apreciamos demasiado, contestó don Juan Ugarteche.

—Prosiga usted, señora, repuso el rector, y vamos a lo que mas nos interesa.

—Pues bien, señores; doña Cármen Cáceres, pues en la introduccion que me hizo la Ana Balcarce me la nombró asi y yo tengo buena memoria para conservar los nombres; doña Cármen Cáceres, repito, se acercó más a mí y me dijo confidencialmente y casi al oido:

—Tengo un hermano en favor de quien desearia impetrar la benevolencia del señor arzobispo.

Inmediatamente que me dijo esto, y conocedora yo del apellido de Cáceres, me dije entre mí misma: "esta mujer no puede ser otra que la hermana del clérigo que sacamos de ese antro de corrupcion y de miseria en que vivia;" pero disimulé la impresion de disgusto que semejante revelacion me causaba, y le contesté manifestándole la mejor voluntad y el mayor interes para interponer mi valimiento en favor de su hermano, pidiéndole me dijese cuál era el motivo por que el señor arzobispo, tan benévolo siempre, estaba disgustado con su hermano, a quien suponia desde luego ser un sacerdote puesto que estaba bajo la jurisdicion de su señoria ilustrísima y reverendísima.

—Sí, señora, me contestó; mi hermano es un sacerdote, un pobre cura de una pobre aldea, que, segun

entiendo, ha sido suspendido de sus funciones y quizá más que suspendido, porque no he vuelto a tener el gusto de verlo.

—La cosa parece grave, señora, le respondí. Y luego agregué: ¿pero conoce usted la causa por que ha caido en la desgracia del señor arzobispo?

—Nó, señora, me contestó.

—¿Qué clase de sujeto es su señor hermano? ¿Tenia algunas faltas, al menos que usted sepa?

—Yo ignoro todo; pero por lo que es a él, puedo asegurar a usted que es un escelente hombre que tiene el mejor corazon y que me queria y me socorria...

Aquí no pudo continuar, embarazada su voz por las lágrimas que trataba de ocultar, haciendo esfuerzos inauditos por reprimir su emocion.

Yo traté de calmarla y le dije:

—¿Pero no se ha tocado ningun resorte? ¿No se ha interpuesto ningun reclamo? Sabe usted dónde él se encuentra?

—Yo me presenté al señor arzobispo, pero fuí mal recibida y no he vuelto a averiguar nada, ni sé tampoco dónde está...

—¡Usted me sorprende!... Un individuo, y sobre todo un sacerdote, que es algo más, mucho más que un individuo, no se pierde asi no más, y sobre todo cuando se tiene una hermana cuyo cariño y confianza se posee... Aquí debe encerrarse algun misterio.

—Soi de la misma opinion; pero no he podido averiguarlo.

—¿Quiere usted que le hable claro? le pregunté, manifestándole cierto temor, pero en realidad para

conocer mas a fondo a ese mal sacerdote a quien habia yo descubierto y sacado, mui en contra de su voluntad ¿no es verdad? del fango criminal en que vivia y del funesto escándalo que daba.

—En lo que usted hizo mui bien, dijeron los dos clérigos, pues practicó usted una de las obras mas meritorias ante Dios y ante los hombres.

—La aprobacion de tan sabios como santos varones, aprobacion que me era conocida, no puede menos de tranquilizarme, de alentarme y de enorgullecerme; pero voi a continuar.

Despues de mi interrogacion, que ella se apresuró a aprobar, le dije:

—¿Seria por acaso el hermano de usted libre-pensador? Porque debo advertirle que esas malas doctrinas cunden de tal manera, que invaden y penetran hasta el mismo santuario.

—Ignoro, si he de hablar a usted con verdad, me contestó, las opiniones que tenga mi hermano; pero como conozco a fondo su sinceridad y buena fé, podria asegurar que habiendo adoptado la carrera del sacerdocio y habiendo aceptado una parroquia, no debia menos que ser ortodojo, porque si no hubiera tenido esos principios no habria sido lo primero ni desempeñado lo último.

—Pero qué es lo que puede haber hecho? ¿Qué es lo que mas o menos le parece a usted?

—Nada puedo decir a usted porque nada sé, pero es el caso que el señor arzobispo parece estar mui disgustado con él.

No pudiendo sacar más porque en realidad parecia

que esa mujer no sabia más respecto de su hermano, me guardé bien de comunicarle lo acontecido y me limité a decirle:

—Pierda usted cuidado; yo me veré con su señoria ilustrísima, y si no es asunto demasiado grave, cuente usted desde luego con la induljencia del señor arzobispo.

Doña Cármen Cáceres me dió un millon de gracias, y aquí quedó nuestra conversacion sobre ese delicado punto.

—Lo que usted acaba de referirnos puede venir en nuestro ausilio y servirnos estraordinariamente.

—¿Cómo? preguntó don Juan Ugarteche.

—Voi luego a comunicárselo... Déjenme fumar este cigarrillo.

Y el rector sacó su tabaquera, encendió el cigarrillo y principió a pasearse por el cuarto, como un hombre que medita un proyecto o que lo preocupa un asunto.

¿Cuál seria la combinacion del astuto clérigo? Esto es lo que vamos a saber en el próximo capítulo.

IV.

Despues de echar el señor Larrañaga algunas bocanadas de humo a las que seguia neglijentemente con la vista antes que se disiparan en el estenso salon, se detuvo, miró nuevamente a las personas que lo rodeaban y dijo:

—No puedo menos de admirar la reflexion de doña Pacífica y vuelvo sobre ella.

—¿Qué reflexion es esa, señor?

—Reflexion o deduccion es lo mismo en el caso presente.

—Ya entiendo.

—Todos estamos, pues, de acuerdo en que no es bajo ningun punto conveniente que vuelvan a encontrarse ni a verse, si es posible, esos jóvenes.

—Todos.

—En ese caso, hé aquí como conviene obrar.

Los circunstantes esperaron ansiosos las observaciones del señor Larrañaga, cuyo talento y cuya perspicacia conocian bastante bien.

—Cada uno de nosotros debe desempeñar su papel.

—Convenido, repitieron a una los evánjelicos personajes.

—La niña, como he dicho antes, debe estar despechada, y no se necesita de mucha astucia para hacerla olvidar y talvez para hacerla aborrecer al jóven Escobar.

Este encargo se lo recomiendo a mi amigo y compañero el señor don Juan, que, como su director espiritual, debe saber gobernarse del modo mas conveniente y mas eficaz en el caso presente.

—Lo creo fácil.

—No dudo un momento de su penetracion; pero sin embargo, voi a decir, si el señor don Juan me lo permite, algo sobre el particular.

—Con el mayor gusto, amigo mio; yo no tengo pretenciones.

—Conozco por esperiencia sus virtudes, compañero, y sé que en usted brilla la primera de las cualidades

humanas, y aquella que nos hace mas grandes, sin pensarlo y sin pretenderlo: la humildad.

—Y sin embargo, a pesar de ello, seria usted capaz con sus lisonjeras apreciaciones de echarla por tierra, trasformándome en un vanidoso de primera fuerza.

El rector se sonrió con benevolencia, apretó la descarnada mano del fanático y prosiguió:

—Mi opinion es que conviene que el señor don Juan entre desde luego en presentar de una manera sospechosa al jóven Escobar e introduzca en el ánimo de Julia la desconfianza, instigándole ademas su despecho para que estas dos causas obren de consuno en el ánimo de la señorita Ingrand.

—Hai solo un pequeño inconveniente, contestó el buzonero del cielo de una manera indecisa, como la del hombre que espone una duda con la intencion de que lo persuadan, aunque casi está persuadido de antemano.

—¿Qué inconveniente?

—Que yo no conozco a ese jóven y mal puedo hablar de él no conociéndolo.

—¿Está usted ahora con esos escrúpulos? Pues yo trataré de persuadirlo, aunque no debiera, porque usted mismo debe conocer, dado el caso de un escrúpulo de conciencia, esta gran máxima de nuestros casuistas y de nuestros grandes teólogos y maestros, los jesuitas: *el fin justifica los medios.* Pero no quiero detenerme en este punto, y paso a atacar a usted en sus mismas ideas, valiéndome de su mismo argumento. Pues bien, amigo mio; el hecho solo de no conocer a ese jóven basta para que usted tenga una lejítima des-

confianza, y esta lejítima desconfianza se la comunique a su hija espiritual, cuya alma está usted en la obligacion de salvar, y cuya felicidad en este mundo y en el otro debe usted asegurar. ¿No le parece a usted, señor don Juan? Si usted lo conociera, ya sea en bien, ya sea en mal, ¿qué gracia haria usted? ¿Qué trabajo se habria usted tomado? ninguno; en tanto que no conociéndolo debe usted vijilar, debe usted estar sobre la guardia y que la otra lo esté tambien... Esta es la prudencia que nunca debe abandonar al verdadero confesor, al director espiritual en que se han depositado todas las confianzas y en cuyos brazos (espirituales se entiende) se han entregado todas esas inocentes y blancas palomas con esa confianza plena, con esa seguridad absoluta de la que nada teme y todo lo espera de nosotros.

—Mi amigo y señor Larrañaga; estoi convencido, y mas que convencido, estoi encantado de oir y de sentir esa fuerza de raciocinio, ese vigor de argumentacion que convence a la vez que persuade, que arrastra a la vez que consuela, que disipa las dudas del espíritu y al mismo tiempo robustece y aumenta la fé dándonos ánimos para la lucha y constancia para el sacrificio.

—Me alegro, amigo mio, que sea usted de mi misma opinion; pero a mi turno debo decir a usted que su elocuencia me estasia. Comprendo ahora perfectamente la influencia magnética, la influencia poderosa que usted ejerce sobre su numeroso auditorio, colocándose por este hecho en el número de nuestros mas famosos y mas fervientes oradores sagrados.

—¡Cómo sabe usted, señor, apreciar a los hombres y adueñarse de los acontecimientos, dirijirlos y adivinar las cosas ocultas! dijo doña Pacífica entusiasmada por el elojio hecho a don Juan, asi como por la argumentacion del señor Larrañaga.

—Mi amigo y compañero tiene una doble vista, particularidad propia de la santidad o del jenio, y como posee ambas cosas, no me admira en él nada, repuso don Juan, dominado por la superioridad del rector, superioridad que esperimentaba sin apercibirse, y a la que obedecia sin darse cuenta.

Despues de estas esplicaciones hubo una pequeña pausa.

V.

El ex-seminarista no habia desplegado sus labios, limitándose a aprobar todo cuanto se decia por medio de jenuflexiones humildes.

—El segundo papel que hai que desempeñar, pertenece a usted, señora, dijo con énfasis el rector del Seminario.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—Haré cuanto quiera o se sirva ordenarme, sin mirar para atras, contestó la beata con sumision.

—Usted ha sorprendido un secreto importante.

—¿Cuál?

—El de que la madre de ese jóven Escobar sea hermana del apóstata, del escandaloso Anselmo Cáceres.

—¿Y bien?

—Usted sacará de esto un inmenso partido.

—¿De qué manera?

—Desprestijiando a esa mujer en el concepto de doña Ana Balcarce hasta el punto de hacerle cerrar las puertas; porque usted sabrá pintarle (y es preciso hacerlo) con vivos colores la inconveniencia de que una señora como ella tenga relaciones con jente de ese jaez. Usted la revelará la mala, la infame conducta de ese mal sacerdote, diciéndole que han sorprendido su confianza con apariencias de virtud y que es indigno de ella mantener tales relaciones, afirmándole, si esto es necesario, que usted se verá dolorosamente obligada a renunciar a su amistad que le es tan grata, pero que no puede continuar porque se veria espuesta a encontrarse el dia menos pensado en casa de ella con una mujer con quien no puede ni debe usted alternar.

Agregue usted que le ha sido sumamente penoso haberse relacionado con ella la noche del baile en que usted tuvo la bondad de ofrecerle sinceramente su amistad y aun solicitarla a causa del aprecio que la señora doña Ana Balcarce de Ingrand habia manifestado por aquella indigna mujer.

En fin, ponga usted todos los medios de persuasion que posee para apartar a doña Ana de semejante amistad; y si usted no lo consigue, lo que dudo mucho, talvez perdamos la partida.

Por consiguiente, recomiendo a usted que obtenga de la señora de Ingrand, que la despida sin verla y sin recibirla.

Yo, por mi parte, agregó el clérigo, la ayudaré tam-

bien en la maniobra; pues la primera vez que la vea, y esto será mañana mismo, le haré mis insinuaciones para que usted despues las complete... Ahora sírvase decirme: ¿le parece a usted bien el plan o la maniobra?

—Mui bien, tanto más cuanto que es la pura verdad: esa mujer, llamada Cármen Cáceres, es hermana de ese mal sacerdote Anselmo que tanto perjuicio ha hecho a la relijion, a sus semejantes y a sí mismo con sus escándalos, de los cuales debe indudablemente ser sabedora y por consiguiente cómplice la tal hermana.

—Eso es mui probable, repuso don Juan Ugarteche.

—No solo mui probable, amigo mio, sino seguro, porque esa mujer, segun confesion de ella misma, recibia constantes dádivas del dichoso hermano, y no puede haber sido tan favorecida sin dejar de ser su cómplice.

—Tiene usted razon, contestó don Juan al clérigo Larrañaga, que parecia animado de un santo furor.

—Y no es natural ni conveniente, bajo ningun aspecto, agregó doña Pacífica, que yo deje en el error a mi amiga Anita.

—De manera que bajo cualquier punto de vista que se considere el acto, se hará una buena obra, añadió el buzonero con tono compunjido.

—Buena y bonísima, tanto mas cuanto que, como usted dice, todo se concilia, pues se preserva a madre e hija del contajio y se prepara el camino para mi piadoso y aprovechado discípulo.

Y el rector miró al ex-seminarista con fijeza.

Rafael Arcánjel bajó sus ojos, pronunciando sus lábios estas solas palabras: «gracias, señor.»

—Aun no he concluido, dijo el señor Larrañaga, pasándose el pañuelo por la cara como para enjugar el sudor.

—¿Hai mas que hacer? preguntó doña Pacífica con interes.

—Sí, señora, falta el tercer papel y el mas importante de todos.

—Y éste sin duda lo va a desempeñar mi hijo, repuso la beata.

—Nó, señora.

—¿Pues quién?

—Yo...

—¡Usted!

—Sí, señora, yo mismo... Yo mismo me doi lo mas árduo de la tarea.

—¡Es posible!

—¿Querria usted que no sirviera, que no ayudara a mi discípulo?

—No quiero eso, señor, pero ya usted ha hecho bastante, demasiado por él y por mí.

—No es asi como yo miro las cosas ni como yo hago los favores: me gusta hacerlos por entero o no hacer nada.

—¿Hasta cuándo quiere usted obligarnos? Nunca tendremos con que pagarle...

—Yo no necesito de paga, señora, pues si trabajara por dinero, dinero que yo debiese aprovechar personalmente, no lo haria.

—Mi compañero y amigo tiene mucha razon, porque

nosotros carecemos de todo interes para nosotros mismos... Yo he comprendido en el acto el pensamiento del señor Larrañaga, y no diré que lo admiro, porque nada menos esperaba de él.

—Creo que usted me ha adivinado, por la razon de sentirse usted mismo animado del mismo espíritu.

—Asi es; pero veamos, ¿qué es lo que usted se reserva?

—Yo podria guardarle para mí, pero voi a decírselos, porque talvez conviene que ustedes lo sepan para marchar siempre de acuerdo.

Diciendo esto, el señor Larrañaga se sirvió un vaso de agua: costumbre clerical y que se usa con frecuencia en el púlpito, no para saciar la sed del orador, sino para hilar la oracion, para recordar el asunto o para disimular la incompetencia...

VI.

El clérigo Ugarteche, doña Pacífica y su hijo guardaron silencio esperando que continuase el rector del Seminario, que no tardó en tomar la palabra.

—El tercer papel que es preciso tomar en esta especie de comedia, porque la vida humana no es otra cosa, a mas de ayudar a doña Pacífica en el suyo, consiste en buscar el medio de perder para siempre al jóven Emilio, tanto en el concepto de esas señoras, cuanto en su posicion respectiva, porque es preciso atacar ésta para obtener aquello; pues la posicion da fuerzas, da enerjia y por consiguiente accion decisiva, en tanto que cuando uno se ve abatido por la desgracia,

se anonada, y todos le abandonan; y este aislamiento, aunque no sea mas que momentáneo, no podrá menos de sernos provechoso.

—En tésis jeneral, usted tiene razon, amigo mio; pero hai escepciones.

—Bien pocas, señor don Juan, bien pocas...

—Aun no comprendo bien su pensamiento, señor, dijo doña Pacífica.

—Sin embargo, es claro y está claramente formulado.

—¡Tengo tan poca penetracion!

—Me espresaré de un modo mas terminante, mas esplícito...

—Mui bien, señor.

—Es fuera de duda que perdiendo su posicion actual el jóven Escobar, posicion que yo conozco y que es bastante buena, pues tengo de ello informes positivos, es fuera de duda, repito, que con un poco de maña se puede hacer llegar esta desgracia hasta los oidos de doña Ana Balcarce y de su hija, siendo no menos fácil atribuirla a ciertas faltas, y bastaria talvez hacerlas notar el hecho para despertar en ellas la desconfianza y el temor, y de la desconfianza y el temor se llega hasta la indiferencia y hasta el desprecio.

—Eso es lójico; ¿pero de qué medios se valdria usted, amigo mio, para llegar a ese resultado? ¿Cómo haria usted perder su posicion al jóven Emilio?

Mui sencillamente; pero antes de esplicarme, ¿convienen ustedes en que mi medida es buena?

—Convenimos.

—Pues bien; yo tengo el medio y un medio infalible: conozco desde hace mucho tiempo al caballero que emplea o que ocupa a ese jóven. Yo soi su director espiritual y cuento con sus afecciones, con su aprecio, con su respeto, y estoi seguro que todo cuanto yo le pidiera me lo acordaria en el acto.

—¿Pero sin motivo? ¿O sabe usted algo desfavorable respecto al jóven de que hablamos?

—Sé algo.

—Entonces está bien.

—Pero ese algo que sé, lejos de dañar al jóven, lo recomienda altamente.

—¿Cómo, en ese caso, podrá pedir usted su destitucion? dijo un tanto alarmado don Juan Ugarteche, que no era tan casuista o tan jesuita como su amigo, y que conservaba ciertos escrúpulos de conciencia.

—Parece, amigo mio, que usted saliera ahora de las aulas o que diera principio a su carrera sacerdotal.

—¿Cómo asi?

—Porque usted se detiene en frioleras.

—Pero aquello que perjudica al prójimo, aquello de hacerle mal a otro no habiendo motivo para ello, y mas aun teniendo buenos antecedentes del individuo a quien se daña, ¿le parece a usted friolera?

El rector del Seminario se echó a reir de la mejor gana.

Don Juan Ugarteche, admirado de aquella, en su concepto, estemporánea hilaridad, se quedó como en suspenso.

El señor Larrañaga prosiguió:

—No pretendo bajo ningun aspecto ir en contra de

las virtudes de usted, amigo mio, virtudes que admiro, que acato y que trato de imitar cuanto me es posible, y menos todavia descarriar sus buenos principios con sutilezas o sofismas vanos. Yo, tanto como usted, no pretendo hacer mal a nadie, sino todo el bien que de mí dependa; pero debo impedir el mal, debo evitarlo, porque impedir el mal es hacer en realidad el bien.

—Estamos completamente de acuerdo, amigo mio.

—Ya lo creo; pero voi a tocar el punto que lo ha alarmado, y talvez su alarma depende de haberme esplicado mal.

—Es lo que pienso o mas bien diré que me he equivocado, apreciando en un sentido inverso sus palabras.

—Voi al asunto: es verdad que tengo los mejores informes respecto a la honradez y capacidad del jóven Escobar; pero tambien es cierto que se me ha dicho ser un libre pensador, un hombre enemigo de la relijion y de sus ministros. ¿Y le parece a usted bien que se estén alimentando víboras que, empozoñando la sociedad, la corrompan y en seguida la destrocen? ¿No preferiria usted, no cree usted que seria mas conveniente arrancar las uñas a esos lobos rapaces o robarles el veneno a esas culebras antes que lo inoculen? ¿De qué sirven esas virtudes *muertas*, como las llamamos con mucha justicia y como las han calificado nuestros mas eminentes téologos, esas virtudes como la caridad, como la honradez, como la hidalguia, como la humildad, virtudes todas esencialmente paganas? ¿De qué sirven, repito, si no van acompañadas de la

fé, del respeto a nuestra Santa Madre la Iglesia y a sus sacerdotes? De nada; y aun podria agregar que son perniciosísimas, pues bajo tales seductoras apariencias todo se desfigura, y el vicio de la incredulidad, el principal y mas pernicioso de todos los vicios, el principal y mas pernicioso de todos los crímenes, cunde, se estiende y oculta su fealdad bajo los brillantes colores de algunas flores, neutralizando su mortífero aliento, su hediondez con el perfume falso que de ellas se desprende.

—¡Magnífico, no diga usted más!... esclamó Ugarteche.

—Aun no he concluido... Es preciso aplicar la teoria a la práctica, y con la demostracion del hecho hacer palpable la verdad, poniéndola al alcance de todas las intelijencias...

—Esto es lo que se llama el método esperimental.

—Llámenlo como quieran; pero este es el método positivo, el único que promete y da resultados. Ahora, amigo mio, voi al caso: conocidas las opiniones del jóven Escobar y no ignorando cuántos males puede hacer, ya sea en casa de su patron, ya sea en casa de la señora Ingrand, ¿debo yo, por respeto a su honradez y laboriosidad, permitir que se produzca tamaño perjuicio? ¿No es mi derecho y sobre todo no es mi deber impedirlo? Imposible es negarlo: deber y derecho están de mi parte. De consiguiente, voi a hacer llamar al patron del jóven Escobar y le voi a intimar, bajo pecado mortal, que destituya a ese jóven, dándole a él las mismas lecciones que acabo de dar a ustedes y fundando éstas en principios idénticos. El patron se

verá obligado a ceder por creencia y por conveniencia y despedirá al muchacho, mal que pese a ambos.

Una vez fuera el jóven Escobar de la casa que actualmente lo emplea, fácil será, como lo he dicho hacérselo saber a doña Ana de Balcarce, y sin agregar nada influirá mucho en su ánimo y en el de Julia la pérdida del destino de dicho jóven, pues siempre presumirán que ha existido para ello algun motivo mas o menos grave; y ustedes saben que esto trae desprestijio.

Agregue usted a esto lo que dirá mi amigo el señor Ugarteche a la señorita Ingrand y sus saludables consejos. Añádase ademas las conversaciones sobre doña Cármen Cáceres que entablará mi señora doña Pacífica; las insinuaciones mias sobre el mismo tema, y por lo último, la pérdida del destino del jóven Escobar, el desprestijio consiguiente, y despues... y despues la miseria que anonadará a esa familia... y se concebirá fácilmente que obtendremos el resultado que se espera, resultado que es indispensable se realice para que se haga bajo buenos auspicios la union...

El rector del Seminario habia concluido de esponer su plan de campaña y guardó silencio para ver si lo aceptaban o nó, o bien para que le hicieran las modificaciones que creyeran conveniente, las que aceptaria gustoso si las encontraba buenas, porque el señor Larrañaga no ponia amor propio ninguno en su plan, en sus palabras y en sus ideas, sino lo que queria únicamente era que se llevase a cabo el proyectado y ventajoso enlace; asi es que cualquiera observacion la habria recibido bien; pero no hubo ninguna, si no que

todos admiraron y aplaudieron el plan de campaña adoptado por el sabio clérigo.

—No queda pues otra cosa que hacer, agregó el rector, que poner manos a la obra y esto mañana mismo. No se debe perder un momento de tiempo, porque pudiera mui bien suceder que hoi o mañana vuelva doña Cármen Cáceres con su hijo a informarse de la salud de la señora Balcarce, cosa mui natural y mui propia, despues de una fiesta de esa naturaleza, y en este caso tendrán lugar de verse y de hablarse los amantes, a lo que puede suceder una esplicacion que todo lo arregle; y si esto sucede, tendremos que luchar mucho más y talvez llegaremos a perder la partida: ¿no les parece a ustedes?

La respuesta fué jeneral y afirmativa.

El buzonero de la Vírjen, viendo terminado el asunto, se paró para despedirse del señor Larrañaga; otro tanto hizo doña Pacífica y su hijo; pero el rector, que tenia sin duda otro plan combinado y reservado esclusivamente para él, les dijo:

—Siento que os vayais tan pronto, pero ya no hai nada mas que pensar o que combinar, si no que es preciso obrar, y como necesitais de vuestro tiempo, me privaré del placer de participar un rato mas de vuestra conversacion y presencia. Sin embargo, tengo necesidad de que uno de ustedes se quede algunos momentos conmigo.

—El que usted ordene, señor, respondieron todos.

—Será mas bien al que yo necesite.

—Está bien, señor.

—Te quedarás, hijo mio, un ratito mas con tu

maestro, repuso el señor Larrañaga con suave acento dirijiéndose a Rafael Arcánjel.

—Con el mayor gusto, contestó éste, pero sintiendo temor por la preferencia que le habia acordado el rector.

—No permanecerá mucho tiempo conmigo, señora, y tendré el cuidado de mandárselo en mi coche.

—Cuanto mas pudiera estar con usted tanto mas aprovecharia mi hijo, y tanto mas honrado quedaria él y tambien yo, contestó doña Pacífica.

—Agradezco la opinion en que se digna usted tenerme y trataré de conservarla y de siempre merecerla.

El señor Larrañaga guardó silencio como para decir: ¿qué esperan? Todo está concluido.

Don Juan Ugarteche y la beata se despidieron.

El rector salió a acompañarlos hasta la puerta de entrada del Seminario, donde aguardaba el coche de don Juan.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

I.

El ex-seminarista se quedó solo y pensativo y hasta cierto punto temeroso de aquella entrevista y de aquel misterio.

¿Qué irá a decirme? qué podrá quererme? se preguntaba a sí mismo el hijo de doña Pacífica, sin conseguir darse una respuesta satisfactoria, una solucion clara sobre el asunto.

El conocia o creia conocer al clérigo Larrañaga y sabia por esperiencia lo duro que era.

De repente se estremeció de piés a cabeza y dijo entre sí mismo, poniéndose pálido:

¡Si me fuera a encerrar en un subterráneo como a ese maldito clérigo a quien yo he guardado por tanto tiempo! ¿Qué seria de mí? No habria poder humano que me arrancara de sus garras como no lo hai para Anselmo Cáceres.

Pero qué he hecho yo para esperimentar este temor, para que se me ocurra tan terrible idea?

Y el ex-seminarista se puso a reflexionar, talvez a recorrer todos los acontecimientos de su vida durante su permanencia en el clerical establecimiento; y en seguida agregó, siempre hablando consigo mismo:

Nada; solo he servido en esta casa; solo he hecho lo que él queria que hiciera, lo que él me ordenaba. ¿Qué es lo que puedo entonces temer?

Pero este clérigo es tan malicioso, tan astuto, que ¿quién sabe si no ha descubierto?... Y el tartufo se estremeció nuevamente, agregando como para serenarse:

Mas esto es imposible... imposible... de todo punto imposible... porque nadie me ha visto ni puede haberme visto; porque a nadie se lo he confiado, porque lo he hecho solo, completamente solo...

En ese momento se presentó el señor Larrañaga con una fisonomia bien distinta a la con que habia aparecido poco há.

El hijo de doña Pacífica compuso tambien su semblante dándole una espresion suave, sumisa, inocente, humilde: parecia una de esas personas que despiden por todos los poros candor y bondad; que no engañan a nadie; que se resignan a todo y están dispuestas a sacrificarse por cualquiera.

El señor Larrañaga lo miró detenidamente y se sonrió.

Pero aquella sonrisa era dura, era cruel... era una de esas sonrisas satánicas, maliciosa, escrutadora y llena de amenazas... Una de esas sonrisas que infunden pavor y que causan mas miedo que los furores de la cólera, que los arrebatos terribles de la ira y de la venganza...

Al ver al clérigo y a pesar de todo su disimulo, a pesar del gran poder que tenia sobre sí mismo, el hijo de doña Pacífica se turbó hasta el punto de perder o

de que desapareciera la compostura que le habia dado poco antes a su cara, y de que la espresion de bondadosa resignacion con que habia esperado a su maestro se trasformara en un aire de pusilanimidad y de cobardia manifiestas: estaba en presencia del verdugo de Anselmo, y temblaba...

Este cambio súbito no pudo menos de notarlo el rector del Seminario, y volvió a sonreirse.

Rafael Arcánjel tiritaba, y si hubiera podido escaparse por medio de la fuga, quizás hubiera echado a correr, dejando a un lado su proyectado enlace; pero le era imposible moverse... Sus piernas no le habrian obedecido... se doblaban.

—Siéntate, dijo lacónicamente el señor Larrañaga, conociendo sin duda lo que pasaba en el interior de su querido discípulo.

Rafael Arcánjel obedeció maquinalmente y se sentó sin decir palabra.

El rector modificó un poco la severidad de su semblante, sin quitarle por esto todo ese aspecto de formalidad que se requiere cuando uno va a ocuparse de un caso grave o va a tratar un asunto sumamente importante.

El hijo de doña Pacífica mantenia sus ojos bajos, pero veia, y se apercibió de la modificacion que habia sufrido la fisonomia del clérigo.

Esto lo serenó un tanto, sin que desapareciera el temor.

II.

Despues de un momento de silenciosa meditacion, el maestro dijo a su discípulo:

—¿Recuerdas la frase que dijiste poco há?

—No sé a la que usted se refiere, señor; creo haber hablado bien poco.

—Has hablado bien pòco, pero has dicho lo bastante.

—Vuelvo a repetir, señor, que no tengo idea de lo que puedo haber dicho que haya podido desagradar a usted tanto... Yo estoi dispuesto a pedirle perdon, a retractarme.

—¿Por qué supones o por qué crees haberme incomodado?

—Porque veo la severidad con que me trata... y usted debe tener razon... la tiene siempre, señor... pero ignoro...

—Yo te recordaré.

—Gracias, señor; pero si he delinquido perdóneme... lo habré hecho involuntariamente...

Y Rafael Arcánjel dirijió una mirada de súplica al señor Larrañaga.

—No se trata de esto... veremos mas tarde... todo depende de tus disposiciones... Por el momento quiero esplicarme, y esplicarme abierta y terminantemente, para que conozcas cómo debes obrar o lo que mas te convenga hacer.

—Obraré como usted quiera... haré lo que usted quiera.

—Eso es lo que necesito; pero deseo marchar de una manera sólida, de una manera segura... No es mi ánimo esponerme a los caprichos de nadie ni estar sujeto a ninguna voluntad, sino que por el contrario lo estén a la mia.

—¿Cuándo, señor, he hecho yo otra cosa que su voluntad? ¿Cuándo he desobedecido sus mandatos y dejado de acatar y seguir sus consejos?

—Nunca; pero hoi es distinto de ayer.

—Siempre seré lo mismo.

—Ayer, prosiguió el clérigo, sin hacer caso de la afirmacion de Rafael Arcánjel, eras mi discípulo, eras mi subordinado, eras pobre y todo lo tenias de mí y lo esperabas de mí; pero hoi eres libre y mañana serás rico, y puedes usar de tu libertad y de tu riqueza como se te antoje, sin que yo pueda compelerte.

Rafael Arcánjel respiró... Se iba a tratar sin duda de su matrimonio y talvez de que le pusieran un precio y le arrancaran con anticipacion alguna suma, y asi dijo con un poco mas de desembarazo:

—Disponga usted, señor, de lo que quiera.

—Ya veremos; aun no me he esplicado.

—Estoi dispuesto a todo, señor.

—Dijiste poco há en presencia de don Juan Ugarteche, de tu señora madre y de la mia, hablándose de la pasion del amor, de los celos que podias esperimentar por la preferencia que acordaba Julia Ingrand a ese jóven Escobar, estas testuales palabras:—"¡Celoso yo, señor! ¿Cree usted que estoi enamorado? Es otro mi pensamiento, otro mi móvil, y ustedes no lo ignoran."

—Sí, señor, las dije y me confirmo en ellas.

—Está bien; pero tú debiste notar que yo te contesté esta sola frase:—"Te comprendo."

—Lo recuerdo.

—Y lo debes recordar, porque te inmutaste, y ese

cambio lo noté yo, asi como tú notaste que te habia adivinado.

—Sin embargo, señor...

—Para conmigo no valen las escusas y hago poco caso de las palabras, porque estoi acostumbrado a leer en el fondo de las almas, y particularmente en la tuya, que conozco desde tanto tiempo.

—Pero, señor, usted mismo le dió el sentido real, el sentido verdadero a mis espresiones. Usted las analizó... usted reveló su espíritu y puso de manifiesto mi intencion.

El rector se rió maliciosamente y dijo:

—A mí no se me engaña... Puedes tú jugarte con mi compañero y amigo don Juan Ugarteche, que es un boñachon... Puedes llegar a engañar a tu madre misma, lo que es mucho decir, porque tiene la astucia de la serpiente... Pero en cuanto a mí, te equivocas...

—¡Pero, señor!...

—Basta de aspavientos... Es mucho mejor que hablemos con franqueza, a pesar de lo que dicen los herejes, que entre los clérigos y sus adeptos no existe; pero tú vas a ver si la tengo, y por lo mismo exijo de tí otro tanto, aunque, a decirte verdad, me es indiferente que seas o nó franco, porque yo sé dónde voi y al punto que debo llegar.

—Creo, señor, que nunca he engañado a usted y que no le he dado márjen para esa desconfianza.

—Poco me importa que me hayas engañado o nó; lo que me importa ahora es que no me engañes más.

—Se lo prometo a usted... se lo juro...

—Voi a principiar por ser franco, y tú no podrás

menos de conocerlo desde luego por el modo mismo con que voi a esplicarme: no creo ni en tus promesas ni en tus juramentos, porque tengo otra cosa mejor para obligarte que esas vanas palabras... Y mui pronto te convencerás de ello y obrarás como te convenga.

El ex-seminarista volvió a temblar.

¿Cuál podia ser aquella franqueza? Dónde queria ir? Hasta dónde llegar con ella? Qué era, en una palabra, lo que se proponia?

El hijo de la beata, el discípulo del clérigo, a pesar de su refinada astucia, astucia que estaba en su sangre, que era herencia de familia y legado de educacion, no sabia dónde queria llegar su maestro, y resolvió quedarse a la espectativa.

Este era el mejor partido que debia adoptar, y lo siguió... Ignoraba las fuerzas con que contaba su adversario, y era preciso esperar que las desplegase para reconocerlas, y una vez reconocidas, rendirse o luchar.

Pero el campeon era temible, mui temible, y casi desde antemano habia presentido su derrota; con todo era preciso dar la batalla, porque se encontraba en un lugar sin salida... Resolvió, pues, estar a la defensiva.

III.

El clérigo Larrañaga conoció que Rafael Arcánjel se habia atrincherado bajo el reducto de una prudente reserva, y decidió desalojarlo y tomar la plaza por asalto, haciendo uso de sus mas fuertes baterias para destruir el parapeto.

—Mira, hijo mio; cuando en tu edad un hombre no es susceptible de esperimentar lo que sienten todos los animales, es para mí una de estas dos cosas: o un hombre muerto, un cadáver ambulante, o un hombre enérjico, un hombre escesivamente poderoso y capaz de las mas grandes cosas, capaz de todo...

Este exordio puso todavia en mayores incertidumbres al ex-seminarista... No podia presumir ni vislumbrar siquiera dónde queria ir a parar. Estaba ahora mas intrigado que antes, pero no desplegó sus labios.

El rector continuó:

—Cuando tú dijiste que no estabas enamorado, y por consiguiente que no estabas celoso, yo me hice la reflexion que acabo de decirte; ¿no te parece lójico?

—Asi lo creo, señor, pero usted tuvo la bondad de dar la esplicacion, esplicacion que satisfizo a todos, y que a mí...

—Basta; no te pregunto esto y quiero ahorrarte una mentira. A mí me convenia decirlo, interpretarlo como lo hice; pero no por esto me engañé acerca de lo que tú pensabas.

—¿Y qué pensaba yo?

—Ya lo irás viendo, pues yo sé hacer deducciones, y por medio de estas deducciones comprenderás mejor.

Tu frase me hizo conocer inmediatamente tu egoismo inmenso; ví que en tu corazon no habia cuerdas que tocar, ni resortes capaces de moverlo, a no ser los de la ambicion personal y los del temor; y entonces me dije: es preciso hablar claro con este jóven, porque de lo contrario puede traicionarnos y nos traicionará si esto le conviene, pues si ahora nos

acepta como ausiliares, es con el fin de conseguir su objeto y nada mas... Por esta razon' te dije: "ya te comprendo."

Rafael Arcánjel mudó de color... Habia penetrado el maestro hasta lo mas recóndito de su alma.

—No te asustes, prosiguió el señor Larrañaga. Yo no quiero privarte de la ganancia que hagas y de las espectativas que tengas; pero quiero amarrarte, y te amarraré...

Esa ostentacion de la fuerza, espuesta con un cinismo sin ejemplo, aterrorizó nuevamente al hijo de doña Pacífica, que, acostumbrado al predominio del clérigo Larrañaga, le era imposible sacudir el yugo ni aun siquiera tentarlo, menos todavia cuando tenia él conciencia plena de la superioridad intelectual de aquel sacerdote, de la superioridad de astucia, de la superioridad fria que da la insensibilidad, y de esa insensibilidad clerical que nada conmueve y que han heredado de los jesuitas, que no viven sino por su órden y para su órden; asi ellos no piensan en otra cosa ni tienen otra mira que su predominio.

—He dicho, repitió el rector, que quiero amarrarte y te amarraré por los dos únicos lados por los cuales se te puede atacar y a las únicas cosas a que eres sensible: a la ambicion y al temor.

Rafael Arcánjel agachó la cabeza y no respondió:

—En mi mano está destruir tu matrimonio. Una sola palabra mia basta.

—Lo sé mui bien, señor.

—Y debes saber tambien que eres incapaz de hacerte por tí mismo una posicion.

—Tambien no lo ignoro.

—Pero piensas que una vez rico será otra cosa, mas te equivocas. Yo tomaré mis medidas, y tú me las darás, para tenerte siempre seguro, porque de otro modo hoi mismo se rompe el proyectado enlace.

—Le daré las garantias que quiera.

—Es lo que necesito; pero yo no me atengo a promesas sino a la realidad.

—Puede usted disponer.

—Yo arreglaré las cosas, y el casamiento no se hará antes de asegurarte a tí por un vínculo que no puedas romper y que si quieres romperlo te perderás tú mismo, quedando yo completamente libre.

—Dejo que usted lo determine todo, señor, y que no se haga nada sin que usted esté previamente satisfecho.

—Esa es tu conveniencia, porque serás rico y gozarás como quieras del predominio que te dé la fortuna. Yo no me opondré ni a tus caprichos, ni a tus vicios, ni a nada, salvo el compromiso, pues si no lo cumples, tú, tu fortuna y cuanto hai se lo llevará el diablo.

—Estoi decidido; pero podria saber las condiciones?

—A su tiempo. Ya sabes al menos los resultados, los efectos o las exijencias, como quieras llamarlo.

Jamas el ex-seminarista habia oido espresarse asi al señor Larrañaga, ni vístolo tampoco con tal semblante: era un hombre nuevo para él, ¡y sin embargo creia conocerlo!

IV.

La sorpresa de Rafael Arcánjel era motivada. El rector tenia en aquel momento una fisonomia real-

mente satánica. La soberbia, la ira, el asecho diabólico con que se pinta al rei de las tinieblas, todas esas malas pasiones dibujábanse en su cara, y sus ojos torvos despedian centellas.

—Todavia hai más, mucho más... y como me he propuesto ser franco, voi a decírtelo, y voi a decírtelo para infundirte el temor, el miedo que necesito que me tengas, pues él es uno de los frenos con que debo sujetarte...

No vayas a creer, continuó, que te voi a hacer presente los servicios que nos debes; nó, sé que en tí no hai ni habrá nunca la menor gratitud, el menor sentimiento noble, y por consiguiente mis palabras serian perdidas y yo quedaria burlado en mis espectativas, lo que quiero evitar a toda costa y lo que evitaré sin la menor duda.

El señor Larrañaga se detuvo un instante como para reflexionar y en seguida prosiguió:

—Independiente de esa sequedad del alma, de ese egoismo inmenso que te caracteriza; independiente de las bajas pasiones que constituyen todo tu ser, tienes un vicio oculto, vicio repugnante, que si yo lo revelara te perderia para siempre...

—Yo soi un pobre pecador, señor; siempre lo he dicho y siempre lo he confesado... esclamó Rafael Arcánjel con turbacion mal disimulada.

—Pero eso no lo has confesado nunca... Tu hipocresia la has llevado hasta el sacrilejio!... ¿Y pretendes tú que tenga confianza en tus juramentos? ¿Qué es un juramento no cumplido, un juramento negado o burlado al lado de lo otro? Bien poca cosa, nada...

La tribulacion del ex-seminarista cundia.

—Yo podria haberte castigado, haberte hecho sufrir horriblemente; pero no he querido. Hoi mismo, en este momento, podria ponerte en un calabozo, en un sótano como al clérigo Anselmo, sin que nadie pudiera tomarme cuenta, por mas emancipado que te creas; pero no quiero...

No tendria mas que divulgar, nó tus defectos morales, ni tu nulidad, ni tu hipocresia, ni mil otras virtudes de este jaez que te adornan, sino un solo vicio, uno solo... y te anularia por completo, y aparecerias como el ser mas despreciable, y no te casarias nunca ni con la señorita Ingrand ni con ninguna otra; pero tampoco quiero...

Me parece que soi bastante franco, ¿no es asi?

La palidez habitual de Rafael Arcánjel habia llegado a ser lívida, mortal... pero no hablaba...

—Te diré más: estoi leyendo en tu corazon. Sé los furores que se condensan en tu pecho; veo que me aborreces; pero te lo perdono, o diré mejor: poco me importa; no podrás, no alcanzarás a ofenderme, en tanto que yo te tengo... y que rico o pobre me perteneces y me pertenecerás en cuerpo y alma... primero, porque satisfaré tu ambicion; segundo, porque el dia que a mí se me antoje puedo hacerte trizas y me tendrás miedo, y con estas dos bajas pasiones te sujetaré mal de tu grado.

Rafael Arcánjel se encontraba anonadado, humillado, vencido, y le era imposible justificarse, imposible levantarse... y callaba siempre...

—Me dirás quizas, pensarás quizás, que cómo a

un hombre que se conoce tan a fondo, cómo a un hombre que se desprecia en tan alto grado se le quiere engrandecer, se le quiere enriquecer.

Este es mi cálculo, discípulo mio... Tú serás poderoso, pero siempre serás mi instrumento.

Te voi a dar honores, consideraciones, empleos, dignidades; tendrás una fortuna inmensa y yo te procuraré miles de medios para aumentarla. Te haré diputado, ministro, y si fuese posible presidente; pero no te me escaparás; serás siempre mio; ¿qué te parece? La proposicion es ventajosa para tí, porque no pretendo participar de tus provechos; yo no tengo tan pequeña ambicion; ni te pediré nunca un solo centavo, porque no lo necesito; pero quiero aprovechar de tu influencia para establecer otro órden de ideas, y eso es lo único que de tí solicito. ¿Habrá un negociante mas feliz que tú? ¿Habrá uno tan dichoso que se le dé una fortuna colosal y con la seguridad de agrandarla, solo por un servicio moral, por una promesa de tan poca monta? Piénsalo bien y responde...

Yo te dejé salir del Seminario, donde me eras sumamente útil por tus defectos, porque eres adulon, bajo, hipócrita, servil, cruel y delator infame; y todo eso me convenia y me conviene para mantener el órden, para saber todo cuanto pasa, para conocer los actos y hasta las tendencias ocultas de todos y de cada uno de mis educandos; pues bien: la idea de don Juan Ugarteche me sedujo, y cuando la maduré más la encontré mejor; asi es que no solo permití que dejaras la sotana, sino que prometí ayudarte, casarte, enriquecerte, ensalzarte, y lo cumpliré, y tú mismo tienes

plena confianza en ello, porque sabes por esperiencia que todo cuanto ofrezco lo doi, que todo cuanto prometo lo cumplo.

Debes tomar en cuenta otra circunstancia; que pobre o rico me perteneces, y que a tí te convendrá más la esclavitud en la opulencia que la esclavitud en la miseria, pues la primera está llena de satisfacciones, de goces, de placeres de todo jénero, de que yo no pienso privarte y en los que yo no intervendré jamas, en tanto que la segunda... la esclavitud en la miseria, es insoportable, tiene todos los inconvenientes y ninguna ventaja; de consiguiente la eleccion no es difícil; y como es seguro que optarás por la riqueza en vez de optar por la pobreza, porque tú no eres del cuño de los antiguos santos, queda hecho el convenio.

Por otra parte, prosiguió el clérigo, a mí me conviene más tambien que seas rico, que seas influyente, que goces de consideraciones, que ocupes puestos elevados, porque ahí está el negocio nuestro; en tanto que de la otra manera no me servirias para nada y me serias una carga inútil. Ya ves que calculo y espero que tú hagas lo mismo.

La tarea es fácil y la ganancia inmensa. Serás en la sociedad, en el gobierno, en todos los círculos que frecuentes, lo que has sido en el Seminario. Esta ocupacion te agrada, la has desempeñado, te es familiar, y no puede serte ni difícil ni penosa... Ademas, te pondrás a la cabeza de esa sociedad de laicos o clericales de levita que el señor don Juan Ugarteche ha bautizado con el bello nombre de *Amigos del Pais*, y toda esa fuerza la pondrás a mi disposicion, pero

de una manera oculta, sin que nadie lo columbre, ¿me entiendes?

Por último, sábete que todo esto lo hago con un fin santo: hacer triunfar la relijion y combatir a los herejes, perseguirlos en sus atrincheramientos, ganarles los puestos, quitarles toda intervencion gubernativa, toda preponderancia social: este es el santo móvil, el santo propósito que me hace obrar, en tanto que tú tienes otros mui bajos, mui ruines, mui criminales; pero no me importa, y tú quedarás como eres. Sé que no tienes relijion, porque te has burlado de lo que ella tiene de mas sagrado y de mas santo; pero lo aparentarás como lo has aparentado hasta aquí, y esto es cuanto yo necesito... cuidado solo con engañarme... He concluido y puedes retirarte.

Rafael Arcánjel se quedó todavia por algun tiempo clavado en su asiento; no podia moverse, tal era el estado de anonadamiento en que lo habia puesto aquella larga esplicacion de su maestro.

Cualquiera que hubiera visto a aquellas dos personas, hubiera podido decir que el ex-seminarista era como un mosquito preso en la tela de una grande araña. La comparacion no podia ser mas justa ni mas exacta.

El señor Larrañaga miró a su víctima y le dijo con desprecio:

—Hoi te he tratado con alguna dureza; mañana te recompensaré con un gran cariño... adios...

Rafael Arcánjel se paró de su asiento, al que parecia clavado; dió algunos pasos vacilantes, saludó profunda y respetuosamente, y salió...

I.

El resultado de la conferencia entre maestro y discípulo que acabamos de presentar a la vista del lector tuvo el resultado siguiente:

El señor rector del Seminario tenia la conciencia de su victoria, y Rafael Arcánjel la evidencia de su derrota. El uno estaba triunfante, el otro estaba atemorizado; pero la satisfaccion del uno y el abatimiento del otro servian para el mismo propósito; habíanse, dirémoslo asi, arreciado, y la enerjia de aquel como la pusilanimidad de éste se complementaban para alcanzar un feliz resultado; y asi como la fuerza de atraccion y de repulsion de los cuerpos establece el equilibrio entre unos y otros y de ahí proviene la armonia, asi tambien esa victoria y esa derrota les daria en definitiva el éxito.

El hijo de doña Pacífica de vuelta del Seminario se encerró en su cuarto, no queriendo hablar con su madre, que lo esperaba para preguntarle la conversacion que habia tenido con su ilustre maestro el señor Larrañaga y cuál era la causa de haberlo detenido a

él solo; pero la curiosidad de la beata quedó burlada.

Aquella noche fué para el ex-seminarista una noche de desvelo. Esperimentaba una lucha interior, bullian en su pecho sentimientos tan diversos, pasiones tan encontradas, que no sabia casi qué pensar, qué hacer, qué resolver. Tan pronto sentia los furores del odio y se decidia por una cruel venganza buscando los medios de llevarla a cabo, como un instante despues se apoderaba de él el temor y era presa de todas las debilidades del miedo. Ya se proponia renunciar a todo, abandonarlo todo, cuando los halagos de la ambicion y las seducciones de la riqueza venian un momento despues a fascinarlo. Deseaba envenenar, matar al clérigo Larrañaga, y veia que sin el clérigo Larrañaga estaba perdido. Tenia en su maestro su mas implacable verdugo y su mas decidido y poderoso protector: nada podia alcanzar sin él y todo podia obtenerlo con él. ¿Qué partido tomar? Esta interrogacion se la hacia a cada instante y no por eso se disipaba su incertidumbre, sino que al contrario crecia y crecia mientras mas reflexionaba, hasta que se dijo a sí mismo: mejor será que deje venir los acontecimientos, ellos me enseñarán el camino; esperemos... Esta determinacion le procuró alguna tranquilidad.

Sin embargo, su espíritu estaba tan abatido como alarmado. ¡Cómo, esclamaba allá en sus adentros, ha podido este maldito sacerdote saber lo que nadie ha visto, lo que no he hecho con nadie, lo que no he referido a nadie, lo que no he revelado ni aun a mi mismo confesor! Es preciso que este hombre tenga un don de adivinacion.... Habia tal seguridad, tal

conviccion profunda, tal certidumbre absoluta en sus palabras, que me ha sido imposible dejar de conocer que él habia penetrado en mi mas oculto... ¡Qué horror! Y no he tenido aun la fuerza de negar... ¿Y qué hubiera sacado con esto? Él lo sabia todo... Estoi en las garras de este diablo... Ahora y siempre, como él me lo dijo, puede perderme... El mejor partido es someterse... Seré su instrumento... Ya lo he sido... y esto tambien me lo hizo observar... ¿qué importa que continúe siéndolo? Quizá llegue un tiempo en que pueda vengarme; mientras tanto, conviene doblegarse; no puedo luchar... estoi vencido... Y el furioso despecho del ex-seminarista al contemplar su impotencia lo hizo prorrumpir en sollozos.... ¡Llanto de rabia! Lágrimas parecidas a las que, segun dicen, vierte Satanas cuando se le escapa una alma... cuando se le ha ido de las garras una víctima a quien tenia ya su asiento preparado en los infiernos... Este ser mitológico no carece de cierta espantosa poesia, de la que participan tambien algunos mortales...

Por lo que se ve, Rafael Arcánjel, a pesar de la lucha interior por que pasaba, a pesar de la contradiccion en que fluctuaba su espíritu, habia tomado su partido.

II.

Dos personas estaban deseosas de conocer el pensamiento del jóven Dominguez. La una era el rector del Seminario, que se determinó a ir al dia siguiente a casa de su amigo don Juan Ugarteche para hacer llamar a doña Pacífica y a su hijo e interrogarles o

conocer en sus fisonomias la determinacion en que se encontraban, pues aun cuando estaba seguro de que su discípulo tomaria el partido de casarse y ser rico, sin embargo pensaba que talvez él habia ido demasiado lejos, habia sido demasiado acre, y que el furor de los resentimientos ahogasen en Rafael Arcánjel los estímulos del interes.

Doña Pacífica por su parte tambien estaba deseosísima de hablar con su hijo, y sus deseos habian crecido con la reserva, asi es que desde mui temprano, mas temprano que de costumbre, estaba en pié, pero en vano, porque Rafael Arcánjel no habia abierto la puerta de su cuarto ni aun habia respuesto a los golpes que habian dado llamándolo, lo cual la tenia sumamente contrariada y hasta inquieta.

Pero era el caso que el ex-seminarista, desvelado en toda la noche, se habia quedado dormido mucho despues de haber apuntado el alba.

Serian ya como las nueve de la mañana cuando vino el sirviente de don Juan Ugarteche, sirviente que le hacia de cochero, a casa de doña Pacífica, con un recado del clérigo en que le decia que se pusiese en el acto en su casa, haciéndose acompañar del señorito, como llamaban los criados de una casa de tono a los hijos de familia de las personas ricas o aristócratas.

Doña Pacífica, lisonjeada y sorprendida con que hubiera mandado a llamar don Juan Ugarteche con su criado, fué inmediatamente al cuarto de su hijo y llamó a la puerta con tal fuerza, que al fin Rafael Arcánjel, despertándose sobresaltado, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, hijo mio.

—¿Para qué tanto apuro? He pasado malísima noche y solo acabo de quedarme dormido.

—Levántate en el acto, mira que he recibido un recado especial del señor don Juan para que vaya a su casa lo mas pronto posible y que tú me acompañes.

El jóven Dominguez saltó de la cama.

La conversacion de la noche anterior, el ser llamado por el director de su madre, amigo íntimo del rector; el temor y la incertidumbre en que estaba; todas estas cosas reunidas produjeron en él una especie de escitacion nerviosa que lo hizo vestirse en un instante. Si hubiera tenido la seguridad de ir a recibir una fortuna, quizá no habria estado tan solícito, tan listo; pero es que temia a su maestro, y el miedo es uno de los mayores estimulantes en cierto sentido, porque el miedo da alas, y aquellas que no arranca ningun otro sentimiento, aunque sea el de la felicidad, las produce éste: para conseguir la palma de la victoria puede irse a paso de carga, pero en la derrota se vuela.

—Me complace mucho, hijo mio, el verte tan empeñoso y tan obediente a las órdenes de nuestros sacerdotes, pues no has echado ni un segundo casi en vestirte, dijo doña Pacífica a su hijo al verlo aparecer completamente arreglado y con una rapidez asombrosa.

—Asi debe ser uno siempre, contestó lacónicamente el jóven Dominguez; y este laconismo, premeditado de antemano, era con el objeto de que su madre no quisiera entablar con él una nueva conversacion.

—Parece, agregó la beata, acariciando al ex-semi-

narista, que el asunto marcha. Talvez este llamado tiene alguna relacion con el plan admirable combinado anoche por tu sábio y santo director y maestro.

—Puede ser.

—Tú me vienes ahora con un ¡puede ser! ¿A qué arribaron entonces en la conversacion de anoche, cuando te quedaste solo con el señor Larrañaga?

—Charlamos.

—El rector del Seminario no es hombre de charla, amigo mio. Veo que tú me ocultas algo.

—Yo no oculto nada; y si lo ocultara, ¿para qué empeñarse en hacerme decir lo que no quiero?

—¡En esas estamos! esclamó doña Pacífica, sorprendida del lenguaje y del tono de su hijo.

—No perdamos tiempo. Puesto que nos llaman con urjencia es preciso que vayamos luego, contestó Rafael Arcánjel con apacible acento, eludiendo, sin embargo, la cuestion.

—Vamos; pero yo sabré lo que tú tratas de ocultarme.

—Usted lo sabe todo, madre mia, y no tiene necesidad de echarse en averiguaciones que no le conducirian a nada, sino a lo mismo.

El tartufo comprendió que su maestro reservaria para sí el objeto de la conferencia y la conferencia misma si fuese necesario.

III.

Cuando llegaron a casa del jefe de la *administracion celestial de correos,* salieron éste y el rector del Seminario a recibir a la beata.

Jamas doña Pacífica habia obtenido semejante aten-

cion; de manera que, allá en su interior, auguró que los asuntos matrimoniales marchaban admirablemente, y que como ya en breve serian talvez poseedores de una colosal fortuna, se le anticipaban las atenciones que todo el mundo tributa a la riqueza.

El tartufo, en cuanto vió a los dos clérigos, se quitó el sombrero, llevando su cabeza hasta el pecho.

—¿Cómo has pasado la noche, querido discípulo? dijo el señor Larrañaga con una voz afable, tomándole al mismo tiempo la mano.

Rafael Arcánjel se estremeció a este contacto; pero dominándose, contestó sumisa y políticamente.

—¿Supongo que ya debes estar decidido? agregó el rector mirando de hito en hito a su discípulo.

—Sí, señor.

—Me alegro... La perplejidad es en el hombre su peor estado.

—¿Que tenia alguna indecision mi hijo? preguntó doña Pacífica, cuyo oido estaba atento.

—Pregúnteselo usted a él, señora.

—No tengo necesidad de preguntarle nada a este respecto, señor, porque sé cuán sumiso es a las órdenes de sus superiores y particularmente a las de usted, por quien tiene tanta veneracion como cariño.

—No hace mas que corresponder al afecto que siempre le he manifestado y al interes que me inspira, interes que me ha obligado a venir solo con el fin de saber de ustedes si se deciden a obrar hoi mismo, en caso que Rafael Arcánjel no se oponga.

—Usted sabe, señor, que no tengo mas voluntad que la suya.

—¿Entonces estamos convenidos?

—Perfectamente.

—¿En el sentido de tu engrandecimiento?

—Y de la prosperidad recíproca.

—Vamos, hijo mio, dame un abrazo... Veo que eres cuerdo.

Y el clérigo Larrañaga abrió sus brazos para estrechar contra su corazon a su amado discípulo, añadiendo y dirijiéndose a don Juan y a la beata:

—¡Y decir que este jóven ponia todavia algunas dificultades a nuestro proyecto, llevando hasta la exajeracion su inimitable modestia! Solo he conseguido decidirlo cuando le he hablado del triunfo de la relijion, porque participa de escrúpulos que no los tendria una monja!

—Santo pudor! Santa humildad! Santa abnegacion! esclamó el fanático Ugarteche apoderándose de una de las manos del ex-seminarista, cuya cara compunjida no revelaba otra cosa que una santa obediencia o una resignacion evanjélica.

—Dejémonos de reflexiones, por mas gratas que ellas sean, y concretémonos al asunto, dijo el rector, despues de haberse sonreido maliciosamente.

—Todos estamos a sus órdenes, replicó don Juan, haciendo un acto de deferencia.

—Yo no las impongo, amigo mio, sino que trabajo por lo que usted trabaja y por lo que todos trabajamos.

—Convenido.

—Pues bien; es preciso que ahora mismo partamos de aquí para trabajar activamente. Yo soi el primero

que se dirijirá donde el patron del jóven Escobar para que lo despida en el acto.

Seria conveniente que la señora doña Pacífica y mi amigo fuesen a hacerle una visita a la señora Ingrand con el fin de que hemos hablado ayer. Ustedes verán las disposiciones en que se encuentra y sabrán aprovecharlas, pudiendo acontecer talvez que puedan hablar separadamente a la madre y a la hija, lo cual simplificaria el asunto, haciéndolo mas espedito y rápido.

—La estratejia no me parece mal.

—¡Solo yo soi el único que me quedo estacionario! esclamó Rafael Arcánjel humildemente; ¿por qué no se me da tambien a mí un rol que desempeñar?

—Tu rol es el principal, y lo tienes.

—¡Pero yo no hago nada, señor! No es justo que se trabaje asi por mí, sin que me dejen poner algo de mi parte.

—A tí lo que te conviene es estar tranquilo y nada mas.

—Mi deber es someterme; sin embargo, quisiera...

—Llegará tu turno, y entonces veremos...

Solo el ex-seminarista comprendió en su verdadero sentido la última frase del rector.

En cuanto a los otros, no vieron allí mas que un incidente que nada significaba.

El clérigo Larrañaga se despidió y tomó su coche... iba donde su amigo, patron de Emilio Escobar.

En consecuencia, vamos a principiar por la importante personalidad del rector del Seminario, que era y es una de las categorias del clero chileno, y uno de los

mas estratéjicos, ya sea en política, ya sea en relijion, o ya en toda esa serie sucesiva de acontecimientos que constituyen el tejido de la vida de un hombre, segun puede mui bien haberlo reconocido el lector.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CHILENA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EL FANATISMO VENCE A LA RAZON.

I.

El señor Larrañaga, llegado que hubo a casa de su amigo, se hizo anunciar, sin bajarse del coche.

Probablemente tan luego como se oyó pronunciar su nombre toda aquella opulenta casa se puso en movimiento, pues el caballero dueño de ella salió corriendo para recibirlo.

Despues del saludo mas cordial, en que se conocia la deferencia con que era tratado el eminente sacerdote, fué invitado a pasar adelante.

Introducido al salon, dijo a su amigo, sin mas preámbulos:

—Usted sabe cuán ocupado soi, y sin embargo, lo he dejado todo por venir donde usted.

—Qué se le ofrece, señor? estoi pronto a servirlo en todo.

—No vengo a pedir servicios; vengo a hacerlos.

—Le doi anticipadamente las gracias.

—Sí, amigo mio; las acepto porque creo merecerlas, al menos por ahora.

—Yo he estado, estoi y estaré siempre agradecido a usted; y no tengo por qué afirmárselo ni hacer de

ello la menor protesta, pues me lisonjeo que usted lo habrá reconocido, que usted lo sabe evidentemente.

—Y bien, amigo mio, como no tengo tiempo que perder, dejo pasar sus espresiones amables sin contestarlas como debiera; pero usted tambien no ignora cuánta estimacion y fraternal cariño tengo por usted, que es un hombre de fé sincera y de rectos principios.

—Al menos, señor, hago lo posible por cumplir mis deberes, en primer lugar como católico, en seguida como padre y como ciudadano.

—Estamos de acuerdo, y siempre he alabado la conducta de usted; pero hai males que le sobrevienen al hombre de causas que no están en la órbita de su voluntad.

—¿Qué puede ser lo que sucede, señor? preguntó alarmado el caballero.

—No se asuste usted, amigo mio; el mal no es tan grande, y afortunadamente puede remediarse.

—Haré lo que usted me mande.

—Mas bien lo que le ordene su conciencia. Mi deber es prevenirlo, aconsejarlo y nada mas.

—Y tambien dirijirme, señor. ¡Es tan grato dejarse llevar por los consejos de un digno sacerdote! Uno no tiene casi que ocuparse de sí, no tiene que pensar... Se va al cielo, como quien dice, en un baúl.

El clérigo se sonrió benévolamente de la ocurrencia de su rico y creyente amigo; pero volviendo a dar a su semblante el aire de seriedad con que habia principiado, dijo:

—Esa fé, esa sumision a la voz del director espiritual es una garantia de la eterna felicidad.

—Pero, ¿qué es lo que sucede, señor?

—Era lo que venia a decirle.

—Escucho.

—Sé, amigo mio, que usted tiene un jóven dependiente.

—Sí, un jóven llamado Emilio Escobar.

—El mismo.

—¿Y bien?

—Ese jóven es sumamente peligroso.

—Lo han informado mal, señor; porque al contrario es un escelente muchacho, trabajador, intelijente, honrado y ademas sumamente instruido.

—Esa instruccion es muchas veces la que pierde a la juventud.

—Pero este jóven es de mui buenas costumbres, de una moralidad a toda prueba: socorre a su madre; todo cuanto gana es para ella.

—No quiero poner en duda ni su competencia, ni su honradez, ni su moralidad; pero ese jóven tiene mui malos principios relijiosos, o mas bien, no tiene ningunos...

—Puedo asegurarle, señor, que no sé nada a ese respecto. Jamas lo he oido espresarse sobre el particular.

—Esta es la mas evidente prueba de la irrelijiosidad del jóven, porque de lo contrario le habria usted oido decir algo alguna vez; pero independiente de esto, yo tengo informes y he venido a prevenir a usted...

—¿Qué debo hacer? Para mí me es útil, y ademas, nunca me habla de relijon.

—El camino de usted está trazado. No debe-

mos anteponer los bienes terrenales a los celestiales.

—¿Pero en qué puede privarme de ellos o impedirme que los alcance Emilio Escobar?

—Esto es lo que usted no comprende.

—Desearia que me lo esplicase, señor.

—Veo bien que no es usted tan obediente a la voz de su director espiritual como decia poco há.

—¿En qué he podido faltar? En qué he podido desobedecerle?

—Ya veremos... Por el momento principia usted con alguna resistencia, y temo que esa resistencia sea mayor, pues mi insinuacion no ha sido oida como debiera serlo, ni atendida como debiera ser atendida.

—Hasta aquí no veo mas que esa especie de duda sobre los principios relijiosos de mi dependiente.

—Bastaba eso.

—Pero qué es lo que usted quiere que yo haga?

—Me parece claro, y no necesitaba usted preguntármelo.

—¿Que ponga en la calle a un antiguo, bueno e intelijente empleado sin el menor motivo?

—¡Sin el menor motivo se atreve usted a decir! ¡Y esto sale de la boca de un católico, despues de tener el convencimiento de que un hereje habita su casa, se interna en la familia con riesgo de desmoralizarla! Dígame: ¿conoce usted los deberes de un buen católico en el manejo de su casa, de su mujer, de sus hijos, de sus parientes, de sus domésticos y de todos cuantos de él dependan?

—Creo que sí.

—¿No es verdad que un dueño de casa, principal-

mente por lo que concierne a las cosas de la iglesia, al arreglo espiritual de las personas que tiene a su cargo; no es verdad que tiene la obligacion de hacerlas cumplir con los preceptos de la lei de Dios, y que a aquel que no quiera conformarse a tan santa como usta regla, debe despedirse en el acto para que no contamine a las otras y no tener uno un reato de conciencia?

—Sí, señor, y aquí todos nos confesamos y comulgamos con frecuencia, vamos a misa todos los dias, se reza el rosario a la oracion con toda la familia inclusos sirvientes; nadie sale a la calle; no se permite el menor desliz, no diremos mal ejemplo, porque no lo soportaria.

—Oigo hablar a usted con verdadero gusto; veo con la satisfaccion propia de un padre espiritual, que esta casa es un modelo de relijiosidad, de virtud, de órden, y por eso mismo me ha estrañado tanto más que usted haya introducido al seno de su familia a un hereje, y me estraña que sabiéndolo usted lo conserve.

—En realidad no sabia nada sobre el particular ni habia creido de mi deber informarme de cuáles eran sus creencias.

—¡Cómo es eso! Usted cae en la mas grande contradiccion e incurre en una falta grave, un pecado grave; ¿no es empleado de usted este jóven? Y si lo es, está bajo su dependencia; y estando bajo su dependencia, usted es responsable de sus actos y tiene que dar cuenta a Dios por él asi como por usted mismo. Esto es lo que nos enseña la iglesia, y por eso es tan delicado y tan peligroso el ser dueño de casa;

¡pero asi tambien es el premio cuando se ha llenado con celo su mision!...

II.

El señor Larrañaga guardó silencio como esperando una respuesta.

—Usted tiene mucha razon, señor, pero ese jóven, aun suponiendo...

—No diga usted suponiendo, porque es sabido, es positivo que no es otra cosa que un libre-pensador, un hereje, un enemigo de nuestra relijion, dijo el rector del Seminario interrumpiendo con cierta violencia.

—Iba a decir suponiendo, porque yo en realidad nada sé; pero ya que usted lo afirma, y a tal testimonio no me resisto, agregaré que ese jóven no vive en mi casa y que solo está conmigo las horas de trabajo, en las cuales no se necesita saber si es o nó relijioso, porque la caja, los libros, las ventas y compras, los negocios, en una palabra, no necesitan de esta o de aquella fé, sino que les basta la exactitud, el pago, la ganancia, el órden, ese mecanismo indispensable para la administracion y direccion de una casa de comercio que necesita estar arreglada y ser puntual con los demas para que lo sean con ella.

—¡Oh mundo! Oh interes! Cómo llegan hasta estraviar los mejores juicios, las cabezas mejor organizadas, la fé mas acendrada! No lo habria creido si no estuviera viéndolo! esclamó el señor Larrañaga, llevando sus dos manos a la cara como un hombre que se espanta de lo que oye, que se abisma de lo que ve, y que no quiere ni ver ni oir más...

—¡Pero señor! dijo el caballero un poco alarmado de la actitud y de las palabras del señor Larrañaga, ¿qué mal hai en lo que he dicho? ¿En qué puedo haber faltado?

—La ignorancia, amigo mio, y dispénseme esta dura palabra, solo puede impedirle ver la falta que usted comete, porque la ignorancia y el interes nos ponen una venda en los ojos, nos ciegan... No quiero volver sobre los deberes de un dueño de casa, de que ya he hablado, ni sobre los de un católico, apostólico romano, que usted debiera conocer antes que todo y cuidar antes que los intereses efímeros de este mundo; ¿pero qué diria usted de un hombre que alimentase a una víbora mui bonita, nada mas que por ser bonita? Diria que era un loco; que causaba un mal a sus semejantes y a sí mismo, ¿no es verdad? Pues bien, usted hace otro tanto... Usted hace una cosa igual sustentando a ese jóven honrado, intelijente, segun usted afirma, pero hereje. ¿No es, por ventura, un hombre con tales principios, mas peligroso, mas mortífero que el reptil mas venenoso que existir pudiera? La ponzoña de una culebra matará el cuerpo; pero la ponzoña de un incrédulo mata el alma!... ¡Y qué ponzoña tan corrosiva no es la del impio! Espanta, amigo mio, pensar en los resultados funestos que nacen de esa lenidad, de esa ceguedad, diré mas bien; porque supongo que jamas usted se ha dado cuenta del punto a donde era arrastrado con semejante tolerancia!...

—De veras!... Nunca habia mirado la cuestion bajo ese punto de vista, dijo el rico comerciante un tanto asustado.

—Y aun no es todo, amigo mio... aun no es todo!... Usted no solo alimenta a ese jóven, lo que no debe hacer, sino que tambien le está labrando una posicion, llegando por este medio y en virtud de su proteccion a formarse una carrera y talvez una fortuna... Usted diria quizas: eso está mui bueno; y yo tengo que decir: eso está mui mal, eso está en contra de los intereses del catolicismo; eso es un enormísimo pecado, y usted incurre en él, pues da armas a los enemigos de la iglesia del Señor para que la ataquen y para que la persigan como actualmente lo hacen.

—¿Pero qué es lo que debo hacer, señor? Ese jóven me es mui necesario, mui indispensable...

—Mas necesaria y mas indispensable es su salvacion.

—¿Y que arriesgaré mi salvacion por el hecho de aprovecharme o de emplear los conocimientos de Emilio Escobar?

—Creia que despues de lo dicho no habria necesidad de que usted me hiciera semejante pregunta; pero ya que me la dirije, voi a hablar a usted con entera franqueza: me veré, amigo mio, en la dura precision de dejar de ser desde hoi su director espiritual. Este paso me cuesta mucho, pero tengo que cumplir mi deber como sacerdote, y ante este deber desaparecen todos los intereses, todas las afecciones humanas, por mui doloroso que sea el romperlas; pero póngase usted en mi lugar y dígame: ¿no haria usted otro tanto?

El rico comerciante no sabia qué contestar y permanecia perplejo. Por una parte estaba la razon, que le decia: «no obras mal conservando a tu empleado,»

y por otra el fanatismo católico, que le aseguraba haber en ello un gran pecado, amenazándole ademas con el retiro de los dones espirituales.

Como era natural, como era de esperarlo, venció el fanatismo a la razon, y el señor Larrañaga se fué con la promesa de que al dia siguiente seria despedido de la casa Emilio Escobar.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

DON JUAN UGARTECHE Y LA BEATA DONDE DONA ANA BALCARCE DE INGRAND.

I.

Mientras pasaba lo que acabamos de referir en casa del rico comerciante, donde habia imperado el fanatismo sobre la razon, sucedia una cosa análoga, una cosa idéntica, en casa de la rica y noble matrona la señora de Ingrand.

Don Juan Ugarteche y doña Pacífica, como ya lo hemos dicho y segun el convenio celebrado de antemano, estaban en esos mismos momentos realizando o tratando de realizar el plan preconcebido.

Difícilmente se encuentran personas mas tenaces y mas hábiles para llevar a cabo sus tenebrosas combinaciones, que los clérigos o los devotos, como ellos llaman a aquellos individuos que de buena fé o por negocio aparentan creer o creen en realidad en esa semi-divinidad o semi-humanidad que hace del sacerdote católico una especie de anfibio de distinto jénero, pues es Dios y hombre a la vez; porque hai ocasiones en que se dice participar de los atributos del primero, y otros en que no puede menos de reconocer él mismo,

a pesar de su pretenciosa audacia, que pertenece a la naturaleza del último; pero si hubiéramos de atenernos y de juzgar por las finas estratejias de que se valen, diriamos nosotros que en fuerza de una constante práctica que data desde muchos siglos atras, han adquirido los sacerdotes cierto grado de espiritualidad superior a la de los demas hombres, pero de esa espiritualidad de que ellos han forjado a un ser que dicen vivir única y esclusivamente para la perdicion de la pobre humanidad, a quien seduce y a quien engaña.

.....

II.

Encontrábase doña Ana Balcarce en el cuarto de su hija, cuando fué anunciada por Juana la visita de don Juan Ugarteche y de doña Pacífica.

Rafael Arcánjel, por consejo del rector del Seminario, no habia acompañado a su madre, pues el señor Larrañaga habia opinado que teniendo que hablar confidencialmente, podia servir de estorbo mas bien que de ausiliar la presencia del jóven, delante del cual ni la madre ni la hija podian tener la franqueza que inspira la amistad, y la ninguna reserva que en todo caso debe usarse con un director espiritual.

Doña Ana Balcarce no podia escusarse de recibir a aquellas dos personas, y aun esperimentó cierto alivio al oirlas anunciar, pensando que talvez podian serle en aquella ocasion de mucha utilidad.

—Y bien, mi querida Anita, dijo doña Pacífica echándose en brazos de la señora de Ingrand; hemos

venido con el señor Ugarteche a informarnos de la salud de ustedes, porque despues de una noche de baile, en que uno sale de sus hábitos, se esperimentan sensaciones diversas. Yo, por ejemplo, agregó la beata con volubilidad, no he dormido bien; ni siquiera he rezado con devocion, cuya falta ya he dicho a mi director espiritual, de quien he recibido una amonestacion, bien indulgente, es verdad, pues le he confesado injénuamente que no he podido echar de mi imajinacion en todo el santo dia las halagüeñas emociones que me proporcionó tu hermosa, diré mejor, tu májica fiesta, donde todo era realmente encantador, realmente sorprendente.

—Y sin embargo, amiga mia, contestó doña Ana Balcarce estendiendo al mismo tiempo su mano al señor Ugarteche; a mí me ha hecho mal...

—¿Cómo mal? Comprendo que has tenido muchos cuidados; que te ha dado un trabajo inmenso tu prodijioso baile, porque todo él era una maravilla, un portento de gusto, de armonia, de lujo.

—Eso es lo de menos.

—¡Lo de menos! Cuando para llegar a dar una fiesta asi se necesita realizar prodijios de todo jénero!

—Todo eso se consigue con un poco de gusto y un poco de dinero; pero es el caso, y el caso principal, que tengo a mi hija enferma.

—¡Está enferma Julita! esclamaron con muestras del mayor interes y casi simultáneamente el buzonero del cielo y la hija predilecta de Maria.

—Enferma, señor; enferma, amiga mia, repuso la señora Ingrand con mal disimulada angustia.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Creo que sea fiebre.

—Quizás se ha constipado con la trasnochada, dijo doña Pacífica; pero esto pasará, amiga mia: un sudorcito y basta...

—Ha llamado usted algun médico? preguntó don Juan.

—Nó, señor.

—Quizás ha hecho usted bien... Yo entiendo un poco en medicina. ¿Quiere usted que la veamos?

—En efecto, señor; usted es al mismo tiempo tan buen facultativo para el alma como para el cuerpo, observó doña Pacífica, con marcada intencion.

—Vamos, contestó la madre de Julia, esperanzada en el pronto alivio de su hija.

Mientras doña Ana pasaba adelante como para señalarles el camino, y sin duda advertir tambien a Julia de las visitas que iba a recibir, la señora Jerez de Dominguez se acercó al clérigo y le dijo al oido:

—Conviene separarlas. Buscaremos el pretesto para que usted se quede solo con la niña y yo conversaré con la madre.

Don Juan Ugarteche meneó la cabeza de una manera afirmativa.

Ambos penetraron en el cuarto de Julia.

Esta se habia sentado en su cama, cubriéndola un rico pañuelo de cachemira.

La fisonomia de la jóven estaba mas animada que de costumbre. Sus hermosos ojos, dulces y apacibles jeneralmente, tenian ahora ese brillo y esa vivacidad que provienen de la fiebre. Las mejillas un tanto mas

sonrosadas realzaban la marmórea blancura de su torneada garganta, y sus sedosos cabellos algo desordenados daban mayor encanto, el encanto inimitable de la naturaleza sin ayuda del arte, a todo el conjunto de su persona.

III.

Por otra parte, habia en aquel recinto, al que penetraban por vez primera don Juan Ugarteche y doña Pacífica, cierta atmósfera, dirémoslo asi, de castidad, de poesia, de gracia, de sencillez y de elegancia que se encuentra rara vez en las habitaciones y que parecia peculiar o inherente a aquel aposento, bien fuese por el arreglo de los muebles, el gusto de éstos, la esmerada limpieza, los adornos tan apropiados, y ese *no sé qué* de armonioso que se siente sin definirlo, que agrada al alma sin que lo analice, sorprendiéndola sin darse cuenta de la causa de su sorpresa.

Don Juan Ugarteche y la beata se detuvieron un momento: pagaban, sin pensar en ello, ese tributo involuntario que se rinde a la belleza y a todo aquello que, de una manera o de otra, ejerce algun imperio sobre nuestros sentidos.

Julia hizo una pequeña seña a doña Pacífica como diciéndole: "acérquese usted."

La beata voló donde ella abrazándola con muestras del mayor interes, del mayor cariño, agregando:

—Acaba de decirme Anita que estabas indispuesta, pero esta indisposicion te sienta a las mil maravillas... Estás mas hermosa, mas encantadora

que nunca... Todas las niñas de Santiago querrian estar tan enfermas como tú, si en cambio se pusiesen tan bonitas.

Julia, a pesar de la preocupacion de su espíritu y de la fiebre que la atormentaba un tanto, no pudo menos de sonreirse de la inesperada salida de doña Pacífica.

Don Juan Ugarteche tambien apoyó lo que decia su amiga, y la señora Ingrand sonriéndose como su hija, pero lisonjeada de la apreciacion de la beata que en realidad era efectiva, dijo:

—Tú supones a las señoritas de Santiago tan apegadas a la hermosura que preferirian estar enfermas con tal de estar bellas, lo que no deja de ser una espiritual calumnia.

—¿Y qué niña no es lo mismo? contestó en tono de chanza doña Pacífica. Apostaria, agregó, que tú allá en tus quince a veinte habrias deseado otro tanto.

—No lo recuerdo, amiga mia. Está tan lejana aquella época que ya no tengo memoria de ella.

—No digas eso cuando aun pudieras casarte y de seguro que no te faltarian pretendientes.

—¿Te estás burlando, Pacífica? Mira que has escojido mala oportunidad para tus chanzas, repuso doña Ana Balcarce con tono afable.

—Es verdad... pero está tan interesante tu hija que habia olvidado por completo su enfermedad... Y bien, ¿cómo te sientes, Julita? ¿Esperimentas algun dolor? ¿Qué es lo que mas te incomoda.

—No siento dolor alguno, señora.

—¿Será alguna afeccioncilla del corazon? Esa es una enfermedad propia de tu edad, pero pasajera.

Y la beata clavó su penetrante mirada en la jóven. Esta se ruborizó y guardó silencio.

—Para esa clase de males, hija mia, hai un médico mui bueno.

—¿Cuál? preguntó involuntariamente Julia; y luego como sorprendida de lo que habia dicho, agregó: «no necesito de médicos.»

—Son médicos que no dan drogas sino consejos, hija mia, porque son médicos del alma y solo curan las enfermedades del espíritu, y aquí tienes como bajado del cielo, como enviado por Dios, a tu digno director espiritual el señor don Juan Ugarteche en quien no dudo tendrás la mas plena confianza.

—Sí, señora, tengo la mas plena confianza, pero por ahora...

—Ahora y siempre estaré dispuesto a oirte, hija mia, sin necesidad de emplear el sacramento de la penitencia, porque un sacerdote en él como fuera de él debe proporcionar consuelos por sus consejos y bálsamos por su doctrina y su fé.

—Ai, señor! cuán grande, cuán importante, cuán sublime es la mision de un sacerdote! ¿Nó te parece, Anita? esclamó doña Pacífica con el entusiasmo propio de una ferviente católica.

—Asi es, amiga mia, contestó doña Ana Balcarce con laconismo.

—Pero tú parece que no participas del mismo santo entusiasmo de que yo me encuentro poseida.

—Talvez no tendré la facilidad tuya para espresarme, pero en cuanto a sentimiento...

—Sí, ya lo sé... Dichosa tú que tienes fortuna y

puedes hacer espléndidas manifestaciones de tu fé.

—Y no a lo que te refieres; pero la fé se siente mas bien que se manifiesta.

—Dejemos por el momento esta cuestion; y acercándose doña Pacífica a la señora Ingrand le dijo despacio: tengo que hablarte en privado.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo...

—¿No puedes diferirlo para otro dia? De lo contrario tendria que dejar sola a Julia.

—Tanto mejor dejarla un momento con don Juan, porque quizá ella misma lo desea, al menos asi lo he comprendido yo por sus espresiones.

—Se lo preguntaré.

—¿Para qué? ven un momento y habremos terminado.

Y con el fin de forzar a doña Ana para que la siguiese, dijo doña Pacífica en alta voz, dirijiéndose a don Juan y a Julia:

—En un instante estamos de vuelta.

La señora Ingrand la siguió automáticamente.

IV.

No entraremos a referir la conversacion que estableció la beata con doña Ana Balcarce y que trató de prolongar el mayor tiempo posible para dar lugar al señor Ugarteche de esplicarse bien; pero sí diremos que doña Pacífica pintó con tan vivos colores lo que acababa de saber referente a doña Cármen Cáceres, su hermano y su hijo, que la virtuosa señora Ingrand

quedó tan admirada como atemorizada de las consecuencias que pudieran haber resultado de una amistad tan peligrosa, no sabiendo comprender, y de aquí provenia su admiracion, cómo habia jentes que supiesen aparentar tan perfectamente la honorabilidad, la finura de sentimientos, las delicadezas de la virtud con tanto arte, asi es que en diversas ocasiones estuvo casi a punto de desmentir a doña Pacífica; pero ella se decia a sí misma y este argumento no tenia réplica en su concepto: ¿qué otro interes que el de la amistad puede tener esta señora al hacerme tales revelaciones? Ella desea que yo evite una relacion que me denigra y que puede comprometerme siéndome sumamente perjudicial, y hace bien y debo estarle sumamente agradecida.

Estas eran las reflexiones que se hacia la señora Ingrand y que la beata habia provocado con infernal astucia, haciéndoselo comprender sin decírselo.

Cuando la creyó bastante persuadida y segura de que cerraria las puertas a doña Cármen Cáceres, dijo a su amiga tomándola familiarmente del brazo:

—Vamos a ver a tu hija. Estoi segura que don Juan Ugarteche, que es el mas santo de los hombres, habrá sabido aliviar a la pobre niña, cuya enfermedad no me parece realmente de cuidado.

—¿Lo piensas así? preguntó doña Ana, con marcado interes, a la beata.

—Indudablemente.

—Pues yo estaba, y estoi, un poco alarmada.

—Creo que no tienes el menor motivo.

—Dios lo quiera.

Y ambas señoras entraban en ese momento al cuarto de Julia.

Doña Ana, con esa vista perspicaz de la madre, se apercibió inmediatamente que su querida hija estaba o parecia estar un tanto mas aliviada, y una sonrisa de satisfaccion apareció en sus lábios, como felicitándose y felicitando al señor Ugarteche, que le dijo:

—Me parece que su hijita está mas consolada. He tenido una larga conversacion con ella y nos hemos puesto de acuerdo.

—Agradezco mucho su solicitud, contestó la señora de Ingrand, verdaderamente reconocida del inesperado servicio.

¿Qué era lo que habia pasado entre aquellas dos personas? Tampoco se lo referiremos al lector palabra por palabra como solemos hacerlo algunas veces, pero es bueno que no ignore que el clérigo Ugarteche habia sondeado al reves y al derecho el sencillo corazon de la inocente jóven, que habia calmado su dolor, elevando su orgullo, y que se habia empeñado en desterrar ese amor naciente, valiéndose de la calumnia y empleando los mismos medios y la misma estratejia sujerida por el señor Larrañaga en la visita de esa mañana.

Hasta aquí todo iba bien, y esperaba un pronto y buen resultado.

La astucia clerical triunfaba.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

PATRON Y EMPLEADO.

I.

Cuando madre e hija quedáronse solas, la última se echó en brazos de la primera y lloró...

Doña Ana Balcarce acompañó a su hija en su aflicion, cuya causa ignoraba completamente, pero las lágrimas producen lágrimas y las dos confundieron las suyas.

Pasada la primera impresion y calmada un poco la fuerza del llanto, doña Ana dijo a Julia:

—He llorado porque tú lloras. Tu pesar ha producido el mio, pero hasta ahora no sé a qué se refiere ese sentimiento que no puedo clasificar sino de quimérico, porque no hai ni veo motivo que lo produzca.

—Ya ha pasado en parte, madre mia, y creo que pasará del todo.

—He notado que don Juan Ugarteche, con su corta conversacion, ocasionó en tí un cambio favorable y que yo no habia podido conseguir antes.

—Es verdad.

—¿Tienes entonces mas confianza en él que en mí? preguntó doña Ana, haciendo a su hija un reproche cariñoso en que se revelaba toda su ternura.

—Nó, madre mia, nó; pero hai cosas...

—¿Que solo se dicen al confesor?

—Asi es.

—Y sin embargo, yo estaba hasta ahora en la persuasion que no habia nada en tu conciencia que pudieras revelar al confesor y ocultar a tu madre.

Julia se ruborizó un tanto, y respondió con dulce entereza:

—Todavia no tengo nada que pueda reservar a mi madre y decir al confesor; pero le suplico que al menos por el momento respete mi secreto, que no lo será para usted mas tarde, que no lo será ahora mismo si usted me lo exije.

—Nunca, hija mia, he querido contrariar tu voluntad, y no elijiré este momento para hacerlo.

—Gracias, madre mia; gracias...

—Y no creas que esta condescendencia de siempre ha sido efecto de debilidad o el resultado imprevisor de un exajerado cariño, sino simplemente por el hecho de no haberme jamas dado ocasion para ejercer mi autoridad de madre, porque siempre has obrado como buena hija, como una señorita delicada y con la humildad y caridad propias de una buena cristiana.

—¡Querida madre mia! esclamó Julia volviéndole a echar los brazos y volviendo a llorar...

—Vamos, hija querida, lo que te he dicho no es un motivo para que te aflijas y te contristes.

—Al contrario, madre mia, lloro de felicidad... Estas lágrimas me consuelan y me alivian... Sus cariñosas palabras me hacen un bien inmenso...

—Mis palabras, si en verdad son cariñosas, princi-

palmente son justas, porque emanan de una apreciacion que jamas ha sido desmentida.

—¿Y quién hubiera podido o pudiera ser mala a su lado?

—Hai muchas buenas madres que han tenido malas hijas, y cuyos estravios las matan sin que consigan remediarlos.

—¡Es posible!

—Desgraciadamente, se ve esto con demasiada frecuencia.

—Las compadezco, porque comprendo cuánto usted hubiera sufrido...

—Asi es, hija mia; y por esto mismo no ceso de darle gracias al Señor por tan señalado beneficio...

—Yo hago otro tanto, querida madre, en mi calidad de hija.

—Ahora, Julia, que te encuentras un tanto sosegada, trata de dormir. Voi a prepararte un vaso de citrato que te refrescará.

Y doña Ana salió del aposento de Julia para prepararle la bebida.

—Escelente, incomparable madre, esclamó la enferma; ¡cómo la hago sufrir! Pero no será por largo tiempo... Espero desterrar luego de mi corazon este amor indigno... Mi sábio director me ha consolado... me ha abierto los ojos... Me ayudará... Sufro, es cierto, por no revelar a mi buena madre mi flaqueza injustificable... pero tengo vergüenza... Mas tarde lo haré... Ahora sufriria yo demasiado y la haria sufrir a ella... Agravaria mi mal y le causaria un pesar... Todo pasará... Afortunadamente, la enfermedad no es

incurable ni ha echado tan profundas raices... Pero siento pesar, verdaderamente siento pesar... esto es sin duda por la pérdida de mis ilusiones... Vanas quimeras que me habia forjado sin motivo... Ya no volverán... y no puedo negármelo ni a mí misma: siento perderlas...

Asi pensaba, asi raciocinaba Julia cuando volvió a ser interrumpida en sus reflexiones por la presencia de su madre que le traia la refrijerante bebida...

II.

Veamos ahora el resultado de las observaciones del señor Larrañaga al rico comerciante que le habia prometido antes de separarse que al dia siguiente seria despedido de la casa su escelente y quizás irreparable empleado Emilio Escobar.

El comerciante, sumamente preocupado con lo que le habia dicho el clérigo y con la falta que le hacia su dependiente, no habia podido dormir en toda la noche. Su espíritu fluctuaba entre el temor de desagradar a su director espiritual y de cometer un pecado, y el cariño que tenia por el jóven que él habia formado y la utilidad incontestable que le reportaba; pero el señor Larrañaga lo habia amenazado con que no lo confesaria mas, con que lo abandonaria para siempre si conservaba por un solo dia en su casa a Emilio Escobar, y esta amenaza era para él una cosa terrible; asi es que vencieron las preocupaciones relijiosas, venció el temor infundido por el clérigo, contra la estimacion y el cariño que le inspiraba Emilio

y contra el interes mercantil, lo que no es poco decir en un hombre de negocios, pero no hai razon ni hai fuerza suficiente capaz de arrancar el fanatismo cuando ha llegado éste al punto de apoderarse por completo de un individuo: hé aquí la causa del constante empeño que despliegan los jesuitas para apoderarse de la enseñanza de la juventud, pues saben por esperiencia que cuando esa plaga funesta del jénero humano ha echado raices en el espíritu de una persona, son ellas tan profundas que no hái nada que las arranque, porque lo primero que condenan es la razon, y lo primero que tratan de apagar es la intelijencia, cuando ésta no se presta a sus miras o cuando no está acompañada de esa obediencia pasiva que tanto encomian, siendo la poderosa palanca que emplean y la cadena con que sujetan imperiosamente al hombre que han formado o que ha caido por cualquier evento en sus ocultas y numerosas redes.

A pesar de lo que hemos dicho, no habia abandonado la idea nuestro rico comerciante en cuestion de conservar al jóven en su casa; pues se habia hecho este argumento: yo no conozco, en realidad, las opiniones relijiosas de Emilio, pero si no fueran como me las ha manifestado el señor Larrañaga, a causa talvez de malos informes, es claro que no existiria el menor motivo para despedirlo; más, dado caso de que en realidad se hubiese contajiado con ese maldito espíritu de incredulidad que se llama espíritu del siglo y que se apodera de todo el mundo, yo trataré de persuadirlo, le haré ver su conveniencia, y es mas que probable que consiga atraerlo; y dado esto, no tendrá

ninguna objecion que hacerme mi santo director, no tendrá falta que echarme en cara, sino que se regocijará conmigo por varios motivos: en primer lugar, porque habré obtenido un triunfo que redunda en favor de nuestra sagrada relijion; y en segundo, porque armonizándose con mis intereses la relijiosidad de mi dependiente, me habrá hecho un servicio en permitir que permanezca a mi lado, cosa por otra parte que no puede negarme, pues él se funda únicamente en las ideas contrarias a nuestro culto que dice poseer ese jóven.

El hombre de negocios esperaba, pues, no sin cierta impaciencia a Emilio, aunque con la seguridad de conquistarlo; asi es que en cuanto lo vió entrar corrió hácia él con el mas festivo semblante, diciéndole:

—Te esperaba, querido amigo mio, porque tengo que tratar contigo uno de los asuntos mas importantes y del cual depende, hasta cierto punto, tu felicidad, y tambien podria agregar la mia, porque no siéndome indiferente tu bienestar, tendré el mayor gusto en que lo consigas, y este gusto, como debes presumirlo, influirá tambien sobre mi manera de ser y sobre mis intereses.

Emilio Escobar se sorprendió un instante de tan inusitado recibimiento, pues nunca, si bien lo trataba con bondad, lo habia llamado su buen amigo como ahora, ni nunca tampoco le habia manifestado el interes que le demostraba en ese momento, augurando de todo esto un cambio mui favorable para él en su posicion de fortuna; sin embargo, contestó con ese desprendimiento que le era natural:

—Agradezco, señor, sus bondadosas espresiones que me manifiestan su jenerosidad y su buen afecto para conmigo; pero debo advertirle que si bien no rechazo un beneficio, no por esto dejo de conocer que hasta aquí he sido suficientemente remunerado por usted y que mi ambicion única consiste en merecer siempre su confianza y su aprecio.

—Todo esto lo has tenido, hijo mio, y lo tienes; pero es el caso que tengo que hacerte presente una circunstancia...

El comerciante se encontró un poco embarazado para continuar, y se paró sin concluir su frase.

Emilio, dotado de un sentimiento de penetracion poco comun, vió que el embarazo de su patron provenia sin duda de causas que él ignoraba, porque de otra manera para hacer un servicio o exijir el cumplimiento de un deber, se lo habria dicho sin rodeos.

—Te decia, volvió a repetir el acaudalado negociante, que estaba contento de tí y que podia hacer tu felicidad, en lo cual estribaba tambien en parte la mia; pero hai una condicion... que casi no me atrevo a decírtela, y sin embargo es necesario que me esplique.

Y el buen varon se pasó el pañuelo por su calva frente para enjugar el sudor que brotaba sin ajitacion material, a no ser la de su espíritu.

Estas perplejidades, estas reticencias, principiaron a alarmar verdaderamente a Emilio, que comenzaba a desconfiar del buen resultado que lo habia lisonjeado al principio.

El jóven guardó entonces silencio y se cruzó de

brazos, como el hombre que está decidido y que espera una resolucion cualquiera.

III.

Nuestro buen comerciante no se resolvia tampoco a hablar y se paseaba por el escritorio en actitud meditabunda. Al fin se sentó e hizo seña a Emilio para que hiciese lo mismo.

El jóven obedeció.

El patron sacó un cigarro, lo encendió pausadamente en un fósforo, y dijo de una manera brusca:

—¿Cuáles son, amigo mio, sus ideas relijiosas?

—Me estraña la pregunta, señor, porque no veo a qué pueda conducirnos.

—Es que necesito saberlas.

—Hasta ahora no me las habia preguntado, y hace algunos años que estoi al servicio de usted.

—Es mui cierto; pero en el momento me es indispensable conocerlas.

—¿Para qué, señor?

—Luego se lo diré a usted; sin embargo, hágame el favor de responderme con franqueza.

—Es que no veo, señor, el objeto, y no comprendo una confidencia de esta naturaleza, que solo se hace en el seno de la amistad y cuando es espontánea y libre.

—¿No soi yo acaso su amigo?

—Usted es mi favorecedor, mi patron, mi bienhechor, pero nó mi amigo.

—Me parece, sin embargo, que los primeros títulos

valen bien el último, y que mui bien puede tenerse esa condescendencia con el que posee aquellos; esto es si usted habla con verdad.

—Nunca he tenido la mala costumbre de mentir.

—Ya lo sé, y por la misma razon voi a interrogarte: ¿tienes relijion?

—Indudablemente, señor, y vivo contento y satisfecho de ello.

El rico negociante, al oir esto, se paró de su asiento entusiasmado, y gritando:—Bravo! Bravo! se fué a abrazar a Emilio, que estaba mui lejos de comprender la causa de tan estraño arranque.

—¡Con que eres relijioso, hijo mio! volvió a esclamar el patron, sin abandonar el cuello del jóven Escobar.

—Sí, señor, me gusta serlo y me glorio de serlo.

—Bien, mui bien; ¿te confiesas entonces mui a menudo? ¿Vas todos los dias a misa? ¿No es verdad? Dímelo luego, porque me darás en ello el mayor gusto, y para tí será de una gran conveniencia.

Emilio quedó mas sorprendido que antes; pero reconcentrándose en sí mismo, respondió con dignidad:

—He dicho a usted que jamas mentia.

—Hace años que lo sé y no necesitas repetirlo.

—Pues bien, señor; hace muchos años que no me confieso y no voi a misa, y tengo el propósito de no hacerlo jamas.

Un cántaro de agua fria echado repentinamente sobre la cabeza del comerciante no le habria causado una impresion tan estraña y tan súbita como las po-

cas palabras de Emilio; pero serenado un poco y pasada un tanto la sorpresa, dijo al jóven:

—¿Y cómo me habias asegurado que tenias relijion?

—Y lo aseguro nuevamente, confirmándome en lo dicho.

—¿Pero qué clase de relijion es la tuya cuando no te confiesas, ni oyes misa, preceptos ambos sin los cuales no se puede ser bajo ningun aspecto cristiano?

—Cristiano sí, católico nó, y yo soi esencialmente lo primero.

—¿Por qué haces esa diferencia? No es lo mismo lo uno que lo otro, o las dos no son una misma e idéntica cosa?

—Asi lo dicen; pero en la realidad no es asi, porque hai millares de cristianos, millares de hombres que siguen las máximas de Jesucristo sin confesarse ni oir misa; pero, señor, yo no puedo caer a qué nos conduzca este exámen de conciencia que usted pretende hacerme.

—Voi a decírtelo, amigo mio.

—Antes de decírmelo me permitiré preguntarle si para el manejo de sus negocios necesito pensar de esta o de la otra manera.

—Sí, mi querido amigo.

—¿Y por qué no me lo habia usted prevenido desde tantos años?

—Porque no lo sabia.

—¿Han estado entonces mal conducidos sus asuntos porque ignorara usted mis creencias?

—Nó, y esta es la misma reflexion que yo he he-

cho y que en realidad me contraría y me atormenta a pesar de las razones poderosas, poderosísimas en que se han apoyado.

—¿Entónces no proviene de usted esta averiguacion?

—Proviene y no proviene de mí.

—No entiendo.

—Proviene de mí en cuanto lo hago ahora con conocimiento de causa y con entera voluntad y libertad, y no proviene por cuanto me le han sujerido.

—Ya comprendo, señor.

—Puesto que comprendes me alegro, pues asi me ahorras el trabajo de esplicarme y tú quedas libre para determinarte.

—Sin embargo, antes de obrar, y de obrar con prudencia, necesito que usted se sirva aclararme el hecho, porque yo apenas lo vislumbro; y es tan monstruosa la accion que se me viene al pensamiento, que no puedo creerlo a pesar de lo que me afirman sus palabras.

—Yo tambien, te lo confieso, encontré algo impropio el asunto; pero despues vino el argumento y con el argumento la persuasion...

—¡Es raro, mui raro! pero veamos, señor, abordemos de una vez la cuestion, y quedaré convencido a mi vez y quizá decidido...

IV.

El rico comerciante esplicó entonces el enigma y contó a su empleado punto por punto la conversacion

que habia tenido con su director espiritual, los cargos que le habia hecho y las amenazas que le habia dirijido, hasta el grado de negarle la absolucion y de retirársela para siempre; y el opulento negociante agregó con dulzura:

—Ya ves, hijo mio, que no podia, que no puedo escusarme: entre la salvacion de mi alma y el adelanto o el buen manejo de mis intereses, no puedo ni debo vacilar.

—Tiene usted razon, contestó con amargura Emilio Escobar, pero con esa amargura parecida a la lástima, y que mas que dolor revela compasion.

—Agrega ahora, añadió el patron, que yo soi esencialmente católico: que soi timorato; que si desobedeciese al mandato de mi director, mandato que me lo impone únicamente por el bien de mi alma, no tendria jamas reposo en mi conciencia ni tranquilidad en mi espíritu, y comprenderás perfectamente que, apesar del cariño que te profeso y de la estimacion que te tengo, no puedo obrar de otra manera.

—Demasiado bien lo comprendo, y no lo culpo a usted, sino a esos infames hipócritas que llevan la perturbacion a todas partes, el mal a todas partes, bajo las apariencias de un mentido interes por la moral y de una no menos mentida relijion, hechura esclusiva de ellos y destinada a apagar la civilizacion, a desviar la verdadera conciencia para imperar ellos solos en la humanidad...

—No hables asi, amigo mio; mira que cada una de tus palabras envuelve una herejia que la iglesia condena.

Una carcajada llena de amarga ironia fué la única respuesta de Escobar.

—No hables asi, repitió el comerciante, que aun podemos allanar las cosas, aun podemos arreglarlas.

—¿Qué arreglo puede caber despues de lo que usted me ha dicho, despues de haberme manifestado su decision última, su voluntad irrevocable?

—Bajo el punto de vista que he demostrado, tienes razon, mi conducta está trazada; no puedo desviarme de la pauta que me han señalado; pero tú puedes hacer que esa dificultad desaparezca; tú puedes armonizar el asunto de manera que yo no falte a mis deberes de católico y que tú no te prives de tu destino ni me prives de tu ilustrada cooperacion, ofreciéndote ademas mayor utilidad y mayor ganancia que la que has obtenido hasta aquí, pues independiente del sueldo de que gozas, te daré una parte en las utilidades de mis negocios, que, como tú sabes, dejan un regular provecho; y en poco tiempo más, te lo aseguro, serás mi socio y no tardarás en ser el absoluto dueño, porque ya yo estoi viejo y no he de durar mucho tiempo...

—Agradezco, señor, sus ofertas y veo por ellas el interes que se digna tomar por mí; ¿pero cuál es el espediente de que usted me habla?

—Mui sencillo, hijo mio; todo consiste en que cambies de principios; que abjures tus errores, pidas perdon de tus faltas, trasformándote en buen católico... y ya verás como el señor Larrañaga nada tendrá que decir, y lejos de tener que decir, estará satisfecho de mí, se congratulará de su obra y llegará a ser tu protector, tu amigo y hasta tu confesor...

El jóven Emilio continuaba guardando el mas profundo silencio.

—Asi se hermanan, prosiguió el comerciante, tus intereses y los mios, y lejos de perder una ventajosa colocacion que en el dia no se encuentra o se encuentra con mucho trabajo, obtendrias otra mejor, infinitamente mejor, pues tienes en perspectiva no mui remota una posicion tan envidiable o mas envidiable que la mia, porque estás en esa edad en que todo es hacedero y en que el hombre tiene fuerzas, voluntad, enerjia y accion.

—En cuanto a la especulacion, usted raciocina perfectamente: yo ganaria mucho; pero en cuanto a mi conciencia, a mi dignidad de hombre, yo perderia mucho, y no quiero rebajarme a mis propios ojos.

—En lugar de rebajarte te ensalzas, amigo mio; no te equivoques: el mundo tendrá mucho mas aprecio por tí viéndote en una buena posicion y en camino de hacer una gran fortuna, que la que tendrias si te encontrases en la pobreza, por mucha que fuese tu capacidad, por mui relevantes que fuesen tus méritos.

—Sí, el mundo me daria su consideracion, pero me quitaria la mia y no podria vivir despreciándome yo mismo.

—Nada de cuanto me dices veo, y lo único que puedo asegurarte es que haciéndote católico ganas mucho y me haces ganar a mí. Por otra parte, ¿qué mal habria en ello? Al contrario, estarias mas tranquilo y mas seguro de tu salvacion, puesto que delegabas todas tus facultades en manos del director espiritual que tomases, el cual se encargaria de pensar por tí,

y con tal de obedecerle en todo, como yo hago, te dejaria espedito el camino del cielo. No creas por esto que te va a quitar el sacerdote católico la actividad de tus facultades; nó, amigo mio; te las deja todas, menos la de alcanzar la gloria por medio de tu pensamiento, porque él, como ministro de Dios al cabo, como intermediario o corredor patentado entre el cielo y la tierra, se encarga esclusivamente de este importante asunto; por lo demas, gozas de plena libertad: puedes trabajar cuanto quieras, ganar plata cuanta se te antoje, hacer lo que te dé la gana, y hasta pecar, porque él está prontísimo, dispuestísimo a perdonarte por medio de la confesion, que al fin y al cabo no es nada mas que un ratito al que uno se acostumbra con mucha facilidad y que llega a gustarle tanto que no puede pasarse sin ella; no tan solo porque ve la conveniencia espiritual, sino porque le agrada y lo eleva tambien al pensar que en aquel momento está conversando con el mismo Dios, en soliloquio íntimo y confidencial con el Hacedor Supremo de todo cuanto existe... Ya ves, amigo mio, que bajo cualquier punto de vista que se considere la cuestion hai que ganar; con que asi, ¿aceptas? Dímelo luego y habremos concluido, y desde hoi mismo haremos un nuevo arreglo.

V.

Emilio habia escuchado sin interrumpir toda aquella larga peroracion, siendo tan estraña la impresion que esperimentaba, que le parecia ser la primera vez que hubiese oido discurrir de esta manera; pero

como ahora el asunto le afectaba directamente, se encontraba mas impresionado, sin saber qué contestar, porque no hallaba espresiones bastante significativas para demostrar la repugnancia que le inspiraba aquel fárrago de místicas ridiculeces que destruian o perturbaban las nociones mas innatas de la justicia, del deber, de la razon y, en una palabra, de la conciencia, que es el divino instinto, la celestial voz, la guia segura de un ser ignorante y flaco, empero intelijente y libre, segun el elevado y profundo lenguaje de un gran pensador (1).

—Y bien, ¿te determinas? volvió a preguntar el buen comerciante.

—Nó, señor, contestó lacónicamente Emilio.

—¡Cómo que nó! Reflexiona con madurez, pesa las conveniencias, ve las ventajas que de todas maneras nos reportan a ambos en el sentido espiritual y en el sentido corporal, y despues, no dudo que te decidirás por mi opinion, que la abrazarás de lleno.

—Jamas...

—¡Jamas, dices!

—Sí, señor.

—¡A tal punto llega tu contumacia! A tal grado llega tu incredulidad!

—El absurdo me repugna, y si lo aceptara aparentemente, no seria otra cosa que un embustero, que un hipócrita, y esto me repugna mas.

—¿Renuncias entonces a estar conmigo?

—En esas condiciones, sí.

(1) J. J. Rousseau.

—¿Sabes que me pareces un ingrato a la vez que un impio?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pero no solo me lo demuestras, sino que me lo pruebas.

—No soi ingrato, señor, porque reconozco sus beneficios y estaré siempre dispuesto a servirlo; y no soi impio, porque adoro a Dios y amo al prójimo.

—Ai, amigo mio; asi es como se espresan los herejes!... Y siento decírtelo: me veo obligado a despedirte.

—Para mí es mayor desgracia, señor, porque quedo sin recursos... y tengo a mi pobre madre...

Emilio no concluyó su frase... pero estaba de manifiesto su pensamiento... y dos gruesas lágrimas que corrieron silenciosas por sus mejillas eran sin duda mas elocuentes que la palabra.

El comerciante se conmovió tambien, y parándose de su asiento fué hasta donde Emilio, a quien tomó aun de sus manos, diciéndole:

—Reflexiona... no me lleves a una dolorosa estremidad...

—No soi yo, señor, quien lo llevo, sino el que la sufre...

Era tan evidente, tan exacto lo que decia el jóven empleado, que el patron no tuvo que responder.

—Por lo que veo, prosiguió Emilio con resignada pero dolorida voz, lo único que tengo que hacer es retirarme.

—Espérame una hora, dijo entonces el comerciante, no atreviéndose a separarse tan exabrupto de su an-

tiguo empleado, y a mi vuelta te diré mi resolucion definitiva.

—Comprendo, señor, el paso que usted va a dar, pero es en vano; el individuo que ha puesto en juego la credulidad de usted para lanzarme de mi destino, no retrocederá: es demasiado infame para que se compadezca del sufrimiento ajeno y demasiado astuto para no engañar a usted; sin embargo, aguardaré una hora para complacer a usted y nada mas que para complacerlo y que vea claramente que no es mia la culpa...

El acaudalado comerciante hizo poner su coche y partió...

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EL DIABLO ROBA A LOS PUEBLOS PARA ENRIQUECER A LOS CLERIGOS.

I.

El título o el rubro de este capítulo parecerá la mas grande de las paradojas, forjada espresamente para dañar el prestijio sacerdotal, y sin embargo, ni es una paradoja, ni ha sido escrita con tal propósito, pues lo que decimos y lo que afirmamos es un hecho real, positivo, que está al alcance de todos y a la vista de todos...

Lo que acontecia en aquel momento a Emilio Escobar ha sucedido a muchos: sucede y sucederá siempre mientras tal prescripcion exista, mientras no desaparezca tan absurda creencia...

La historia que narramos es un comprobante, es un hecho fidedigno, y por desgracia no es un hecho aislado.

Pero dejémonos de reflexiones y continuemos.

Hora y media habia trascurrido cuando estuvo de vuelta en su escritorio el rico comerciante.

La fisonomia de este hombre revelaba lo que habia pasado y lo que esperimentaba.

Emilio vió que no habia remedio... que tendria que dejar aquella casa que era la primera y la única que

habia servido, despues de retirarse de la imprenta donde ganara el primer dinero que años atras le ayudó a socorrer momentáneamente la miseria en que vivia sumerjida su pobre madre... Pero el diablo le negaba ahora el sustento, pues a causa del temor a las penas del infierno el patron lo ponia en la calle.

Pero la crueldad del clérigo Larrañaga fué llevada hasta un bárbaro estremo, estremo que ignoró siempre Emilio Escobar, porque no quiso comunicárselo su patron, pero que no dejaremos ignorar al lector.

Como debe haberse adivinado, la hora que pidió a Emilio para tomar una resolucion definitiva fué empleada en ir donde el rector del seminario para hacerle presente lo que sucedia y el conflicto en que él mismo se encontraba y ver si no habria posibilidad de atenuar o de cambiar en algo la órden terminante que recibiera el dia pasado.

En cuanto se apercibió el señor Larrañaga de la venida del comerciante comprendió su objeto; pero sin darse por entendido, le dijo:

—Anda usted solícito, amigo mio; apostaria que ya viene a anunciarme la despedida de su empleado.

—Nó, precisamente.

—¡Cómo! ¿Aún está en su casa?

—Sí, señor; lo he dejado allí una hora para venirlo a consultar, porque el caso es grave, mui grave...

—Lo que yo veo de mas grave en todo esto es la desobediencia de usted y el no saber cumplir puntualmente la palabra empeñada, porque usted quedó ayer conmigo de mandarlo mudar sin mas auto ni traslado.

—Pero, señor...

—Dígame usted antes de continuar: ¿es o nó hereje ese jóven?

—Asi lo parece.

—¿No está usted convencido de ello? ¿No le ha bastado mi palabra? Pues si ella no es lo suficiente, pregúnteselo usted a él mismo y toda duda desaparecerá.

—Pero es tan buen jóven, señor... Mantiene a su anciana madre...

—Basta, basta de esplicaciones y de recomendaciones; consérvelo usted si le agrada, y habremos concluido...

Y el clérigo se levantó de su asiento con un ceño de santa resolucion y de santo enfado.

—Dispénseme usted, señor, y sírvase oirme una palabra.

—Hai condescendencias, amigo, que no debieran hacerse, porque parecen debilitar la fé y la enerjia que uno debe tener siempre para sostener sus santas creencias y sus convicciones mas profundas; pero en fin, seré induljente y esperaré... ¿qué es lo que usted quiere decirme?

—En primer lugar, que yo no he vacilado en mi fé, en mi propósito, ni en el cumplimiento de mi palabra empeñada.

—Sin embargo...

—Ya sé lo que usted va a decir, pero voi a esplicarme... Con todo y antes de todo debo anticipar a usted que saldrá de casa.

—Ya no debia estar en ella.

—¡Ha permanecido tantos años a mi servicio, señor, que me es duro!...

—Pues son otros tantos años que usted ha delinquido y por los que le tomará Dios una estrecha cuenta.

—Ignoraba que debia obrar asi.

—¿Ignora usted entonces los deberes de un padre de familia? Este es un reproche indirecto o bien directo que usted hace a su director espiritual, a mí...

—Me eran conocidos, señor, porque usted se ha dignado enseñármelos.

—Cómo, pues, si le eran tan familiares; si tenia conocimiento de esos deberes en que descansa la familia y el órden social, permitia y ha permitido por tan largo tiempo a un hereje en su casa?

—Ya dije a usted ayer que no me habia preocupado de sus creencias, suponiéndolas como las de los demas.

—No es asi como se cumple bien con la mision sagrada de un dueño de casa. Es preciso ser mas precavido, mas cauto, mas solícito... Pero en fin, ¿qué iba a decirme usted?

—Dije a usted, señor, que saldria irremediablemente; pero desearia remunerarle de algun modo sus servicios; y ya que tan injus... nó, tan inopinadamente tengo que despedirlo, quisiera asegurarle algo... algo para vivir unos dias y que tuviera tiempo de procurarse otro destino sin verse espuesto de la noche a la mañana a pasar de la comodidad a la miseria... El no es solo, señor!... y su pobre madre tendria tambien que sufrir!...

—No lo permitiré... se lo prohibo a usted termi-

nantemente... se lo mando bajo santa obediencia, replicó el clérigo Larrañaga con voz estentórea.

—Un poco de piedad, señor.

—¡Piedad con los enemigos de nuestra sagrada relijion!... Piedad con las víboras!... No faltaba más! ¿Dónde iriamos a parar?

—Pero hai al menos una anciana de por medio... y supongo que ella no participará de las opiniones del hijo... al menos es preciso creerlo asi atendida su edad...

—Yo conozco a esa mujer... sé sus relaciones criminales... y en vez de compasion merece castigo... y lo tendrá...

—¡Con que no debo darle nada!

—Esa insistencia me desagrada altamente... Ya he dicho a usted que le dé cuanto quiera y habremos concluido... pero no dirá usted ni nadie que he dejado de cumplir con mi sagrado ministerio...

—Obedeceré, señor, contestó el comerciante humildemente.

—Ese es su deber como buen católico; de otra manera el fuego eterno nos espera.

II.

El rico negociante se retiró y llegó a su casa con el semblante angustiado, como lo dijimos al fin del capítulo anterior, y por el cual reconoció inmediatamente Emilio que no tenia nada que esperar y ya nada que hacer allí.

Tomó, pues, su sombrero, y dijo a su patron con

voz conmovida y tendiéndole cordialmente la mano:

—Me voi, señor, pero siempre le estaré agradecido: veo bien claro en este asunto y no lo culpo a usted sino que lo compadezco. Puede ser que algun dia conozca usted su error, aun cuando las preocupaciones ciegan jeneralmente a los hombres hasta el punto de no distinguirlas nunca y de confundirlas con la verdad... De una manera o de otra, tanto ayer como hoi, yo no he tenido ni tengo sino motivos de inolvidable gratitud para con usted.

El opulento comerciante, que en el fondo era un escelente hombre, lloraba... Habria dado una parte de su fortuna por conservar a su empleado, pero le tenia miedo a los clérigos, porque le tenia miedo, mucho miedo al infierno; y en verdad, pues sin la existencia de los primeros habria desaparecido desde mucho tiempo atras el último...

¡Qué de contradicciones, qué de aberraciones no existen! Los clérigos combaten... al diablo y son los que lo sostienen! aparecen como sus enemigos mas implacables, y se enfurecen con aquellos que lo desconocen! Lo persiguen a muerte con sus rezos, con sus oraciones, con sus penitencias, con sus escapularios, con su agua bendita, y afirman que es una criatura de Dios! ¿Por qué rebelarse contra lo que ha hecho EL ALTÍSIMO? ¿Habrá obrado mal el Creador? Asi parecen confirmarlo los sacerdotes desde que maldicen a uno de los seres por El formado. No se puede salir de este dilema: o ha hecho bien Dios en crear al diablo, o ha hecho mal. Si lo primero, no deben temerlo los sacerdotes ni temerlo los hombres; si lo

segundo, el clérigo se coloca mas arriba que la Divinidad, desde que se atreve a juzgarla y criticar sus obras. ¿Cuál de las dos cosas será? ¿Existe o no existe? ¿Es un bien o es un mal? ¿Es hechura de Dios o no es hechura de Dios? Los sacerdotes decidirán tan grave cuestion; porque en cuanto al sentido comun, ya la tiene resuelta...

Pero por lo que vemos, conviene a los señores clérigos la existencia del diablo: ¿qué les importa decir que Dios se equivocó y que de ese ser tan perfectibilísimo ha nacido un mónstruo? Cuando el diablo es tan buen ganapan!! ¡Qué de influencia no les procura! Qué de poder no les proporciona sobre el espíritu de los demas! Qué de riquezas no les acarrea! El mantiene intacto, prepotente el confesonario, que es una despensa bien provista de cuanto hai en el mundo de apetecible; porque si no hubiera diablo, ¿con qué objeto se confesaria el hombre? ¿De qué le serviria este sacramento cuyo santo y humanitario propósito es libertarlo de las penas del infierno? Pero el diablo a mas de tantos beneficios que proporciona a los sacerdotes por medios diversos, da valor, y un valor real, un valor pecuniario a las induljencias, a las bulas, a las misas, a los escapularios, a las agüitas de Nuestra Señora de Lurdes, que se venden por gotas y a peso de oro en cierta sacristia de Valparaiso, y a tantas otras cositas, santos y milagros que sirven para borrar los pecados y por consiguiente para libertarnos del diablo... De manera que si no existiera éste, si no creyésemos en él, ¿dónde iria a parar tanta y tan variada pitanza, tan

grande y provechoso lucro, tan segura, constante y suculenta ganancia? Esta es la razon, razon mui poderosa, por que los sacerdotes han llevado hasta a la categoria de un dogma de fé, la existencia del diablo! Y condenan y anatematizan a todos aquellos que tienen la audacia de no creer en tan preciosa divinidad! Y en efecto que serian mui malos economistas, si asi no lo hiciesen, pues se privarian de muchos beneficios, socavarian el altar, desprestijiarian el confesonario quitándole su principal objeto, su principal atractivo y su principal adorno, ¿y a qué quedaria entónces reducido el predominio sacerdotal? A bien poca cosa, a un poco menos que algo, a cero... Y lo comprendemos perfectamente: es mui duro perder una influencia que data desde millares de años y cuyo término no se divisa mientras exista AQUEL ESPLÉNDIDO SEÑOR que les hace gobernar al mundo... Conservadle, pues, en buena salud para que tenga una larga vida y en recompensa vivais y goceis vosotros con El, y por El....

III.

Emilio Escobar comprendia todo el peso de su desgracia y la triste situacion a que quedaba reducido, no sintiéndolo tanto por sí cuanto por su querida madre, que se iba a privar de aquellas comodidades a que estaba ya acostumbrada.

Esta idea lo martirizaba; asi es que al salir de donde su patron no se dirijió a su casa en el acto, sino que vagó por la ciudad sin punto determinado, para

dar lugar a la reflexion y para presentarse a la hora acostumbrada en su domicilio de manera que no se apercibiese su madre de aquel cambio.

Antes de pasar los umbrales de su casa, Emilio trató de componer su semblante y penetró en su habitacion con la sonrrisa en los labios: ¡sublime hipocresia peculiar solo de los caracteres francos y de las almas sensibles!...

Doña Carmen Cáceres aguardaba siempre a su hijo con la mesa puesta, y en cuanto él llegaba de su destino se servia inmediatamente la comida.

Esta hora era para doña Cármen y Emilio la mas agradable del dia, pues se contaban recíprocamente todos los incidentes ocurridos ya fuera o ya dentro de la casa y todas las novedades de la calle, que comentaban a su manera, sirviéndoles de pábulo a su animada y cariñosa charla; asi es que por lo regular permanecian siempre de sobre-mesa una o mas horas, saliendo en seguida a dar un paseo por la alameda para recojerse a las ocho o nueve de la noche, entregándose ambos a sus ocupaciones favoritas: Emilio a sus libros y doña Cármen a su aguja.

Ese dia notó doña Carmen Cáceres que su hijo comia poco, pero no se le dió cuidado, y allá por los postres le dijo:

—Seria conveniente, hijo mio, que pasásemos a hacerle una visita a la buena señora doña Ana Balcarce.

Al oir pronunciar aquel nombre, Emilio esperimentó una especie de sacudimiento nervioso que trató de dominar, y dijo a su madre:

—Si a usted le parece, iremos.

—Es natural que despues de la fiesta nos informemos de la salud de esas señoras, a quienes debemos tantas atenciones y tantos favores.

—Asi es, madre mia.

—Partiremos a las oraciones, que es la hora a que vamos jeneralmente y cuando las encontramos solas.

—Está bien.

Tan luego como se levantaron de la mesa, Emilio y su madre fueron a vestirse, porque aquella visita era siempre para doña Cármen de alguna etiqueta a pesar de la franca cordialidad con que era recibida; pero para el jóven tenia un interes mas vivo, el interes del cariño y el deseo natural de agradar que de él se desprende.

Cuando llegaron a casa de la señora Ingrand, preguntaron al portero si las señoras estaban en casa y solas. El portero contestó afirmativamente.

Doña Cármen y su hijo pasaron adelante para hacerse anunciar por Juana, que era la que siempre introducia al salon de recibo a las señoras para anunciarlas en seguida cuando la señora Ingrand o la señorita Julia no se encontraban en él.

A poco rato volvió Juana para anunciarles que la señora no podia recibirlas.

No dejó de sorprender un tanto a doña Cármen Cáceres y a su hijo esta respuesta, porque era la primera vez que les acontecia tal cosa; asi es que la madre de Emilio preguntó a la sirviente:

—¿Que están mui ocupadas?

—Nó, señora.

—¿Tienen alguna jente?

—Tampoco.

—Me estraña, dijo doña Carmen, parándose del asiento que ocupaba.

—Es sin duda, replicó Juana, porque la señorita Julia está enferma.

—¡Enferma! esclamaron a un mismo tiempo la madre y el hijo con marcada inquietud y con un interes manifiesto.

—Sí, señora, está enferma.

—¿Es algo de cuidado?

—Un poco de fiebre.

—¿Han llamado médico?

—Nó, señora.

—Entonces no será gran cosa, dijo doña Cármen Cáceres con tranquilidad.

—Asi lo creo.

—De todas maneras sírvase usted decirle que sentimos mucho su indisposicion y que mañana volveré a informarme de su salud. Dígales tambien que yo me ofrezco con muchísimo gusto a servirle, que tengo un poco de esperiencia, que soi medio médica, y que me harian un verdadero favor si aceptasen mi asistencia.

—Lo haré presente, señora.

Madre e hijo se retiraron.

Emilio se sentia oprimido, le parecia que aquella enfermedad podia ser de peligro y hubiera dado la mitad de su vida por salir de tan cruel duda. ¡Qué no se teme cuando se ama! Mientras mayor es el cariño, mas grande tambien es el dolor y mas inminente aparece el peligro!...

BIBL... ...IONAL
... ...AMA
"JO... ...EDINA"

I.

Doña Cármen Cáceres, que habia reconocido desde antes el afecto de su hijo sin alentarlo nunca, porque comprendia que era casi imposible a un jóven pobre llegar hasta tan rica heredera, trató de serenarlo en esta ocasion, diciéndole que no podia ser otra cosa que una indisposicion lijera, talvez un mero constipado provenido del baile, el que pasaria en uno o dos dias; pero al hacer estas apreciaciones afectó la mayor indiferencia para que Emilio no maliciara que le habia adivinado el secreto de su corazon que él se empeñaba por ocultar a todo el mundo y hasta a sí mismo, porque muchas veces trataba de engañarse.

Al dia siguiente, doña Carmen Cáceres se presentó otra vez en casa de doña Ana Balcarce para informarse de la salud de la señorita Julia.

La respuesta fué que estaba mejor; pero no la convidaron a entrar, lo cual no estrañó ella suponiendo que hallándose de convaleciente no querria, con mui justa razon, recibir a nadie.

La nueva de la mejoria de Julia se la trasmitió inmediatamente a su hijo para tranquilizarlo, lo que sucedió, en efecto.

Emilio salió tambien de dia a la hora de costumbre como si fuera a su destino y volvió a su casa con la regularidad de siempre, porque, como lo hemos dicho, no queria comunicar a su madre la pérdida de aquel por no hacerla sufrir.

Asi pasaron como cuatro ó seis dias y en todos ellos habia ido doña Carmen Cáceres, ya sola o ya acompañada de su hijo, a informarse de la salud de Julia, pero sin que la convidaran jamas a pasar adelante, aun cuando le contestaban que la señorita se encontraba completamente buena.

Estas negativas tan repetidas, esto de no recibirla por tantas veces, dió mucho que pensar a doña Cármen y no dejó tambien de alarmar a su hijo; pero como tenian formada tan ventajosa opinion del carácter de la señora Ingrand y de Julia, se les hacia duro creer que fuese la negativa el resultado de un desaire, tanto mas cuanto que no habia acontecido nada de nuevo y ni aun las habian visto desde la noche del baile, en que fueron recibidos con muestras de la mas marcada consideracion y del mas acendrado cariño. Por otra parte, ¿en qué fundar esa idea de desaire cuando desde un principio y conociéndoles apenas les habian ofrecido su amistad sin que ni doña Cármen ni Emilio pretendiesen tal favor o hubieran puesto algunos medios de su parte para obtenerlo?

De un lado estaba el hecho innegable de no haberlas querido recibir; del otro la conviccion profunda de la escelencia del carácter de la señora Balcarce y de su hija, que eran incapaces de falsia, teniendo ademas en favor de todos la esperiencia de tanto tiempo; asi es

que fluctuaban, sin atreverse a decidir nada y sin saber cómo obrar en lo sucesivo.

Doña Cármen Cáceres, reflexionando maduramente, tomó la resolucion siguiente, que comunicó a su hijo:

—Voi a dejar pasar tres dias sin ir donde la señora Ingrand y al cuarto nos presentaremos para ver si somos o nó recibidos, y entonces pensaremos lo que debemos hacer.

La determinacion de la señora Cáceres fué aprobada por Emilio, y el dia indicado se presentaron en la casa a la hora que acostumbraban ir y a que acostumbraban recibirlos con especial cariño.

Doña Cármen Cáceres preguntó a Juana, como lo hacia siempre:

—Las señoras están en casa?

—Sí, señora.

—Sírvase usted anunciar a Cármen Cáceres y su hijo.

La risa de doña Pacífica Jerez llegó al oido de Emilio y de su madre en ese intervalo.

La sirviente entró al salon y volvió en un momento diciendo:

—Contesta la señora que no está en disposicion de recibir a ustedes.

No habia que dudarlo: aquel era un partido tomado y era a la vez más que una descortesia: era un insulto.

Doña Cármen Cáceres y su hijo, al oir aquella respuesta, se pusieron pálidos.

El jóven quiso pasar adelante e ir hasta donde se encontraban las señoras, pero su madre lo detuvo del brazo y le dijo esta sola palabra:—«Emilio... vamos...»

Pero habia tanto dolor y tanta resignacion en el acento con que fueron pronunciadas esas dos espresiones, que el jóven se contuvo y miró a su madre, como para interrogarla.

—Vamos, hijo mio, volvió a decir la buena señora en el mismo tono que la vez anterior; y tomándolo del brazo lo tiró suavemente.

—Vamos, dijo Emilio en alta voz; pero esta jente sabrá algun dia a quiénes ha ofendido tan indigna como injustamente...

II.

Al dia siguiente doña Cármen Cáceres escribia esta carta a la señora Ingrand:

"Señora doña Ana Balcarce de Ingrand.

Santiago, marzo de 1862.

Señora:

He recibido de usted una grave ofensa, pero no puedo abrigar resentimiento contra la esposa del bienhechor de mi marido y mio.

El dolor que esperimento no proviene tanto del ultraje cuanto del sentimiento de haber perdido el afecto, no me atrevo a decir la amistad, de una persona a quien respetaba, queria y apreciaba de todo corazon, y de quien creia tambien ser en parte correspondida.

Francamente, señora; creo no haber merecido, no haber dado motivo para que se me tratara con tanto rigor, sea dicho de una vez, con tanto desprecio.

Al hablar asi, no es mi ánimo, señora, querer justificarme, pues no tengo de qué; pero desearia saber cuál es la causa (porque no puede menos que haber una causa) de tan repentino cambio.

Creo conocer su carácter, y usted no habria tratado a la mas infeliz sirviente como me ha tratado a mí; ¿por qué tanto rigor y tan soberano desden para una persona a quien usted se habia dignado honrar con el título de amiga?

No solicito, señora, me vuelva su estimacion, que yo tenia en tan gran valia como la tendré siempre, sino que se sirva compadecerme, y por caridad, ya que no por aprecio, tenga la bondad decirme la causa, cualquiera que ella sea, que ha motivado y me ha traido tan gran desgracia, porque como tal reputo yo la pérdida de su afecto.

No sé qué añadir, señora, porque no sé cómo hacer mi súplica tan persuasiva que la determine a revelarme lo que la ha determinado a usted para obrar conmigo tan amarga como inopinadamente.

Terminaré diciéndole que no hai en mi corazon resentimiento alguno sino dolor, y que conservaré toda mi vida un alto aprecio por sus virtudes, una gratitud eterna por sus beneficios, y respeto asi como sincero cariño por sus cualidades.

Saluda a usted humildemente, su mui atenta y S. S.

CÁRMEN CÁCERES DE ESCOBAR.»

Esta carta, puesta en uno de los buzones de Santiago, fué llevada al dia siguiente donde la señora Ingrand.

Le fué entregada a Juana como sucedia jeneral-

mente, y ésta, en virtud de las órdenes estrictas y severas que ella tenia y que nosotros conocemos, se fué donde doña Pacífica llevándosela cerrada.

La beata puso la oblea en el pico de la tetera, como ya lo habia hecho en otra ocasion, abrió la carta sin dañar el cierro, y leyó.

—¡Admirable! Esta es una buena adquisicion, esclamó la beata.

—Me alegro, señora, contestó humilde e hipócritamente Juana.

—Estamos mui contentos de tí, hija mia, y yo haré presente a don Juan lo bien que te estás conduciendo.

—Gracias, señora.

—Déjame la carta y vete.

—¿No se la llevo a la señora doña Ana?

—Todavia nó... Ya veremos lo que deba hacerse.

III.

Juana se despidió.

La beata se caló en el acto su traje de iglesia, se llevó el manto hasta los ojos y partió precipitadamente hasta la casa de don Juan Ugarteche, a quien encontró, mui afortunadamente para ella, en compañia del señor Larrañaga, pues desde el proyectado matrimonio habia tomado la costumbre de ir con mas frecuencia donde su amigo y compañero don Juan, para estar inmediatamente al cabo de todas las peripecias que pudieran sobrevenir en el curso de aquella intriga que él gobernaba o dirijia en jefe, teniendo por ausiliares y socios a las personas que ya conocemos.

Doña Pacífica mostró en el acto a los dos clérigos la carta de que era portadora.

Despues de haberla leido en alta voz el señor Larrañaga, dijo a su compañero:

—¿Qué le parece esta carta y cuáles pueden ser los efectos que ella produzca en el ánimo de la señora Balcarce?

El buzonero del cielo reflexionó un momento y contestó:

—Esta carta me parece peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque conmoveria a doña Ana y la haria quizá variar de la opinion que ya le hemos formado.

—Usted hiere la dificultad, amigo mio; esto mismo es lo que sucederia infaliblemente.

—Entonces conviene no dársela.

—Nó; es preciso que la reciba y que la lea.

—Pero, compañero, ¿no acaba usted de participar de mi misma opinion? Si la lectura de esta carta conmoverá a la señora Ingrand, haciéndola variar de opinion, ¿cómo dice usted que es preciso que ella la lea? Aquí hai una contradiccion patente.

—Soi del mismo parecer del señor don Juan, dijo la beata humildemente, sin apartar por esto la vista del señor Larrañaga, cuyo pensamiento sin duda queria penetrar.

El rector del Seminario se sonrió a su manera y agregó:

—Podria, parodiando a Nuestro Señor Jesucristo, llamar a ustedes hombres de poca vista, asi como él dijo a sus discípulos: hombres de poca fé.

—El reproche es un poquito picante; pero viniendo de usted debe ser provechoso, contestó don Juan, que creia ser mui humilde, pero que en realidad tenia una alta idea formada de sí mismo.

—Yo no hago nada, amigo mio, con la intencion de herir al prójimo, sino de llevarlo por buen camino y de que llegue a buen fin.

—Veamos, señor, su pensamiento, dijo la beata.

—Es preciso que esta carta llegue a manos de la señora de Ingrand y que dé una contestacion.

—Y si esa carta va a trastornar a doña Ana Balcarce, como usted mismo conviene, claro es entonces que la respuesta será dada en conformidad con la nueva opinion que se forme, y en ese caso puede mui bien suceder que todo nuestro trabajo se pierda y nuestras esperanzas jamas se realicen.

—¿Pero no ve usted, amigo mio, que si doña Ana no recibe la carta y no da por consiguiente contestacion alguna, supondrá la Cármen Cáceres, la madre del tal Emilio Escobar, que a Dios gracias está fuera de combate y bastante me ha costado el conseguirlo, supondrá, digo, que se ha estraviado su misiva y buscará medio, medio que le será mui fácil encontrar, de ponerse al habla con la señora Ingrand; y en este caso sí, amigo mio, que estábamos espuestos, y mui espuestos, a perder la partida, porque la mujer que ha escrito esta sencilla, conmovedora y persuasiva carta, será con la palabra cien mil veces mas elocuente, y el acento de la verdad arrastrará infaliblemente a doña Ana, que es bastante intelijente; y una vez en ese terreno, no solo se justificaria la Cármen Cáceres y

justificaria a su hijo, sino que tambien llegaria doña Ana a desconfiar de nosotros; y en tal caso, ¿dónde iria a parar nuestro proyecto y aun nosotros mismos, pues aun cuando no nos pudiera hacer mal alguno, siempre seria una influencia, un bien, una contribuyente menos; ¡y quién sabe si su fortuna colosal no llegase a pasar, lo que es más que probable, por los antecedentes que tenemos, a manos de ese heresiarca de Emilio Escobar, que, jóven como es, lleno de intelijencia, de corazon y de iniciativa, nos haria una guerra a muerte, llegando a ser un enemigo peligrosísimo para nosotros!

Don Juan Ugarteche como doña Pacífica estaban admirados de la penetracion y de la lójica precisa, inevitable que encerraba cada proposicion del astuto clérigo.

—Veo el peligro, amigo mio; pero qué hacer? Será necesario entonces buscar el medio de alejar de Santiago a esa Cármen Cáceres y a su hijo.

—¡Alejarla de Santiago! ¿De qué espediente se valdria usted? Y aun consiguiendolo, ¿quién aseguraria que no volvicse? Siempre tendríamos sobre nuestras cabezas levantada la espada de Damocles.

—¿Qué hacer?... ¡qué hacer, pues, señor! esclamó doña Pacífica en tono de alarma y de angustia; porque la beata contaba ya como suya la fortuna; y veia ahora que cuando la creia mas segura, se le escapaba de las manos, como se dice vulgarmente.

—No hai que alarmarse, señora; no demos la partida como perdida, pues nos quedan recursos, y yo los tengo... y recursos seguros...

Un pensamiento terrible, pensamiento de muerte o de encierro perpétuo, pasó por la mente del clérigo Ugarteche y de la beata Jerez, y sus fisonomias revelaban algun temor mezclado de resolucion.

—Adivino, dijo el rector, lo que pensais; pero debo advertiros que no entra en mi plan ninguna medida violenta, porque esas medidas son mui peligrosas, pues siempre dejan tras sí un surco, una huella que es mui fácil seguir... y despues todo se aclara...

—Sin embargo, no fué tan mal con la prision de Anselmo, contestó don Juan.

—Eso es otra cosa, respondió con voz sombria el señor Larrañaga... Ese era un hombre del gremio, era y es un clérigo, y para ellos tenemos jurisdiccion distinta; pero vamos al asunto.

—Sí, señor, vamos a lo principal, pues estoi impaciente de ver cómo salva usted la dificultad presente.

—Mi plan es sencillo, como debe serlo toda combinacion para que sea eficaz y produzca el resultado que se desea obtener. Nos vamos los tres ahora mismo a casa de doña Ana Balcarce; y antes de entrar, le entregamos a la sirviente la carta para que se la dé a la señora una hora despues, como recien llegada del correo. En este espacio de tiempo nosotros traeremos con maña la conversacion sobre esa mujer y su hijo. Le pintaremos a la señora Ingrand y a Julia con vivos colores lo que ha sido y es esa jente, de manera que se ratifiquen en la opinion que ya tienen formada y rechacen por sí mismas y para siempre todo medio de esplicacion o de reconciliacion con la madre y con el hijo. Cuando hayamos conseguido despertar

en ellas la indignacion, entonces entrará Juana con la carta, y entonces, estoi seguro de ello, si nos comportamos como es debido, dará la señora Ingrand una respuesta inmediata y terminante, una de esas respuestas que no dejan lugar a réplica y que cierran de hecho y para siempre todas las puertas.

Doña Pacífica, al oir la espresion del sencillo plan del astuto clérigo, se levantó entusiasmada y fué a abrazar las rodillas del santo sacerdote besándole repetidas veces sus manos sagradas.

Don Juan Ugarteche, un tanto humillado de la incontestable superioridad de su amigo y compañero y del rapto de entusiasmo de la beata, se limitó a decir:

—Bien, mui bien.

—No tan solo bien, no tan solo mui bien, sino que es espléndido, magnífico, soberbio, lo que acaba de concebir la mente tan fecunda como ilustrada de su santo y digno amigo, repitió la señora Jerez dirijiéndose a su director espiritual, quien fué tambien a besarle las manos.

—¿Con que acepta usted mi idea? preguntó el señor Larrañaga a su compañero.

—En todas sus partes, contestó éste.

—Pues manos a la obra.

Y los tres personajes se dirijieron en el acto a casa de la señora Ingrand, donde antes de entrar dieron la carta a la sirviente con las recomendaciones que ya sabemos.

ULTIMO ULTRAJE.

I.

Julia Ingrand, aunque restablecida de su rápida enfermedad, estaba, sin embargo, abatida. Le era imposible disipar la tristeza que a pesar suyo la agobiaba. Ya ella estaba completamente desengañada, habia perdido toda esperanza, y aun combatia cualquier pensamiento favorable. Trataba de olvidar por completo aquella aberracion de su espíritu, segun ella la calificaba, y se aprovechaba de todo para conseguirlo. Habia llegado a formarse una opinion mui poco favorable del jóven Escobar; pero apesar de esto, la perseguia su imájen y tenia rabia consigo misma.

Esta era poco mas o menos la disposicion del ánimo de Julia; y en el momento en que fueron anunciadas aquellas tres personas, estaba mas contrariada que nunca, porque se le venia incesantemente a la memoria aquel instante en que creyó ver en la fisonomia de Emilio señales inequívocas de la pasion que ella le inspirara y que ella tambien sentia; de manera que aquellas visitas le llegaban mui a tiempo para distraerla de esa idea que incesantemente la asediaba con mas o menos fuerza.

Como era de esperarlo, aquellos tres personajes fueron recibidos con muestras del mayor cariño y del mayor respeto por la señora Ingrand y su interesante hija.

Doña Pacífica mostrábase mas alegre, mas espiritual y mas amiga que nunca, y Julia le estaba agradecida, pensando que aquella severa virtud cuya rijidez de costumbres ella conocia, aquella persona tan consagrada a Dios y a su iglesia, adoptaba esas maneras suaves y hasta cierto punto mundanas, solo con el fin de distraerla; asi es que Julia tenia ahora por ella muchas mas atenciones que antes, y doña Ana Balcarce tambien le agradecia su benévola y franca jovialidad.

—Me pareces triste, querida Julia; he notado que despues del suntuoso baile de que tanto se ha hablado y se habla en Santiago, has cambiado de humor, sin embargo que has sido la reina de la fiesta, y más que la reina, pues has cautivado completamente a mi amigo don Pedro de la Ganzua, al que todas las niñas de la capital quieren atraerse; de manera que a la hora esta debes contar con miles de rivales y de envidiosas, lo que es un gran triunfo para una beldad de provincia.

Los dos clérigos y hasta doña Ana tomaron parte en la conversacion provocada por doña Pacífica; y con la fina agudeza de sus dichos consiguieron hacer reir de buenas ganas a Julia, de lo cual estaba contentísima su madre, que habia notado más que nadie el cambio de su hija.

Este fué el principio de la conversacion, hasta que

poco a poco la trajo doña Pacífica al terreno a que se habia propuesto de antemano llevarla.

II.

El clérigo Larrañaga tomó entonces por su cuenta la materia... y pintó de tal modo a doña Cármen Cáceres, pero compadeciéndola sobremanera, que doña Ana Balcarce, prudente siempre y de buen corazon, llegó a decirle:

—Pido a usted por favor, señor, que no me hable más de esa mujer. He tenido la debilidad de recibirla y de tratarla como amiga. He sido fascinada o engañada por las apariencias, y por esto mismo es que siento mayor repugnancia. Yo podria hasta soportar el vicio, quizá el crímen, sin por esto ponerme en relacion con él; pero me es imposible tener induljencia cuando los veo cubrirse con el manto sagrado de la virtud.

—Usted tiene mucha razon, hija mia, porque la hipocresia encierra cuanto hai de malo en el mundo, y la persona que es capaz de emplearla es tambien capaz de todo.

—Ya me habia negado muchas veces a recibir a esa mujer, nada mas que por ciertas cosas de que me habia prevenido mi amiga Pacífica Jerez, aquí presente, y usted mismo señor Larrañaga; pero aun no estaba bien informada; mas ahora no puede existir nada de comun entre ella y yo, y si se presentase en este momento, la haria despedir por mis criados. Y en verdad que no concibo que haya mujer en el mundo

que pueda tener tanta desfachatez de presentarse repetidas veces en una casa en donde por toda respuesta ha recibido desaires.

—Tiene usted mucha razon, señora. ¿Dónde nos conduciria una falsa y criminal induljencia? porque es realmente un crímen el cobijar, el amparar la maldad. Una señora que se respeta a sí misma, debe tener, no diré arrogancia, pero sí la conciencia de su propio valer; esa importancia natural y lejítima que no transije con la maldad, y menos aun con la falsia.

La aprobacion fué calorosa y jeneral.

El clérigo Larrañaga continuó:

—Aun ignora usted otra cosa, señora.

—No quisiera saber más, dijo con disgusto doña Ana, en cuyo bondadoso semblante dejóse apercibir cierto tinte de repugnancia.

—No voi a hablar de esa mujer, sino a narrar, sin comentario alguno, una circunstancia, un hecho acaecido hace pocos dias y que viene, sin darse el trabajo de hacer esplicaciones, a corroborar lo que hemos hablado; porque al fin y al cabo todo se sabe, y asi como la virtud merece su recompensa, asi la mala conducta, el mal nombre o las faltas cometidas reciben su castigo.

—Qué ha sucedido? preguntó doña Pacífica manifestando el mas vivo interes.

—Una cosa sencilla, una cosa que no podia menos de suceder, porque estaba en el órden natural de las cosas.

—Veamos, dijo don Juan Ugarteche acercándose a su compañero.

—No merece casi la pena de contarlo; pero ya que hablamos de esa mujer, diré a ustedes lo que le ha pasado a su hijo.

Julia se puso pálida, pero instantáneamente se llevó el pañuelo a la cara para que no notasen su turbacion.

Sin embargo, todos, menos doña Ana, se habian apercibido de la impresion que habia esperimentado la hija.

—Prosiga usted, repuso don Juan.

—Ha sido, hará seis dias, despedido de casa de su patron.

—¿Se sabe el motivo? preguntó doña Pacífica; y en seguida añadió: pobre jóven! alguna calaverada de muchacho mui disculpable a esa edad; pero al fin, ¿se sabe la causa?

—Positivamente nó, contestó el clérigo Larrañaga con aire benévolo; pero debe haber pasado algo de grave. A mí se me habia asegurado que era un impio sin creencia alguna, y el patron de ese jóven me habló sobre esto, a lo que le contesté como debiera y como lo haré siempre: que un dueño de casa, un padre de familia tenia que responder ante Dios y ante la sociedad de las personas que estaban bajo su autoridad... Pero no podré decir si éste fué el único motivo que lo determinó a obrar asi; lo cierto del caso es que despidió al jóven.

—Bien hecho, mui bien hecho, dijo don Juan Ugarteche.

—Aun cuando no fuera mas que la herejia, esclamó la beata, eso era lo bastante para ser despedido de una casa respetable; ¿no te parece, Anita?

—Tienes razon, contestó la señora Ingrand, que estaba en ese momento fascinada, dirémoslo asi, por la presencia de su director espiritual, que la miraba con fijeza, sin perder nada de cuanto pasaba en su interior.

III.

En ese momento se presentó Juana, trayendo en una pequeña bandeja una carta.

La señora ordenó a la sirviente la dejara sobre la mesa, no queriendo faltar a las atenciones que debia a visitas de tanta importancia.

Pero el señor Larrañaga tomó la bandeja de donde la habia dejado Juana, y pasándosela a la señora Ingrand le dijo con el tono mas amistoso y afable:

—No faltaria más que usted se incomodase por nosotros. Es preciso y creo que hai motivos para que nos trate con mayor confianza. La carta puede ser urjente, necesitar una contestacion inmediata, y nosotros no queremos ser un estorbo. Una carta es casi una cosa sagrada, cuya lectura no debe postergarse, pues muchas veces suceden desgracias por neglijencias o políticas como la actual. Con que asi, señora, yo le ordeno que lea usted esa carta, y creo que todos los que aquí estamos seremos de la misma opinion.

Como era natural y no deseaba otra cosa, don Juan y la beata apoyaron al señor Larrañaga.

Doña Ana tomó entonces la carta y la abrió, mirando antes de todo la firma, y al verla no pudo menos de inmutarse; sin embargo, se serenó en el acto y principió su lectura en silencio.

Cuando hubo concluido de leerla, quedóse un instante pensativa como quien reflexiona, y en seguida volvió a leerla de nuevo.

Los dos clérigos y la beata se miraron de una manera significativa, sobre todo el señor Larrañaga, que dijo a la beata con voz tan baja que no podia ser oido de los otros:

—Usted lo ve... Yo habia previsto esa impresion, que hubiera sido mas fuerte y sumamente favorable si no hubiéramos estado presentes; y si no la hubiéramos predispuesto de antemano, ¿cuál habria sido el resultado?

—Usted lo puede todo, lo sabe todo, señor, contestó doña Pacífica en el mismo tono.

Doña Ana habia concluido de leer por segunda vez la carta, y sin decir palabra se la pasó directamente al señor Larrañaga.

Este la tomó de manos de la señora Ingrand y aparentó leerla con la mayor atencion.

Cuando hubo concluido dejó caer sus dos brazos y cerró los ojos como abismado. En seguida llevó con pausa nuevamente la carta hácia su vista y volvió a hacerse como que leia otra vez.

Calculado bien el tiempo que debiera emplear para la segunda lectura, pasó la carta con precipitacion a don Juan Ugarteche y se apretó la cabeza con ambas manos.

Doña Ana y su hija, pero principalmente la primera, estaban impresionadas por aquella pantomima del clérigo, que queria decir, al menos para la señora Ingrand que sabia el contenido de la carta:

¡qué horror! qué hipocresia! qué infamia! y qué desvergüenza!

Don Juan Ugarteche hizo casi los mismos aspavientos que el clérigo Larrañaga, y le pasó la carta.

El rector del seminario la devolvió a la señora Ingrand sin proferir palabra.

Mientras tanto doña Pacífica aparentaba la mayor curiosidad y la niña Julia temor, pero ambas miraban alternativamente a aquellas tres personas que eran sabedoras del contenido del misterioso papel.

Doña Ana, creyendo que la beata esperimentaba una curiosidad inmensa, y deseando tambien consultarla sobre el particular, puesto que ella habia sido la primera que la pusiera al corriente de todos aquellos arcanos, le dió la carta.

La beata hizo lo contrario de lo que habian hecho los dos clérigos, pues leyó con suma rapidez el papel y en seguida se lo pasó a doña Ana con el aire del mas alto desprecio, agregando:

—No sé qué admirar más: si la hipócrita desfachatez de esta carta o la importancia que parecen darle estos señores (y doña Pacífica dirijió su vista a los dos clérigos); pero en fin, agregó, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Aun no me resuelvo, ¿qué les parece a ustedes?

Y doña Ana dirijió su interrogacion a los dos sacerdotes.

—Por mi parte, señora, sabria cómo debia obrar, pero me abstengo de dar mi opinion, para que usted juzgue y ejecute por sí misma.

—Yo me adhiero al parecer de mi amigo, dijo don Juan.

—Pues yo no tengo esos escrúpulos, contestó doña Pacífica; y si bien mi modesta opinion vale mui poco, sin embargo yo le daria una leccion a esa mujer, en primer lugar para que sepa que se le conoce, y en segundo para que no viniera a importunar más a señoras de nuestra clase, y que no se le volviera a pasar por las mientes el anudar o el tratar de hacer relaciones en una esfera que no es la suya ni por la sangre, ni por la posicion, ni por los hechos.

—Talvez usted tiene razon, señora, respondió el jefe de los seminaristas.

—Yo no creo, señor, tener tanta razon como usted, pero sí creo tener dignidad.

—Creo, amiga mia, sin pretension orgullosa, poder decir que a mí tampoco me falta.

—Nunca lo he dudado, y ahora lo veré confirmado.

IV.

Doña Ana Balcarce por toda respuesta tiró del cordon, y al mismo tiempo dijo, dirijiéndose a las personas que la rodeaban:

—Me permitirán ustedes dar la contestacion.

—No tan solo usted es dueño de hacerlo y está obligada a ello, sino que nosotros tambien lo deseamos.

Un criado apareció.

—Tráigame usted recado de escribir.

Esta fué la breve órden de doña Ana, la que se

paró del sofá que ocupaba y se sentó al lado de una mesa en disposicion de tomar la pluma.

En un instante trajo el sirviente lo que necesitaba.

La señora Balcarce reflexionó un momento, y en seguida se puso a escribir sin detenerse y como impulsada por una fuerza superior.

Cuando hubo concluido, pasó la carta o la respuesta al señor Larrañaga.

Este principió a leerla para sí, pero la señora Ingrand le dijo:

—Hágame usted el favor de leer en alta voz.

El rector obedeció.

Hé aquí el contenido:

"Señora doña Cármen Cáceres.

Me parecia bastante significativo el no recibir a usted durante tantas veces para que no hubiera insistido en presentarse siempre, y menos aun en escribirme.

Pero ya que usted lo ha hecho y que me obliga casi a contestarle, diré a usted que me abstengo de entrar en esplicaciones que le serian a usted mortificantes y que una señora como yo no puede darlas.

Usted comprenderá por estas líneas hasta dónde llega mi induljencia, y no dudo que me encontrará razon en haberle cerrado la puerta y en suplicarle que no me vuelva a escribir.

Me he estendido más de lo que debiera; doblo mi carta antes de arrepentirme; sin mas,

Ana Balcarce de Ingrand."

—Esa carta está bien, mui bien, y sin embargo hai demasiada induljencia de parte de usted, pero no por

esto la critico: el buen corazon nos arrastra, y quizá vale más dejarse llevar por sus tocamientos jenerosos.

La beata y don Juan Ugarteche fueron exactamente de la misma opinion del señor Larrañaga.

Solo Julia no habia desplegado sus lábios, mostrándose al parecer indiferente; pero la palidez de su semblante demostraba lo que sufria interiormente.

—Veo, hija mia, dijo doña Ana Balcarce dirijiéndose a Julia, que tú no tomas parte en este asunto; es verdad tambien que no estás del todo informada de la conducta,—no quiero clasificarla,—de doña Cármen Cáceres y de su hijo; sin embargo, lo que sabes era suficiente para autorizarnos a obrar como hemos obrado, ¿no es verdad? pero ella no se ha contentado con esto sino que me ha escrito la carta mas hipócrita, que ahí tienes, pues tú no la has leido.

Julia leyó para sí y guardó silencio.

Doña Ana continuó.

—Ahora bien: tú has oido la contestacion; ¿qué te parece?

—Mal, madre mia.

—¡Mal! esclamaron todos con admiracion.

—Sí, prosiguió Julia; creo esa respuesta impropia e injusta.

Doña Ana miró a su hija con ternura, como queriendo significar este pensamiento que talvez pasaba por su imajinacion: «Tú eres mejor que yo.» Y la noble matrona se puso a reflexionar.

La opinion de la modesta niña habia bastado para conmover a la madre, y con mui poco trabajo podia asegurarse que llegaria a persuadirla y no iria a su

destino la dicha contestacion; era, pues, de todo punto preciso, indispensable, borrar esta nueva impresion en doña Ana, y afirmarla y robustecerla en su anterior manera de pensar, para lo cual tomó la palabra el señor Larrañaga e hizo señas a don Juan y a la beata para que ellos por su parte efectuaran la misma maniobra.

La elocuencia de ambos sacerdotes, los sofismas encubiertos bajo la apariencia de la verdad evanjélica; la amenaza y la recompensa, la consideracion y el desprecio social, de todo esto se valieron aquellos tres hábiles conspiradores contra la fortuna de la señora Ingrand para arrastrar a ésta hácia el precipicio, y triunfaron.

La carta partió para el correo.

Ya no habia remedio... el paso estaba dado... toda esperanza de reconciliacion o de union quedaba rota...

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA VENEZOLANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BIBLIOTECA NACIONAL
23 JUN 1958
Secc. Control y Cat.

ÍNDICE.

CAPÍTULOS DEL PRIMER TOMO.

	Páj.
Introduccion	3
La beata	5
Investigacion piadosa	22
Prision evanjélica	31
El confesor	61
Ocupaciones piadosas	68
Un buen partido en perspectiva	75
La habitacion de don Juan Ugarteche	92
El buzon de la vírjen	102
El milagro	115
Especulacion matrimonial relijiosa	121
La familia Ingrand	142
El enfermo	149
El encuentro	158
La católica y el protestante	165
La niña Julia	173
La visita	177
Charla de confianza	197
Virtud, nombre y fortuna	209
Los tres pedidos	218
La conferencia clerical	233
La mazmorra	262
Prodijios del confesonario	271
La eleccion de un presidente	286
Formacion de los Amigos del pais	296
Madre e hijo	307
Amistad emanada del mérito	331
La confesion, ¿moraliza o desmoraliza?	346
Don Rafael Arcánjel de Dominguez	355
El coche de doña Pacífica	363

Presentacion y propósitos..... 370
La duda..... 386
Provechosos consejos de un director espiritual..... 393
Oro y mas oro para el triunfo de la relijion..... 414
Espionaje e interrogatorio..... 421
Conversacion beatuna..... 439
Cuidados de madre..... 445
La sirviente infiel por temor..... 454
Cartas de Sofia..... 468
Carta de Julia Ingrand a Sofia Bascuñan y deducciones apostólicas..... 498
Preliminares de ataque y opinion del señor Larrañaga sobre las consecuencias de un baile..... 530
El celibato, sus ventajas y sus peligros..... 540
Astucia sacerdotal..... 546
Hipocresia refinada o combinacion infernal..... 559
Rafael Arcánjel de Dominguez aprende a bailar..... 569
El baile, presentacion e incidencias..... 578
Don Pedro de la Ganzua..... 597
Recomendaciones de amigo..... 606
Dolor, placer y promesa..... 617
Una suntuosa mesa..... 626
La coqueta..... 637
Despues de la fiesta..... 653
Nuevas herejias en Chile. Matrimonio civil, rejistro civil, abolicion del fuero eclesiástico, panteones laicos, separacion de la iglesia y el estado..... 666
Plan de campaña..... 677
Maestro y discípulo..... 711
El alma de un tartufo..... 726
El fanatismo vence a la razon..... 736
Don Juan Ugarteche y la beata donde doña Ana Balcarce..... 745
Patron y empleado..... 755
El diablo roba a los pueblos para enriquecer a los clérigos..... 773
Desaire y calumnia..... 784
Ultimo ultraje..... 795

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA [illegible]
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Biblioteca Nacional
355284